historia

Historia de América Latina y del Caribe

Desde la independencia hasta hoy

JOSÉ DEL POZO



Segunda edición corregida y aumentada

JOSÉ DEL POZO

Historia de América Latina y del Caribe

Desde la independencia hasta hoy

Segunda edición
corregida y aumentada



LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA **SOL**

Pozo, José del, 1943-
Historia de América Latina y del Caribe. Desde la independencia hasta hoy / José del Pozo . – 2ª ed. – Santiago: LOM Ediciones, 2009. 354 p.; 21x16cm – (Colección Historia)

I.S.B.N.: 978-956-00-0081-1
R.P.I.: 127.584

1. América Política y Gobierno 2. Procesos Sociales - América Latina 3. Conflicto Social-América Latina
I. Título II. Serie.

Dewey : 320.9803 --cdd 21
Cutter : P893h

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

Primera Edición, agosto 2002
Segunda Edición, 2009

Registro de Propiedad Intelectual Nº: 127.584
I.S.B.N.: 978-956-00-0081-1

Diseño, Composición y Diagramación:
Editorial LOM
Concha y Toro 23, Santiago
Fono: (56-2) 688 52 73 Fax: (56-2) 696 63 88
web: www.lom.cl
e-mail: lom@lom

Impreso en los talleres de LOM
Miguel de Atero 2888, Quinta Normal
Fono: 716 9684 / 716 9695

En Buenos Aires *Editores Independientes* (EDIN)
Baldomero Fernández Moreno 1217
Fono: 5411-44322840
editoresindependientes@hotmail.com

Impreso en Santiago de Chile.

AGRADECEMOS AL SERVICIO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSITÉ DU QUÉBEC À MONTRÉAL
POR SU AYUDA FINANCIERA PARA LA CONFECCIÓN DE LOS MAPAS.

INTRODUCCIÓN

El presente estudio cubre la historia de América Latina desde el momento en que, para la gran mayoría de sus países, había terminado el ciclo de la Independencia, hasta nuestros días. Destinado tanto a los profesores como a los estudiantes universitarios y al público no especializado, su principal virtud es –según lo espero– ofrecer una síntesis lo más clara y concisa posible sobre los principales hechos, procesos y personajes que han estado presentes en esa historia, que cubre ya 200 años.

A nivel espacial, además de incluir las áreas tradicionales de México, Centro y Sudamérica, y las grandes islas del Caribe, se hizo un esfuerzo por dar un cierto espacio a los territorios de expresión inglesa, francesa y holandesa del área del Caribe, Centroamérica y el norte de Sudamérica, que generalmente son omitidos en las historias de América Latina. Aunque la información aportada al respecto entrega solamente los grandes rasgos, espero que ello permita una aproximación al conocimiento de un mundo que aun es poco conocido en el resto de la región.

En cuanto al contenido, como ninguna historia puede relatar todo lo que ha ocurrido, la selección de lo que se cuente depende del autor y de su manera de ver la historia. Tradicionalmente, los historiadores han privilegiado el estudio de los dirigentes de las sociedades, los jefes de Estado, militares de alta graduación y líderes políticos e intelectuales. Esos personajes y los hechos ligados a ellos están presentes en este volumen, pero al lado de ellos aparecen otros menos habituales: viajeros, jefes sindicales, caciques indígenas, mujeres anónimas, curas de pueblo. Ello corresponde a una visión de la historia que no considera únicamente a los líderes, sino también al conjunto de las sociedades. En esa perspectiva el libro considera además no solo los hechos puntuales, que ocurren en una fecha determinada, sino también los procesos, es decir, las tendencias que no tienen nombre ni apellido, que se arrastran por décadas, ya sea los cambios demográficos, la cultura, la vida cotidiana, las inversiones o la inflación.

He tratado de analizar todos estos temas en forma relativamente equitativa, salvo en lo que se refiere a la cultura, que está tratada en forma mucho más sintética, aunque espero haber dado al menos los rasgos generales indispensables para su comprensión. La evolución política, en cambio, ha recibido mayor espacio que los otros aspectos, y en cierto modo da

la orientación general de esta Historia. Esta decisión fue tomada por dos razones. Una de ellas es de naturaleza pedagógica: la preocupación por encontrar un hilo que pudiera ser fácilmente seguido por los lectores, que en principio no son especialistas de la historia de esta región. La otra corresponde a la comprobación de un hecho fundamental: si se examina la evolución del conjunto de países latinoamericanos, se advierte que estos tienen varias diferencias importantes en cuanto a su nivel de desarrollo, a su composición étnica y a su cultura. Sin embargo, todos tienen algo en común: las enormes dificultades que han experimentado en forjar una sociedad medianamente igualitaria, donde los derechos humanos sean respetados y al mismo tiempo, en construir un sistema político que funcione en base al respeto a las leyes y a la opinión ciudadana.

En efecto, y esto lo han vivido muy bien las personas de mi generación, América Latina ha vivido continuamente bajo el imperio de los gobiernos dictatoriales, llegados al poder a través de la revolución, la guerra civil, el golpe militar o la intriga de palacio. En todas partes ha predominado, además, un profundo clasismo de parte de las clases altas hacia los sectores inferiores, actitud impregnada además de un racismo apenas disimulado. Esto se ha dado, en mayor o menor grado, tanto en los países de más alto nivel de vida como en aquellos donde falta mucho por hacer para que sus habitantes tengan las condiciones mínimas de existencia.

No cabe duda, entonces, que la fragilidad de la democracia –en un sentido amplio, tanto político como social– constituye no solo un problema central, sino que permite además seguir las trayectorias diversas, pero al fin de cuentas paralelas, de todos los países de la región a través del tiempo. En ese sentido, he analizado tanto la experiencia de los países que tradicionalmente son los más conocidos de la región (Argentina, Brasil, México...), como la de los estados más pequeños de Centroamérica y el Caribe. De esta manera, ese gran tema da su unidad al libro.

En el análisis de este y de los otros aspectos se ha dado la prioridad a la información. Los elementos de interpretación de que se dispone, gracias al trabajo de numerosos especialistas –no solo historiadores, sino también cientistas sociales, tanto de Latinoamérica como de otros países–, han sido evocados en forma ocasional, a veces en notas al pie de página, con el objetivo de estimular posibles debates. Esto no significa sin embargo, que haya querido ofrecer una historia “neutral” y desprovista de orientación. El lector atento se dará cuenta de que la disposición de los temas, el enfoque general y algunas opiniones vertidas en lugares claves, contienen una visión determinada de la historia latinoamericana, de la cual, por lo demás, las pocas líneas escritas hasta aquí, entregan un atisbo.

Esta visión puede ser elaborada aquí con algún detalle. La historia de América Latina está llena de paradojas. Para los que la ven desde el ángulo de la historia del mundo colonial, fue la primera región que se liberó del dominio de los imperios europeos, proceso que fue mucho más lento en el caso de Asia y de África. Desde el fin de las guerras de independencia

los estados latinoamericanos comenzaron a tomar forma, lo que les dio una experiencia de gobierno propio que ya pronto cumplirá dos siglos. Sin embargo, como se sabe, ese proceso ha sido, en numerosos casos, bastante azaroso, ya que en varias ocasiones ciertos países han sufrido ocupaciones militares y diversos tipos de intervenciones externas, que han hecho de su soberanía un elemento más bien teórico.

Si se examina la evolución política interna, otras paradojas emergen. Al surgir a la vida independiente, Latinoamérica adoptó los principios básicos de la organización política, jurídica e institucional de los países de Europa del oeste y de Norteamérica. Ello determinó que en teoría, los nuevos países entraran en la senda que llevaría a la organización de una vida pública regida por ciertos principios básicos: respeto a la decisión de los electores en la formación de los gobiernos, a la igualdad de los ciudadanos ante la ley y a los derechos humanos. Como se ha dicho anteriormente, en la práctica esto solo se ha cumplido muy parcialmente.

Desde el punto de vista del desarrollo, las contradicciones también afloran. Ya antes de la independencia, América Latina se había familiarizado, al menos en parte, con las prácticas de la economía de mercado, en un grado muy superior al de África y Asia en la misma época. Con la independencia, esta tendencia se acentuó, y la mayor parte de los líderes buscaron adoptar el modelo que había permitido a países como Estados Unidos alcanzar un alto grado de crecimiento. Pero aunque los contactos comerciales y humanos con los países que servían de ejemplo fueron intensos, a medida que pasaba el tiempo fue claro que América Latina solo conseguía un desarrollo que era una pálida copia de lo que habían obtenido Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Francia o Alemania.

Pese a todo, mirando las cosas a escala mundial, varios países latinoamericanos figuran actualmente con un mejor nivel de vida que casi todos los estados de África y de Asia, y unos pocos de ellos se sitúan bastante cerca al de algunos países de Europa. Ello no puede constituir un motivo de satisfacción, ya que hay grandes diferencias entre los mismos países latinoamericanos, de tal modo que los logros de algunos de ellos no pueden ser vistos como algo generalizado para toda la región. En cambio, en lo negativo, no se puede disimular el hecho de que incluso en los países de mayor grado de crecimiento económico, la inestabilidad política y las violaciones a las libertades fundamentales han estado presentes con demasiada frecuencia.

La historia de América Latina desde su acceso a la independencia sería entonces, en el plano político y económico, la de un semifracaso o de un éxito a medias, según como quieran verse las cosas. Tomando en cuenta que América Latina no ha sufrido los embates de las guerras mundiales ni ha sido agobiada por la sobrepoblación, como varios países de Asia, el balance debe ser más bien negativo.

¿Cuáles son las razones de este estado de cosas? Según algunos, la explicación básica estaría en la continua situación de dependencia de la que América Latina habría sido víctima,

desde la llegada de los europeos. El control de sus riquezas naturales, de sus finanzas y de su comercio por fuerzas externas desde la independencia, habría impedido un mayor grado de desarrollo. Las intervenciones políticas, militares e incluso culturales venidas desde afuera, serían los responsables de la extrema fragilidad de la democracia.

Ese tipo de análisis contiene, a no dudarlo, una parte de la explicación. Sin embargo, no puede constituir el enfoque único ni el principal, y ello por dos razones. Por una parte, la dependencia ha variado mucho de un país a otro y de una época a la otra. Si esta situación es clara en los países del Caribe y de Centroamérica, ella no ha jugado con la misma intensidad en Sudamérica. Por otro lado, este factor en sí no es sinónimo de desastre para el país que la vive. Canadá ha sido dependiente, primero de Francia, luego de Inglaterra y actualmente de Estados Unidos, lo que no le ha impedido alcanzar uno de los niveles de vida más altos del mundo y ser posiblemente el país más estable políticamente del universo.

La explicación principal de los problemas de América Latina está, a mi juicio, en las particularidades sociales y culturales de la región. El conjunto de la región ha sufrido, desde 1492, las consecuencias de haber sido una "sociedad de conquista", donde una minoría blanca estableció su dominio sobre los indígenas, negros y todas las personas de color. Las consecuencias de este proceso han sido enormes y solo han variado parcialmente después de la independencia. Una de ellas ha sido la de crear una sociedad dividida no solo por clases, sino además por criterios (o prejuicios) étnicos. A esto se añade el otro gran problema de América Latina: el control de la tierra por unos pocos en detrimento de la gran mayoría. El resultado ha sido el de crear una sociedad donde la distancia es grande entre la elite y las masas.

Las consecuencias de esto se dejaron sentir tanto al nivel del desarrollo como de la democracia. Con respecto a lo primero, el bajo nivel de vida de la mayoría de la población ha frenado la formación de un mercado interno y ha dado lugar a una mano de obra generalmente poco calificada. En relación a lo segundo, la persistencia de las diferencias sociales ha retardado la incorporación de vastos sectores a la vida ciudadana y ha sido fuente de confrontaciones a menudo violentas. En una palabra, América Latina ha sido lenta en adoptar –y sobre todo en respetar– la democracia de masas, proceso que se debe fundamentalmente a las tensiones internas en los distintos países, y que ha sido exacerbado por las presiones exteriores. Esta idea constituye la trama central de este estudio.

El libro ha sido redactado tratando de poner la materia expuesta al alcance de la mayor cantidad posible de lectores. En este espíritu, y a fin de no alargar demasiado el texto, el número de notas se redujo a un mínimo. Para los que quieran ir más lejos, al final del volumen, podrán encontrar una orientación bibliográfica. Los mapas históricos, la cronología y el glosario son otras secciones pensadas para una mejor comprensión de la lectura.

Las divisiones cronológicas, que buscan abarcar las tendencias generales, no siempre se aplican a todos los países. Resulta siempre tarea difícil la de conjugar las especificidades

nacionales con los análisis regionales. He intentado, en la medida de lo posible, mantener un equilibrio entre ambos planos, sabiendo de antemano que siempre habrá excepciones y casos particulares, y que el grado de información no es el mismo para cada uno de los países.

Esta nueva edición incluye como principal novedad un capítulo que cubre un período fundamental de la historia latinoamericana, el de la independencia. Además, el capítulo final, la bibliografía y la cronología han sido actualizados.

En cada capítulo, salvo en el primero, se ha procedido a un análisis temático, que se abre con una mirada desde afuera, presentando América Latina en sus relaciones internacionales. En seguida, se estudia la situación de la economía, donde se examinan las diferentes actividades productivas y la orientación general de la política de desarrollo, y luego se analiza la sociedad, analizando los diversos actores. Más adelante, se examina la historia política, que es donde aflora con mayor claridad la cuestión de la democracia, eje central del libro. El tema es visto primero en sus rasgos generales y luego en forma más detallada, agrupando los diversos países en función de ciertas tendencias comunes. Esta parte del análisis puede dar, desde luego, pie a críticas, ya que la decisión de poner a un país en un determinado grupo y no en otro, puede ser, a veces, discutible. Finalmente, el capítulo termina con una breve caracterización de las grandes líneas del desarrollo cultural.

Las páginas que siguen reflejan la síntesis de mi experiencia de un cuarto de siglo de enseñanza y de investigación sobre historia latinoamericana en la Université du Québec, en Montreal, UQAM. En ella he podido continuar mi carrera comenzada hace ya bastante tiempo en Chile, mi país de origen, y es allí donde he acumulado la mayor parte de los conocimientos e ideas que ahora ofrezco a los lectores chilenos y de otros países de Latinoamérica y del Caribe. Espero con él hacer un aporte para el aprendizaje de la historia de esta parte del mundo, siempre difícil de comprender en su plenitud por las dificultades para encontrar un enfoque general que respete, al menos en alguna medida, lo que esos países tienen en común y lo que los diferencia. Los lectores dirán si he logrado mi objetivo.

Finalmente, deseo agradecer a aquellas personas e instituciones que de una u otra manera me ayudaron en la redacción de este libro. En Montreal, conté con los comentarios de mis colegas Claude Morin y Jean François Bélisle, de la Université de Montréal, André Corten de la UQAM y Catherine Legrand de la McGill University, que leyeron partes del manuscrito. En Chile, recibí aportes de los profesores Julio Pinto, de la Universidad de Santiago y Cecilia Sánchez, de la Universidad de Talca, así como de Mauricio Ahumada, de la editorial Lom. El año sabático que me concedió la UQAM entre 2001 y 2002 me dio el tiempo y la tranquilidad para completar una redacción que resultó ser más larga y compleja de lo que parecía en un comienzo. Y en todo momento he recibido el apoyo de mi familia, en especial de mi esposa Miriam. Deseo además dedicar este libro a mi madre, Teresa Artigas, por haber apoyado mi vocación por la historia y por los libros desde mi infancia.

Montreal, octubre de 2008

Capítulo I
El proceso de independencia, de 1791 a 1824

La independencia constituye un hecho clave en la historia latinoamericana. Ella no solo aportó un cambio político fundamental, el paso de la situación colonial a la del nacimiento de Estados independientes, sino que además permite visualizar la región en su conjunto. En efecto, uno de los aspectos más importantes de este hecho es su carácter continental y su simultaneidad: exceptuando ciertos territorios en el área del Caribe, todas las colonias se separaron de las metrópolis, en un proceso que se llevó a cabo dentro de un mismo lapso de tiempo, entre fines del siglo XVIII y el primer cuarto del siglo XIX. El año 1810 equivale a una fecha simbólica, ya que fue el momento en que comenzó el proceso que llevaría a la independencia.

Para comprender el desarrollo de los acontecimientos, es necesario tener en mente la composición étnica del mundo colonial. A este respecto, desde la conquista europea, la población de las Américas se caracterizaba por una gran diversidad, a causa de la inmigración de españoles y portugueses, el mestizaje de los europeos con los indígenas, y la llegada masiva de los esclavos negros de África, que participaron también de la fusión de razas. Este proceso se dio sin embargo con grandes diferencias de una región a otra, como se puede observar en el cuadro 1.

Existen datos fragmentarios sobre otros países: así por ejemplo, en Chile, de un total de aproximadamente 800.000 personas a comienzos del siglo XIX, había alrededor de 12.000 negros, de los cuales probablemente menos de la mitad eran esclavos. Se calcula que había unos 200.000 indígenas mapuche que vivían fuera del control de las autoridades, pero se ignora cuántos indios vivían al lado de españoles y criollos, cuyo número tampoco se conoce. En México, la enorme mayoría de los blancos eran de los propietarios criollos, lo que hacía que los españoles fuesen una minoría pequeña, quizás 75.000 en total.

Durante todo el período colonial, las tensiones étnicas habían sido frecuentes. Esta situación tendría cierta importancia para la manera en que se realizará la independencia, ya que un cambio político brusco podía destrozar el edificio de la difícil coexistencia entre los grupos separados por el color de la piel. Las colonias donde había altas concentraciones de indios y de negros eran aquellas donde más se podía temer la agitación étnica.

Cuadro 1
Población y grupos étnicos, países seleccionados, alrededor de 1800
(cifras en miles para los totales y en porcentajes para los grupos)

Región	Total	Blancos	Indios	Mestizos y Mulatos*	Negros libres	Esclavos
América española	10-12.000					
México	4.832	21%	52%	25%	0,3%	0,1%
Cuba	272	56%	s/i	s/i	20%	24%
Venezuela	900	25%	11%	50%	3%	11%
Perú	1.100	11,6%	58,2%	23%	4,1%	4,0%
Antillas francesas	700	8%	s/i	s/i	5%	87%
Jamaica	340	4,4%	s/i	s/i	10,2%	88,2%
Brasil	2.000	28%	5,7%	s/i**	27,8%	38,1%

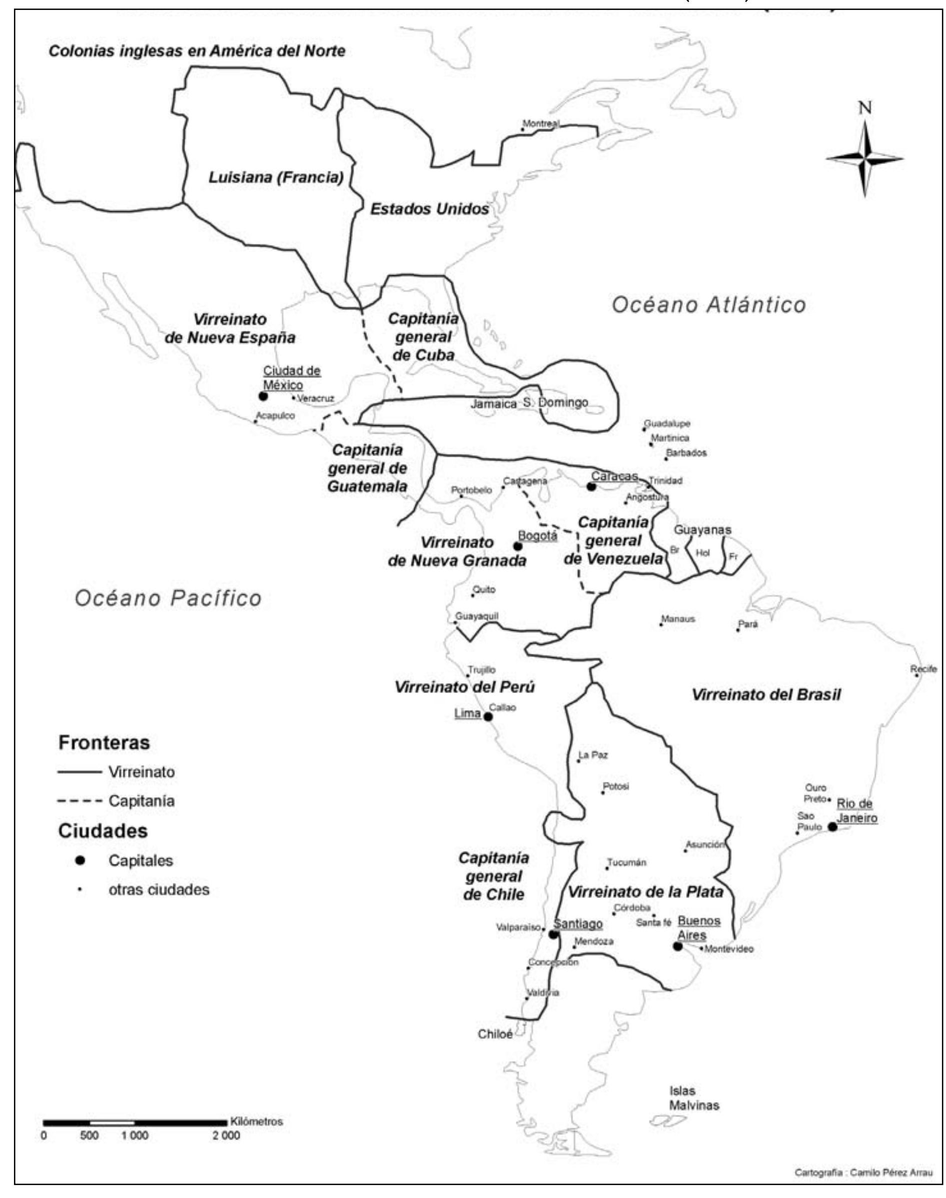
FUENTES: Franklin Knight, *The Caribbean. The Genesis of a Fragmented Nationalism* (New York, Oxford, 1990) para el Caribe; Leslie Bethell (editor), *Colonial Brazil* (Cambridge University Press, 1987) para Brasil; Louis A.Pérez, *Cuba Between Reform and Revolution* (New York, Oxford,1988) para Cuba; Michael Meyer, *The Course of Mexican History* (Oxford, 1991) para México; Thomas Calvo, *L'Amérique ibérique de 1570 à 1910* (Éditions Nathan, 1994) para Venezuela y Perú.

* se pusieron juntos estos dos grupos porque así aparecen contabilizados en varias de las fuentes consultadas.
** s/i: sin información.

Los conflictos raciales anteriores a la independencia habían sido la manifestación de desafíos al orden colonial, pero ellos no pueden ser calificados de acciones políticas. La búsqueda de la justicia social por los grupos de color no implicaba la voluntad colectiva de separarse de las metrópolis. De hecho, el único caso de independencia realizada por la gente de color fue el de Haití. En todo el resto de América, la iniciativa provino de los blancos, en especial de aquellos que habían logrado acumular propiedades y riquezas, y que constituían una clase consciente de sus intereses, capaz de proyectar un plan político.

Tradicionalmente, esta clase había permanecido fiel a la autoridad real, desafiándola abiertamente solo en la época de la conquista. En Perú, en los años 1540, los hermanos Pizarro se habían rebelado contra el virrey, descontentos ante la aplicación de las "Leyes nuevas", que les podían hacer perder las *encomiendas*, institución clave para el control de la mano de obra indígena. Una prolongación de este episodio se dio poco tiempo después, en 1567, cuando Lope de Aguirre, quien había tomado el control de una expedición fluvial en el Amazonas, se declaró en abierta rebelión contra Felipe II, acusándolo de no haber

Mapa 1
América Latina a fines del período colonial (1800)



recompensado debidamente a los que habían participado en la conquista del Perú. Pero estos hechos tuvieron un carácter excepcional. Luego de la consolidación del sistema de dominación colonial, las rebeliones contra las autoridades eran motivadas por conflictos locales, no por la voluntad de desconocer la soberanía del monarca lejano. Entre esos episodios pueden mencionarse la revuelta de Quito en 1592, como protesta por el alza de los impuestos, y la de los propietarios de tierras de Paraguay entre 1717 y 1739, motivados por el deseo de defender su derecho a elegir un gobernador con el cual se sentían de acuerdo, rechazando al que les era impuesto por las autoridades. Este conflicto, conocido como la rebelión de los comuneros implicaba además el deseo de lograr un mayor control sobre la mano de obra indígena, que estaba controlada en gran parte por los jesuitas. De hecho, al llegarse a la confrontación militar con los representantes del poder real, éstos fueron apoyados por los jesuitas, quienes proporcionaron miles de indios de sus misiones en contra de los rebeldes.

Solamente en la segunda mitad del siglo XVIII comenzará a manifestarse una visión política definida acerca de la posibilidad de independencia. Esto ocurrirá en buena medida por la aplicación más estricta del control imperial, que originará reacciones de rechazo de parte de la población de las colonias y por las influencias ideológicas venidas de Estados Unidos y de Francia. En la mayor parte de los casos, la iniciativa vendrá de parte de los blancos nacidos en el Nuevo mundo, los llamados *criollos* en América española y *mozambos* en Brasil. Pero habrá algunas experiencias nacidas entre la gente de color, particularmente la gran rebelión de esclavos en la colonia francesa de Santo Domingo, que dará lugar a la independencia, bajo el nombre de Haití.

1.1. Las reformas del siglo XVIII y las quejas de los *americanos*

En 1815, Bolívar justificaba la lucha por la independencia aduciendo que los criollos habían sido víctimas de discriminación por parte de los españoles. Uno de sus argumentos era que los europeos habían monopolizado los principales cargos de la administración colonial. Esta queja no era infundada, ya que los nacidos en América habían estado rara vez a la cabeza de las posesiones reales, ya sea de España o de Portugal. De un total de 170 virreyes, solo cuatro habían nacido en América. Pero al decir esto, se omitía que los *americanos* habían tenido una participación importante en otras instancias administrativas. Gracias al mecanismo de la venta de cargos públicos, práctica frecuente en la época colonial, muchos de ellos habían ocupado puestos en la *Audiencia*, la institución colegial encargada de impartir justicia y de asesorar a las autoridades supremas en América española, llegando a ocupar el 60% de esos cargos a mediados del siglo XVIII. También hubo muchos que dirigieron las órdenes religiosas, y en todas las ciudades, los criollos controlaban la administración municipal, cuyos cargos con frecuencia eran también comprados. En Brasil,

la división de la gran colonia en capitanías, que por largo tiempo habían sido confiadas a administradores privados, había dado un gran margen de maniobra a la clase propietaria local, y ciertas familias, como los Sá y los Correa, se habían perpetuado en el poder en Sao Paulo. El hecho de que el imperio portugués se extendiera sobre tres continentes, la escasa población de la metrópoli portuguesa y la ausencia de oro –hasta el siglo XVIII– en Brasil habían contribuido a que el sistema colonial portugués fuera más flexible. En la esfera económica, eso se manifestaba en que el comercio de esclavos haya estado dominado por comerciantes brasileños.

Otra quejas se referían al hecho de que el gran comercio internacional estuviera bajo el control de los mercaderes europeos, y además que esta actividad se desarrollaba bajo el principio del monopolio, beneficiando sobre todo a Ciudad de México y a Lima, que por largo tiempo fueron los únicos centros autorizados a recibir directamente las mercancías provenientes de Europa. Sin embargo, la reforma comercial iniciada en 1778 por los Borbones había modificado ese sistema, al permitir que una veintena de puertos, tanto en América como en España, participasen directamente en el comercio entre la metrópoli y las colonias. Este cambio también se había producido en Brasil. El nuevo sistema había dado buenos resultados, ya que el volumen del intercambio había aumentado considerablemente. En el último tercio del siglo XVIII, las autoridades coloniales españolas habían tomado otras medidas reformistas, extendiendo la autorización de acuñar moneda a todas las colonias, rompiendo el privilegio de México y Perú. La imprenta se difundió hacia lugares que hasta entonces no la conocían, como Nueva Granada, lo que dio lugar a la aparición de algunos periódicos. Este último progreso no se dio en cambio en Brasil.

El siglo XVIII trajo también algunas reformas sociales. Las personas libres de color habían sido autorizadas a ingresar a la milicia, en un esfuerzo por mejorar la defensa militar de los imperios. Y al final del período colonial, los negros y mulatos libres podían incluso comprar la condición jurídica de blanco, lo que les daba ventajas en la vida social. La corona española mostró también signos de apertura hacia los extranjeros, aceptando la llegada de científicos de otros países en sus dominios, como fue la expedición dirigida por Charles la Condamine en Ecuador, en 1762, y la de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland entre 1799 y 1804.

Sin embargo, pese a estos vientos de renovación, las reformas del siglo XVIII también trajeron cambios que no siempre fueron vistos con buenos ojos por los habitantes de las colonias. En Brasil, las últimas *capitanías* privadas fueron suprimidas e integradas a la administración de la corona. La capital colonial fue transferida de Bahía a Río de Janeiro, suscitando el descontento de la región del nordeste. En América española, la creación de dos nuevos virreinatos, el de Nueva Granada y el de La Plata, dio mayor importancia a esas regiones, en particular a Buenos Aires, transformada en el centro de exportación de la plata de Potosí, pero provocó el descontento de Lima, que perdía una gran parte de su influencia

en América del sur. El nombramiento de miembros de las *Audiencias* volvió a favorecer a los españoles, quienes recuperaron la mayoría frente a los *criollos*. Los peninsulares, llamados *gachupines*, aumentaron su presencia a fines del siglo XVIII, atraídos por el incremento del comercio y por los nuevos cargos administrativos, a tal punto que los historiadores hablan de una "segunda conquista" para caracterizar ese período.

La principal fuente de irritación para los criollos y las otras clases sociales fue el nuevo impulso que dio la Corona a la administración colonial, que comenzó a practicarse de manera mucho más rigurosa. Esto se expresó en el alza del impuesto de la *alcabala*, que se aplicaba a las operaciones de compra y venta, que pasó del 4 al 8% del valor de las mercancías transadas, y además se aplicó a productos hasta entonces eximidos, como la coca. La corona se atribuyó además el monopolio del tabaco, medida que privaba de ingresos importantes a muchos pequeños comerciantes. A mediados de la década de 1780 Madrid decidió la creación de un nuevo funcionario, el *intendente*, que tenía vastos poderes administrativos sobre grandes regiones[1] y que reemplazaba a los antiguos *corregidores*, lo que fue mal recibido por los *criollos*, ya que casi todos los nuevos cargos, que eran muy bien pagados, recayeron en los españoles. Más tarde, el descontento criollo aumentó a causa de las exigencias económicas de la metrópoli: en 1804, Madrid ordenó el envío a España de los bienes de las fundaciones de caridad de la Iglesia, a fin de financiar los gastos de la guerra contra Francia. Aunque esta medida se aplicó en todas las posesiones del rey, ella fue particularmente mal recibida en México, donde fue aplicada con mayor rigor y donde había más propiedades afectadas.

Brasil también fue afectado por diversas medidas que buscaban aumentar los ingresos de la corona portuguesa, que buscaba desesperadamente recursos para financiar la reconstrucción de Lisboa, destruida casi enteramente a causa del terremoto de 1755. Además, la balanza comercial portuguesa dependía en gran parte de las riquezas brasileñas, en particular el oro y los diamantes de la región de Minas Gerais. La producción de estos minerales había disminuido a mediados del siglo XVIII, lo que había traído una baja en el pago de los impuestos de esa región, pero el gobierno portugués estaba convencido de que el problema residía en la mala voluntad de los habitantes de Minas, que eludían el pago de los impuestos. Por ello, en 1788, la corona portuguesa dio orden de cobrar un impuesto calculado en base a los pagos supuestamente evadidos por los habitantes de Minas, una de las regiones más pobladas de Brasil, causando el descontento general de sus habitantes. Otra medida impopular fue el cierre de los talleres e industrias que fabricaban productos textiles que podían rivalizar con los que se importaban de Portugal.

---

1 Estas divisiones territoriales, las *intendencias*, jugaron un papel en la definición de las futuras nacionalidades, en especial en América Central, donde esas divisiones, decididas en 1785, recayeron en San Salvador, Chiapas, Honduras y Nicaragua. Esta última incluía lo que fue después Costa Rica, que era una provincia.

El reforzamiento de la autoridad imperial se hizo en detrimento de parte de la Iglesia Católica. Esto se manifestó con la expulsión de la orden de los jesuitas, decidida primeramente en Portugal y sus colonias en 1759 y poco después en los dominios españoles, en 1767. Esta medida estaba inspirada por el deseo de destruir una institución que había llegado a ser demasiado poderosa y por la posibilidad de apoderarse de las grandes riquezas acumuladas por la orden. Esta medida golpeó directamente a los americanos, ya que la mayoría de los religiosos forzados a exiliarse en Italia y en otros países de Europa pertenecían a familias locales. En México, de los 680 miembros de la orden, solo 180 eran europeos. Las protestas generadas por la orden de expulsión fueron reprimidas violentamente por el virrey, lo que dio un saldo de 85 personas ahorcadas. En cambio en Brasil la decisión de expulsión no provocó reacciones de parte de la población.

1.2. Los factores internacionales

La independencia de Estados Unidos en 1776 y la Revolución Francesa de 1789 ejercieron un impacto sobre la situación de las colonias europeas del Nuevo mundo, pero el grado de influencia es difícil de precisar. En el primer caso, la existencia de un régimen republicano y federalista tuvo un cierto eco en las opiniones. La llegada de centenares de barcos provenientes de Estados Unidos a los puertos coloniales en los años de la guerra con Inglaterra, cuando fue autorizado el comercio con países neutrales, permitió la difusión de las ideas republicanas e independentistas.

La influencia francesa fue más importante, pero con altibajos. Al comienzo, varios expresaron simpatía por las ideas republicanas, y el colombiano Antonio Nariño, futuro líder de la independencia, tradujo y publicó –de su bolsillo– la Declaración de Derechos del Hombre, lo que le costó cuatro años de prisión. Cuando se firmó la paz entre Francia y España, en 1796, numerosos barcos franceses, entre ellos varios corsarios, anclaron en puertos hispanoamericanos y Brasil. Pero en general, los que apoyaban esa corriente eran una minoría, y la noticia de la ejecución del rey Luis XVI suscitó el rechazo general de las elites latinoamericanas. Lo mismo ocurrió cuando se supo el trato hostil de la República Francesa hacia la Iglesia Católica.

Así, hubo que esperar algunos años para ver en qué medida los acontecimientos internacionales se hacían sentir. La implicación de España y de Portugal en las guerras napoleónicas tuvo consecuencias importantes. A causa del conflicto, ambas metrópolis perdieron gran parte de su capacidad de controlar el mundo colonial. En 1796, enfrentada a Inglaterra por su alianza con Francia, España debió aceptar la presencia de barcos de países neutrales en sus colonias, a fin de estimular el comercio internacional, frenado por el bloqueo inglés. Esto hizo aumentar el volumen de las informaciones sobre los acontecimientos en la Francia revolucionaria En los años siguientes, Inglaterra aumentó su presión en el Nuevo Mundo: en 1797, los británicos ocuparon las islas de Trinidad y de Tobago, y en 1806, una

expedición inglesa (que no contaba con el apoyo oficial de su gobierno) atacó Buenos Aires y Montevideo, tratando de apoderarse de esas ciudades. Este episodio tuvo gran importancia para el desarrollo de la conciencia nacional de los *criollos*, ya que fueron ellos quienes rechazaron el ataque inglés.

1.3. ¿Movimientos pioneros?

El reforzamiento del sistema imperial y el nuevo contexto internacional suscitaron diversos movimientos de protesta contra el régimen colonial a fines del siglo XVIII. Entre ellos hay algunos de los cuales tenían una clara proyección independentista, pero otros tuvieron una perspectiva más limitada.

En el sur del Perú, en 1780, estalló la gran rebelión indígena dirigida por José Gabriel Condorcanqui, conocido como Tupac Amaru. Este episodio ha sido considerado como un antecedente del movimiento de emancipación. Sin embargo, en el fondo, pertenece más a la categoría de protestas sociales, ya que su principal causa eran los abusos contra los indígenas por parte de los *corregidores*[2]. El líder indígena quería suprimir la existencia de esos funcionarios, acusados de explotar a los indios, y destruir los *obrajes*, considerados como centros de explotación de la mano de obra autóctona. Políticamente, el movimiento era vago, ya que durante la mayor parte de su duración, Tupac Amaru se dijo fiel al rey de España. Solo en la etapa final, en vísperas de ser derrotado, se hizo proclamar rey, bajo el nombre de José I. El movimiento permaneció limitado al mundo indígena, aunque algunos de sus seguidores eran mestizos e incluso algunos blancos pobres. Y pese a la amplitud del movimiento, los rebeldes ni siquiera lograron el apoyo del conjunto de los indígenas, ya que muchos caciques apoyaron a las fuerzas realistas, contribuyendo en forma decisiva a la derrota de los insurrectos. Se trató sin embargo de un episodio de gran importancia, que hizo temblar al virreinato y tuvo repercusiones en toda la región: en 1781, otro líder indígena, Tupac Catari, dirigió una nueva rebelión, que amenazó seriamente la ciudad de La Paz.

La revuelta conocida como la de los *comuneros*, iniciada en la ciudad de Socorro, en el centro de Colombia, en 1781, tuvo orígenes sociales diferentes. El movimiento, dirigido a protestar contra el alza de los impuestos decretada para financiar los gastos de defensa del virreinato de Nueva Granada, fue dirigida por comerciantes y medianos propietarios blancos. Pero además, la protesta contó con el apoyo de mestizos y de una parte de los indígenas. Pese a que hubo algunas acciones armadas, los comuneros, no aspiraban a tomar el poder, sino a imponer un conjunto de peticiones a las autoridades coloniales. Entre ellas figuraban:

---

2 La rebelión aquí descrita se dio antes de la reforma que reemplazó a los corregidores por los intendentes. Estos nuevos funcionarios no debían hacer los mismos abusos de sus predecesores, en especial la venta forzosa de mercaderías a los indígenas, lo que procuraba grandes ingresos a los corregidores.

baja de los impuestos, libertad para cultivar el tabaco, respeto de las tierras comunitarias de los indígenas y gratuidad de los servicios religiosos para estos últimos. El gobierno colonial fingió negociar y aceptar las demandas, pero se trató de una maniobra para preparar un contraataque militar, con el cual consiguieron recuperar el control de la situación. El hecho de que no se trataba de un desafío abierto al gobierno explica el hecho de que el líder del movimiento, José Francisco Berbeo, no solo fue perdonado, sino que además fue nombrado en el cargo de *corregidor*. En cambio el mestizo José Antonio Galán, quien había decidido continuar la lucha, fue arrestado y ejecutado.

Las diversas conspiraciones que se dieron en este fin de siglo tuvieron un contenido más político, de inspiración claramente subversiva, ya que apuntaban a la independencia. En ellas es visible la influencia ideológica francesa y norteamericana No lograron transformarse en movimientos de masa, pero indican un estado de ánimo que apuntaba a transformaciones de fondo. La serie comienza en 1781 con la "conspiración de los tres Antonios" en Chile, llamada así porque los tres participantes, dos de los cuales eran franceses, tenían ese nombre. El plan incluía medidas sociales, como el reparto de tierras. De todos los episodios, fue éste el que tuvo menos resonancia, ya que parece haberse limitado estrictamente a los tres conspiradores, que fueron descubiertos. Algo más de impacto tuvieron las dos conspiraciones tramadas en México, en 1794 y 1799, en las cuales hubo alguna influencia de franceses residentes en el país. En 1797 tuvo lugar la conspiración de Manuel Gual y José María España en Venezuela, que aspiraba a proclamar una república federal y a alcanzar la igualdad social. Todos estos episodios terminaron en delación y arresto de los participantes. En fin, en 1806 tuvo lugar una experiencia única, el desembarco de una expedición armada en la costa venezolana, venida a llamar a los habitantes del país a luchar por la independencia. Se trataba de una antigua aspiración de Francisco de Miranda, un venezolano que había vivido durante largos años en Estados Unidos y en Europa, y que desde hacía años trataba de interesar al gobierno inglés en el proyecto, aunque sin éxito. Había logrado sin embargo comprar un barco en el puerto de Nueva York, contratando a una tripulación compuesta de 180 mercenarios, todos ciudadanos estadounidenses. En su ruta hacia su país de nacimiento, el barco hizo escala en Haití, que ya era un país independiente, donde Miranda hizo imprimir 2.000 copias de una declaración llamando a luchar por la independencia de España, que serían distribuidas a los venezolanos. La empresa fue un fracaso total, ya que la población local no mostró ningún interés en seguir los llamados de un grupo de expedicionarios que hablaban inglés. Miranda volvería más tarde a su país, a participar en la lucha por la independencia.

En Brasil, en 1788, una veintena de personas habían conspirado para preparar una rebelión armada, con el fin de proclamar la república. No es un azar si la experiencia se desarrollaba en Ouro Preto, situada en Minas Gerais, la región más afectada por las medidas económicas explicadas anteriormente. Los conspiradores pensaban también abolir parcialmente la esclavitud y anular las deudas con Portugal, pero fueron descubiertos antes

de pasar a la acción. Uno de los dirigentes, José Joaquín da Silva, más conocido por su sobrenombre, Tiradentes (ya que era dentista), fue decapitado, mientras que los otros eran condenados al exilio a Angola. Un movimiento más radical, conocido como la conspiración de los sastres (*alfaiates*) tuvo lugar en 1798 en Bahía. Este nombre se explica porque el líder, el mulato Joao de Deus do Nascimento, ejercía ese oficio. Los participantes, en su mayoría mulatos, poseían textos traducidos del francés, aspiraban a la república democrática, basada en la igualdad y en la libertad de los esclavos.

Las aspiraciones nacionalistas se habían manifestado también en las obras de ciertos intelectuales, que habían comenzado, desde el último tercio del siglo XVIII a publicar estudios donde se destacaba la riqueza del pasado indígena y se describían las particularidades de la historia local. No eran obras destinadas a reclamar la independencia, y por esa razón circularon legalmente, pero contribuían a forjar una conciencia patria. Uno de ellos fue la *Historia natural y civil del reino de Chile*, obra del jesuita Juan Ignacio Molina, publicada en 1776, mientras vivía en exilio en Italia. En ella, el autor, nacido en Chile, alababa las realizaciones de los habitantes del país, en particular de los criollos, presentándolos como agentes del progreso. En 1780, el mexicano Francisco Javier Clavijero publicó una *Historia del México antiguo*, obra destinada a combatir los prejuicios de ciertos sabios europeos contra el Nuevo Mundo, en particular sobre la pretendida ignorancia de los indígenas. En el Perú, un grupo de intelectuales comenzó a publicar desde 1791 un semanario, *El Mercurio peruano*, destinado casi exclusivamente a hablar de la historia y la geografía del país, destacando sus riquezas naturales y las bondades de su clima, que según sus defensores, permitía sanar de ciertas enfermedades. Políticamente, esta publicación no promovía de ninguna manera ideas radicales: al contrario, sus artículos criticaban violentamente la obra de los revolucionarios franceses, denunciados como “regicidas” y “ateos”.

Otros intelectuales, algunos de los cuales habían vivido en Europa, llevaron más lejos estos análisis. El ecuatoriano Francisco Santa Cruz y Espejo, un mestizo educado, había propuesto en 1791 que se concediera una situación de autonomía a los dominios americanos. Ese mismo año, el peruano Juan Pablo Viscardo, otro jesuita exiliado, publicó en Europa su “Carta a los españoles americanos”, redactada en francés, a fin de que su contenido, favorable a la independencia, fuera conocido en forma más amplia. En 1794, en México, el dominicano Fray Servando Teresa de Mier causó un enorme escándalo al pronunciar un sermón según el cual la Virgen de Guadalupe había hecho su aparición mucho antes de la llegada de los españoles, afirmando además que Santo Tomás, adoptando el nombre de Quetzalcoatl, había venido a predicar el cristianismo siglos antes de la conquista. Fue exiliado a Europa como castigo por sus afirmaciones, pero más tarde tomó parte activa en la independencia de México.

En una época en la que no existían partidos políticos, las discusiones ideológicas y la difusión de las ideas se hacía en las logias masónicas. En Europa, Miranda había formado una logia dedicada específicamente a los hispanoamericanos, en la cual se encontraron varios de

los futuros líderes de la independencia: el chileno Bernardo O'Higgins, los argentinos José de San Martín y Manuel Moreno, los venezolanos Antonio José de Sucre y Simón Bolívar y el ecuatoriano Vicente Rocafuerte.

Ante estos hechos, hubo en España una cierta conciencia de la necesidad de prever cambios, a fin de preservar la estructura imperial. El conde de Aranda, ministro del gobierno, había propuesto un plan destinado a elevar la jerarquía de las colonias americanas y a darles un mayor grado de autonomía, transformándolas en virreinatos gobernados por príncipes de la familia real. Pero este plan nunca fue adoptado. Y cuando en 1796 Alessandro Malaspina, marino italiano que había dirigido una expedición científica enviada a estudiar las colonias españolas de la costa del Pacífico, tuvo la mala idea de sugerir, en su informe presentado a Carlos IV, que se debería otorgar mayor autonomía a las colonias americanas, fue condenado a diez años de prisión.

1.4. Haití, la independencia de los esclavos

Los hechos producidos en la principal colonia francesa del Caribe, que era el mayor centro de producción de azúcar de la región, constituyen una experiencia única, anterior a la independencia de América española y de Brasil. Sin embargo, a causa justamente de esos rasgos particulares, la experiencia haitiana va a actuar más en un sentido moderador que catalizador de las tendencias autonomistas en las otras colonias.

La independencia de Haití comienza en relación directa a los hechos que ocurrían en Francia desde la Revolución iniciada en 1789. La decisión de la Asamblea Nacional de dar el derecho a voto para la Asamblea Constituyente a todos los hombres de color libres desencadenó una furiosa protesta de los blancos, al mismo tiempo que la radicalización de los negros esclavos. Estos últimos lanzaron una rebelión masiva en la región del norte en agosto de 1791, lo que hundió en el caos a la colonia, conocida como Santo Domingo. Para empeorar la situación, los españoles y los ingleses intervinieron en el conflicto, tratando de sacar partido de la situación. La intervención británica se hizo siguiendo una invitación de los colonos blancos, quienes esperaban recuperar el control de la situación. Puerto Príncipe fue ocupada por los ingleses entre 1793 y 1798. Y los mulatos, dirigidos por André Rigaud, organizaron su propia fuerza armada, controlando el sur del país. Francia proclamó la libertad de los esclavos en 1793, pero eso no bastó para restablecer el orden. Las autoridades francesas se vieron obligadas a negociar con los ex esclavos, a fin de lograr que la colonia volviera bajo el alero francés. Toussaint l'Ouverture, el líder de los negros, que había luchado durante algún tiempo como general al servicio de España, logró vencer a los ingleses y a los mulatos. En 1801, sin pedir permiso a Francia, ocupó la parte española de la isla, unificándola momentáneamente. Aunque no había proclamado la independencia, Toussaint solo admitía una tutela formal de parte de Francia. En 1802, Napoleón Bonaparte decidió enviar una poderosa expedición, con el fin de recuperar plenamente la colonia y

restablecer la esclavitud. El ejército francés, dirigido por Leclerc, cuñado de Napoleón, venció a los ex esclavos y logró hacer prisionero a Toussaint. El general negro fue enviado a Francia, donde falleció en prisión, pero sus hombres continuaron resistiendo al ataque francés. Ayudados por las enfermedades tropicales, que causaron un gran número de bajas entre los invasores blancos, y por el bloqueo marítimo inglés, que impidió la llegada de refuerzos desde Europa, lograron expulsar a los franceses. Así, en enero de 1804, bajo la dirección de Jean Jacques Dessalines, fue proclamada la independencia de Haití, el nombre elegido para el nuevo país. Pero este éxito no trajo estabilidad al nuevo país: en 1806 Dessalines fue asesinado por sus rivales, que lo acusaron de "tirano", y el país fue dirigido por dos gobernantes: Henry Christophe en el norte, quien se proclamó rey, y por Alexandre Pétion en el sur. La economía estaba en ruinas a causa de los destrozos ocasionados por la guerra y el país estaba aislado diplomáticamente. Francia sólo reconoció la independencia en 1824, exigiendo el pago de una enorme suma de dinero para compensar a los plantadores blancos que habían perdido sus propiedades, y Estados Unidos ignoró al nuevo país durante largo tiempo. La nueva república había nacido bajo malos auspicios.

La experiencia haitiana tuvo una influencia innegable en el resto del mundo colonial. Ella constituyó una fuente de inspiración para los esclavos negros, quienes intentaron imitarla, pero al mismo tiempo causó pánico entre los dueños de plantaciones. Las colonias cercanas de Haití, como Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo español (que volvió a ser controlado por España tras la breve ocupación de Toussaint), fueron las que sintieron con mayor fuerza el choque venido de Haití. Eso explicará en buena medida la ausencia de voluntad de intentar la independencia por parte de los *criollos* de esas colonias, quienes prefirieron no seguir el ejemplo de las otras.

1.5. América española: de la formación de juntas para gobernar en nombre del rey a la confrontación con la metrópoli

El hecho decisivo para el comienzo del proceso de independencia fue la invasión de la península ibérica por Napoleón, entre 1807 y 1808. El rey Carlos IV fue obligado a renunciar al trono y su hijo, que debía reinar como Fernando VII, abdicó en favor de Napoleón. Ambos quedaron detenidos en Francia. José Bonaparte, el hermano del emperador francés, se instaló en el poder. Al mismo tiempo, la familia real portuguesa huía hacia Brasil. Ambos acontecimientos iban a cambiar el curso de la historia, pero siguiendo diversas vías.

En América española, los sucesos de España provocaron una crisis política, causada por la ausencia del rey, única fuente de legitimidad de las autoridades. Además, se temía que Napoleón extendiera sus ambiciones territoriales hacia el Nuevo Mundo. En ese contexto, los criollos optaron por destituir a las autoridades españolas, reemplazándolas por Juntas de gobierno, encargadas de ejercer el poder durante la ausencia del rey prisionero. Al hacer esto, seguían el ejemplo de los españoles en la península, que también habían empezado a

formar juntas, en diversas ciudades, para manifestar su repudio a los franceses y mostrar que la población representaba la soberanía, en ausencia del monarca.

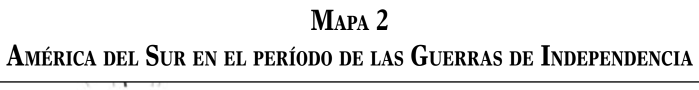
Este movimiento comenzó en 1809, con experiencias pioneras en Quito, Chuquisaca y La Paz, pero que habían fracasado ante la negativa de las autoridades realistas de aceptar un cambio en el ejercicio del poder. Varios de sus dirigentes habían sido ahorcados, como Pedro Joaquín Murillo en La Paz, que se transformaría en héroe de Bolivia con el tiempo. Al año siguiente, los criollos tuvieron más éxito: entre abril y septiembre de 1810, actuando a través de los *Cabildos*, los vecinos de las clases altas de Caracas, Bogotá, Buenos Aires, Quito y Santiago, así como en otras ciudades de las distintas colonias, formaron juntas, forzando la renuncia del virrey o del gobernador. En Asunción y en Montevideo, los realistas lograron conservar el poder en 1810, pero debieron cederlo al año siguiente. En Ciudad de México, el cambio de autoridades se hizo en condiciones particulares: el virrey José de Iturrigaray, éste fue derribado por iniciativa de los realistas, quienes sospechaban que era demasiado conciliador con los criollos. Los españoles entregaron el gobierno a un nuevo virrey, Francisco Javier Venegas, quien era abiertamente contrario a toda acción autonomista. Pero al mismo tiempo comenzaba un movimiento armado de masas contra el gobierno, que constituirá una experiencia única en América española.

Varias colonias permanecieron sin cambios, controladas por las autoridades realistas. América Central, que en esa época estaba organizada en la Capitanía General de Guatemala, dio pocas muestras de querer modificar el ejercicio del poder: una de las excepciones fue la revuelta dirigida por Manuel José Arce y el cura Matías Delgado en la *intendencia* de El Salvador, una de las subdivisiones de la colonia, en 1811. El gobernador español, apoyado firmemente por el arzobispo de Guatemala, Ramón Casaús y Torres, no tuvo grandes dificultades en restaurar el orden. En Lima, el virrey Fernando Abascal, decidido partidario de la monarquía absoluta, no solamente siguió en el poder sin ser molestado, sino que además comenzó a dirigir la represión contra las tendencias soberanistas de las colonias vecinas. En Quito, tras un comienzo promisorio, el movimiento autonomista fue reprimido en 1812 por los realistas. Y como se insinuó antes, no hubo cambios políticos en las colonias españolas del Caribe. Pese a todo, en Cuba hubo algunas conspiraciones de criollos y tentativas de rebelión de los esclavos, apoyada por algunos blancos. Esta última fue dirigida por el negro libre José Antonio Aponte, en 1812, quien buscaba abolir la esclavitud y derribar el régimen colonial. Grupos minoritarios de blancos habían participado a una primera conspiración en 1810 y luego en 1820, esta última como consecuencia de la independencia de Venezuela: los participantes habían formado el grupo “Rayos y soles de Bolívar”, esperando recibir ayuda de éste, pero la experiencia fue frustrada antes de tomar amplitud. En la parte española de Santo Domingo, José Núñez de Cáceres proclamó la independencia en 1821, anunciando la incorporación del país a Colombia, pero esta acción no fue más lejos. Bolívar, absorbido por la independencia de América del Sur, no prestó atención al movimiento, y Haití ocupó de nuevo la región, conservándola hasta 1844.

Así, los criollos estaban en el poder solamente en una parte de las colonias. Además, la formación de las Juntas no significaba una declaración de independencia. Al contrario, los nuevos dirigentes se habían comprometido a gobernar en nombre del bien amado monarca Fernando VII, respetando sus derechos, mientras durara su prisión en España. Otro compromiso, sin duda más sincero que el anterior, era el de defender los dominios del rey contra las pretensiones francesas. Pero es evidente que en este nuevo contexto, la puerta se había abierto para proceder a cambios importantes, que reflejaban las aspiraciones de muchos criollos. Una de ellas fue la proclamación de la libertad de comercio, que permitía el contacto directo con los ingleses, así como la libertad de prensa, la creación de bibliotecas y de periódicos, y en ciertos casos, la redacción de proyectos constitucionales. A nivel social, en algunos países se tomaron medidas contra la esclavitud: en Chile se decretó la "libertad de vientre" que otorgaba la libertad a los hijos de esclavos, en 1813, y en Venezuela se decretó el fin del comercio negrero.

Si bien algunos hablaban abiertamente de independencia, este objetivo no concitaba la unanimidad. Varios criollos habrían aceptado un estatuto de mayor autonomía dentro del imperio español. En ese contexto, cabe preguntarse hasta qué punto los acontecimientos de Cádiz pudieron, tal vez, cambiar el curso de la historia. La Junta establecida en esa ciudad, que trataba de gobernar España durante la ocupación francesa, estaba dominada por elementos liberales, deseosos de poner término al absolutismo. Con ese fin convocaron a elecciones para un congreso, las *Cortes*, que se realizarían en todos los dominios del rey, incluyendo las colonias de América y de Filipinas. Era una decisión histórica, que constituía la primera experiencia democrática en el mundo hispánico, y que equivalía a salir del Antiguo régimen. En una primera instancia, los americanos fueron discriminados, ya que no se les permitió elegir diputados sobre la misma base que los españoles, lo que los dejaba en minoría. Pese a todo, las elecciones tuvieron lugar, aunque solamente en las colonias no controladas por las Juntas, vale decir México, América Central, Cuba, Puerto Rico y Perú. Los diputados americanos tuvieron una participación importante en los debates, que trajeron modificaciones fundamentales: España y sus dominios se transformaban en una monarquía constitucional, se abolía el trabajo forzoso, se ponía término a la Inquisición, se proclamaba solemnenmente el principio de la libertad de prensa. A nivel electoral, se creaba un sistema de voto excepcionalmente avanzado para la época, dando ese derecho a todos los habitantes de sexo masculino, incluyendo a los indios. Solo los esclavos y en general la población de origen africano era excluida, aunque se contemplaban excepciones en ciertos casos cuando se trataba de negros libres. Las ciudades de 1.000 habitantes podían elegir sus propias autoridades, y en el nuevo congreso, las colonias tendrían una representación igual a la de España. Pero la mayoría de diputados españoles no aceptó el principio de la libertad de comercio, que todas las colonias estaban reclamando. Además, los virreyes de México y Perú, que no respetaban el espíritu liberal que venía de Cádiz, reprimieron las tentativas de crear una prensa libre y manipularon las elecciones. Y las nuevas medidas solo estuvieron

Mapa 2
América del Sur en el período de las Guerras de Independencia



en vigencia durante dos años, ya que en mayo de 1814, a dos meses de haber recuperado el poder, Fernando VII abolió la Constitución, desatando la represión contra los liberales. Así, aunque las transformaciones de Cádiz constituyeron un hecho histórico para las elecciones en América, no lograron detener el movimiento de las colonias hacia la independencia. Puede pensarse además que ciertos criollos no estaban dispuestos a tolerar las libertades otorgadas por Cádiz en favor de los indígenas, y que la idea de un poder municipal asustaba a dirigentes como Bolívar, empeñado en un tipo de gobierno centralizado.

1.6. La lucha armada dirigida por los *criollos* en América del Sur

Ante las incomprensiones y las desconfianzas recíprocas entre criollos y españoles, el conflicto armado estalló pronto. La guerra, que comenzó desde 1811, se desarrolló principalmente en el norte de Sudamérica, teatro de las acciones de Simón Bolívar, en el Alto Perú (hoy Bolivia), el noroeste argentino, Chile central y en el área cercana a Buenos Aires.

En esta última región, la Junta controlaba el territorio alrededor de la ciudad, pero fracasó en su tentativa de mantener la cohesión del antiguo virreinato, que se fragmentó en pedazos. Los *porteños* debieron aceptar la existencia de gobiernos autónomos en las ciudades del interior, que mantenían una relación ambigua con la capital, pero además perdieron totalmente el control sobre las regiones más alejadas, que tomaron su propio camino hacia la independencia o que siguieron dominadas por los realistas.

Paraguay fue la primera colonia en definir su propio destino, declarando su independencia desde 1811, luego de muy pocos combates. Esto se explica en buena medida por la situación aislada del país, y a sus tradiciones particulares (como la rebelión de 1717-1739, antes señalada) que habían creado un cierto sentimiento nacional. Los criollos de la pequeña colonia, dirigidos por Francisco Yegros y José Gaspar Rodríguez de Francia, vencieron sin muchas dificultades al ejército de Buenos Aires, enviado con la esperanza un tanto ingenua de convencer a los paraguayos de obedecer a la capital. Después de eso, los *porteños* no tuvieron muchas ocasiones de insistir, ya que debieron consagrar todas sus energías y recursos en las batallas en el Alto Perú, donde la suerte les fue generalmente adversa.

En esta región, donde la influencia del virrey Abascal se hacía sentir, los bonaerenses hicieron desde 1810 cuatro campañas con el llamado "Ejército del norte". Tuvieron un cierto éxito en obtener el apoyo de indígenas, a quienes prometieron el fin de los trabajos forzados y la condición de ciudadanos, pero pese a eso no pudieron derrotar a los realistas. Estos últimos ganaron varias batallas entre 1813 y 1815, especialmente la de Sipe-Sipe, cerca de Cochabamba, en noviembre de 1815. Tras esa victoria, los españoles controlaron la mayor parte del territorio altoperuano, aunque algunos jefes de guerra patriotas prosiguieron los combates y lograron dominar ciertas localidades, que fueron conocidas como las "Republiquetas".

Buenos Aires perdió también el control sobre la llamada Banda oriental (Uruguay actual), el territorio situado al lado este del río de la Plata, fronterizo con Brasil. El líder criollo José Artigas, que desconfiaba de los *porteños*, prefería participar en una Liga federal, formada por las provincias del noreste (Santa Fe, Corrientes, Misiones, Entre Ríos y Córdoba). Pero tras haber vencido a los realistas, Artigas no pudo mantener largo tiempo el dominio del país: tuvo que luchar contra las fuerzas de Buenos Aires y más tarde contra los portugueses, que habían invadido el territorio desde Brasil. El destino final de la Banda oriental solo se decidiría a fines de los años 1820.

Las numerosas derrotas militares sufridas por los ejércitos de Buenos Aires fueron causa de una inestabilidad crónica. Después de la primera junta, creada en mayo de 1810, las autoridades cambiaron prácticamente todos los años. La violencia política hizo su aparición: el antiguo virrey, el francés Jacques de Liniers, fue fusilado por oponerse a la Junta, en 1810, y más tarde Martín de Alzaga, un comerciante español que intentó derribar al nuevo gobierno, corrió la misma suerte. En 1812, José de San Martín, un militar profesional criollo, que había luchado en defensa del rey en España contra los franceses, pero que había abrazado la causa de la independencia, llegó a Buenos Aires. Su aporte fue de importancia: reorganizó las fuerzas militares *porteñas*, creó la logia "Lautaro", que sirvió para unir políticamente a los partidarios de la independencia, y preparó más tarde el ejército de los Andes, en Mendoza, que sería clave para liberar Chile y el Perú. Pero la inestabilidad siguió presente, y aunque contrariamente a otras regiones los realistas no recuperaron el poder, el sentimiento de inseguridad de los patriotas ante un posible ataque venido desde el Perú o desde España era muy grande. Por ello, en 1814 Manuel Belgrano, enviado a Europa, hizo sondeos para interesar a algún príncipe europeo en ascender al trono en Buenos Aires, medida con la que los patriotas esperaban atraer el apoyo inglés. Y Carlos de Alvear, tras llegar a dirigir el gobierno de la ciudad en 1815, preparó un plan secreto donde se pedía la anexión del país a Gran Bretaña. Estos planes no se concretaron; en 1816 Alvear perdió el poder y Buenos Aires logró organizar un congreso en Tucumán, que proclamó oficialmente la independencia del país, denominado "Provincias Unidas de América del Sur", en el que participaban varias de las provincias del oeste y del noroeste, como Mendoza, San Juan, Jujuy, Salta y otras, además de Buenos Aires, pero no las de la Liga Federal. Más tarde, el Congreso redactó una Constitución de inspiración centralista, bastante favorable a Buenos Aires, pero que nunca fue aceptada plenamente por las provincias. Así, el nuevo país viviría en medio de una inestabilidad permanente por las rivalidades entre Buenos Aires y las provincias.

En Chile, al comienzo de la guerra, los patriotas habían ganado algunas victorias en 1813, pero la situación se hizo más incierta al año siguiente, con la llegada de nuevas fuerzas realistas dirigidas por oficiales venidos del Perú. El grueso de la tropa se componía sin embargo de chilenos reclutados en el sur del país. Las noticias de la derrota de Napoleón, la evacuación de España por los franceses y el inminente regreso al trono de Fernando

VII, llevaron a los dirigentes criollos a negociar con los jefes españoles. Ante la presencia del comodoro inglés James Hillyar, que actuaba como mediador, enviado por el virrey Abascal, se redactó un tratado según el cual Chile conservaría un gobierno autónomo pero reafirmando su lealtad hacia Fernando VII. Las tropas enviadas desde Lima deberían evacuar el país. Pero ninguna de las partes respetó el tratado, y la guerra continuó. Los patriotas estaban divididos por la rivalidad entre sus principales líderes, José Miguel Carrera y Bernardo O'Higgins, que llegaron a enfrentarse en una verdadera guerra civil. En esas circunstancias, los patriotas perdieron la Batalla de Rancagua, en el mes de octubre. Este hecho provocó el exilio masivo hacia Mendoza, en la región argentina vecina a la cordillera de los Andes, y marcó el comienzo de la Reconquista española, que duró hasta comienzos de 1817. Durante ese período, hubo una fuerte represión contra los criollos culpables de colaborar con los patriotas, que sufrieron la pérdida de sus propiedades y penas de exilio a la Isla Juan Fernández, en penosas condiciones, lo que sirvió para reforzar la conciencia independentista. En 1817, el ejército formado en Mendoza por José de San Martín, junto a O'Higgins y otros exiliados chilenos, atravesó la cordillera, derrotó a los realistas y recuperó el poder para los patriotas: la independencia fue proclamada en febrero de 1818 y O'Higgins fue nombrado el primer jefe de gobierno del nuevo país. Cabe hacer notar que en el ejército que había atravesado los Andes había alrededor de 3.000 soldados negros, muchos de los cuales participaron más tarde en la campaña de liberación del Perú.

En el antiguo virreinato de Nueva Granada, la lucha fue aún más larga y encarnizada. Tanto en Colombia como en Venezuela los patriotas estaban divididos, ya que varias ciudades importantes eligieron sus propias autoridades, sin seguir las instrucciones de Bogotá o de Caracas. Además, los patriotas tuvieron muy poco éxito en ganar el apoyo de los negros y mulatos, poco entusiasmados ante la perspectiva de batirse junto a sus dominadores. Una de las primeras medidas tomadas por los criollos había sido la organizar patrullas para capturar a los esclavos fugitivos y amenazar con azotes a los vagos en el campo. En esas condiciones, el jefe realista Tomás Boves no tuvo muchas dificultades en organizar una importante fuerza armada en la región del interior, con los *llaneros*, ofreciéndoles además participar en el botín de guerra. Así, las luchas por la independencia fueron, como en otros lugares, verdaderas guerras civiles, ya que en el campo realista los españoles eran una minoría.

En Venezuela, una primera experiencia republicana, entre 1811 y 1812, terminó mal, ya que los patriotas fueron vencidos por los realistas y se querellaron internamente: Miranda, que había vuelto de nuevo de Europa a participar a la lucha por la independencia, fue acusado de traición, y por ello Bolívar lo entregó a los españoles, en un oscuro episodio, terminando su vida en una cárcel de España. Bolívar hizo una segunda campaña tras reorganizarse en Cartagena, durante la cual lanzó su famosa proclama llamando a la "guerra a muerte", con la que intentaba afirmar el sentimiento patrio contra los españoles. Reconquistó Caracas, pero terminó siendo vencido nuevamente, y se exilió en Jamaica, donde trató sin éxito de obtener el apoyo inglés a su causa. Luego fue a Haití, donde recibió una

generosa ayuda del gobierno de Alexandre Pétion: dos barcos, armas y 200 hombres para proseguir el combate. Esta experiencia le hizo tomar mayor conciencia de la necesidad de una actitud más decidida respecto a la abolición de la esclavitud. Mientras, en Colombia, los patriotas se enfrentaban por las armas para decidir si el país sería organizado siguiendo una orientación federalista o centralizada. Esto favoreció la *reconquista* española obra del ejército dirigido por Pablo Morrillo, enviado por el rey Fernando VII tras recuperar su trono en España. Morrillo procedió a una dura represión, fusilando entre otros a Camilo Torres, uno de los principales dirigentes patriotas. La tercera campaña de Bolívar trajo la liberación de los dos países. Su éxito se debió en parte al debilitamiento del ejército español por obra de las enfermedades tropicales y a la organización de tropas *llaneras* bajo el mando de José Antonio Páez. Otro jefe militar que empezó a distiguirse en esta etapa fue el colombiano Francisco de Paula Santander. Ambos serían más tarde presidentes de Venezuela y de Colombia, respectivamente. Un refuerzo importante fue la llegada de varios miles de militares ingleses e irlandeses, contratados por un representante de Venezuela en Londres, que formaron la Legión Británica. En 1819 los patriotas ganaron la batalla de Boyacá, en Colombia. Este éxito fue seguido por la organización de un congreso en Angostura, que proclamó la creación de la Gran Colombia, que unía Colombia con Venezuela y con lo que sería más tarde Ecuador, con Bolívar como jefe de Estado. En 1821 los patriotas ganaron la batalla de Carabobo, en Venezuela, y al año siguiente organizaron la campaña para liberar las regiones del sur.

El territorio donde más tarde se formaría Ecuador, después del intento de establecer una Junta en 1809, había permanecido dominado por los realistas y estaba muy dividido políticamente: Guayaquil no había compartido las acciones autonomistas de Quito. En 1820, la ciudad portuaria cambió de actitud y proclamó la independencia, con José Joaquín Olmedo como presidente, pero Quito seguía controlado por los realistas. Durante dos años hubo combates para liberar la ciudad, pero la victoria se logró solamente con la llegada de tropas de Colombia, dirigidas por el joven general Antonio José de Sucre, y del Perú, enviadas por San Martín, quien ocupaba Lima en esos momentos. Sucre ganó la batalla de Pichincha, en mayo de 1822, que trajo el fin del último gobierno español en la región. El general vencedor presionó al municipio para que Quito se integrara a la Gran Colombia. Olmedo trató de mantener la independencia de Guayaquil, pero la llegada de un nuevo ejército desde el norte, dirigido por Bolívar, lo hizo cambiar de opinión y aceptar formar parte de Colombia.

Estos éxitos permitieron iniciar la liberación del Perú, el último bastión español de América del Sur. Pero el virreinato era un enemigo temible. La voluntad de independencia de los peruanos era débil: el único movimiento de importancia contra el poder español había sido protagonizado por un cacique indígena de la región de Puno, Mateo Pumacahua. En 1780 había apoyado al virrey contra Tupac Amaru, pero ahora se declaraba contra el poder español, decepcionado por el escaso reconocimiento que había recibido por parte del

gobierno colonial. Fue apoyado por el criollo José Angulo, pero la rebelión no tuvo éxito: en 1815, Pumacahua fue vencido y fusilado. Esta experiencia reforzó la actitud conservadora de la elite peruana, espantada ante la idea de que los indios pudiesen tomar el poder. El virrey Abascal siguió instalado sólidamente en el gobierno y como se vio antes, logró éxitos significativos contra los ejércitos de Buenos Aires en el Alto Perú. Pero su sucesor, Joaquín de Pezuela, debió afrontar un ataque venido desde Chile. Después de la independencia de este país, O'Higgins y San Martín organizaron una expedición para liberar el Perú, bajo el mando del general argentino. Las tropas fueron transportadas por una escuadra dirigida por el marino inglés Thomas Cochrane. San Martín logró ocupar Lima y declaró la independencia, en julio de 1821, siendo nombrado "Protector" del país. Pero estaba lejos de controlar la totalidad del país, ya que los realistas dominaban gran parte del interior. San Martín vaciló en emprender el combate, prefiriendo negociar: ofreció a los dirigentes españoles que aceptaran la independencia peruana, diciéndoles que el país sería gobernado por un príncipe nombrado por Fernando VII, conversaciones que no dieron frutos. El general argentino se reunió en Guayaquil con Bolívar, en 1822, para diseñar una estrategia común. Pero sus tendencias monárquicas no eran compatibles con el republicanismo del líder venezolano. Decepcionado, San Martín optó por abandonar la política, partiendo a Europa en un exilio voluntario, que duraría hasta el final de su vida.

Así, la liberación definitiva del Perú sería la obra de Bolívar. Pero la organización de una fuerza capaz de ganar la victoria tomó tiempo. Entre 1823 y comienzos de 1824, la situación parecía desesperada para la causa patriota. La economía estaba en ruinas y era muy difícil encontrar fondos para pagar a los soldados. Bolívar estuvo gravemente enfermo en enero de 1824, hasta el punto que se temió por su vida. Ante la ambigüedad de la situación, varios de los políticos peruanos, José de la Riva Agüero y el marqués de Torre Tagle, que habían pasado a dirigir el país luego de la partida de San Martín, decidieron pasarse al bando español. Lima fue ocupada por las fuerzas del virrey. Torre Tagle lanzó un manifiesto llamando a apoyar a los realistas y tratando a Bolívar de "tirano y monstruo, que venía a transformar el Perú en un súbdito de Colombia".

La llegada de tropas desde Colombia permitió cambiar la situación. En el norte del Perú se formó un ejército internacional, compuesto principalmente por colombianos (muchos de ellos originarios de Quito), de peruanos, chilenos, argentinos y europeos. Bajo el mando de Sucre, ese ejército ganó las victorias de Junín y de Ayacucho, esta última, la batalla decisiva, en diciembre de 1824. La derrota realista fue en parte causada por la división de sus fuerzas: en el Alto Perú, el jefe español, Pedro de Olañeta, se había declarado en rebelión contra el nuevo virrey, La Serna, obligando a éste a enviar parte de sus tropas a esa región para someterlo, lo que impidió utilizar todas las fuerzas realistas contra Sucre. La liberación de América del Sur estaba asegurada. Hubo algunos lugares donde los realistas continuaron resistiendo, especialmente en el puerto del Callao, en Perú, y en la isla de Chiloé, en el sur de Chile, hasta 1826, pero se trataba de una acción sin destino, motivada por el deseo de defender el honor español y por la vaga esperanza de recibir refuerzos de España.

Dos nuevos países nacieron en los años posteriores. En el Alto Perú, Sucre completó la victoria patriota, en 1825, venciendo a Olañeta. Cediendo a las presiones de la elite criolla, declaró que la región constituiría un nuevo país, llamado Bolivia en homenaje al libertador venezolano. Esta decisión se tomó pese a la decepción de Lima y de Buenos Aires, ya que cada una de las capitales reclamaba su derecho a integrar ese territorio. En fin, en 1828, la Banda oriental, que era objeto de una guerra entre Brasil y Buenos Aires, se transformó en un país independiente, Uruguay, decisión tomada como solución a una confrontación sin vencedor, y en la cual influyó una mediación inglesa.

1.7. México: de la rebelión popular a la independencia conservadora

Como se vio anteriormente, en México el poder seguía en manos de los realistas, que contaban con el apoyo de la mayor parte de los criollos. Esta alianza entre blancos se explica por el temor ante la rebelión popular dirigida en el comienzo por Miguel Hidalgo y luego por José María Morelos, dos curas que habían conseguido movilizar a decenas de miles de indios, mestizos y negros en el centro del país. Formaban un ejército improvisado, mal armado pero que contaba con el apoyo de un cierto número de criollos, entre ellos algunos militares profesionales, como Ignacio Allende, que conspiraban desde hacía tiempo contra el poder español. Al mismo tiempo, otras rebeliones estallaron en diversas regiones del país, incluyendo Texas.

El éxito del movimiento dirigido por Hidalgo se explica porque se apoyaba en reivindicaciones sociales, entre las cuales figuraba la abolición de la esclavitud y sobre todo la supresión del tributo pagado tradicionalmente por los indígenas. Las masacres que los rebeldes hicieron contra los blancos reforzaron el temor de los criollos y acentuaron el apoyo de éstos a los españoles. En 1811, el ejército realista, que no era mucho mejor preparado que el de los patriotas, pero que poseía más artillería, venció a los rebeldes y capturó a Hidalgo y a Allende, que fueron juzgados por un tribunal compuesto en su mayoría por criollos. Ambos fueron condenados a ser fusilados. Morelos tomó la dirección del movimiento patriota, logrando algunas victorias militares, pero no consiguió un apoyo suficiente de los criollos. En 1813 organizó un congreso en el que proclamó la independencia de México. Pero en 1815 fue capturado y ejecutado. El virrey Félix Calleja hizo fusilar a centenares de personas, y el poder español parecía asegurado, pero la situación militar era inestable, ya que persistían focos de rebelión, sobre todo en el oeste del país.

Lo que hizo cambiar el curso de los acontecimientos fueron los sucesos de España. En enero de 1820 estalló una rebelión liberal dirigida por el general Rafael Riego contra el absolutismo de Fernando VII. Como se vio antes, cuando éste había recuperado el poder, en 1814, había abolido la Constitución de Cádiz, restableciendo además la Inquisición. Ahora el monarca debió aceptar de nuevo la Constitución liberal, que implicaba cambios sociales de importancia, como el fin de los *fueros* para los militares y los eclesiásticos al tener que

enfrentar juicios civiles, y la supresión de las órdenes monásticas. Al implantarse en México, los curas empezaron a quejarse, diciendo que los indios ya no los respetaban y que no iban a misa. Los militares también denunciaron faltas de respeto de parte de la población. Esta situación era inaceptable para la elite mexicana, tanto para los criollos como para los peninsulares. Por ello, sus miembros apoyaron con entusiasmo el "Plan de Iguala", lanzado en febrero de 1821 por el coronel Agustín de Iturbide, que había combatido sin piedad a Hidalgo y a Morelos en los años anteriores. El plan proponía transformar a México en un país independiente, dirigido por un gobierno monárquico constitucional, en el cual los derechos de todos, mexicanos y españoles, serían respetados, así como las propiedades de la Iglesia. La inmensa mayoría de los españoles residentes, los militares y la mayor parte de curas y obispos aceptaron el plan, y lo propio hicieron los jefes de la guerrilla, como Vicente Guerrero. El último virrey español, Juan Ruiz de Apodaca, no pudo hacer más que reconocer la nueva realidad, renunciando a su cargo. Era la independencia, aunque conservadora, que fue proclamada en septiembre de 1821. Había que designar un monarca, y varios hubiesen deseado un príncipe de la familia Borbón, para no cortar totalmente los lazos con España, pero Fernando VII, fiel a sus principios, no aceptó: para él, México y los otros dominios americanos deberían seguir siendo una colonia. Finalmente Iturbide fue elegido emperador por un congreso, con el título de Agustín I. Su reino sería sin embargo de corta duración, ya que fue derribado al año siguiente y México se transformó en una república.

La revolución liberal en España y la independencia de México tuvieron un efecto inmediato en América Central, organizada en la Capitanía General de Guatemala. Recordemos que esta región había sido una de las pocas donde no había habido juntas de gobierno ni luchas armadas. Con la nueva situación política en la metrópoli y sobre todo en su poderoso vecino del norte, esta situación cambió. El propio gobernante español, Gabino de Gaínza, presidió en septiembre de 1821 una reunión en la que la Capitanía General declaró su independencia de España. Pero al poco tiempo, la región se declaró parte integrante de México, en 1822, opción que para las elites centroamericanas parecía la más adecuada para mantener el orden, en lo cual fueron apoyados por los obispos. La decisión fue influida por la llegada de un ejército mexicano, encargado de convencer a los opositores a la unión, entre los cuales estaba El Salvador. Pero la unión con México fue breve: la caída de Iturbide puso fin a la experiencia, y en 1823 la región se constituyó en un país independiente, bajo la forma de una república federal, formada por Guatemala y las antiguas *intendencias* de El Salvador, Nicaragua, Honduras y Costa Rica. Solo el territorio de Chiapas permaneció dentro de México.

1.8. Brasil, de una monarquía a otra

La historia de Brasil cambió totalmente con la llegada de la familia real y de la mayor parte de la nobleza portuguesa, a comienzos de 1808. Río de Janeiro se transformaba

súbitamente en el centro del imperio portugués, y la presencia de 20.000 portugueses, muchos de ellos con dinero, y unos 4.000 inmigrantes europeos provocó grandes cambios sociales y culturales en la ciudad: por primera vez se empezó a usar la imprenta, se fundaron bibliotecas públicas, teatros y un museo.

El rey Joao VI había podido trasladarse a Brasil gracias a la protección de la marina de guerra inglesa, que lo había escoltado durante el viaje. Era un paso más en la larga relación entre Portugal y Gran Bretaña, iniciada con el tratado comercial de 1701. El monarca amplió esta relación con un nuevo tratado que colocaba a Brasil bajo la tutela inglesa, ya que los barcos británicos podían entrar al país en forma ilimitada. Gran Bretaña imponía además límites al ingreso de esclavos, en un tratado firmado en 1815, que prohibía el tráfico humano al norte del Ecuador.

Joao se acostumbró pronto a gobernar su imperio desde Brasil, y no mostró prisa en volver a Portugal después de la derrota de Napoleón. Recién en 1820, cuando ocurrió en Portugal una revolución liberal semejante a la de España, el monarca decidió volver. Los liberales portugueses querían imponer una Constitución pero también deseaban que Portugal volviese a ser el centro del imperio. Joao partió en 1821, dejando a su hijo Pedro a la cabeza de Brasil. Al año siguiente exigió que el hijo volviera también, pero éste, que había llegado a la edad de diez años, se había apegado a su nueva patria. Asesorado por consejeros brasileños, principalmente por José Bonifacio Andrade e Silva, y asegurado de la alianza con Inglaterra, Pedro decidió quedarse en Brasil: era la independencia, pero a diferencia de la América española, el nuevo país mantenía el sistema monárquico, con Pedro I como emperador. De todos modos, los brasileños, cada vez más conscientes de su superioridad demográfica y económica respecto a Portugal, no estaban dispuestos a seguir bajo la tutela de la antigua metrópoli. Esta decisión provocó la resistencia armada de parte de portugueses residentes en Brasil, concentrados en el noreste, pero se trató de un episodio de corta duración, con combates que no pueden compararse a las sangrientas guerras de Colombia o de Venezuela. Algunos marinos ingleses como Cochrane y John Taylor jugaron un papel no despreciable en la tarea de someter a los portugueses opositores.

Así, después de 1824, solo dos colonias seguían bajo control español: Cuba y Puerto Rico. España guardaba teóricamente Santo Domingo, la futura República Dominicana, pero ésta se hallaba ocupada por Haití hasta 1844, fecha en la que la colonia proclamó su independencia. En las colonias inglesas, holandesas y francesas del Caribe, los acontecimientos de Haití habían tenido consecuencias: en Guadalupe, un movimiento a favor de la independencia fue reprimido por un ejército enviado por Napoleón; en las colonias inglesas hubo varias rebeliones importantes de *maroons*, como en Dominica, Santa Lucía, St. Vincent y Grenada. Pero ninguno de estos movimientos tuvo éxito. El cuadro que sigue resume lo que fue la independencia en las diversas colonias:

Cuadro 2
Las vías de la independencia. Situaciones nacionales

País	Vía seguida	Comienzo del proceso	Proclamación de la independencia	Obtención real de la independencia
Amér. Central	Pacífica	1821	1821	1821
Argentina*	Lucha armada	1810	1816	1810
Bolivia	Lucha armada	1809	1825	1825
Brasil	Combates limitados	1822	1822	1822
Chile	Lucha armada	1810	1817	1818
Colombia	Lucha armada	1810	1819	1819
Cuba	Persistencia de la condición colonial			1903
Ecuador	Lucha armada	1809-12, 1820-22	1822	1822
Haití	Lucha armada	1791	1802	1804
México***	Mixta	1810	1821	1821
Paraguay**	Lucha armada	1810	1811	1811
Perú	Lucha armada	1814-15,1821-24	1821	1824
Puerto Rico	Persistencia de la condición colonial			no se aplica
República Dominicana	Persistencia de condición colonial y ocupación de Haití			1844
Uruguay**	Lucha armada	1810	1825	1828
Venezuela	Lucha armada	1810	1811	1821

* En esta época, el país se llamaba “Provincias Unidas de América del Sur”.

** País donde la independencia se realizó no solamente contra España, sino contra Buenos Aires (caso de Paraguay) o Brasil (caso de Uruguay).

*** En México hubo un proceso de lucha armada, pero la obtención de la independencia se obtuvo por medios institucionales.

1.9. Las potencias internacionales y la independencia de América Latina

El hundimiento de los imperios coloniales suscitó el interés de las potencias rivales de España y de Portugal, particularmente el de Gran Bretaña. Desde la época colonial, los ingleses intentaban, a veces con éxito, penetrar en los dominios luso e hispano en América, ya sea conquistando. La conquista de varias islas en el Caribe, como Bahamas, Barbados y Jamaica, la ocupación informal de Belice y de la costa del Caribe de Nicaragua en los siglos XVII y XVIII, eran muestras de esa política. El intenso contrabando había sido el principal medio de penetración económica en el mercado de la región. Franceses y holandeses habían mostrado un interés semejante: para los primeros, la principal conquista había sido Haití, cedido por España en 1697; antes habían ocupado Guadalupe y Martinica, en 1635. Holanda había ocupado el nordeste de Brasil durante treinta años, en el siglo XVII, y más tarde se instaló en lo que es hoy Surinam, la antigua Guayana holandesa, y en la isla de Curazao frente a la costa venezolana. Durante todo este tiempo, esos tres países habían apoyado la acción de piratas y corsarios, que contribuían a debilitar el poder de España en América.

El comienzo de la independencia parecía favorecer los planes de una mayor influencia de las potencias en el Nuevo mundo, sobre todo en el caso de Inglaterra, que muchos patriotas veían como su posible aliado. Pero el contexto internacional impedía a Gran Bretaña dar libre curso a sus ambiciones, ya que era la aliada de España en la lucha contra Francia durante las guerras napoleónicas. Además, el gobierno inglés no estaba entusiasmado con la idea de apoyar a gobiernos republicanos en América española.

Pese a todo, hubo una participación inglesa en este período, que se dio de diversas maneras. Se ha visto anteriormente que en ciertas ocasiones, los ingleses jugaban el papel de mediadores en los conflictos entre patriotas y realistas, como en Chile. En la Banda oriental, el enviado británico en Brasil, Lord Strangford, jugó un papel importante para que los portugueses se retiraran de la región durante la primera ocupación, en 1812. Otra forma de participación fue la llegada de la Legión Británica, mencionada anteriormente. Su reclutamiento había sido ilegal, ya que iba en contra de la neutralidad que Inglaterra practicaba oficialmente en el conflicto entre España y sus colonias, pero las autoridades británicas, tal como ocurrió en Estados Unidos, cerraron los ojos y se taparon los oídos, pese a las frenéticas protestas del embajador español. También vinieron militares, en menor cantidad, de Alemania, Francia e Italia. El aporte de los europeos fue bastante importante, ya que muchos de ellos eran veteranos de las guerras napoleónicas, y llegaron a ocupar cargos claves en el ejército, la marina o en la organización general de las campañas. Entre los principales nombres que se deben mencionar figuran el irlandés Daniel O'Leary, que llegó a ser secretario personal y hombre de confianza de Bolívar; el escocés Thomas Cochrane, antes mencionado por sus victorias navales, que participó tanto en la independencia de Chile como de Perú y de Brasil y el inglés William Brown, héroe naval de la independencia

argentina. Después de la independencia, muchos de ellos se quedaron a vivir en los países donde habían combatido.

A nivel diplomático, Gran Bretaña desempeñó un papel fundamental después de la independencia, cuando puso su veto al plan de España de enviar una escuadra a América para reconquistar sus colonias, proyecto que contaba con el apoyo del zar de Rusia. Ese plan, de haberse realizado, podría haber hundido de nuevo a las colonias en el caos de la guerra, con consecuencias imprevisibles. Gran Bretaña aprovechó su posición de poder en esa época para reforzar su presencia en el Nuevo Mundo, obteniendo por medios diplomáticos el territorio que disputaba hacía tiempo con Holanda entre Venezuela y el norte del Brasil, que más tarde se llamaría Guayana inglesa (hoy Guyana) Además, Inglaterra conservó Trinidad, Tobago y Santa Lucía, territorios que había ocupado desde los años 1790 en el Caribe. Al mismo tiempo, Francia vio confirmado su control sobre la Guayana francesa y recuperó la isla de Martinica, que había sido ocupada un tiempo por los ingleses, y Holanda guardó Surinam.

Estados Unidos veía con buenos ojos la independencia, y desde 1811 envió algunos representantes a la América española para establecer contactos con los criollos que gobernaban a través de las juntas. La maniobra estaba muy cercana a un reconocimiento diplomático oficial. El caso más conocido fue el de Joel Roberts Poinsett, que vivió en Buenos Aires y en Chile, como agente comercial y cónsul, entre 1811 y 1814. En Santiago se hizo amigo de José Miguel Carrera, apoyando abiertamente las ideas de independencia de éste y dando incluso su opinión en temas militares cuando empezó la guerra contra los realistas. Pero la guerra de Estados Unidos contra Gran Bretaña entre 1812 y 1815 llevó al gobierno norteamericano a una actitud más prudente. Sin embargo, había maneras de apoyar la independencia: una de ellas fue la de no aplicar las leyes de neutralidad, que impedían las maniobras de los agentes de diversos gobiernos patriotas, que venían a comprar armas a Nueva York, Baltimore o Nueva Orleans. Un agente de Buenos Aires pudo incluso hacer construir fragatas de guerra en Nueva York y enviarlas a Argentina.

El interés de Estados Unidos en América Latina se expresaba en la vigilancia de sus propios intereses: gracias a que Francia estaba preocupada de las guerras en Europa, en 1804 había podido comprar la Louisiana, que en esa época era un inmenso territorio, y en 1819, aprovechándose de la debilidad de España, obtuvo de ella la cesión de Florida oriental, a cambio del reconocimiento de la soberanía española en Texas. En 1823 el gobierno de Washington anunció su oposición al proyecto colombiano de preparar una expedición armada para ir a liberar la isla, lo que se habría hecho junto a México, proyecto que de todas maneras nunca se concretó. Estados Unidos prefería que Cuba siguiera siendo una colonia española, pensando que eso facilitaría la anexión de la isla más adelante. En 1822 los Estados Unidos comenzaron a reconocer oficialmente la independencia de los países hispanoamericanos y la de Brasil (aunque no así la de Haití), en lo que fueron seguidos por Gran Bretaña. La alianza informal entre los dos países anglosajones explica el sentido

del discurso de James Monroe, pronunciado en diciembre de 1823, en el cual el presidente anunciaba a los gobiernos europeos su oposición a cualquier tentativa de intervenir en el Nuevo Mundo a fin de restablecer el colonialismo. Esta declaración, conocida más tarde como la "Doctrina Monroe" no puede comprenderse si no se tiene en cuenta el apoyo tácito de Inglaterra, la principal potencia militar de la época. Fue bien recibida en ese momento por los nuevos países lationoamericanos, quienes creyeron ver un aliado en Estados Unidos, aunque la declaración había sido hecha unilateralmente y no condenaba el colonialismo en sí mismo, ya que el documento afirmaba que Estados Unidos no intervendría para modificar la situación de los territorios que seguían siendo dominios europeos.

En fin, en esta sección debe mencionarse la actitud del Papa. La Iglesia Católica había condenado la independencia, actitud tomoda especialmente los miembros del alto clero, aunque como se ha visto, muchos curas del bajo clero habían tenido la actitud contraria. Varios obispos habían sido expulsados de sus países por su oposición al movimiento patriota. Durante años, el Papa se negó a reconocer a los nuevos países. En parte, la actitud de Roma se explica porque varios de los líderes de la independencia eran masones y por el deseo de no contrariar a Fernando VII, que se obstinaba en no reconocer a los nuevos gobiernos. En 1824 el monarca se había desembarazado de los liberales y había recuperado su poder absoluto, lo que lo reforzó en su intransigencia. Ese mismo año, Fernando obtuvo del Papa que diera a conocer una encíclica dirigida a los obispos de América, en la que se insistía en la necesidad de reconocer solamente al rey de España como autoridad. La situación permaneció ambigua hasta el fallecimiento de Fernando VII, en 1833, que abrió la puerta para que el Papa adoptara una política pragmática: a partir de 1835, Roma comenzó a reconocer oficialmente a los nuevos países.

1.10. Aspectos sociales y económicos: ¿la independencia fue una revolución?

Esencialmente, la independencia había sido un proceso dirigido por la elite blanca: Bolívar provenía de una de las familias más ricas de Venezuela; O'Higgins poseía una vasta hacienda en el sur de Chile, herencia de su padre (pese a que era hijo ilegítimo, condición que le había valido a menudo el escarnio de algunas familias de la elite). Francisco de Paula Santander, que ocupó el cargo de vicepresidente de Colombia mientras Bolívar hacía la campaña del Perú, y que sería más tarde presidente del país, era hijo de un hacendado. Otros criollos no tenían fortuna pero eran personas instruidas, miembros de la elite intelectual, como los argentinos Manuel Belgrano y Mariano Moreno y el paraguayo José Rodríguez de Francia, el futuro dictador. Algunos de esos líderes provenían de familias identificadas con el antiguo régimen o bien de inmigrantes venidos a América a buscar fortuna: O'Higgins era hijo de un irlandés que había ocupado altos cargos en la administración colonial, siendo

gobernador de Chile y luego virrey del Perú. San Martín, el héroe argentino, era hijo de un oficial del rey, y tal como el chileno José Miguel Carrera y el uruguayo José Artigas, había luchado por España contra la ocupación francesa antes de adherir a la causa de la independencia. Entre los descendientes de inmigrantes, se destacaron Juan José Castelli, quien jugó un papel importante en la organización de la Junta de Gobierno de Buenos Aires, y que era hijo de un comerciante veneciano, y Anastasio Girardot, hijo de un comerciante francés, que se transformó en un héroe de la independencia en Colombia tras morir en una batalla contra los realistas en 1812.

La emancipación había sido obtenida en un contexto de violencia generalizada, que había provocado la muerte de centenares de miles de personas, particularmente en Colombia, Venezuela, México y Haití. Los países que menos bajas sufrieron fueron Brasil, Ecuador, Paraguay y América Central. En Haití, los blancos desaparecieron casi por completo, ya que muchos fueron masacrados y otros huyeron a Cuba. La disminución de la población en México se calcula en un 10% del total, o sea unas 600.000 personas. En Venezuela, en 1810 había una población de 825.000 personas, cifra que bajó a 651.000 al final del conflicto. Los desplazamientos de la población, como el "éxodo oriental" en Uruguay, en 1811, y la fuga masiva de los partidarios de la independencia en Chile, que debieron emigrar de Concepción hacia Santiago, en 1817, contribuyeron a los sufrimientos de la población. Una parte importante de la elite comercial española abandonó los nuevos países, por temor a las represalias o por haber sido expulsados, llevándose con ellos sus capitales. Este vacío fue gradualmente llenado por comerciantes ingleses, que habían empezado a instalarse en América Latina desde el comienzo mismo del proceso de independencia. Pero la guerra había causado también grandes daños materiales, más difíciles de reparar: pérdida de gran parte del ganado, minas inundadas y abandonadas por sus trabajadores, plantaciones quemadas. Y los nuevos Estados comenzaban a funcionar con sus cajas casi vacías: la guerra había ocasionado enormes gastos y todos los países habían contraído fuertes deudas con bancos de Londres. A los pocos años, los gobiernos anunciaron que no estaban en condiciones de pagar, lo que llevó a una moratoria y a largas negociaciones en los años posteriores, lo que no alentaba a los inversionistas extranjeros.

La participación de los negros, mulatos e indígenas en la lucha por la independencia había sido un problema constante para los criollos, que necesitaban ese apoyo pero que desconfiaban de las consecuencias que esa alianza pudiera acarrear a largo plazo. Los dirigentes patriotas consiguieron atraer a un cierto número de esclavos negros en sus ejércitos, prometiéndoles la libertad después del servicio militar. Los indígenas no mostraron preferencias en la lucha entre patriotas y monárquicos. En Chile, los *mapuches*, que habían mantenido su independencia durante todo el período colonial, prefirieron apoyar a los realistas, ya que con ellos habían firmado los tratados que les garantizaban su autonomía. En México, el apoyo indígena a Hidalgo fue importante, pero se limitó a la región central del país. En el Alto Perú, hubo una participación un poco más decidida a favor de los

patriotas, gracias a las promesas de abolición del tributo forzoso, con lo que los distintos grupos de guerrilla pudieron contar con reclutas. Pero las promesas a favor de la gente de color tuvo un efecto limitado: la abolición del tributo indígena no fue respetada, y si bien es cierto que muchos esclavos negros lograron su libertad, no hubo una abolición general de la esclavitud, lo que quedó postergado por varias décadas. Sin embargo, el fin del comercio negrero decidido por Gran Bretaña en 1807 en sus colonias fue un hecho importante, que repercutió en el resto del mundo e hizo más difícil la persistencia de la esclavitud en los países latinoamericanos. Y no debe minimizarse el impacto favorable de la independencia para mucha gente de color, que gracias a la guerra lograron una promoción social impensable en otro contexto, como el caso de José Antonio Páez, el mestizo que de simple trabajador agrícola llegó más tarde al poder en Venezuela.

La presencia de las mujeres en la independencia fue más bien anónima, lo que no disminuye su importancia. Ellas participaron de diversas maneras en el conflicto político y militar, tanto del lado patriota como de los realistas. No se contentaron con el papel que les es generalmente atribuido en ese contexto, como el de preparar los alimentos para la tropa y cuidar a los heridos. Una de sus principales actividades fue la de recoger y entregar información de interés militar. Esta actividad era peligrosa y podía acarrear castigos durísimos si eran descubiertas por el bando contrario: en Chile, una mujer encontrada culpable de entregar información estratégica para los realistas fue condenada a recibir 100 azotes en público, mientras que a otras se les rapó la cabeza o fueron condenadas al exilio. Otras mujeres trataban de ganar ideológicamente a soldados del campo adverso, para tratar de hacerlos cambiar de bando. Fue en esta actividad que una joven patriota, de familia pobre, Policarpa Solavarrieta, fue descubierta y condenada al fusilamiento por las autoridades españolas en Colombia, durante la reconquista. Su muerte la transformó en uno de los personajes históricos del país. Entre las mujeres realistas, destacó la mexicana Ana Iraeta, viuda de un juez, que reunió fondos para ayudar a las familias de los soldados muertos en defensa de la monarquía y de la religión en los años en que Ciudad de México era amenazada por las tropas de Hidalgo. Para ello organizó un movimiento, "Las Marianas" que se extendió a otras ciudades y llegó a movilizar 2.500 mujeres. La actividad de financiar el gasto de guerra era importante: en Chile, un diario patriota invitaba a las mujeres a donar sus joyas. Dirigiéndose a la mujer como "el sexo amable", se le decía que "nunca parecerás más bella a los ojos de un republicano que cuando sustituyas por la patria la sencillez a los brillos insignificantes del fausto".

Algunas mujeres jugaron un papel político preciso: en México, María Josefa de Domínguez, conocida como "la corregidora" porque era la esposa de un ex corregidor, participó en el complot tramado por Hidalgo y Allende en 1810, y fue ella quien dio a conocer el mensaje que contenía el llamado a comenzar la lucha armada, cuando el plan fue descubierto. En Chile, Javiera Carrera, hermana de José Miguel, realizó muchas actividades a favor de las acciones políticas de su hermano, entre 1812 y 1814, y compartió el exilio de los

patriotas después de la derrota de Rancagua. La quiteña Manuela Sáenz es conocida sobre todo por haber sido la amante de Bolívar, desde que se conocieron en 1822. Pero antes de ese encuentro ella ya se interesaba en la política, y había participado en actividades patriotas en forma clandestina. Abandonando a su marido, un inglés, dedicó su vida a acompañar al libertador, quien le confió tareas importantes, como la custodia de sus archivos. Además, Manuela salvó la vida de Bolívar cuando éste fue víctima de un atentado, en Bogotá, en 1828. En fin, algunas participaron activamente en los combates, como el caso de Juana Azurduy, mujer patriota que luchó en el Alto Perú junto a su marido, Manuel Padilla. Sus servicios fueron considerados tan importantes que recibió el grado de coronel y después de la guerra recibió una pensión vitalicia de parte del gobierno boliviano. Pese a todo esto, la mujer no obtuvo un reconocimiento institucional: tras la independencia, no le fueron concedidos derechos políticos y su condición jurídica siguió siendo inferior a la del hombre.

En general, los líderes de la independencia no tenían un programa de transformaciones sociales, y los que tenían ideas más audaces habían quedado fuera de combate, como Hidalgo y Morelos en México, o bien fueron vencidos y terminaron su vida en el exilio, como Artigas. Bolívar distribuyó tierras a los soldados del ejército patriota, pero no puede decirse que se haya tratado de un plan de reforma agraria para el conjunto de la población. A nivel cultural hubo ciertos progresos: si bien el catolicismo continuó siendo la religión oficial del Estado, los cultos de los inmigrantes protestantes y judíos fueron al menos tolerados, y la Inquisición fue abolida. Hubo creación de bibliotecas, los diarios se multiplicaron, pese a que circulaban en una sociedad donde la gran mayoría era aún analfabeta, y se dio comienzo a la formación de escuelas públicas. En fin, el gran progreso fue, al menos en teoría, la afirmación del principio de igualdad ante la ley (sin considerar los esclavos) y el principio de la soberanía popular como fuente de origen del poder, a través del voto, aunque como era lógico en esa época, éste fuese concebido en forma limitada. Era el primer paso hacia lo que sería una muy lenta senda hacia la democratización de los derechos políticos y ciudadanos. Así, si bien no puede hablarse de una transformación radical de la sociedad, la independencia abría ciertas puertas que conducirían más tarde a una cierta evolución social y a mayor participación de la población en la gestión del poder político.

1.11. La herencia de la independencia: el militarismo y la violencia política

La importancia de la guerra en la época de la independencia hizo que los militares se transformaran en actores de primera importancia: en las discusiones sobre los derechos constitucionales en 1818, en Venezuela se decidió que la condición de oficial o de suboficial equivalía a ser dueño de una propiedad o al ejercicio de una profesión, lo cual daba el derecho a voto, y este privilegio fue también acordado a los militares extranjeros. Además,

ser militar era uno de los factores que posibilitaban ser senador. En ocasión del congreso de Angostura, de 1819, que diseñó el primer gobierno estable en Venezuela y Colombia, más de la mitad de los participantes eran militares. Y en la gran mayoría de los países, los jefes de gobierno y muchos parlamentarios eran también hombres en uniforme. Éstos disfrutaban, además, del prestigio de haber sido los principales artesanos de la nacionalidad, lo que se encuentra reflejado en las alusiones a la acción guerrera en el himno nacional. En México el ejército tuvo un papel particularmente importante, ya que jugó el papel de garantía de la ejecución del "Plan de Iguala" con el que Iturbide logró el acuerdo que llevó a la independencia, y el ejército influyó para que el mismo Iturbide fuera elegido emperador, presionando a los congresales. De allí en adelante los militares formaron un pacto con los civiles para dar estabilidad a la vida política. Irónicamente, eso no impidió que los golpes fueran una práctica corriente en los años venideros.

La lentitud con la que se formaron los partidos políticos favoreció también la presencia de los militares, transformados en los dirigentes naturales del país. Ser jefe militar victorioso, ya fuese a nivel nacional o regional, significaba además la posibilidad de crear lazos personales con los soldados, que llegaban a ser una clientela política, lo que dará origen a los *caudillos*.

El militarismo no significó en todas partes el predominio del ejército como institución, ya que en los años inmediatamente posteriores a la independencia hubo un fenómeno de desintegración gradual de la institución militar, a causa del desorden en los pagos del sueldo, como fue el caso de Colombia. Más bien debe hablarse de una manera de hacer política, en la que los distintos jefes formaban fuerzas armadas personales, verdaderos ejércitos privados. La profesionalización de los institutos armados vendría mucho más tarde, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Esa cultura política que se apoyaba en las armas iba acompañada, evidentemente, del uso de la violencia. Ella se expresaba generalmente a través del golpe de Estado como técnica para tomar el poder. Este tipo de experiencias había comenzado a emplearse en pleno proceso de independencia, como había sido el caso de José Miguel Carrera, que se apoderó del gobierno en Chile por la fuerza de las armas en 1812, y con la intervención decisiva de San Martín para uno de los numerosos cambios de gobierno en Buenos Aires, ese mismo año.

La violencia incluyó también el crimen: al asesinato de Dessalines, mencionado antes, hay que agregar el del chileno Manuel Rodríguez, en 1818, muerto mientras estaba arrestado, durante el gobierno de O'Higgins. Y si Bolívar escapó a la tentativa de asesinato en su contra, el vencedor de Ayacucho, Sucre, no tuvo esa suerte, cayendo bajo las balas de los asesinos en 1830. Este último crimen tenía como objeto eliminar la posibilidad de que él heredara el poder que Bolívar acababa de abandonar en Bogotá. La ejecución sumaria fue otro medio utilizado para terminar con la vida de los adversarios políticos: en 1817, Bolívar

hizo fusilar al general mulato José Piar, acusándolo de querer formar un gobierno para la gente de color, que hubiera dividido a los patriotas en plena lucha contra los españoles. José Miguel Carrera terminó su vida ante el pelotón de ejecución, en Argentina, en 1821, cuando intentaba volver a Chile para rivalizar con O'Higgins por el poder. Más tarde, en 1824, el ex emperador Iturbide tuvo un fin trágico: luego de ser derribado y habiendo partido al exilio, intentó volver para recuperar su poder, pero fue arrestado y fusilado, acusado de traición. En fin, en 1828, Manuel Dorrego, entonces gobernador de Buenos Aires, murió también de esa manera, víctima del eterno conflicto entre federalistas y centralistas. En fin, varios líderes connotados fueron alejados del poder por medio del exilio, voluntario como en el caso de San Martín, quien terminó su vida en Francia, o impuesto, como fue el caso de Artigas, relegado al Paraguay hasta el final de su vida luego de su derrota frente a Buenos Aires y a otros caudillos rivales, y el de O'Higgins, quien renunció al poder en 1823 y partió al Perú, de donde nunca más volvió. Y Bolívar había partido de Bogotá con destino desconocido luego de dejar el poder, en 1830, muriendo a los pocos meses después en Santa Marta, pueblo de la costa caribe de Colombia, sin que se sepa adónde hubiera ido.

A causa de las características de su independencia, donde el aspecto militar tuvo una incidencia mucho menor, Brasil escapó en gran medida a esa herencia trágica. El golpe y los crímenes políticos estuvieron ausentes. Sin embargo, el joven imperio tuvo que enfrentar el mismo problema que los países hispanoamericanos, la inestabilidad política y la consecuente violencia, a causa de los conflictos entre las regiones y la capital. Este problema se agravaba en Brasil a causa de las grandes diferencias regionales y a las grandes distancias entre los principales centros del país. Así, en 1824, Pernambuco y Olinda se negaron a reconocer la Constitución imperial y proclamaron la República ecuatorial, prohibiendo además el tráfico de esclavos. Este movimiento, que retomaba aspiraciones ya presentes en otro movimiento lanzado en 1817, fue reprimido por las fuerzas imperiales, y sus líderes fueron fusilados, pero era anunciador de otros movimientos semejantes que tendrían lugar en los años siguientes. Lo propio ocurriría en América española, acarreando la desintegración de la Gran Colombia y de la Federación de América Central.

Síntesis

El nacimiento de los países latinoamericanos sorprende por su simultaneidad y por la rapidez con que el proceso se llevó a cabo. Si la Revolución Francesa, el hundimiento de la monarquía española y el traslado de la casa real de Portugal a Brasil constituyeron sin duda hechos fundamentales para comprender los hechos, ellos no hubieran bastado para desencadenar la vertiginosa serie de hechos que llevó a la independencia. Había aspiraciones manifestadas a veces abiertamente, a veces de manera indirecta, hacia la autonomía, y las tensiones sociales acumuladas durante la época colonial hacían que el edificio imperial fuera frágil.

La formación de los nuevos países se hizo, en la mayor parte de los casos, en medio de un contexto de violencia. El precio pagado en vidas humanas y en la destrucción de la economía fue alto, salvo en los casos de Brasil y de América Central. La independencia hizo posible los inicios de la vida electoral y trajo algunos cambios sociales a favor de los mestizos y una parte de los negros esclavos, pero no favoreció particularmente a los indígenas ni a las mujeres, y en cambio provocó dos males que se harían sentir por largas décadas: las rivalidades regionales y el golpismo, esencialmente por parte de los militares. El aparato del Estado comenzó a tomar forma, pero la construcción de la nación quedó como tarea pendiente, dificultada por las grandes divisiones étnicas de las poblaciones. Así, los líderes de la independencia, que se transformarían con el tiempo en los héroes del imaginario nacional, dejaron su huella gracias a la aparición de nuevos países en el mapa del mundo, pero solo lograron un esbozo de soluciones a los problemas heredados de la época colonial, generadores de nuevas tensiones que marcarían las épocas posteriores.

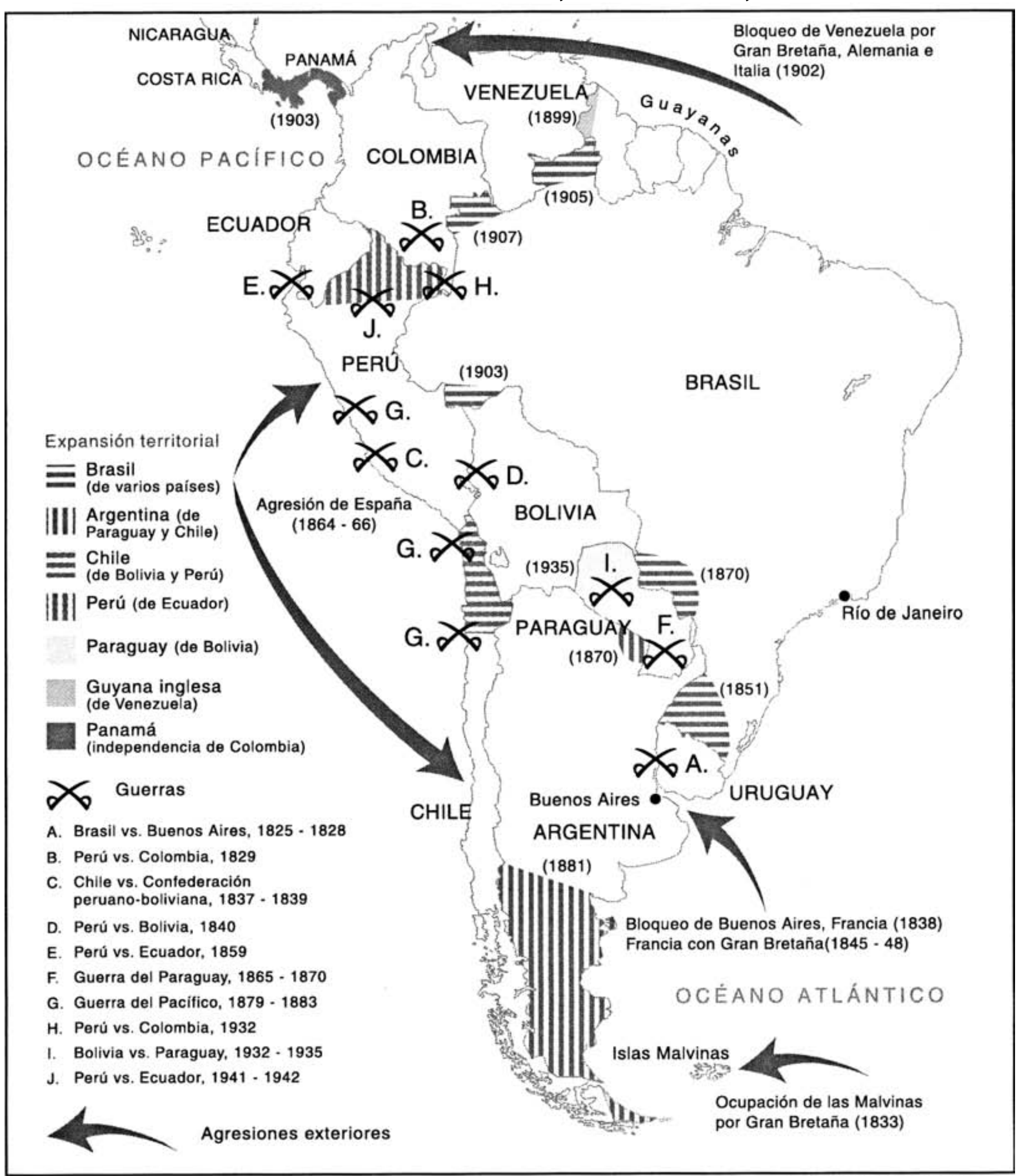
Capítulo II
La época oligárquica, 1825-1889

Tras la batalla de Ayacucho, donde los ejércitos patriotas vencieron a las fuerzas realistas en diciembre de 1824, el destino de América Latina quedó decidido. Salvo en algunos lugares donde la resistencia continuó, todas las antiguas colonias españolas aseguraron la independencia que habían alcanzado en los últimos años, al mismo tiempo que Brasil. Se completaba el ciclo iniciado por Haití y continuado más tarde en México, América central y meridional.

A partir de este momento, los nuevos países debían tomar decisiones claves para la orientación de su vida futura. A nivel político, se planteaba la necesidad de adoptar un sistema de gobierno, lo que implicaba muchas interrogantes: ¿Qué tipo de gobierno debía ser adoptado? ¿Cómo distribuir el poder: concentrándolo en la capital o compartiéndolo con las provincias? ¿Quiénes debían ser considerados ciudadanos? En lo social, se planteaba la interrogante: ¿cómo organizar una sociedad donde los habitantes tenían distinto color de piel y culturas diferentes? A nivel de la economía, había que decidir si los contactos con el resto del mundo se harían en un contexto de libre cambio o de un cierto proteccionismo.

Las decisiones sobre estos temas no se tomaron en el vacío. Los países latinoamericanos eran nuevas entidades políticas, pero heredaban una economía, una cultura y una sociedad bien definidas, formadas durante la época colonial, cuyos rasgos iban a estar presentes largo tiempo después de la independencia. En el plano económico, las actividades dirigidas hacia la exportación de minerales y productos agrícolas eran las que procuraban los principales ingresos de los gobiernos, mientras que las manufacturas tenían escaso desarrollo. Las sociedades habían estado marcadas por profundas diferencias sociales y raciales, y eran dirigidas por un reducido número de personas. Aunque la independencia aportó una cierta modificación a este contexto, la tendencia siguió siendo la del control de la sociedad por una elite, que si bien se había diversificado, continuaba viviendo distanciada de la mayoría de la población. La cultura estaba dominada por la herencia ibérica, basada en la religión católica, caracterizada por la intolerancia hacia los demás credos, y por el escaso desarrollo de la educación. De todos estos rasgos, el que nos parece tener mayor importancia para la caracterización de la época posterior a la independencia es la existencia de una sociedad fuertemente elitista, lo que orientará el análisis de la época descrita en el presente capítulo.

Mapa 3
Conflictos y expansiones territoriales, America del Sur, 1825-1941



Mapa : Sylvain PROVOST

2.1. El contexto internacional

Los nuevos estados y los restos de los imperios. El mapa de América en 1825

Tras las luchas militares y los trastornos políticos de las dos primeras décadas del siglo XIX, la mayor parte del imperio colonial español y portugués en América había dejado de existir. Solo Cuba y Puerto Rico continuaban bajo el control de Madrid. De las colonias de otros países, en cambio, Haití era la única que se había emancipado, separándose de Francia; las demás posesiones francesas, inglesas, y holandesas continuarían por largo tiempo ligadas a las metrópolis europeas, algunas de ellas hasta hoy. Casi todas esas colonias estaban situadas en el área del Caribe, siendo las más conocidas Jamaica, Trinidad-Tobago y Barbados entre las inglesas, Martinica y Guadalupe entre las francesas y Curazao entre las holandesas. Estos tres países compartieron además las Guayanas[3], situadas entre Venezuela y Brasil. Dinamarca mantuvo la posesión de las Islas Vírgenes (hasta 1917) y Suecia, la de San Bartolomé hasta 1877, cuando la cedió a Francia.

De los antiguos territorios coloniales surgieron nuevas construcciones, que a veces se formaron en continuidad directa con la época dominada por los europeos, pero en otras hubo cambios importantes. Se dieron también diversas experiencias de unión entre dos o más países, ninguna de las cuales dio resultado.

El caso más visible de continuidad con el pasado fue el de Brasil. En este caso, el proceso fue facilitado por el hecho de que se trató de una emancipación que implicó menos acciones armadas que en América española, que dejó a las nuevas autoridades el mismo territorio que antes perteneciera a Portugal.

México mantuvo en un comienzo el territorio heredado de la época colonial, cuando era conocido como el virreinato de Nueva España. La capitanía general de Guatemala, que estaba subordinada a México, pasó a transformarse en un solo y nuevo país, la Federación centroamericana, a través de un proceso pacífico, separándose de México cuando este proclamó su independencia, en 1822. Esta entidad tendría sin embargo corta vida, ya que a fines de los años 1830 se desintegraría para dar paso a cinco países: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica[4]. Los cuatro últimos países se formaron en base al territorio que habían recibido cuando se crearon las intendencias, a fines del siglo XVIII.

En Sudamérica, los tres virreinatos de la época colonial se desintegraron. El caso más patente fue el del virreinato del Río de la Plata, dominado por Buenos Aires, de donde

---

[3] En la época colonial, las Guayanas fueron colonizadas esencialmente por Holanda y Francia. Inglaterra se hizo presente en esa región tardíamente, en el siglo XVIII, y se quedó con lo que es hoy día Guayana durante las guerras napoleónicas, cuando le quitó a Holanda dos de sus territorios situados en esa parte de Sudamérica, que se unificaron en 1831.

[4] Panamá siguió siendo una provincia de Colombia durante todo el siglo XIX.

surgieron cuatro países: uno de ellos era Paraguay, que mantuvo el mismo territorio que poseía como intendencia antes de la independencia. Los tres otros pasaron a tener nombres enteramente nuevos. El de mayor superficie se llamó durante varios años Confederación del Río de la Plata, antes de transformarse en Argentina. Los otros dos Estados fueron Bolivia y Uruguay.

El virreinato de Nueva Granada, en el norte de Sudamérica, también se desintegró, pero tras haber intentado mantener su unidad en los primeros años después de la independencia. El territorio había pasado a llamarse la Gran Colombia, incluyendo los países que hoy son Colombia (con Panamá en esa época), Venezuela y Ecuador. La unidad se quebró en 1830, dando paso a los tres países mencionados.

Por último, el virreinato del Perú dio lugar a dos países: Chile y Perú. El primero heredó integralmente el territorio que poseía en su condición de Capitanía General. El segundo formó una Confederación con Bolivia en 1836, pero esto duró solo tres años, desapareciendo luego de la intervención militar de Chile.

En el Caribe solo dos nuevos estados nacionales emergieron en esta época, en condiciones bien diferentes. El primero de ellos, Haití, se desarrolló a partir de lo que era la antigua colonia francesa de Santo Domingo, en la parte oriental de la isla llamada Española desde tiempos de Colón. Haití fue el nuevo nombre adoptado por sus habitantes al decretar la independencia de Francia en 1804, con lo cual se transformaba en el primer país independiente del hemisferio (después de Estados Unidos). En cambio su vecina, la República Dominicana, tuvo un nacimiento mucho más tardío y difícil: en 1821 hubo una primera proclamación de independencia, pero casi inmediatamente el nuevo Estado fue dominado por Haití, que lo ocupó hasta 1844. Solamente en ese año el país recuperaría su independencia, que sería frágil, ya que entre 1861 y 1864 volvería a caer bajo dominio extranjero, esta vez de España.

Así, el rasgo más visible de la nueva situación política tras la independencia era la balcanización del espacio colonial: de las cinco grandes entidades anteriores a 1810 (Brasil y los cuatro virreinatos de América española) habían emergido dieciséis países independientes, más Haití. La experiencia de América del Norte, donde las distintas colonias europeas formaron solo dos países, primero Estados Unidos y más tarde Canadá, no pudo repetirse.

Las relaciones entre los países latinoamericanos

Pese al proceso que se acaba de describir, existía la esperanza de que los nuevos estados actuasen en forma unitaria, siguiendo las vías trazadas por Bolívar. A ese efecto se convocó el Congreso de Panamá, en 1826, que buscaba sentar las bases de una cooperación entre los países recientemente emancipados. La conferencia fue sin embargo un fracaso, dando lugar a muy pocos acuerdos. Esto se debió principalmente a la decisión de varios países de

actuar en función de los nacientes intereses nacionales: por ello, varios estados, como Brasil, Chile y La Plata (Argentina) no asistieron, estimando que ese congreso no correspondía a sus objetivos[5]. Haití no fue invitado, por su condición de república dirigida por negros. Así, solo México, América central, Perú y la Gran Colombia se hicieron presentes. Tras la reunión de Panamá, hubo dos conferencias internacionales, ambas en Lima, la primera en 1848 y la segunda en 1864-1865. Ambas fueron causadas por el temor de un ataque español, en particular la segunda. Pero pocos países concurrieron a las reuniones y no se logró ningún acuerdo concreto.

En cambio, hubo situaciones de guerra entre los estados latinoamericanos desde el momento mismo de la independencia, empezando con la invasión de Haití en el sector español de la isla, la futura República Dominicana, en 1822, bajo el pretexto de defender su independencia contra un posible ataque exterior. Haití ocuparía esa región hasta 1844. Como se indicó antes, Buenos Aires y Brasil se hicieron la guerra entre 1825 y 1828 por la posesión de la provincia oriental, que se transformaría después en Uruguay.

Posteriormente, las guerras fueron la manifestación de recelos y rivalidades regionales. Hubo dos conflictos armados entre los estados miembros de la Federación centroamericana, la de 1826-1829 y la de 1838-1840; este último significó el fin de esa organización. En las décadas siguientes, aunque hubo tentativas por hacerla revivir, bajo la forma de una Confederación, eso nunca llegó a concretarse, por la desconfianza entre los estados vecinos, que provocó en cambio varios conflictos armados, entre ellos las tres guerras entre Guatemala y El Salvador, en 1863, 1876 y 1885. En Sudamérica, Chile lanzó un ataque contra la Confederación peruano-boliviana en 1837, aduciendo que se sentía amenazado por la unión de ambos países. Cuatro décadas más tarde, en 1879, el mismo conflicto volvió a producirse en la Guerra del Pacífico, esta vez por razones económicas: estaba en juego la posesión de las riquezas mineras, especialmente el salitre. En ambas ocasiones Chile fue el vencedor, pero con distintas consecuencias. En la primera ocasión la guerra no causó cambios territoriales; en la segunda, Chile se quedó con el sector de Antofagasta, –lo que privó a Bolivia de su salida al mar– y con la provincia peruana de Tarapacá. La guerra de la Triple Alianza, en la que Brasil, Argentina y Uruguay vencieron a Paraguay, también trajo pérdidas territoriales para el vencido, pero sobre todo una terrible mortalidad para su población. Este conflicto, que ocurrió entre 1865 y 1870, fue motivado por una política mal calculada de Paraguay, que atacó a su vecino uruguayo para prevenir una posible invasión brasileña; para ello sus fuerzas atravesaron territorio argentino, lo que dio lugar a la participación de este país en la guerra. Otras guerras de menor impacto

5 Es interesante notar que Estados Unidos también había sido invitado a Panamá. Su gobierno vaciló antes de aceptar, temiendo verse envuelto en el proyecto de Bolívar de liberar Cuba y Puerto Rico (lo que nunca se materializó). Cuando finalmente el gobierno norteamericano envió una delegación, esta llegó cuando el congreso había terminado. Inglaterra y Holanda se hicieron presentes como observadores.

fueron las de Perú contra Bolivia, en 1841, el ataque de Perú contra Ecuador, en 1859, y el conflicto entre este último país y Colombia, en 1863.

Esta situación representaba un cambio muy grande en relación a los años de lucha por la independencia, cuando los patriotas se identificaban a sí mismos como "americanos", sin hacer alusión específica al país de cada uno. Las acciones militares comunes, la ayuda prestada por San Martín a la liberación de Chile, la escuadra organizada por este país y Argentina para liberar Perú, las acciones de Bolívar en varios países no habían permitido la formación de una verdadera conciencia continental. Desde el comienzo, cada nuevo Estado actuó en función de sus intereses propios. La falta de lazos económicos importantes fue otro factor de desunión.

Las relaciones con el resto del mundo

Los nuevos países entraron rápidamente en la escena mundial al ser reconocidos primeramente por Estados Unidos y casi inmediatamente por Inglaterra, a partir de 1822. Ambos estados habían estado interesados en la independencia de Latinoamérica, pero sólo la habían apoyado en forma indirecta. Una vez el hecho consumado, se trataba de entablar relaciones formales, lo que era motivado en parte por razones económicas: desde antes del fin de las guerras de independencia, la actividad comercial inglesa en los principales puertos hispanoamericanos y brasileños era intensa. Ingleses y estadounidenses coincidían además en su deseo de impedir toda tentativa de España de recuperar por la fuerza sus colonias. Ello fue lo que motivó la declaración del presidente Monroe, en diciembre de 1823, como se vio en el capítulo anterior.

Después de Londres y Washington los demás países europeos comenzaron a reconocer a los nuevos países. Este proceso fue más tardío por parte de las antiguas metrópolis. Portugal aceptó tras algunos años la independencia de Brasil, pero España vaciló largo tiempo en hacer otro tanto con sus ex colonias. México fue el primer país reconocido por Madrid, en 1835, pero los otros lo fueron muy lentamente, como fue el caso de Argentina, en 1858, Perú en 1865 y Colombia en 1881. Una actitud semejante aunque no tan rígida fue la del Papado, que en esos tiempos actuaba como una potencia internacional y disponía de un territorio propio en Italia. Como se vio antes, el Papa tardó en establecer relaciones con los nuevos países, entablando ese proceso solamente desde 1835. Colombia fue el primer país reconocido, seguido por México, Ecuador y Chile.

Haití fue un caso especial: en 1825 Francia reconoció su independencia, pero a cambio del pago de una elevada suma de dinero como compensación a los colonos franceses que habían perdido sus haberes. Estados Unidos solo estableció relaciones con la república negra en 1862; antes no lo hizo porque los estados del sur no lo aceptaban.

Aunque este reconocimiento por parte de las grandes potencias fue importante, ya que ello consolidó la independencia, algunos de los nuevos países fueron objeto de agresiones

de parte de los países más fuertes, lo cual constituirá uno de los factores de inestabilidad que caracterizará esta época, como se verá más adelante.

Esta situación afectó sobre todo a la región de México y América central. Estados Unidos fue el primero en atropellar la soberanía de sus vecinos, al declarar la guerra a México en 1846 y apoderarse del inmenso territorio que incluía los estados de California, Arizona y Nuevo México; antes de eso, se había apoderado de Texas, aunque no en forma directa[6]. Francia ocupó el puerto mexicano de Veracruz en 1838, bajo el pretexto de cobrar dinero que se le debía a un pastelero francés; por esa razón el episodio es conocido como la "guerra de los pasteles". Más tarde Francia volvió a enviar tropas a México, a fines de 1861, de nuevo por una cuestión de deudas. Esta vez los resultados fueron más serios, ya que la fuerza francesa se quedó ocupando México, contando con la colaboración de los políticos conservadores de ese país, e impusieron en el gobierno al austríaco Maximiliano, con el título de emperador, lo que se prolongó hasta 1867.

España envió en 1864 una flota armada al Perú, que ocupó las Islas Chincha, con el pretexto de castigar a los peruanos por los malos tratos sufridos por dos emigrantes españoles en ese país. En el fondo, era una tentativa por hacer pesar su influencia a los países con los cuales hacía muy poco había entablado relaciones[7]. El conflicto se extendió hacia Chile, que junto con Perú, Bolivia y Ecuador formó una alianza contra esa amenaza. Tras dos fútiles ataques costeros, en 1866, que incluyeron un bombardeo al puerto chileno de Valparaíso, que estaba indefenso, y un combate en Callao, el principal puerto peruano, la escuadra española se retiró sin haber obtenido ningún resultado.

En Cuba se dio otra dimensión de lucha política motivada por factores externos: los movimientos de independencia contra España, que seguía controlando la isla. Después de varios episodios fallidos, entre 1868 y 1878 estalló una guerra que implicó a miles de personas, y que se originó en la región del este, conocida como Oriente. Dirigidos por Manuel de Céspedes, los rebeldes, que se llamaban a sí mismos los *mambises*, mantuvieron por años en jaque a los españoles. Aunque su movimiento no triunfó, obtuvieron concesiones de España, como una mayor autonomía administrativa y la abolición definitiva de la esclavitud, en 1886. En 1868, Puerto Rico intentó también un movimiento de liberación, el "Grito de Lares", que no tuvo mayores resultados.

A estos episodios, se pueden agregar otros, que constituyeron agresiones indirectas, como las expediciones aventureras de William Walker en Nicaragua (en 1855) y de Narciso López en Cuba (en 1851), que fueron apoyadas por grupos del sur de Estados Unidos, interesados en extender la esclavitud hacia otros lugares. Estos hechos demuestran la fragilidad de

---

6 En 1836, Texas se había independizado de México por la acción de los numerosos emigrantes venidos desde Estados Unidos y que se habían instalado en ese territorio; durante nueve años Texas fue un país independiente, hasta ser anexado por Estados Unidos, en 1845.

7 España reconoció primeramente a México en 1836, a Ecuador, Chile y Venezuela en los años 1840, y a seis países más entre 1850-1863. Con Perú las relaciones no habían sido aún oficializadas en 1864.

los Estados latinoamericanos de aquella época. La escasa unidad entre los nuevos países los dejaba inermes ante los ataques desde Europa o desde Estados Unidos. Si no hubo consecuencias más graves fue porque la principal potencia de esos años, Inglaterra, no estaba interesada en hacer conquistas territoriales, sino en dominar el comercio. Además, Gran Bretaña y Estados Unidos, que a veces coincidían en sus ambiciones, actuaron anulándose mutuamente. Ello ocurrió en Centroamérica, donde ambos planeaban construir un canal a través del istmo, en Nicaragua. En 1850 decidieron firmar un tratado (que lleva el nombre de Bulwer-Clayton) que estipulaba que ninguno de los dos se lanzaría a esa empresa sin el acuerdo del otro, lo que en cierto modo sirvió para proteger la soberanía de Nicaragua durante el resto del siglo.

El único lugar ocupado por los ingleses fue las islas Malvinas, lo que ocurrió en 1833. Fuera de eso, Gran Bretaña efectuó una sola acción militar, junto con Francia, cuando ambos países bloquearon el puerto de Buenos Aires para obligar al gobierno de Rosas a abrir el estuario de La Plata al comercio internacional, en 1838 y 1845. En América central, Belice, pasó a ser declarado colonia británica en 1862; pero esto no hacía sino oficializar una ocupación que había comenzado en el siglo XVII, para controlar el comercio de las maderas. Inglaterra mantuvo su protectorado en la región atlántica de Nicaragua, poblada por los indios miskitos, en una suerte de colonia informal que había comenzado en el siglo XVIII.

Pese a las situaciones conflictivas aquí descritas, no debe concluirse con la visión de una Latinoamérica convertida en campo de batalla para las potencias mundiales. Las agresiones y ataques fueron puntuales y sin consecuencias territoriales permanentes, salvo en el caso de México y de Argentina. Durante la mayor parte del tiempo, los nuevos estados iniciaron y desarrollaron relaciones normales con los diversos países de Europa, Asia y Norteamérica, creando lazos diplomáticos, comerciales y culturales, y atrayendo también un cierto número de inmigrantes desde diversos lugares del mundo.

2.2. Una sociedad aún dividida étnicamente

Poblaciones y territorios

Los Estados latinoamericanos tenían una población y un espacio territorial que no siempre corresponden exactamente a lo que se conoce hoy en día. México y Brasil eran, tal como hoy, los países más poblados de la región. En cambio, la futura Argentina, al comenzar su vida independiente, estaba lejos de poseer el peso demográfico que ostenta actualmente, ya que su población en esa época era inferior a la de Chile y a la de Bolivia. Haití ilustra el caso contrario, ya que en esos años su población era superior a la de su vecina, la República Dominicana, lo que cambiaría más tarde, como se observa en el cuadro 3.

Cuadro 3
Población por países, 1850, 1930 y 2000
(cifras en millones de habitantes en cada año seleccionado)

País	1850	% del total de A. Latina	1930	% del total de A. Latina	2000	% del total de A. Latina
Argentina	1,1	3,5	11,8	11,1	37,0	7,01
Barbados	0,1	0,3	0,15	0,1	0,3	0,06
Bolivia	1,4	4,4	2,1	1,9	8,3	1,57
Brasil	7,2	22,85	33,5	31,6	170,4	32,52
Caribe*	0,6	1,9	1,0	0,9	1,8	0,34
Chile	1,3	4,1	4,4	4,1	15,2	2,86
Colombia	2,2	7,0	7,3	6,9	42,1	7,98
Costa Rica	0,1	0,3	0,5	0,5	4,0	0,76
Cuba	1,2	3,8	3,8	3,6	11,2	2,12
Ecuador	0,8	2,4	2,1	1,9	12,6	2,39
El Salvador	0,4	1,2	1,4	1,3	6,2	1,17
Guatemala	0,85	2,5	1,7	1,6	11,4	2,16
Guyana	0,1	0,3	0,3	0,3	0,8	0,15
Haití	0,9	2,85	2,4	2,3	8,1	1,53
Honduras	0,35	1,1	0,9	0,85	6,4	1,21
Jamaica	0,4	1,3	0,9	0,85	2,5	0,47
México	7,6	24,1	16,5	15,5	98,8	18,71
Nicaragua	0,3	0,9	0,7	0,65	5,0	0,94
Panamá**	—	—	0,5	0,5	2,8	0,53
Paraguay	0,5	1,5	0,9	0,85	5,5	1,04
Perú	1,9	6,0	5,6	5,3	25,7	4,87
Puerto Rico	0,45	1,2	1,5	1,4	3,9	0,74
Rep. Dominicana	0,2	0,7	1,4	1,3	8,4	1,59
Surinam	?	?	0,1	0,1	0,4	0,07
Trinidad-Tobago	?	?	?	?	1,3	0,24
Uruguay	0,1	0,3	1,7	1,6	3,3	0,62
Venezuela	1,5	4,8	2,9	2,7	24,2	4,59
TOTAL	31,6	100%	106,4	100%	527,6	100%

*: incluye los territorios de lengua inglesa en el Caribe (excepto los nombrados separadamente, Barbados, Guyana y Jamaica), más Belice, y los de lengua francesa (excepto Haití) más la Guayana. No hay datos para las colonias holandesas en 1850.
**: en 1850, la población panameña estaba incluída en la de Colombia.

FUENTE: para 1850 y 1930, cifras citadas por Chevalier, François, *L'Amérique Latine depuis l'indépendance* p.117; para 1990, cifras en *L'État du Monde*, varias ediciones. Para el Caribe no hispanófono, *International Historical Statistics, vol.2: The Americas*, 1750-1988, por Brian R.Mitchell. New York, Stockton, 1990.

A las pérdidas causadas por las guerras de independencia se sumarían posteriormente las bajas causadas por los conflictos bélicos en México durante las guerras de la Reforma y otras guerras prolongadas, como la de la Triple Alianza en Paraguay. Este último país perdió en esa ocasión más de la mitad de su población, especialmente la masculina.

El crecimiento demográfico se basaba en esta etapa fundamentalmente en el incremento interno, ya que la inmigración aún no tenía un gran peso. Desde el punto de vista de la composición étnica, había ciertas situaciones que difieren de la actual. En todas partes (salvo en el Caribe y en Brasil) la base de la población estaba compuesta por los indígenas, pese a la importancia alcanzada por el mestizaje durante la época colonial. Hasta 1830 era también importante la población de origen africano, que era incluso mayoritaria en algunos países, como en el caso de Brasil y sobre todo de las Antillas. En Barbados, en 1834, los esclavos negros constituían el 80,6% de la población total; en Guadalupe, el 75% y en Surinam, el 86,6%. Estos porcentajes disminuirían gradualmente durante el siglo, a medida que la trata de negros fue prohibida y la esclavitud, abolida. Los blancos eran una minoría, aunque los diversos planes de inmigración comenzaron a dar resultado a fines del período, al menos en países del Atlántico, especialmente el sur de Brasil, Uruguay y Argentina. La repartición étnica de la población al comienzo de la vida independiente aparece en el cuadro 4 siguiente:

Cuadro 4
Estructura étnica de la población por regiones, 1825
(Cifras en millones de personas)

Región	Indios	Blancos	Mestizos-Mulatos	Negros	Total
México, América Central, Caribe hispano	4,5	2,0	2,7	2,0	11,5
Caribe anglo-francés	?	0,1	?	2,2	2,3
América del Sur española	3,2	1,4	2,8	0,3	7,7
Brasil	0,4	0,9	0,7	2,0	4,0
TOTALES	8,1	4,4	6,2	6,5	25,5

FUENTE: para México, América del Sur y Brasil, cifras citadas por Richard Konetzke, en: *Süd- und Mittelamerika I. Die Indianerkulturen Altamerikas und die spanisch-portugiesische Kolonialherrschaft.* Frankfurt, 1965, p.103. Para el Caribe no hispánico (incluyendo Guayana), datos de Franklin Knight, *The Caribbean. The Genesis of a Fragmented Nationalism,* New York, 1990, p.366-367.

Estas cifras son, desde luego, aproximadas, ya que provienen de una época en que las estadísticas no eran muy seguras. Lo más probable es que la población indígena haya sido subestimada, ya que aquellas regiones no controladas por las autoridades, que era donde el elemento autóctona predominaba, no entraban en los cálculos demográficos.

La población blanca se nutrió de la inmigración, que era vista por la mayoría de los gobernantes como una palanca de desarrollo. Políticos e intelectuales pensaban que debía seguirse el modelo de Estados Unidos, cuyo progreso se debía, según se argumentaba, al aporte humano de Europa (léase de los países anglosajones y germanos). Esto implicaba culpar a España del atraso de los nuevos países, por la falta de educación y por las costumbres, juzgadas negativas, de los trabajadores locales. Domingo Faustino Sarmiento, educador y presidente de Argentina, insistió en la necesidad de traer gente de Europa, aduciendo que esta era la solución para poblar un país donde enormes espacios estaban vacíos, lo que según él era una de las claves de la "barbarie" que caracterizaba a la América española. Pese a estas intenciones, los planes de inmigración anteriores a 1880 tuvieron resultados bastante limitados, por la falta de información y la inestabilidad política.

Las fronteras y el control efectivo del territorio estaban lejos de ser las definitivas. En países como Brasil, Chile, Argentina, Uruguay y Venezuela, los nuevos estados controlaban sobre todo las regiones costeras, donde estaban situadas las principales ciudades. En cambio en México, Guatemala, Perú y en parte Colombia, la población se concentraba al interior. En todas partes, sectores a veces importantes escapaban al dominio real de las autoridades. Tal era el caso de Confederación Argentina, que controlaba solo una pequeña parte de la Argentina actual, el territorio que iba desde el sur de Buenos Aires al de Chile central, y por el norte hasta la frontera con Paraguay, Uruguay y Brasil. Todo el sur y parte del centro era una región dominada por los indígenas seminómades, que recorrían la pampa a caballo. En Brasil, sectores importantes del interior eran aún poco conocidos y otro tanto ocurría con el sector norte de Bolivia, en su frontera con Brasil, en lo que es hoy el departamento de El Beni. Tras un frustrado intento de colonización belga en ese territorio, en 1844, durante mucho tiempo la región permaneció inaccesible, como un lugar yermo adonde en ocasiones eran enviados los desterrados políticos. En Chile, tal como en la época colonial, el territorio al sur del país, situado entre Concepción y Valdivia, permanecía bajo el control de los indios mapuche.

La lentitud de las comunicaciones terrestres, antes de la aparición del ferrocarril impedía una mejor integración nacional. Incluso entre dos ciudades cercanas, como Santiago y Valparaíso, el viaje en carreta o en coche duraba más de dos días. De Veracruz a Ciudad de México, el trayecto tomaba cuatro. Mejor era la situación en las regiones donde se podía contar con comunicaciones fluviales. El río Magdalena, en Colombia, era una importante vía de penetración hacia el interior, sobre todo cuando se introdujo la navegación a vapor, en 1840. Y si en general, los transportes marítimos eran los más frecuentes y seguros, durante

todo el siglo XIX los países del Pacífico se encontraban en desventaja cuando se trataba de comunicarse con Europa, ya que hasta antes de la apertura del canal de Panamá (en 1914), los barcos provenientes del Viejo Continente debían efectuar un largo trayecto, al efectuar el paso desde el océano Atlántico al Pacífico por el cabo de Hornos, para luego dirigirse hacia Perú, Ecuador, Colombia o México. Esta situación era ventajosa para Valparaíso, el principal puerto chileno, que durante gran parte del siglo XIX operó como centro de almacenamiento de mercancías y como lugar de aprovisionamiento para aquellos barcos que venían desde Europa, antes de continuar la ruta hacia el norte.

La sociedad

Durante la época colonial la sociedad había estado organizada en función de los criterios étnicos: los blancos estaban al tope, seguidos por los mestizos, luego los indígenas y en último término los negros, la mayoría de los cuales eran esclavos. La independencia trajo, en principio, un cambio importante, ya que los habitantes, al menos los que eran libres, eran, en teoría, iguales ante la ley. En la práctica, el esquema colonial cambió, pero no en forma fundamental. Los blancos continuaron siendo la clase dominante, especialmente gracias al control que ejercían sobre la tierra. Hubo sin embargo una mayor movilidad social que durante la colonia, ya que muchos mestizos, aprovechando la coyuntura de la guerra, hicieron carrera gracias a su participación en los ejércitos y algunos de ellos comenzaron a compartir el poder con los blancos. También la nueva época favoreció a los negros, los que, al superar la condición de esclavos, pudieron mejorar su situación. Pese a estas modificaciones, se mantuvieron las características de ser una sociedad basada en la conquista, al permanecer impregnada de prejuicios y de violencia en las relaciones entre los grupos de distinto color de piel.

a) Elites[8]

Los grandes propietarios de tierras conformaron el núcleo de la elite, gracias a la partida masiva de la mayor parte de los comerciantes de origen metropolitano y de los altos funcionarios del régimen colonial. Su poderío se acrecentó de distintas maneras. Una de ellas fue la ampliación del territorio apto para ser explotado, como ocurrió en Argentina. A partir de 1832 hubo campañas militares, dirigidas por Rosas y posteriormente por otros jefes políticos, a fin de conquistar nuevas tierras, hasta entonces dominadas por los indios. De ese modo, miles de hectáreas fueron incorporadas a la producción, bajo la forma de grandes propiedades (llamadas *estancias* en la región de la Plata, *hacienda* en la mayor parte de los otros países hispanoamericanos, y *fazenda* en Brasil), que fueron luego vendidas en remates. Algunas familias pasaron a controlar superficies inmensas, como los Anchorena, que

[8] Acerca de la terminología empleada para designar este sector, al igual que los sectores medios y "las masas", véase la nota explicativa sobre las clases sociales al final de este estudio.

poseían casi 3 millones de hectáreas, y el propio Rosas, dueño de 1,2 millón de hectáreas. En Chile, la ocupación progresiva del territorio araucano, por presiones militares y a veces por compra en condiciones dudosas, fue aumentando la superficie cultivable; la conquista final de esa región, con la campaña militar de 1880, amplió aún más el número de propiedades. En México, la venta de tierras antes pertenecientes a la Iglesia reforzó también el poder de los terratenientes.

Aunque la agricultura era la actividad preponderante, sería un simplismo imaginar que la clase dominante estaba compuesta únicamente por terratenientes, o el pensar que estos se dedicaban solamente a la agricultura. Con frecuencia había personas que realizaban varias actividades a la vez. En el Perú, Domingo Elías hizo fortuna primero con la producción de pisco y vino en la costa central de su país, junto con actividades ganaderas. Más tarde empezó a cultivar algodón, llegando a ser el principal exportador de ese producto, y luego explotó minas de oro y plata; además, participó en el lucrativo comercio de exportación de guano. En Chile, José Tomás Urmeneta fue empresario minero, explotando importantes yacimientos de cobre, luego industrial (fue el primero en instalar el servicio de iluminación a gas en Santiago) y finalmente agrícola, dedicándose a producir vino. En Brasil se destacó Irineo Evangelista de Sousa, más conocido por su título de vizconde de Mauá, creador de una fundición de hierro, empresario naviero para la navegación del Amazonas, banquero, minero y plantador.

La composición social de la elite se basó en familias que ya eran poderosas o al menos conocidas antes de la independencia, como las familias de terratenientes argentinas, Anchorena, Olivares y Martínez de Hoz. Al lado de ellos hubo sin embargo la emergencia de nuevos nombres, la mayoría de ellos de origen local, más una minoría de extranjeros que empezaban a insertarse en las elites, como la familia Edwards en Chile. El fundador, un médico inglés, llegó al país en 1807. Sus descendientes se casaron con chilenas, hicieron fortuna en la minería en el norte, luego se dedicaron a las finanzas y llegaron a ser una de las familias más ricas del país, pasando a ser conocida más tarde como propietaria de *El Mercurio*, que llegaría a ser el principal diario chileno.

b) Sectores medios, un actor en gestación

Los sectores medios no son fáciles de identificar en esta época. La carencia de estadísticas precisas sobre las actividades, tanto urbanas como rurales, es uno de los obstáculos para conocer mejor esta parte de la sociedad. En las ciudades, estaban constituidos por los artesanos calificados, por los pequeños comerciantes, por algunos profesionales y por los empleados de los servicios públicos, poco desarrollados. El ejército, aunque en esta época no estaba organizado de manera profesional, también brindó un canal de promoción social a un cierto número de oficiales, que pueden ser asimilados al de sectores medios.

En el campo, pese a la tendencia creciente a la concentración de la propiedad agrícola, era posible encontrar un número a veces importante de pequeños y de medianos propietarios.

Contrariamente a lo que se cree, estos grupos existían desde la época colonial. Desde el punto de vista étnico, este sector, que puede ser calificado como el de un empresariado campesino, estaba compuesto principalmente por mestizos y por mulatos y negros, a medida que estos últimos adquirían la libertad. Tal fue el caso de Trinidad y de Puerto Rico, donde a comienzos del período, los negros libres constituían casi un tercio de los propietarios agrícolas. Hacia 1870, un cierto número de inmigrantes lograron llegar a ser también propietarios, como ocurrió con los italianos en el norte de Argentina. Hubo casos en que los pequeños propietarios rurales obtuvieron algunos beneficios de la economía de exportación, como los *matutos* del noreste de Brasil, que aprovecharon el aumento de la demanda de algodón durante la Guerra Civil de Estados Unidos para incrementar su producción, la que era posteriormente exportada a Europa, pese a su baja calidad. En ciertas regiones de Chile hubo campesinos que participaron en la producción de trigo y harina para la exportación hacia California, a mediados del siglo XIX, además de constituir un porcentaje relativamente importante de los productores de vino, destinado al mercado local. Sin embargo, estos productores vieron frenadas sus posibilidades de expansión con las leyes adoptadas en todas partes, a partir de mediados de siglo, que exigían la justificación de los títulos de propiedad para legalizar la tenencia de la tierra, y por el hecho de que el Estado se atribuyó la propiedad de las tierras vacantes, pidiendo crecientes sumas de dinero para su compra, sobre todo a medida que cobraban más importancia los cultivos destinados a la exportación, como el café en América Central. Este proceso, que afectó además a las comunidades indígenas, obstaculizó notablemente la formación de una clase media rural numerosa, y es una de las claves de las insuficiencias en el proceso de democratización de los países latinoamericanos.

c) Las masas

La masa de la población, compuesta por blancos pobres, negros, indígenas y mestizos, sufrió distinta suerte. El proceso de término de la esclavitud negra constituyó el principal progreso social de esta época. Su logro se debió, en parte a las ideas liberadoras de la independencia y también a las presiones venidas desde Inglaterra, que en 1808 había prohibido el tráfico o el comercio negrero, para luego abolir, en 1838, la esclavitud en sus colonias. El gobierno británico se lanzó entonces en campaña para impedir el comercio negrero a escala mundial. Otros países europeos involucrados en la esclavitud fueron más lentos en tomar medidas para acabar con esta política. Francia había abolido la esclavitud durante el comienzo de la revolución, en 1794, pero Napoleón la había impuesto de nuevo, en 1802; solo en 1848 vino la abolición definitiva en las colonias francesas, y en 1863 en las colonias holandesas. En cambio, España mantuvo la esclavitud en sus posesiones hasta el último tercio del siglo XIX. Chile fue el primer país en abolir definitivamente la esclavitud, en 1823, siendo seguido por México. La mayoría de los demás países lo hizo en la década de

1850. Brasil fue el más tardío en aplicar esa medida, manteniendo la esclavitud en diversos grados hasta el final del período estudiado en este capítulo.

Los indígenas, sobre todo aquellos que seguían viviendo en comunidades, no mejoraron su condición. La independencia trajo, en principio, la abolición del tributo que pagaban en el régimen colonial y puso a los indios en condición de ciudadanos como los otros, que no debían pagar impuestos discriminatorios. Tal había sido la intención de los decretos de Bolívar en la Gran Colombia y de San Martín en Perú. Pero poco después el tributo fue reintroducido en esos países bajo el nombre de "contribución de indígenas", para ser abolido algunas décadas más tarde, esta vez definitivamente. De este modo, rasgos básicos de la sociedad de conquista creada desde el siglo XVI, se mantenían o reaparecían.

Por otra parte, los indígenas continuaron siendo sometidos a un proceso gradual de aculturación a través de distintos mecanismos. Pese a la política liberal de la mayoría de los gobiernos, que en muchos países limitó la acción de las órdenes religiosas, estas continuaron el proceso iniciado desde el siglo XVI, internándose en territorios donde la presencia del Estado aún no se hacía sentir, entrando en contacto con indígenas, creando escuelas a las que invitaban a los hijos de indios. En fin, las comunidades indígenas sufrieron severos golpes con la pérdida de la mayor parte de sus tierras ante los embates de los gobiernos liberales y de los terratenientes. En Chile, Vicente Pérez Rosales, quien fue agente de colonización del gobierno, describió las prácticas fraudulentas empleadas para ocupar las tierras de los indios del sur del país en los términos siguientes:

> Cuando algún vecino quería hacerse propietario exclusivo de alguno de los terrenos usufructuados en común, no tenía más que hacer que buscar al cacique más inmediato, embriagarle o hacer que su agente se embriagase con el indio, poner a disposición de éste y de los suyos aguardiente baratito y tal cual peso fuerte y con sólo esto podía acudir ante el actuario público, con vendedor, con testigos e informaciones juradas que acreditaban que lo que se vendía era legítima propiedad del vendedor. Ninguno objetaba este modo de adquirir propiedades, cuyo valor se repartían amigablemente el supuesto dueño que vendía y los venales testigos que lo acompañaban...[9]

La situación desmedrada de indios y negros dio lugar a movimientos de protesta violenta. A veces esos movimientos fueron parte de otros conflictos, como en el caso de ciertas rebeliones de provincias brasileñas, donde hubo tentativas por unir la lucha contra la capital a la cuestión de la abolición de la esclavitud negra. Esto nunca dio resultados porque los líderes rebeldes, de origen blanco, no estaban todos de acuerdo al respecto. Tal fue la experiencia que se dio en la rebelión conocida como "Sabinada" (por el nombre de su líder, Francisco Sabino Alvares da Rocha) en el norte brasileño, en 1838. Los indios, en cambio, tendían a dirigir su propia lucha. La más conocida de todas fue la rebelión de los indios mayas del estado de Yucatán, al sur de México, que estalló

---

9 Pasaje tomado de su obra bien conocida, *Recuerdos del pasado*, Santiago, Zig-Zag, 1958, p.359, publicado originalmente en 1886.

en 1847 y se prolongó hasta 1902. Los indios protestaban contra el alza de los impuestos y contra la ocupación progresiva de sus tierras por los hacendados que querían explotar el henequén, la planta de la cual se hacían cuerdas. Este episodio fue conocido como la "Guerra de castas", ya que expresaba una lucha racial: los indios atacaban y mataban a todos los blancos y mestizos, y en general a todo aquel que se vistiera como blanco, que usara camisa y zapatos.

d) La mujer

Como en la época colonial, su situación siguió siendo secundaria. Solo a fines de esta época las mujeres empezaron a ser admitidas a los estudios superiores. En Perú, en 1866, un decreto gubernamental había permitido a las mujeres ser profesoras de escuela, pero eso había quedado sin ser aplicado. En general, hasta 1880 la población femenina debía contentarse de la educación primaria y secundaria. En Cuba, en 1851 las escuelas primarias para mujeres representaban un 30% del total. Esa cifra parece alta, pero por otro lado la enseñanza era discriminatoria: con el argumento de que la mujer debía ser preparada esencialmente para las tareas consideradas femeninas, las niñas no estudiaban los mismos ramos que los hombres. Estos últimos estudiaban materias como Física, Geometría, Agricultura e Historia natural, todas las cuales no figuraban en los programas para niñas, que debían en cambio aprender higiene doméstica y cursos de costura.

Desde el punto de vista legal, en ciertos países las mujeres consiguieron algunas ventajas. En México, el nuevo Código civil de 1870 confirió a la mujer la "patria potestad", que hasta entonces era un privilegio masculino: si su cónyuge fallecía, ahora la mujer viuda podía seguir controlando a sus hijos y disponer de los bienes de estos, mientras que antes, la viuda quedaba a la merced del tutor que su difunto marido podía haber nombrado. Pero el Código de 1870 no mejoró la situación de la mujer casada, que seguía en situación de dependencia con respecto a su marido para ejecutar cualquier acto legal, como en la época colonial.

Si en general la mujer no obtuvo ningún derecho político, ello no significa que no haya participado en la vida pública. Las guerras, ya fuesen civiles o entre países, contaban con una participación femenina importante. En esta época, en la cual la logística de los ejércitos estaba en pañales, eran las mujeres las que, acompañando a los hombres, proporcionaban los cuidados médicos y la alimentación. En el Perú, esas mujeres eran llamadas *rabonas*: sin percibir sueldo, acompañaban a los hombres en los combates. Durante la guerra de la triple Alianza contra Paraguay, numerosas fueron las mujeres paraguayas que fueron a los campos de batalla. Se calcula en no menos de 1.500 las que participaron en el frente de guerra. Ello no incluye a las otras, mucho más numerosas, que trabajaban preparando los uniformes y las vituallas para el ejército.

Pero para muchas hijas de las clases ricas, la participación en la vida pública les estaba vedada de por vida, siendo muchas de ellas enviadas al convento, como lo indicaba la tradición colonial. Una de las viajeras europeas de ideas libertarias, la francesa Flora Tristán,

se compadeció al ver la situación de las novicias del convento de Arequipa, confinadas en él desde muy jóvenes por sus familias, aun contra su voluntad[10].

e) Religión

La Iglesia católica mantuvo su importante presencia como institución pública, pero en la vida cotidiana debió enfrentar muchas dificultades. Una de ellas fue la falta de curas, que habían disminuido en forma dramática a causa de los embates de la independencia y de la acción de ciertos gobernantes hostiles a la Iglesia. En Paraguay, en 1841, más de la mitad de las parroquias estaban vacantes, y muchos curas debían ocuparse de dos o tres a la vez; fuera de Asunción, había solo 37 sacerdotes en todo el país. En Venezuela, había 547 curas en la diócesis de Caracas, cifra que había bajado a 115 en 1881; en este último año, para todo el país había solamente 393 sacerdotes. La situación era menos precaria en otros países, pero se hacía notar la falta de religiosos. Por esa razón, la mayoría de los gobiernos comenzaron a invitar misiones europeas, de Francia y de Italia, que empezaron a llegar a mediados de siglo. Como se indicó antes, tal como en la época colonial, algunos fueron a las regiones habitadas por indígenas no integrados a la nación, como los Capuchinos, que se pusieron en contacto con los mapuche en Chile, los Salesianos hicieron lo mismo en el sur de Argentina, y los Franciscanos se dirigieron al Amazonas brasileño. Su presencia se hizo notar no solo en la evangelización, sino en la educación, a través de la fundación de numerosas escuelas, muchas de ellas en provincias. También hubo religiosas, como las monjas canadienses de la Divina Providencia, que vinieron desde Montreal a Chile, a mediados de siglo, donde se hicieron cargo del asilo de huérfanos del país.

Pese a la omnipotencia del catolicismo, la mayor tolerancia que preconizaron varios gobiernos en materia religiosa y la llegada de comerciantes e inmigrantes extranjeros, hizo posible que surgieran otras iglesias y religiones, sobre todo protestantes, así como un cierto número de judíos. Aunque todos ellos debían practicar su fe en condiciones restrictivas, este proceso introdujo una variante en la vida religiosa latinoamericana.

f) Vida cotidiana

Los testimonios orales o escritos de gente de la época nos permiten reconstruir la atmósfera en que vivieron. Aunque la mayoría de los testimonios provienen de aquellos que podían escribir, es decir los miembros de la elite, como también de los viajeros extranjeros, que dejaron una abundante literatura, algunas voces de los seres anónimos, de la masa indígena, mestiza o negra, nos entregan una idea sobre sus condiciones de existencia y las costumbres de una época aún marcada por la herencia colonial, que no se integra todavía plenamente al capitalismo ni a la influencia europea occidental.

---

[10] Ver su testimonio en el libro *Les pérégrinations d'une paria*, (París, Maspero, 1980), donde la autora narra su experiencia de viaje al Perú de los años 1830.

Para los esclavos negros, la vida cotidiana estaba marcada por la campana que, accionada por el capataz de la plantación, dictaba el ritmo de sus actividades desde la madrugada hasta la noche. Según el testimonio de un antiguo esclavo cubano, ella se desenvolvía así:

> A la salida de la refinería estaba la campana, que el capataz hacía tintinear. A las cuatro y media de la mañana nos despertaba con nueve golpes, que indicaba la hora de levantarse: era el Ave María. A las seis, otra campana sonaba: era la orden de ponerse en fila en un terreno al exterior del barracón donde dormíamos. Los hombres se ponían de un lado y las mujeres del otro. Luego, partíamos a trabajar al campo hasta las once, hora en que comíamos carne ahumada, verduras cocidas y pan. En la tarde, al ponerse el sol era la hora de la oración. A las ocho y media de la noche sonaba el último campanazo, que daba la orden del Silencio: era el momento de acostarse. El capataz dormía en el barracón y nos vigilaba. En el batey había un vigilante nocturno, un español, que estaba encargado también de espiarnos. Todo era cuestión de latigazos y de vigilancia.

Como en la época colonial, si los negros conseguían ahorrar, podían comprar su libertad, cuando su dueño así lo consentía. Ello lo conseguían cultivando un pedazo de tierra para su propia alimentación e incluso para ganar dinero:

> Era sobre todo los conucos lo que salvó a muchos esclavos, permitiéndoles alimentarse mejor. Casi todos tenían uno. Estaban situados cerca de los barracones. Se cosechaba de todo: papas dulces, calabazas, quimbombó, maíz, arvejas, porotos negros, yuca y maní. Además, los negros criaban chanchos lechones. Algunos de estos productos eran vendidos a los campesinos que venían de la aldea vecina... Los lechoncitos se vendían a una onza o a onza y media, que eran de oro, como todas las monedas de esa época[11].

En la ciudad, durante largo tiempo siguieron existiendo los vendedores callejeros, que iban a ofrecer a las casas diversas mercaderías. En Ciudad de México, se escuchaban "diversidad de gritos callejeros, que empiezan al amanecer y continúan hasta la noche, proferidos por centenares de voces discordantes, imposibles de entender al principio"... Entre los productos ofrecidos figuraban el carbón, la mantequilla, la carne, anunciada al grito de "cecina buena, cecina buena", el sebo, frutas... Había también buhoneros ambulantes que a gritos ofrecían "agujas, alfileres, dedales, botones de camisa, bolas de hilo de algodón, espejitos, etcétera" y que las vendían después de un largo regateo por parte de las clientas, todas mujeres. Pero no paraba allí el desfile: hacia mediodía, "los limosneros comienzan a hacerse particularmente inoportunos, y sus lamentaciones y plegarias y sus inacabables salmodias se unen al acompañamiento general de los demás ruidos". Los limosneros eran seguidos por los vendedores de pasteles de miel, de queso, los dulceros, los vendedores de billetes de lotería, y al atardecer los que ofrecían tortillas, castañas asadas calientes y tamales de maíz. "Y a medida que se apagan las voces, para volver a empezar de nuevo, a la mañana siguiente, con el mismo entusiasmo" Tal descripción, de la pluma de Fanny Calderón

11 *Esclave à Cuba,* de Miguel Barnet, versión francesa de *Biografía de un cimarrón*, entrevista donde un ex esclavo narra su vida. Paris, Gallimard, 1967, p.24 y 26.

de la Barca, esposa del embajador de España en México[12], nos demuestra que estamos en presencia de una sociedad donde la organización comercial aún carece de especialización, y donde masas de gente anónima debían buscarse una ocupación de la cual vivir en la metrópoli. Entre estas ocupaciones figuraba la de domésticos, generalmente de piel oscura. En Quito, en 1860, donde la población indígena era numerosa, casi todos los porteros de las casas de los pudientes eran indios, que vivían en una habitación cerca de la puerta de entrada, con su mujer, hijos, un perro y varios cuyes. Sus tareas eran múltiples: cerrar la puerta en la noche y abrirla en la mañana, barrer, ir a buscar el agua, limpiar los caballos, lavar los platos y ayudar en la cocina. En todas esas tareas era asistido por su mujer, la cual "siempre lleva un niño colgando en su espalda, en un chal o poncho atado en torno a su cuello o el pecho. Es generalmente más trabajadora y activa que su esposo, que suele ser flojo y además, brutal con ella", según el testimonio de Friedrich Hassaurek, embajador de Estados Unidos, que vivió en el país entre 1861 y 1866[13]. El sueldo del portero era el equivalente a uno a dos dólares por mes, además de la comida y el alojamiento.

Las condiciones de higiene pública dejaban mucho que desear, incluso en las grandes ciudades. En Río de Janeiro, en 1860, un viajero francés contaba cómo se eliminaban las basuras: ante la ausencia de un servicio municipal para quemar los desperdicios, estos eran simplemente transportados por esclavos negros en barriles y lanzados al mar, en la bahía. El testigo agregaba que en los días de tormenta, el trabajo del esclavo era más fácil: bastaba con lanzar el contenido de los barriles en la calle, donde el torrente de agua se lo llevaba. El resultado era un olor nauseabundo en toda la ribera de la bahía de Guanabara, cuyo hermoso paisaje perdía todo encanto ante las emanaciones de la basura acumulada[14]. No es de extrañarse que en ese contexto, de vez en cuando estallaran epidemias de cólera, de viruela o de fiebre amarilla. En Buenos Aires, en 1867, ocho mil personas habían muerto de cólera, cuyos estragos fueron favorecidos por la falta de alcantarillas y de un sistema de agua corriente. Hubo sin embargo algún progreso urbano: en la década de 1850 las principales ciudades comenzaron a ser alumbradas a gas, y se ensancharon las principales avenidas. Para ello, en Lima, en 1868, se procedió a derrumbar las antiguas murallas, de la época colonial, que habían servido en otros tiempos para la defensa de la ciudad ante los posibles ataques de piratas, y que ahora limitaban el crecimiento del centro de la ciudad.

La vida social y los esparcimientos conservaron rasgos coloniales durante largo tiempo. Una de sus manifestaciones fue la costumbre de asistir a fiestas con vestimentas que cubrían el rostro, lo que se llamaba *los tapados*. Si bien no todos los asistentes llegaban en ese atuendo, el espectáculo resultó sorprendente para los ojos del que no estaba habituado, como fue el

---

12 En su libro *La vida en México*, publicado originalmente en 1843. México, Porrúa, 1981.

13 *Four Years Among the Ecuadorians*, publicado por primera vez en 1867. Southern Illinois University Press, 1967.

14 Citado en *La vie quotidienne au Brésil au temps de Pedro Segundo*, 1831-1889, por Fréderic Mauro. Paris, Hachette, 1980, p.16.

caso del polaco Ignacio Domeyko. Poco después de llegar a Chile, le tocó presenciar este cuadro en ocasión de un baile al que asistió en la ciudad nortina de Coquimbo, en 1838:

> Cada tapada llevaba un velo, un pañuelo u otro chal rodeándole la cabeza en forma tal que sólo los ojos y a veces un solo ojo, negro y grande, quedaba libre. Los hombres llevaban unas enormes capas españolas sobre los hombros hasta los ojos y los sombreros también metidos hasta los ojos... había gente de condición obrera, con ponchos blancos y de colores chillones y un sombrero de paja e incluso criadas al lado de señoras de buena posición, escondiendo su cara tras los pañuelos multicolores. Había un extraño contraste entre esta fantástica gente con sus tapados y las señoras y señoritas vestidas de gala, conversando animadamente, con caballeros ataviados a la moda, con fracs y zapatos de baile[15].

Esta costumbre, generalizada en toda América española, cuya razón de ser es difícil de explicar, persistió hasta al menos el final del siglo XIX. Las autoridades la combatían, por temor a que encerrara propósitos inmorales, pero ella desaparecía temporalmente para luego resurgir.

2.3. La economía: El lento desarrollo del capitalismo

Durante la época colonial, la economía latinoamericana se basaba principalmente en la agricultura y ganadería, además de la explotación de minas. En conjunto, era una economía primaria, con escaso desarrollo industrial y que contaba con un sistema financiero rudimentario, ya que no existían los bancos. Aunque existía un comercio interno, era la demanda internacional la que dictaminaba las decisiones de las actividades productivas más rentables, base de las mayores fortunas, como los cultivos tropicales y los metales preciosos. Así, desde el comienzo había nacido una dicotomía entre el sector ligado a la exportación y el de las actividades destinadas al autoconsumo o a mercados locales, de rentabilidad mucho más baja. En conjunto, se trataba de un sistema económico bastardo, que combinaba rasgos netamente capitalistas en la esfera comercial con elementos cercanos al feudalismo y a la esclavitud en lo que se refiere a los sistemas de producción y a la mentalidad de muchos empresarios[16]. Este panorama evolucionó lentamente a través de la época aquí estudiada. Los contactos con el exterior se reforzaron, aunque no con la prontitud que las elites dominantes lo hubieran deseado, y se asistió a una cierta diversificación de las actividades productivas internas, así como de las estructuras financieras.

---

15 Godoy, Hernán y Lastra, Alfredo: *Ignacio Domeyko. Un testimonio de su tiempo.* Santiago, Editorial Universitaria, 1994, p.94.

16 Entre los diversos autores que han estudiado este tema, véase Marcelo Carmagnani, *Formación y crisis de un sistema feudal. América Latina del siglo XVI hasta nuestros días, México, Siglo XXI,* 1976, quien ve la existencia de ese sistema hasta 1914. André Gunder Frank, en su célebre ensayo *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (múltiples ediciones desde 1969) había afirmado la tesis contraria, sosteniendo la existencia de un capitalismo desde la época colonial.

Agricultura y ganadería

De todas las actividades productivas la más importante en estos años siguió siendo la relacionada con la tierra, donde vivía la enorme mayoría de la población. La relativa decadencia de la minería y del comercio en los primeros años de vida independiente, a causa de las guerras, valorizó aún más la propiedad agraria. Esto llevó a la incorporación de nuevas tierras a la producción, lo que a menudo se logró, según vimos antes, a través de una continuación de la conquista, en detrimento de los indígenas (y más tarde de la Iglesia, como se verá posteriormente).

Este proceso permitió no solo el enriquecimiento de la elite, sino también la diversificación de los cultivos. Ejemplo de esto último fue el caso del café, que aunque se cultivaba en Brasil antes de la independencia, después de 1820 cobró más importancia en este país, al aumentar la demanda mundial y por la ruina de la economía haitiana, que era un rival importante en ese rubro. Brasil pasó a controlar buena parte de la producción mundial, con el 40% del total ya antes de 1850. Para ello se abrieron nuevas tierras, al interior de Río de Janeiro y de Sao Paulo. El café también pasó a ser muy importante en Venezuela y América central, sobre todo en Costa Rica; en esta misma región, la cochinilla cobró gran auge, por la demanda industrial europea, que requería materias colorantes. En Argentina, la ganadería ovina comenzó hacia 1830, y tuvo tal éxito que el ganado pasó de 2 millones de cabezas en 1830 a 61 millones en 1880, lo que permitió aumentar las exportaciones de lana, que pasaron de 1,8 millón a 92 millones en esos mismos años.

No siempre las nuevas actividades rurales exigieron nuevas tierras, sino que se impusieron desplazando a otras ya existentes. Fue el caso de la viña en Chile, un cultivo antiguo, pero que a partir de 1850 adquirió una nueva dimensión al introducirse en el país la cepa francesa, lo que fue acompañado de la fundación de empresas que por primera vez se dedicaban a producir vino en forma especializada. El vino fue una de las actividades agroindustriales destinadas al mercado interior; lo que se exportaba era un porcentaje ínfimo, situación que se mantuvo durante largas décadas. Sin embargo, hasta 1920, los chilenos seguían bebiendo mayoritariamente chicha, la bebida tradicional. En México, otra bebida tradicional, el pulque, obtenida del maguey, siguió siendo extremadamente popular, como lo demuestra el testimonio de Fanny Calderón de la Barca:

> El maguey es una fuente de seguros beneficios, pues su consumo es enorme, de tal manera que muchas familias ricas de la ciudad deben su fortuna al producto de sus mayengues. Cuando sus propietarios no fabrican el pulque, suelen vender las plantas a los indios: un maguey, que al sembrarlo cuesta un real, puede venderse cuando está a punto de corte por doce o dieciocho pesos, ganancia digna de tenerse en cuenta si se considera que se da casi en cualquier terreno, requiere poco abono y al contrario de lo que sucede con el vino, apenas exige ningún cuidado[17].

---

[17] *La vida en México,* op.cit., p.70.

En otros países, cultivos ya tradicionales cobraron un mayor auge, como la caña de azúcar, cultivada en las plantaciones de Puerto Rico y Cuba. En este último país la producción aumentó a más del doble, pasando de 800.000 toneladas anuales en 1839 a 1,8 millón en 1880. Paralelamente, las exportaciones aumentaron también, representando el 15% de la producción mundial en la primera fecha y el 23,6% en 1875. Este auge implicó la deforestación de vastas zonas de la isla, que se abrieron a las nuevas plantaciones. El aumento se explica por el mercado de Estados Unidos, donde se hacía la mayor parte de las ventas de azúcar cubana (pese a su condición de colonia española) y por una mejor organización de la producción, en grandes unidades. En cambio, la producción de azúcar en las Antillas británicas aumentó muy poco, debido a la competencia de la betarraga azucarera producida en Europa y en la misma Inglaterra.

Minería, industria y otras actividades

La minería siguió siendo una actividad importante, aunque en menor grado que en la época colonial. En los primeros años después de la independencia la minería decayó, por disminución de la mano de obra y por la falta de capitales, debido a la ya comentada partida de los españoles, que no fueron reemplazados rápidamente por capitales de otros países. Inglaterra estaba ciertamente interesada en las explotaciones mineras, pero la falta de transportes adecuados, y la poca información hicieron fracasar varias empresas en los años 1820, lo que enfrió el entusiasmo del comienzo.

Pese a estos inconvenientes, hubo explotaciones mineras de importancia, como las del norte de Chile, con la mina de plata de Chañarcillo y las de cobre de Tamaya, cerca de Coquimbo. A mediados del siglo XIX, Chile era el primer productor mundial de este último metal, con el 40% de las exportaciones, destinadas sobre todo a Gran Bretaña. Su producción había aumentado de 2.000 toneladas anuales en 1830 a un máximo de 51.000 en 1869. En México, en cambio, la producción de plata bajó mucho durante la primera mitad del siglo; solo después de 1850 recuperó los índices de la época colonial. En Perú y en la zona que se disputaban Bolivia y Chile comenzó a cobrar importancia la explotación del salitre, que provocaría la guerra entre esos tres países en 1879.

Perú logró ingresos considerables a mediados de siglo con la producción de guano, acumulado durante siglos en las islas frente a la costa central de ese país. Exportado como abono de gran calidad para la agricultura a Europa, el guano proporcionó tales ganancias al Estado peruano que ello le permitió abolir la esclavitud negra, pagando indemnizaciones a los dueños de esclavos.

Hubo además algunos intentos de actividades industriales a mediados de siglo. En Brasil surgieron fundiciones de hierro y construcción de barcos, lo que fue estimulado por leyes proteccionistas. Lo mismo, en un grado mayor, ocurrió en Paraguay, país que vivió una experiencia única en Latinoamérica, por su combinación especial de gobierno dictatorial,

con los López, padre e hijo, y una política industrialista protegida por el Estado. Con la traida de técnicos austriacos y alemanes, Paraguay desarrolló la más importante fundición de hierro de la región, pero esa experiencia decayó totalmente después de la guerra de 1865-1870.

La industria textil, que era una de las pocas que existía desde antes de la Independencia, en especial en países como Ecuador y México, donde el obraje tenía una larga tradición, logró en ciertos lugares enfrentar la competencia de telas y ropas importadas. Tal fue el caso del interior ecuatoriano y de las tierras altas de Guatemala, además de Puebla en México. Toda la producción se destinaba al mercado interno. Estos casos dan a entender que la presencia de productos foráneos no era tan masiva ni de efectos tan devastadores como algunos temían, aunque los centros industriales ubicados en lugares costeros sí resintieron los efectos de la competencia extranjera.

Comercio, finanzas y transportes. El contacto con el exterior

La Independencia había traido como principal modificación el contacto directo con el mercado mundial, lo que antes solo se hacía a través de las metrópolis europeas o del contrabando. Latinoamérica podía ahora exportar directamente sus productos hacia los principales centros consumidores, en particular Inglaterra. Al mismo tiempo se podía importar libremente toda clase de mercancías.

No debe pensarse, sin embargo, que todos los países adoptaron una política comercial abierta. Para muchos, el contacto con el exterior no excluía una cierta dosis de proteccionismo. Esto se explica en parte por la tradición colonial, como también por la protesta de los sectores artesanales, que temían la ruina ante la llegada indiscriminada de mercancías europeas. El libre cambio se fue imponiendo gradualmente en Latinoamérica. Ello se explica por las presiones de los comerciantes locales y los de origen extranjero, sobre todo ingleses, que se establecieron desde comienzos de la Independencia en varias ciudades. Además, hubo poca decisión por parte de los políticos en defender el proteccionismo, y los empresarios no estaban convencidos del provecho que podían encontrar si invertían en la industria; hacerlo en productos de exportación, ya fuesen agrícolas o mineros, era más rentable. La estrechez del mercado interno, por el bajo poder de compra de las poblaciones, era otro factor negativo para un eventual desarrollo industrial.

La demanda externa fue entonces la que dio un nuevo impulso a las actividades productivas, que en varios países se habían visto afectadas por las guerras de independencia[18].

---

18 En su conocida *Historia contemporánea de América Latina,* el historiador argentino Tulio Halperin Donghi hace una distinción importante entre los años anteriores a 1850 y la segunda mitad del siglo. Para él, la economía latinoamericana mostró un escaso dinamismo en el período 1825-1850, lo que se explica en buena medida por los escasos efectos positivos de la relación con el mercado mundial en esos años, durante los
(Continúa en la página siguiente)

Ella no jugó en la misma medida en todas partes. Chile y Argentina fueron los que más aumentaron sus exportaciones, que se multiplicaron por 50 entre 1810 y 1880. Brasil venía en tercer lugar, con un aumento de 10 veces. En cambio los países que en época colonial habían sido los más activos, después de 1825 mostraron un escaso aumento: las exportaciones de Perú aumentaron solo en 5 veces su valor, y las de México, apenas en un 20%.

En este nuevo contacto con el mercado mundial, la relación con el capital exterior se dio en forma un tanto diferente a lo que había existido en la época colonial. Como antes, las operaciones comerciales fueron controladas mayoritariamente por extranjeros, sobre todo ingleses, que reemplazaron a los españoles en esa esfera. En cambio la inversión directa de capitales foráneos, en la esfera productiva, no se efectuó en gran escala. Las actividades agrícolas y ganaderas se realizaron bajo control de empresarios locales. La inversión extranjera se orientó sobre todo hacia ciertas actividades mineras, como el salitre en Chile (después de la Guerra del Pacífico de 1879), y en cierta medida, en la construcción de ferrocarriles.

La influencia económica externa se hizo sentir además en las finanzas. Al comienzo del período, los presupuestos de la mayoría de los Estados estaban en situación precaria, por la dislocación del comercio exterior y por los gastos de guerra. Varios países habían contratado empréstitos en Londres en condiciones onerosas: del millón de libras que Chile consiguió en 1823, los banqueros ingleses solo entregaron poco más de la mitad, aunque Chile debía pagar la totalidad de esa suma, además de los intereses. México contrató dos préstamos, cada uno de 3 millones de libras, en condiciones semejantes. La Federación centroamericana había negociado en 1824 un préstamo por 1 millón de libras, pero de ella solo recibió una porción muy baja (que nunca se ha podido precisar), y debió comprometer los ingresos de la aduana para pagar. Los problemas en la devolución de esos dineros enfriaron durante un tiempo la llegada de nuevos capitales exteriores, ya fuese en calidad de préstamos o inversiones.

La construcción de ferrocarriles fue uno de los factores importantes para la ampliación de los mercados internos y también, desde luego, para las actividades exportadoras. La primera línea férrea en Latinoamérica se construyó en Cuba, en 1837. A partir de los años 1850 el ferrocarril hizo su aparición en otros países, como Perú, Chile, México, Brasil y Argentina. En el caso chileno, el nuevo modo de transporte no surgió en el área de la capital, sino en el norte, entre Caldera y Copiapó: la razón era el transporte del mineral

---

cuales hubo muy poca demanda de bienes latinoamericanos y las inversiones extranjeras fueron de escasa cuantía. Por esa razón, Halperin habla de una "larga espera" para los años hasta 1850, lo que cambiaría más tarde. André Gunder Frank enjuicia ese período en forma totalmente distinta: para él, entre 1820 y 1850 Latinoamérica pudo –tal vez– haber tomado una orientación favorable al desarrollo, porque en esos años los intereses nacionales del interior eran todavía capaces de impulsar el proteccionismo, lo que hubiera permitido iniciar la senda de la industrialización. Ver *Capitalismo y subdesarrollo*..., op.cit., p.277 (edición de 1970, Buenos Aires, Signos).

de plata hacia la costa, lo que da una idea de la importancia de la actividad minera y del comercio de exportación. Empresarios extranjeros jugaron un papel importante en este rubro, como el estadounidense Henry Meiggs, que vivió en Chile y Perú entre 1850 y 1870, y que construyó, entre otras, la línea férrea de Arequipa a Puno, y la de Callao a La Oroya, para el transporte minero. Su sobrino Minor Keith siguió sus pasos en Costa Rica, donde dirigió la construcción de la línea férrea desde San José hacia la costa atlántica; más tarde expandió sus actividades hacia la producción de plátanos.

Una novedad favorable a la economía fue la aparición de los bancos. México y Brasil fueron los países pioneros, en los años 1830, seguidos más tarde por los demás, a mediados de siglo. La experiencia mexicana debe ser destacada porque el primer banco en ese país, el Banco de Avío, fue iniciativa del gobierno (conservador), creado con fondos públicos, y permitió el desarrollo de la industria textil de Puebla. Junto a los bancos particulares que fueron apareciendo, los hubo también por iniciativa foránea, especialmente de Inglaterra: el South American Bank se hizo presente en varios países.

La modernización de los transportes, la aparición de los bancos y el aumento de producción en general reforzaron la orientación capitalista de los centros productivos. Hubo progresos en la tecnología, con una mayor inversión en maquinaria y una cierta ampliación del número de trabajadores pagados en salario, cambio importante respecto a la época colonial. Antes de la Independencia había predominado el trabajador esclavo y aquel que trabajaba en condiciones semiforzosas, como en tiempos de la encomienda colonial. Por ello, varios autores habían hablado de "feudalismo" para esa época, término poco exacto pero que reflejaba el atraso en la organización de la producción[19]. Veremos, sin embargo, que los mecanismos de trabajo semiforzoso no desaparecieron rápidamente.

Sistemas de trabajo

Aunque el capitalismo se manifiesta en la ampliación de las actividades comerciales, la adopción de nuevas tecnologías y de mejores medios de transporte, ello no trajo consigo una renovación inmediata de las relaciones de trabajo. La esclavitud negra, la mantención del trabajo forzoso de los indios en algunos países, coexistieron con la mano de obra libre.

Esta situación contradictoria aparece incluso en las actividades de famosos empresarios de la época. En Perú, Domingo Elías trajo la maquinaria más moderna de Europa, accionada a vapor, para la producción de algodón pero al mismo tiempo utilizaba esclavos negros en sus viñas y campos de algodón, y estaba en contra de la abolición de la esclavitud. Tanto en

---

[19] No resulta muy preciso hablar de feudalismo, entre otras razones porque en la época colonial no hubo nunca una dispersión del poder político. La tentativa de crear capitanías en Brasil, donde la colonización estuvo a cargo, durante un tiempo, de particulares, resultó un fracaso en la gran mayoría de los casos, y la Corona portuguesa debió retomar la iniciativa.

Cuba como Puerto Rico y Brasil los negros esclavos siguieron siendo la mano de obra clave en las plantaciones, y los comerciantes que los traían de África (ilegalmente) hacían grandes ganancias. En Cuba, hasta 1861 los esclavos seguían siendo casi la mitad de los trabajadores del país: su número alcanzaba a 301.000, contra 316.000 trabajadores libres.

La abolición de la esclavitud negra obligó a los empresarios a buscar reemplazantes. En algunos países, como Cuba y Perú, se reemplazó a los negros por trabajadores chinos, traidos desde su país de origen en condiciones de semiesclavitud. Los chinos estaban obligados a trabajar durante nueve años consecutivos para el empleador que los traía, y sólo después de ese período podían buscar libremente un empleo. Los que lograron sobrevivir, y quedarse en Latinoamérica, formaron porcentajes de cierta importancia en algunos puntos: en Lima, en 1876, cuya población era de 100.000 personas, había 5.600 asiáticos. Otros trabajadores forzados fueron ciertos indios, como los yaquis y mayas de México, vendidos como esclavos a Cuba, como castigo por sus rebeliones.

El trabajo libre, desempeñado por artesanos, se nutrió también de las primeras olas de inmigrantes. Al final del período, a medida que la esclavitud declinaba en Brasil, los dueños de cafetales comenzaron a contratar trabajadores italianos. En las primeras industrias creadas después de la Independencia, como cervecerías, o gracias a la construcción de ferrocarriles, emergió un primer embrión de proletariado. La mujer tuvo participación en este proceso: en Argentina, en 1869, al efectuarse el primer censo, se encontró que el 58,8% de las mujeres mayores de 10 años desempeñaban un trabajo remunerado. Muchas de ellas lo hacían en la industria textil, como en Córdoba y Catamarca, donde había 13.600 y 6.900 obreras en ese rubro, respectivamente.

En muchas partes apareció un tipo de trabajador que era teóricamente libre, pero que estaba sometido a su patrón por diversos lazos. Era el caso de los *peones*, palabra que designa en general a los trabajadores rurales del siglo XIX y de parte del siglo XX. El peón era aquel trabajador de una hacienda que si bien era jurídicamente libre, no tenía libertad total, por estar atado al propietario por el mecanismo de las deudas contraidas con el patrón. Su salario, siempre insuficiente, le impedía devolver el dinero que su patrón le había adelantado al contratarlo. Esta práctica estaba prohibida por la ley, pero era fácilmente eludida por los terratenientes.

Este sistema no se impuso en todas partes. Hubo países donde se puede hablar de trabajadores libres de deudas, aunque estaban bajo el control del propietario por otros mecanismos, como la cesión de un pedazo de tierra o el derecho de uso de pastos para sus animales. Tal era el caso de los *inquilino*s en Chile, que percibían estos beneficios como parte importante de su salario. Así, no eran totalmente libres, ya que debían cumplir tareas para las cuales se obligaban a emplear a miembros de su familia y tampoco eran completamente asalariados, ya que tenían poco dinero líquido. En el área del Río de la Plata, tanto en Argentina como en Uruguay, hubo una situación paradojal: a causa de la escasez de mano

de obra, se ofrecía salarios relativamente elevados a los peones, pero estos, acostumbrados a la vida de gaucho errante, solían desertar de las estancias. Los dueños de tierras obtuvieron del gobierno leyes bastante restrictivas, como la de exigir papeles de control para aquellos que anduvieran errando en el campo, que mostraran que la persona tenía un empleo o conchabo. Con ello, la elite buscaba mantener el control social sobre la masa.

2.4. La vida política: El avance hacia un liberalismo oligárquico

Aunque todo el siglo XIX estuvo marcado frecuentemente por la violencia, traducida en revoluciones, golpes de Estado y guerras, tanto civiles como entre los Estados, hubo también una evolución institucional, donde se enfrentaron conservadores y liberales. Esto dio lugar a menudo a una enconada lucha, que se resolvió con la victoria gradual de estos últimos. Este desenlace, que en principio favorecía una institucionalidad más democrática, no se concretó, ya que durante largo tiempo, los beneficios de una legislación que pretendía crear derechos iguales para todos, estarían al alcance de una minoría solamente.

La organización del Estado y las tendencias políticas

Los nuevos países optaron mayoritariamente por el gobierno republicano, que era otro símbolo de ruptura con la dominación colonial. Las experiencias monárquicas fueron escasas y de corta duración, salvo en Brasil. Una de ellas fue la de México, cuyo primer gobierno fue el del imperio de Agustín de Iturbide, un militar que tras haber proclamado la independencia, se había coronado con el título de Agustín I en 1822. Su reino duró menos de un año, ya que en 1823 fue derrocado en favor de la República y posteriormente fusilado. En Haití hubo dos gobiernos monárquicos, el de Henri Christophe, que se proclamó rey entre 1811 y 1820, y más tarde el de Faustin Soulouque, quien gobernó como emperador entre 1849 y 1855. Ambas monarquías terminaron mal, ya que el primero se suicidó y el segundo fue derrocado, aunque tuvo tiempo para nombrar a seis príncipes y a cincuenta y nueve nobles, entre ellos duques, barones y marqueses.

Brasil fue el único de los nuevos países que mantuvo un régimen monárquico en forma estable. Esto se comprende fácilmente si se recuerda que la independencia había sido proclamada por el príncipe Pedro, el hijo del rey de Portugal, que se transformó en el primer monarca con el título de Pedro I. Brasil mantendría la monarquía imperial[20] hasta 1889, año en que se transformó en República.

---

[20] El nombre oficial fue "Imperio de Brasil" y no el de "reino". La razón es que en el momento de la Independencia, existía la idea que Brasil seguiría siendo el centro del imperio portugués (lo que había comenzado en 1808, cuando el rey de Portugal se trasladó con la corte a Río de Janeiro, debido a la invasión francesa). Esto se mantuvo pese a que en 1826 Pedro I renunció a la corona portuguesa. Otra razón para esa denominación fue que la óptica imperial permitía tener un mejor control sobre las diversas regiones del Brasil.

En cuanto al régimen de gobierno, los nuevos países oscilaron entre la fórmula de gobierno federal o unitario. Esta última había sido la opción de Bolívar, quien además era partidario de un gobierno central con fuertes poderes, como única solución ante lo que él veía como un desorden político. Pero los partidarios del federalismo defendían este sistema como un mecanismo que aseguraba un mayor respeto a los poderes locales y provinciales.

El peso del Estado en las sociedades era bastante menos grande que en nuestra época. El presupuesto de los gobiernos era muy bajo, ya que no existía un sistema de impuestos a la renta. El grueso de los ingresos provenía de los impuestos al comercio exterior. Había muy pocos ministerios, que normalmente se reducían a cuatro: Interior, Justicia, Hacienda, Guerra y Marina.

Tanto en las repúblicas como en las monarquías, con régimen unitario o federal, la vida política se orientó durante la mayor parte del siglo XIX a través de dos grandes corrientes: la conservadora y la liberal. La primera se caracterizaba por apoyar el régimen unitario de gobierno, buscando mantener en la forma más marcada posible la influencia de la Iglesia católica. Además, los conservadores manifestaban desconfianza hacia la inmigración extranjera y preferían una política proteccionista en materia económica. Los liberales criticaban la influencia de la Iglesia, a la cual acusaban de ser responsable del atraso social y cultural de los distintos países. Veían la inmigración europea como mecanismo de desarrollo, favorecían la abolición de la esclavitud y preferían el libre cambio en política económica exterior. En política interna, eran más bien favorables al sistema federal, y a una ampliación del derecho a sufragio. Fue esta la tendencia que se impuso en la mayoría de los países, con mayor o menor rapidez.

No es fácil identificar en forma precisa las clases sociales que apoyaban a cada una de estas dos corrientes. En general los conservadores representaban el punto de vista de los propietarios de tierras, mientras que los liberales contaban con el apoyo de los comerciantes y de profesionales. Algunos de sus partidarios estaban influenciados por los sucesos revolucionarios de Francia, no solo los de 1789 sino los de 1830 y de 1848[21], lo que los llevaba a tener contactos con grupos de sectores sociales más bajos. Pero había muchas excepciones. Diego Portales, el ministro que encabezó a los conservadores chilenos en los años 1830, se había dedicado desde muy joven al comercio, actividad que lo había llevado a Lima en sus comienzos; más tarde estuvo a cargo del estanco o monopolio del tabaco en Chile. Lucas Alamán, el más destacado líder conservador en México entre 1820 y 1850, había estudiado mineralogía y se había dedicado a los negocios, organizando una de las más importantes industrias textiles en su país y asociándose con capitales ingleses para

21 En esas dos últimas ocasiones hubo movimientos revolucionarios que derribaron a dos gobiernos monárquicos, el primero el del último rey Borbón, Carlos X, y el segundo el de Luis Felipe de Orleans. Los sucesos de 1848 trajeron de nuevo la República en Francia; además, fueron parte de una serie de movimientos revolucionarios en Europa, donde se mezclaban las ideas liberales con las de un naciente movimiento socialista.

actividades mineras. No era raro además que ciertos líderes cambiaran de orientación política en función de las circunstancias: de este modo, la fidelidad a los principios no era clara. La falta de organización estable de los partidos y la tendencia a apoyar a los caudillos explican esta situación.

La Iglesia católica jugaba un papel político de primer plano. En la gran mayoría de los países, incluso en aquellos dirigidos por liberales, la ley declaraba que el catolicismo era la religión oficial del Estado y que era la única que podía ser practicada en forma pública. La Constitución argentina de 1853 especificaba que el jefe del Estado debía ser necesariamente de religión católica. Esto implicaba que el Estado consideraba como delito el no respeto de los preceptos fundamentales de la Iglesia, como se demostró en la historia de Camila O'Gorman, la joven que se enamoró del sacerdote jesuíta Ladislao Gutiérrez, en el Buenos Aires de 1842. El romance tuvo un final trágico, ya que el gobierno de Rosas hizo perseguir, capturar y fusilar a la pareja, por no haber respetado el sagrado juramento del sacerdocio.

Estos privilegios eran acordados a la Iglesia a cambio de un cierto control de parte de los gobiernos, que exigieron ejercer el derecho de patronato que había existido en la época colonial, a lo cual el Papa se resistía. La cuestión fue arreglada a través de acuerdos especiales, los concordatos, que Roma firmó con cada país. Gracias a ellos, los gobiernos mantuvieron un cierto control sobre el nombramiento de los obispos, como antes de la independencia. El predominio de la Iglesia católica en la vida pública empezó a disminuir a fines del período. Así, en Chile, entre 1880 y 1890, la Iglesia perdió el monopolio que tenía antes en materias como el registro civil, los matrimonios y los cementerios, funciones que fueron asumidas por el Estado. En Argentina, una ley de 1884 había establecido que no se podía dar enseñanza religiosa en escuelas públicas en horario regular. En cambio, en Colombia, la presencia de la Iglesia se reforzó. Este país firmó un concordato con el Papa en 1887, en el cual el gobierno reconocía que el catolicismo era un elemento esencial del orden social y confería a la Iglesia varios privilegios, entre ellos la obligatoriedad de la enseñanza inspirada por esa religión en todos los colegios y universidades; además, el matrimonio religioso tenía efectos legales para todas las cuestiones de propiedad.

El ejercicio del poder: oligarquías y caudillos. Los factores de la inestabilidad

Aunque la ley declaraba que todos los habitantes del país eran iguales, y se estipulaba que la soberanía residía en el pueblo, en la vida cotidiana estos ideales no se llevaron a cabo. Desde luego, al hablar de ciudadanos o habitantes nunca se pensó en dar esos derechos a las mujeres. Tampoco se incluía a los negros esclavos, que solo lentamente fueron liberados. Los indígenas fueron incorporados parcialmente a la masa ciudadana, ya que solo aquellos que estaban en contacto con los blancos fueron considerados: los que seguían llevando una vida nómade y evidentemente los que continuaban viviendo en forma independiente, como los araucanos en el sur de Chile, no formaban parte de la ciudadanía.

En la práctica, los derechos cívicos fueron ejercidos en forma muy restringida, lo que era además la norma en el resto del mundo, ya fuese en Inglaterra, Francia o Estados Unidos. Aunque a comienzos del período hubo experiencias de sufragio universal masculino, como en México y Colombia, pronto este derecho fue reservado a aquellos que tenían una riqueza o un ingreso mínimo, cuyo monto aumentaba para aquellos que optaban a un cargo: era el sistema llamado de sufragio censitario. Esto era considerado como una medida de control sobre las masas amenazadoras, que según los miembros de la elite blanca y propietaria no sabían qué hacer con sus derechos. Durante el proceso de Independencia, Bolívar había expresado también su temor a la democracia, diciendo que ante la falta de educación política de las poblaciones, "todo régimen que se apoye en el pueblo provocará, según temo, nuestra ruina"[22].

Este enfoque también se hizo sentir en los territorios colonizados por Inglaterra, pese a que en ellos existía una antigua tradición de instituciones representativas. En las Antillas británicas, pese a su condición de colonias, en el siglo XVII, cuando se había creado un sistema administrativo en el cual, junto al gobernador nombrado por Londres, había Asambleas que poseían ciertos derechos, como el cobro de impuestos, y que eran integradas por personas elegidas. Estas constituían sin embargo un grupo muy minoritario: en Jamaica, en 1865, la Asamblea tenía 49 miembros, todos blancos, elegidos por 1.457 votantes, porcentaje ínfimo respecto al total de la población, que era de 400.000 personas. Las asambleas se autodisolvieron en esa época, ante el temor de que las personas de color pudieran votar, y el control quedó totalmente en manos del gobernador.

A partir de mediados del siglo XIX, gracias al triunfo progresivo de la tendencia liberal, el número de personas con derecho a voto fue aumentando. Sin embargo, la participación electoral se mantuvo bastante baja durante todo el período, como se observa en el cuadro 5 siguiente:

[22] En el mundo anglosajón, pese a ser la cuna de muchas ideas liberales, tampoco había un gran apego a la democracia, y las autoridades preferían decidir el destino del país sin consultar a la nación. En Canadá, cuando se formó la Confederación (que al mismo tiempo significaba la independencia) en 1867, los máximos dirigentes del nuevo Estado, como John A.McDonald, se negaron a llamar a un plebiscito para aprobar la unión de las cuatro ex colonias británicas que dieron nacimiento al nuevo país. La decisión fue sometida solamente a la votación de las asambleas legislativas de cada colonia, cuyos miembros no habían sido elegidos por voto universal.

Cuadro 5
Participación electoral y estabilidad de los gobiernos, países seleccionados, 1825-1889*

País	Participación** Mínima	Máxima	N.de gobs.	Duración media en años	Derrocados (n.)
Argentina#	1,0	2,0	17	3,76	2
Bolivia	x	x	22	2,95	10
Chile	2,0	4,9	15	4,66	3
Colombia	x	8,5	39	1,79	5
Costa Rica	x	0,2	28	2,32	8
Ecuador	x	5,0	19	3,68	9
Honduras	7,2	10,2	40	1,75	7
México	x	0,1	48	1,37	16
Perú	0,1	23,8***	33	2,06	18
Uruguay	2,5	5,3	20	3,00	9
Venezuela	x	13,0***	23	2,56	7

*Este cuadro difiere un tanto de los que abordan el mismo tema en los capítulos siguientes, ya que no se incluyeron aquí los gobiernos elegidos. La definición de este tipo de gobierno para esta época es demasiado complicada, en vista de la volatilidad de las elecciones, por lo cual se reemplazó esa columna por otra información, la de su duración media.
**Cifras en porcentaje de los votantes en relación al total de la población (y no de los electores inscritos o de la población que potencialmente podía serlo). El cálculo de la abstención aparece en el cuadro del cap.5 solamente.
Para el período hasta 1852 se consideró el gobierno de Buenos Aires para el cálculo nacional.
x: porcentaje de participación fue inferior al 0,1%
*** indica que en ese año la elección presidencial fue hecha a través de elección directa.

FUENTE: para elecciones, *Statistical Abstract on Latin America*, vol.25 (1987). Para los gobiernos, diversas historias nacionales y sitios web.

Para el conjunto latinoamericano, entre 1850 y 1900, el promedio de participación electoral fue de solo 2,3%[23]. Eso se explica no solo por las restricciones a la inscripción, sino

---

[23] En la misma época, en Estados Unidos la cifra fue de 16,0%, que si bien es más alta que la de Latinoamérica, también significa que la gran mayoría de la población de ese país estaba excluida de las decisiones. Estados Unidos fue el único país donde hubo sufragio universal desde temprano, ya que ese derecho fue adoptado entre 1830 y 1840 por los diversos estados, pero hasta 1870 era solamente para los blancos. Francia adoptó el voto universal luego de la revolución de 1848. Evidentemente, este derecho era solo para los hombres. En el resto de los países, primaba el sufragio censitario. En el caso de Inglaterra, no hubo sufragio universal durante todo el siglo XIX. La reforma de 1885, que amplió bastante el sistema, al hacer disminuir el ingreso mínimo exigido para votar, excluía a los indigentes, a los hijos que vivían con sus padres y a los domésticos, lo que representaba alrededor del 20% del total de los electores potenciales.

porque en la mayoría de las ocasiones las elecciones se hacían por un sistema indirecto, a través del cual los votantes elegían electores, los que a su vez decidían quién era elegido. Este sistema desalentaba a los electores, lo cual puede explicar, en parte, por qué la participación electoral en Chile, el país más estable políticamente de toda la región, se mantuvo bastante baja, registrando incluso un descenso a fines del período. En cambio cuando en ciertas ocasiones la elección era directa (lo que nunca fue el caso en Chile de ese período), el número de votantes aumentaba, lo cual se aprecia claramente en el caso de Perú en el segundo lapso de tiempo (1858), cuando el porcentaje de participación fue altísimo, superior al de muchas elecciones en el siglo XX; pero al poco tiempo, al volverse al sistema indirecto, la participación bajó bruscamente. De todos modos, la participación electoral no era siempre sinónimo de proceso democrático: las intervenciones del gobierno y el fraude generalizado lo impedía. Luis Orrego Luco dejó una descripción sobre las costumbres electorales en el último tercio del siglo XIX en Chile:

> En aquellos tiempos las elecciones eran pintorescas. Se usaba el sistema de calificaciones, según las cuales se daba un certificado individual a cada ciudadano inscrito en los registros electorales, después de haber acreditado las condiciones de saber leer y escribir exigidas por la ley electoral. Naturalmente, no se inscribía sino a los amigos, poniendo todo género de tropiezos a los contrarios al Gobierno. Los conservadores eran dueños de "mesas brujas", donde inscribían hasta los animales del fundo mediante el voto acumulativo, o sea el derecho de aplicar todos los votos de la lista a una sola persona, y así obtenían una multitud de diputados. En las votaciones hubo urnas que funcionaban en coches que huían al acercarse los contrarios. Los intendentes y gobernadores guardaban cuidadosamente en cajas de fierro las calificaciones que solían caer en sus manos por prisión, por ebriedad de sus titulares, quienes en cuanto llegaban a la cárcel eran despojados de ellas. El sufragio era una simple figura de retórica o parodia inofensiva del régimen democrático[24].

En México se empleaba otro sistema para el fraude: ejercer presión sobre el votante en el momento en que este iba a votar. Esto era posible porque el sistema de votación no era secreto, al ejercerse en reuniones colectivas donde cada uno expresaba su voto delante de todos los asistentes. Esto favorecía, evidentemente, a las personas más poderosas de cada localidad.

El resultado de esta situación fue que durante todo el siglo XIX se puede hablar con propiedad de una vida política de tipo oligárquica, donde un número reducido de personas, generalmente unidas entre sí por lazos de familia, concentraban el poder. No es de extrañarse que en las listas de presidentes de la república, ministros y parlamentarios, altos prelados de la Iglesia, así como de generales y altos oficiales de ejército, ciertos apellidos se repitan de una generación a otra. Esta situación estaba relacionada con el poder económico: casi siempre, esas familias eran las que poseían grandes propiedades agrícolas o ganaderas o

---

24 Orrego Luco, Luis: *Memorias del tiempo viejo*. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1984, p.114-115. Obra póstuma (el autor había fallecido en 1948).

que eran grandes comerciantes. Además, estas familias se unían a menudo entre ellas a través de matrimonios. Los ejemplos abundan: en Chile, el sucesor del presidente José Joaquín Prieto, que gobernó entre 1831 y 1841 fue su sobrino, el general Manuel Bulnes. Más adelante hubo tres presidentes de la República de la familia Errázuriz: Federico Errázuriz Zañartu (de 1871 a 1876), su hijo Federico Errázuriz Echaurren (de 1896 a 1901) y el primo de este, Germán Riesco Errázuriz (1901-1906). De esta misma familia salieron además varios senadores, diputados, un obispo y empresarios. El empleo sistemático de un sistema de elecciones basado en la participación de minorías permitía que ciertos políticos pudiesen hacerse elegir estando ausentes del país. Tal fue el caso de Domingo Faustino Sarmiento, elegido presidente en Argentina en 1868, cuando aún no había vuelto de un viaje a Estados Unidos.

No siempre hubo un control total de la oligarquía. Un hecho que contribuyó a complicar la vida política fue que en varias ocasiones el poder estuvo en manos de individuos, que no pertenecían ni al bando conservador ni al liberal, y que podían ser de origen social muy distinto al de las familias oligárquicas: eran los caudillos, que dieron lugar a un estilo de vida política que caracteriza, hasta incluso el siglo XX, a muchos países latinoamericanos. Sus rasgos principales eran el empleo habitual de la fuerza y de la violencia, ya fuese para alcanzar el poder o para mantenerse en él; el culto a la personalidad del jefe y la creación de grupos de apoyo que mantenían lazos de fidelidad personal con el líder.

El surgimiento de los *caudillos* fue una de las consecuencias directas de las guerras de la Independencia. El contexto de violencia que había predominado desde 1810 en la mayoría de los países había facilitado la aparición de jefes militares que inevitablemente se habían transformado en políticos: así, Francisco de Paula Santander, que había luchado por la independencia de Colombia junto a Bolívar, se transformó en el primer presidente de ese país después de la disolución de la Gran Colombia; otro tanto había ocurrido con José Antonio Páez, el primer presidente de Venezuela, y muchos más.

Los caudillos podían ser personas de orígenes sociales variados. Algunos provenían de familias adineradas, como Rosas en Buenos Aires, que había hecho fortuna con la ganadería, antes de lanzarse en política; otros habían recibido una educación superior, como Francia, en Paraguay, que había obtenido un doctorado en Teología en la Universidad de Córdoba, antes de la Independencia. En cambio varios otros eran personas de extracción social baja, a lo cual se añadía generalmente una condición étnica de color. Para ellos, el acceso al poder era una promoción social a la vez que política. Rafael Carrera, caudillo guatemalteco, que dominó el gobierno en su país entre 1838 y 1865 ilustra esta situación: era mestizo, mezcla de español, negro e indio; al llegar por primera vez al poder era analfabeto. El venezolano Páez había trabajado como peón en un rancho antes de participar en la guerra de independencia y hacerse célebre. Con raras excepciones, todos estos hombres compartieron el afán de enriquecerse personalmente y el de practicar un estilo basado en el culto de la personalidad.

Santa Anna, caudillo mexicano, que tomó el poder en siete ocasiones, es un buen ejemplo de ambas cosas: en el apogeo de su poder, poseía tierras por más de un millón de hectáreas y 40.000 cabezas de ganado. Durante uno de sus gobiernos, mandó construir una urna para exhibir su pierna amputada, que había perdido durante una batalla, y a la cual sus fieles debían rendir homenaje.

En general, fueron raras las ocasiones en que los caudillos atacaron de frente a la oligarquía. Un caso excepcional fue el de José Gaspar Rodriguez de Francia en Paraguay, quien despojó de sus tierras a la mayor parte de las familias ricas del país, como también a la Iglesia, para luego venderlas por una suma simbólica a campesinos pobres. En casi todas partes el control social, económico y político siguió en manos de grupos reducidos, oligarquías que a veces se veían obligadas a compartir el poder con un caudillo. El otro rasgo dominante de la vida política, que resalta en el cuadro 3, es la turbulencia que caracterizó a casi todos los Estados. Hubo un elevado número de jefes de gobierno, cuya duración en el poder era breve, debido a las frecuentes revoluciones y golpes de Estado. En México, hasta mediados del siglo XIX solo dos de sus presidentes terminaron sus mandatos, y dos jefes de Estado murieron fusilados: Iturbide en 1824 (cuando quiso volver del exilio) y Vicente Guerrero, en 1831. La misma suerte corrió el hondureño Francisco Morazán, en 1842, cuando trató de mantener en vida la Federación centroamericana. En Costa Rica, el ex presidente José Rafael Mora fue fusilado al tratar de retomar el poder, en 1860, y los golpes de Estado fueron algo corriente hasta la década de 1880. También lo fueron los asesinatos, como los de Pedro Blanco, Mariano Melgarejo y Agustín Morales, jefes de Estado bolivianos que perecieron de manera criminal, el primero estando en el poder y los otros dos, poco después de haber sido derrocados. Antes de ellos, otros habían sido víctimas de atentados, como Bolívar, quien escapó por poco a la muerte en 1827, en Bogotá. El presidente-dictador paraguayo Francisco Solano López murió en el campo de batalla, en el último combate de la guerra de 1865-1870 contra sus vecinos. Incluso en Chile, país donde la inestabilidad política fue bastante menor que en el resto de los países, Diego Portales, el jefe de los conservadores, fue asesinado por un motín militar en 1837. Otros líderes murieron en el exilio, como el chileno O'Higgins, fallecido en Lima, sin haber regresado jamás a su país, o como Rosas, que después de ser derrocado en 1852, terminó su vida en Londres.

A los golpes y rebeliones dirigidas a derrocar al gobierno se deben sumar las guerras civiles, que no siempre tuvieron como resultado la caída del que estaba en el poder. Esto debe ser considerado también en el análisis del cuadro, ya que si un país como Chile ostenta una situación mucho más estable que otros, no es menos cierto que hubo en ese país tres guerras civiles. Otro tanto ocurrió en Brasil, donde, aunque no hubo gobiernos derrocados, en las dos primeras décadas de vida independiente, las rebeliones de provincias fueron frecuentes y a menudo sangrientas.

Las razones de la inestabilidad eran variadas, y a menudo operaban al mismo tiempo. Al personalismo evocado anteriormente se deben añadir las aspiraciones a la autonomía de las regiones. Los factores internacionales, ya fuesen originados por agresiones de Estados Unidos, de potencias europeas o por países vecinos, como también los económicos, jugaron un papel importante. En varios países, el conflicto entre los partidarios y defensores de la Iglesia católica constituyó fuente de sangrientos conflictos. El factor social no fue el más importante, ya que en general, los conflictos no expresaban luchas de clases, sino que oponían a sectores de un mismo sector social, fracciones de la elite blanca-mestiza. Las diferencias étnicas contribuían a la inestabilidad, ya que los indígenas podían lanzar rebeliones por propia iniciativa o bien se aliaban a uno u otro bando en las guerras civiles, para conseguir ventajas inmediatas. Por encima de todo, faltaba el sentimiento de unidad nacional y una mayor fortaleza institucional.

Análisis de casos nacionales

Tratar de identificar tendencias claras en el estudio de la vida política latinoamericana en los decenios posteriores a la Independencia no es tarea fácil. El escaso desarrollo de los partidos y el predominio frecuente de las acciones individuales de los dirigentes, animados a menudo por ambiciones personales, complica en extremo el análisis. Sin embargo, se puede intentar un enfoque basado en la dicotomía principal de la época, la oposición entre conservadores y liberales. De alguna manera, la mayoría de los caudillos y políticos en general terminaron por caer en una u otra de estas dos tendencias. Fueron los defensores del liberalismo los que se impusieron gradualmente. En ciertos países, el combate se dio contra la influencia de la Iglesia católica, lo que con frecuencia, aunque no siempre, coincidió con la búsqueda de un sistema federal. En otros, en cambio, el principal problema fue cómo incorporar a la población indígena al nuevo credo político.

a) La lucha contra la Iglesia y por el federalismo: México, Colombia, Venezuela

En estos tres países –sobre todo en el primero– la lucha contra la influencia de los conservadores y de la Iglesia católica adquirió matices violentos y acarreó cambios importantes. En México, tras un período caótico, dominado por las intervenciones golpistas de Santa Anna, se fue imponiendo una tendencia liberal, bajo la dirección de Benito Juárez[25]. Los liberales hicieron aprobar la Constitución de 1857 y otras leyes que limitaban estrechamente la influencia del clero, en el proceso conocido como la Reforma. Entre sus principales disposiciones, la Constitución abolía el fuero o inmunidad que los miembros del

---

[25] Juárez (1806-1872) es un personaje que no tiene equivalente en la historia política mexicana y latinoamericana, ya que era de origen indígena, de la etnia zapoteca, y además, huérfano. Luego de aprender a hablar español a los trece años, fue adoptado por una familia de la ciudad de Oaxaca, que lo protegió. Pudo estudiar leyes, lo que le abrió la posibilidad de hacer más tarde una carrera política. Pese a su origen étnico, cuando fue presidente reprimió las rebeliones indígenas en distintas regiones del país.

clero (y los militares) tenían a nivel judicial; de allí en adelante, los miembros de la Iglesia y del ejército serían juzgados por sus instituciones solamente en casos de jurisdicción interna, pero deberían enfrentar la justicia civil si cometían algún delito. Más importante aún fue la cláusula que declaraba ilegal la propiedad corporativa de la tierra, lo que obligaba a la Iglesia a desprenderse de sus propiedades. La idea de esta cláusula era la de favorecer la propiedad individual, con la creación de nuevos propietarios, que se adjudicarían las tierras llamadas a remate, lo que se consideraba un mecanismo de progreso. De este modo, puede estimarse que la reforma liberal incluía un proyecto de desarrollo capitalista.

Los liberales confirmaron, aunque con modificaciones, el sistema federal ya adoptado en 1824. En esa oportunidad se había estipulado que el país estaba integrado por 19 Estados soberanos, con importantes atribuciones para cada Estado. En 1857 esto fue cambiado en favor del gobierno central, al cual se le concedieron más poderes. Se adoptó nuevamente el sufragio universal para los varones, que había existido entre 1824 y 1836, con lo que todos los habitantes de sexo masculino y mayores de edad habían podido votar, incluso los indios, lo que no se daba en ningún otro país de América ni del mundo. Esta situación excepcional había sido anulada por los conservadores, cada vez más aterrados ante la idea de que las masas pudiesen votar e influir directamente en el poder. Pero la reintroducción del sufragio universal constituyó un progreso más bien formal, ya que la elección de los parlamentarios al Congreso federal era indirecta, y la participación electoral fue escasa.

Las reformas liberales suscitaron una violenta reacción de sus adversarios conservadores. La Iglesia declaró que serían excomulgados todos los que juraran fidelidad a la nueva Constitución, lo que implicaba a todos los empleados públicos y a los parlamentarios. En diciembre de 1857 estalló una rebelión dirigida por los militares conservadores, lo que obligó al gobierno liberal a huir de Ciudad de México. Durante tres años, el país estuvo en guerra civil, con dos presidentes: el conservador Miramón y el liberal Juárez. A comienzos de 1861, la lucha pareció terminar con el triunfo de este último, pero al año siguiente México volvió a encontrarse en guerra debido a la intervención armada de Francia (mencionada en la sección sobre relaciones internacionales) que bajo el pretexto de cobrar deudas impagas, impuso en 1864 el gobierno del príncipe austríaco Maximiliano. Era la continuación de la guerra civil, ya que los franceses fueron apoyados por los conservadores mexicanos, que veían en Maximiliano un defensor contra los liberales. Sin embargo, el monarca confirmó las leyes reformistas, lo que le restó apoyo entre los conservadores. Napoleón III retiró sus tropas de México en 1866, temiendo una guerra con Prusia. Esto facilitó la victoria del ejército de Juárez, quien terminó por vencer a las fuerzas mexicanas que apoyaban a Maximiliano. Este y sus aliados fueron fusilados en junio de 1867. Así terminó la agitada época de la reforma liberal mexicana.

En Colombia y Venezuela, los hechos se dieron en forma menos dramática pero provocaron también cambios importantes. En ambos países, entre los años 1850 y 1860, tras

un período de guerra civil, ganada por los liberales, se impusieron nuevas constituciones. La de Colombia, en 1853, incluía el sufragio universal masculino (incluso durante un brevísimo período se dio ese derecho a las mujeres en una de las provincias, pero esto fue pronto anulado) y el sistema federal de gobierno, lo mismo que en la Constitución de 1864 en Venezuela. En ambos casos se dieron grandes poderes a cada Estado, lo que en Colombia incluso les permitía tener sus propias fuerzas armadas y su propio sistema de correos y sellos postales. En lo social, en los dos países se abolió la esclavitud y se lanzaron fuertes ataques contra la Iglesia católica. Esto incluyó, en Venezuela, el matrimonio civil, la pérdida de la mayor parte de las propiedades inmobiliarias de la Iglesia; en Colombia, la abolición del diezmo y la nueva expulsión de los jesuitas[26]. Se creó además el matrimonio civil e incluso el divorcio, pero esto último tuvo una vida efímera. En 1861 se fue más lejos: todos los conventos y monasterios fueron suprimidos y se expropió toda la tierra perteneciente a la Iglesia, siendo puesta en venta pública.

En Venezuela, la era liberal fue dominada en gran parte por un gobierno que se transformó en dictadura (entre 1870 y 1881), el de Antonio Guzmán Blanco. Si bien realizó considerables inversiones en educación y en obras públicas, su gobierno inauguró una tradición de experiencias autoritarias que dominarían en los años sucesivos la historia política de ese país. En ese sentido, la experiencia venezolana anunciaba lo que sería el México de Porfirio Díaz, un militar que había apoyado a Juárez y el cual, elegido presidente en 1876, derivó gradualmente hacia una dictadura.

b) Argentina: el conflicto entre la capital y las provincias

En Argentina, la Iglesia no poseía grandes riquezas, lo que hizo que los conflictos originados por el factor religioso no fueran de gran importancia; las órdenes religiosas, por ejemplo, no fueron atacadas. Por otro lado, el conflicto principal en este país no se dio exactamente entre liberales y conservadores, sino entre federalistas y unitarios. La relación entre las provincias y la capital fue extremadamente conflictiva. Entre 1827 y 1852 existió una "Confederación del Río de la Plata", que era una alianza muy frágil entre las diversas provincias, cada una soberana, con su propio ejército y sistema de moneda, que entregaba a Buenos Aires el poder para actuar a nombre de las demás provincias en política exterior. Juan Manuel de Rosas, el caudillo-gobernador de Buenos Aires (de 1829 a 1833 y luego desde 1835 hasta 1852), pese a la influencia que ejercía en el resto de la región, nunca tuvo el título de jefe de Estado para todos los territorios del país; era el "gobernador de Buenos Aires". Solo después de su caída, en 1852, y con muchas dificultades, se llegaría a una verdadera unión federal, cuyas bases comenzaron con la Constitución de 1853. Pero Buenos Aires no se conformó fácilmente con la obligación de compartir las ganancias que

---

26 Los jesuitas habían sido expulsados de toda Latinoamérica, así como de España y Portugal, a mediados del siglo XVIII, pero después de la Independencia habían sido admitidos de nuevo.

le daba el control del puerto con el resto del país, lo que llevó a dos nuevas (aunque cortas) guerras civiles, en 1859 y 1861.

Una vez establecida la paz, Argentina eligió sus primeros presidentes, Bartolomé Mitre y luego Domingo Faustino Sarmiento. El país entró en una era de estabilidad política, adoptando una política de desarrollo inspirada por la experiencia de Estados Unidos, que incluía medidas en favor de la inmigración, de la educación pública y de la construcción de ferrocarriles. La victoria alcanzada en la guerra contra Paraguay, junto a Brasil y a Uruguay, entre 1865 y 1870, reforzó el poder central, que aplastó además a los grupos armados de las provincias del interior, las montoneras.

c) Guatemala, Ecuador, Bolivia y Perú: el liberalismo ante los indígenas

Aunque el primero de estos países está separado de los otros tres por la geografía, todos ellos tenían en común el predominio de los indígenas en sus poblaciones, los que en Bolivia representaban casi el 80% del total, en 1825. Los liberales debían enfrentar el problema de convertir esa población, organizada en torno a la propiedad colectiva de la tierra, a las ideas basadas en la propiedad individual y en la aceptación del trabajo asalariado. La acción de la iglesia católica se hizo sentir en forma distinta en ambos países.

En Bolivia, la Iglesia había perdido la mayor parte de sus tierras desde la fundación de la República, y había dejado de ser un problema crucial. En cambio, la cuestión indígena dominó la política del país. Aunque la contribución indígena había sido abolida por Sucre, ella fue reintroducida antes de 1830, y hasta 1882, año de su abolición definitiva, representó un porcentaje importante de los ingresos del gobierno: en 1832, los indios pagaron por ese concepto 695.000 pesos bolivianos, lo que equivalía al 45% del presupuesto de la nación; en 1879 las cifras eran de 688.000 y de 24,7%. A fines de siglo ese impuesto desapareció, ya que los indios fueron perdiendo control de sus tierras y no tenían cómo pagar.

Este último proceso fue obra de los diversos gobiernos, que trataban de convertir a los indios en propietarios individuales, sacando a remate las tierras comunitarias que no tenían títulos claros. Ello ocurrió sobre todo bajo el gobierno de Mariano Melgarejo (de 1864 a 1871). Estas medidas provocaron varias rebeliones armadas de parte de los indios, durante el resto del siglo. El desorden político que caracteriza la historia boliviana, particularmente en este período, impidió una orientación clara de las fuerzas políticas, que en la mayor parte de los casos estaban dominadas por caudillos, casi todos ellos militares; los once primeros jefes de Estado fueron generales o coroneles. Las dos guerras perdidas contra Chile, en 1837 y 1879, contribuyeron a esta situación confusa, la cual se ahondó por el escaso desarrollo económico del país, la falta de transportes adecuados y la pérdida del litoral marítimo.

Perú exhibió rasgos semejantes, aunque con ciertas diferencias. Como en Bolivia, la cuestión de la iglesia no jugó un papel importante; esta última solo sufrió la pérdida del diezmo y del fuero. En cambio, el tributo indígena era un tema relevante. A diferencia de Bolivia, el país contó con una mejor situación económica, gracias a las exportaciones de guano a

mediados del siglo. Gracias a ello, el gobierno del general Ramón Castilla abolió el tributo, haciendo lo propio con la esclavitud negra, luego de compensar a los propietarios de esclavos con los beneficios de las exportaciones. Como en Bolivia, los partidos políticos tardaron en adquirir una vida propia. Recién en 1871 surgió una formación bien organizada, el partido "civilista", cuyo solo nombre explica el deseo de sus fundadores de sacar del poder a los caudillos militares, que hasta entonces habían dominado el personal político del país.

Una variable en esta tendencia fue Ecuador. En este país, de fuerte población indígena, la cuestión del tributo se resolvió, como en Perú, en los años 1850, al mismo tiempo que se abolía la esclavitud. En cambio, la cuestión de la Iglesia siguió siendo muy importante. La tendencia liberal que había hecho posible los avances sociales mencionados, había motivado además la expulsión de los jesuitas. Sin embargo, entre 1860 y 1875 el país volvió al conservantismo con la dictadura de Gabriel García Moreno, el cual trajo de regreso a los jesuitas, hizo venir sacerdotes franceses para dirigir la educación e impuso en la Constitución de 1869 una clásula según la cual la condición de católico era indispensable para tener derechos cívicos. Esto fue justificado por García Moreno por la necesidad de crear un sentimiento unitario para el conjunto de la población, aduciendo que la unidad de creencia era "el único vínculo que nos queda en un país tan dividido por los intereses y pasiones de partidos, de localidades y de razas". Después de su asesinato, en 1875, Ecuador volvió lentamente hacia la senda liberal.

En Guatemala, hubo al comienzo conquistas liberales, gracias a la acción de Mariano Gálvez, quien expulsó al arzobispo y abolió las órdenes religiosas entre 1829 y 1830. Pero más adelante, el poder quedó en manos del caudillo conservador Rafael Carrera, quien gobernó el país entre 1840 y 1865. Carrera devolvió a la Iglesia sus privilegios, que incluían el monopolio de la educación, y el arzobispo regresó del exilio. Su gobierno fue una dictadura, pero recibió un entusiasta apoyo de parte de los indígenas, ya que Carrera los benefició al garantizarles sus propiedades comunitarias y al negarse a restablecer el tributo. Solo después de su muerte hubo una resurgencia del liberalismo, con el triunfo de Justo Rufino Barrios. En el poder entre 1871 y 1885, se lanzó a atacar a la Iglesia y a implantar reformas favorables al capitalismo. Esto lo llevó a tomar medidas que afectaron directamente a los indígenas, como el mandamiento y leyes contra la vagancia, a fin de forzar a los indios a trabajar en las plantaciones de café.

d) Centroamérica: el liberalismo tardío

A causa de la influencia de los sucesos de Guatemala, que era el principal país de la región, el liberalismo tardó en imponerse en Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. En estos países predominaron gobiernos apoyados por el gobierno conservador de Rafael Carrera. A esto se sumaron los resultados de la aventura de William Walker en Nicaragua (ver el comienzo de este capítulo), lo que suscitó una corriente opuesta al liberalismo, ya que eran estos últimos los que habían favorecido su intervención. En Nicaragua, los

conservadores permanecieron en el poder hasta 1893. En los otros países, solo alrededor de 1870 comenzaron a imponerse políticos de ideas liberales. En Costa Rica, que comenzó a disfrutar de una mejor situación económica gracias a sus exportaciones de café, hubo desde temprano leyes favorables a la libertad de prensa. Tomás Guardia, pese a gobernar como dictador entre 1870 y 1882, favoreció una evolución hacia una futura liberalización de la vida política y social, aboliendo la pena de muerte, dando un gran impulso a la educación pública y comenzando un ambicioso programa de construcción de ferrocarriles con préstamos en el exterior.

e) Brasil: el liberalismo frente a la esclavitud negra

En varios aspectos, Brasil representó un caso excepcional. Como se ha visto, fue el único país en Latinoamérica donde se mantuvo un régimen monárquico, y pese a la enorme extensión de su territorio, logró mantener su unidad territorial. Globalmente hablando, su experiencia fue conservadora, ya que fue el Estado que abolió más tardíamente la esclavitud en toda Latinoamérica. Este hecho es notable, ya que los partidarios de la esclavitud consiguieron incluso resistir a las presiones militares de Inglaterra, cuya marina de guerra invadió aguas territoriales brasileñas para impedir el tráfico de esclavos, lo que Brasil en principio se había comprometido a hacer, pero en la práctica no lo llevaba a cabo. Además, la legislación castigaba a los esclavos rebeldes con la pena de muerte. Después de múltiples discusiones, se aprobó la Ley Rio Branco en 1871, que daba la libertad a los hijos de esclavos, pero que tenía escaso valor práctico, ya que los niños continuaban viviendo con sus padres, que no habían sido liberados, y por lo tanto, sujetos al dominio de sus patrones.

En el plano político, en Brasil también predominaron las ideas conservadoras, lo que impidió la creación de un sistema federal. El país era una monarquía parlamentaria, con un régimen de gobierno basado en la centralización de poderes. Los diputados eran elegidos por el voto censitario, y los miembros del Senado eran nombrados por el emperador en forma vitalicia, y el emperador poseía el "poder moderador", facultad que le permitía disolver el parlamento en cualquier ocasión para llamar a nuevas elecciones. Esto provocó varias rebeliones de provincias, especialmente entre 1830 y 1850, que reclamaban la creación de una monarquía federal. Entre las más importantes figuraron la "Cabanagem", en Pará, en 1831, y la "Farroupilha", en Río Grande del Sur, entre 1836 y 1844. Ambas fueron bastante sangrientas, sobre todo la primera, donde hubo alrededor de 30.000 víctimas. La primera tuvo un claro sentido social, ya que en ella, la lucha se dio de parte de los desposeidos del campo contra los grandes propietarios de fazendas; en la segunda, pese al nombre popular de los combatientes, los *farrapos*, se trataba más bien de una protesta de los notables locales contra la capital. Hubo sin embargo en las filas rebeldes negros esclavos que habían sido acogidos como libres, y en la rebelión participaron extranjeros con ideas libertarias, como el italiano Giusseppe Garibaldi.

Sin embargo, Brasil también exhibió algunos rasgos liberales. El más importante fue el de su tolerancia religiosa: ya en la Constitución de 1824 se establecía que todas las creencias podían ejercer libremente el culto, incluyendo los judíos. Por otra parte, el liberalismo tuvo amplias oportunidades de expresarse políticamente, ya que varios de sus líderes dirigieron el gobierno, como Feijo y Alves Branco. Hubo además diarios que difundían las ideas liberales, desde 1830.

Pese a las rebeliones ya consignadas, el país mantuvo su régimen monárquico. El primer emperador, Pedro I, renunció a su cargo en 1830, debido a las críticas suscitadas por ser nacido en Portugal y por el trato preferencial que daba a los portugueses. Esto provocó una situación de crisis, pero ella fue superada tras el período de regencia durante la minoría de edad del segundo monarca, Pedro II, quien subió al trono a los 15 años de edad, en 1841 y se mantuvo en él hasta el fin del imperio, en 1889. El régimen de monarquía parlamentaria funcionó en forma estable, con liberales y conservadores alternándose en la dirección del gobierno. Sin embargo, hacia fines del período, el sistema comenzó a hacer crisis debido a los debates cada vez más acerbos respecto a la esclavitud. A la crítica desde el punto de vista humanitario y económico se sumó la de los militares. La guerra contra Paraguay puso en evidencia la falta de soldados para el ejército, ya que los esclavos no podían ser reclutados. Todo esto culminaría con el fin de la esclavitud y con el reemplazo del imperio por una república.

f) Chile: la adopción gradual del liberalismo en un marco de estabilidad política

Chile presenta una experiencia con características propias. Su rasgo más sobresaliente es la relativa estabilidad de su vida política, situación muy distinta a la de la enorme mayoría de los demás países, aunque ello no significa ausencia de conflictos internos. La tendencia liberal tardó en imponerse. Los conservadores controlaron el poder desde 1830, cuando ganaron el poder tras una guerra civil, hasta 1871. Ello dio lugar además a la adopción de un sistema de gobierno muy centralizado, reflejo de la dominación de la capital sobre el resto del país, en la cual la elite conservadora del valle central logró imponerse a las provincias del norte y del sur del país. Así, las tendencias favorables al federalismo fueron reprimidas. El poder conservador se expresó en la Constitución de 1833, que mantuvo al catolicismo como única religión que se podía ejercer abiertamente y que concentraba el poder en manos del Presidente de la república, cuyo mandato de 5 años podía prolongarse gracias a la reelección inmediata; así, los cuatro presidentes conservadores gobernaron diez años cada uno, entre 1831 y 1871.

Los liberales no cejaron en sus esfuerzos por reformar esta situación. En 1851 y 1859 intentaron tomar el poder por las armas, en dos guerras civiles contra el gobierno del presidente Manuel Montt. En la primera de esas ocasiones contaron con el apoyo de grupos de artesanos, que habían sido la base social de la "Sociedad de la igualdad". Esta institución, que tuvo corta vida, pedía medidas en favor de la educación popular y de la democratización

de las elecciones; sus miembros se llamaban “ciudadanos”, término que revela la influencia francesa. Algunos de sus miembros combinaban las ideas liberales con las de un cierto socialismo, que incluía ideas como el reparto de tierras, como aparece en los escritos de Santiago Arcos. Pese a que las dos rebeliones liberales terminaron en derrotas, sus líderes lograron influir en el debate político en un sentido reformista. Además, a mediados de los años 1860 surgió un tercer partido político destinado a tener una larga historia, el Partido Radical, que apoyó también la tendencia renovadora. Una parte de los conservadores apoyaban también estas ideas, lo que permitió modificaciones de importancia: en 1852 se abolió el mayorazgo, la institución que permitía entregar en herencia a una sola persona la propiedad agraria, a fin de mantenerla indivisible. En 1865 se proclamó la libertad de culto, en 1871 se prohibió la reelección de los presidentes, que en adelante gobernaron por solo 5 años, y en 1874 se creó el voto universal, aunque se excluía de este derecho a todos los analfabetos. Sin embargo, la Iglesia católica mantuvo el monopolio sobre los cementerios y los matrimonios hasta los años 1880, y siguió unida al Estado hasta 1925.

La experiencia chilena, en la cual todos los presidentes terminaron normalmente sus mandatos, y que se caracterizó por el desarrollo de partidos políticos relativamente bien definidos, no tiene paralelo en Latinoamérica en este período. A ello colaboró sin duda la situación económica favorable, gracias a las exportaciones de cobre, harina, la concentración de su elite en la región del valle central, y los resultados favorables de su política exterior, expresados en los dos conflictos contra Perú y Bolivia.

g) Los casos especiales: Uruguay, Paraguay, Haití y República Dominicana

Cada uno de estos casos representa una experiencia sui generis. En Uruguay, el conflicto principal no se dio ni en torno a la cuestión de la iglesia ni de los indígenas (que habían sido casi exterminados). Esto debía, en principio, facilitar el predominio del liberalismo. Pero la vida política uruguaya fue distorsionada por la acción de sus poderosos vecinos, Argentina y Brasil, que intervinieron constantemente en la política interna, dando su apoyo a los dos bandos que se disputaban el poder, los blancos y colorados. Estos últimos eran los más cercanos a una ideología liberal, que podría haberse desarrollado con mayor nitidez sin las constantes guerras civiles y la participación obligada del pequeño país en las luchas de poder en la región. La fuerte inmigración europea, que llegó desde temprano a Montevideo, y las exportaciones de lana, cuero y carne salada, que aumentaron desde 1860, fueron otros elementos que orientaron a Uruguay hacia un marco de contactos con el exterior, favorables al liberalismo.

Su vecino y rival, Paraguay, vivió la experiencia opuesta. El país estuvo sometido primeramente a la dictadura de José Gaspar Rodríguez de Francia, elegido Dictador supremo del Paraguay en 1814, y que dos años más tarde se hizo nombrar Dictador perpetuo de su país, ejerciendo el poder sin aceptar ninguna oposición hasta su muerte, en 1840. Posteriormente, el país fue gobernado por los dos López, padre e hijo, que ejercieron

también el poder de manera dictatorial, aunque en forma más moderada. Además, los López abrieron un tanto el país a los contactos con el exterior, e impulsaron una interesante política en favor de la industria metalúrgica, haciendo venir a docenas de ingenieros y técnicos europeos. En general, Paraguay fue un país con escasos lazos hacia el resto del mundo y que tuvo pocas oportunidades de desarrollar prácticas cívicas democráticas. El hecho de que las principales actividades económicas fuesen asumidas por el Estado constituye una experiencia sin paralelo en toda Latinoamérica. El desastre que trajo al país la Guerra de 1865-1870 puso término a la excepcionalidad paraguaya, que vio terminada su experiencia de industrialización y que estaría condenada a la influencia de los militares en los años posteriores.

En Haití y en República Dominicana, la vida política fue en gran medida dictada por los sucesos internacionales. En el primero, el aislamiento diplomático y comercial a que el país fue sujeto como castigo por haber creado un país dirigido por negros, perjudicó gravemente la economía. Hubo además varias amenazas de desembarco por parte de las marinas de guerra de Estados Unidos y Alemania, so pretexto de proteger a los ciudadanos de esos países que residían en Haití. Todo ello, más los continuos ataques contra sus vecinos dominicanos, trajo consigo una vida política inestable, sin orientaciones ideológicas precisas, en la cual los militares jugaban un papel clave, además de causar un enorme gasto público. En 1840, el ejército haitiano contaba con 33 coroneles, 95 tenientes coroneles, 825 capitanes, 645 tenientes, y su personal total era de 28.150 hombres en uniforme.

En República Dominicana, la independencia había sido lograda tras una lucha contra la dominación haitiana, en 1844. Pese a que Juan Pablo Duarte, el iniciador del movimiento de emancipación, era de ideas liberales, fueron los conservadores quienes predominaron en el nuevo país. Ambos bandos se enfrentaron en torno a las tendencias anexionistas, preconizadas por los conservadores. Pedro Santana, el líder de esta tendencia, negoció con España el regreso a la dominación de este país, lo que se concretó entre 1861 y 1865. Esta anexión, que fue justificada por la necesidad de defender el país contra las amenzas de invasión de Haití, fue de corta vida, y tampoco trajo la reaparición de la esclavitud, que había sido abolida anteriormente. Pese al fracaso de la experiencia, los conservadores lograron conservar el poder durante la mayor parte del tiempo; solo en 1879 los liberales entraron a dominar el gobierno.

h) El mundo colonial: retrocesos en las colonias inglesas, progresos limitados en las de Holanda y Francia

En los territorios que permanecían dominados por los países europeos, la vida política no estaba ausente. Los episodios más conocidos son las tentativas de independencia en Cuba, ya vistas anteriormente, pero también hubo hechos dignos de interés en las colonias inglesas, francesas y holandesas.

En los territorios británicos, existía desde los comienzos de la colonización un sistema en el cual el gobernador, nombrado por el rey, compartía la administración con una asamblea de propietarios (elegida en base a sufragio censitario). Estas constituían sin embargo un grupo muy minoritario: en Jamaica, a mediados del siglo XIX, la Asamblea tenía 49 miembros, todos blancos, elegidos por 1.457 votantes, porcentaje ínfimo respecto al total de la población, que era de 400.000 personas.

Este sistema entró en crisis desde la abolición de la esclavitud, ya que la Corona se vio en la obligación de dar el derecho de voto a la población de color, ahora libre. Ni los propietarios ni el gobierno deseaban esa participación, por lo cual el sistema pasó a ser dirigido por autoridades nombradas directamente por la corona, sistema conocido como "Crown colony". El poder estaba en las manos de un gobernador, asesorado esta vez por un Consejo legislativo, cuyos miembros eran nombrados por el rey. Las asambleas se autodisolvieron en esa época, al quedar abolido el sistema electoral. El nuevo sistema se implantó en Jamaica en 1865. El estatuto de "Crown Colony" se aplicó en Trinidad desde 1810, en las islas Vírgenes en 1854, en Belice en 1870, en 1876 en Saint Vincent, Tobago y Grenada. Posteriormente, lo mismo ocurrió en St. Kitts y Nevis, en 1898, y en Guyana, el caso más tardío, que solo lo adoptó en 1927. La isla de Barbados fue la única donde el sistema de la Asamblea legislativa persistió sin cambios. De este modo, el siglo XIX fue un retroceso en las libertades políticas dentro del mundo colonial británico, que contrastaba con la iniciativa de haber abolido la esclavitud.

En las colonias holandesas hubo algunos progresos políticos. Hasta mediados de siglo, Surinam y las Antillas holandesas eran dirigidas por un Gobernador general nombrado por la metrópoli. En 1865 se creó en la Guayana una Asamblea colonial de trece miembros, nueve de los cuales eran elegidos, aunque dentro de límites. Y las colonias francesas, desde 1848, tuvieron derecho a elegir diputados a la Asamblea Nacional francesa, en elecciones donde todos, incluso las personas de color, tenían derecho a voto.

2.5. El desarrollo cultural

La cultura de las elites. El pensamiento

La cultura en el período inmediatamente posterior a la independencia estuvo dominada por una idea clave: ¿cómo orientar la conciencia nacional en un período en que el sentimiento patrio está aún en pañales? El problema era de importancia capital, ya que según se ha visto anteriormente, la nación era un ente de construcción problemático, dado las diferencias étnicas y sociales de las poblaciones. Por ello, el sentimiento nacional, si bien pudo haber existido en la época colonial, estaba lejos de hallarse bien definido en los años de la Independencia.

Fue por ello que en líneas generales, los intelectuales y políticos de los nuevos países hicieron un esfuerzo por construir la nación. Uno de los instrumentos básicos en ese sentido fue el desarrollo de las universidades. En Buenos Aires se creó la universidad de ese mismo nombre en 1821, aunque vegetó por largo tiempo por falta de fondos. En Uruguay, apareció una primera universidad, la de Montevideo, en 1833, que fue bautizada, no por casualidad, como "Universidad de la República". En Chile, la vieja Universidad de San Felipe, de la época colonial, cuya existencia había sido de escasa importancia, fue reemplazada por la Universidad de Chile, obra del Estado, fundada en 1842. En Colombia, el presidente Mosquera fundó el Colegio Militar como escuela de ingeniería, lo que permitió al cabo de algunos años, la confección del primer Atlas del país. Pero este proceso no se dio de la misma manera en todas partes: en México, donde la Universidad existía desde el siglo XVI, a causa de las turbulencias políticas, la institución fue cerrada y reabierta varias veces en el siglo XIX, llevando una existencia precaria. En Brasil no hubo universidades hasta el siglo XX, aunque ello no quiere decir que no habían instituciones de estudios superiores: las hubo en diversas áreas, como la medicina, pero sin estar organizadas dentro de una universidad.

Otro elemento importante de la nueva cultura, fue el de la creación de diarios, lo que en el período colonial había existido en forma solo excepcional. La mayoría se originaron en la iniciativa privada, pero muchos subsistían con subvenciones estatales (importantes en una sociedad donde muy pocos sabían leer) y hubo además bastantes periódicos que pertenecían al gobierno. Aunque muchos tuvieron vida efímera, algunos se mantuvieron y constituyen hoy los clásicos de la prensa: *El Mercurio*, fundado en Valparaíso en 1828, es hoy en día el más antiguo diario en habla española del continente. En Buenos Aires aparecieron *La Prensa* y *La Nación*, en 1869 y 1870, mientras que en Brasil surgía *O Estado de Sao Paulo* en 1875. Su papel en el desarrollo del sentimiento nacional se expresa en forma más que evidente en un editorial de *El Cóndor* de Bolivia, donde en 1827 se decía: "...si nuestros vecinos pretenden hacernos perder el lugar que hemos querido y podido darnos entre las naciones, sepan que forzarían el más solemne y el más espontáneo de nuestros votos... Nosotros queremos ser una nación... bolivianos y nada más... no queremos ser argentinos, queremos menos ser peruanos"[27].

La producción cultural de los núcleos dirigentes estuvo fuertemente influida por las ideas liberales, originadas en Europa y Estados Unidos. No podía ser de otra manera, ya que los dirigentes de los nuevos países querían modernizar las sociedades, dejando atrás la cultura heredada de la época colonial. En ese esquema, tampoco había cabida para la defensa de la cultura autóctona[28].

---

27 Citado por Fernando Unzueta, "Periódicos y formación nacional: Bolivia en sus primeros años", *Latin American Research Review*, vol.35 (2000), p.40.

28 Sigo aquí el análisis propuesto por el ensayista chileno Eduardo Devés Valdés, quien ve la alternancia de tendencias "modernizadoras" e "identitarias" en el desarrollo de las ideas en Latinoamérica. Mientras las primeras se basan principalmente en los modelos europeos y norteamericanos, privilegiando el empleo

(Continúa en la página siguiente)

Los escritos de los argentinos Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, cuyas obras se difundieron a nivel continental, ilustran la primera de estas tendencias. Ambos compartieron la experiencia de oponerse a Rosas y de salir en exilio a Chile, donde escribieron buena parte de sus obras. En ellas expusieron un proyecto de desarrollo, basado en la inmigración europea, la educación y el capital exterior. En México, el principal exponente del liberalismo fue José María Luis Mora, quien, aunque había sido ordenado sacerdote, escribió en favor de la subordinación del clero al Estado.

Pese a la importancia del pensamiento liberal, las ideas conservadoras tuvieron también representantes influyentes, siendo el mexicano Lucas Alamán, quien fue además uno de los primeros historiadores del país, y el peruano Bartolomé Herrera dos de sus más conocidos representantes. Mientras el primero escribió en favor de las ideas monárquicas, el segundo defendió la obra de España en América. El venezolano Andrés Bello, uno de los intelectuales más conocidos de su época, hizo sentir sobre todo su influencia en Chile, país donde pasó la mayor parte de su vida. De tendencia más bien conservadora, lo que se percibe en la orientación que le dio al Código Civil chileno de 1857, Bello supo maniobrar con habilidad entre los bandos liberal y conservador, dejando una vasta obra como educador, en el campo de la filosofía, el derecho y la literatura. Aprovechando su experiencia europea (había vivido varios años en Inglaterra) supo poner la ciencia del Viejo Continente al servicio de una educación nacional[27 29], en lo cual el Estado jugaba un papel relevante. De esa manera, Bello sentaba las bases de una tradición que permanecería por largo tiempo presente en Chile.

Al otro extremo, hubo también autores que representan una primera generación del pensamiento que buscaba defender la identidad latinoamericana. Aquí cabe mencionar a dos ensayistas y políticos chilenos, Francisco Bilbao y Santiago Arcos, quienes produjeron, a mediados del siglo XIX, obras inspiradas por un liberalismo radical (en el cual, sin embargo, el elemento indígena estaba ausente), el que se entronca con el futuro pensamiento de la izquierda latinoamericana. Bilbao se preocupó además de la situación internacional de la región, destacando el contraste de su desarrollo comparado con el de Estados Unidos. Arcos proponía la realización de una reforma agraria, como medio para llegar a una sociedad más igualitaria. Antes de ellos, el argentino Esteban Echeverría había intentado difundir las ideas de los socialistas utópicos en Buenos Aires, hasta entrar en conflicto con la dictadura de Rosas.

---

de la tecnología y la eficiencia productiva, las segundas reivindican la defensa de lo autóctono, la justicia, valorando sobre todo el desarrollo cultural. Ver su obra *Del Ariel de Rodó a la CEPAL* (1900-1950), Buenos Aires, Editorial Biblos, 2000, primer volumen de una trilogía sobre el pensamiento latinoamericano en el siglo XX.

29 Durante algún tiempo, Bello defendió el proyecto de adaptar la ortografía castellana a la fonética del idioma hablado en Hispanoamérica, opinión compartida por el filólogo colombiano Rufino José Cuervo, idea que no se concretó.

Otros intelectuales que deben ser mencionados fueron el ecuatoriano Juan Montalvo, quien combatió con sus escritos la dictadura de García Moreno en su país natal, y Eugenio María de Hostos. Aunque nacido en Puerto Rico, este último vivió en diversos países y realizó una gran labor en favor de la educación en República Dominicana, donde vivió varios años, además de abogar por una confederación entre ese país, Cuba y Puerto Rico.

La historia, disciplina que comenzó a desarrollarse desde mediados del siglo XIX, jugó un papel importante en la formación del sentimiento nacional. En ella sobresalieron el argentino Bartolomé Mitre (que además fue presidente de su país), el chileno Benjamín Vicuña Mackenna, el brasileño Francisco Adolfo Varnhagen y el mexicano Lucas Alamán, ya mencionado anteriormente.

En un nivel más anecdótico, que tiene más de literatura que de investigación histórica, se debe mencionar al destacado escritor peruano Ricardo Palma. Su obra comenzó a aparecer a fines de la época aquí descrita, en 1870, y se prolongó hasta 1915. Titulada *Tradiciones peruanas,* ella narra episodios de la historia de ese país, especialmente de la época colonial, evocando la vida cotidiana con humor y sentido crítico, dirigido sobre todo contra la Iglesia católica, y constituye una de las obras fundadoras de la cultura nacional peruana.

Arte y literatura

En los diversos géneros artísticos o literarios se reflejó la tendencia a dar preferencia a la influencia francesa o inglesa, a fin de renovar una situación que para muchos parecía limitada. Los intelectuales, particularmente los de orientación liberal, culpaban en efecto a España y a Portugal del atraso en que se encontraban sus países.

Así, gran número de artistas europeos vinieron por cuenta propia a América Latina o fueron contratados por los gobiernos. Entre ellos, se destacaron el pintor alemán Johann Rugendas, que recorrió varios países entre 1820 y 1850, en especial Brasil, Chile y Argentina, y el francés Jean-Baptiste Debret, que estuvo en Brasil entre 1834 y 1839. Ambos retrataron personajes, paisajes y escenas de la vida cotidiana. Entre los pintores latinoamericanos, uno de los más conocidos fue el uruguayo Juan Manuel Blanes, autor de muchos cuadros donde escenificó hechos históricos de los nuevos países, tanto de su patria como de Argentina, Paraguay y Chile. Otro pintor destacado fue el mexicano José María Velasco, quien fue además uno de los primeros fotógrafos de su país.

En música, además de la visita de diversas compañías europeas, la influencia del Viejo Continente se hizo sentir en los creadores latinoamericanos: en México en 1858 se presentó la primera ópera escrita por un mexicano, Catalina de Guisa, por Cenobio Paniagua. La ópera tenía éxito en lugares como Buenos Aires, donde anualmente se presentaban más de veinte espectáculos entre 1825 y 1850. En esa ciudad se abrieron además una docena de teatros líricos en esa época, entre ellos el Teatro Colón, en 1857, el más famoso del país.

En la novela, la influencia de autores románticos como Walter Scott se hizo sentir en la producción del más conocido escritor argentino de la primera mitad del siglo XIX, José Mármol. Su principal obra, *Amalia* (1844) se hizo famosa por la denuncia de la dictadura de Rosas. Con ello nacía un tema literario frecuentemente explotado en América Latina, la novela sobre los gobiernos autoritarios. La historia y la búsqueda de la identidad nacional aparecen en las novelas *O Guaraní e Iracema*, del brasileño José de Alencar, donde se expresa en favor de los indios, y en el relato del chileno José Victorino Lastarria, *El mendigo*, caracterizado por su fuerte antiespañolismo. El romanticismo se hizo notar también en la conocida novela cubana de Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel* (1839), donde el autor denunciaba los males de la esclavitud. El colombiano Jorge Isaacs publicó la más conocida novela hispanoamericana, *María* (1867), influido por el romanticismo francés. En cambio, el brasileño Machado de Assis, si bien comenzó influido por esa escuela, lo que aparece en sus volúmenes de cuentos, publicados en los años 1870, derivó en la década siguiente hacia una creación basada en la introspección y en la psicología, que culminaría con *Don Casmurro* (1900), la más famosa de sus novelas. En Chile, destacó la obra de Alberto Blest Gana, autor de *Durante la reconquista* y *Martín Rivas.*

La cultura popular

Lo que se acaba de detallar, obra de las elites y basado a menudo en las influencias exteriores, constituía un proceso encaminado a crear una cultura nacional, que debía difundirse en el conjunto de la población. Pero en esta época ello estuvo lejos de imponerse a nivel masivo, donde seguía existiendo una cultura popular propia, a menudo de raíces indígenas y africanas. Ella se expresaba principalmente en la música y el baile, en expresiones que venían de la época colonial o que tenían raíces precolombinas, y que habían sobrevivido a la aculturación impuesta por la conquista y la acción de la Iglesia católica. Los bailes populares en su forma más occidentalizada, con el empleo de instrumentos musicales de origen europeo, se manifestaron en las chinganas, donde se tocaba la guitarra,el arpa, se bebía y se bailaba. Otros elementos venidos de la cultura popular española y portuguesa, traidos al Nuevo Mundo por los conquistadores, y que se habían difundido en la población mestiza, eran la poesía y los mitos, entre ellos el "sebastianismo", muy difundido en Brasil[30]. Un elemento más reciente, originado en la inmigración española hacia el Río de la Plata a fines de esta época, fue la aparición de las murgas, grupos de música popular, cuyo repertorio de canciones contiene elementos de crítica social.

---

30 Se trata de la leyenda acerca del rey Sebastián, quien murió luchando contra los árabes en 1578, a la edad de 24 años, en el norte de Africa. Según la creencia popular, el joven monarca no había muerto, y se esperaba su retorno. En la cultura colonial brasileña abundaban los relatos y las creencias originados en la historia medieval portuguesa, lo que persistió más allá de la Independencia.

Surgieron además escritores que recogieron las tradiciones populares en su obra, como el poema gauchesco *Martín Fierro* (1872), del argentino José Hernández, que defiende y rescata la cultura de la pampa, denunciando indirectamente la europeización de la cultura. En Chile, fue famoso el poeta popular Bernardino Guajardo, cuyas canciones se conocían en todo el país, y que escribió más de 200.000 versos. En ellos se refería a menudo a los problemas de la clases trabajadoras, haciendo resaltar los contrastes con los pudientes, como en un poema sobre la crisis de 1873:

> Qué tiempo tan desgraciado / la gente anda confundida / no hay qué ganar en la vida/ todo está paralizado/ El pobre es el que padece / nada sufre el rico avaro / todo negocio está caro / la plata no se merece[31].

Otra manifestación muy importante de la cultura popular fue la expresión religiosa de los sectores pobres, en el campo, que desarrollaron a menudo una práctica muy distinta a la de las elites urbanas, creando movimientos milenaristas. En ellos, los predicadores ofrecían la salvación a sus creyentes si estos defendían ciertos valores tradicionales contra las ideas que el gobierno o los extranjeros querían imponer. En Tandil (provincia de Buenos Aires), en 1871, un líder conocido como "Tata Dios" dijo que para alcanzar la salvación había que matar a los extranjeros.

Síntesis

De 1825 a los años 1880 los Estados latinoamericanos tomaron forma, trabajosamente. Las agresiones externas y las guerras entre los países remodelaron las fronteras. Los sistemas políticos se definieron lentamente y estaban lejos aún de ser democráticos. El rasgo más saliente fue la adopción paulatina de la orientación liberal, por la elite, que hizo disminuir la influencia de la Iglesia, pero sin que ello significara una participación amplia de la población en la gestación de los gobiernos. En la esfera internacional, los nuevos Estados entraron en contacto directo con las potencias internacionales, lo que, con la importante excepción de México, no dio lugar a grandes conflictos. En la economía, esta orientación se manifestó en la apertura cada vez más marcada al comercio de exportación y a la llegada de capitales extranjeros y de inmigrantes, aunque sin que esto llegara a constituir rasgos dominantes. En lo interno, la agricultura y la ganadería siguieron siendo las actividades fundamentales. Todo ello contribuyó a crear un capitalismo muy desigual, donde coexistían centros de producción basados en el salario, con núcleos donde la fuerza de trabajo operaba bajo la coerción. Socialmente, la época mostró ciertos avances para los negros, que en todas partes dejaron la condición de esclavos. En cambio, los indígenas resultaron desfavorecidos, con las leyes liberales que destruían la propiedad comunitaria y con la conquista militar de los

---

31 Citado por Maximiliano Salinas, en su estudio *En el cielo están trillando*, Editorial Universidad de Santiago, 2000, p. 50.

territorios que aún poseían. En fin, las sociedades siguieron profundamente divididas en el plano étnico, material y cultural, lo que constituyó un obstáculo enorme para la formación de las nacionalidades y de la institucionalidad, manteniendo una cultura política impregnada de tensiones étnicas y sociales. La "sociedad de conquista" se perpetuaba después de la Independencia, dejando su huella en la evolución de los nuevos países.

Capítulo III
Los escasos avances en la apertura del sistema oligárquico durante la era del auge exportador, de 1890 a 1929

A fines del siglo XIX, en América Latina se asistía al triunfo progresivo del liberalismo, lo que en principio favorecía una mayor apertura a las ideas, una participación más amplia de la ciudadanía y una sociedad más abierta. Sin embargo, todo ello se había realizado dentro de un marco donde el poder y la gestión estaban siempre en manos de una muy pequeña minoría, lo que equivalía a un sistema oligárquico. Correspondía ahora el paso a una etapa de mayor integración de las masas a la vida política y al establecimiento de una legislación social, siguiendo el ejemplo de ciertos países europeos. Para ello, una mayor diversificación de la economía y un incremento en los ingresos del Estado eran un elemento indispensable. Pero estaba por verse si la oligarquía reinante estaría en condiciones de hacer progresar un capitalismo frágil y sobre todo, si aceptaría estas transformaciones, que implicaban compartir el poder con otros sectores de la sociedad.

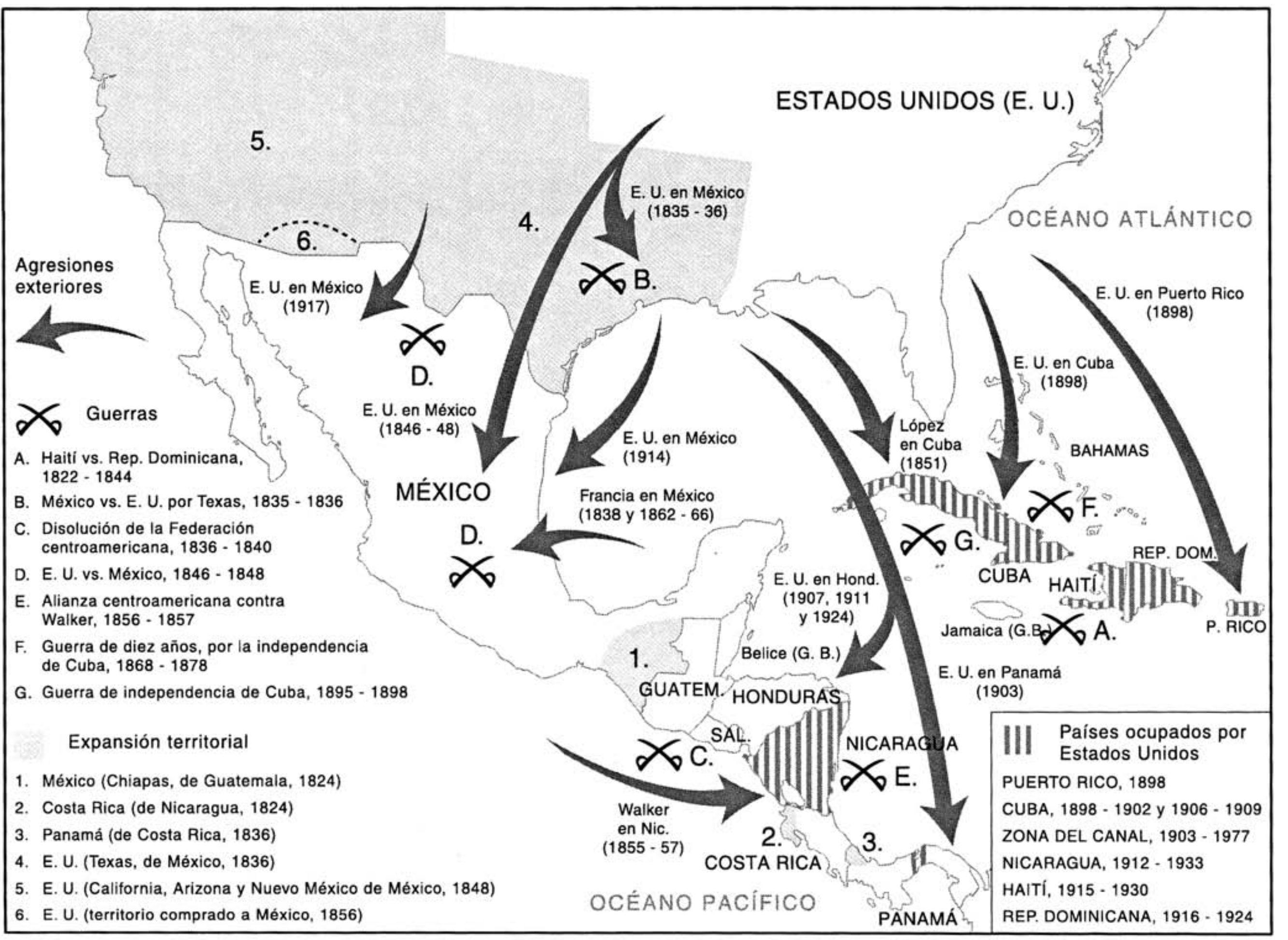
3.1. Las relaciones internacionales

América Latina y el mundo

El rasgo sobresaliente de este período fue el crecimiento cada vez mayor de la influencia de Estados Unidos en la región, especialmente en el área de México, Centroamérica y el Caribe, que marcaría en forma indeleble la evolución de la mayoría de los países de esa área.

La política agresiva del gobierno de Washington, que al igual que las grandes potencias europeas de la época, buscaba ampliar su influencia geopolítica, se expresó en diversas intervenciones armadas en toda la región vecina. Ello fue determinante en la aparición de dos nuevos Estados: Cuba y Panamá. En el primero de estos casos, la intervención se registró en medio de la guerra que había estallado en 1895 por la independencia de la isla, proceso dirigido por José Martí y Antonio Maceo. Pese a la muerte prematura de Martí, caído al comenzar la lucha, y a la fuerte represión española, los cubanos estaban poco a poco ganando la guerra, cuando a comienzos de 1898 Estados Unidos, que desde hacía muchos años ambicionaba dominar la isla, decidió intervenir en el conflicto. Tomando

Mapa 4
Conflictos y expansiones territoriales, México, América Central, y el Caribe, 1824-1941



Mapa : Sylvain PROVOST

como pretexto el hundimiento de un barco estadounidense anclado en la bahía de La Habana, de lo que se acusó –sin mayores pruebas– a los españoles, Washington declaró la guerra a España y en pocos meses se apoderó de la isla. Cuba fue ocupada militarmente durante varios años, hasta que en 1903 las tropas norteamericanas se retiraron, tras haber obligado a los cubanos a aceptar una cláusula en su Constitución, la enmienda Platt (por el nombre de un senador del estado de Maine, que la propuso) que autorizaba a Estados Unidos a intervenir militarmente en Cuba si había situaciones de inestabilidad en este país que amenazaran a los intereses de Estados Unidos. De este modo, Cuba nació a la vida independiente bajo el control exterior. Esta opción no era sin embargo rechazada por el conjunto de la población; desde hacía varias décadas, la posible anexión a Estados Unidos había sido algo bien visto por parte de la elite cubana, interesada en aprovechar al máximo el mercado norteamericano.

Panamá se formó en condiciones semejantes. En 1903 Estados Unidos envió barcos de guerra para favorecer la independencia de ese territorio, hasta entonces provincia colombiana. El objeto de esta maniobra era obtener del gobierno del nuevo país un tratado que le permitiera construir un canal en el istmo, tras el fracaso de las negociaciones con Colombia. El gobierno panameño, que no poseía ninguna fuerza de negociación (y que ni siquiera estuvo representado por alguien del país en la firma del tratado, ya que el que firmó por Panamá era un ingeniero francés, Philippe Bunaud-Varilla) aceptó todas las condiciones impuestas por Washington, entregando una importante franja de su territorio para el canal, donde se estacionaron tropas norteamericanas. Así, como en el caso de Cuba, Panamá hizo su entrada al mundo bajo la vigilancia de Estados Unidos. El canal se terminó de construir en 1914.

Estos hechos cambiaron el mapa político del Caribe. Desapareció la influencia colonial española, ya que Madrid no solo perdió Cuba, sino también Puerto Rico, que se transformó en un protectorado de Estados Unidos como resultado de la guerra de 1898. Este último país surgió como nueva potencia, ya que además de Puerto Rico, controlaba una base naval en Cuba, la de Guantánamo, una parte de Panamá y otros territorios como las Islas Vírgenes, antigua posesión danesa, que fueron compradas en 1917. Las potencias europeas, Gran Bretaña, Francia y Holanda, mantuvieron sus territorios.

Las intervenciones de Estados Unidos no se limitaron al Caribe. En 1914, Washington hizo ocupar durante varios meses el puerto de Veracruz, buscando influir en la orientación de la revolución mexicana, de la cual se hablará más adelante. Otros tres países sufrieron ocupaciones armadas, cada una de las cuales duró varios años: Haití entre 1915 y 1934, República Dominicana entre 1916 y 1924, y Nicaragua en tres ocasiones: 1909-1910, 1912-1925 y 1926 a 1933. En los dos primeros casos, la intervención se hizo so pretexto de poner orden en las finanzas de los dos países, que no respetaban sus compromisos financieros internacionales, y en menor medida, por el temor de que Alemania ocupara u obtuviera

algún puerto en esos países durante la Primera Guerra Mundial. En el caso de Nicaragua, las intervenciones tenían por motivo influir en la situación interna del país para asegurarse que fuera dirigido por políticos favorables a la construcción de un posible segundo canal en Centroamérica. La amplitud de la ocupación tendría importantes repercusiones políticas y sociales en los países que la sufrieron.

La única intervención europea importante fue la de Italia, Alemania y Gran Bretaña, que entre fines de 1902 y comienzos de 1903 realizaron un bloqueo naval en Venezuela para obligar a ese país a pagar sus deudas. El presidente Theodore Roosevelt, de Estados Unidos, actuó como mediador para poner fin a esta acción pero dijo que la comprendía, añadiendo que en ciertas ocasiones los países "civilizados" tenían el derecho de ocupar, transitoriamente, los territorios de aquellos países que no sabían comportarse como era debido. Esta declaración, conocida como el "Corolario Roosevelt" abría la puerta a nuevas intervenciones.

Estas situaciones provocaron diversas formas de crítica y de resistencia. En los países que habían sufrido una ocupación militar, hubo acciones de lucha armada frente a las agresiones estadounidenses, como en Haití y en Nicaragua. A nivel diplomático, Argentina fue el país que expresó con mayor fuerza su desaprobación, siguiendo las ideas del canciller Luis Drago, el cual, en 1902, había condenado el uso de la fuerza para el cobro de deudas.

La influencia de Estados Unidos se hizo sentir además en la formación de la primera organización continental estable para los países de América[32], la organización panamericana. En efecto, en 1889 se reunieron en Washington representantes de todos los países de Latinoamérica para discutir sobre materias comerciales. Más adelante la organización tomó un carácter más formal, adoptando el nombre de Unión Panamericana, que organizaba reuniones periódicas de los ministros de relaciones exteriores de todos los países participantes. En algunas de ellas, como en La Habana en 1928, se produjeron discusiones ásperas entre Estados Unidos y algunas delegaciones latinoamericanas, que criticaban las ocupaciones militares ordenadas por el país del norte. En alguna medida, estas críticas sirvieron para que en 1933, el presidente Franklin D.Roosevelt resolviera poner un término a las ocupaciones y proclamara su política de "Buen vecino" con Latinoamérica.

La importancia creciente de Estados Unidos se manifestó durante la Guerra Mundial de 1914-1918. Hasta febrero de 1917, todos los países permanecieron neutrales, cuando en esa fecha Estados Unidos entró en guerra con Alemania. Ante esto, los países latinoamericanos

---

32 Canadá y los territorios coloniales pertenecientes a Europa quedaron excluidos de este movimiento. En aquellos años, pese a haberse constituido como país independiente en 1867, Canadá no mostraba interés por América Latina, y en general dejaba su política exterior en manos de Gran Bretaña; en ese sentido, su independencia no era total, y solo lo fue desde 1931, cuando el gobierno de Ottawa asumió plenamente la dirección de sus asuntos exteriores.

mostraron dos tipos de conducta. Los países más influidos por Washington, como Cuba, Haití y los de Centroamérica, declararon la guerra a Alemania, actitud seguida también por Brasil. Este país fue el que obtuvo mayores ventajas diplomáticas de su decisión, pues fue invitado a participar a la Conferencia de Paz de París en 1919. Argentina, Chile, Colombia y México se mantuvieron neutrales. La actitud de este último país era especialmente importante, por su cercanía a Estados Unidos y porque Alemania intentó varias veces ganar el apoyo mexicano en su conflicto, prometiéndole la recuperación de los territorios perdidos en el siglo XIX. Los demás países, como Bolivia, Perú, Ecuador y Uruguay mantuvieron una posición intermedia, ya que no declararon la guerra, pero disminuyeron sus relaciones con Alemania.

Relaciones entre los países latinoamericanos

En comparación a la época anterior, hubo menos conflictos bélicos y la mayoría de los cambios territoriales se produjeron por la vía de la negociación. Esto último se hizo, en el caso de Centroamérica, bajo la presión directa de Estados Unidos, que no deseaba guerras que pusieran en peligro la construcción del canal de Panamá. Fue así como Washington intervino en 1906 para poner término a la guerra lanzada por Guatemala contra Honduras y El Salvador, acusados de ayudar a los exiliados guatemaltecos opuestos a la dictadura de Manuel Estrada Cabrera. Estados Unidos impuso un mecanismo de arbitraje para los conflictos, que serían dirimidos por un organismo situado en Guatemala. La presión norteamericana se hizo sentir también en el fracaso del proyecto de Confederación Centroamericana de 1922[33], así como en la rápida conclusión de la guerra entre Costa Rica y Panamá, en 1921, por una disputa que afectaba el límite entre ambos países.

En Sudamérica no hubo conflictos armados en este período, pero sí una intensa actividad diplomática para dirimir cambios de frontera. Estos últimos favorecieron sobre todo a Brasil, que obtuvo importantes ganancias territoriales. En 1895 logró que el arbitraje del presidente de Estados Unidos, Cleveland, le diera cerca de 20.000 kilómetros cuadrados que se disputaba con Argentina en la región de Misiones. En 1900, un arbitraje suizo favoreció también a Brasil en su disputa con Francia por un territorio situado en la frontera con la Guayana francesa, con lo que Brasil ganó 160.000 kilómetros cuadrados. Finalmente, Brasil convenció a Bolivia de venderle el territorio de Acre, en 1903, que contenía importantes reservas del árbol del caucho. Brasil obtuvo así 130.000 kilómetros cuadrados más, a cambio

---

33 La idea de hacer renacer la Confederación, que había existido entre 1821 y 1838, era un proyecto que diversos jefes de Estado de los países del istmo relanzaban de vez en cuando. Entre 1888 y 1890, teóricamente, la Confederación había renacido, pero sin existencia real. La oposición de Estados Unidos al proyecto en 1922 se basaba en que Washington no deseaba la existencia de un organismo autorizado a intervenir en los asuntos de los países vecinos. Es probable sin embargo que aún sin esta intervención, la idea no se hubiera materializado, por las constantes ambiciones personalistas de los caudillos de la región.

de una suma de dinero y de un derecho de navegación para Bolivia por el río Madeira hacia el Atlántico.

Otras modificaciones de las fronteras en Sudamérica implicaron a Venezuela, la cual aceptó un arbitraje internacional en 1899, que dirimió una disputa fronteriza con la Guayana británica en favor de esta última. En 1929, Perú y Chile pusieron término a un viejo conflicto, heredado de la Guerra del Pacífico de 1879, la posesión de las ciudades de Tacna y Arica, que habían sido ocupadas transitoriamente por Chile al final de la guerra. La solución consistió en que ambos países decidieron repartirse las ciudades: Tacna para Perú y Arica para Chile. Antes, en 1904, Chile y Bolivia habían firmado el tratado de paz que consagraba la ocupación chilena de Antogafasta, realizada en 1879, y dejaba a Bolivia sin salida al mar.

3.2. La economía. Auge exportador y la era del desarrollo "hacia afuera"

La economía latinoamericana mostró progresos y evolucionó hacia un sistema de carácter cada vez más marcadamente capitalista. Sin embargo, el control de la mayor parte de la riqueza por una minoría, la mantención de fuertes desigualdades en el ingreso y la excesiva dependencia hacia la demanda exterior han dado lugar a visiones críticas de este período, designado por algunos como desarrollo "oligárquico dependiente"[34], cuyo rasgo principal fue la preponderancia del comercio exterior.

El incremento del comercio internacional y de la inversión extranjera

Hasta 1890, la orientación de la economía latinoamericana, aunque influida cada vez más por los estímulos exteriores, no estaba aún plenamente integrada al mercado mundial. Esto cambió en forma decisiva en la nueva época, fundamentalmente por la llegada masiva de capitales extranjeros, que comenzaron a dominar los principales centros productivos. Las inversiones vinieron sobre todo de Gran Bretaña y Estados Unidos, pero también de Francia y Alemania. El cuadro 6 resume los datos de los dos principales países inversionistas.

Dos elementos sobresalen de estas cifras: la gran rapidez del aumento de las inversiones, especialmente las de Estados Unidos, que se multiplicaron casi por 17, y el hecho que las inversiones norteamericanas crecieron más que las inglesas después de la Primera Guerra Mundial.

---

34 La expresión es de Agustín Cueva, en su libro *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1977.

Cuadro 6
Inversiones británicas y de EE.UU. en América Latina, 1880-1930
(cifras en millones de dólares)

País	Inversiones de EE.UU.			Inversiones de G. Bretaña		
	1897	1914	1930	1880	1913	1930
Argentina	0,7	1	332	101	784	2102
Brasil	?	50	557	152	892	592
Chile	1	171	423	42	319	384
Costa Rica	3,5	22	22	16	33	27,5
Cuba	43,5	252	919	6	222	219
Guatemala	6	36	70	2,7	52	32
Honduras	2	9,5	72	16	16	10
México	200	587	682	164	795	995
Perú	7	58	124	181	128	131
Venezuela	2	6,5	233	38	40	132
TOTAL*	289	1.215	3.254	652	3.702	4.239

*El total no incluye a Brasil, pero sí a otros países.

FUENTE: Palmer, David: Peru: *The Authoritarian Tradition,* New York, Praeger, 1980, p.48-50. Para las inversiones en Brasil, Manigat, Leslie: *Évolution et révolutions. L'Amérique Latine,* 1889-1929, Paris, Eds.Richelieu,1973, p.88 y 230.

Este proceso fue decisivo para la orientación de las economías en la mayor parte de Latinoamérica. Los capitales se concentraron en dos áreas: las actividades de exportación y los servicios públicos. En el primer caso, se trataba de inversiones en minas y en la producción de cultivos destinados al consumo externo. Fue así como en esta época se implantaron empresas estadounidenses: la Standard Oil en el petróleo mexicano, la Kenecott en el cobre chileno, la Cerro Pasco Corporation en el cobre peruano y la United Fruit en la producción bananera en toda el área del litoral atlántico de América Central y de Colombia. En 1925, casi la mitad de los *ingenios* azucareros en Cuba era de propiedad de inversionistas de Estados Unidos, más unos pocos de canadienses. Otras empresas de otros orígenes fueron también influyentes, como la anglo-holandesa Shell en el petróleo venezolano, que empezó a producirse un poco después que en México.

En los servicios, las inversiones tomaron la forma de préstamos a gobiernos, utilizados generalmente para la ampliación de la red ferroviaria y para trabajos en rutas y puertos. A veces, sin embargo, había también inversiones directas en este sector, como la United Fruit en Guatemala, que construyó el único ferrocarril que ponía en contacto el interior con la costa atlántica, en una situación de monopolio. En el Perú, Grace adquirió el control del ferrocarril que unía Lima con la región minera de Cerro de Pasco. En Chile, la ITT adquirió el monopolio de las comunicaciones telefónicas, en 1927. En Cuba, compañías de Estados Unidos pasaron a controlar los servicios de electricidad y de teléfonos. En algunos países, como Colombia, Brasil y Bolivia, fueron empresas alemanas las que tomaron la iniciativa de controlar buena parte del transporte aéreo, lo que provocó una fuerte rivalidad con compañías estadounidenses. En fin, en diversos países varios bancos de Estados Unidos y de Alemania vinieron a agregarse a los de Inglaterra y Francia, ya presentes antes de 1880.

Esta situación no se dio de la misma manera en todas partes. En países como Colombia, Brasil, Argentina y Uruguay, los principales centros productivos, las estancias ganaderas y las plantaciones cafetaleras permanecían en poder de empresarios locales. El capital extranjero era influyente en las casas comerciales y bancos, pero su presencia se hacía notar con menos fuerza en el conjunto del país. En Chile, el sector rural estaba totalmente ajeno al capital exterior, que se concentraba en las grandes minas. Además, hubo países que recibieron pocas inversiones y que no aumentaron mucho sus contactos con el exterior, como Haití, la mayoría de los países centroamericanos, y Paraguay[35].

La inversión en las actividades de exportación fue además estimulada por los progresos en materia de transporte (construcción del canal de Panamá), de las comunicaciones (la telegrafía sin hilos), la demanda europea y estadounidense de nuevas industrias, como la del automóvil. Todo esto hizo que a partir de fines del siglo XIX hubiera un incremento notable en el comercio exterior. Entre 1913 y 1928 el valor de las exportaciones latinoamericanas dobló, pasando de 1.593 millones de dólares a 3.005, mientras las importaciones aumentaban de 1.226 a 2.083 millones. Antes de la guerra de 1914, Europa era el principal cliente, pero esto cambió después del conflicto: en 1928 la mitad de las exportaciones eran destinadas a Estados Unidos.

El poder de compra de la mayoría de los países aumentó en forma importante, especialmente aquellos que vendían productos como petróleo, trigo y café. Los que exportaban productos como plátanos y estaño obtuvieron solo ganancias moderadas. La primera guerra mundial, que en un comienzo pareció tener efectos negativos, estimuló aún más las exportaciones, sobre todo las de productos estratégicos como el salitre chileno

[35] La distinción entre los países de "control nacional de la producción", y los de "enclave", vale decir, aquellos donde la riqueza principal del país estaba en manos del capital exterior, creaba dos tipos distintos de dependencia, que dejaba en mejor situación a los del primer grupo, según el célebre ensayo de Fernando Henrique Cardoso y de Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1969, múltiples ediciones posteriormente).

(que servía para la fabricación de explosivos) y la carne argentina. Ello permitió en varios casos la existencia de una balanza comercial muy positiva, como en Argentina, Brasil, Colombia y Venezuela. Chile se encontró en una situación intermedia: hasta 1918 el valor de sus exportaciones, compuestas sobre todo de salitre, era elevado, pero en la década de 1920 esa cifra bajó a raíz de la aparición del salitre sintético en el mercado mundial. Cuba también estuvo en situación desmedrada en los años 1920, cuando el precio del azúcar, su principal exportación, se mantuvo sin aumentar.

Mientras el comercio internacional se mantenía activo, esta situación permitió a los países latinoamericanos mayores ingresos, gracias a los derechos de aduana pagados por las empresas que hacían el comercio de exportación y de importación. Sin embargo, esto tenía sus inconvenientes. Los gobiernos de aquella época tenían pocos medios de financiar sus presupuestos y la mayoría de las exportaciones dependían de un solo producto. Las elites se negaban a aceptar la creación o el aumento de los impuestos locales. Todo ello puso a los gobiernos en una situación fiscal precaria: cualquier trastorno en los precios y en el volumen de las exportaciones traía consigo un desequilibrio brusco en su presupuesto, además de afectar al conjunto de la economía. Fue justamente lo que sucedió en 1929, como consecuencia de la crisis mundial que estalló ese año y cuyos efectos se hicieron sentir pronto.

Las actividades rurales

La agricultura y la ganadería continuaron siendo las actividades fundamentales de la mayor parte de la población latinoamericana en este período. La gran propiedad se mantuvo como el elemento predominante, con algunas nuevas características. Hubo un cierto grado de modernización en el sistema de producción, en las áreas más rentables, con empleo de maquinarias para la exportación de azúcar en bolsas fabricadas de manera estandarizada en las plantaciones de Cuba, por ejemplo. Las estancias ganaderas en Argentina y Uruguay empezaron a emplear el sistema de alambrados para delimitar las propiedades y disminuir los robos de ganado. Otro cambio afectó a las relaciones de trabajo. Muchas haciendas mantuvieron el sistema basado en la presencia de trabajadores que vivían dentro de la propiedad, y que eran pagados solo en parte en salario, como el caso de los huasipungueros ecuatorianos, los inquilinos chilenos o los peones acasillados mexicanos. Pero hubo una mayor presencia de trabajadores externos, que dependían totalmente del salario, como en el sur de Brasil, donde se empezó a emplear mano de obra inmigrante. Esta situación fue en cierto modo la consecuencia de la desaparición de la esclavitud, que obligó a los propietarios a buscar nuevos trabajadores, que a veces fueron inmigrantes.

Nuevas tierras fueron incorporadas a la producción, sobre todo por aquellas que participaban en el proceso exportador. La región al interior de Sao Paulo, que ya se especializaba en el café desde comienzos del siglo XIX, triplicó la superficie destinada a este cultivo. Gracias a ello, la producción de café aumentó enormemente, pasando de 63

millones de kilos por año en 1870 a 479 millones en 1900 y a un record de 1.097 millones en 1927. La extracción de caucho en toda la Amazonia tuvo un auge espectacular entre fines del siglo XIX y la primera guerra mundial, debido a la súbida demanda de ese producto para la industria del neumático. Pero ese auge terminó bruscamente con la competencia del caucho producido en Indonesia y solo repuntó con la segunda guerra, cuando Japón ocupó la región productora de caucho en Asia. Esta actividad no significó sin embargo un adelanto social, ya que se hizo mediante un tipo de trabajador, el *seringueiro*, que se desempeñaba en pésimas condiciones de trabajo, cercanas a la esclavitud. En el oeste de Colombia, en la región de Antioquia, y en Centroamérica, también hubo nuevas tierras que se abrieron, para el cultivo del café, en detrimento de las comunidades indígenas. El único país que en esta época intentó proteger o compensar a los campesinos despojados de sus tierras fue México, como resultado de la revolución de 1910.

Pese a estos nuevos cultivos y a la exportación, la agricultura latinoamericana mostró una baja productividad, lo que puede medirse comparando el alto número de trabajadores empleados en esa actividad con el aporte de la agricultura al Producto Nacional Bruto, el cual era bastante inferior, como se ve en el cuadro 7 siguiente:

CUADRO 7
LA AGRICULTURA EN EL EMPLEO Y EN EL PNB, PAÍSES SELECCIONADOS, ENTRE 1910 Y 1920

País	año	Nº de trabajadores (en miles)	% del total	% de la agricultura en el PNB
Argentina	1914	1,051	34,2	26,5
Brasil	1920	6,377	66,7	22,9
Chile	1913	455	37,7	15,5
Colombia	1913	1,270	70,5	54,6
México	1910	3,581	63,7	24,0
Nicaragua	1920	170	83,7	55,8

FUENTE: Bulmer-Thomas, Victor: *The Economic History of Latin America Since Independence,* Cambridge University Press,1995, p.122, (cuadro 5.1).

Así, la agricultura, en especial la dedicada a los cultivos destinados al consumo interno, pese a representar altos porcentajes del empleo, no contribuía con un aporte proporcional al PNB, salvo en el caso de Argentina[36]. Esto indicaba la existencia de una agricultura extensiva, poco mecanizada.

[36] Esto debe sin embargo tomarse con prudencia, ya que al calcular la contribución de la agricultura al PNB influye el valor relativo de los productos de cada sector.

La industria: algunos progresos

Como se vio en el capítulo anterior, aunque existía, esta actividad tenía escaso desarrollo antes de 1890. Esto comenzó a cambiar, al menos en países como Argentina, México, Brasil y en cierta medida, Chile, Colombia y Uruguay. En parte, el impulso industrial estuvo ligado al comercio exterior. Por ejemplo, las exportaciones de carne de Argentina y de Uruguay llevaron a la creación de grandes usinas de frigoríficos, donde la carne era cortada y envasada. La periferia sur de Buenos Aires, en el sector de Berisso, se transformó en un núcleo industrial, con una fuerte población obrera. En Monterrey, situada al norte de México, la proximidad del mercado de Estados Unidos favoreció la implantación de importantes industrias, como las fundiciones de hierro y acero. Pero no todo se explica por el factor exterior: parte de la producción de esas fundiciones iba al mercado mexicano, para la fabricación de los rieles necesarios al desarrollo de los ferrocarriles. Y otras industrias, como la cervecería Cuauhtémoc, fundada en 1890, se dirigían exclusivamente al mercado nacional.

La industrialización recibió además un impulso de parte de los gobiernos. En Colombia, el presidente Reyes aumentó en 500% los derechos aduaneros sobre las telas de algodón extranjeras, a fin de favorecer la naciente industria textil en Medellín. En Brasil, esos mismos derechos pasaron de 50 a 80% entre 1879 y 1900. La Primera Guerra Mundial estimuló la producción industrial, ya que disminuyeron las importaciones de productos manufacturados europeos, lo que obligó a Latinoamérica a tratar de producir lo que antes traía desde afuera.

Pese a los progresos de esta actividad, al final del período, en 1929, solo tres países podían considerarse como iniciadores de un cierto proceso de industrialización: Argentina, Brasil y México, los únicos donde la participación de la industria en el PNB superaba el 10%. Todos los demás países seguían basados en economías eminentemente agrícolas, ganaderas o mineras. Además, buena parte de las actividades industriales eran más bien de tipo artesanal, que se desarrollaban en empresas pequeñas. Así, pese a sus progresos, la industria fue durante largo tiempo una actividad dirigida casi únicamente al mercado interno, contribuyendo poco al comercio de exportación, que siguió basado en los minerales o en los productos agrícolas.

3.3. La evolución social: Nuevos actores

La sociedad continuó dominada por la oligarquía, que se reforzó con los beneficios derivados del auge exportador. Sin embargo, al mismo tiempo ella se diversificó a un ritmo más rápido, en función de los progresos del capitalismo, de los mayores ingresos del Estado y de la inmigración. Esto favoreció sobre todo el desarrollo de las clases ligadas a las actividades urbanas, aunque la sociedad siguió siendo mayoritariamente rural.

Progresos y límites de la urbanización. El peso de la inmigración

Durante esta época, solo tres países en toda la región (Argentina, Chile y Uruguay) alcanzaron índices de población urbana significativos. En otros países, como México, el peso de la población rural era enorme, ya que en 1910, en vísperas de la revolución, más del 80% de la población vivía en el campo. El cuadro 8 siguiente da una idea del grado de urbanización:

CUADRO 8

PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN URBANA EN RELACIÓN A LA POBLACIÓN TOTAL (CIUDADES DE MÁS DE 20.000 HABITANTES, PAÍSES SELECCIONADOS)

País	1870	1930
Argentina	15,7	38,0
Bolivia	3,7	13,1
Chile	10,7	32,0
Colombia	4,5	10,0
Costa Rica	13,1	13,2
El Salvador	2,9	10,4
México	7,7	15,6
Perú	6,2	9,6
Rep. Dominicana	5,5	6,0
Uruguay	19,5	37,6
Promedio*	7,9	16,9

* incluye solamente los países de América española.

FUENTE: Wilkie, James-Reich, Peter: *Statistical Abstract of Latin America,* University of California at Los Angeles, vol.15,1977, p.86.

El crecimiento demográfico de las grandes ciudades se explica por el incremento del sector de servicios, del desarrollo industrial y de las migraciones. Este proceso se dio especialmente en las capitales, algunas de las cuales empezaron a representar porcentajes importantes del total de la población del país, como se observa en el cuadro 9.

Cuadro 9
Población de ciertas ciudades, 1870-1930

Ciudad	Pob.en 1870	Pob.en 1930	Porcentaje de la ciudad en el total nacional	
	cifras en millones de habs.		1870	1930
Buenos Aires	0,2	2,1	10,8	18,3
Río de Janeiro	0,3	1,7	2,7	5,0
Bogotá	0,04	0,3	1,4	3,8
Santiago	0,15	0,7	7,2	16,2
Lima	0,1	0,3	3,7	4,8
México	0,2	1,0	2,4	6,3
Guatemala	0,05	0,1	4,6	6,0
La Habana	0,2	0,6	15,2	16,5
Montevideo	0,1	0,6	25,0	33,0

FUENTE: Bethell, Leslie: *Cambridge History of Latin America*, vol.5, p.249.

El peso cada vez más grande de las capitales en cada país demostraba una mala distribución de los recursos, lo que creaba disparidades regionales. En Chile, hasta 1880, Valparaíso, la segunda ciudad del país, tenía una población solo levemente inferior a la de Santiago, y en ella estaban concentradas varias de las primeras industrias del país; algunas décadas más tarde la diferencia demográfica entre ambas ciudades aumentó al triple, a medida que la capital acaparaba los servicios y las empresas.

Tampoco puede considerarse que la urbanización haya mejorado el nivel de vida de los habitantes. El crecimiento de las ciudades se hizo de modo desordenado y muchos de sus nuevos habitantes, sobre todo los más pobres, vivieron en malas condiciones. En Buenos Aires y Santiago apareció la palabra conventillo para designar a los lugares en que se hacinaban muchas familias de obreros, en pésimas condiciones de higiene. Ello contrastaba con el desarrollo de nuevas ciudades, destinadas en parte al esparcimiento de las clases medias y altas, que empezaban a adquirir la costumbre del veraneo en la playa. Tal fue el caso de Viña del Mar, fundada en los años 1870, que empezó a transformarse en el balneario de moda de los habitantes de Santiago y de Valparaíso a comienzos del siglo XX. En Argentina, Mar del Plata cumplió una función semejante para Buenos Aires, y en Uruguay, Punta del Este sirvió de balneario para los montevideanos.

La población experimentó cambios también en su composición étnica, a causa de la importancia que adquirió la inmigración, mayoritariamente europea, en varios países, mientras que la población de origen africano se hacía menos numerosa. El proceso de inmigración, ya comenzado antes, cobró un auge enorme gracias, entre otras cosas, al abaratamiento de los transportes y a la mayor información sobre Latinoamérica: partir ya era menos aventurado que antes. Así, si entre 1850 y 1880 1,3 millón de extranjeros habían venido a América Latina, entre 1881 y 1930 esa cifra fue de 12,7 millones. De ellos, algo más de la mitad se quedaron. Los años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial, 1913 y 1914, fueron los años dorados de este proceso.

Los inmigrantes se repartieron desigualmente: Argentina, Uruguay y el sur de Brasil recibieron a la enorme mayoría de los recién llegados. Cuba siguió recibiendo cantidades importantes de españoles, pese a la independencia. En los demás países, sobre todo los de América Central y los del Pacífico en América del Sur, el número de inmigrantes fue escaso. En Chile, en 1929, solo el 2,4% de la población había nacido fuera del país, cifra muy inferior a la de Argentina, donde los extranjeros representaban en 1914 alrededor del 30% del total de la población.

La mayoría de los inmigrantes eran de origen europeo, sobre todo del sur: españoles, italianos y portugueses; estos últimos se concentraban naturalmente en Brasil. En segundo lugar venían los del este de Europa: rusos, polacos y ucranianos, varios de ellos judíos. Los originarios del norte (Inglaterra, Suecia, Alemania) eran minoritarios, como asimismo los franceses. Hubo una cierta cantidad de personas originarias del Medio oriente, árabes que viajaban con pasaporte turco, ya que estaban dominados por ese país. Por esta última razón, en muchos países se llamó a esas personas turcos. Hubo también asiáticos: hindúes a las islas del Caribe británico y a Guayana, japoneses a Brasil y en menor medida al Perú.

Contrariamente a la experiencia en América del Norte, donde muchos de los inmigrantes se transformaron en pequeños o medianos propietarios agrícolas, en América Latina el destino de la enorme mayoría de los recién llegados fue el de trabajar en las ciudades, como obreros, o en el comercio. La fuerte concentración de la propiedad agraria en manos de una minoría dejó pocas tierras para los inmigrantes. Esa fue una de las razones por las cuales varios de ellos, desilusionados, volvieron a Europa o bien optaron por la fórmula de venir a trabajar al hemisferio sur en la época de la cosecha, para volver al Viejo Continente pasado ese momento. Esa migración fue calificada de “golondrinas”.

Además de las migraciones que venían desde fuera de América, hubo importantes procesos regionales. A países de América Central, como Panamá y Costa Rica, llegaron miles de trabajadores de las islas del Caribe británico, atraidos por los salarios pagados para la construcción del canal y de los ferrocarriles. En Cuba, en las primeras décadas del siglo XX, el auge del azúcar atrajo a una importante inmigración desde todo el resto del Caribe: jamaicanos, barbadianos, trinideños, portorriqueños y haitianos.

La presencia de emigrantes se hizo sentir en varios sentidos. En ciertas actividades, proporcionaron una mano de obra que hacía mucha falta, como los italianos y los japoneses en las plantaciones cafetaleras de Brasil. La vitivinicultura, especialmente en Chile, se apoyó en la llegada de muchos enólogos franceses. En la industria en general hubo quienes desarrollaron una vocación empresarial, creando fábricas y otros centros productivos, como se verá más adelante. En la política, varios fueron los que trajeron ideas anarquistas y socialistas, ejerciendo una marcada influencia en el naciente movimiento obrero latinoamericano, como en el caso del griego Plotino Radakhonaty y del italiano Pietro Gori, que figuraron entre los principales dirigentes anarquistas en México y en Argentina. Esta situación hizo que a menudo la represión contra estos grupos tuviera no solo caracteres sociales, sino también racistas, al asumir una connotación xenófoba. Al cabo de una o dos generaciones, ciertos descendientes de inmigrantes llegaron a ser destacados políticos: Eduardo Frei, futuro presidente de Chile, era hijo de un inmigrante suizo, llegado a ese país a fines del siglo XIX. En los primeros años del siglo XX llegó a vivir a Cuba un inmigrante gallego, Ángel Castro, que sería el padre de Fidel, el futuro líder de la revolución cubana.

La influencia extranjera se hizo sentir también en el nacimiento de una actividad deportiva que llegaría a ser la más popular de Latinoamérica: el fútbol. Fueron los ingleses y en menor medida los alemanes, empleados en comercio y en bancos, los que empezaron a practicar el deporte en el último tercio del siglo XIX, que pronto fue adoptado por los criollos. Empezaron a formarse clubes y ligas de fútbol, que en muchas ocasiones tenían nombres que revelaban la influencia europea, especialmente inglesa: el River Plate y el Racing en Buenos Aires, Liverpool en Montevideo, Wanderers en Valparaíso, Everton en Viña del Mar, todos fundados en la última década del siglo XIX y la primera del siglo XX. En Brasil, cuando se jugó el primer partido entre clubes de Sao Paulo y Río de Janeiro, en 1901, la mitad de los jugadores de ambos equipos tenían apellidos ingleses, alemanes o belgas. En la comida que se hizo después del segundo match se hicieron brindis en homenaje al inglés Charles Miller, iniciador del fútbol en Sao Paulo, y al rey Eduardo VII de Inglaterra. En el área del Caribe y en algunas partes de Centroamérica, la ocupación militar estadounidense dejó el béisbol como herencia, que se transformó gradualmente en el deporte más difundido de varios países de la región.

La inmigración contribuyó al crecimiento de la población, lo que además se acentuó gracias a los progresos en medicina pública. Esto fue notorio en la región tropical, gracias a científicos como el médico cubano Carlos Finlay, quien fue el primero en postular que la fiebre amarilla era transmitida por los mosquitos, lo que permitió posteriormente las campañas que erradicaron esa enfermedad en toda la región tropical. Otro médico, el brasileño Oswaldo Cruz, con estudios en el Instituto bacteriológico de París, adquirió fama por sus exitosas campañas contra la fiebre amarilla, viruela y malaria en su país.

Clases y actores sociales

a) La elite: los nuevos empresarios

Hasta fines del siglo XIX, la mayor parte de los componentes de este sector eran los grandes propietarios de tierras, a los que se sumaban grandes comerciantes y mineros. Esta situación se diversificó en la nueva etapa, al sumarse los representantes de los sectores bancario e industrial, cuya presencia hasta entonces era escasa. No debe verse, sin embargo, una oposición entre los nuevos empresarios y los que habían hecho fortuna en actividades más tradicionales. Los industriales podían provenir del medio de los terratenientes o bien podía haber empresarios con intereses en varios sectores a la vez.

Una parte de los nuevos empresarios, sobre todo en la industria, provino del aporte de los inmigrantes. Esto se explica por la mayor experiencia que traían estas personas de sus países de origen en ese tipo de actividades. Entre los casos más conocidos figuran en Argentina el italiano Torcuato Di Tella, creador de SIAM-Di Tella, una de las principales industrias mecánicas del país, así como los belgas Ernesto Bunge y Jorge Born, que hicieron fortuna primero en el comercio de cereales y que luego crearon una importante industria molinera y otra de fabricación de bolsas para la exportación de trigo. Juan Yarur, nacido en Palestina, emigró a Sudamérica en 1913; vivió primeramente en Bolivia, donde creó una fábrica de hilados de algodón y en 1932 se trasladó a Chile, donde formó otra industria en el mismo rubro, que llegó a ser una de las más grandes del país. En México, el francés, León Signoret fue uno de los inversionistas que crearon las fundiciones de Monterrey. Pero también hubo empresarios nacionales en este sector. La industria textil colombiana en Medellín fue obra íntegra de gente del país, como la familia Ospina. En Brasil muchos propietarios agrícolas, productores de café, invirtieron en la industria. En Bolivia, dos de los "barones" del estaño, la principal riqueza del país, eran bolivianos: José Aramayo y Simón Patiño; este último fue un caso raro de movilidad social fulgurante, ya que en su juventud era un *cholo* de escasa educación, que comenzó como empleado de tienda, para convertirse gradualmente en empresario minero, que pasó más tarde gran parte de su vida en París, Niza y Nueva York. A su muerte, en 1943, era probablemente uno de los hombres más ricos del mundo.

Los empresarios también se organizaron, constituyendo actores sociales que también podían, evidentemente, ejercer presiones políticas. En el pasado, los empresarios agrícolas y los comerciantes se habían organizado, desde comienzos de la Independencia. Los empresarios industriales habían comenzado a hacerlo poco antes de la época estudiada en este capítulo, como fue el caso de la Unión de Industriales Argentinos (UIA), creada en 1887 y de la Sociedad de fomento fabril (SOFOFA) en Chile, en 1883[37]. Organizaciones similares aparecieron en los demás países en la misma época y en los años siguientes. En México, antes

[37] Esta institución se formó en el local de la Sociedad Nacional de Agricultura, buen ejemplo de la ausencia de rivalidad entre industriales y agricultores, como se insinuó al comienzo de esta sección.

de la Revolución, existían unas 15 cámaras de comercio. Después de 1917 aparecieron una gran cantidad de organizaciones industriales, comerciales y de banqueros, que culminaron con la fundación de la Confederación patronal de la República de México, en 1929.

b) La clase media

Actor de escasa envergadura hasta antes de 1890, la clase media creció en forma destacada, sobre todo en las ciudades. Este proceso se debió al crecimiento del sector de servicios, en parte por obra de los gobiernos, con la creación de nuevos ministerios, de servicios como el de transporte público, de escuelas, o la policía. En Uruguay, los empleados del sector público eran 20.000 en 1900, cifra que aumentó a 60.000 en 1930. En Chile, el número de personas empleadas en el comercio y en los transportes aumentaron casi al doble entre 1907 y 1930, pasando de 127.000 a 209.500. También aumentaron los empleos en servicios del sector privado, desde el de comercio y bancos hasta el de empleadas domésticas. Esta última categoría pasó a ser una parte importante del empleo femenino. Muchas de estas actividades urbanas eran desempeñadas por inmigrantes, especialmente en ciudades como Buenos Aires, que ocupaban un 75% de los empleos en el sector de obreros industriales a comienzos de 1900.

Uno de los canales fundamentales para el fortalecimiento de la clase media era la educación. Esta se desarrolló lenta pero gradualmente en todas partes, con un incremento en la construcción de escuelas públicas. En Argentina, la matrícula en las escuelas primarias aumentó a más del doble entre 1890 y 1912, pasando de 300.000 a 780.000 inscritos, mientras que en Chile, casi en el mismo período, el total aumentó de 95.000 a 240.000. Estos progresos se dieron también en los territorios coloniales. En el Caribe británico hubo un sistema de becas que permitió una movilidad social relativamente importante, y el hecho de que los maestros de escuela, al igual que la gran mayoría de la población, fuesen de color, ayudó a ese proceso. Este sector promovió importantes aspiraciones, como en el caso de la Asociación de arrendatarios de Trinidad, que hizo manifestaciones en pro de la ampliación de los derechos políticos en la isla.

Las Federaciones de estudiantes universitarios, que agrupaban en general a jóvenes salidos de clase media, fueron importantes para difundir las reivindicaciones de ese sector. En países como Perú, Chile y Argentina, esas asociaciones tuvieron un impacto importante en la vida pública. Un episodio célebre fue el del movimiento estudiantil en la ciudad de Córdoba (Argentina) en 1918, cuando los estudiantes exigieron medidas para democratizar la universidad, creando horarios más flexibles para los cursos, y pidiendo que los profesores fueran contratados en base a concursos y no a través de las decisiones personales del rector. Este movimiento, que tuvo éxito, alcanzó gran repercusión no solo en Argentina, sino en el resto de Latinoamérica. Algunos grupos de profesionales, como los maestros de escuela, se organizaron también en organismos no solo nacionales, sino internacionales, reivindicando mejores salarios y reformas al sistema educacional.

El nivel de vida de la clase media no era mucho más elevado que el de los obreros. Muchos empleados de comercio o de la administración pública, ciertas profesiones como las de maestros de escuela primaria o secundaria no tenían altos ingresos y debían conformarse con una vida limitada. La diferencia con los obreros se daba muchas veces a nivel de la imagen y de la mentalidad: por tener un poco más de educación y por no desempeñar tareas manuales, la legislación suponía que los miembros de la clase media tenían derecho a un espacio más confortable para vivir. Tal fue el caso en Perú, donde la ley que regía la construcción de viviendas en 1920 especificaba que las destinadas a las personas consideradas como empleados (esto es, los que efectuaban tareas no manuales) debían tener un mínimo de 120 metros cuadrados, mientras que las destinadas a obreros tendrían un máximo de 75. La importancia de estas leyes nos muestra, además, que la clase media lograba hacerse notar a nivel político, como se verá más adelante.

c) Militares

A partir de la última década del siglo XIX, todos los países de la región, comenzando con los del Cono Sur, crearon instituciones para la formación permanente de los oficiales, que tendrían desde entonces una carrera bien trazada. En un comienzo, ello se realizó en el ejército y en la marina, pero desde la época de la Primera Guerra Mundial también empezó a crearse en todas partes la rama de la Fuerza Aérea. Se creó además la institución del servicio militar obligatorio, con lo que la influencia del Estado se hizo sentir en todo el país. Esta institución fue vista, en países como Argentina, no solo investida de una misión militar, sino cívica: en un país donde los inmigrantes eran numerosos, el servicio militar podía servir como escuela de patriotismo. Así surgieron las fuerzas armadas profesionales, que reemplazaron a los ejércitos formados de modo casi espontáneo durante el siglo XIX, que contaban con pocos oficiales de carrera.

Este proceso se dio con la participación importante de misiones militares europeas, que fueron contratadas para formar a los nuevos oficiales. Alemania y Francia rivalizaron en ese terreno, especialmente en la preparación del ejército, mientras que Inglaterra seguía siendo influyente en las marinas de guerra. En este período no hubo influencia de Estados Unidos en las instituciones armadas latinoamericanas. El Salvador, Honduras y Colombia contrataron oficiales chilenos para la formación de sus ejércitos, lo que reflejaba el prestigio militar alcanzado por ese país luego de su triunfo en la Guerra del Pacífico.

La carrera militar, aunque en principio estaba abierta a todos, sin distinción de clases, favoreció de hecho a las clases medias y a la elite, sobre todo en la formación del cuerpo de oficiales. Los colegios militares tenían reglas estrictas de admisión de los cadetes, que debían ser hijos legítimos, exigencia que excluía a muchos jóvenes de familias pobres.

Según ciertos autores, la clase media se fortaleció también con el desarrollo de la profesionalización de las instituciones armadas, ya que ese proceso creó una amplia categoría de empleados públicos, los militares, que en principio, compartían los valores y los objetivos

de la clase media, como la difusión de la educación pública y otras políticas que favorecían la movilidad social. En principio, los militares podían ser un actor político favorable a la democratización. Como se verá más adelante, esto ocurrió así solo en contadas ocasiones.

d) Surgimiento de la clase obrera

Los obreros asalariados crecieron y se constituyeron como clase al ritmo del desarrollo industrial y minero y de ciertas actividades agrícolas, como las plantaciones azucareras del norte del Perú o de Cuba. Ello no significó la desaparición total del artesanado, que siguió constituyendo un porcentaje de cierta importancia dentro de las ocupaciones.

El peso de la clase obrera como porcentaje de la población era sin embargo escaso. Así por ejemplo, el censo de 1920 en Brasil indicaba que sólo había 275.000 obreros de fábricas para una población de 30 millones de habitantes, y en México en 1910 las cifras eran de 58.800 en un total de 10 millones. Chile y Colombia, que les seguían, estaban en una situación aún inferior.

Como en la época de la revolución industrial europea, los obreros latinoamericanos vivieron en condiciones de vida precarias. Además de las malas condiciones de alojamiento, la jornada de trabajo podía ser muy larga, como en la industria mexicana, donde antes de 1910 se trabajaba 16 horas diarias, seis días por semana. En campamentos mineros o en ciertas industrias, los obreros disponían a veces de casas ofrecidas por la empresa, pero vivían sometidos a una estricta vigilancia. En Puebla (México), en ocasión de una huelga de los obreros textiles en 1906, una de las principales demandas de los obreros era la de eliminar la prohibición de recibir visitas en sus casas. El trabajo infantil era a veces frecuente: en muchas industrias chilenas se empleaba a menores de edad, como en el caso de la industria del vidrio, donde los niños representaban entre el 20 y el 30% de la mano de obra, entre los años 1900 y 1930. Evidentemente, esos obreros recibían un salario muy inferior al de los adultos. La ausencia casi total de leyes sociales o el incumplimiento de ellas permitía esas prácticas.

Ante esto, los obreros se organizaron. Al comienzo, el objetivo principal era el de la ayuda social, a través de sociedades de socorros mutuos, para actuar en casos de enfermedad o de fallecimiento. Más adelante nacieron los sindicatos, donde se trataba de obtener mejores condiciones de trabajo. Esto dio lugar a una situación nueva en Latinoamérica, la de las demandas sociales de grupo ante los patrones. Esas situaciones llevaban rápidamente a huelgas, lo que era facilitado por la inexistencia de leyes que reglamentaran los conflictos. Varias de ellas dieron lugar a situaciones de extrema violencia, a causa de la represión con que las autoridades enfrentaron a los trabajadores. En efecto, la huelga –al menos algunas de ellas– era percibida como una amenaza de rebelión social más que como un conflicto de trabajo. Fue así como las primeras décadas del siglo XX quedaron marcadas por verdaderas masacres, especialmente en Chile, México y Argentina. En el primero de esos países, hubo represiones contra huelgas que terminaron

en matanzas en Valparaíso (1903), Santiago (1905) y especialmente en Iquique, en el norte del país, en 1907. En esta última ocasión, tropas de Ejército y Marina rodearon a los obreros del salitre en huelga y dispararon contra la multitud indefensa, con un saldo que se estima en dos mil muertos. En México, el gobierno actuó con gran brutalidad para reprimir la huelga textil de Río Blanco, en 1907, donde se estima que 100 personas perdieron la vida. En Argentina, la represión contra una huelga de la industria metalúrgica, acompañada por una huelga general en Buenos Aires, provocó, según la prensa socialista, la muerte de 700 personas, además de dejar 4.000 heridos. Esto ocurrió en enero de 1919, en la llamada "Semana trágica". Una experiencia semejante ocurrió a fines de 1921, en ocasión de la huelga de los trabajadores de las estancias ganaderas del sur de Argentina, que exigían la aplicación de las ventajas obtenidas con una huelga anterior (que no eran respetadas por los propietarios). El gobierno resolvió hacer intervenir al Ejército para imponer el orden en la región, lo que acarreó la muerte de aproximadamente mil trabajadores, que fueron fusilados por los militares.

Pese a estas experiencias represivas, los sindicatos comenzaron a crecer, al menos en ciertos países, formando otro espacio organizado a nivel nacional e internacional, y obteniendo a veces conquistas importantes. En Perú, luego de una gran huelga en 1919, los trabajadores consiguieron un viejo anhelo: la ley que creaba la jornada de trabajo de 8 horas. En países como Chile, Uruguay y Argentina, la presión obrera contribuyó a la adopción de ciertas leyes sociales, como los seguros de enfermedad, de vejez y de invalidez.

e) El mundo indígena y campesino

El mayor desarrollo del capitalismo y la llegada de inmigrantes aceleró el proceso de concentración de la propiedad agraria, iniciado en el período anterior, lo que perjudicó tanto a los pequeños propietarios como a las comunidades indígenas.

En países con fuerte población indígena, como México, esto acarreó el incremento de presiones contra las tierras pertenecientes a comunidades, como resultado del proceso de exportación de productos agrícolas. En este país, el conflicto entre empresarios y comunidades indígenas por la posesión de la tierra fue una de las causas importantes de la revolución que estalló en 1910. En otros países ese proceso fue tanto o más importante: en Bolivia cerca de un tercio de toda la tierra agrícola fue privatizada a fines del siglo XIX y comienzos del actual, en detrimento de las comunidades indígenas, y situaciones semejantes se dieron en Guatemala, Perú y Colombia, dando lugar a diversas rebeliones, como en décadas anteriores; dos de ellas en Bolivia: la de 1899, dirigida por Pablo Zárate Willka[38], que fue parte de la revolución liberal, y la de 1927, en Chantaya. Esta última, que

---

[38] Este personaje (?-1901), de origen aymara, se puso a la cabeza de las fuerzas indígenas que participaron en la guerra civil, apoyando a los liberales contra los conservadores. Pero en medio de la lucha, los indios comenzaron a actuar por cuenta propia, lo que culminó con la proclamación de una "república indígena"

(Continúa en la página siguiente)

fue reprimida por el ejército a costa de centenares de muertos, logró sin embargo detener el proceso de expropiación de tierras. En Colombia, en 1914 comenzó la lucha armada de los indios de la región del Cauca, dirigidos por Quintín Lame, que pronto se extendió a otras regiones del país. En Perú hubo varias rebeliones desde 1918.

Peor fue la suerte corrida por las etnias en regiones periféricas, que no practicaban la agricultura. Los indios del extremo sur de Chile y de Argentina, que poblaban la Tierra del Fuego, y que hasta entonces vivían de la caza y de la pesca, fueron considerados como perjudiciales para la cría de ovejas por los dueños de estancias, los cuales lanzaron campañas de exterminación contra los onas y yaganes, llegando a pagar por cada oreja de indio muerto. En Costa Rica, los indios de la región fronteriza con Nicaragua fueron perseguidos por los cultivadores del árbol del caucho, para disponer de mayor espacio para sus actividades.

Esta situación afectaba también a los pequeños propietarios y a los trabajadores rurales, que llevaban una existencia precaria. En el noreste de Brasil, en la región llamada *sertao*, se registró un caso particular de conflicto entre ese sector y la presencia cada vez más notoria de las instituciones del Estado. En esa región, que tiene características sociales y culturales especiales, por los efectos de las sequías periódicas, se producían a menudo movimientos milenaristas, donde los *sertanejos*, seguían a un líder que les prometía una vida mejor. Uno de esos movimientos desembocó en una tragedia: la matanza de Canudos de 1896. En esta aldea se habían agrupado los seguidores de Antonio Conselheiro, un líder místico. Como se negaban a obedecer al gobernador del estado de Bahía, y porque además se decían partidarios de la antigua monarquía, recientemente depuesta, fueron considerados como una amenaza contra el Estado republicano, y el Ejército fue despachado para reprimirlos. El episodio terminó con una sangrienta batalla, en la cual miles de personas murieron, entre ellas bastantes militares[39].

f) Los negros

Con la abolición de la esclavitud en Brasil, en 1888, se había terminado el proceso de liberación de los negros en toda América. Pero su condición social estaba lejos de ser satisfactoria. La abolición no había sido acompañada por medidas para favorecer la inserción social de los nuevos ciudadanos. Por ello, no es sorprendente que en algunos países, los negros, sintiéndose excluidos, hayan intentado darse organizaciones propias. Esto se dio en Brasil y en Cuba, donde hubo la formación de partidos políticos exclusivamente destinados

---

en el sur del país, el 13 de abril de 1899. Hubo también matanzas de blancos por los indios. Los liberales triunfantes arrestaron a Willka y lo sometieron a juicio. Aunque fue declarado inocente de las acusaciones de querer exterminar a los propietarios de tierras, fue mantenido preso y terminó siendo asesinado por sus guardias.

39 Este hecho fue descrito por dos de los más conocidos escritores latinoamericanos, el brasileño Euclides da Cunha, que fue testigo de los acontecimientos, en su obra *Os Sertoes* (1902) y más tarde por el peruano Mario Vargas Llosa, en su novela *La guerra del fin del mundo*.

a promover los derechos de la gente de color. Negros y mulatos protestaban por quedar siempre afuera de los cargos públicos y por el maltrato que sufrían en general. Aunque no tuvieron larga duración, su sola aparición demuestra las limitaciones de las democracias latinoamericanas, que no eran capaces de hacer sentir a los negros que ellos también eran parte de una misma sociedad y una misma nación. En Cuba hubo incluso una rebelión negra en 1912, provocada por una ley que prohibía la formación de partidos en base al color de la piel. Este episodio terminó con una lucha armada que duró varios meses, y que terminó con la muerte de varios miles de negros rebeldes.

Los negros buscaron en los nuevos deportes profesionales un canal de ascensión social y de expresión colectiva. En Cuba, los negros se destacaron en el béisbol y en el boxeo, actividad que permitía que personas de origen pobre llegaran a la fama. En el primero de esos deportes, en 1911 fueron contratados los primeros jugadores cubanos en el béisbol profesional de Estados Unidos, aunque el club debió obtener un certificado que estableciera que ambos jugadores, que eran de piel morena, no eran realmente negros, sin lo cual no hubieran sido admitidos. En el segundo, uno de los casos más destacados fue el de Eligio Sardiñas, más conocido como "Kid Chocolate", que antes de cumplir los 18 años comenzó una carrera meteórica en Estados Unidos, donde llegó a ser campeón mundial en la categoría de livianos juniors, en 1931. En Perú, uno de los clubes más conocidos era el Alianza de Lima, que era compuesto principalmente por negros. Cuando se formó el campeonato profesional, esos jugadores sintieron que no se les pagaba los salarios equivalentes a los que percibían los futbolistas que no eran de color. Para hacer sentir su protesta, se negaron a integrar la selección nacional que debía competir en el torneo sudamericano. Como castigo, fueron expulsados del torneo profesional peruano, pero más tarde la medida fue revocada. Esta anécdota revela además el paso del fútbol a la actividad comercial, luego de haber comenzado como un esparcimiento de aficionados.

g) La condición de la mujer

La situación de la mujer mejoró un tanto en el plano social. En países como los del Cono Sur, a partir de los años 1880 las mujeres fueron admitidas en ciertas carreras universitarias, donde se concentraron en forma mayoritaria en las profesiones ligadas a la educación y en menor grado a la salud. Tan fuerte era la concentración en esa área, que se puede hablar de un verdadero ghetto femenino: en Chile, en 1907, había 3.980 profesoras y 1.070 matronas. En cambio había solo 3 mujeres abogados, 7 médicos, 10 dentistas y 10 farmacéuticos. Esto no había cambiado mucho en 1930, donde el número de mujeres profesionales había aumentado, pero sin que se diversificaran sus especialidades, ya que ese año había 11.633 profesoras, 1.139 matronas y 2 arquitectos, 118 dentistas, 445 farmacéuticas y 54 médicos.

El acceso a los estudios superiores benefició casi únicamente a las mujeres de clase alta y media. En conjunto, las mujeres iban menos a la escuela, como se observa al estudiar las tasas de analfabetismo por sexo. En todos los países las mujeres tenían tasas más elevadas

que las de los varones. El único país en el que ambos sexos estaban casi en igualdad era Argentina, que además presentaba las tasas más bajas de analfabetismo: 45% para los varones y 42% para las mujeres.

Los comienzos de la industrialización trajeron como consecuencia una disminución relativa de la mujer en el sector de la población activa al menos en algunos países, por la preferencia de los dueños de fábricas a emplear hombres. La mujer había tenido una presencia importante en la producción textil en la época en que predominaban los establecimientos artesanales, pero eso había cambiado. Esto se explicaba en parte por razones sociales y culturales. La fábrica era estimada como un centro de malas costumbres, donde la mujer no debía ser admitida. Paralelamente, el ascenso de la clase media provocó la aparición de la mentalidad según la cual la mujer debía permanecer en la casa.

En el plano legal, la mujer no obtuvo tampoco progresos. En los códigos civiles de la mayoría de los países siguió siendo considerada en un plano inferior al marido, al cual debía pedir el permiso para tener cuenta bancaria propia o para dirigir una empresa, ya fuese un comercio u otro establecimiento. Solo al quedar viuda la mujer era considerada legalmente autónoma. El control de la mujer era mayor en las familias de la elite, donde se mantenía la preocupación por defender el honor de las madres, hijas y hermanas. Ello fue lo que motivó el trágico caso que opuso a chilenos que vivían en Europa. Fernando Balmaceda, secretario de la legación chilena en Bélgica, fue asesinado por el hermano de Elisa Waddington, la joven de quien se enamoró, al negarse a casarse con esta después de haber tenido relaciones íntimas con ella, en 1907. El autor del crimen fue absuelto por el juez belga, quien lo disculpó aduciendo que el joven homicida no había hecho sino defender lo que creía justo. Si tal actitud existía en Europa, no debe sorprender que se diera el mismo fenómeno en países latinoamericanos. En Brasil, en 1918 un juez había no solo absuelto a un marido que había asesinado a su esposa, acusada de adulterio, sino que había declarado "lo absolví porque soy hombre, y casado; si yo hubiera estado en su lugar, hubiera hecho lo mismo"[40]. Esta actitud estaba tan difundida en la sociedad brasileña que cuatro abogados formaron una organización destinada a "reeducar la sociedad" para que esta no fuera tan tolerante hacia los crímenes pasionales. Este movimiento no significaba sin embargo un apoyo al feminismo; sus fundadores declaraban abiertamente que la mujer era inferior al hombre.

No varió tampoco la condición de la madre monoparental, que casi siempre debía ocuparse de los niños que había tenido fuera del matrimonio. El número de hijos ilegítimos era muy alto, llegando casi al 50% de los nacimientos en áreas rurales o en regiones alejadas de las ciudades grandes. Esto no era un hecho nuevo, pero en ciertas áreas se acentuó debido al incremento de las migraciones campo-ciudad, que implicaba un mayor número de hogares donde los hombres abandonaban a su familia, a veces por períodos largos.

---

40 Citado por Susan K. Besse, "Crimes of Passion: The Campaign Against Wife Killing in Brazil, 1910-1940", *Journal of Social History*, vol.22 (1989), n.4, p.656.

Las mujeres iniciaron movimientos por obtener el derecho a voto, que si bien lograron éxitos limitados en esta época, dejaron sembrada la semilla para los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Estas acciones, iniciadas en la década del 1920, se inspiraban en parte de lo que ocurría en Europa, donde la mujer acababa de conquistar el sufragio. En Argentina, las mujeres organizaron incluso un simulacro de votación para invitar a las mujeres a participar. No lograron atraer a mucha gente, pero la iniciativa dio más visibilidad a su movimiento. El poco éxito de sus demandas se debía, desde luego, a la mentalidad de los detentores del poder, poco dados a hacerles concesiones. Esto se observó incluso en México, el país que acababa de hacer la revolución en nombre de la justicia social. En este país los jefes revolucionarios pensaban, como antaño, que el lugar de la mujer estaba en la casa, y que su papel en la sociedad era sobre todo moralizador, no político: la mujer era el elemento destinado a contener la violencia y a limitar los excesos del alcoholismo, por ejemplo. Según esto, el derecho a voto era no solamente innecesario sino dañino, ya que podía arrastrar a la mujer a conductas semejantes a las de los hombres.

Pese a estas limitaciones, hubo mujeres que se destacaron en la vida pública, entre ellas la colombiana María Cano, quien jugó un papel importante en las actividades del Partido Socialista de su país natal, en la década de 1920, ganándose el apelativo de "Flor nacional de los trabajadores"[41] . Otra mujer destacada fue Alice Moreau, nacida de padres franceses en Londres, en 1886, quien llegó a vivir con su familia a Argentina a comienzos de siglo; desde temprano participó en las actividades del Partido Socialista de ese país y trabajó intensamente por educar a la mujer, lo que ella estimaba que debía preceder la obtención de sus derechos políticos. Más tarde se casó con Juan Justo, fundador del PS.

h) Religión

En este período, un rasgo importante fue el incremento de la presencia del Estado en la sociedad civil en detrimento de la Iglesia católica. Ello ocurrió por la culminación de la tendencia a laicizar la vida pública, iniciada por los liberales en décadas anteriores, y que fue cobrando cada vez más fuerza. En Bolivia, una ley de 1905 permitió por primera vez el libre ejercicio de otras religiones fuera de la católica. En México, la revolución de 1910-1917 dio nuevo impulso a la política anticatólica: la Constitución de 1917 contenía disposiciones que impedían la presencia de sacerdotes extranjeros en México y que prohibía la existencia de escuelas católicas. Además, en la casi totalidad de los países, se operó la separación de la Iglesia del Estado, con lo que el catolicismo dejó de ser la religión oficial del país. En

41 María de los Angeles Cano (1887-1967) nació en Medellín, hija de una familia de buena situación. Empezó a trabajar como periodista y entró en contacto con artesanos y obreros, en las celebraciones del Primero de Mayo. Hizo giras por todo el país para defender las ideas socialistas y los derechos de la mujer. Fue una de las fundadoras del Partido Socialista Revolucionario, en 1927. A menudo fue encarcelada y acosada por sus actividades. En los años 1930 su salud declinó y se retiró de las actividades políticas. Murió en su ciudad natal. Hasta hoy es considerada uno de los personajes claves de la izquierda colombiana.

Guatemala esto había ocurrido ya en 1884; en Brasil se realizó el mismo proceso en 1890, en Ecuador en 1899, en Uruguay en 1919, y en Chile en 1925.

La Iglesia católica debió además enfrentar la presencia creciente de las iglesias protestantes, cuya influencia creció con el aporte de los inmigrantes. En el sur de Brasil, la federación luterana alemana contaba con 80.000 miembros en 1880, que pasaron a ser 130.000 en 1920. La ocupación militar de Estados Unidos en América Central y el Caribe fue otro factor favorable a la implantación de metodistas y anglicanos. Pese a esos progresos, en 1916 se calculaba que el total de protestantes en toda América Latina era de solamente 200.000 personas, lo que equivalía a apenas al 0,3% de la población total del continente, que era en aquella época de 70 millones de habitantes.

Para los católicos, un hecho importante fue el primer concilio plenario latinoamericano, celebrado en Roma, en 1899. De esa reunión salió una política tendiente a reforzar la acción de la Iglesia, en una cruzada basada en sus propios recursos y no en las alianzas políticas. Ejemplo de ello fue la Iglesia brasileña, dirigida por el obispo de Olinda-Recife y futuro cardenal, Sebastiao Leme da Silveira Cintra, llamado "Dom Leme", que logró reconquistar posiciones perdidas en el período anterior. En Chile, la presencia de la Iglesia se hizo notar en la educación superior con la fundación de la Universidad Católica (1888) que pronto comenzaría a rivalizar con la Universidad de Chile, laica y estatal, disputándole el liderazgo de la enseñanza universitaria en ese país. En Chile nació también en este período un núcleo originado dentro del partido conservador, que buscó influir en los medios obreros, a través de un catolicismo social que reflejaba la influencia de la encíclica "Rerum Novarum" de 1891.

i) Vida cotidiana

Los progresos de la urbanización, de la industrialización, la ampliación de los servicios públicos y la llegada de inmigrantes transformaron la vida de todos los días, pero estas transformaciones no fueron aceptadas fácilmente.

Los inmigrantes no siempre fueron bien recibidos. El trato fue especialmente negativo hacia los llamados turcos, a quienes se atribuía toda clase de costumbres sórdidas y que eran acusados de vivir en la suciedad y de propagar enfermedades. Además, a menudo se les obligaba a cambiar de nombre al llegar al país. Tal fue el caso de Yamil Chuaqui, nacido en Siria en 1895, quien llegó a Chile cuando tenía trece años, y debió cambiar su nombre de pila para ser mejor aceptado en su nuevo país, llamándose finalmente Benedicto. Luego de aprender con gran esfuerzo el español, trató de integrarse a la sociedad chilena postulando al cuartel de bomberos de su barrio. Entrar a este servicio, que es desempeñado gratuitamente en Chile, por medio de voluntarios, implicaba un cierto reconocimiento social. Tras varios meses, su postulación fue aceptada, pero se enteró que su candidatura había provocado una gran discusión, y que muchos de los bomberos se habían opuesto a

aceptarlo. Pasó mucho tiempo antes de que sus compañeros bomberos aceptaran convivir con él como uno más[42].

Las malas condiciones de vida de la clase obrera se reflejan en el testimonio del futuro jefe de gobierno de Francia durante la Primera Guerra Mundial, Georges Clemenceau, en su visita a Argentina a comienzos de siglo, quien narra sus impresiones sobre las plantaciones de caña de azúcar, cerca de Tucumán, el el noroeste del país:

> Los barrios de los trabajadores son de una indescriptible pobreza. A ambos lados de las calles hay hileras de pequeñas casas de un piso, donde las más elementales medidas de higiene están ausentes. Las mujeres y los viejos permanecen sentados, inmóviles, en medio del polvo, con la bombilla en la boca, tomando el mate. Los niños,que se mueven por todas partes; apenas se les distingue de los chanchitos que buscan comida en los basurales. De acuerdo a los standards europeos, esta gente vive en una condición miserable. Sin embargo, el clima hace fácil la existencia y ellos parecen encontrar su existencia bastante llevadera. Podemos concebir que tendrán en el futuro una mejor condición, lo que alcanzarán cuando obtengan una mejor remuneración del trabajo que ellos aportan. Pero las leyes para la protección del trabajo son desconocidas en Argentina... los diputados y senadores con quienes conversé me parecieron favorables a este punto, aunque los vi con tendencia a diferir las realizaciones por tiempo indefinido[43].

Si en algunos países las mujeres lograron ser tratadas en forma más igualitaria por los varones, ello no ocurrió en otros lugares. La existencia de la mujer en el pueblo de Azteca, no lejos de Ciudad de México, seguía basada en el sometimiento al marido. Cuando una joven del pueblo, Esperanza, se casó con Pedro Martínez, en 1910, su madre le dijo: "Ahora que te vas a casar, tienes que cambiar de carácter. Aquí tú haces lo que quieres, pero ahora tienes que portarte como tu marido te diga. Si te llama la atención, no respondas. Si te golpea, acéptalo, porque si no lo haces, tu marido va a preguntarnos qué clase de educación te hemos dado"[44].

El alcoholismo era un flagelo social. En Chile, el consumo de vino aumentó en forma extraordinaria entre fines del siglo XIX y los años 1920, producción que se destinaba casi íntegramente al consumo interno. El resultado fue un incremento enorme del alcoholismo, a tal punto que los principales diarios lanzaron en 1919 una campaña para arrancar una parte de las viñas y así hacer disminuir la producción. El presidente Arturo Alessandri fue aplaudido por haber reemplazado las viñas en su fundo por árboles frutales. Esta campaña era apoyada especialmente por la prensa obrera, quien veía en el alcoholismo un medio de los ricos para mantener su dominación sobre los trabajadores.

---

42 Chuaqui, Benedicto: *Memorias de un inmigrante*. Santiago, Ediciones Orbe, 1942.

43 Clemenceau, Georges: *Notes de voyage dans l'Amérique du sud. Argentine-Uruguay-Brésil*. Éditions Utz, 1991, p. 171. (Original de 1911).

44 Lewis, Oscar: *Pedro Martínez. A Mexican Peasant and his Family. New York*, Vintage Books, 1964, p. 53.

La influencia de las grandes compañías extranjeras se hizo sentir en la vida social. La Braden Copper Company, propietaria de la gran mina de cobre de El Teniente, a unos 100 kms. al sur de Santiago, decidió, en los años 1920, implantar un programa social destinado a disminuir el ausentismo y a disciplinar la mano de obra, a través de incentivos y de medidas restrictivas. Entre las primeras figuraba la de dar cursos de capacitación, apoyar a los clubes deportivos y ofrecer servicios médicos. Entre los segundos se encontraba la disposición de prohibir la convivencia entre parejas que no estuvieran casadas. Para poder seguir juntos y vivir dentro de los terrenos de la empresa (que estaba situada en la alta montaña, lejos de las ciudades), debían casarse obligatoriamente so pena de despido (esta última disposición perduró hasta los años 1950). Si aceptaban, tendrían derecho a una vivienda para casados. A partir de 1922, la empresa multiplicó las construcciones concebidas para albergar familias. Estas últimas medidas fueron pensadas porque se calculaba que los obreros casados llevaban una vida más tranquila, bebían menos, no dejaban el trabajo fácilmente y lo pensaban más antes de declararse en huelga.

Otra influencia de las grandes empresas extranjeras fue la de imponer las modas y los estilos de vida foráneos. Los habitantes de la pequeña ciudad de Ciénaga, en la costa caribeña de Colombia, compuesta en su mayoría por obreros agrícolas de la plantación bananera que pertenecía a la United Fruit, fueron puestos en contacto con films de Estados Unidos en los años 1920, proyectados en teatros construidos por empresarios privados, donde se podían ver los films de Douglas Fairbanks. En las tiendas de la ciudad se podían comprar máquinas de escribir Underwood, lapiceras Parker, sal de fruta Eno, aspirinas Bayer, crema dental Colgate e incluso automóviles Chevrolet. Aunque esos productos eran vendidos por comerciantes privados, su transporte hasta la costa colombiana se hacía en los barcos de la United Fruit.

3.4. Las formas de la vida política: Una mayor estabilidad dentro de un marco de participación limitada

Tendencias generales

La aparición de nuevos actores sociales, la diversificación de la economía, la urbanización y las nuevas ideas políticas y sociales, favorecieron la aparición de tendencias que buscaban dejar atrás el esquema de la vida política oligárquica, donde una escasa minoría de personas ocupaba los cargos dirigentes y donde un bajo porcentaje de personas tenía derecho a votar y a ser elegido. El fortalecimiento del Estado hizo disminuir la frecuencia de las guerras civiles; en ciertos países los partidos políticos se diversificaron y el esquema global del sistema de gobierno, inspirado por el liberalismo, pareció entonces adquirir mayor legitimación. Estas tendencias aparecen en el cuadro 10 siguiente:

Cuadro 10
Participación electoral y tipo de gobiernos, 1890-1929

Países	Grado de participación mínima	Grado de participación máxima	Número y tipos de gobierno Total*	Elegidos	Derrocados**
Argentina	2,0%	12,9%	11	11	0
Bolivia	0,1	3,9	10	9	2
Brasil	1,4	3,3	14	10	1
Chile	3,6	6,3	11	10	4
Colombia	x	10,5	16	10	1
Costa Rica	0,2	15,7	13	11	2
Ecuador	5,0	6,7	15	11	3
Honduras	x	16,3	22	14	6
México	0,1	12,8	12	11	4
Paraguay	3,0	9,1	24	11	8
Perú	0,1	3,8	14	12	3
Uruguay	2,7	16,7	13	11	1
Venezuela	x	17,3	8	3	3

*: el número total de gobiernos supera a veces a la suma de los elegidos y derrocados, porque en varios casos hubo gobiernos provisorios que no están incluidos en el análisis.

**: incluye gobiernos que renunciaron bajo diversas presiones.

FUENTE: *Statistical Abstract on Latin America*, op.cit., vol.25 (1987) y diversas historias nacionales.

Si se compara este cuadro con su equivalente del capítulo anterior, se comprueban dos cambios. Por una parte, la participación electoral aumentó un tanto, aunque se mantuvo aún baja. El caso de Brasil es particularmente desalentador, ya que no hubo un aumento constante en la participación: esta se mantuvo uniformemente baja durante todo el período. Una situación paradojal era la de Chile, donde si bien, como veremos, hubo una renovación importante a nivel de los partidos políticos, la participación electoral aumentó muy poco. Sin embargo, al menos en los países del Cono Sur, hubo una renovación del personal político, gracias a la mayor presencia de candidatos originados en la clase media y aún en el proletariado, con lo cual el estilo de poder oligárquico se hizo menos presente. Hubo casos donde se dieron largas dictaduras, como las de Cipriano Castro (1899-1908) y Juan Vicente Gómez (quien gobernó con algunas intermitencias desde 1908 a 1929 y más tarde hasta 1935) en Venezuela, lo que muestra que el caudillismo no desaparecía. En cambio en

otros, como Perú y Bolivia, el número de gobiernos derribados por golpes o revoluciones disminuyó notoriamente en relación a la época anterior.

Las cifras no dicen todo y pueden inducir a error. En Brasil hubo un solo gobierno que no pudo concluir normalmente su mandato, pero fuera de eso hubo tres guerras civiles y numerosos hechos de violencia al interior de ciertos estados. En México, de los once gobiernos elegidos, cinco fueron los del dictador Porfirio Díaz, en un contexto donde es imposible hablar de un verdadero proceso electoral. Y si México y Chile exhiben el mismo número de gobiernos derrocados, ambos países tuvieron una situación totalmente distinta, ya que la violencia en el primero de esos países fue la más elevada del continente, en pérdida de vidas humanas.

En la última década del período se hicieron presentes las repercusiones del autoritarismo en el sur de Europa y la crítica a la democracia liberal, como herencia de la Primera Guerra Mundial[45].

Análisis de casos

a) Renovación de la vida política y avances sociales: Argentina, Chile, Uruguay y Costa Rica

En todos ellos se dio la implementación de mecanismos que acarrearon una mayor participación en la vida política, lo que se combinó a veces con una diversificación de los partidos y de las ideas. Este proceso, que se apoyaba en la participación creciente de la clase media y de algunos sectores obreros, tenía una clara tendencia antioligárquica. Asimismo, estos países experimentaron avances en su legislación social. Sin embargo, esta tendencia no apuntaba a terminar con el poder de la oligarquía, sino más bien a compartir una parte del poder. Además, en el caso de Chile, el proceso de democratización sufrió bloqueos importantes al final del período.

Uruguay y Costa Rica fueron los países que mostraron mayores avances sin caer en los gobiernos de fuerza. En Uruguay, el país logró entrar en una era de estabilidad después de las dos rebeliones dirigidas por el caudillo blanco Aparicio Saravia, en 1897 y 1904. Esto se logró gracias a la alianza entre el ejército y el Partido Colorado, que dio la superioridad militar a este último. La prosperidad económica fue el otro factor que explica el fin de las guerras civiles, que habían sido frecuentes en la etapa anterior. El presidente colorado,

[45] Después de la Primera Guerra Mundial se asistió sucesivamente, a la dictadura del mariscal Pilsudsky en Polonia (1918-1922 y de nuevo en 1926), a la toma del poder por el almirante Horthy en Hungría, en 1919, quien instauró un gobierno autoritario que se alió posteriormente con Hitler, a la llegada al gobierno de los fascistas en Italia en 1922, al golpe de Estado del general Primo de Rivera en España, en 1923, que instauró un período de monarquía autoritaria, al surgimiento del Partido Nazi en Alemania en ese mismo año y al golpe militar en Portugal en 1926, anticipo de la dictadura de Salazar, que comenzaría en 1930. Además, surgieron movimientos y partidos de ideas fascistas en casi toda Europa.

José Batlle y Ordóñez, electo dos veces (1903-1907 y 1911-1915), procedió a dotar al país de la legislación social más avanzada de toda Latinoamérica: jornada de trabajo de ocho horas diarias, educación secundaria gratuita y ley de divorcio. El Estado intervino en la economía, con la nacionalización del Banco de la República. Batlle intentó además limitar el poder del Ejecutivo, proponiendo la creación de un poder colegiado, con lo cual, según creía, desaparecería la principal razón de las querellas políticas. Este proyecto no fue plenamente implementado sino hasta después de 1945.

La democratización social uruguaya no fue acompañada por una diversificación de su vida política. Blancos y colorados continuaron siendo los partidos que acaparaban el poder: los primeros se apoyaban principalmente en el sector rural y los segundos en la población urbana. Ambos partidos solían dividirse en facciones, que absorbían a las tentativas de crear terceras fuerzas, como fue el caso con los socialistas.

Costa Rica mostró progresos marcados en lo que se refiere a la participación electoral y a las libertades públicas. En 1889, año clave en la historia del país, se puso término a la dictadura de los liberales, luego de una gran manifestación callejera para obligar al gobierno saliente a respetar el resultado de la elección presidencial. Bajo la dirección de la llamada “Generación del Olimpo”, este país adoptó en 1913 el voto directo (aunque no universal), y en 1925, el sufragio secreto, lo que trajo una importante alza en la participación. Estas reformas eran apoyadas por la burguesía cafetalera, aunque este sector no constituía un bloque homogéneo. Hubo escasa renovación a nivel del personal político. Tres presidentes, Rafael Iglesias, Cleto González Víquez y Ricardo Jiménez acapararon el poder, ya que los dos primeros tuvieron dos mandatos presidenciales y el último de ellos, tres. Los partidos tenían escasa o nula organización estable, y se articulaban en torno a personalidades, la mayoría de ideología liberal. Los principales eran la Unión Nacional y el Partido Republicano, que dominaron durante varias décadas la política nacional. Hubo también la emergencia de organizaciones sociales, como la Confederación general de trabajadores (CGT) en 1913. Por otro lado, Costa Rica procedió, en los años 1920, a una importante reorganización de sus Fuerzas Armadas, cuyo personal disminuyó, pasando de 5.000 hombres, en 1918, a 500 en 1921, situación que persistió en los años siguientes. Con ello, Costa Rica eliminó uno de los principales factores de inestabilidad política interna, en una experiencia única en Latinoamérica. El último golpe militar del período, el de los hermanos Tinoco, en 1917, dio lugar a un gobierno muy breve, que fue derribado en 1919.

En Argentina, todos los presidentes fueron elegidos entre 1890 y 1929, y aunque hubo en tres ocasiones disputas armadas por el poder, (en 1890, 1893 y 1905) se trató de episodios mucho menos violentos y más breves que en el pasado, y ninguno de ellos dio origen a una dictadura. Sin embargo, durante largos años el estilo político fue de tipo oligárquico, dominado por los militantes del Partido Autónomo Nacional (PAN), primer partido con existencia en todo el país, que reunía a los miembros de la elite, como a Julio Argentino Roca,

dos veces presidente (1880-1886 y 1898-1904). Pero la vida política se empezó a diversificar con la creación de la Unión Cívica Radical del pueblo (UCR), fundada en 1891, entre cuyos objetivos figuraba el de ampliar el derecho a voto, y que se apoyaba en la emergente clase media. En 1916, gracias a la ley de 1912, que había implantado el sufragio universal, ganaron la presidencia, con Hipólito Yrigoyen. En 1922 y 1928 de nuevo los radicales ganaron el poder, con los triunfos de Alvear y de Yrigoyen, que obtenía así su segunda presidencia. Sin llegar a transformar profundamente la sociedad argentina, la UCR propició avances democráticos, como la reforma universitaria (analizada en la sección sobre la clase media) y una mejor situación para los medianos agricultores. Además, durante todo este período, se hizo presente una tercera fuerza, el Partido Socialista, que logró algunos buenos resultados electorales, aunque su acción se limitó principalmente a Buenos Aires.

Pero paralelamente a este proceso, se asistía a la emergencia de varios grupos de derecha, que defendían un nacionalismo fuertemente antiobrero, en especial contra los anarquistas, y que decían defender la argentinidad. Contaron con la colaboración del poeta Leopoldo Lugones, quien había pronunciado en 1924, en ocasión del centenario de la batalla de Ayacucho, un discurso titulado “La hora de la espada”. En él, Lugones decía que la paz social y el nacionalismo no podían estar garantizados por la democracia, sino por los militares. Inspirados además por el fascismo italiano y por la dictadura de Primo de Rivera en España, estos grupos colaboraron estrechamente con los militares en la represión de las huelgas obreras, todo lo cual preparó el terreno al golpe de 1930, que derribará a Yrigoyen, acusado de ser demasiado blando ante la amenaza anarquista, e introducirá una etapa que significará un retroceso en la democratización.

Chile era el país con mayor solidez institucional en toda la región. Pese a la sangrienta guerra civil de 1891[46], que costó la vida a más de 10.000 personas, el Estado austral recuperó pronto su tradición de estabilidad política, y evolucionó hacia un sistema de partidos más diversificado, rompiendo la antigua dicotomía entre liberales y conservadores. Esto ocurrió con la aparición de nuevas fuerzas. Después de la aparición del Partido Radical, que alcanzó un gran desarrollo en el siglo XX, atrayendo más y más a los sectores medios, surgieron dos partidos apoyados en la clase obrera, el Partido Demócrata, fundado en 1887, y el Partido Obrero Socialista, en 1912, que bajo el liderazgo de Luis Emilio Recabarren, se transformó más tarde en Partido Comunista (1922). Aunque estos dos partidos no lograron un gran porcentaje de la votación, su presencia llevó a plantear nuevos temas en las campañas

---

[46] Este conflicto tuvo una naturaleza muy compleja. Pese a los diversos estudios sobre el tema, sus orígenes no son del todo claros. No fue el resultado de la oposición entre liberales y conservadores, ni fue una lucha de clases. Algunos han visto en ella un conflicto entre un capitalismo nacional y el imperialismo inglés. También se ha planteado la hipótesis de un choque entre el presidente, José Manuel Balmaceda, y el parlamento, donde se enfrentaban distintas visiones en cuanto al peso del Estado en la sociedad, y a la división de las responsabilidades entre los poderes públicos, detrás de lo cual estaba la cuestión de cómo emplear los crecientes ingresos fiscales.

electorales, que adquirieron más y más un carácter masivo, y dio lugar a nuevas alianzas. Esto se expresó sobre todo en la elección presidencial de 1920, ganada por el liberal Arturo Alessandri, apoyado por radicales y demócratas. Se esperaba que Alessandri procediera a implementar proyectos de leyes sociales, que harían avanzar el proceso de democratización. Muchos parlamentarios, además, eran originarios de la clase media.

Sin embargo, este proceso promisorio fue perturbado por la primera crisis salitrera, a comienzos de los años 1920, que provocó una fuerte cesantía, y sobre todo por la intervención militar de 1924, cuyos efectos se hicieron sentir, con algunas intermitencias, hasta 1931. Esta acción tuvo orígenes complejos: al comienzo pareció tener un significado social positivo, ya que los militares forzaron la aprobación de algunas leyes sociales, como aquellas que creaban un sistema de pensiones y el Código del trabajo, que permitían organizar los sindicatos y reglamentar las huelgas. Pero por otro lado, esa intervención acarreó la renuncia de dos presidentes elegidos (Arturo Alessandri y Emiliano Figueroa), la elección de un general (Carlos Ibáñez) a la presidencia, que ejerció el poder en forma dictatorial, con un Parlamento compuesto por miembros no elegidos, que intentó manipular a los sindicatos, declaró ilegal al Partido Comunista y limitó seriamente la libertad de expresión. Todo esto llevó al exilio a varios opositores; hubo también algunos que fueron asesinados. Por otro lado, aprovechando una coyuntura económica favorable entre 1927 y 1929, Ibáñez multiplicó las obras públicas y creó organismos estatales de crédito industrial y agrario. El hecho de que la dictadura de Ibáñez haya sido aceptada y apoyada por los partidos Liberal y Conservador demuestra que estos preferían entregarse al arbitraje de los militares en la etapa en la cual la naciente protesta obrera parecía tener una fuerza que escapaba a su control[47].

b) Las oligarquías institucionales: Brasil, Colombia, El Salvador, Perú y Bolivia

En estos cinco países, la vida política se mantuvo dentro de marcos muy semejantes a los de la época anterior, con poca o nula renovación de los partidos políticos y escasa participación electoral. Estos países tuvieron sin embargo el mérito de respetar durante la mayor parte del tiempo las formas institucionales como medio para llegar al poder, y en la mayoría de los casos, fueron gobernados por civiles, aunque esto tuvo varias excepciones.

---

47 El sociólogo argentino José Nun ha postulado que los intereses de la clase media fueron defendidos por los militares, en un artículo muchas veces citado, “América Latina: la crisis hegemónica y el golpe militar”, *Desarrollo económico* (Buenos Aires), n.22-23, julio-diciembre 1966, p.355-415. Lo aplica al caso de Chile en 1925, aduciendo que con Ibáñez, la clase media habría llegado al poder gracias a la multiplicación de las obras públicas y la apertura de más puestos en la burocracia del Estado a elementos de ese sector. Aunque ello es efectivo, por otro lado no significó una quiebra de la sociedad oligárquica, ya que Ibáñez no atacó a la derecha, ni en lo material ni en su discurso, siendo al contrario apoyado por los partidos de esta. Ibáñez no fue Perón. El análisis de Nun se hace más complejo al afirmar que esa clase media así favorecida fue “incapaz de consolidarse como burguesía”. Sobre esto, ver la nota sobre las clases sociales, al final de este estudio.

En fin, uno de ellos, Bolivia, vivió por primera vez en su historia un sistema basado en partidos políticos.

En Brasil, el gobierno imperial se derrumbó como resultado del fin de la esclavitud negra, sistema que la monarquía trató de mantener por diversos medios, lo que llevó a su desprestigio. Entre los partidarios de la abolición de la esclavitud se encontraban intelectuales, periodistas y militares, varios de ellos influidos por el positivismo, la filosofía del progreso, de moda en esa época. Esas personas juzgaban que la abolición era parte de un proceso de modernización del Brasil, lo que no se podía hacer sin un cambio de gobierno. Esto ocurrió en noviembre de 1889, cuando los militares, encabezados por el mariscal Deodoro da Fonseca, derribaron a la monarquía con un golpe de Estado sin derramamiento de sangre, proclamando la República. El emperador Pedro II se fue en exilio a Francia, donde murió al año siguiente. Una nueva Constitución fue aprobada en 1890, que declaraba a Brasil como país federal.

Esta etapa de la historia de Brasil, conocida como la "república velha" (vieja), creada en 1889, fue dominada por los militares, que ocuparon varios de los cargos ministeriales y de los puestos de gobernadores de los estados. Los dos primeros presidentes fueron militares: Deodoro da Fonseca y Floriano Peixoto. Más adelante hubo un tercer presidente militar, Hermes da Fonseca, elegido en 1910, y la mitad de los estados fueron gobernados durante largo tiempo por miembros de las fuerzas armadas. Esto demostraba la debilidad del sistema político brasileño, donde además los partidos tenían escasa presencia en todo el país. En los distintos estados, los *coroneis* continuaban dictando la orientación de la vida política. Un caso particular se dio en el nordeste, donde el padre Cícero[48], un religioso al cual se le atribuían milagros, se convirtió por largos años en el jefe político de Juazeiro, en el estado de Ceará.

En la práctica, el poder era acaparado por los políticos de los dos grandes estados, Minas Geraes y Sao Paulo. Ante la ausencia de partidos de izquierda, la principal protesta social vino por iniciativa de oficiales jóvenes, conocidos como los "tenientes". Dirigidos por Luis Carlos Prestes, este grupo realizó varias acciones de protesta, pidiendo leyes sociales. Prestes se puso a la cabeza de un movimiento que recorrió durante tres años (de 1925 a 1927) el interior del Brasil, tratando de crear un movimiento de masas, aunque sin resultados. La frágil "república velha" entraría en crisis en 1930, y dejaría de existir con la llegada al poder de Getulio Vargas, que inauguraría una nueva era en la historia de Brasil.

En el caso de Colombia, este país logró mantener un régimen basado en elecciones regulares, pero sin renovar su vida política. Aunque en 1899 estalló una sangrienta guerra

---

48 Su verdadero nombre era Cícero Romao Batista, y tuvo una larga vida (1844-1934). Se hizo famoso en 1889, gracias al llamado "milagro de Joazeiro del norte", en el cual, según se dijo, la hostia se había transformado en sangre durante la comunión. Esto atrajo a miles de fieles a la pequeña ciudad del estado de Ceará. Aunque fue amenazado de excomunión por sus actividades políticas, el padre Cícero continuó siendo un líder inmensamente respetado en toda la región, jugando un papel importante en las elecciones.

civil, la “Guerra de los mil días” entre conservadores y liberales, que duró tres años, después del término del conflicto, en 1902, no hubo nuevos enfrentamientos armados y la gran mayoría de los presidentes fueron civiles. Uno solo de sus gobernantes, el general Rafael Reyes, dirigió el país en forma dictatorial (1905-1910), aunque hizo mucho por mejorar la situación económica. La pérdida de Panamá, en 1903, no dio lugar a grandes convulsiones, y en 1922 Colombia aceptó los 25 millones de dólares que Estados Unidos pagó como indemnización por la secesión del istmo.

El rasgo más notable en la política colombiana fue la mantención del sistema bipartidista. A ello contribuyó por cierto la ley electoral, en vigencia entre 1905 y 1930, que entregaba automáticamente los dos tercios de los puestos en el Congreso al partido vencedor y el otro tercio al partido que llegaba en segundo lugar, lo cual prácticamente impedía el surgimiento de terceras fuerzas. Pero además las nuevas tendencias, como los socialistas, terminaban siendo absorbidas por los liberales, en un proceso semejante al que vimos en Uruguay.

El Salvador mostró ciertos progresos respecto a la época anterior, ya que hubo más gobiernos elegidos que dictaduras. Las exportaciones de café trajeron una cierta prosperidad al pequeño país. Sin embargo, el poder se mantenía en manos de un grupo reducido, donde a veces los lazos familiares eran evidentes, como en el caso de Carlos Meléndez, presidente de 1913 a 1919, que fue sucedido por su hermano Jorge (1919 a 1923) y luego por su cuñado, Alfonso Quiñones (de 1923 a 1927). Esto contribuyó a forjar la expresión “las 14 familias” para referirse al control que una pequeña aunque poderosa elite ejercía sobre el conjunto del país.

En Perú, luego de un período agitado, dominado por el general Andrés Cáceres, a partir de 1895 el país vivió una etapa de estabilidad política, con presidentes de origen civil y elegidos en comicios regulares, lo que duró hasta 1919. Los gobernantes venían de las filas de dos partidos, el civilista y el democrático, que se alternaban en el poder. En ese período solo un presidente, Guillermo Billinghurst, no pudo completar su mandato, al ser derrocado por un golpe cívico y militar en 1914, tras el cual se volvió a las elecciones. Sin embargo, esta situación se quebró con la dictadura de Augusto Leguía, quien, luego de ser elegido presidente en 1919, disolvió el Congreso y gobernó en forma dictatorial, con el apoyo del ejército, hasta ser derrocado por los efectos de la crisis, en 1930. Leguía dotó de mayores poderes al Estado: el gobierno central acaparó la capacidad de percibir impuestos, lo que antes podían hacer también las municipalidades, centralizó (como Ibáñez en Chile) el servicio de la policía, e impulsó grandes planes de obras públicas, gracias a la obtención de importantes préstamos de Estados Unidos y de Gran Bretaña. El sector privado se benefició también en esta época, durante la cual aumentaron la producción y las exportaciones de la agricultura comercial, en las plantaciones de azúcar, algodón y arroz, así como las minas. Leguía hizo además algunos gestos en favor de la población indígena, con una ley que reconocía la existencia de la propiedad colectiva de la tierra de parte de las comunidades e instaurando un día en homenaje a los pueblos indígenas.

En la década de 1920 surgieron movimientos políticos que, aún bajo las limitaciones del gobierno autoritario de Leguía, introdujeron nuevas ideas en el Perú oligárquico. Uno de ellos fue el APRA (Alianza popular revolucionaria americana), fundado por Víctor Raúl Haya de la Torre, con un ideario antiimperialista e indigenista. Contando con un fuerte apoyo de la clase media, el nuevo partido tenía una vocación no solo peruana, sino continental, y ejerció una influencia en varios países. Otro partido fue el Partido Socialista (marxista) de José Carlos Mariátegui, que luego se transformaría en Partido Comunista. Pero los nuevos partidos tendrían muchas dificultades para influir en la vida pública.

Bolivia desarrolló por primera vez un sistema de partidos políticos, basado en la oposición clásica entre liberales y conservadores, aunque ya no con las diferencias acentuadas de otras décadas en países como México, por ejemplo. En un comienzo, el país vivió la etapa conocida como “la oligarquía conservadora” entre 1885 y 1899, dominada por este último partido. En 1899, los liberales tomaron el poder tras una guerra civil en la cual participaron también los indígenas. Tras ese conflicto, siguió una etapa dominado por varios políticos del Partido Liberal.

En los años 1920, el presidente Bautista Saavedra fue el primero en adoptar una legislación social, lo que no le impidió reprimir con gran violencia una huelga minera y una protesta indígena en la región del lago Titicaca. Hubo algunos embriones de nuevos partidos en esa década, con la aparición de un Partido Socialista y en 1928 se formó la Federación Nacional de Estudiantes Universitarios. Esos grupos eran sin embargo demasiado minoritarios para influir aún en la vida pública, por lo cual Bolivia continuó sometida al esquema oligárquico, con muy escasa participación electoral.

c) La persistencia de las tendencias dictatoriales. Guatemala, Ecuador, Venezuela y Paraguay

En estos países, la situación política permaneció bloqueada, por el predominio de las dictaduras, a veces asociadas a una persona, que dominaba durante largos años la vida del país, en una prolongación del caudillismo del siglo XIX. Como se observó en el capítulo anterior, estas dictaduras se apoyaban en la oligarquía, la cual no objetaba la personalización del poder. Fue el caso de Guatemala, dominada por Manuel Estrada Cabrera (de 1898 a 1920), que empleó el expediente de las elecciones fraudulentas para quedarse en el poder, el cual ejerció utilizando todos los métodos arbitrarios a su alcance: censura postal y de los diarios, violación de la vida privada, vigilancia de los sospechosos de hacer oposición, arresto y prisión para los más audaces de sus rivales. Pese a su megalomanía, Estrada realizó algunas obras de progreso, como el ferrocarril hacia la costa del Caribe. Imitando la obra de Porfirio Díaz en México, favoreció la llegada de capitales extranjeros, como los inversionistas alemanes en las plantaciones de café, y abrió la puerta a la penetración de la United Fruit.

En Ecuador, el caudillo liberal Eloy Alfaro tomó el poder por la fuerza en 1895 y lo mantuvo hasta 1901; permitió la elección de uno de sus fieles en ese año y en 1906 volvió a apoderarse del gobierno, quedándose en él hasta 1911; al año siguiente fue asesinado, cuando se aprestaba a continuar en el poder. Llevó a cabo ciertas realizaciones, como la separación de la Iglesia del Estado y la construcción del ferrocarril de Quito a Guayaquil, terminado en 1908. Aunque después de su muerte hubo un período más estable, con cuatro presidentes electos consecutivamente, seguía existiendo una enorme división social en el país, lo que se reflejó en las masacres perpetradas por el poder contra la huelga de Guayaquil, en 1922, y la protesta de los trabajadores rurales de la hacienda de Leyto, en 1923, reprimidas en forma sangrienta. En 1925 comenzó un proceso tendiente a reformar la sociedad y a ampliar los derechos cívicos, con la intervención de los militares jóvenes, en la llamada "revolución juliana" de 1925, que tomaron el poder con apoyo de civiles. Al lado de medidas moralistas, como la prohibición de entrar sin zapatos en los mercados y edificios públicos, escuelas, parques y teatros, y la prohibición de las peleas de gallos, este movimiento suprimió los estancos particulares, centralizando las rentas públicas, haciendo una ley en favor del reconocimiento de los derechos de los hijos ilegítimos y creando una legislación laboral sobre contratos, jornada máxima, trabajo de las mujeres y menores de edad. En este último aspecto, la acción de los militares ecuatorianos puede ser comparada con la del movimiento análogo que se produjo en Chile en esa misma época, que aspiraba a arbitrar los conflictos sociopolíticos.

En Venezuela, dos militares, Cipriano Castro y luego Juan Vicente Gómez, acapararon el poder de manera dictatorial, para beneficio propio y de sus familiares. Gómez aprovechó los recursos deparados por la riqueza petrolera para reforzar y profesionalizar el ejército, lo que iba en beneficio de su poder. Pese a que por largo tiempo la oposición a su régimen fue inexistente, al final del período surgió un importante núcleo opositor en los estudiantes universitarios, en la llamada "generación del 28" de la cual surgirían importantes líderes políticos.

En Paraguay, tras la derrota de la Guerra de la Triple Alianza, aparecieron por primera vez partidos políticos, como el Colorado (conservadores) y el Azul (Liberal, del cual nació posteriormente un tercer partido, el Radical). Sin embargo, los partidos eran más bien agrupaciones en torno a una persona, y durante todo el período que va desde 1880 a 1930, o bien hubo elecciones con candidato único, al no presentarse ningún rival, o bien se volvía a la técnica del golpe de Estado para tomar el poder (los hubo en 1902, 1906, 1908, 1911, 1921 y 1923). Esto ocurría con bastante facilidad, dada la influencia de los militares en los partidos políticos. Aunque en 1928 hubo por primera vez una elección en la cual participaron varios partidos, el conflicto armado con Bolivia, de 1932 a 1935, vendría a detener esa débil posibilidad de democratización de la vida política.

d) México: de la dictadura a la revolución

Hasta 1910, México era un país cuya experiencia era semejante a la de los casos recién mencionados. El poder estaba concentrado en las manos de Porfirio Díaz, quien lo ejerció de manera autoritaria por casi treinta años. Pero a diferencia de los otros países sometidos a dictadura, en 1910 estalló lo que sería la principal revolución desde la época de la Independencia, en la que se combinaron los rasgos típicos de la guerra civil con los de una revolución social. Aunque en cierto modo, fue un movimiento antioligárquico, que favoreció la causa de la democracia, sus resultados fueron muy contradictorios.

Porfirio Díaz estaba en el poder desde 1876, con una interrupción entre 1880 y 1884, habiendo sido reelegido en siete oportunidades. Antiguo militar liberal, que había luchado en favor de Benito Juárez a mediados del siglo XIX, Díaz había ejercido una dictadura que incluía una política de desarrollo económico. Bajo su gobierno, la construcción de ferrocarriles había mostrado grandes progresos, pasando de 800 a 24.000 kilómetros de vía férrea. La supresión de alcabalas había favorecido el comercio, y la política favorable a las inversiones extranjeras había dado frutos, como se vio en la sección sobre la economía. El incremento del comercio exterior había hecho aumentar los ingresos públicos, lo cual había permitido doblar el número de escuelas. Díaz había alcanzado una coexistencia relativamente pacífica con la Iglesia católica, algo importante después de las guerras civiles entre conservadores y liberales en los años 1850.

Estos logros no compensaban las insuficiencias sociales y políticas. Díaz fue responsable de fuertes represiones contra pueblos indígenas, como los yaquis, que fueron reprimidos a fin de facilitar la venta de tierras, y favoreció el proceso de concentración de la propiedad agraria, lo cual acentuó las desigualdades sociales. Sus opositores tenían escasas posibilidades de expresarse en público, y a veces tenían que exiliarse, como fue el caso del anarquista Ricardo Flores Magón, que debió partir a Estados Unidos luego de haber estado varias veces en la cárcel.

1910, año del centenario de la Independencia, era también un año de elección presidencial. Francisco Madero, un rico empresario que se había lanzado en política, había intentado inútilmente negociar con Díaz para que este aceptara elecciones abiertas. Era apoyado por una parte de la burguesía y por la clase media urbana. Ante la negativa, Madero lanzó un llamado al combate armado contra la dictadura, a nombre del "sufragio efectivo, no a la reelección". Al mismo tiempo, Emiliano Zapata había iniciado también una lucha contra Díaz por preservar las tierras comunitarias de su colectividad, en Morelos, amenazadas por las tendencias a la privatización del campo en México. Esa fase de la revolución terminó en 1911 con la derrota y el exilio de Díaz. Madero fue elegido presidente, con lo cual el conflicto parecía resuelto: la democracia había vuelto a México. Esto no fue así porque los ex partidarios de Díaz complotaron junto con algunos militares para derribar a Madero. El presidente fue asesinado en marzo de 1913, y el general Huerta, que hasta entonces había

guardado fidelidad a Madero, se instaló en el poder. Su gobierno duró poco más de un año, ya que todos se lanzaron contra él, denunciando su traición.

Entre ellos estaba Victoriano Carranza, un antiguo senador, que se presentaba como el restaurador de las leyes, y los dos líderes de extracción popular, Emiliano Zapata y Francisco Villa[4749]. Huerta fue derribado en 1914, pero esto no trajo la paz. Carranza, que quería el poder, hizo la guerra a Villa y a Zapata. Contando con el apoyo de Estados Unidos, Carranza logró imponerse en 1917. Ese año fue elegido presidente y se aprobó una nueva Constitución, que contenía disposiciones novedosas, revolucionarias para su época. Una de ellas era el artículo 27, que entregaba al Estado la propiedad de todas las riquezas del suelo y del subsuelo. Esto permitía, si se le aplicaba en forma extrema, la nacionalización de cualquier riqueza natural, lo que amenazaba a las múltiples empresas extranjeras instaladas en el país. Además, la Constitución anunciaba la devolución de las tierras a las comunidades que habían sido despojadas y la distribución de tierras a los campesinos, previa expropiación de los grandes: era la primera reforma agraria de la era moderna. Había también disposiciones que aseguraban salario mínimo a los obreros y otras que limitaban severamente la acción de la Iglesia católica, como se vio anteriormente.

La revolución mexicana constituyó el hecho político y social de mayor repercusión de esta época, influyendo en varios países de la región. Creó un Estado laico, que proclamaba su inquietud por objetivos de justicia social, especialmente en favor de los campesinos, y desarrolló una actitud muy nacionalista, con el fin de defender las riquezas del país. Los resultados sin embargo no estuvieron a la altura de los principios. Durante largo tiempo la agitación política estuvo a la orden del día. Los asesinatos políticos fueron frecuentes después de 1917, y entre sus víctimas estuvieron todos los líderes de esa época: Zapata, Villa, Carranza y Obregón, caídos bajo las balas de sus adversarios. En 1929 se creó el sistema de partido único en el poder, con la fundación del Partido Nacional Revolucionario, del cual saldría el PRI (Partido Revolucionario Institucionalizado) que gobernaría México hasta el 2000. Con ello el país entró en una etapa más estable, pero no más democrática, ya que si bien los otros partidos no estaban prohibidos, era el partido de gobierno el que ganaba siempre las elecciones, a través del fraude.

---

49 Ambos personajes presentan diferencias importantes. Zapata (1879-1919) era originario del medio comunitario indígena (aunque bastante hispanizado) del centro del país, del estado de Morelos, muy cerca de la capital. Villa (1877-1923, cuyo verdadero nombre era Doroteo Arango) provenía de un medio muy distinto, del estado de Sonora, en el norte, región ganadera, influida por la cultura de Estados Unidos. En 1910, Villa era un ex bandolero sin ideología política, que se convirtió en un célebre jefe militar, combatiendo primero a las órdenes de Madero y pasando luego a actuar por cuenta propia. Así, mientras Zapata defendía esencialmente los intereses de su medio, que buscaba recuperar las tierras comunitarias, Villa carecía de un programa agrario definido, y tampoco se identificaba con una región en particular; sus tropas eran mucho más móviles que las de Zapata. Por ello, es inexacto referirse a ambos como “líderes campesinos”, apelación que corresponde a Zapata, pero no a Villa. Otra diferencia es el catolicismo del medio zapatista, mucho menos presente en el villismo. Esos rasgos explican sus coincidencias pero también sus importantes divergencias, que harían imposible una alianza sólida entre ambos líderes.

Otras realizaciones de la revolución arrojan también un saldo contradictorio. La aplicación de la reforma agraria fue irregular y dio lugar a protestas de los mismos campesinos, a veces influidos por la cuestión religiosa: tal fue el caso de la rebelión de los llamados cristeros, campesinos del oeste de México, que mantuvieron una guerra de cuatro años con el gobierno, entre 1927 y 1931, protestando por la manera en que se atribuían las tierras y contra el maltrato a los curas. El nacionalismo se aplicó con timidez: ninguna empresa estadounidense fue expropiada antes de los años 1930. El país salió además debilitado y ensangrentado de los largos combates: cerca de medio millón de víctimas, más el inicio de un éxodo hacia Estados Unidos que continúa hasta hoy, por parte de aquellos que buscaban un destino mejor. La revolución mexicana no logró tampoco aportar una solución real al problema indígena. Los gobiernos después de 1917 proclamaron su intención de hacer justicia en favor de este sector, y el Estado dio fondos para campañas de alfabetización en provecho de la población rural, especialmente de los indios. Sin embargo, estos últimos continuaron siendo el grupo de más bajo nivel de vida de la población. Así, el caso de México ilustra las enormes dificultades que tuvo Latinoamérica en avanzar en su proceso de democratización, cuando se trataba de incorporar a las masas a los beneficios de las políticas públicas.

e) Los países sometidos a intervenciones extranjeras: Cuba, Panamá, Nicaragua, Honduras, Haití y República Dominicana

En estos países, buena parte de su vida política en este período transcurrió influida directa o indirectamente por Estados Unidos. Por razones tanto económicas como geopolíticas, Washington intervino constantemente, determinando las elecciones presidenciales y las principales decisiones que afectaban la vida económica y política. En ese contexto, los progresos de la democracia no podían ir lejos, y la oligarquía continuaba dirigiendo las sociedades.

En Cuba, las tropas norteamericanas se habían retirado del país en 1903 y un primer presidente había sido elegido, Tomás Estrada Palma. Pero muy pronto, hubo nuevas ocupaciones militares de Estados Unidos, la primera en 1906-1909, y la segunda en 1912, en ambas ocasiones al amparo de la Enmienda Platt y del llamado de los mismos políticos cubanos, para restablecer el orden, amenazado por guerra civil en la primera ocasión y por una rebelión negra en la segunda. En 1917 hubo amagos de una tercera intervención, que se limitó esta vez a una demostración de fuerza. Y en 1921 hubo una nueva intromisión en la política cubana, esta vez bajo la forma del nombramiento de un enviado especial de Washington ante el gobierno cubano, el general Crowder, quien pasó a convertirse en el verdadero poder detrás del sillón presidencial, decidiendo las fechas y la forma de organización de las elecciones. Aunque esa influencia disminuyó un tanto más adelante, la vida política cubana debió enfrentar un nuevo escollo, cuando el presidente Gerardo Machado, elegido en 1925, tras gobernar normalmente durante dos años, decidió quedarse

en el poder. Para ello hizo abolir la ley que prohibía la reelección y limitó el derecho a presentar candidatos. De esta manera, al llegar 1929, Cuba estaba gobernada de hecho por una dictadura, que contaba con el apoyo tácito de Estados Unidos.

En Panamá, la política estuvo constantemente determinada por las relaciones con Estados Unidos y la cuestión del canal; además, hubo una ocupación militar estadounidense durante dos años, de 1918 a 1920, en la provincia de Chiriquí, en el límite con Costa Rica, a fin de poner término al conflicto entre ambos países, que había estallado en 1917. La vida política se desarrolló en un contexto reducido, con escasa renovación del personal político: el liberal Belisario Porras fue tres veces presidente (1912-1916, 1918-1920, 1920-1924).

Nicaragua pasó la mitad del período bajo la ocupación militar de Estados Unidos. Esta intervención comenzó con el derrocamiento de José Santos Zelaya, presidente-dictador, que inspirado por Porfirio Díaz, dirigió el país entre 1893 y 1909, desarrollando una política regionalista y nacionalista: intentó, aunque con escaso éxito, revivir la unión de Centroamérica, y logró la integración de la región de la costa atlántica al resto de su país. Además, trató de disminuir la influencia de Estados Unidos en su país, anulando el contrato de una compañía minera norteamericana y rehusando la oferta de un préstamo a cambio de la concesión para construir un canal del Caribe al Pacífico. Esta política le costó el poder, ya que fue derribado por un golpe financiado por Estados Unidos, en 1909. Desde entonces el país estuvo bajo la tutela norteamericana, que se transformó en ocupación a partir de 1912, con la complicidad del Partido Conservador. En 1926, de la oposición liberal contra esta situación surgió un líder que prontó cobró envergadura internacional, Augusto César Sandino. Inspirándose en el nacionalismo mexicano, país donde vivió varios años, Sandino organizó una guerrilla para luchar contra la ocupación de su país por las tropas de Estados Unidos. Aunque no logró vencer a la fuerza de ocupación, Sandino adquirió una gran popularidad dentro y fuera de su país, recibiendo la atención de periodistas y de escritores de muchos países. Voluntarios de otros países, entre ellos de El Salvador y de México, participaron en su lucha. Sus acciones contribuyeron en cierta medida a la decisión de Estados Unidos de retirarse de Nicaragua, en 1933. Aparentemente olvidado tras su asesinato, en 1935, su figura resurgiría con fuerza en los años 1970, inspirando la revolución contra la dictadura de Somoza.

En Honduras, la inestabilidad política y los golpes de Estado, ya tradicionales, se agudizaron cuando la economía del país entró a ser dominada por las compañías bananeras, de propiedad estadounidense. Samuel Zemurray, dueño de una de ellas, la Cuyamel Fruit Company, financió en 1911 un golpe militar contra el presidente Dávila, para favorecer los intereses de su empresa. En esa oportunidad, Zemurray contó con los servicios de Lee Christmas, un norteamericano que había llegado a ser jefe de la policía del país. Más tarde, en 1924, Estados Unidos impuso su arbitraje para dirimir una disputa sobre el resultados de la elección presidencial.

Haití y República Dominicana vivieron historias paralelas. Ambos estuvieron bajo la ocupación militar estadounidense durante la segunda parte de esta época, el primero de 1915 a 1934 y la segunda, de 1916 a 1924. En el primero de esos países, las luchas por el poder y las revoluciones de palacio se habían multiplicado a comienzos de siglo, llegando a un récord entre 1911 y 1915, lapso en el cual hubo seis presidentes, cuatro de los cuales fueron asesinados estando en ejercicio de su cargo. La muerte del último de estos, Vibraun Guillaume Sam, que fue linchado en las calles, proporcionó a Estados Unidos el pretexto para ocupar militarmente el país, alegando la necesidad de mantener el orden público y así proteger las vidas de los residentes extranjeros. La ocupación norteamericana provocó una resistencia armada, organizada por el movimiento de los cacos, dirigido por Charlemagne Peralta, duró tres años, hasta ser vencida. En el país vecino, tras la dictadura del negro Ulises Heureaux (1882-1899), el país estaba en crisis financiera, lo que llevó a un primer control estadounidense en 1905, cuando Washington pasó a controlar las aduanas del país. La situación mejoró un tanto bajo el gobierno de Ramón Cáceres, pero el gobierno de este terminó con el asesinato del presidente, en 1911, lo que abrió un nuevo período de inestabilidad política, y dio a Estados Unidos el pretexto para proceder a la ocupación del país.

f) Los progresos políticos en el mundo colonial

Si bien los territorios coloniales, salvo Cuba, no adquirieron la independencia, hubo procesos tendientes a ampliar los derechos políticos. En las posesiones inglesas, a fines del siglo XIX, el sistema de la "Crown Colony" había hecho posible que un número minoritario de representantes del Consejo legislativo, que gobernaba en cada colonia junto al gobernador, fuese elegido. Esto se amplió más adelante, cuando los habitantes del Caribe británico, que habían participado en la Primera Guerra Mundial como combatientes, a su regreso difundieron las ideas del Partido Laborista. Algunos formaron sindicatos que pasaron a integrarse a la Federación sindical británica, y muchos empezaron a pedir abiertamente el voto universal. Unos pocos hablaban además de la independencia, aunque eran una minoría.

Puerto Rico pareció adquirir ciertos derechos. Luego de dos años de ocupación militar por parte de Estados Unidos, de 1898 a 1900, la ex colonia española fue enmarcada por la "Foraker Act", que le dio un estatuto neocolonial. Las principales autoridades de la isla, tanto el gobernador, como su gabinete y los jueces de la Corte Suprema eran nombrados por Washington. Los habitantes solo podían elegir a los representantes de la cámara de diputados, compuesta por 35 miembros. En 1917, la "Jones Act" mejoró un tanto la situación, al dar la nacionalidad estadounidense a los portorriqueños y dando el derecho a voto para ambas cámaras, aunque el gobernador seguía siendo nombrado por Estados Unidos. Eso no satisfizo a los que deseaban la oportunidad de decidir el destino de la isla, como Luis Muñoz Rivera, quien buscaba la realización de un plebiscito para optar entre la independencia, la

autonomía o la condición de estado de Estados Unidos. Washington no aceptó realizar esa consulta, organizando en cambio un plebiscito sobre la aplicación de la Ley de la Prohibición. Este fue aprobado, quedando Puerto Rico bajo la Ley Seca.

En las colonias francesas, el sufragio universal existía desde 1871, y los territorios podían elegir representantes al Parlamento francés. Pero el control metropolitano persistía, a través del gobernador nombrado por París. Con todo, tanto en Guadalupe como en Martinica y Guayana, aparecieron partidos políticos de distintas ideologías, sobre todo socialistas, que llegaron a ser mayoritarios en Guadalupe; hubo también aparición de sindicatos y protestas sociales, que a veces fueron reprimidas violentamente. En fin, en Surinam, la colonia fue convertida en estado integrado con Holanda, pero sin que se concedieran derechos electorales a sus habitantes.

3.5. La cultura

El pensamiento

En el contexto del auge de las exportaciones y del gran peso de las ideas venidas de Europa, que anunciaban el progreso (al menos hasta la guerra de 1914-1918), en el pensamiento latinoamericano se hizo sentir la influencia del positivismo, tal como mencionamos anteriormente, que parecía encarnar el ideal de la modernización. Esta corriente de pensamiento, creada en Francia por Augusto Comte, pero donde se hacían sentir también las ideas de Spencer, Stuart Mill y Darwin, se hizo popular en toda la región, especialmente en México y Brasil. Su principio básico era la búsqueda del progreso a través de la difusión de la ciencia. Si esta creencia podía comportar actitudes democráticas, como el rechazo a la esclavitud (en Brasil muchos de los abolicionistas eran positivistas), también podía favorecer actitudes autoritarias. En México, su principal exponente fue Gabino Barreda[50]. Muchos intelectuales impregnados de la misma ideología, colaboraron (al menos durante algún tiempo) con la dictadura de Porfirio Díaz, ya que pensaban que un gobierno fuerte era indispensable para traer el progreso al país; por ello, se les llamó los científicos. En Brasil el positivismo fue tan influyente que el lema de sus seguidores, "orden y progreso" quedó incorporado a la bandera nacional. Entre sus principales exponentes estuvieron Luis Pereira y Miguel Lemos. Otros destacados representantes del positivismo fueron el cubano Enrique José Varona y el chileno Valentín Letelier; ambos trabajaron mucho en pro de la

50 Para Barreda, la ley positivista de los tres estadios se manifestaba a través de la historia mexicana de la manera siguiente: la época colonial encarnaba la etapa teológica; la lucha por la independencia correspondía a la metafísica; y la nueva sociedad que empezaba a diseñarse en México con el triunfo definitivo del liberalismo y el orden, encarnaba la etapa positiva.

extensión del sistema educacional en sus respectivos países[51], como medio para llegar a una unidad de ideas en la población, haciendo así más fácil el gobierno.

El positivismo fue criticado también desde posiciones nacionalistas y revolucionarias, como en México, donde Justo Sierra (pese a haber sido ministro de Educación durante la dictadura de Díaz) denunció en 1912 la pretensión del positivismo a imponer valores universales, llamando a defender la personalidad del país. José Vasconcelos también se opuso al positivismo, ya que este, según decía, despersonalizaba al ser humano. Su posición consistió en defender la revolución porque esta traía una nueva concepción del ser humano, basada en el mestizaje, como un proceso en el cual se fundían las experiencias humanas. Sus obras célebres, *Raza cósmica* e *Indología* aparecieron en los años 1920, en pleno auge de la post revolución mexicana. Además, Vasconcelos asumió posiciones antiimperialistas y participó activamente en política, como ministro de Educación y más tarde como candidato a la presidencia de la República, en 1929[52]. El chileno Nicolás Palacios representa un caso especial. Defendió el mestizaje a su manera, hablando de la existencia de una "raza chilena", fruto del mestizaje entre los españoles y los araucanos, conocidos por sus virtudes militares. En base a este argumento, Palacios pidió una política de "defensa de la raza" en Chile, rechazando la inmigración de países latinos, en particular de Italia.

Otra característica de esta época fue la amplitud de las tendencias ideológicas racistas, que se desarrollaron a fines del siglo XIX. Inspirados por las ideas de pensadores franceses, como Gobineau y Le Bon (y también por una cierta interpretación del positivismo), surgió toda una generación de escritores y políticos latinoamericanos que denigraron a los grupos indígenas, mestizos y negros, atribuyéndoles toda clase de vicios. Entre ellos figuraba el argentino Carlos Octavio Bunge. Escribiendo en 1903, decía que los indios eran "fatalistas y vengativos", mientras que los mestizos y mulatos le parecían "impuros y anticristianos". Para el boliviano Alcides Arguedas, su país estaba "enfermo, viciado, perdido por sus mestizos... todo el atraso cultural de Bolivia en relación a los países del Río de la Plata proviene de su población mestiza, que heredó de sus antepasados españoles e indios los peores defectos". Para el peruano Francisco García Calderón, la presencia de masas de gente de color era un obstáculo al desarrollo de la democracia: la única solución era hacer venir blancos, la "raza superior".

Los intelectuales que encarnaban la posición identitaria respondieron a estas ideas racistas, principalmente los peruanos Manuel González Prada e Hildebrando Castro Pozo.

---

51 Si bien estos pensadores querían el progreso social y una mayor igualdad, sus objetivos se limitaban en el caso de la mujer. Aunque partidario de que la mujer recibiera la misma educación que los hombres, Varona creía que ella no debía participar de la misma manera que el hombre en la esfera pública, puesto que sus energías debían ir en primer lugar en pro de la familia.

52 Vasconcelos perdió esa elección ante el candidato favorecido por el ex presidente Calles, Pascual Ortiz Rubio, que contaba con el apoyo de lo que sería poco después el PRI. Es posible que Vasconcelos haya ganado, pero no pudo derrotar al fraude.

Ambos defendieron a los indígenas, destacando que habían sido explotados durante siglos, incluso después de la independencia y afirmando que para solucionar el problema indígena debía arreglarse el problema de la propiedad de la tierra. Otro peruano, Haya de la Torre, creó el vocablo "Indoamérica" para hablar del conjunto de la región. Paralelamente al indigenismo, se desarrolló, en el Caribe, una línea de pensamiento basada en la defensa de la negritud. Marcus Garvey, en Jamaica, y Jean Price Mars, en Haití, fueron sus representantes más conocidos. Estos escritores representan entonces un nuevo tipo de nacionalismo, cuyas bases se encuentran en el respeto a lo autóctono.

Las agresiones de Estados Unidos llevaron a varios escritores a asumir la defensa de América Latina contra el imperialismo. El cubano José Martí, que moriría prematuramente en la guerra por la independencia de su país, en 1895, fue sin duda el iniciador de esta corriente, al analizar en detalle el comportamiento hostil de Estados Unidos hacia Latinoamérica, en sus textos escritos mientras vivía en el país del norte, lo que inmortalizó con la frase "he vivido en el corazón del monstruo". Además, denunció el racismo de las sociedades latinoamericanas. Tras él, apareció el uruguayo José Enrique Rodó, quien publicó en 1900 su ensayo *Ariel*, en el que criticaba el materialismo que guiaba la política de Estados Unidos, oponiéndolo al espiritualismo que caracterizaba, según él, a los países hispanoamericanos. Su obra constituyó una réplica, una alternativa a la influencia del positivismo y del racismo, y ejerció vasta influencia en muchos países.

Paralelamente a este pensamiento, surgieron los primeros análisis basados en el socialismo, algunos de tipo marxista, sobre todo en los escritos del peruano José Carlos Mariátegui (con su libro transformado en un clásico, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, publicado por primera vez en 1928), y en menor medida en los del chileno Luis Emilio Recabarren. Los argentinos José Ingenieros y Alfredo Palacios desarrollaron un pensamiento socialista más ligado al positivismo.

Literatura y arte

La literatura cobró un mayor desarrollo en esta época, ayudada por las nuevas condiciones sociales de la vida intelectual. Gracias a la aparición de nuevas universidades y a la mayor circulación de diarios y otras publicaciones, los escritores tenían mayores posibilidades de acensión social, a través de la venta de artículos a diarios y revistas, redacción de folletines y traducciones.

Entre las nuevas tendencias de la época, figuró la tendencia "modernista", que se hizo sentir sobre todo en la poesía. Inspirada en el parnassismo francés, esta corriente se apartó de la tendencia nacionalista de muchos otros escritores, desarrollando temas donde aparecían personajes fantásticos y mitos exóticos, y empleando a menudo épocas lejanas como contexto. De esa manera, el escritor se expresaba desde la subjetividad del yo, sin depender de las exigencias del poder. El más conocido de los escritores modernistas fue

el nicaragüense Rubén Darío, quien marcó los comienzos de la nueva corriente con *Azul* (1888), y que dio a conocer su país en el mundo con sus poemas y su vida aventurera, que lo llevó a diversos países de América y de Europa. Otros poetas que participaron en el modernismo fueron el mexicano Amado Nervo, el peruano César Vallejo, el cubano José Martí y el argentino Leopoldo Lugones[53]; en prosa, el argentino Enrique Larreta, con su novela *La gloria de don Ramiro*, donde evocaba la España del siglo XVI. Otro poeta que ganó fama internacional, por sus andanzas en Europa y su habilidad para escribir en francés, fue el chileno Vicente Huidobro, cuya producción se alejaba de las corrientes anteriores, al fundar el "creacionismo", donde el poeta "agregaba a lo dado por la naturaleza".

Paralelamente, siguió desarrollándose la literatura nacionalista, con escritores que, oponiéndose al racismo descrito anteriormente, buscaron en el indianismo las raíces identitarias de su país. Tal fue el caso del poeta brasileño Oswaldo de Andrade y de otros escritores de su generación, quienes lanzaron el "Manifiesto antropófago" en Sao Paulo en 1928. Apoyándose en las tradiciones indígenas, de Andrade postuló la necesidad de "brasilianizar" la literatura del país, devorando las influencias exteriores, para negarlas y sobrepasarlas, como los antropófagos, en un canibalismo cultural. Otros escritores desarrollaron una novela que buscaba definir la identidad nacional y latinoamericana en la relación con la naturaleza. El colombiano José Eustasio Rivera pintó, con su novela *La Vorágine* (1923) la epopeya de los buscadores de caucho en la selva amazónica. El venezolano Rómulo Gallegos escribió la novela más popular en toda la historia de su país, y leída en toda Hispanoamérica, *Doña Bárbara,* en 1929. En ella describió el contraste entre la civilización y la barbarie en los llanos venezolanos, lo que demostraba que el problema planteado por Sarmiento medio siglo atrás seguía vigente. La literatura realista, que pintaba el medio obrero, apareció en la obra del chileno Baldomero Lillo, con sus volúmenes de cuentos, *Sub-sole* y *Sub-terra,* donde describía la vida de los mineros del carbón de su país natal.

Otro hecho novedoso en esta época fue la aparición de varias mujeres escritoras de éxito, tanto en la poesía como en la prosa. Entre las poetisas, destacó la chilena Gabriela Mistral, futura ganadora del Premio Nobel (que en parte, participó del modernismo y que además trabajó como consejera de la reforma educacional en México, invitada por Vasconcelos), la uruguaya Juana de Ibarbourou y la argentina Alfonsina Storni. En prosa, la peruana Clorinda Matto de Turner[54], publicó en 1889 *Aves sin nido*, considerada como

---

[53] Pese a participar de una misma corriente literaria, las posiciones políticas de Martí y de Lugones fueron diferentes: aunque ambos eran nacionalistas, Lugones apoyaría a los movimientos paramilitares de la derecha argentina.

[54] Su verdadero nombre era Grimanesa Martina Matto (1854-1909). Originaria de una familia acomodada, se casó con un médico inglés, Joseph Turner, en 1871. Tres años después de enviudar publicó su primer libro, un volumen sobre las tradiciones históricas de Cuzco. Continuó con un manual de literatura para mujeres, y luego con la novela citada, donde denunciaba los abusos contra los indígenas, por parte del gobierno y de los curas. Sus actividades le valieron la excomunión de la Iglesia católica y el ostracismo social, por lo cual tuvo que irse a vivir a Argentina, en 1895, donde continuó escribiendo hasta su muerte, ocurrida en Buenos Aires.

la primera novela indigenista. También muy conocida fue la venezolana Teresa de la Parra, cuya principal obra, *Las memorias de la mama Blanca,* se publicó en 1928.

En el teatro, el autor más destacado de esta época fue el uruguayo Florencio Sánchez, cuya principal obra, *Barranca abajo*, (1905) pintaba el drama de los habitantes del campo, cada vez más sometidos a la dominación de la ciudad. Una idea semejante aparecería más tarde en la novela de Ricardo Güiraldes, *Don segundo sombra* (1927), donde se evocaba con nostalgia la vida del gaucho.

Los hechos políticos se reflejaron también en la literatura. La revolución mexicana dio lugar a una serie de novelas. Entre las más conocidas figuran *Los de abajo* (1915) de Mariano Azuela y la trilogía de Martín Luis Guzmán, de la cual la obra más conocida es la primera, *El águila y la serpiente* (1928). La revolución dejó también una huella en el desarrollo artístico, particularmente en la pintura. Nació en México una escuela que se hizo famosa internacionalmente, la de los grandes cuadros murales que entregaban una imagen épica de los procesos históricos y sociales. Tres nombres se hicieron muy conocidos: David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco y Diego Rivera. La esposa de este último, Frida Kahlo, fue también pintora notable. Otro mexicano, José Guadalupe Posada, destacó como litógrafo y grabador, publicando ilustraciones en numerosos diarios, en un estilo satírico, que utilizó para criticar a la dictadura de Díaz. En Brasil, relacionados con el movimiento literario modernista, emergieron varios pintores destacados, entre ellos Tarsila do Amaral, quien dejó una obra donde retrataba tipos humanos y paisajes empleando formas que reflejaban el "canibalismo cultural" descrito anteriormente.

El nacionalismo no estuvo ausente en el campo de la música, ya que en esta época se destacó el compositor latinoamericano más conocido internacionalmente, el brasileño Heitor Villa-Lobos. Fue el primero en fundir con éxito la música clásica europea con los sones autóctonos de su país, con la *Bachianas brasileiras*, escritas en los años 1920.

Cultura popular

La cultura popular se expresó fundamentalmente a través de la música y el baile. El hecho de mayor impacto en este período fue el surgimiento del tango en el área del Río de la Plata, como una fusión de la influencia negra y del baile llamado habanera, importado de Cuba. Dado que sus orígenes estaban en las clases bajas de la sociedad, al principio fue rechazado por la elite argentina, pero a comienzos de siglo empezó a ser aceptado y además, dado a conocer en Europa, donde tuvo un éxito arrollador. La aparición de cantantes que se transformaron en ídolos, como Carlos Gardel, contribuyó a la fama del nuevo baile. Otro hecho importante de este período fue el de la institucionalización de los carnavales en Brasil en los años 1920, especialmente en Río de Janeiro, que pasaron a ser fiestas nacionales e incluso una atracción para el turismo. En el carnaval se dio a conocer masivamente la samba, que tomó su forma definitiva a comienzos del siglo XX. Este baile tuvo su origen en

el *candomblé*, traido por los negros de África, y que era practicado en forma clandestina. A partir de 1910 surgieron compositores que la convirtieron en música escrita y que la dieron a conocer comercialmente gracias al carnaval; antes, era un baile menospreciado por ser parte de las costumbres de los negros.

Hubo también una literatura popular, que encontró en la prensa anarquista una expresión que contenía, junto con una gran expresividad, los ideales básicos de ese movimiento, que fue bastante importante a comienzos de siglo, y que se manifestó en diversos planos. Uno de los temas era el llamado a la lucha contra la burguesía, como se lee en un poema publicado en Argentina en 1904:

> La tierra está maldita. Es necesario /que un formidable viento vengativo / barra este pudridero en que vegetan / las flores de la Muerte solamente!
>
> ¡Caiga la lluvia roja y que se lleve / todo este horror inmenso! / Que se limpie el santo y virginal seno del mundo, / para que broten luego las semillas / que sembraron heroicos campesinos; / para que surjan flores en la vasta / extensión de la Tierra gloriosa...[55]

Esta literatura también hablaba del amor libre y de la mujer, como en un poema escrito por una mujer, publicado en un diario obrero que circulaba en la región salitrera del norte de Chile, en 1905:

> Cuando veo el amor tan esclavo / de la lei, de los padres y del cura, / del dinero, cadenas tan duras, con lo que ata esta ruin sociedad, / Yo levanto la fuerte protesta / de mujer que sintiéndose esclava/
>
> al amar libremente proclama: libertad, libertad, libertad...[56]

Síntesis

En la mayor parte de los países, el control oligárquico persistió, ya fuese en su forma institucional o por intermedio de dictaduras militares, o al mantenerse a la sombra de las intervenciones de Estados Unidos. Solo México, Costa Rica y los países del Cono Sur vivieron experiencias de una transformación antioligárquica, donde la clase media jugó un papel no despreciable. Pero incluso en esos países, los resultados para la democratización fueron parciales y discutibles, y la oligarquía enfrentó a la emergente clase obrera más con la fuerza que con una política de integración. De este modo, el liberalismo no supo legitimarse en la época en que la sociedad se diversificaba y su discurso perdió fuerza como elemento ideológico. En lo económico, la elite confió el desarrollo a los progresos ligados al auge

---

55 Citado en *Anarkos. Literaturas libertarias de América del Sur*. Jean Andreu et al., Buenos Aires, Eds. Corregidor, 1990, p. 189.

56 Ibíd., p. 168.

de la exportación y a la llegada masiva de capitales extranjeros, lo que funcionó durante el período, pero en la mayor parte de los países eso no fue acompañado por un esfuerzo para diversificar más la economía. La llegada masiva de inmigrantes transformó el rostro de varios países, lo que indirectamente reforzó el desprecio hacia los pueblos indígenas, mantiendo viva la mentalidad racista. México fue el único país que intentó, en principio, modificar esta situación, pero los resultados serían decepcionantes. Así, la mayor parte de los problemas que mantenían divididas a las sociedades, tanto a nivel social como étnico, siguió sin solución.

Capítulo IV
Populistas, militares y oligarcas. La búsqueda de una vía Latinoamericana de desarrollo en una era influida por las crisis mundiales, de 1930 a 1959

Entre 1930 y 1959, América Latina viviría una modificación importante en su vida política, a causa de la amplitud alcanzada por los partidos y movimientos antioligárquicos, que llegaron al poder o se aproximaron a él en varios países. Este proceso se daría en medio de los efectos de los grandes acontecimientos mundiales: la crisis de la economía, la toma del poder por el nazismo, la guerra civil española y la Segunda Guerra Mundial con su corolario, la guerra fría. Todo esto tendría repercusiones en las vías que se seguirían para enfrentar los problemas heredados de las épocas anteriores, la democratización de la vida política y de la sociedad, así como la definición de una política de desarrollo.

4.1. El contexto internacional: La Segunda Guerra Mundial y la guerra fría

América Latina recibió, como las otras regiones del mundo, el impacto de los grandes acontecimientos internacionales. En los años 1930 se hizo sentir la influencia del nazismo alemán, conjuntamente con la del fascismo italiano. Ambos movimientos intentaron crear lazos con países latinoamericanos, especialmente donde había núcleos importantes de inmigrantes originarios de esos países, como el caso de Argentina. Las misiones militares alemanas e italianas en la región de la Plata se reforzaron, y ciertos gobiernos, como los de Perú y Brasil, consideraron la posibilidad de buscar el apoyo alemán para sus planes de desarrollo y de compra de armas. No hubo sin embargo ningún tratado que consagrara esa influencia a un nivel más concreto.

La guerra civil española (1936-1939), aparte de influir en la vida política de varios países, polarizando el debate entre los partidarios y adversarios del fascismo, acarreó la llegada de miles de refugiados políticos, del campo republicano, que llegaron sobre todo a México y en menor medida a países como Chile y Argentina.

Desde la llegada de Franklin D.Roosevelt a la presidencia, Estados Unidos había puesto en práctica su nueva política, basada en la idea del “Buen vecino”. Las tropas norteamericanas, que ya se habían retirado de República Dominicana en 1924, hicieron lo mismo de Nicaragua y de Haití entre 1933 y 1934, con lo cual disminuyó notoriamente

Mapa 5
América Latina y las dos guerras mundiales



Mapa : Sylvain PROVOST

la inestabilidad en el área del Caribe y de América Central. Al mismo tiempo, Washington aceptó retirar la Enmienda Platt de la Constitución cubana, con lo que el país isleño recuperaba gran parte de su soberanía nacional, aunque los norteamericanos retuvieron la base naval de Guantánamo. Estas medidas facilitarían la cooperación entre Estados Unidos y América Latina durante la Segunda Guerra Mundial.

A partir de 1939, la región sufrió los embates de este conflicto, que iba a cambiar profundamente las relaciones interamericanas. Estados Unidos aumentó su presencia en la región mientras que disminuía la de los países de Europa. En un comienzo, los países latinoamericanos, al igual que Estados Unidos, se declararon neutrales. El único país del hemisferio que entró a la guerra desde el comienzo fue Canadá, pero eso no tenía influencia en el resto del continente. De todas maneras, Estados Unidos, aún antes de entrar en guerra, comenzó a apoyar activamente a Gran Bretaña, e hizo presiones sobre sus vecinos del sur para que estos se prepararan a una posible participación en el conflicto. El momento de definición clave llegó durante la reunión de cancilleres de las Américas en Río de Janeiro, a comienzos de 1942, inmediatamente después del ataque japonés contra Estados Unidos, en Pearl Harbour. El gobierno de Washington pidió a los demás países que rompieran relaciones con el Eje, lo que fue seguido de inmediato por los países de América Central y del Caribe. Los gobiernos sudamericanos tardaron algo más en adoptar la misma decisión, especialmente Chile y Argentina, que mantuvieron su neutralidad. El primero de ellos explicó su decisión por el temor a ser atacado por el Japón, ya que Estados Unidos se declaró incapaz de garantizar la seguridad de las costas chilenas. Por ello, Chile rompió relaciones con el Eje solamente en enero de 1943. El caso argentino fue diferente, ya que el gobierno de este país deseaba mantener una política independiente, sin estar condicionada a los dictados de Washington. Además, desde junio de 1943, los militares tomaron el poder, y entre ellos había muchos que tenían simpatías por Alemania. Así, Argentina imitó a Chile solamente cuando el resultado de la guerra se hizo evidente, en 1944. Esto le valió la hostilidad de Estados Unidos, cuyo gobierno acusó a los gobiernos argentinos entre 1943 y 1946 de fascistas, aunque sin llegar a un rompimiento entre ambos países.

Brasil y México fueron los únicos países latinoamericanos que participaron activamente en la guerra, enviando tropas al frente. La participación brasileña fue la más importante, ya que no solo hubo tropas de ese país en Europa, sino que Brasil proporcionó varias pistas de aterrizaje a los aviones de Estados Unidos para sus vuelos hacia África y el sur de Europa. Esta política dio ventajas económicas importantes al país sudamericano, como se verá más adelante.

Todos los países latinoamericanos fueron miembros fundadores de las Naciones Unidas, en 1945, incluso Argentina, que al romper con el Eje en 1944 había asumido una política juzgada como aceptable por los organizadores del nuevo organismo. Posteriormente, la región contó dentro de la ONU con un organismo específico, la CEPAL o Comisión para el

desarrollo de América Latina, creada en 1948, y que jugaría un papel de cierta importancia en la definición de las políticas de desarrollo de la región.

Muchos países establecieron relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y otros países del este de Europa entre 1945 y 1946. Antes de la guerra, eran muy contados aquellos que habían tenido contactos oficiales con el gobierno de Moscú. Pero esta nueva situación duró muy poco, ya que a partir de 1947, y bajo la influencia de la guerra fría, la mayoría de los gobiernos latinoamericanos rompieron sus relaciones con la URSS. México, junto a Argentina, fue uno de los pocos que no siguió esa tendencia.

La guerra trajo otras consecuencias, como el estrechamiento de las relaciones entre Canadá y América Latina, que antes de 1939 se daban casi únicamente a nivel económico. Entre 1942 y1944 hubo intercambio de embajadas entre Canadá y Argentina, Brasil, Chile, Perú y luego con México, Cuba y posteriormente con otros países.

En la postguerra, fueron creados dos mecanismos internacionales que darían un nuevo marco a las relaciones interamericanas. El primero de ellos fue el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), acuerdo militar de Río de Janeiro de 1947, que obligaba a los países signatarios a participar en la defensa de cualquiera de sus miembros que fuera atacado por una potencia de otro continente y fijaba normas para resolver los conflictos entre los Estados miembros. Poco después, a partir de 1952, Estados Unidos firmó tratados bilaterales de asistencia militar con la mayoría de los países, con lo cual reforzó su influencia en el conjunto de la región. En 1951, durante la guerra de Corea, Estados Unidos buscó implicar a los países latinoamericanos, pero solo recibió un apoyo tibio: Colombia fue el único país que aceptó enviar tropas al conflicto.

En 1948, sobrevino la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA), en Bogotá, que dio una nueva dimensión al movimiento panamericano creado en 1889, a causa de la existencia del tratado militar recién mencionado y de la creación de un cuerpo legal que dio forma al sistema interamericano, especificando su modo de funcionamiento y sus órganos directivos. Este paso estaba motivado por el deseo de mantener la especificidad de la organización regional, que podía ser absorbida por las Naciones Unidas. El nuevo organismo, integrado por todos los países independientes del hemisferio salvo Canadá –que prefirió el estatuto de observador[57]–, fue a menudo blanco de críticas, ya que sobre todo durante sus primeros años de existencia fue percibido como un instrumento para la implementación de la política de guerra fría, dirigida por Estados Unidos. La presencia cada vez más importante de este país en América Latina, era vista como dominadora en varios sectores, lo que se reflejó en la tumultuosa acogida al vicepresidente Nixon, cuando este visitó varios países latinoamericanos en 1958.

---

57 La nueva denominación, “Organización de Estados Americanos” abría la puerta a Canadá, ya que hasta antes de 1948 se hablaba de “repúblicas” como integrantes, lo que excluía formalmente al país del norte, que era (y sigue siendo) un “Dominion” del Commonwealth británico.

A nivel de las relaciones entre los países latinoamericanos, en esta época se desarrollaron las dos últimas guerras de importancia entre Estados vecinos. La primera de ellas fue la guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia, de 1932 a 1935. Iniciada por una disputa sobre el trazado de límites en el territorio del Chaco, y por el deseo de Bolivia de tener acceso al río Pilcomayo, que lo hubiera comunicado directamente con la cuenca del Plata, la guerra terminó con la victoria completa de los paraguayos, que se apropiaron de más de 100.000 kilómetros cuadrados. El conflicto fue costoso en vidas humanas, ya que 50.000 bolivianos y 35.000 paraguayos murieron en él.

El segundo conflicto, menos sangriento, opuso a Ecuador contra Perú, que se disputaban el control de un área situada en la región amazónica. La guerra comenzó en julio de 1941 pero se detuvo antes de cumplir un año, debido a las presiones de Estados Unidos y de otros países, que no deseaban que dos países del hemisferio lucharan entre sí durante la Segunda Guerra Mundial. Los beligerantes aceptaron un tratado de paz, firmado en enero de 1942, bajo la garantía de Argentina, Chile, Brasil y Estados Unidos, que entregó a Perú un área de unos 8.000 kilómetros cuadrados.

4.2. La economía: Los efectos de la crisis de 1929, industrialización y nuevo rol del Estado. El desarrollo "hacia adentro"

La crisis de 1929

La crisis económica mundial tuvo consecuencias importantes en América Latina. Al bajar bruscamente la demanda de los productos de exportación, ello afectó la economía de muchas maneras. Una de ellas fue la disminución de los ingresos de los gobiernos, que dependían en gran medida de los impuestos pagados por las empresas exportadoras. Incluso en aquellos productos que se siguieron exportando hubo una baja en los precios, al disminuir la demanda. Ello tuvo como repercusión una ola de cesantía, tanto entre los empleos que dependían del sector exportador como de la administración pública. En Argentina, 20.000 empleados del Estado quedaron sin trabajo entre 1930 y 1931. Los trabajadores en las plantaciones de azúcar de Cuba, del café en América central, Colombia y Brasil, y del salitre en Chile estuvieron entre los principales afectados. Además, la crisis afectó la capacidad de importación, ya que los países latinoamericanos se encontraban con menos divisas. Varios países se vieron en la obligación de suspender los pagos de su deuda exterior o de pedir una renegociación de la misma.

El valor de las exportaciones de los cinco países centroamericanos (Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Honduras y Costa Rica) que en 1930, último año normal, había sido de 169 millones de dólares, bajó rápidamente, pasando a 105 millones en 1933 y a 54 millones en

1936, el año más bajo de la década. América Central no recuperó sus niveles de exportación anteriores a la crisis sino después de la Segunda Guerra Mundial. Chile fue otro país muy afectado, ya que entre 1930 y 1934 sus exportaciones disminuyeron en un 34%, y algo semejante ocurrió con los países mineros, como Bolivia y México. Brasil también disminuyó sus exportaciones, aunque no tanto como las de Chile. Hubo países menos o poco afectados, como Venezuela, gracias al petróleo. Honduras fue otra excepción, mientras que Argentina logró moderar los efectos de la crisis gracias a un tratado comercial con Gran Bretaña, firmado en 1933 (pacto Roca-Runciman) que abrió las puertas del mercado del imperio británico a las exportaciones argentinas, aunque a cambio de facilidades importantes para el ingreso de productos ingleses en Argentina. Así, las exportaciones argentinas disminuyeron solamente en un 8% entre 1930 y 1934 en volumen, aunque la pérdida fue mayor en cuanto al valor, por la baja de los precios de sus productos.

Pese a la gravedad de la crisis, la mayoría de los países lograron una recuperación relativamente rápida después de 1932, ya que en conjunto, la región mostró un promedio de crecimiento anual del PNB de 4% o más entre 1932 y 1939. Esa recuperación se logró mediante mecanismos variados: a veces la clave estuvo en una mejoría de las exportaciones, como el caso del cobre chileno, cuyo precio aumentó en la segunda parte de la década de 1930, a medida que la guerra se aproximaba; en otros, como Guatemala, la mejoría se logró con una expansión de la agricultura destinada a fines de consumo interno. Y en la mayoría de los casos, la recuperación vino por la expansión del sector industrial, también con el objetivo del mercado interior, en un proceso destinado a sustituir las mercaderías que antes se importaban. Era el desarrollo "hacia adentro".

La política de industrialización y la presencia creciente del Estado en la economía

Como se ha visto anteriormente, la industria no era una actividad totalmente nueva. Pero ahora tomaba una dimensión diferente, en buena medida por la actitud de los gobiernos, que impulsaron esta rama de la economía en forma preferencial. Las medidas tomadas por los gobiernos para implementar esta política fueron de diverso orden. Algunas de ellas iban en beneficio de los empresarios privados, a los cuales se les ofrecían facilidades para que produjeran más, como las inversiones públicas para hacer aumentar la energía eléctrica, la creación de tasas de cambio diversificadas (aquellos empresarios que importaban piezas para la industria podían comprar los dólares a precio más bajo en moneda local) y el otorgamiento de créditos para la producción industrial (y agro-industrial). Hubo también leyes que protegían la producción nacional en ciertos sectores, a través de elevadas tarifas aduaneras, que desalentaban la importación. En ciertas ocasiones, el Estado intervino directamente, con la creación de empresas públicas en sectores considerados claves, como la producción de acero o la de petróleo. Ejemplos de estas medidas fueron la creación de

la usina de Volta Redonda en Brasil, la principal industria siderúrgica de América Latina o la fundación de CORFO (Corporación de Fomento de la Producción) en Chile, (en 1939) una empresa pública que tenía como mandato otorgar créditos para estimular la producción industrial y agrícola, y que en ciertas ocasiones creaba sus propias empresas. México creó un organismo semejante, la Nacional Financiera (en 1934), que era un verdadero Banco de desarrollo, y además se echó a andar una Comisión Federal de Electrificación, que impulsó obras públicas importantes en el campo.

El conflicto de 1939-1945 tuvo en un comienzo efectos negativos, por la pérdida de los mercados alemán e italiano, y por las dificultades para el comercio con Europa en general. Esto se compensó parcialmente a través de los tratados bilaterales con Estados Unidos, interesados en comprar materiales estratégicos y en consolidar la alianza hemisférica. Así, el país del norte incrementó sus compras de cobre a Chile, de estaño a Bolivia, de caucho a Brasil y de diversos minerales a México, aunque los precios pagados por esos productos fueron inferiores a las expectativas latinoamericanas. A través del Banco Export-Import, Estados Unidos concedió créditos importantes a muchos países para mejorar su sistema de carreteras, para compra de maquinarias y para uso de tecnologías. Hubo además un incremento de la inversión privada de Estados Unidos, que en 1943 llegó a representar el 31% del total de la inversión extranjera en América Latina, lo que era más del doble que en 1924.

Otro resultado de la guerra fue el de hacer cambiar de manos las empresas alemanas, que fueron expropiadas luego de la declaración de guerra. Ello afectó, entre otros, la situación de las empresas de transporte aéreo, que en varios países pertenecían a grupos alemanes. Otro tanto ocurrió con las propiedades cafetaleras guatemaltecas, también en manos de alemanes. En algunos casos la expropiación sirvió para el enriquecimiento de personajes con pocos escrúpulos, como Somoza en Nicaragua, que se adjudicó varias propiedades agrícolas a precios ridículamente bajos.

El conjunto de estos factores favoreció los planes de industrialización, que al terminar la guerra representaba porcentajes de cierta importancia del PNB, como se ve en el cuadro 9.

Así, en 1955, al menos en cinco países, la industria representaba una quinta parte o algo menos del PNB. El progreso había sido especialmente importante en Chile, donde la industria había prácticamente triplicado entre 1929 y 1955. Sin embargo, las cifras de 1955 indican que en varios países, el proceso se encontraba estancado desde fines de la guerra. Además, mirada en conjunto, la industrialización no logró cambiar de manera fundamental la economía de los países latinoamericanos. El progreso industrial fue muy desigual, concentrándose en solo tres países, México, Brasil y Argentina, que en 1950 acaparaban el 72,4% de la producción manufacturera de toda la región. Eran los únicos donde había industrias de gran tamaño y consideradas dinámicas, como las especializadas en actividades metálicas, mecánicas, químicas y material de transporte. Detrás de ellos venían cuatro países en situación intermedia: Colombia, Chile, Perú y Venezuela, con el

18,1% del total de América Latina. Todos los demás países tenían índices muy bajos, y su producción se mantenía en los rubros tradicionales, como la alimentación, las bebidas, textil, vestidos y calzados.

Cuadro 11
Porcentaje de la industria en el PNB, países seleccionados, 1929, 1945 y 1955

País	1929	1945	1955
Argentina	22,8	25,0	25,0
Brasil	11,7	17,0	23,0
Chile	7,9	23,0	23,0
Colombia	6,0	11,0	15,0
Guatemala	n.d.	13,0	11,0
Honduras	n.d.	7,0	12,0
México	14,2	19,0	19,0
Perú	n.d.	13,0	15,0
Uruguay	n.d.	18,0	23,0

FUENTE: Furtado, Celso, *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*, Santiago, Editorial Universitaria, 1969, p.107 y *The Cambridge History of Latin America*, op.cit., vol.VI, parte I, p.127 y 141.

Esta industria se desarrolló, además, en base a tecnología importada, situación que no cambió con los años, por la falta de investigación científica y técnica en América Latina. De este modo, los países que querían industrializarse debían gastar sumas importantes en la compra de maquinaria, de tecnología y de marcas registradas en el exterior, con lo cual apareció un nuevo tipo de dependencia. Al emplear maquinarias sofisticadas, la industria creó relativamente pocos empleos, lo cual fue otra limitación. Por otro lado, la estrechez de los mercados nacionales hizo que la industria tuviera costos más bien caros, que solo podían mantenerse gracias al proteccionismo, pero que no podían exportar su producción, al no poder competir con los productos manufacturados de Norteamérica o de Europa. La solución a esa limitación hubiera sido la integración regional, para disponer de mercados más amplios, pero ese tipo de proyectos no existía en esa época. De ese modo, la industria solo tuvo significado a nivel nacional, y las exportaciones siguieron siendo hechas en base a productos primarios, ya fuesen minerales o productos agrícolas.

Pese a estas limitaciones, la industrialización de América Latina tuvo consecuencias positivas, como diversificar su economía, ofrecer nuevos campos de inversión, entre los cuales se incluía la red de transportes; estimular el crecimiento de la población urbana,

especialmente la de obreros con cierta especialización, técnicos y profesionales, que demandaban mayor preparación y por consiguiente una mejor escolarización. Los países que no siguieron esa senda, los de América Central y del Caribe permanecieron en una situación de mayor dependencia y con una población menos diversificada desde el punto de vista de la preparación y del empleo.

La agricultura: ¿sector abandonado?

Si pese a ciertas limitaciones, la industria había pasado a ser la actividad más dinámica de varios países latinoamericanos, en la agricultura se produjo una situación contraria. La producción de varios alimentos de base, como trigo, maíz, arroz, y también de carne, casi no aumentó entre 1934 y 1960. Los únicos cultivos donde se registró un aumento claro fueron las papas, el algodón y el azúcar. La agricultura y la ganadería, que habían sido tradicionalmente las actividades primordiales de gran parte de la población, y que habían jugado un papel importante en el comercio internacional, estaban ahora en baja.

Esta situación era tanto más importante que hacia fines de los años 1950, la población que vivía en el campo y que trabajaba en la agricultura representaba todavía porcentajes importantes en casi todos los países, salvo Venezuela y los del Cono Sur. En países como República Dominicana, Haití, Honduras, Nicaragua, Guatemala y Ecuador, los dos tercios o más de la fuerza de trabajo estaban empleados en la agricultura en 1950, mientras que en Bolivia y México ese porcentaje era de 60%.

La baja de la producción agropecuaria se debe, según algunos, a que esta actividad fue perjudicada por las políticas económicas de los gobiernos, que preferían favorecer a la industrialización. En varios países, la mantención de una moneda nacional fuerte, que permitía comprar divisas a más bajo precio y así importar más maquinarias, tuvo un efecto negativo para los exportadores de productos agrícolas, que obtenían menos beneficios al cambiar las divisas recibidas en moneda del país. Los gobiernos intervencionistas tuvieron tendencia a mantener precios bajos para los productos agrícolas que se consumían internamente, a fin de contentar a las poblaciones urbanas. Como consecuencia, los grandes empresarios agrícolas se sintieron perjudicados e hicieron pocos esfuerzos por invertir en tecnología y en mejorar la productividad.

En un aspecto, sin embargo, los gobiernos favorecieron a los grandes productores agrícolas, al no intervenir en las cuestiones de propiedad de la tierra o de organización de trabajadores rurales. Los grandes líderes populistas, como Vargas en Brasil y Perón en Argentina, nunca intentaron siquiera un programa de redistribución de tierras. En México, después que Lázaro Cárdenas (presidente entre 1934 y 1940) dio un impulso importante a la reforma agraria, sus sucesores hicieron muy poco por imitarlo. En Chile, durante todo este período, el sindicalismo agrario fue prácticamente inexistente, y los diversos gobiernos hicieron poco o nada por alentar ese proceso.

La inflación, el mal de Latinoamérica

Aunque históricamente no era algo nuevo, el problema del alza continua de los precios asumió caracteres graves a partir de 1930. Esto se debió a varias razones. Hasta 1929, los gobiernos financiaban sus presupuestos sobre todo con los impuestos al comercio exterior, que eran relativamente fáciles de cobrar, ya que se trataba de una actividad muy localizada. Pero con la baja del comercio internacional, los gobiernos debieron apelar más a los impuestos internos (a la renta y a las ventas), operación mucho más difícil de hacer cumplir. De este modo, los ingresos del Estado se hicieron más irregulares. Esto coincidió con la decisión de ampliar el gasto público, a fin de financiar los planes de desarrollo que se mencionaron anteriormente. El resultado de esta situación contradictoria fue que los gobiernos hicieron frecuentes emisiones inorgánicas de papel moneda, a fin de responder a sus obligaciones. En fin, otro foco inflacionario fue el exceso de demanda, de parte de una población que aumentaba a un ritmo rápido, ante una oferta de productos que no se incrementaba al mismo ritmo. Debe notarse que en esta época el endeudamiento externo no era un factor de importancia, lo que cambiaría notoriamente en la época siguiente.

Este proceso provocó un aumento importante del costo de la vida en varios países, lo que se expresa en el cuadro 12 siguiente:

Cuadro 12
Aumento del costo de la vida, 1945 a 1955, países seleccionados

País	1945	1950	1955
Argentina	100	255	585
Bolivia	100	188	2,525
Brasil	100	173	384
Chile	100	252	1,438
Colombia	100	193	242
Costa Rica	100	133	125
Cuba	100	118	118
El Salvador	100	130	167
Guatemala	100	156	166
México	100	148	248
Perú	100	236	333
Venezuela	100	122	130

FUENTE*: Cambridge History of Latin America*, op.cit.,vol.VI, p.141.

Se observa que el fenómeno inflacionario afectó sobre todo a los países urbanizados, como los del Cono Sur. En el caso boliviano, la inflación se debió a los efectos desestabilizadores de la revolución de 1952. En los países agrícolas de América Central, que no aumentaban mayormente su gasto público, el problema fue mucho menor. En todo caso, de los 14 países seleccionados, la mitad de ellos muestra cifras según las cuales el costo de la vida aumentó al menos al doble entre 1945 y 1955, lo que indica la gravedad del problema. Cifras de 40 ó 50% de aumento anual de la inflación eran habituales en países como Argentina o Chile, lo que desalentaba la inversión y golpeaba duramente a los consumidores, en su vida cotidiana.

¿Creación de un modelo de desarrollo?

La mayor presencia del Estado en la economía se tradujo en diversas medidas, que significaban cambios importantes. Una decisión casi revolucionaria fue la del ministro Federico Pinedo, en Argentina, que en 1933 creó un impuesto al ingreso, lo que nunca había existido en ese país. En Chile se aumentó el impuesto a las exportaciones del cobre, como medio para financiar la CORFO. Estas medidas eran criticadas por los sectores más conservadores, que llegaban incluso a hablar de socialismo al referirse a ellas, diciendo que amenazaban la libertad. Quejas semejantes aparecieron en Colombia cuando el gobierno del presidente Alfonso López Pumarejo, aunque liberal, hizo intervenir al Estado en otras direcciones, como la propiedad agraria. En efecto, a fin de aliviar la situación crítica de muchos trabajadores agrícolas cesantes, el Estado compró en 1934 algunas haciendas privadas para adjudicarlas en seguida a pequeños cultivadores. Dos años más tarde en 1936, este mismo gobierno aprobó una ley que le permitía declarar propiedad pública a aquellas haciendas cuyas tierras estuvieran sin ser cultivadas, pero en la práctica no se aplicó.

El intervencionismo estatal en la economía provocó otro conflicto, de mayor seriedad, en la cuestión del petróleo, ya que aquí se tocaban intereses de compañías extranjeras, especialmente de Estados Unidos. Al menos cuatro países, México, Argentina, Brasil y Uruguay, desarrollaron una política nacionalista, para dejar en manos del Estado la totalidad de la refinación y de la fijación de precios del petróleo, como también la mayor parte de la producción. Esta política era apoyada, sobre todo en Brasil, por un importante sector de las Fuerzas Armadas, que consideraban que el control nacional sobre el petróleo era vital para la independencia económica del país. Argentina había sido un país pionero al respecto, ya que la compañía estatal YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales) había sido creada en 1919. Esta empresa no era monopólica, pero controlaba la mayor parte de la venta de petróleo en el país. En Brasil, los planes de crear un monopolio nacional sobre la producción, refinación y venta del petróleo provocaron largas discusiones con Standard Oil, la compañía estadounidense, que tenía inversiones en el país. En México se llegó al punto culminante de este conflicto

cuando el presidente Lázaro Cárdenas nacionalizó la totalidad de las empresas petroleras que pertenecían a Estados Unidos y a Gran Bretaña, en marzo de 1938, alegando que esas empresas no respetaban las leyes mexicanas del trabajo. En cambio Venezuela, el primer productor de petróleo de Latinoamérica, no aplicó este enfoque nacionalista, conformándose con aumentar muy levemente los impuestos que pagaban las empresas estadounidenses y anglo-holandesas que explotaban el petróleo en su territorio.

Estos hechos tuvieron consecuencias de importancia. A partir de los años de la crisis, al menos en México y en la mayor parte de América del Sur, se desarrolló un modelo económico particular, basado en la alianza entre el Estado y la empresa privada. No se trataba de un rechazo al sistema capitalista ni de una búsqueda disimulada de socialismo, como lo creyeron algunos. Tampoco era una política opuesta al capital extranjero. La política nacionalista como la aplicada al petróleo no fue algo generalizado, sino más bien excepcional. Se trató de una tentativa de apoyar a un capitalismo que no mostraba la capacidad para retomar el crecimiento anterior a la crisis solo en base al esfuerzo privado, ya fuese nacional o extranjero. Fue, en suma, un capitalismo híbrido, que no correspondía enteramente a la experiencia de América del Norte o de Gran Bretaña, aunque en estos países, donde en teoría la economía se desenvolvía según las iniciativas del sector privado, también podía darse una intervención del Estado en la economía en ciertos momentos, como el "New Deal" del presidente Franklin D.Roosevelt en Estados Unidos, en los años 1930[58]. Esta tendencia continuó y en cierto modo se reforzó durante la Segunda Guerra Mundial, ya que las dislocaciones del comercio exterior hicieron que el mercado interno adquiriera aún más importancia. La llegada al poder de regímenes con ideas nacionalistas y redistributivas (que se analizará más adelante), consolidó el "modelo latinoamericano" de desarrollo, que se prolongó hasta al menos 1970. En este modelo, el impulso a la industrialización era visto como decisivo. En ello influyó el pensamiento de la CEPAL y del argentino Raúl Prebisch, del cual se hablará más adelante.

---

58 La intervención del Estado en la economía de países desarrollados no era algo nuevo, y ella ha tomado diversas formas. En el siglo XVII, en Inglaterra bajo Cromwell y en Francia bajo Colbert, el Estado actuó para dominar el comercio internacional y para desarrollar la industria naval, según las ideas mercantilistas. A comienzos del siglo XIX, el papel de las colonias inglesas, sobre todo la India, para el crecimiento de la industria textil británica, fue decisivo. Más tarde, los gobiernos intervinieron a través de políticas proteccionistas, lo que se dio sobre todo en Europa y en Estados Unidos en las tres últimas décadas del siglo XIX y más tarde durante la crisis de 1929. En Canadá, entre 1870 y 1900, el Estado jugó un importante papel en la orientación de la economía, favoreciendo al sector industrial por medio del proteccionismo y luego interviniendo en el financiamiento de la construcción del ferrocarril transoceánico, lo que jugó un papel clave en la integración de la región del oeste al nuevo país. En fin, la expansión colonialista de 1880 a 1914, que se dio sobre todo en África y Asia era otra acción de los gobiernos en favor de los inversionistas de sus respectivos Estados. Si los países más ricos de hoy han forjado su economía en base a la empresa privada, no es menos cierto que los poderes públicos han hecho un aporte importante en muchos instantes.

4.3. La sociedad: Crecimiento demográfico y auge urbano

Tendencias demográficas

Durante las tres décadas de este período, la población comenzó a aumentar a un ritmo más rápido que en las épocas anteriores, gracias a los progresos en materia de salud pública, visibles sobre todo a partir de fines de la Guerra Mundial. En la región del Caribe, se hicieron esfuerzos por erradicar o frenar los efectos de la malaria, y en toda la región se generalizó el empleo de la *penicilina*. Esto trajo una disminución importante en la mortalidad infantil. El resultado fue un incremento demográfico notorio, que llevó a América Latina a pasar de un total de 112 millones de habitantes en 1930 a 170 millones en 1950, es decir un incremento del 60% en 20 años.

La naturaleza de este proceso fue distinta al de los años anteriores, ya que se debió a un fenómeno casi puramente interno. En efecto, a causa de la crisis económica y luego de la Guerra Mundial, la inmigración disminuyó notablemente. El gobierno de Brasil votó leyes para limitar la llegada de extranjeros entre 1930 y 1945, alegando que se debía "defender al trabajador nacional". Después de la guerra, la inmigración recomenzó, pero sin alcanzar jamás los niveles de comienzos del siglo XX. El auge petrolero permitió a Venezuela se transformase en el principal país receptor de inmigrantes, en la década de 1950.

América Latina recibió además un cierto número de refugiados políticos: a los españoles republicanos de 1939 se agregaron los europeos del este después de 1945. Los judíos que huían de los regímenes nazi y fascista no fueron aceptados en gran número. Durante el gobierno de Cárdenas, México recibió a 6.304 refugiados españoles, pero solamente a 1.631 judíos. En Brasil, el gobierno de Vargas puso muchas restricciones al ingreso de los hebreos; el caso del famoso escritor Stefan Zweig, quien fue bien recibido, fue una excepción, no la regla. Pese a un cierto antisemitismo, la Argentina de Perón fue la más abierta a la llegada de judíos, que pasaron a constituir allí una de las comunidades israelitas más grandes del mundo: en 1970, se calculaba su número en 500.000 personas. Chile aceptó a varios miles de judíos, en vísperas de la guerra, algunos de los cuales llegaron en el vapor "Copiapó", que zarpó de Hamburgo en el momento mismo en que estallaba el conflicto, pero antes, los cónsules chilenos en Alemania habían recibido instrucciones en el sentido de limitar el numero de visas a los postulantes judíos.

Las migraciones internas expresaban, desde luego, los flujos del campo o de las provincias del interior a las grandes ciudades. Este movimiento era provocado por la atracción de la ciudad como nuevo estilo de vida, pero también era de naturaleza económica y social, ante

la declinación de la agricultura como actividad y por las dificultades del acceso a la tierra por parte de los habitantes más pobres del campo[59].

Este proceso reforzó el crecimiento de las grandes ciudades, tendencia ya esbozada en los años anteriores, y que adquirió mayor peso después de 1930. De hecho, fue a fines de este período que en varios países, la población pasó a ser mayoritariamente urbana. En 1950, este fenómeno se daba en cuatro países: Uruguay (78%), Argentina (65%), Chile (58%) y Venezuela (53%), mientras que un quinto, Cuba, estaba a punto de serlo (49%). En conjunto, América Latina exhibía una tasa de urbanización de 41%.

El crecimiento urbano, concentrado sobre todo en las capitales, fue acompañado de otro fenómeno: el surgimiento de las áreas donde había fuertes concentraciones de pobreza. Aunque desde luego la pobreza urbana no era una novedad, sí lo era la magnitud del problema, como también el hecho que se concentraban geográficamente en lugares determinados, en la periferia de las grandes ciudades. El aspecto más saliente de esos sectores era la carencia de viviendas adecuadas: sus habitantes vivían en casas improvisadas, en terrenos carentes de servicios básicos como agua potable y luz eléctrica. Esto les dio una identidad especial y se empezó a emplear conceptos específicos para referirse a él. En Chile, esos sectores fueron designados como poblaciones callampas, en Argentina se hablaba de las villas miseria, en Perú de los pueblos jóvenes, en Brasil de las favelas.

Las clases sociales

El contexto económico de la época favoreció a aquellas clases que vivían de las actividades urbanas, sobre todo de la industria. En conjunto, la agricultura perdió la primacía que había ostentado hasta mediados del siglo XX como fuente de empleos, ya que en 1960 solo el 46,7% de la población activa del conjunto latinoamericano trabajaba en el campo, cifra que había sido de 61,6% en 1940. En las ciudades, los profesionales, empleados y obreros asalariados cobraron cada vez más importancia, mientras que declinaba el número de artesanos. Pero la situación general de Latinoamérica distaba mucho de ser homogénea. El cuadro 11 nos muestra el peso relativo de esos sectores en ciertos países, donde las cifras muestran que en varios de ellos, sobre todo en Centroamérica y Brasil, la mayor parte de la población se concentraba en actividades agrícolas, ya fuese como pequeños propietarios o como obreros asalariados. Solo tres de los países considerados (Argentina, Costa Rica y Colombia) mostraban un porcentaje importante de medianos propietarios agrícolas, lo que se advierte en las cifras del sector medio-alto que vivía de las actividades primarias. Guatemala y Honduras no solo tenían una clase media-alta muy débil, sino que los artesanos

[59] Este proceso ha sido estudiado, entre otros, por el antropólogo estadounidense Oscar Lewis, en su célebre estudio *Los hijos de Sánchez*, que relata la historia de una familia de origen campesino que se va a vivir a Ciudad de México después de la revolución. Publicado por primera vez en 1959, el libro se ha convertido en un clásico.

eran tanto o más numerosos que los asalariados en el grupo de la clase baja empleada en actividades secundarias y terciarias. En Paraguay y Guatemala, el sector de los pequeños propietarios rurales era muy numeroso, ya que superaba el 40% del total de los empleos. Brasil y Venezuela estaban en una situación intermedia, con una clase media-alta no muy desarrollada, pero se diferenciaban en el hecho de que la gran mayoría de la clase baja en Brasil vivía de empleos en el sector primario, sobre todo agrícola.

CUADRO 13
OCUPACIONES EN PAÍSES SELECCIONADOS, 1950

Sector ocupacional	Arg.	Chi.	CR.	Cub.	Ven.	Col.	Br.	Par.	Gua.	Hon.
Estrato medio y alto, ocupac.secund.y terc.	27,8	20,7	14,1	21,1	16,3	12,3	13,2	12,1	6,0	3,9
id. sector primario	8,1	0,7	8,2	0,6	1,9	9,6	2,0	2,1	1,7	0,6
Total sect. medio-alto	35,9	21,4	22,3	21,7	18,2	21,9	15,2	14,2	7,7	4,5
Estrato bajo, ocup.secund.y terc.	45,0	49,7	31,3	37,7	44,4	31,5	24,3	32,9	31,4	12,4
id. sect.primario	19,1	28,9	46,4	48,6	37,4	46,6	60,5	52,9	60,9	83,1
Total sector bajo	64,1	69,6	77,7	86,3	81,8	78,1	84,8	85,8	92,3	95,5

FUENTE: *Boletín económico para América Latina*, vol. 2 (1957), CEPAL.

a) La elite

Este sector continuó ejerciendo su hegemonía en la sociedad gracias al control que mantenían sobre la tierra (proceso favorecido por la ausencia de reforma agraria, con la única excepción de México y de Bolivia) y sobre las actividades industriales y comerciales, que practicaban a menudo al mismo tiempo. La política favorable a la industrialización contribuyó a la aparición de nuevos empresarios en ese sector[60], a veces de origen árabe, como fue el caso de la familia Sumar en Chile, o de Jorge Antonio en Argentina; este último llegaría a ser uno de los colaboradores principales de Perón. Los hechos políticos en unos pocos países trajeron cambios de cierta importancia en la composición de la elite. La principal transformación ocurrió en México, donde la Revolución significó la aparición de nuevos ricos, los generales que aprovecharon su poder militar y luego político para amasar fortunas considerables. Por otro lado, aunque hubo familias tradicionales que perdieron su base de poder, las hubo también que, habiendo salido durante algún tiempo del país,

60 Este proceso ha sido considerado clave para el surgimiento de una “burguesía”. Ver al respecto la nota sobre clases sociales, al final del texto.

regresaron para continuar sus actividades, como los Garza de Monterrey. Otra situación semejante a la de México fue la ocurrida en República Dominicana, donde la familia Trujillo no solo acaparó el poder político sino también el social y económico, en detrimento de familias tradicionales. Esto fue posible gracias a la expropiación de tierras y otras riquezas pertenecientes a las familias de opositores que caían en desgracia, cuyos bienes pasaban a las manos de los Trujillo.

b) la clase media

La clase media, esencialmente urbana, siguió en ascenso, favorecida por la ampliación de la educación y por el incremento de los empleos en el sector de servicios, en especial de aquellos que exigían una cierta calificación. En seis países su presencia era significativa: Argentina, Chile, Costa Rica, Cuba, Uruguay y Colombia, donde representaban más del 20% de la población[61]. En Chile, fue este sector el más beneficiado con las políticas económicas y sociales de los gobernantes, que concedieron mayores ventajas sociales y remuneraciones a los empleados y profesionales que a los obreros. Nacieron nuevas universidades para formar a los profesionales y técnicos, entre ellas una en provincia (Valdivia) y otra dedicada específicamente a la preparación de profesionales destinados a la producción, como la Universidad Técnica del Estado, fundada en 1948. En México, los profesionales universitarios, hasta entonces no muy bien mirados por el poder, recibieron su consagración política durante los gobiernos de Manuel Avila Camacho (1940-1946) y de Miguel Alemán (1946-1952). El primero creó la Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), que dio mayor autonomía a la elección de rector, el cual sería elegido por los profesores, y el segundo inauguró el nuevo campus, la Ciudad Universitaria, en 1951, lo que aumentaría la visibilidad y el prestigio de la casa de estudios. También se incrementaron los fondos de instituciones como el Colegio de México, que enviaría numerosos becarios al exterior. De ese modo, los artistas, intelectuales y científicos recibieron un mayor espacio, aunque siempre existía el problema de la dependencia ideológica hacia el gobierno del PRI. El partido de gobierno buscó atraer a los sectores medios al nivel ideológico, borrando de su declaración de principios el concepto de lucha de clases que había adoptado pocos años antes, haciendo en cambio una mención específica del rol de las "clases medias" en el desarrollo del país. Era una revancha de esos sectores en relación a los primeros años de la Revolución, cuando los sectores privilegiados en el discurso del poder eran los obreros y campesinos. En cambio en Argentina, el peronismo no dio el mismo trato a las clases medias en su discurso, enfocado hacia los "trabajadores", aunque trató, sin mucho éxito, de dirigirse a ellas creando la Corporación General de Profesionales y la Confederación General Económica; esta última buscaba reunir a los empresarios medianos y pequeños.

---

61 Los datos estadísticos ponen en una misma categoría al llamado "sector alto y medio" por razones metodológicas: en las encuestas, personas del sector alto se definen como "medios" para evadir impuestos, y los del "medio" dicen pertenecer al de más arriba por razones de prestigio.

Independientemente de los discursos ideológicos, la clase media era un sector en ascenso en este período. Aunque por su naturaleza compleja no tenía la misma presencia política que la clase obrera, constituía un actor que ningún político podía dejar de lado[62].

c) Los obreros urbanos

En este período, los obreros se hicieron notar a nivel organizacional, gracias al incremento de los sindicatos. Es cierto que este proceso fue obra más bien de minorías, ya que en ciertos países, aunque el número de trabajadores miembros de los sindicatos aumentó, ese progreso no fue proporcional al incremento general de los trabajadores, de modo que, en porcentaje, los sindicalizados eran una minoría. En México, en 1939 había 604.000 trabajadores organizados, cifra que representaba solamente el 8,6% del total, ya que había 5.190.000 que no estaban en sindicatos. A fines del período, en 1959, las cifras eran de 1,2 millones de trabajadores organizados y de 9,4 millones no sindicalizados; la proporción había bajado a 7,4%.

Pese a estas limitaciones, los sindicatos se organizaron a nivel nacional, a través de federaciones. Entre las más poderosas estaba la Confederación General de Trabajadores (CGT) de Argentina, creada en 1930 por la unión de grupos socialistas y anarquistas. Pero pronto la CGT se dividió, por la decisión de los comunistas de crear otra organización rival del mismo nombre, y más tarde la central cayó bajo la influencia del peronismo. En México, en 1936 fue creada la Confederación de trabajadores de México, heredera de otras organizaciones anteriores, como la Confederación Regional Obrera de México (CROM), que había tenido una vida activa entre 1918 y fines de los años 1920, y de la Confederación General de Obreros y Campesinos, que se había disuelto. La nueva central fue dirigida por Vicente Lombardo Toledano, de orientación claramente anticapitalista. Otros países que contaron con centrales sindicales importantes fueron Cuba, con la Confederación de Trabajadores Cubanos (CTC, fundada en 1939), Perú, con la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP, fundada en 1944) y Chile, con la Central Única de Trabajadores (CUT, fundada en 1953). En Bolivia, en 1946, surgió una organización que, aunque cubría solamente un sector de trabajadores, tuvo un gran impacto social y político, la Federación sindical de trabajadores mineros de Bolivia. A nivel continental, se formó la Confederación de trabajadores latinoamericanos (CTAL), creada en Ciudad de México en 1938, que apoyaba la lucha de clases. Después de la Segunda Guerra Mundial, bajo influencia de Estados Unidos, apareció la ORIT (Organización Interamericana del Trabajo), que actuó como rival de la anterior, diciendo apoyar "sindicatos democráticos y apolíticos".

---

[62] Esto fue destacado particularmente por el estudio del sociólogo estadounidense John Johnson, *La transformación política de América Latina. Surgimiento de los sectores medios*, según el cual, los "sectores medios" eran los propulsores del "capitalismo moderno y de la democracia liberal". Su obra, escrita en inglés en 1958, fue prontamente traducida al español.

Pese a estos progresos, la acción sindical tuvo limitaciones. Una de las principales fue su frecuente dependencia de los gobiernos, sobre todo en el caso de Argentina durante Perón, y aún más en el Brasil de Vargas. En este país surgió la palabra "pelego" para designar a los agentes del Ministerio del trabajo, que en la práctica controlaban a los sindicatos. Algo semejante ocurrió en México, donde la CTM se vio limitada por la intromisión del gobierno de Cárdenas, que excluyó a los trabajadores rurales de la CTM al crear la Confederación Nacional Campesina para estos últimos. Cuando Lombardo Toledano fue expulsado de la CTM, en 1948, la central cayó en una dependencia mayor ante al gobierno[63]. Las divisiones ideológicas y las luchas por el poder entre los diversos partidos políticos, que se disputaban la hegemonía de las centrales, fueron otro factor negativo.

Además, pese al relativo reforzamiento de los sindicatos, ello no eliminó las prácticas represivas en ocasiones de conflictos juzgados como amenazadores por los gobiernos. En Bolivia, los mineros del estaño fueron masacrados por el ejército en la mina de Catavi, en 1942, con un saldo de varios centenares de muertos, y en 1946 hubo seis muertos en Chile en ocasión de una huelga, en pleno centro de Santiago. En los territorios controlados por Inglaterra esas situaciones también podían darse, como se comprobó durante la represión contra los obreros portuarios de Jamaica, en 1938, aplastada con un balance de 29 muertos y más de 100 heridos.

d) Los trabajadores rurales. Los indígenas, actores poco solicitados

Pese al avance de la urbanización, en la mitad de los países, los empleos en la agricultura, ya sea como obreros o como pequeños propietarios, representaban en 1950 entre el 40 y el 50% del total, que era el caso de Brasil, Panamá, Paraguay, los países andinos y los de Centroamérica. Haití era un caso extremo, ya que en este país los pequeños cultivadores equivalían al 79,1% del total. La suerte corrida por los trabajadores del campo seguía siendo determinante para la evolución de la sociedad.

Aunque se trató de un fenómeno limitado a algunos países, la reforma agraria constituyó la novedad más importante en este sector. En México, la reforma fue una consecuencia directa de la revolución de 1910, ya que la nueva Constitución permitía la restitución de sus tierras a las comunidades desposeídas. El proceso se puso en marcha lentamente, de tal modo que sólo en la década de 1930 cobró real fuerza. La reforma buscaba sobre todo

---

63 Un personaje que encarna claramente esta situación es Fidel Velásquez (1900-1997). Trabajó en su niñez como obrero agrícola, y luego se trasladó a Ciudad de México, donde empezó a trabajar en la industria lechera. Fue uno de los organizadores del sindicato en ese sector, llegando a ser uno de los colaboradores de Morones en la CROM. En los años 1930 se alejó de este último y se acercó a Lombardo Toledano, en la recientemente fundada CTM. Cuando Lombardo abandonó la organización, Velásquez pasó a dirigirla, manteniendo ese liderazgo más de medio siglo, hasta su fallecimiento. Dos de los rasgos claves de su éxito, que se complementan, fueron el mantenerse en estrecha asociación con el gobierno del PRI y el combatir a los sindicatos que trataban de actuar en forma independiente de la CTM.

la realización de justicia social, no la de transformar el sector reformado en el motor de la agricultura.

Dos países siguieron la senda mexicana, o al menos lo intentaron. Como consecuencias de la revolución de 1952, Bolivia lanzó un plan semejante al de México, devolviendo tierras a las comunidades indígenas. Guatemala intentó una reforma que tuvo resultados fatales para el gobierno, ya que el plan hería los intereses de la United Fruit Company, lo cual abrió un conflicto internacional, debido a las protestas de la compañía estadounidense, como se verá más adelante.

Es interesante comparar la situación de los indígenas en Bolivia y México, luego de los resultados de la reforma agraria. En el primero de esos países, entre 1952 y 1955, más de 300.000 trabajadores rurales, que trabajaban en haciendas y que eran en su mayoría indígenas, habían sido favorecidos con el proceso, en el que se habían repartido casi un millón de hectáreas. Esta tierra venía de los latifundios expropiados, muchos de ellos por iniciativa de los indígenas, que eran alentados en eso por el gobierno. La tierra se atribuía individualmente, pero se guardaba una cantidad para uso comunitario. Aunque los campesinos mantuvieron un bajo nivel de vida, ya que las superficies atribuídas por persona eran exiguas, la reforma les había dado un trato nunca antes obtenido, lo que se añadía al hecho de haber obtenido derechos cívicos, con el derecho de sufragio universal. Además, la reforma fortaleció las propiedades comunitarias de los indios.

En México, si la reforma, como se verá más adelante, ganó nuevo impulso a mediados de los años 1930, la población indígena no mejoró mayormente su nivel de vida. Hubo gestos de parte del gobierno en su favor, como el programa de creación de profesores bilingües para enseñar en medio rural, lo que contribuyó a mantener vivas las lenguas indígenas: en 1960, un millón de indígenas se declaraban unilingües; el nahual, con 300.000 personas, y el mixteco, con 106.000, eran los idiomas nativos más habladas. En 1940, México organizó el primer congreso indigenista de América Latina, en Pátzcuaro. Esto no sirvió, sin embargo, para crear una gran conciencia entre los gobiernos de los diversos países en favor de los indígenas, que como veremos, tendrían que esperar dos o tres décadas para que sus problemas comenzaran a ser discutidos más seriamente[64].

En otros países, como Brasil, surgieron movimientos de trabajadores rurales tendientes a crear organizaciones que hicieran valer sus derechos, las Ligas Campesinas. Las primeras experiencias ocurrieron durante los años 40, por iniciativa del Partido Comunista, pero fueron reprimidas duramente cuando el partido fue declarado ilegal. Más tarde, en 1955, las ligas resurgieron, bajo el liderazgo de Francisco Juliao, un abogado socialista. Al

[64] En sus memorias, el poeta Pablo Neruda cuenta que en la época en que era cónsul de Chile en México, durante la Segunda Guerra Mundial, lanzó una revista cultural sobre temas chilenos, pero su iniciativa fue censurada por el gobierno, ya que en la portada del primer número aparecía el rostro de una india mapuche, lo que no fue del agrado de las autoridades chilenas. Ver *Confieso que he vivido*, Buenos Aires, Losada, 1974, p.222-223.

comienzo se desarrollaron en el noreste, pero luego se ampliaron a otras regiones del país, dedicándose especialmente a defender a los pequeños propietarios expulsados por los grandes latifundistas. En Brasil, como en otros países (entre ellos Chile) la sindicalización de los trabajadores rurales era prácticamente inexistente hasta fines de los años 50. Un caso particular fue el movimiento "ruralista" en el Uruguay, que consistió en la movilización de miles de pequeños y medianos agricultores (la mayoría arrendatarios de tierras), que pedían mejores precios agrícolas. Dirigido por un periodista, Benito Narbone, el "ruralismo", que floreció en los años 50, tuvo un impacto limitado, ya que no buscó ampliar su base social, al no defender ninguna reivindicación de los peones agrícolas.

Un viejo fenómeno rural, los asaltos de los bandidos (cangaceiros), llegó a su cúspide en los años 1930 en Brasil, con la carrera de Virgolino Ferreira, mejor conocido como Lampiao. Famoso por sus asaltos en el nordeste del país, sus actividades llegaron a un término fatal en 1938, cuando fue ultimado por la policía. Aún después de su muerte, siguió siendo un personaje mítico, que posteriormente dio materia a una telenovela de gran éxito, en los años 70.

e) La situación de la mujer

El paso a una economía urbano-industrial no cambió en lo fundamental el lugar de la mujer en el mercado del trabajo, ya que en casi todos los países, el sector donde la presencia femenina siguió concentrado fue el de los servicios, lo que en el fondo significaba los servicios domésticos. En Chile, el total de mujeres empleadas en esa actividad era de 84.314 en 1930 y de 171.330 en 1952, lo que equivalía a alrededor de un tercio del total de las mujeres que recibían una remuneración. Esto indicaba una situación subordinada, que implicaba una actividad generalmente mal pagada y que dejaba escaso margen para la vida privada, ya que los horarios de trabajo eran muy largos. Hubo sin embargo una mayor presencia femenina en los sectores de comercio, finanzas y servicios en general, donde la presencia de la mujer aumentó a un ritmo superior al de los hombres, mientras que esa participación tendía a estancarse en la agricultura y en la industria, sectores donde el predominio masculino se acentuaba. Esta tendencia fue muy clara en países como Argentina, Chile, Colombia, República Dominicana y Cuba. Para Chile, las cifras indican que el número de mujeres empleadas en comercio y finanzas pasó de 28.000 a 56.000 entre 1930 y 1960, mientras que en la industria, las cifras eran de 93.000 y 103.000; en Argentina, entre 1947 y 1960 las mujeres aumentaron de 107.000 a 171.000 en el primer sector mencionado, mientras que en la segunda las cifras eran 404.000 y 424.000. En México y Brasil, en cambio, la mujer no solo aumentó su participación en el empleo industrial, sino que en el primero de los dos países ese fenómeno también se dio en la agricultura, situación excepcional.

Hubo también algunos progresos en el ejercicio de las profesiones, donde las mujeres ya no estaban confinadas a las profesiones tradicionalmente femeninas. Así, en Cuba, en 1953, las mujeres dominaban en el sector farmacéutico y en la enseñanza superior; en este

último sector, representaban el 51% de los profesores universitarios. En Chile, el censo de 1952 demostró un aumento significativo en el total de mujeres que desempeñaban trabajos remunerados, que pasó de 269.619 en 1930 a 539.141. Si bien un tercio de ellas seguía concentrado en los servicios domésticos, había 40.176 que trabajaban como profesionales y técnicas, lo cual era un porcentaje no despreciable. La gran mayoría había hecho sus estudios en la Universidad de Chile, que desde el siglo XIX aceptaba mujeres en sus aulas; desde 1932, la Universidad Católica, segunda universidad del país, había abierto algunas carreras a las mujeres.

El progreso más importante para la mujer fue su acceso al derecho de sufragio en todos los países de la región, lo cual aparece detallado más adelante.

El papel social del Estado. Visión de conjunto: ¿hubo progresos sociales?

A comienzos del siglo XX, las primeras leyes sociales habían sido aprobadas en algunos países, junto con un código que regulaba las relaciones de trabajo. Este proceso continuó después de 1930, con la creación de una serie de organismos públicos destinados a cuidar la salud de los trabajadores y a proporcionar las pensiones de vejez y de accidente. Además, aumentaron los montos destinados a la educación y a servicios como el agua potable y la electricidad, todo lo cual redundó en una mejoría en el nivel de vida del conjunto de la población. Sin embargo, en ciertos casos las leyes y las instituciones creadas no siempre entregaban los servicios anunciados ni cubrían el conjunto de la población.

El examen de ciertos casos nacionales permite tener una visión concreta de este proceso. En México, el país de la revolución, el gasto social en el presupuesto anual, que era de 12,9% en 1929, alcanzó un máximo de 19,9% en 1938, aunque más tarde bajó, llegándo a un mínimo de 11,2 en 1952. El aporte del Estado a instituciones importantes, como el Instituto Mexicano de la Seguridad Social, fundado en 1943, fue bastante bajo, y solo recibió una ayuda sustantiva del Estado en los años 60; antes de esa década, se financiaba casi únicamente con los aportes de los empresarios y de los trabajadores. Su papel era muy importante, ya que administraba las pensiones de accidente, vejez, maternidad, invalidez y muerte.

En comparación, Costa Rica dedicó un porcentaje bastante mayor de su presupuesto al gasto social: 33,3% en 1950 y 30,2% en 1958, de cuyo total más de la mitad estaba destinado a la salud. La Caja Costarricense del Seguro Social, fundada en 1941, fue la principal institución creada en este período; sin embargo, durante un cierto tiempo, su acción se limitó a cubrir a la población compuesta por asalariados urbanos, dejando de lado a los trabajadores rurales, que representaban cerca de la mitad de la mano de obra del país.

En Brasil, la seguridad social recibió un impulso decisivo durante el período dominado por Getulio Vargas. El número de trabajadores cubiertos por la seguridad social pasó de 150.000 en 1940 a 2 millones en 1950. Nacieron agencias especializadas para los distintos

tipos de trabajadores, como el Servicio Social Industrial y el de Empleados de Comercio, ambas en 1946. Diversos testimonios indican sin embargo, que a menudo los patrones no pagaban su parte en el financiamiento de los programas sociales, y además, la inflación reducía el poder adquisitivo de las pensiones. En Chile, la creación del Servicio Nacional de Salud (SNS) en 1954, permitió cubrir a una gran parte de los trabajadores, en particular los obreros y aquellos considerados indigentes. Sin embargo, este mismo hecho mostraba las divisiones sociales, ya que los empleados tenían otras instituciones, que variaban de una actividad a otra.

En conjunto, a fines del período ciertos países mostraban resultados interesantes, aunque en otros, el porcentaje de personas que podían contar con un sistema de seguridad social era bajo, como se ve en el cuadro 14 siguiente:

Cuadro 14

Población cubierta por seguridad social y población activa, 1960

País	A: Pob.total (millones)	B: Pob.activa (millones)	C: Pob.asegurada* (millones)	Porcentaje C/A
Chile	7,7	2,5	4,8	63%
Uruguay	2,5	1,0	1,6	63%
Argentina	20,8	7,2	9,1	44%
Perú	10,3	3,2	0,8	8,5
México	36,0	11,3	3,8	10,8

FUENTE: Mesa-Lago, Carmelo: *Social Security in Latin America*. Pittsburgh University Press, 1978, p.41, 90, 134, 180 y 231.

*El total de la población asegurada es superior al de la población activa porque incluye a los jubilados y a los dependientes (familiares) de los asegurados.

Lo que se acaba de describir nos indica que la sociedad latinoamericana, en las tres décadas que van de 1930 a 1959 se había diversificado y sus actores presentaban demandas crecientes a fin de mejorar su nivel de vida. Para medir en qué medida esto se verificó, se pueden analizar dos aspectos, que nos dan una idea del grado de avance del nivel de vida en esta época, a través de la situación de la salud y de la educación, como se ve en los cuadros 15 y 16, que incluyen cifras de años anteriores a la época de este capítulo, a fin de tener una mayor perspectiva.

Cuadro 15
Estadísticas vitales, países seleccionados
(porcentajes en miles en relación a la población total)

País	Nacim. 1910	Muertes 1910	Nacim. 1929	Muertes 1929	Nacim. 1959	Muertes 1959	Tasa de mortal. infantil* 1910	Tasa de mortal. infantil* 1929	Tasa de mortal. infantil* 1959
Argentina	38,3	18,9	30,2	13,8	23,5	8,5	148	107	59
Chile	38,9	31,7	41,2	25,8	36,1	12,6	267	224	117
Colombia	28,3a	18,6a	30,4	13,1	40,7	11,0	n.d.	123	97
Costa Rica	41,7	25,6	46,3	24,2	48,3	9,3	197	182	70
Cuba	n.d.	n.d.	25,2	10,2	30,5	6,6	n.d.	85	32
El Salvador	n.d.	n.d.	35,2	14,2	48,5	2,6	n.d.	156	78
Guatemala	n.d.	n.d.	56,8	24,7	49,2	17,1	n.d.	84	90
Guyana	27,5	34,4	31,7	23,5	44,5	10,1	205	146	57
México	32,0	33,3	39,3	26,8	45,6	11,4	287	168	74
Uruguay	31,7	14,5	24,2	10,8	22,6	9,4	n.d.	100	57
Venezuela	31,8	21,3	30,2	17,2	45,8	8,3	n.d	150	61

*: tasas por mil nacidos vivos.
a: cifras de 1915 para Colombia.

FUENTE: Mitchell, B.R.: *International Historical Statistics*. Detroit, 1983.

Las cifras brutas muestran un progreso general en todos los países y en todas las etapas. Aunque el análisis y la comparación de las cifras no es fácil, ya que no hay datos disponibles para todos los países en las mismas fechas, es posible distinguir algunas constantes. Argentina y Uruguay tenían la mejor situación de salud, y son los dos países que se distinguieron del resto por su pronta adopción de un modelo demográfico caracterizado por una natalidad más bien baja, mientras que todos los demás países exhibían tasas de natalidad muy elevadas, especialmente en Centroamérica. Varios países mostraron progresos importantes en su educación universitaria durante el período de 1929 a 1959, donde la cantidad de alumnos inscritos se multiplicó por seis o por siete. Llama la atención el caso de Chile, que tenía la peor situación de mortalidad infantil de todos los países seleccionados, en todas las épocas, salvo en la primera. Esto contrasta con la situación de escolaridad, donde figuraba entre las mejores si se toma en cuenta la relación con su población. El caso de Guayana muestra que la situación de ciertas colonias inglesas era mejor que la de varios países latinoamericanos independientes, aunque no se puede generalizar: la mortalidad infantil en Barbados en 1902 era de 420, mientras que la de Jamaica en 1890 era de 188.

CUADRO 16
ESCOLARIDAD, PAÍSES SELECCIONADOS (EN MILES)

País	N. de alumnos, 1a y 2a			N. de alumnos, univ.		
	1889	1929	1959	1889	1929	1959
Argentina	168	1 452	2 961	1	23	167
Brasil	259	2 141	7 924	n.d.	15	87
Chile	124	641	1 310	1,2	6,6	22
Colombia	93	470	1 697	1,5	3,0	19
Costa Rica	13	50	210	n.d.	n.d.	3,7
Cuba	88a	484	1 025	0,6	4,8	18
El Salvador	27	41	308	n.d.	0,5	2,1
Guatemala	45	115	303	n.d.	0,7	5,2
Guyana	2	45	125	n.d.	n.d.	n.d.
México	561b	1 300	5 246	n.d.	8,2	23
Perú	53	330	1 533	0,9	2,7	25
Uruguay	33	185	380	0,2	1,8	15
Venezuela	n.d.	114	1 443	n.d.	0,7	23

a: datos de 1899
b: datos de 1895

FUENTE: Mitchell, B.R.: *International Historical Statistics*. New York, Stockton Press, 1983.

Todos los países cuyas estadísticas se pueden comparar, mostraron progresos en salud infantil, que era una de las principales causas de la mortalidad. México fue el que más avanzó en este respecto, lo cual representa una realización importante de la revolución. Sin embargo, Venezuela, sin haber conocido el mismo tipo de experiencia política, también avanzó en ese sentido, tanto en salud como en educación, entre 1930 y 1959. En fin, llama la atención los progresos de un pequeño país como Costa Rica en materia de salud.

En conjunto, estas cifras muestran que hubo ciertos progresos sociales en el conjunto de Latinoamérica. De un país a otro, con diferencias nacionales e internas (los sectores rurales eran siempre los menos beneficiados), la población vivió más y un poco mejor de una época a otra, alcanzando además mejores niveles de educación.

Religión

Aunque la Iglesia católica siguió siendo la predominante en Latinoamérica, muchos de los fieles carecían de dirección religiosa. A fines de 1950, en la mayoría de los países

había un déficit de sacerdotes, especialmente en el área centroamericana y del Caribe: Honduras era el país en peor situación, ya que en ese país había un cura por cada 15.900 habitantes, mientras que en República Dominicana la cifra era de 12.200, en Guatemala, de 11.240 y en Cuba, de 9.310. Chile era el país con mejor situación, ya que allí la cifra era de 3.114 habitantes por sacerdote, seguido de Ecuador, Colombia, Argentina y Uruguay. En México, pese a la política hostil de la revolución hacia la Iglesia, la situación no era de las más dramáticas, con 5.370 personas por un sacerdote. Para enfrentar esta situación, a varios países empezaron a llegar misiones religiosas de Canadá, especialmente del sector francés, muy identificado con el catolicismo. Los Oblatos fueron una de las congregaciones que se distinguieron en esta empresa, con misiones que además de ocuparse de la enseñanza religiosa, constituían un aporte al sistema educacional, con la creación de colegios primarios y secundarios, muchos de ellos en ciudades de provincia.

Pero las cifras no dicen todo: en Chile, el sacerdote jesuíta Alberto Hurtado publicó en 1942 un ensayo titulado: ¿Es Chile un país católico?, donde se cuestionaba sobre la aplicación real de los valores religiosos en una sociedad donde miles de niños vivían abandonados en las calles, causa a la cual dedicaría gran parte de su vida. En algunos países, como Chile y Venezuela, los católicos encontraron un canal para expresar sus opiniones sociales en política a través de la Democracia Cristiana, formación que se originó en esta época.

Conscientes de sus debilidades, los dirigentes de la Iglesia católica crearon en 1958 el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), con sede permanente en Bogotá, organismo dedicado a coordinar las actividades pastorales y sociales de la Iglesia a través de toda la región. Antes, en 1955, los obispos habían celebrado su primera reunión continental en Sao Paulo, lo cual continuaría en las décadas siguientes.

El deporte profesional, nueva actividad

La práctica de ciertos deportes a escala masiva, como el box, el fútbol y el béisbol había comenzado antes de 1930. Sin embargo, en esta etapa estas actividades toman mucho mayor volumen y pasan a ser parte importante de la vida cotidiana, al comenzar la etapa de la profesionalización.

En el fútbol, esta fase comenzó a partir de 1930, cuando en Argentina, Uruguay y Brasil se comenzó a pagar abiertamente a los futbolistas, lo que hasta entonces se hacía en forma encubierta. Con ello, los campeonatos nacionales adquirieron una nueva dinámica. El profesionalismo llegó a Chile en 1933, a México en 1943 y al Perú en 1951. Nació toda una estructura en torno a entrenadores, filiales y divisiones inferiores, para formar jugadores desde niños, lo que culminaba en la compra y venta de los más talentosos, algunos de los cuales eran vendidos a clubes europeos. La difusión de los partidos, a través de la radio en esta época, y la proliferación de campeonatos internacionales, como los Mundiales y los sudamericanos, dio mayor auge a la actividad. Esto impulsó las construcciones deportivas, a menudo con apoyo gubernamental. En Chile, a fines de 1938 se inauguró

el Estadio Nacional, construido por el gobierno de Arturo Alessandri. Poco después, en ocasión de la Copa del Mundo de 1950, en Río de Janeiro se construyó el gigantesco estadio de Maracaná, con capacidad para 180.000 personas.

Los principales jugadores pasaron a ser héroes populares en sus respectivos países y a veces en toda la región, como el argentino Alfredo Di Stéfano, que fue además figura en España, el paraguayo Arsenio Erico, que triunfó en el fútbol argentino, y los integrantes del equipo uruguayo que dio la sorpresa en 1950, ganando a Brasil por 2 a 1 en el partido final, lo que les dio el título mundial. A fines de este período comenzó la carrera del astro más grande del fútbol mundial, el brasileño Edson Arantes do Nascimento, más conocido como Pelé, que se distinguió en el equipo que ganó el campeonato mundial en Suecia, en 1958.

En el boxeo, Pascual Pérez dio a la Argentina su primer título mundial, al ganar el campeonato de los pesos mosca, en 1954. Antes de él, Luis Ángel Firpo había alcanzado renombre mundial entre los pesos pesados, y en esta misma categoría el chileno Arturo Godoy se transformó en ídolo en su país al perder estrechamente un combate por el título mundial en Nueva York, en 1940, contra el campeón Joe Louis.

El béisbol adquirió cada vez mayor relevancia en el Caribe y en algunos países de Centroamérica. Jugadores cubanos, portorriqueños y dominicanos empezaron a ser contratados cada vez con mayor frecuencia en Estados Unidos, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se puso término oficialmente a la discriminación contra los jugadores de color en las ligas profesionales de ese deporte.

Vida cotidiana

Si bien los progresos de la industria aceleraron la mejoría de las vías de transporte, había áreas donde las comunicaciones eran aún lentas y difíciles. Una de ellas era Centroamérica, donde hasta 1930 solo dos países estaban conectados por el tren, México con Guatemala. En cuanto a las carreteras, estas estaban muy poco desarrolladas, y solo unían a México con Guatemala y El Salvador. El proyecto de la carretera panamericana, lanzado en 1923, había hecho escasos progresos al comenzar la Segunda Guerra Mundial, según observó John Gunther, el periodista que recorrió todos los países latinoamericanos en 1941. Según sus informaciones, la carretera solo cubría la mitad de los aproximadamente 5.000 kilómetros que hay entre el Río Grande y Panamá. El periodista quedó especialmente sorprendido de la situación en Panamá, país importante por la existencia del canal, pero donde la infraestructura rutera y el control del territorio dejaban mucho que desear:

> Cuando llegué a Balboa, quedé asombrado al descubrir que animales como el tapir se encuentran a menos de mil yardas del canal, que en campos del ejército a algunas millas de Colón, hay hasta 25 tipos de serpientes, algunas mortales; que en el lado del Atlántico no hay caminos, excepto un trecho de 25 millas entre Colón y Portobelo; que los indios cuna del Darién nunca han sido dominados y son bastante hostiles. Y todo esto, a pocas millas de una de las más grandes obras de ingeniería del hombre!... El gobierno hace muy poco esfuerzo para mantener un control efectivo

> sobre los indios de San Blas o aquellos cerca de la frontera con Colombia. Más allá de Chepo, donde se termina la carretera panamericana, a unas treinta millas al sur de Balboa, todo es una selva impenetrable[65].

Este testimonio no debe sorprender cuando se le compara con la descripción de las mujeres indígenas de la sierra peruana, en los años 1930, según las observaciones de Josephine Hoepner Woods, esposa de un ingeniero de minas estadounidense, que trabajó en esa región. En ellas, la autora constató la sobrevivencia de las costumbres ancestrales, pese a la relativa hispanización de las indígenas. Una de esas tradiciones consistía en usar varias faldas, hechas de lana; mientras más usaba la mujer, mayor era su riqueza. La compañía minera, entendiendo la importancia de esas costumbres, cooperaba en la realización del "Día de la comadre", fiesta que seguía a la del carnaval, proporcionando los premios que se rifaban durante esa jornada. Esos premios eran prendas de vestir, como sombreros, polleras y mantas; estas últimas eran el premio más codiciado. La rifa se hacía con números que eran sacados de una caja, "generalmente por una niñita de las familias de los gringos... cuando se sorteaba una falda o una manta, había fuertes aplausos y una ronda de tragos". Estos últimos eran variados e indicaban la coexistencia de bebidas extranjeras con las locales: se bebía cerveza, whisky, crema de menta, chicha y leche de tigre[66].

En la ciudad, la existencia de las poblaciones pobres en la periferia de los grandes centros urbanos, que se multiplicaron en estos años, quedó descrita en el diario de vida de Carolina María de Jesús, conocida como Bitita. De origen mulato (padre blanco, que la abandonó, y madre negra), Carolina nació en una pequeña ciudad del estado de Minas Geraes, en 1915. En los años 1930 fue a vivir a Sao Paulo, donde trabajó como empleada doméstica. Al quedar embarazada, sus patrones la despidieron, y se fue a vivir a la favela de Canindé, donde pasó trece años, de 1947 a 1960. Vivió en extrema pobreza, con sus tres hijos, todos de distinto padre, ninguno de los cuales vivió con ella. Como único medio de vida se dedicó a recoger papel y tarros de los basurales, que luego vendía. De su diario relata algunas escenas de la vida en Canindé:

> 25 de junio (1958). Hice café y vestí a los niños para que fueran a la escuela. Empecé a preparar porotos. Vestí a Vera (su hija menor) y salimos. Vi una camioneta con patente del gobierno. El departamento de salud de Sao Paulo había venido a recoger los excrementos. Los diarios dicen que hay 160 casos de gente en la favela que tiene gusanos. ¿Será verdad que nos van a dar remedios? La mayoría de los habitantes de aquí no tienen dinero para pagarlos. No voy a tomarme el examen médico. Me fui a buscar papeles. Hoy día gané solamente 25 cruzeiros. Y ahora hay un hombre que también empezó a recoger papel en mi zona. Pero no voy a pelear con él por eso. Seguro que en pocos días más va a abandonar ese trabajo. Ya se está quejando de que lo que gana con eso no le alcanza ni para tomarse un trago de pinga . Dice que es mejor pedir limosna.

---

65 *Inside Latin America*, New York, Harper & Brothers , 1941, p. 151-152.

66 Observaciones en su libro *From High Spots in the Andes: Peruvian Letters of a Mining Engineer's Wife* (1935), citado en *Confronting Challenge, Challenging Tradition. Women in Latin American History,* por Gertrude M. Yeager (editora), Wilmington, Scholarly Resources Book, 1994, p. 154-155.

28 de junio. Estaba descansando cuando escuché decir que en la calle A, los bahianos estaban peleando. Fui a mirar lo que pasaba. Lo que ocurrió es que Sergio había organizado un baile, y los nortistas estaban haciendo otro. La mujer de Chó fue al baile de los nortistas. Pero ella baila solamente con los que son muy buenos para eso, y rechazó la invitación de un pernambucano. El hombre se puso furioso, fue a buscar su cuchillo y volvió tras la mujer. Pero ella, cuando lo vio venir, apagó las luces y se escondió. Los otros le quitaron el cuchillo. El pernambucano salió a la calle gritando ¡Hoy voy a matar! ¡Hoy va a correr la sangre en la favela!... Hubo una tremenda confusión. Todos los nortistas hablaban al mismo tiempo y no entendí nada. Si son así en el norte, entonces el Norte debe ser horrible[67].

La ampliación del electorado, aún con esa limitación, no siempre significó una conciencia cívica más desarrollada ni electores más concientes de lo que estaba en juego. Ello se dio en las masas urbanas, muchas de ellas de origen campesino, como los entrevistados por Oscar Lewis en su famoso libro antes mencionado (nota 57). Jesús Sánchez, el padre, hace las reflexiones siguientes:

"Yo me preocupo solamente de mi trabajo. No entiendo nada de política. Leo uno o dos párrafos en los diarios, pero no los tomo en serio. Hace algunos días leí algo sobre los izquierdistas. Pero no sé qué es la izquierda, ni la derecha, ni qué es el comunismo. Lo único que me interesa es ganar suficiente dinero para responder a mis necesidades básicas y para mantener a mi familia. El que es obrero debería ocuparse solamente de eso, que haya de qué comer en su casa. La política es algo complicado. Los que nacieron para hacer política, que la hagan"[68].

En la Argentina de Perón, el régimen y su propaganda nacionalista influyó en las actitudes de la población hacia los anglosajones, según lo observó el novelista Christopher Isherwood. De paso por ese país, poco después del término de la Segunda Guerra Mundial, se dio cuenta que al presentarse a los argentinos, no debía decir "soy americano", sino "soy americano del norte", porque de otra manera, sus interlocutores veían en eso una demostración más de las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos en el hemisferio. El autor cuenta demás una anécdota que le había sido relatada por una inglesa que vivía en Buenos Aires. La mujer había ido a una peluquería y se quejó del peinado que le habían hecho, diciendo que no le quedaba bien. El peluquero le había respondido: ¡Qué me importa si le guste o no! ¿Y usted, qué dice de las Malvinas?"[69].

En Colombia, la manera cómo la población campesina vivió la etapa conocida como la"Violencia" aparece en el testimonio de Chispas, pseudónimo de Teófilo Rojas, quien explica cómo él, que era de una familia de pequeños propietarios, llegó a formar parte de una banda armada en los años 1950:

---

67 De Jesus, Carolina Maria: *Child of the Dark. The Diary of Carolina Maria de Jesus,* New York, Dutton, 1962, p. 81-87.

68 Lewis, Oscar: *Los hijos de Sánchez*, op.cit. Citado de la versión francesa, *Les enfants de Sanchez*, Paris, Gallimard, 1963, p. 636.

69 Isherwood, Christopher: *Le Condor*. Paris, Rivages, 1990, p. 363 (original 1949).

"Érase una vez cuando todos vivíamos en paz en Rovira, Tolima. Pero un día, que puedo recordar como si fuera ayer, aparecieron hombres uniformados, con algunos civiles, y nos trataron muy mal, llamándonos hijos de puta y otras cosas. Golpearon a varios de nosotros, nos amenazaron y nos asustaron mucho, sobre todo cuando mataron a Tiberio Patiño y a Servando Gutiérrez y a muchos más, sin ninguna razón. También golpearon a los niños y violaron mujeres... Uno de ellos me decía que yo debía dejar de ser *cachiporro* y pasarme a los *godos*, y que así podría vivir en paz... Muchos de nosotros tuvimos que huir de allí, perseguidos por la policía, el ejército, los conservadores, los pájaros e incluso por los curas, que empleaban la religión para hacer una persecusión política... No teníamos apoyo de los jefes de partido, aunque sabían muy bien que eran los partidarios de los liberales los que estaban siendo víctimas de terribles represiones... Fue esto lo que llevó a la formación de la guerrilla, para responder a la situación de confrontación en la que habíamos caído... Nuestros jefes nos trajeron ropa y todo lo que necesitábamos, ya que no costaba nada ir a matar y a robar a los conservadores..."[70].

4.4. La vida política. Militares, oligarcas y populistas frente a las masas: Escasos avances democráticos

Tendencias generales

La vida política, en el período aquí descrito, presentó características contradictorias. En principio, se dieron elementos que debían favorecer un contexto más democrático. El primero de estos factores fue el de la formación de un cuerpo electoral masivo, lo que ocurrió gracias a dos procesos. Por una parte, la urbanización creciente favoreció una mayor inscripción y participación de aquellos que cumplían con los requisitos para votar (la inscripción y el saber leer y escribir). Por otra, las mujeres pasaron a tener el derecho a voto. Este último proceso se concretó principalmente a fines de la Segunda Guerra Mundial, como parte de las tendencias universales en favor de la ampliación de los derechos ciudadanos. Antes de 1945, las mujeres solo podían votar en seis países, que eran Ecuador, Uruguay, Cuba, El Salvador, Brasil, y República Dominicana. Sin embargo, en estos dos últimos casos, el ejercicio de ese derecho era más bien teórico, ya que en el Brasil de esos años hubo raras ocasiones de votar y en el país caribeño, dominado por la dictadura de Trujillo, las elecciones eran una parodia. En otros países, como en Perú y Chile, las mujeres tenían hasta 1945 un derecho de sufragio limitado, que les permitía votar solamente en las elecciones municipales, que eran consideradas no políticas. A partir de fines de la guerra, el movimiento en favor del sufragio femenino se intensificó y todos los demás países adoptaron leyes al respecto. México, el

---

70 Citado por Andrew Pearse, "Chispas: From Peasant to Bandit", *Journal of Peasant Studies,* vol. 1, n. 2, january 1974, p. 249-250.

país de la revolución, fue uno de los últimos en seguir la corriente, ya que el voto femenino fue aprobado solamente en 1953.

Si las mujeres fueron favorecidas, en cambio hubo un sector que, al menos en ciertos países, siguió excluido de los derechos cívicos: los analfabetos, que se concentraban generalmente en las regiones rurales. En efecto, aunque Colombia, Venezuela y Costa Rica abolieron la obligación de saber leer y escribir para tener el derecho a voto (en 1936, 1947 y 1949), esa exclusión se mantuvo en Chile (hasta 1970), Perú (1979) y Brasil (1985).

Pese a esas restricciones, es evidente que en la nueva época, el contexto de la política dejaba de ser oligárquico, al menos en principio, puesto que las masas comenzaban a ser consideradas ahora en los programas y en los estilos de gobierno. Esto favoreció la emergencia, al menos en un cierto número de países (sobre todo en Sudamérica), de partidos políticos que propiciaban programas antioligárquicos, proponiendo a veces cambios sociales y económicos de fondo. Tal fue el caso de los movimientos conocidos como populistas, cuya principal manifestación fue el peronismo en Argentina, junto a la acción de Vargas en Brasil y en cierto sentido, la experiencia mexicana del régimen basado en la creación del partido oficial de gobierno, que adoptaría finalmente el nombre de Partido Revolucionario Institucional (PRI). Estos regímenes comparten características claves: identificación estrecha con un líder carismático, un discurso abiertamente antioligárquico, acompañado de un cierto nacionalismo, un programa de desarrollo industrial, una movilización de masas y políticas favorables a los sectores más postergados. Era, en suma, un caudillismo adaptado a la sociedad de masas.

Otros partidos que respondían a ese contexto eran las fuerzas identificadas con el marxismo, como los partidos socialistas[71] y los partidos comunistas. Estos últimos, aunque existieron en todos los países, sólo tuvieron una influencia real en no más de cinco: Cuba, Chile, Brasil y en menor medida, en Guatemala y Colombia. En el caso chileno, el progreso de los partidos de izquierda se dio en un contexto especial, casi único en América Latina: la formación de un Frente Popular, inspirado de la experiencia europea.

Todos estos partidos, que tenían ciertas coincidencias, como la búsqueda del apoyo de la población urbana, y la denuncia de las clases tradicionales, comenzaron no solo a disputar, sino a quitar a la derecha el liderazgo de la vida política. En ese sentido, la oligarquía empezó a perder (al menos en Sudamérica) el control que había tenido durante un siglo. Pero este proceso no se hizo siempre a través de canales institucionales, mediante una vida electoral diversificada y democrática. Las intervenciones militares se multiplicaron, ya fuese al ser alentadas por los sectores oligárquicos o por propia iniciativa. Los regímenes llamados populistas tampoco contribuyeron mucho a la democracia, ya que si bien, como veremos,

---

[71] Los partidos socialistas han tenido una existencia con altibajos, ya que a veces dejaron de existir para transformarse en el PC (caso del Perú) o en otras se dividieron, lo que llevó a una fracción a integrarse con los comunistas. Pese a ello, también ha habido situaciones de fuerte rivalidad entre socialistas y comunistas. Aunque en general se han declarado marxistas, su práctica ha variado mucho de un país a otro. Ninguno se afilió a la internacional socialdemócrata. Los PS de Argentina y Chile han sido los más influyentes en sus respectivos países, mientras que los de Uruguay y Colombia han tenido escasa resonancia.

favorecieron un mayor bienestar material de la clase obrera, actuaron con una buena dosis de autoritarismo, lo cual es claro en el caso mexicano, el argentino y el brasileño. En fin, a menudo las nuevas fuerzas lucharon entre ellos: los partidos Socialista y Comunista no podían aceptar que los movimientos populistas acapararan el liderazgo de la clase obrera; a su vez, los líderes populistas desataron acciones a veces bastante represivas contra los marxistas.

A nivel internacional, la influencia sobre la vida política fue contradictoria. En los años treinta, el impacto de los movimientos totalitarios en Europa había repercutido negativamente en América Latina, propiciando la aparición de partidos que seguían, al menos en parte, los métodos fascistas[72]. Posteriormente, la Segunda Guerra Mundial había hecho triunfar ideales libertarios, que debían abrir un clima de mayor tolerancia y respeto hacia los derechos cívicos. De hecho, entre 1944 y 1947 hubo un período en el que algunas dictaduras se derrumbaron, se levantó la censura o la represión contra los partidos comunistas y pareció asistirse a un período de renovación política. Pero la guerra fría anuló esos progresos, creando un clima de intolerancia ideológica, y dando una nueva oportunidad a las dictaduras que continuaron predominando en el área del Caribe y de Centroamérica. Esto provocó un retroceso en el frágil camino de la democratización iniciado en la etapa anterior.

Todos estos elementos dieron lugar a una situación compleja, donde hubo simultáneamente una mayor participación electoral al lado de una vida política menos estable que en el período anterior. En conjunto, esto se resume en el cuadro 17.

El examen de este cuadro, al ser comparado con su similar del capítulo anterior, muestra que hubo más retrocesos que progresos de una época a la otra. Tal fue el caso de Argentina, Bolivia, Ecuador y Paraguay, donde si se compara con el período anterior, hubo un mayor número de gobiernos derrocados por la fuerza. El caso de México es complejo, ya que si bien un solo presidente debió abandonar el poder antes de su término (el de Pascual Ortiz Rubio, bajo las presiones de Calles), y aunque todos sus gobiernos fueron elegidos, ellos lo fueron dentro del sistema de partido único en el poder, lo cual descalifica las elecciones. Otro tanto puede decirse de países como Haití, Panamá, y Paraguay, y aún más en los casos de Nicaragua y República Dominicana, donde el poder estaba en las manos de Somoza y Trujillo, quienes permitían de vez en cuando la elección de otra persona para darse una apariencia democrática. La Argentina de 1930 a 1943, donde las elecciones se hicieron dentro de condiciones poco democráticas, es un caso dudoso. En fin, si en Brasil solo hubo dos gobiernos que no terminaron su mandato, la casi totalidad del período estuvo dominada por la dictadura de Vargas.

---

72 Varios movimientos populistas han sido catalogados como fascistas, en especial el peronismo en Argentina. El uso de este concepto para la realidad latinoamericana es discutible. Al respecto, véase entre otros, la observación del historiador inglés Eric Hobsbawm en su reciente estudio *L'Âge des extrêmes. Histoire du court XXe siècle, 1914-1991* (Bruxelles, Éditions Complexe, 1994, p.186). En él señala que pese a la filiación que puede existir entre el fascismo europeo y ciertos regímenes latinoamericanos, hubo también una diferencia esencial: mientras que en el Viejo Continente los regímenes fascistas destruyeron al movimiento obrero, en Latinoamérica, los políticos que se inspiraron en el fascismo se dedicaron a crear ese movimiento.

Reservas semejantes deben emitirse respecto a la tasa de participación en las elecciones. Por un lado, es interesante constatar que en los países más democráticos, como Chile y Costa Rica, el grado de participación siguió siendo bajo. Por otra parte, hay situaciones engañosas, como las altas tasas de participación en Guatemala, Nicaragua y República Dominicana, que se dieron todas en años de dictadura. Esta situación se explica por la presión de esos gobiernos para legitimar su fraude electoral, mostrando que tenían apoyo popular.

CUADRO 17
PARTICIPACIÓN ELECTORAL Y SITUACIÓN DE LOS GOBIERNOS, 1930-1959

País	Particip. electoral		Situación de los gobiernos		
	Mín.	Máx.	Total	Elegidos*	Derrocados
Argentina	11,1%	47,1%	11	6	5
Bolivia	1,6	28,2	16	6	8
Brasil	13,4	15,1	9	3	3**
Chile	7,6	16,9	12	9	3
Colombia	5,9	21,5	10	8	2
Costa Rica	14,7	20,0	11	9	1
Cuba	11,0	37,1	17	4	3
Ecuador	2,5	15,9	19	5	7
El Salvador	5,0	35,6	11	3	4
Guatemala	11,3	39,0	11	3	5
Haití	3,0	25,0	13	5	5
Honduras	15,7	18,8	6	2	2
México	9,9	22,2	8	6	1
Nicaragua	x	27,5	9	6	2**
Paraguay	8,0	35,8	14	8	9
Perú	3,8	14,7	12	5	3
Rep.Dominic.	17,9	46,3	8	7	1
Uruguay	11,9	40,7	10	9	1
Venezuela	0	39,8	10	2	4

*Incluye a algunos gobernantes provisorios que completaron mandatos por fallecimiento o enfermedad de su predecesor, como Jerónimo Méndez, en Chile, quien completó el gobierno de Pedro Aguirre Cerda tras la muerte de este, en 1941-1942.
**Incluye mandatarios que aunque no fueron derrocados, tampoco terminaron normalmente su gobierno, como Vargas en Brasil en 1954, quien se suicidó, y Anastasio Somoza (padre) en Nicaragua, quien fue asesinado en 1957.

FUENTE: entre otras, *Statistical Abstract of Latin America*, op.cit., vol.25.

Casos nacionales

a) Chile, Uruguay y Costa Rica: progresos democráticos

Estos tres países son los que mostraron una situación más favorable a una vida democrática, aunque ninguno de ellos estuvo exento de situaciones anómalas.

En Chile, la situación política fue muy inestable durante la mayor parte de la década de 1930, como consecuencia de los efectos de la crisis económica. Hubo una rebelión de la marinería de guerra en 1931 y un golpe militar en 1932, encabezado por un grupo de civiles y de militares con ideas de izquierda, que proclamaron una efímera "República socialista". Desde 1933, el país asistió a la emergencia de un movimiento de inspiración nacional socialista[73] que tuvo cierto auge. Ese mismo año, desconfiando de la lealtad de los militares, el gobierno del liberal Arturo Alessandri (elegido por segunda vez a la presidencia, en 1932) propició la formación de una importante organización armada de civiles de derecha, la Milicia Republicana, que aspiraba a defender un orden que parecía amenazado. Solo en 1938, tras una tentativa de golpe de parte de los nacis, se volvió a una vida política más estable. Un hecho clave en ese sentido fue la elección, en ese mismo año del gobierno del Frente Popular, alianza de centro-izquierda que reunía al Partido Radical, a socialistas y comunistas, en una alianza multiclasista de algunos sectores de propietarios, clases medias y obrera. Este hecho fue importante: por primera vez, los partidos oligárquicos perdían una elección presidencial, y comenzaba una época de gobiernos basados en las alianzas de partidos de distintas tendencias, hecho poco común en Latinoamérica. No se trató sin embargo de una transformación de fondo: los partidos de la derecha, aunque alejados del poder ejecutivo, mantenían una presencia importante en el Parlamento y las bases económicas de su poder, en especial la gran propiedad agraria, seguía incólume. Tampoco hubo acciones de corte antiimperialista, sino más bien una mayor presencia del Estado en la esfera económica y social (como se vio anteriormente), y esencialmente, la construcción de un sistema político basado en el pluralismo.

Este último rasgo se reforzó en 1935, cuando comenzó a formarse el futuro Partido Demócrata Cristiano, que tomó su nombre definitivo en 1956. Con ello, Chile reforzó su imagen de país estable y abierto a una gran diversidad de ideas. Sin embargo, esa situación sufrió una limitación importante entre 1948 y 1958, años en que se aplicó la ley llamada de "Defensa de la democracia" que declaraba ilegal al Partido Comunista y además limitaba el funcionamiento de los sindicatos. Miles de personas perdieron sus derechos cívicos y muchos fueron internados en campos de detención. El poeta Pablo Neruda, militante

---

[73] En este país debe hacerse la diferencia entre el Partido Nacional Socialista, llamado naci, formado en su gran mayoría por elementos chilenos, que tuvo muy escasa relación con la Alemania de Hitler, y la sección chilena del nazismo alemán, formada casi únicamente por alemanes o descendientes de alemanes. El primero de esos partidos tuvo un cierto auge, llegando a hacer elegir tres diputados, pero declinó rápidamente tras el fracaso de la tentativa golpista de 1938.

comunista, debió salir clandestinamente del país para evitar la cárcel. Solo al final del período Chile volvió a respetar plenamente la democracia política. Además, en 1953 se formó la Central Única de Trabajadores (CUT) que dio mayor presencia a los sindicatos en la vida nacional[74]. Sin embargo, durante largo tiempo la vida sindical estuvo limitada a los trabajadores urbanos; a través de diversas tácticas, los propietarios de tierras impidieron la formación de sindicatos en el campo.

Pese a la importancia de los partidos políticos basados en principios programáticos, Chile no estuvo exento de al menos una experiencia con alguna semejanza al populismo. Se trató del gobierno de Carlos Ibáñez, el ex dictador de 1927-1931, que fue elegido presidente con una fuerte mayoría en 1952, cuya victoria se basó en la crítica a los partidos y en un discurso basado en los méritos personales del candidato. Tuvo además el apoyo del Partido Femenino, una formación de vida efímera, dirigido por María de la Cruz, que al año siguiente tuvo el mérito de ser la primera mujer elegida como senadora. Ibáñez recibió además una cierta influencia de Perón, quien visitó Chile en 1953. Sin embargo, su gobierno tuvo escaso éxito y no dejó huellas. La fuerte inflación que marcó la economía en los años 1950 fue otro factor negativo para su gestión. Al final del período, Chile fue gobernado por el liberal Jorge Alessandri, que triunfó en 1958, por muy escaso margen, contra Salvador Allende, el líder de la coalición izquierdista. En tercer lugar llegó el demócrata cristiano Eduardo Frei y en cuarto, el radical Luis Bossay. Esta elección mostraba además que los partidos políticos seguían siendo el punto de referencia principal en la vida política chilena.

Uruguay fue el país más estable en todo el período. Hubo una sola acción de fuerza, cuando en 1933 el presidente Terra disolvió el gobierno de tipo colegial que había sido creado anteriormente, para volver al sistema presidencial. Desde allí en adelante, todos los gobiernos emanaron de elecciones celebradas a intervalos regulares. Sin embargo, tras esa superficie, había limitaciones. Durante el gobierno de Terra hubo muchos políticos que partieron al exilio y existió además una censura de prensa. Una disposición constitucional aprobada en 1934, estipulaba que el Senado debía estar dividido en forma igualitaria entre los dos grandes partidos, el Blanco y el Colorado. Esta ley, más la creación de un complejo sistema electoral ("Ley de lemas") hicieron que el sistema político no diera cabida a terceras fuerzas. De ese modo, la evolución uruguaya no implicaba la misma orientación antioligárquica que se dio en Chile, sino más bien una adaptación de los partidos

---

74 Su fundador y primer presidente fue Clotario Blest (1899-1990). Hizo carrera como dirigente de los empleados públicos, fundando la Asociación Nacional de Empleados Fiscales en 1942. Tenía rasgos muy particulares: era muy creyente, nunca se casó y jamás militó en un partido político, definiéndose siempre como un militante de los trabajadores. Fue varias veces arrestado por su participación en manifestaciones públicas. En 1960 viajó a Cuba, lo que radicalizó considerablemente sus posiciones. En 1961 renunció a la dirección de la CUT al no sentirse apoyado por los partidos políticos de la izquierda. Continuó militando en favor de las causas de los trabajadores por el resto de su vida.

tradicionales a una nueva situación social. En 1951 se volvió al sistema ejecutivo colegiado, que persistió hasta 1966.

Costa Rica se distinguió en este período por transformarse en el único país latinoamericano donde el ejército fue abolido. Esta medida revolucionaria fue una de las consecuencias de la breve guerra civil de 1948, entre José Figueres y su partido de Liberación nacional contra las fuerzas de gobierno, apoyadas por el Partido Comunista, alianza que se había originado en el contexto antifascista de la Segunda Guerra Mundial. El conflicto tuvo orígenes complejos: en parte, fue provocado por el ex presidente Calderón, del Partido Republicano, quien no había aceptado su derrota en la elección presidencial de ese año. Pero también influía el deseo de Figueres de impulsar la "Legión del Caribe" para luchar contra las dictaduras de los países vecinos, como las de Somoza y la de Trujillo, para lo cual recibió apoyo del gobierno de Guatemala, dirigido por Arévalo. Figueres venció tras dos meses de combates, logrando un pacto político entre las fuerzas rivales, en la embajada de México, lo que puso fin al conflicto. Luego gobernó el país en forma transitoria durante un año y medio. Además de la abolición del ejército, se concedió el derecho a voto a la mujer, se creó un Tribunal independiente para calificar las elecciones y se formaron diversas agencias autónomas del gobierno, que asumieron un papel importante en varias actividades de la economía. Por otro lado, se declaró ilegal al Partido Comunista. De este modo, Figueres logró ser apoyado por los sectores medios, que aprobaban la intervención del Estado en la economía, pero también por los propietarios agrícolas que temían un rebrote del comunismo. Además, Figueres obtuvo de la United Fruit que pagara un porcentaje más elevado de impuestos. Más tarde fue de nuevo presidente del país, entre 1953 y 1958 Costa Rica se mantuvo en una era de estabilidad después de 1948, aunque hubo tentativas de lucha armada de parte de los partidarios de Calderón, exiliados en Nicaragua.

b) Colombia: ¿una posibilidad de democracia frustrada?

Entre 1930 y 1946, Colombia llevó una vida política institucional, siendo dirigida por gobiernos del Partido Liberal, elegidos en condiciones tan aceptables como las que existían en Chile o en Uruguay. Uno de sus gobernantes, Alfonso López Pumareja, dos veces presidente (1934-1938 y 1942-1945) recibió apoyo del Partido Comunista, en una versión semejante a la del Frente Popular chileno, e implementó una reforma agraria, en un proceso de cambios conocido como la "revolución en marcha". Pero esta situación promisoria no derivó en un sistema multipartidista como el chileno y tampoco mantuvo la estabilidad del bipartidismo uruguayo. La evolución hacia una mayor democracia se destrozó bruscamente a fines de los años 1940, cuando estalló una guerra civil larvada, que dio comienzo al período designado por la palabra que es hoy símbolo del país: la violencia.

La violencia comenzó en Colombia en 1948, cuando la antigua polarización entre conservadores y liberales alcanzó su apogeo. Ese año fue asesinado Jorge Eliecer Gaitán,

quien iba a ser candidato presidencial de los liberales en 1948. Buen orador, encarnaba la tendencia populista dentro del liberalismo, habiendo militado en una coalición de izquierda en los años 1930 y hubiera podido ser tal vez un émulo de Perón en su país. El crimen, perpetrado el 8 de abril, provocó una crisis política sin precedentes: un motín urbano estalló ese día en Bogotá, que provocó el linchamiento del asesino y el saqueo de la ciudad, lo que fue seguido por una interminable cadena de venganzas y de asesinatos de familias completas en diferentes regiones del país, donde liberales y conservadores se mataban unos a otros. La elección, en 1950, del conservador Laureano Gómez, un político que durante la Segunda Guerra Mundial había expresado su admiración por el Eje y por Franco, exacerbó más la situación, ya que el asesinato de Gaitán se atribuyó a los conservadores. Entre 1953 y 1957, los militares ejercieron el poder, tras un golpe dirigido por el general Gustavo Rojas Pinilla, que intentó seguir los pasos de Perón, buscando (y obteniendo) un cierto apoyo obrero. La violencia disminuyó un tanto, pero continuó hasta 1957, cuando liberales y conservadores, tras unirse para provocar la caída de la dictadura, firmaron un pacto en Sitges (España), conocido como el Frente Nacional, donde acordaron formar un gobierno bipartidista. Se calcula que durante los nueve años transcurridos desde 1948, unas 200.000 personas habían perdido la vida a causa de estas luchas. Ningún país en toda Latinoamérica había conocido una situación semejante.

La violencia no fue una simple resurgencia del conflicto entre liberales y conservadores, sino que tuvo además un trasfondo social, motivado entre otros factores, por la propiedad de la tierra. En los años de la reforma agraria de los años 1930, habían surgido grupos de campesinos armados, algunos de ellos formados por el Partido Comunista, que habían desarrollado la estrategia de crear "repúblicas independientes", que se basaban en la "autodefensa", en el centro y sur del país, como medio de hacer justicia agraria. La violencia habría sido desatada, según algunos, por los grandes latifundistas, apoyados en el Partido Conservador, como un medio de hacer una "contrarrevolución preventiva", a fin de eliminar toda posibilidad de reforma agraria real, para incrementar además las tierras destinadas a las plantaciones de café. Pero también hay una interpretación que ve en ese fenomenó la expresión de una mentalidad de "xenofobia interna", consistente en rechazar a todo aquel que era extranjero a la región, la cual se definía por la adhesión de sus habitantes a un determinado partido, sin que ello tuviera una connotación de clase social. Como quiera que sea, el desenlace de los acontecimientos en Colombia privó a este país de avanzar por la senda de un verdadero movimiento democratizador y antioligárquico.

c) Una democracia en apariencia: México

En este país, durante los treinta años del período, todos los gobernantes llegaron al poder por las urnas, y el gobierno estuvo siempre en manos de los herederos de la revolución. Pero detrás de esta fachada alentadora, la realidad se caracteriza por la presencia de serios obstáculos a la democracia. La obra antioligárquica sería, en gran medida, una realización engañosa.

Tras el período agitado de los años 1920, México entró en una etapa de mayor estabilidad tras la fundación, en 1929, del Partido Nacional Revolucionario, obra del ex presidente (quien gobernó de 1924 a 1928) Plutarco Elías Calles. La idea era la de hacer una coalición entre las diversas corrientes que habían participado en la revolución, incluyendo a los partidos regionales, a fin de llegar a acuerdos políticos que permitieran evitar las amenazas golpistas y los asesinatos políticos que persistían desde 1917. El partido cambió posteriormente de nombre, pasándose a llamar Partido de la Revolución Mexicana en 1938, y finalmente adoptando su nombre actual, el Partido Revolucionario Institucionalizado (PRI), en 1946.

La existencia de este partido cambió la vida política del país, ya que México adoptó un sistema único en Latinoamérica, ya que si bien se aceptaba la existencia de distintos partidos, el poder permanecía siempre en manos de uno solo, el del gobierno. Esto se logró gracias a las negociaciones entre los diversos sectores políticos que coexistían dentro del partido, y también gracias a la estructura de la militancia, que se hacía por sectores sociales: el agrario, el obrero, el militar y el "popular" (este último reunía a todos aquellos que no estaban en ninguno de los otros tres, en particular las clases medias). De esa manera, se lograba disminuir los conflictos entre los diversos intereses, lo que permitió el éxito del partido. Pero la clave de su control sobre la vida política fue, desde luego, el fraude generalizado y la intervención abierta del Estado en el funcionamiento del partido y en las elecciones. Esto llevó, además, a una estrecha dependencia de las organizaciones sociales, como los sindicatos, hacia el gobierno. Por ejemplo, los empleados públicos debían contribuir, obligatoriamente, con un porcentaje de sus sueldos, al financiamiento del PRI. Los sindicatos y la mayor parte de las centrales de trabajadores colaboraban con el gobierno.

El resultado de este sistema fue el de dar al PRI el monopolio del poder, ya que desde 1929 el partido, bajo sus diversas denominaciones, ganó absolutamente todas las elecciones presidenciales, parlamentarias y de gobernadores de estado. A nivel presidencial, los candidatos del PRI ganaron con un porcentaje que varió entre un máximo de 98% (Cárdenas, en 1934) y un mínimo de 74,3% (Adolfo Ruiz Cortines, en 1952).

Los otros partidos solo ganaban un ínfimo porcentaje de la votación. El más importante de ellos fue el Partido de Acción Nacional (PAN), creado en 1938, que reunía a los partidarios de la libre empresa y católicos. Al mismo tiempo, apareció el movimiento "sinarquista", de inspiración fascista, pero que no llegó a transformarse en partido político. Hubo diversos partidos de izquierda, pero ninguno de ellos logró una implantación sólida. El gobierno, además, como se vio anteriormente, procedió a cooptar a las principales centrales sindicales, quitándoles su autonomía.

Si la democracia política dejaba mucho que desear, hubo en cambio algunos progresos sociales. El mérito recae en el presidente Lázaro Cárdenas, reconocido por haber acelerado notoriamente la reforma agraria. Durante su mandato (1934-1940) se entregó el doble de superficie de la entregada por todos los gobiernos elegidos desde el triunfo de la revolución.

La atribución de tierras se hacía a un grupo, aunque después cada cual podía cultivar individualmente su tierra; era el sistema concido como *ejido*. Este proceso no se dio sin obstáculos y críticas: no todos los trabajadores agrícolas podían ser elegidos, ya que solo se repartía tierra a los que vivieran dentro de una misma unidad, y los beneficiados no eran los dueños del predio recibido, ya que tenían solamente el derecho al usufructo: el Estado guardaba la propiedad. Esta situación generó descontento entre muchas personas, lo que llevó a rebeliones abiertas contra el nuevo régimen. La más famosa fue la de los cristeros en el oeste del país, la cual fue mencionada en el capítulo anterior, y que terminó solo por presiones de la Iglesia para que los rebeldes depusieran las armas. Otra manifestación de descontento rural fue el movimiento político y militar dirigido por Rodolfo Jaramillo, que protestaba contra el trato dado a los trabajadores de una gran refinería de azúcar en Zacatepec y contra los impuestos, lo que lo llevó también a dirigir tomas de tierras, hasta ser asesinado en 1962 por el Ejército.

Bajo Cárdenas se llegó además a la cumbre del nacionalismo mexicano, con la nacionalización de los yacimientos de petróleo, en 1938, que eran propiedad de compañías inglesas y de Estados Unidos. Esta medida era la aplicación, aunque tardía, de los ideales nacionalistas de la revolución de 1910. Aunque México pagó una indemnización a las empresas expropiadas, esto causó un gran revuelo internacional y muchas protestas de los inversionistas afectados. Pero más adelante, sobre todo al final de la Segunda Guerra, las relaciones con los inversionistas extranjeros fueron más cordiales. En 1942 comenzó el programa de braceros con Estados Unidos, con el cual México obtenía empleos para su mano de obra excedentaria, que era bienvenida en su vecino del norte, donde la guerra creaba un déficit de trabajadores. En 1947, el presidente Harry Truman visitó México, en un viaje histórico, ya que por primera vez un gobernante de Estados Unidos pisaba el suelo mexicano. También mejoraron las relaciones con la Iglesia católica y el Vaticano, al desaparecer los discursos hostiles a partir de los años 1940. Entre 1946 y el final de este período la vida política mexicana fue bastante estable, sin estallidos de violencia comparables a los de décadas anteriores; el sistema había dado frutos. México se había adaptado a la democracia de un solo partido, y sus dirigentes frenaron los impulsos reformistas y nacionalistas. Después de 1940, la reforma agraria volvió a un ritmo lento e irregular, lo que dejó en claro que el PRI no pensaba hacer de la "vía campesina" el eje del desarrollo ni de la movilización social. El enriquecimiento de los líderes de la revolución hizo que la supuesta transformación antioligárquica se transformara en un juego donde nuevos rostros entraban a formar parte de la clase que dominaba el país, con ciertas reformas sociales que beneficiaban a sectores minoritarios de la población.

d) Las experiencias híbridas: Argentina, Brasil, Ecuador, Perú, Venezuela y Cuba

En estos seis países, se observa una alternancia entre regímenes dictatoriales y democráticos, sin que estos últimos hayan podido afirmarse. En casi todos ellos, los militares

intervinieron, directa o indirectamente, para evitar el triunfo (o la consolidación) de aquellas fuerzas nuevas que amenazaban el poder de la elites tradicionales. En los dos primeros se dieron los casos más célebres de regímenes populistas, sobre todo en Argentina, país emblemático de este tipo de experiencia.

Argentina tenía desde 1930 una vida política inestable. En septiembre de ese año, los militares intervinieron para derribar al presidente radical Yrigoyen, acusándolo de corrupción y de ser demasiado tolerante con los obreros. El líder del golpe, el general José Uriburu, tenía vagas ideas corporatistas, inspiradas en la España de José Primo de Rivera y en el fascismo italiano. Pero esa tendencia era minoritaria, y Argentina terminó siendo gobernada por la derecha conservadora, que recuperó el poder gracias a la exclusión parcial del Partido Radical, al cual en varias ocasiones se le impidió participar en las elecciones. Fue el comienzo de la llamada "Década infame", que acarreó el desprestigio del sistema electoral argentino, dando lugar a una democracia ambigua.

En 1943, el ejército volvió a intervenir, tomando el poder luego del golpe de estado del 4 de junio. Esta vez, los militares se habían organizado y tenían un plan más claro que en 1930. Los golpistas estaban organizados en el GOU (Grupo de oficiales unidos), del cual Juan Perón formaba parte. El futuro líder argentino había vivido en Italia entre 1939-1940, cuando era un coronel aún desconocido, y no había ocultado su admiración por Mussolini. Por ello, los autores del golpe de 1943 tenían simpatías pro-nazis, y su objetivo era mantener Argentina en una posición de neutralidad durante la guerra, sin comprometerla con Estados Unidos y sus aliados.

El término de la guerra obligó a los militares argentinos a organizar elecciones. Perón, que se había transformado en un personaje popular como Ministro del Trabajo en 1943, aprovechó sus lazos con los medios obreros para ganar la presidencia de la República, en la elección de febrero de 1946. Al mismo tiempo, los peronistas ganaron la mayoría absoluta en el Congreso. Las mujeres cooperaron en esa victoria, gracias al derecho a sufragio que obtuvieron en 1947[75]. Perón creó un partido especialmente para las mujeres, el Partido Peronista Femenino, que llegó a tener 500.000 adherentes. Si bien es cierto que eso permitió, además del voto, que un gran número de mujeres fuesen elegidas al Parlamento, ello no se hacía en un contexto realmente democrático: en el PPF no hubo congresos mientras Eva Perón estuvo viva, y era ella quien designaba a las dirigentes del partido.

Perón gobernó la Argentina entre 1946 y 1955. Luego de su triunfo en 1946, fue reelegido en 1951. Su popularidad se incrementó con la acción destacada de su esposa, Eva Duarte, una actriz poco conocida, de origen social bajo, que pasó a ser un ídolo de las masas.

---

75 Esta era una antigua reivindicación, que ahora se materializaba bajo el gobierno peronista. Esto creó un problema para ciertas militantes del sufragio femenino, que eran opuestas al nuevo régimen, y que lamentaban tener que recibir ese derecho de manos de un gobierno que les parecía una dictadura.

La clave del éxito de Perón fue su política social, favorable a los trabajadores, a quienes concedió aumentos de salario y facilidades para fortalecer los sindicatos, y su capacidad para desarrollar un lazo emotivo con las masas durante las frecuentes manifestaciones públicas durante su régimen. Sin embargo, las mejorías materiales reales que los trabajadores, sobre todo los obreros urbanos, obtuvieron con su régimen, implicaban la subordinación de la central sindical, la CGT (Central general de trabajadores) al gobierno. Por otro lado, esa política no significaba una actitud hostil hacia los empresarios, ya que el peronismo, si bien aumentó algunos medios de control estatal sobre la economía, nunca amenazó la propiedad privada. Perón intentó más bien convertirse en un árbitro de los conflictos sociales, haciendo converger a empresarios y a trabajadores hacia instancias comunes. En el campo de la política exterior, Perón trató de hacer un discurso basado en la "tercera posición", equidistante del comunismo y del capitalismo. Durante varios años se declaró hostil a apoyarse en el capital exterior, llegando a decir que "se cortaría las manos" antes de firmar un convenio con una empresa extranjera que implicara inversiones. Cuando en 1953 se vio obligado a aceptar un trato con la Esso Standard Oil para la explotación del petróleo en el sur de Argentina, debió dar explicaciones por no hacer lo que había prometido, diciendo que se trataba de un préstamo, y no de una inversión.

Pese a su éxito político, el régimen de Perón comenzó a deteriorarse durante su segundo mandato. La muerte de Eva, enferma de cáncer, en 1952, le privó de uno de sus pilares. La economía del país entró en una fase difícil, al disminuir sus exportaciones. Los enemigos del régimen, entre ellos la derecha, y desde 1953 la Iglesia católica, multiplicaron las críticas sobre el desorden administrativo y lo que ellos veían como dictadura. En septiembre de 1955 una parte de las Fuerzas Armadas dio un golpe de Estado en su contra. Perón hubiera podido defenderse, ya que contaba con tropas leales, pero prefirió abandonar el poder y partió al exilio. Iba a permanecer 18 años fuera del país, sin perder su popularidad, ya que en 1973, cuando retornó, volvió a ser elegido presidente por amplia mayoría. En este sentido, la experiencia peronista es una de las más extraordinarias de la historia latinoamericana. Pero resulta difícil valorizar su aporte a la democracia. Si bien amplió los derechos sociales de vastos sectores, y contribuyó a fortalecer la clase obrera, su régimen incluyó aspectos autoritarios, como la manipulación de sindicatos, la intolerancia hacia los intelectuales que no apoyaban su gobierno y el empleo de un discurso basado en la pasión, que dividió al país, atizando el odio de sus adversarios. Tampoco amenazó los fundamentos del poder oligárquico, en especial la gran propiedad agraria. Por ello, tras su partida, Argentina permaneció como un país profundamente inestable, en el cual se alternarían los regímenes militares y civiles.

Brasil tuvo en Getulio Vargas un gobernante que empleó también métodos populistas, llegando a ser conocido como el "padre de los trabajadores". Originario de Río Grande do Sul, Vargas llegó al poder en 1930 por la fuerza, apoyado por un movimiento cívico-militar que reunía a los descontentos con la concentración del poder por Minas Geraes y Sao Paulo,

y por los partidarios de una mayor industrialización, entre los cuales se encontraban los militares. Como en el caso de Perón, una parte de su popularidad fue ganada a través de su política de apoyo a los sindicatos (como se vio anteriormente), los que sin embargo debían aceptar un control gubernamental. Pero contrariamente al líder argentino, Vargas actuó de manera dictatorial durante la mayor parte de su carrera, ya que entre 1930 a 1945 gobernó sin haber llegado al poder tras elecciones. Su autoritarismo se reflejó sobre todo en el período de 1937 a 1945, conocido como el de "Estado novo" (Estado nuevo) durante el cual reprimió duramente a sus opositores y cerró el Congreso. Las libertades fundamentales fueron suspendidas y hubo numerosos arrestos: el anticomunismo servía como pretexto para reprimir a todos los críticos del régimen, fueran o no de ese partido. Tras ciertas vacilaciones, Vargas también reprimió, en 1938, al Partido "Integralista" de Plinio Salgado, formación inspirada por el fascismo, cuyos miembros vestían una camisa verde. Dio mayor peso a las autoridades federales, al disminuir la fuerza de las policías de cada estado, llegando a quemar las banderas de los estados en una ceremonia pública, para graficar la necesidad de un gobierno más centralizado. En lo económico, Vargas tuvo el mérito de reforzar la industrialización de Brasil, con el impulso dado a la siderurgia. En política internacional, tras una actitud ambigua hacia Alemania, Brasil decidió apoyar abiertamente la lucha mundial contra el nazismo, como aliado de Estados Unidos, diferenciándose aquí de Argentina.

Estas decisiones, aparentemente contradictorias, hacen ver que Vargas siguió un itinerario propio, desprovisto de ideologías claras, caracterizado por el pragmatismo, el nacionalismo y el autoritarismo. Su aporte a una transformación antioligárquica fue inferior al de Perón, ya que la movilización de masas no contituyó un punto central de su acción, pero es indudable que cambió la relación de fuerzas en el país, por el rol creciente asumido por el Estado. Esto no hizo de Brasil un país más estable, ya que pese a que durante largo tiempo contó con el apoyo de las Fuerzas Armadas, estas se volvieron contra él en dos ocasiones: en 1945, cuando lo forzaron a abandonar el poder, y luego en 1954, cuando Vargas estaba de nuevo en el poder, aunque esta vez elegido democráticamente, con el voto de dos partidos creados por él: el partido de los trabajadores, que atraía a los obreros, y el social democrático, que reunía a sus partidarios de la clase media. Sin embargo, no concluyó su mandato, al suicidarse en agosto de ese año, al parecer desalentado por las presiones de los militares.

Ecuador vivió una experiencia política marcada por la presencia de José María Velasco Ibarra, que por diversos medios, estuvo varias veces en el poder: la primera ocasión fue 1934, como presidente provisorio, y luego en 1944-1947 y en 1952-1956 (Más tarde sería de nuevo presidente, en dos ocasiones). Velasco ha sido calificado a menudo como populista, pero ese concepto es difícil de aplicar en su caso. No logró formar un partido político, como Perón, sino que gobernó con el apoyo de diversas coaliciones, apoyándose a veces en la izquierda y en otras en la derecha. Su principal realización social fue el apoyo que brindó a la creación de la Confederación de Trabajadores del Ecuador, en 1945, pero eso no hizo

de él un líder con un lazo orgánico con los obreros. Los militares no estuvieron ausentes de la política durante la era velasquista, ya que lo ayudaron a tomar el poder en 1944 y lo derribaron en 1947. En general, Ecuador no consiguió desarrollar una vida política estable, y los diversos políticos que lo dirigieron, llegaron al poder a través de coaliciones o en base al carisma personal. Con todo, en los años 1950, bajo los gobiernos de Galo Plaza y la tercera administración de Velasco, el país tuvo una vida relativamente tranquila. Esto se debió en parte al aumento de las exportaciones de plátano, que permitió además un cierto crecimiento industrial. Pero al final de la década, la baja de las exportaciones trajo problemas económicos que originaron una gran protesta social, en junio de 1959, que fue reprimida violentamente por el ejército, con un saldo de mil muertos.

En Perú, los regímenes elegidos se alternaron con los gobiernos dictatoriales, con predominancia de estos últimos, debido en gran parte a las intervenciones militares. De esta manera, la oligarquía peruana aceptó compartir el poder con el ejército, que era la mejor garantía para impedir la toma del poder por el temido adversario: APRA, el partido fundado en la década de los 1920 por Haya de la Torre, que era apoyado por buena parte de la clase media y por núcleos obreros, y que se presentaba como una alternativa popular y antioligárquica. Su programa, que incluía la denuncia del imperialismo de Estados Unidos, medidas nacionalistas en la economía y una reivindicación de la herencia indígena, era para la derecha peruana muy semejante al de los comunistas. El aprismo tuvo apoyos importantes en Lima y en la región de Trujillo, "el sólido norte", donde la clase obrera de las plantaciones de algodón y azúcar votaba masivamente por el nuevo partido.

Los militares pasaron la mayor parte de la década de 1930 tratando de impedir que la influencia del APRA se extendiera, lo que dio lugar a acciones violentas de ambos lados. Los apristas intentaron en 1932 una revolución armada, en el norte del país, que fue violentamente reprimida por el ejército. Los miembros de este partido, frustrados, respondieron con el asesinato del general Sánchez Cerro, en 1933, que había sido elegido presidente en 1931. En los años siguientes, militares y la derecha civil se alternaron en el poder, coincidiendo en impedir el ascenso de APRA. Solo en 1945 pudo este partido influir en la política, como parte de una coalición que llevó al gobierno a José Luis Bustamante. Pero en 1948 los militares volvieron a intervenir, con el golpe que llevó al poder al general Odría, y que dejó de nuevo a APRA en la ilegalidad. Haya permaneció refugiado durante cinco años en la embajada de Colombia. Solo con la elección del civil Manuel Prado, en 1956, el Perú recuperó una situación política más estable, pero no más democrática que al comienzo del período.

Venezuela vivió una situación semejante, lo que expresaba las dificultades del país en superar la herencia de la larga dictadura de Gómez. A la muerte de este, en 1935, dos militares se sucedieron en el poder: López Contreras entre 1936 y 1941 y Medina Angarita, presidente de 1941 a 1945 (ambos fueron elegidos como presidente por el congreso, no por la

nación). Bajo este último hubo libertades políticas mucho mayores que durante la dictadura. Además, Medina hizo aprobar una ley petrolera, en 1943, que aumentaba los impuestos pagados por las empresas foráneas que explotaban este recurso, dando así mayores ingresos al país. Esto no fue suficiente para las aspiraciones de Acción Democrática (AD), que reunía a los miembros de la "generación de 1928", nacido para protestar contra la dictadura de Gómez, y que había sido legalizado en 1941. Su líder, Rómulo Betancourt, pedía reformas bastante radicales, en un discurso semejante al de APRA. En 1945, con el apoyo de oficiales jóvenes, la AD dio un golpe y logró tomar el poder, el cual ejerció por tres años, durante los cuales se hizo una reforma agraria importante y el partido logró bastante popularidad en el medio campesino. Pero en 1948 los militares intervinieron de nuevo, esta vez para derribar a AD. El país fue gobernado por una junta y luego por el general Marcos Pérez Jiménez, que ejerció una dictadura muy represiva, hasta 1958.

Finalmente, en Cuba se vivió una situación con muchos altibajos, que pudo haber abierto la vía a una democracia más estable, pero que terminó, en este período, suscitando la célebre revolución dirigida por Fidel Castro. En los años de la crisis mundial, la isla había vivido una experiencia inestable, tras la caída del dictador Gerardo Machado, en 1933, lo que pareció favorecer un gobierno de coalición de tendencia izquierdista, dirigido por el médico Ramón Grau. El nuevo gobierno abolió la Enmienda Platt (lo que más tarde fue aceptado por Estados Unidos), lanzó un programa de reforma agraria, dio el derecho a voto para la mujer y creó la jornada de ocho horas. Pero ese período fue de corta duración. Ayudado por las presiones de Estados Unidos, el sargento Fulgencio Batista, que había dado un golpe al interior del ejército para tomar el mando, se transformó en el hombre fuerte del país, poniendo un término a las reformas y reprimiendo duramente a los que hacían manifestaciones y huelgas. Cuba fue gobernada hasta 1940 por diversos presidentes impuestos por Batista; ese año, este último fue elegido presidente. Paradojalmente, a partir de ese año Cuba pareció entrar en una era de mayor respeto a las instituciones. Se votó una nueva constitución, inspirada por principios democráticos, y los diversos partidos, incluido el comunista, pudieron expresarse libremente. En 1944 el Partido "Auténtico", con Ramón Grau, el hombre de 1933, ganó el poder, y en 1948 esa misma formación volvió a triunfar, con Carlos Prío Socarraz. Pero los "auténticos" decepcionaron en el ejercicio del poder, por los numerosos casos de corrupción que empezaron a surgir en la administración pública, y por el frecuente empleo de pistoleros para arreglar las disputas políticas. Todo ello alentó a Batista a volver al poder: en 1952 se iba a presentar como candidato a la presidencia, pero como no estaba seguro de ganar la elección, empleó sus contactos con el ejército para dar un golpe y tomar el gobierno. Cuba entraba de nuevo en el marco de una dictadura, la cual iba a terminar esta vez de modo muy distinto a la de Machado, al aparecer la figura de Fidel Castro.

Este abogado y militante del Partido "Ortodoxo", junto a un grupo de amigos personales, se lanzó a la lucha armada contra la dictadura; tras el fracaso de la toma del cuartel Moncada, en 1953, y luego de pasar dos años en la cárcel, fue amnistiado y se exilió a México, desde

donde volvió a fines de 1956 para lanzarse de nuevo a la revolución que terminaría con la victoria, el 1 de enero de 1959. Su éxito no parecía inspirado por ideologías radicales (el Partido Comunista de Cuba lo había calificado de "aventurero", apoyando la lucha armada solo al final) sino por principios generales de democracia, aceptables para muchos. Sin embargo, el nuevo régimen dirigido por Castro cambiaría radicalmente la historia de Cuba e influiría poderosamente en la historia de toda la región.

e) Bolivia y Guatemala, dos experiencias revolucionarias frustradas

Ambos países vivieron una situación caracterizada por importantes cambios sociales, que parecieron ofrecer una senda de democratización. Sin embargo, en ambos casos, sobre todo en el de Guatemala, esta perspectiva terminó siendo frustrada.

En Bolivia, el hecho clave fue la revolución de 1952, protagonizada por el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR). Este partido se había formado después de la derrota de Bolivia en la guerra contra Paraguay de 1932 a 1935, lo que había causado una profunda crisis en el país. A mediados de los años 1930, Bolivia había sido gobernada por dos militares reformistas, los coroneles David Toro y Germán Busch. El segundo, que gobernó de 1936 a 1939, había nacionalizado el petróleo y abolido el *ponguaje*. Durante la Segunda Guerra, el MNR había sido fundado, llevando al poder al mayor Gualberto Villarroel. El nuevo partido, obra de sectores medios urbanos, desarrrolló lazos con el movimiento obrero minero, gracias al líder sindical Juan Lechín. Pero en 1946 el gobierno de Villarroel fue derribado, y el propio presidente fue colgado de un farol. Los dirigentes del MNR tuvieron que partir al exilio. En la elección presidencial de 1951, en la cual el MNR pudo participar, la victoria fue para su candidato, Víctor Paz Estenssoro, pero la elección fue anulada por los militares. Esto provocó la decisión del MNR de lanzarse a la revolución, la cual triunfó en abril de 1952. Los revolucionarios lograron tomar el poder tras una breve lucha armada, gracias al apoyo de los mineros del estaño y de una parte de la policía militar. Paz fue proclamado presidente, pero a diferencia de México, Bolivia no entró en un régimen de partido único.

Bajo la presidencia de Paz (1952-1956) Bolivia experimentó cambios importantes. Se nacionalizaron las grandes minas de estaño, la principal riqueza del país, y se implementó una reforma agraria semejante a la de México, que entregó tierras a comunidades indígenas. Se crearon mecanismos de participación popular: en las minas nacionalizadas, los obreros tenían poder de veto en materias administrativas. Por primera vez en la historia, los indios recibieron derecho a voto, gracias al sufragio universal.

Pese a la importancia de estos cambios, el nuevo régimen enfrentó pronto graves limitaciones. La principal fue de naturaleza económica: el país fue golpeado por una terrible inflación, que restó apoyo político al nuevo régimen. Las minas nacionalizadas estaban en fase de poca rentabilidad, y Bolivia dependía casi totalmente de Estados Unidos, tanto para refinar el estaño como para venderlo. Por ello, Paz no tuvo más remedio que mantener buenas relaciones con Washington y apelar a préstamos exteriores para equilibrar sus

presupuestos, lo cual fue facilitado por Estados Unidos, que pasó a ser el principal apoyo financiero del país. Esta situación paradojal se explica por el hecho de que ninguna de las grandes minas nacionalizadas pertenecía mayoritariamente a capitales norteamericanos; el principal empresario expropiado era la familia Patiño, que era boliviana. Al conceder ese apoyo, Washington buscaba domesticar la revolución, obligándola a adoptar un curso moderado y a hacer concesiones, como el abandono del monopolio del petróleo por parte del gobierno de La Paz, el rechazo a la propuesta de la Unión Soviética de refinar el estaño boliviano y el pago adecuado de indemnizaciones a los dueños de minas expropiados, entre los que había accionistas norteamericanos. Además, parte de la ayuda de Estados Unidos fue al ejército, que aunque había sido renovado tras la revolución, pronto empezó a conducirse como elemento represivo, en contra de los mineros. Bajo la presidencia de Hernán Siles (1956-1960), la orientación revolucionaria disminuyó notoriamente, y aunque el país había dado pasos positivos hacia una mayor democracia, los graves problemas económicos no fueron solucionados, lo cual abriría la puerta a nuevas intervenciones militares en los años venideros.

En Guatemala, el desenlace de la experiencia reformista fue aún más negativo. El país entró en una fase de cambios promisorios desde 1944, cuando fue derribada la dictadura de Jorge Ubico, luego de una revuelta de grupos de clases medias. El nuevo gobierno, presidido por Juan José Arévalo (1945-1951), implantó leyes que hacían mucha falta en el país, en el campo de la seguridad social y de las relaciones de trabajo. Pero el principal problema, el de la propiedad de la tierra, no fue abordado. Esta tarea incumbió a Jacobo Arbenz, elegido a la presidencia en 1951. Este coronel del ejército lanzó un programa de reforma agraria que incluía la expropiación de tierras no explotadas por sus dueños. Además, Arbenz proyectó la construcción de un nuevo ferrocarril hacia la costa del Caribe. Ambas medidas afectaban a los intereses de los grandes propietarios, entre ellos la United Fruit, la poderosa empresa norteamericana, que no solo arriesgaba la pérdida de una parte de sus tierras, sino también el monopolio que ostentaba en materia de transporte ferroviario, ya que era la dueña de la única vía férrea que unía el interior del país con la costa. Esto valió a Arbenz la oposición de Estados Unidos, quien además lo acusó de hacer el juego a los comunistas, partido que apoyaba al gobierno. En el contexto de la guerra fría, esta actitud equivalía, a corto o a mediano plazo, a una condena a muerte.

Fue eso lo que ocurrió en junio de 1954, cuando se produjo un alzamiento militar contra el gobierno de Arbenz, dirigido por el coronel Carlos Castillo Armas. Esta acción había sido financiada directamente por la CIA. Previamente el gobierno de Washington había obtenido una condena política del gobierno guatemalteco por la OEA en su reunión de Caracas, acusándolo de ser un instrumento de la "penetración extranjera en el hemisferio". Estados Unidos hizo además presiones para que el ejército guatemalteco se cruzara de brazos ante el golpe, el cual triunfó casi sin necesidad de lucha armada, ante el apoyo entusiasta de los propietarios agrícolas. Los partidarios del gobierno intentaron una tímida resistencia al

golpe, sin mayor resultado. Las nuevas autoridades, dirigidas por Castillo Armas, frenaron la reforma agraria y lanzaron una política represiva contra los partidarios de Arbenz. Esto acarreó el exilio de muchas personas, incluyendo un cierto número de extranjeros, entre los que se contaba un médico argentino llamado Enesto Guevara, que debieron irse a México. De allí en adelante Guatemala entraría en una sucesión de gobiernos dictatoriales que llevaría al país a conocer uno de los destinos más trágicos de América Latina, hasta fines del siglo. La transformación antioligárquica quedaba interrumpida indefinidamente.

f) Autoritarismo y militarismo: El Salvador, Honduras, Panamá, Nicaragua, Haití, República Dominicana y Paraguay

La mayor parte de los países del área mesoamericana y del Caribe, y Paraguay en América del sur, fueron los que menos avanzaron hacia una democratización. En todos ellos hubo incluso un retroceso en relación a los frágiles progresos registrados en la época anterior. Este panorama desalentador se explica, al menos en parte, por la crisis mundial de la economía y por las intervenciones de Estados Unidos, que en mayor o menor grado dieron origen a varias de las dictaduras y no hicieron gran cosa por modificar esa situación. Pero la clave siguió siendo la actitud de las clases propietarias, poco o nada interesadas en la democratización de la vida política y social de sus países, que acogían favorablemente las intervenciones de los militares.

En El Salvador, en 1932, se produjo el episodio más dramático y sangriento de este período: ante la mala situación económica, los trabajadores rurales, muchos de ellos indígenas, planearon una rebelión armada, en la que participó el pequeño Partido Comunista de ese país. Enterado de los preparativos, el ejército aplastó el movimiento antes de que comenzara, lanzando contra los rebeldes una represión nunca vista: el balance fue de varios miles de muertos, aproximadamente 20.000, masacre conocida como la "matanza". A partir de este hecho, el país fue dominado por el general Maximiliano Hernández Martínez, que había dirigido la masacre, hasta 1944. La situación mejoró un tanto al terminar la segunda guerra mundial, como en otros países, pero la vida política continuó dominada por los militares, que se derribaban unos a otros. Uno de los pocos que gobernó durante un mandato completo (de seis años) fue el coronel Oscar Osorio, entre 1950 y 1956. Durante ese período el país logró un cierto progreso económico gracias al desarrollo de la industria del algodón.

En Honduras, la situación no fue muy distinta. Tras la larga dictadura de Tiburcio Carías (1936-1949), su sucesor, Juan Manuel Gálvez, aceptó volver a un sistema basado en elecciones justas. Este principio pareció materializarse en 1957, cuando el liberal Ramón Villeda Morales fue electo como presidente. Sin embargo, el gobernante debió aceptar una nueva Constitución que incluía una cláusula según la cual el comandante en jefe del Ejército podía desobedecer las órdenes del presidente. En esta situación, el parlamento debía actuar como árbitro. Pese a esto, Villeda logró realizar medidas que trajeron un cierto progreso al país, a través de un programa de construcción de escuelas, de salud pública y

de seguridad social, además de crear un nuevo código del trabajo. Esta etapa alentadora terminaría bruscamente en 1963, cuando un nuevo golpe traería de regreso al poder a los militares, con el coronel Osvaldo López Arellano.

En Panamá, no hubo una dictadura que acaparara el poder, sino una sucesión de regímenes en la que se alternaban presidentes frecuentemente elegidos sin oposición o que eran francamente autoritarios, uno de ellos con tendencias marcadamente fascistas. Tal fue el caso de Arnulfo Arias, quien gobernó de 1940 a 1941 y luego de 1949 a 1952, implantando una constitución con disposiciones racistas, contra la población de color de origen antillano-anglófono. Hubo un total de seis golpes de Estado en este período, aunque ninguno de ellos fue realmente sangriento, consistiendo más bien en intrigas de palacio. Un hecho pintoresco fue el golpe de 1941, que derribó a Arias: el pretexto fue que el presidente había salido del país sin autorización, hacia Cuba, motivado para ir a ver a su amante, que vivía en ese país. La ausencia de un ejército (suprimido en 1904) y la presencia vigilante de Estados Unidos, interesado en proteger el canal, contribuyeron a que los golpes fuesen de poca intensidad. El único presidente que perdió la vida en uno de esos episodios fue José Antonio Remón, ex jefe de la policía, asesinado en 1955. Pese a esta situación poco alentadora, Panamá logró mejores condiciones en su relación con Estados Unidos: en 1936, Washington renunció a la cláusula de la Constitución panameña que lo autorizaba a intervenir militarmente en el país y en 1955 se negoció un nuevo tratado respecto al canal, que hizo aumentar los ingresos que Panamá obtenía por su funcionamiento. De todas maneras, la situación de dependencia del país del istmo hacia Estados Unidos siguió constituyendo un difícil problema para los panameños, y fue causa frecuente de protestas y de tensiones.

Haití presentó un panorama semejante, con una sucesión de gobiernos de tipo autoritario, en su mayoría de origen militar, que eran a menudo derribados por oficiales rivales. Esta situación era agravada por las tensiones entre negros y mulatos, que rivalizaban por el poder. La excepción fue la presidencia del negro Dumarsais Estimé (1946-1950), profesor de escuela, durante el cual hubo libertad para la organización de sindicatos y de partidos políticos. En 1957, Francois Duvalier, un médico negro, que contaba con fuerte apoyo rural, ganó la elección presidencial. Se esperaba que gobernara como en el tiempo de Estimé, del cual había sido ministro de la salud. Pero Duvalier se dedicó a crear un régimen de poder personal, procediendo a una purga dentro del ejército, y creando una milicia destinada a aterrorizar a sus opositores, conocida en el lenguaje popular como los *tontons macoutes*. Haití entraría en una fase de férrea dictadura, que se prolongaría bajo el hijo de Duvalier, “Baby doc”, hasta 1986.

En Nicaragua y República Dominicana se dieron historias paralelas. En ambos países, los jefes de las fuerzas armadas que habían sido organizadas por la ocupación militar de Estados Unidos, Anastasio Somoza y Rafael Leonidas Trujillo, emplearon sus cargos como trampolín para apoderarse de la presidencia en los años 1930. En ambos casos se trató de dictaduras

patrimoniales en las cuales los jefes de gobierno confundieron la propiedad pública con la propiedad personal. Somoza adquirió el monopolio de varios sectores industriales, como el del cemento, además de adueñarse de la sexta parte de las tierras cultivables del país. Trujillo empleó los mismos métodos de enriquecimiento, además de exhibir un comportamiento grotesco: su hijo mayor fue nombrado coronel del ejército a la edad de seis años y la capital del país, Santo Domingo, fue rebautizada Ciudad Trujillo en su honor. El dictador empleó la carta nacionalista para dar mayor sustento a su régimen, lanzando en 1937 una campaña contra los numerosos haitianos venidos del país vecino a trabajar, que culminó con una masacre perpetrada por el ejército , aunque oficialmente se habló de "acciones espontáneas" por parte de la población dominicana. Este asesinato masivo, que costó la vida a varios miles de personas, fue justificado por Trujillo bajo el pretexto de que los haitianos estaban amenazando la identidad nacional, por su creciente peso demográfico y porque, según dijo, imponían sus prácticas religiosas (el voudou) a los dominicanos.

Trujillo tuvo sin embargo un cierto apoyo de masas, ya que distribuyó tierras (expropiadas a sus enemigos) a los campesinos pobres, concedió a las mujeres no solo el derecho a voto (en 1940), sino que además les reconoció la igualdad jurídica en todos los campos con el hombre, con lo cual la República Dominicana exhibía un progreso aún no alcanzado por países como México o Chile. Pero es evidente que esas concesiones involucraban un manejo por el poder. Por ello, las mujeres fueron enroladas en la sección femenina del Partido Dominicano, el instrumento político de la dictadura, que las hacía participar en las manifestaciones en favor de su gobierno.

Ambas dictaduras fueron de muy larga duración, pues aunque en ciertos momentos otras personas eran elegidas como presidente, se trataba de candidatos designados por la dictadura, que aseguraban la continuidad del régimen, dándole una fachada democrática. En Nicaragua, Somoza gobernó, con algunas intermitencias, desde 1935 hasta 1957, cuando fue asesinado por un opositor a su régimen; sus hijos Luis y Anastasio prolongarían la dictadura hasta 1979. En República Dominicana, la dictadura persistió desde 1930 hasta el asesinato de Trujillo, en 1961. En este último caso, los Estados Unidos presionaron para el término del régimen, cuyos excesos habían sobrepasado lo tolerable por Washington[76].

Finalmente, en Paraguay, los militares tomaron el poder, como resultado del impacto de la guerra del Chaco, lo cual puso término a la frágil experiencia democrática de comienzos de siglo, dominada por el partido liberal. Desde 1936, el país vivió una interminable seguidilla de golpes militares, nueve en total, hasta 1954. En esas acciones a menudo participaban los civiles, en luchas de poder donde las ambiciones personales predominaban netamente sobre las ideologías. Entre los principales detentores del poder figuró en primer lugar el general Higinio Morínigo, quien gobernó entre 1940 y 1947, terminando su reinado en medio de

---

76 El escritor peruano Mario Vargas Llosa ha dejado un estremecedor relato de la dictadura de Trujillo en su novela *La fiesta del chivo*, publicada en 2000.

una corta pero sangrienta guerra civil. En ese período, las disputas entre los oficiales pro-nazis y pro-aliados de los oficiales paraguayos, además de las presiones de la Argentina de Perón, que a menudo intervenía en favor de uno u otro de los que ambicionaban el poder, fueron factores que contribuyeron a hacer aún más inestable el país. Más tarde surgió como hombre fuerte el general Alfredo Stroessner, quien implantó una dictadura desde 1954, la cual se extendería hasta 1989, la más larga en la historia de Sudamérica en el siglo XX. Stroessner utilizó como instrumento el Partido Colorado (conservador), precipitando al exilio a los liberales, único partido visible de la oposición. El dictador organizó regularmente elecciones, siempre ganadas por él, tolerando que ciertos liberales ganaran algunos cargos en el congreso, para dar una apariencia de democracia.

g) La gestación de los partidos políticos independentistas en los territorios coloniales

La Segunda Guerra Mundial dio un nuevo impulso hacia la descolonización. Los países del Caribe, que permanecían hasta la guerra en la condición de posesiones europeas, vivieron también ciertas transformaciones, que marcaron para algunas el comienzo del proceso hacia la independencia. En 1946, Francia transformó a Guayana y a las islas de Guadalupe y Martinica en departamentos de ultramar, sacándolos de la tutela del Ministerio de colonias. Esto dio a la población de esos territorios el derecho a recibir los mismos beneficios que la seguridad social daba a los habitantes de la metrópoli. El gobierno francés cerró además la colonia penal de Isla del diablo, en Guyana, tristemente famosa por las duras condiciones de vida de los presidiarios. Todo ello no atrajo una gran participación en las elecciones, ya que en Guadalupe y Martinica, la abstención era, en promedio, de 50%. El Partido Comunista fue durante largo tiempo el partido que obtenía el mayor porcentaje de sufragios en las dos islas de las Antillas.

Holanda transformó la Guyana en provincia autónoma, con el nombre de Surinam, en 1954, y lo propio ocurrió con las Antillas holandesas (Curazao y otras), ese mismo año. En Surinam emergieron partidos políticos que se definieron en función de líneas étnicas: los hindúes (tanto de religión hindú como musulmana) formaron un partido, mientras que los venidos de Indonesia (predominantemente musulmanes) formaban otros dos. Los habitantes del país tuvieron derecho al sufragio universal desde 1949.

Inglaterra amplió los derechos de los habitantes de sus posesiones al autorizar la elección sobre la base del sufragio universal para las Asambleas de Jamaica, Trinidad-Tobago y Guayana. Además, desde los años 1930 emergió en esta región toda una generación de líderes políticos que serían más tarde los primeros jefes de gobierno, cuando sus países alcanzaron la independencia: Michel Manley y Alexander Bustamante en Jamaica, Eric Williams en Trinidad y Cheddi Jagan en Guayana. Este último ganó la elección de 1949 y luego la de 1953, en la cual fue el abanderado del People's Progressive Party (PPP), de clara orientación comunista, lo que llevó a Londres a suspender la constitución y a declarar el estado de emergencia. Sin embargo, Jagan se mantuvo en el poder y fue reelecto en 1957.

Gran Bretaña concedió una forma de autonomía a diez de sus colonias en el Caribe, cuando autorizó la creación de la Federación de las Indias occidentales, en 1957, con la promesa de otorgar la independencia en un futuro cercano. Pero la experiencia fue de corta duración, ya que los principales políticos de la región boicotearon la entidad, que no contó tampoco con un entusiasta apoyo popular. A comienzos de la década de 1960 la Federación dejó de existir, y comenzó el proceso de independencia en forma separada para cada una de las antiguas colonias inglesas.

Puerto Rico continuó bajo el dominio de Estados Unidos, aunque sus habitantes tuvieron mayores posibilidades de expresarse. En 1947, por primera vez se autorizó la elección del gobernador a partir de 1950. El vencedor, Luis Muñoz Marín (reelegido posteriormente, que dirigió la isla entre 1950 y 1964), organizó en 1951 un plebiscito para decidir el futuro jurídico de Puerto Rico. Se aprobó el estatuto de "Estado libre asociado" con Estados Unidos, situación que no ha cambiado hasta hoy. Paralelamente, emergió un movimiento nacionalista, dirigido por Pedro Albizú Campos, que aspiraba a la independencia además de denunciar las desigualdades en la propiedad de la tierra. Pero su acción fue muy limitada a partir de 1937, al ser acusado de conspirar contra Estados Unidos y posteriormente ser encarcelado durante largos años.

4.5. Cultura

El pensamiento

Este período estuvo marcado durante su mayor parte por un pensamiento de tendencia nacionalista, cuyas raíces, evidentemente, estaban en la crisis económica y en el desprestigio general del liberalismo, lo que llevaba a los intelectuales a interrogarse sobre la identidad económica de la región. Entre los autores más importantes de la corriente nacionalista-identitaria, se destacó el peruano Haya de la Torre, ya nombrado anteriormente, quien ejerció gran influencia en toda la región con su obra *El antiimperialismo y el Apra*, escrita en 1928 pero publicada por primera vez en 1935, en Chile. En ella, el autor hacía un llamado a formar un movimiento continental para defenderse contra el imperialismo de Estados Unidos y para internacionalizar el canal de Panamá. Sin embargo, Haya no era marxista ni buscaba un sistema socialista en Perú, argumentando que las sociedades latinoamericanas debían industrializarse antes de pensar en el paso a otro tipo de organización. Otros pensadores de esa misma corriente fueron el argentino Raúl Scalabrini Ortiz, quien propuso la nacionalización de los ferrocarriles, controlados por capitales ingleses. En Cuba, el antropólogo Fernando Ortiz, en su *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940) ofreció una visión original de la historia de su país, destacando la necesidad de liberarse de la economía colonial que imperaba en él. En otros países, el nacionalismo asumió rasgos

conservadores, que glorificaban la herencia ibérica y que abrieron la puerta a movimientos de tipo fascista, como el brasileño Plinio Salgado (que dirigió el movimiento integralista, mencionado anteriormente) y el historiador chileno Jaime Eyzaguirre.

Otros escritores desarrollaron lo que puede designarse como una reflexión crítica sobre el sentido y el ser de sus respectivos países, a menudo bajo una perspectiva histórica. Dos de ellos tuvieron una gran proyección internacional y sus obras fueron traducidas a numerosos idiomas: el sociólogo y antropólogo brasileño Gilberto Freyre, quien marcó el estudio de las relaciones étnicas en su país con *Casa grande e senzala* (1933) y luego con *Sobrados e Mocambos* (1936), y el poeta y filósofo mexicano Octavio Paz[77], cuyo ensayo sobre la identidad cultural del país, *El laberinto de la soledad* (1950) se transformó en un clásico. Antes de él, y en parte gracias a la difusión de las ideas de Ortega y Gasset[78], se había empezado a desarrollar en México una filosofía basada en la comprensión de lo autóctono. Uno de sus principales exponentes fue Samuel Ramos, quien publicó *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), donde buscaba “llegar al subconciente del hombre mexicano”. Posteriormente, Emilio Uranga, Leopoldo Zea y Edmundo O’Gorman continuaron ese sendero, tratando de desarrollar una filosofía de la cultura americana. De este último son conocidos sus estudios sobre el significado de la aparición de América en la historia (*Fundamentos de la historia de América*, 1942, y *La invención de América*, 1958).Otros autores cercanos a esa óptica, de gran influencia en sus respectivos países fueron el argentino Ezequiel Martínez Estrada, con su *Radiografía de la pampa* (1931) y el venezolano Mariano Picón Salas, con su ensayo *Comprensión de Venezuela* (1949). En el mundo del Caribe francófono, la figura dominante fue Aimé Césaire (nacido en Martinica) quien acuñó el concepto de “négritude”, reivindicación de la civilización africana frente a la dominación occidental, ideas que expresó entre otros en *Discours sur le colonialisme* (1955).

Frente a estos pensadores, desde fines de los años 40 emergió una corriente “modernizadora”, que buscaba nuevas fórmulas para orientar el desarrollo económico. Esta última tendencia fue el resultado de la influencia de la CEPAL, cuyo origen fue analizado anteriormente. Su principal teórico fue el economista argentino Raúl Prebisch, quien fue secretario general de Cepal entre 1948 y 1962. En su principal obra, *El desarrollo económico de América Latina* (1950) había afirmado que la división internacional del comercio era

---

77 Paz ganaría posteriormente el Premio Nobel de literatura, en 1990, por el conjunto de su obras, que incluye la poesía.

78 La llegada de un gran número de escritores e investigadores españoles como refugiados políticos después de la guerra civil de 1936-1939, a varios países latinoamericanos, contribuyó al conocimiento de Ortega, como fue el caso a través de la obra del filósofo José Gaos en México. En general, estos intelectuales españoles significaron un aporte de gran valor al desarrollo del pensamiento y de las ciencias sociales. Destacaron, en el campo de la historia, Leopoldo Castedo en Chile, Claudio Sánchez Albornoz en Argentina, Rafael Altamira y Pedro Bosch Gimpera en México. Varios de los intelectuales españoles llegados a México trabajaron en asociación con Fondo de Cultura Económica, la gran editorial creada a comienzos de los años 1930. En Argentina, las principales editoriales de esa época, Losada, Emecé y Sudamericana, fueron creadas por españoles.

perjudicial para la región, por lo cual preconizaba la industrialización y la integración regional como soluciones a esa situación. Antes de él, diversos políticos y cientistas sociales, habían escrito en ese mismo sentido, en especial sobre la necesidad de industrializar América Latina como medio para salir de la pobreza. Entre ellos figuraban dos personajes que más tarde serían presidentes de sus respectivos países, como el chileno Pedro Aguirre Cerda, autor de *El problema industrial* (1933) y el venezolano Rómulo Betancourt, como asimismo los brasileños Roberto Simonsen y Azevedo Amaral y al argentino Adolfo Dorfman. Este último subrayó el papel que los poderes públicos debían asumir en el desarrollo de la industria, en su obra *La intervención del estado y la industria* (1944). Estos pensadores coincidían de alguna manera con los autores mencionados entre los "nacionalistas", como Scalabrini Ortiz y Haya de la Torre, puesto que una de las justificaciones de la industrialización era la necesidad de cambiar la relación con los países fuertes. Esto dio lugar, en el pensamiento cepalista, a la distinción entre "centro" y "periferia", que era negativa para los países latinoamericanos, entre otras razones por el deterioro de los términos de intercambio que se daba entre aquellas naciones que vendían productos primarios y los que les vendían productos manufacturados.

La crítica a la situación de pobreza y al subdesarrollo (concepto que comenzaba a usarse en los años 1950) se dio en torno al atraso de la agricultura, en la obra del geógrafo brasileño Josué de Castro, quien llamaba a superar la dualidad entre el sector industrial y el agrícola, dominado por el latifundio monocultivador, en su *Geografía del hambre* (1949, en francés). El economista brasileño Celso Furtado se concentró en el problema de la pobreza del Nordeste de su país, desde una perspectiva nacional-desarrollista, siendo nombrado director de una agencia gubernamental para ese efecto en 1959. El tema del subdesarrollo fue también denunciado por los historiadores que se inspiraban del marxismo, como el brasileño Caio Prado Jr., autor de Evolución política de Brasil (1931) y el chileno Julio César Jobet, con su obra *Ensayo crítico del desarrollo económico y social chileno* (1951).

Las artes y la literatura

Nacido en el período anterior, el cine floreció en este período, al menos en países como México y Argentina. En el primero, el cine fue favorecido por el impacto de la revolución, que proporcionó los temas, y con el financiamiento de un banco creado especialmente por el Estado para la industria cinematográfica. Actores como María Félix y Pedro Armendáriz cobraron enorme popularidad, mientras que Emilio Fernández y Alejandro Galindo eran los principales directores. La atracción de la revolución se manifestó también en la estadía del famoso cineasta soviético Sergei Eisenstein, quien pasó dos años filmando en ese país. El director de cine español, Luis Buñuel, otros de los refugiados políticos llegados a México a comienzos de los años 1940, filmó algunas de las películas que figuran entre los clásicos del cine latinoamericano, como *Los Olvidados* y *Nazarín*. En Argentina, el cine también recibió

apoyo gubernamental, aunque esto a veces originaba conflictos en la época peronista. Uno de ellos provocó el exilio de la gran actriz y cantante Libertad Lamarque, quien debió continuar su carrera en México, luego de su célebre disputa con Eva Perón. México y Argentina exportaban sus películas en toda Latinoamérica; en 1948, ambos países dominaban el 10% o más del mercado cinematográfico en varios países, como Chile, Bolivia, Cuba, Ecuador y Uruguay. Brasil, que también poseía una industria cinematográfica importante, produjo uno de los films latinoamericanos más vistos en el mundo, *O Cangaceiro* (1953), de Lima Barreto, basado en la vida de los bandidos del noreste, que ganó además el festival de Cannes.

El teatro cobró un mayor desarrollo, favorecido con la presencia de un público cada vez más numeroso, en las ciudades (y que podía incluir a aquellos que no sabían leer) y con la aparición de los primeros dramaturgos profesionales, lo que se dio sobre todo en México y Argentina. El autor más famoso de la época fue el mexicano Rodolfo Usigli, cuya obra más destacada, *El gesticulador*, tuvo muchos problemas para ser representada, al ser juzgada subversiva por el gobierno, ya que presentaba una visión negativa de la revolución. En cambio, el gobierno mexicano favoreció el desarrollo de esta actividad al construir gigantescos teatros al aire libre, como el "Venustiano Carranza", donde se dio la obra de Efrén Orozco Rosales, *Liberación*, que dramatizaba la historia de México desde los tiempos de los aztecas, en una secuencia que glorificaba a la revolución.

La arquitectura latinoamericana ganó prestigio mundial con la obra de los brasileños Lucio Costa y Gerardo Niemeyer, que planificaron Brasilia, la nueva capital del país. En la pintura, destacaron varios artistas, que representan la dicotomía tantas veces mencionada, acerca de la rivalidad entre las tendencias realistas y nacionalistas y las más complejas y universales. El ecuatoriano Osvaldo Guayasamín y el brasileño Cándido Portinari, pertenecen al primer grupo. Ambos fueron inspirados por los muralistas mexicanos, mostrando en sus obras las diversas etnias del continente y los trabajadores rurales. Rufino Tamayo, de México, continuó la tradición pictórica de su país, pero con un estilo personal. Los otros tres desarrollaron estilos mucho más abstractos, apartándose de lo figurativo, sobre todo el chileno Roberto Matta y en menor grado el uruguayo Joaquín Torres-García y el cubano Wilfredo Lam. Este último, cuyos padres eran de origen chino y africano, mostró influencias de esta última región en su pintura.

La literatura (ficción y ensayo) encontró un público cada vez mayor con la aparición de editoriales de difusión masiva, como Fondo de Cultura económica, creada por el gobierno mexicano, cuya producción circuló por toda la región de habla hispana. Varios de los escritores de mayor impacto desarrollaron una creación "comprometida", inspirada muy a menudo por la militancia en el partido comunista. Uno de sus máximos representantes fue el poeta chileno, Pablo Neruda, ya conocido en la época anterior, quien ganó nueva fama internacional con sus poemas épicos, como *Canto general* (1950), inmenso fresco de la historia latinoamericana, y por sus poemas sobre la guerra civil española, evento que le tocó vivir personalmente. Neruda se involucró en política, como militante del PC, y en 1945

fue elegido senador; sin embargo, en 1949 debió huir del país, debido a la represión contra ese partido por parte del gobierno del presidente Gabriel González. Un caso semejante fue el del escritor brasileño Jorge Amado, quien produjo una serie de novelas sobre temas sociales y políticos. Militante comunista, como Neruda, en 1950 publicó Los subterráneos de la libertad, novela épica sobre la lucha de los comunistas contra la represión del gobierno de Vargas.En los países andinos, continuó la tendencia a la defensa de lo autóctono,con las novelas *Huasipungo* (1934), del ecuatoriano Jorge Icaza, *El mundo es ancho y ajeno* (1942), del peruano Ciro Alegría y *Los ríos profundos* (1958), de otro peruano, José María Arguedas En el área centroamericana, el novelista guatemalteco Miguel Angel Asturias (más tarde Premio Nobel, en 1966), que también abordó el tema de la huella indígena, con *Hombres de maíz* (1949) y en el Caribe, el cubano Alejo Carpentier dio una nueva dimensión a los temas latinoamericanos con un estilo que se llamaría después el "realismo mágico", en novelas como *El reino de este mundo*, ambientada en la revolución de los esclavos en Haití en 1792 (1956). El mexicano Juan Rulfo, una figura de excepción, ya que escribió sólo dos obras que bastaron para darle fama universal, *El llano en llamas* (cuentos, 1953) y *Pedro Páramo* (novela, 1956), también participó en esa corriente, en la cual la realidad era presentada a través de metáforas y mitos.

En Brasil, emergió la generación de escritores que abordaron en muchas de sus novelas el nordeste, región caracterizada por la pobreza y por el flagelo de las sequías periódicas. Entre los principales figuraron los novelistas Graciliano Ramos, con *Vidas Secas* (1938) y Joao Guimaraes Rosa, poseedor de un lenguaje poético, con *Buriti y Grande sertao* (1956, 1958). Jorge Amado, mencionado anteriormente, también dedicó varias de sus novelas a los ambientes de esa región, particularmente el de la ciudad de Bahía y el mundo de las plantaciones de cacao.

En cambio, en el Río de la Plata surgieron escritores con una orientación muy distinta. En Uruguay, Juan Carlos Onetti escribió novelas sobre personajes alienados, ambientados en un contexto urbano de grandes ciudades. Mario Benedetti comenzó a darse a conocer en este período, con la publicación de su volumen de cuentos, *Montevideanos* en 1959,destacando también como poeta. y novelista.En Argentina, Jorge Luis Borges alcanzó fama mundial con sus relatos basados en elementos universales, a menudo rayanos en lo fantástico. De su numerosa producción destaca *Ficciones* (1944) y *El Aleph* (1949). En ese mismo país, la escritora Victoria Ocampo fue figura destacada no sólo por su propia obra, sino por la fundación de la revista *Sur*, (1931) donde colaboraron muchos de los mejores escritores de su época. Esa publicación, que perduró hasta 1971, jugó un importante papel para dar a conocer escritores europeos en América latina[79].

---

79 Victoria Ocampo, como varios otros intelectuales argentinos, tuvo muchas dificultades con el régimen peronista, llegando a ser arrestada en 1953. Más adelante su revista sufrió las críticas de los escritores identificados con la revolución cubana, que la veían como "burguesa".

La cultura popular

Ésta continuó expresándose fundamentalmente a través de la música y el baile. La difusión de la radio y de la industria del disco dio mayor amplitud a los cantantes populares. Latinoamérica lloró la muerte del cantante de tangos Carlos Gardel, quien falleció en un accidente de aviación en 1935. Los cantantes mexicanos, como Jorge Negrete, fueron conocidos a través de todo el continente y las “rancheras” con temas de la revolución comenzaron a rivalizar con el costumbrismo del folklore de otros países. El compositor brasileño Ary Barroso, autor entre otros, de *Acuarela do Brasil* cobró fama internacional, así como la cantante y actriz Carmen Miranda quien contribuyó a difundir en toda América la samba, el baile brasileño de origen africano[80]. Otros bailes que adquirieron gran popularidad, inclusive en Estados Unidos, fueron los del Caribe: el merengue de la República Dominicana, la *rumba*, el *mambo* y el *cha-cha-chá* de Cuba. Dos músicos se hicieron célebres dando a conocer esos ritmos: Xavier Cugat (nacido en España, pero que vivió en Cuba) y el cubano Pérez Prado.

Entre los cantantes y autores, destaca la folklorista chilena Violeta Parra, quien realizó una labor notable de rescate de la música tradicional de su país, con la cual compuso canciones, que ella misma interpretaba, con un estilo muy personal. Su trágica muerte (se suicidó en 1967) la convirtió en una figura casi mítica para sus admiradores.

El cine permitió la proyección del artista popular más conocido en todos los países del hemisferio, el actor cómico mexicano Mario Moreno, mejor conocido como “Cantinflas”, quien creó un estilo de actuación, encarnando siempre personajes ingenuos. Su éxito fue tal que actuó también en Estados Unidos y en España, llegando a ser uno de los actores mejor pagados del mundo.

Una nueva expresión de la cultura popular fueron las revistas de dibujos animados, o las que relataban historias en capítulos. De Argentina, la revista Billiken fue conocida en varios países de Sudamérica. En Chile, la revista *El Peneca* se transformó en lectura obligada de los niños de todo el país. Otro tanto ocurrió con los semanarios deportivos, que dedicaban gran espacio al fútbol, como la revista argentina *El Gráfico*.

Síntesis

Entre 1930 y 1959, la sociedad se hizo más compleja, gracias a los progresos de la urbanización y de los servicios ofrecidos a la población, en especial la educación. Hubo una mayor movilidad social y países como México y Bolivia adoptaron políticas en principio más favorables a los indígenas. América Latina pareció comenzar a dejar atrás la “sociedad de conquista”. Hubo importantes transformaciones antioligárquicas, a medida que el Estado

---

80 Carmen Miranda y Ary Barroso fueron conocidos mundialmente por la película de Walt Disney, *Los tres caballeros*. Filmada en 1944, esta producción era parte del acercamiento de Estados Unidos hacia su aliados latinoamericanos durante la Segunda Guerra Mundial.

adquiría una mayor dimensión y que nuevas fuerzas políticas se consolidaban, pero la democratización de la vida política mostró muy pocos avances. Las intervenciones militares fueron mucho más frecuentes que en el período anterior, y sirvieron en buena medida a restablecer un orden que se escapaba de las manos de la oligarquía, cuyos partidos perdían el control de un electorado que se ampliaba. Las presiones de Estados Unidos, en el marco de la guerra fría, agravaron esa situación, al favorecer a los gobiernos autoritarios a nombre del anticomunismo. A nivel económico, los países latinoamericanos, tras superar los efectos de la crisis mundial, buscaron una vía de desarrollo que, sin romper con el sector privado ni con las exportaciones, representaba una variante con respecto a la experiencia de las décadas anteriores, al dar una mayor presencia al Estado y al mercado interno. El surgimiento de los pensadores que eran partidarios de un nacionalismo económico y la fundación de la Cepal fue un factor importante en ese proceso. Sin ser negativos, los resultados de la nueva política económica fueron desiguales y poco concluyentes, sobre todo por el flagelo de la inflación. Las tasas de crecimiento fueron además insuficientes en relación al crecimiento cada vez más acelerado de una población que comenzaba a recibir mayores beneficios sociales, pero que eran muy desigualmente repartidos. Todo esto creó un sentimiento de expectativas frustradas. Esta situación, unida a las interrupciones del proceso de democratización, provocará mayores tensiones en los años siguientes, en particular cuando se hará sentir la influencia de la revolución cubana.

Capítulo V
La gran polarización, 1960 a 1989

A partir de 1960, América Latina entró en una fase crítica de su historia. Los dirigentes de cada país se enfrentaban a un desafío complejo, con mayores exigencias de parte de una población que crecía a un ritmo explosivo. A nivel político, ante los bloqueos de la democratización, el modelo de la revolución cubana aparecía como una opción atrayente para los que pensaban que la vía occidental no tenía porvenir en esta región del mundo. Esta situación, sumada al hecho de que la guerra fría se trasladaba directamente a la región latinoamericana a causa de los acontecimientos de Cuba, generaría grandes tensiones, mucho mayores que las que la región había conocido hasta entonces. Paralelamente, las insuficiencias del "modelo latinoamericano" de desarrollo se hacían sentir lo que, si por una parte daban más argumentos a los partidarios de las transformaciones radicales, también daba origen a nuevos proyectos de desarrollo, de parte de los defensores de la economía de mercado, basados en la creación de mercados regionales y en una mayor participación del capital exterior.

5.1. Las relaciones internacionales: el impacto de la descolonización y los avatares de la guerra fría

El mapa político latinoamericano sufrió su mayor cambio desde comienzos del siglo XIX, cuando un gran número de las antiguas colonias inglesas y holandesas del Caribe, Centroamérica y del norte de Sudamérica accedieron a la independencia. Trece nuevos estados fueron creados: Jamaica (1962), Trinidad-Tobago (1962), Barbados (1966), Guayana (1966), Bahamas (1973), Grenada (1974), Surinam (1975), Dominica (1978), St.Vincent (1979), St. Lucia (1979), Antigua (1981), Belice (1981) y Saint Kitts-Nevis (1983). Con ello, el número de países soberanos en América Latina y el Caribe aumentó a 33. Ciertos territorios se mantuvieron unidos a las metrópolis, como el caso de las antiguas colonias francesas transformadas en departamentos de ultramar (Martinica, Guadalupe, Guayana francesa), así como algunas de las posesiones inglesas (Islas Vírgenes británicas, las islas Caimán, Anguilla, Turks y Caicos y Bermuda), las de Holanda (las islas de Curazao, Bonaire y Aruba, unidas administrativamente en las Antillas holandesas, como también St.Eustache, St.Martin

Mapa 6
Situaciones políticas conflictivas, 1954-2001



Mapa : Sylvain PROVOST

y Saba), todos los cuales lograron sin embargo una considerable autonomía administrativa. Las islas Malvinas (conocidas en el mundo anglófono como Falkland) han seguido bajo un estatuto colonial inglés. Las islas Vírgenes de Estados Unidos continúan bajo el control de este último país, así como Puerto Rico.

La aparición de una gran cantidad de nuevos Estados nacionales, al coincidir con la victoria de la revolución cubana, dio lugar a una situación de tensión geopolítica. Las potencias dominadoras de la región, en especial Estados Unidos, temieron que algunos de los nuevos Estados fueran influidos por los acontecimientos en Cuba, especialmente Guayana, cuyo líder, Cheddi Jagan, no ocultaba su simpatía por el régimen de Fidel Castro. Washington también temía lo que podía ocurrir en países como Haití y República Dominicana, donde las condiciones políticas se prestaban, en principio, para una revolución, al estar ambos países dominados por dictaduras comparables a la de Batista. Ello dio mayor importancia a las bases militares de Estados Unidos en Guantánamo, el canal de Panamá y Vieques (en Puerto Rico). La Guayana adquirió importancia estratégica por la instalación de la base de lanzamientos espaciales de Francia y sus aliados europeos en Kourou, en 1966.

Durante la mayor parte de esta etapa, las relaciones de Latinoamérica con el mundo estuvieron dictadas por los altibajos de la guerra fría. La Unión Soviética tuvo una presencia destacada en Cuba, desde luego, como resultado de la orientación socialista de la revolución, y más tarde tuvo una cierta influencia en la Nicaragua sandinista, aunque no en la misma medida que en la isla caribeña. Con el resto de los países de la región sus contactos fueron desiguales. La mayoría tardó en reanudar las relaciones que se habían roto al comenzar la guerra fría, lo que comenzó no obstante a cambiar en la segunda mitad de los años 1960. A comienzos de la década 1970, el régimen de Velasco Alvarado en Perú desarrolló una relación más estrecha con la URSS, lo que se debilitó posteriormente. China logró también establecer intercambio de embajadas con varios países de la región en los años 60. En el período en que Latinoamérica estuvo dominada por dictaduras militares, esos regímenes rompieron relaciones con la URSS y sus aliados de Europa oriental, pero ello no ocurrió con China, lo que sin duda era un reflejo de la rivalidad entre este último país y Moscú.

El fin de la dictadura de Franco en España, en 1975, contribuyó a un mayor acercamiento entre ese país y sus antiguas posesiones, lo que se reflejó en los viajes del rey Juan Carlos a varios países. Especial significado tuvo la visita a México en 1979, país con el cual las relaciones habían sido rotas durante el franquismo. Francia pareció interesarse más en América Latina que en épocas anteriores, ya que en dos ocasiones hubo giras de sus gobernantes en varios países de la región: Charles de Gaulle en 1964 y 1968, y luego François Mitterrand en 1981. De Gaulle intentó crear un movimiento común en torno a la "latinidad", lo que quedó sin respuesta.

La emergencia del movimiento del llamado Tercer mundo tuvo un impacto más bien escaso en Latinoamérica. Aparte el caso de Cuba, que tenía especial interés en desarrollar

lazos con Africa y Asia, sólo contados países, entre ellos Perú y Jamaica, se interesaron en participar en las conferencias de ese movimiento durante los años 1960-1970. Canadá tuvo una presencia cada vez más activa en Latinoamérica. Varios ministros de ese país hicieron giras en diversos países, sobre todo en el Caribe y Centroamérica, haciendo propuestas para restablecer la paz en esta última región en los años 1980. Esta política culminó con el ingreso de Canadá a la OEA a fines de 1989.

Estados Unidos continuó a ejercer un papel hegemónico en la región, la que durante casi todo este período cobró gran importancia para la estrategia mundial de Washington a causa del impacto de la revolución cubana (que se verá en detalle más adelante). La manifestación más evidente fue la llamada crisis de los cohetes en Cuba, en 1962, que llevó al mundo al borde de una guerra nuclear entre Washington y Moscú. A nivel diplomático, ese mismo año, Estados Unidos forzó el voto mayoritario de los países miembros de la OEA en favor de una moción para excluir a Cuba de esa organización. Sólo México votó en contra de la resolución, y otros cuatro se abstuvieron, pero siguieron la decisión de la mayoría, entre ellos Chile y Uruguay. Estados Unidos brindó además un abierto apoyo a los anticastristas cubanos en ocasión de la tentativa de invasión en Playa Girón, en 1961, y multiplicó sus programas de ayuda militar a los gobiernos latinoamericanos a fin de enfrentar la amenaza de las guerrillas de inspiración izquierdista. Además, Washington prestó un apoyo apenas disimulado a varios de los golpes de estado de los años 1960 y 1970, dirigidos contra gobiernos acusados de favorecer el comunismo, e intervino abiertamente en América Central durante los años 1980, en contra del gobierno sandinista en Nicaragua y de la guerrilla en El Salvador. En fin, hubo tres intervenciones militares directas de Estados Unidos en esta época: en República Dominicana en 1965, en la isla de Grenada en 1983, y en Panamá en diciembre de 1989. Las dos primeras intervenciones fueron justificadas por Washington aduciendo la necesidad de frenar movimientos políticos acusados de comunismo, y la tercera, con el fin de arrestar al hombre fuerte de Panamá, el general Noriega, acusado de corrupción y de tráfico de drogas.

Estados Unidos intentó influir en la región no sólo a través de presiones políticas y militares, sino que además ofreció a sus aliados latinoamericanos un plan de desarrollo económico y social, que completaba los pactos militares dirigidos a enfrentar la subversión izquierdista. Tal fue el plan lanzado por el presidente Kennedy a comienzos de 1961, llamado "Alianza para el progreso", que debía erradicar en 10 años la pobreza en el continente y promover la democracia en todo el hemisferio. Puesto en práctica con poca convicción, el plan fue progresivamente abandonado, sobre todo luego del asesinato de Kennedy, en 1963, y a fines de la década ya no se hablaba más de él. Otra actitud de mayor cooperación con Latinoamérica fue la adoptada por el presidente Carter en la segunda mitad de los años 1970, cuando Washington se alejó un tanto de las dictaduras militares, desarrollando una política de mayor respeto a los derechos humanos. Además, Carter firmó en 1977 con Omar Torrijos los tratados que marcaron el comienzo de la devolución del canal a Panamá.

Aunque bajo el presidente Reagan (1980 a 1988) los Estados Unidos retomaron un discurso anticomunista, lo que lo acercó de nuevo a los regímenes dictatoriales, a la larga Washington favoreció la transición hacia la democracia, especialmente en Sudamérica.

Si bien en los años 1960 hubo pocas discrepancias entre los estados latinoamericanos frente a las orientaciones impuestas por Estados Unidos, ello empezó a cambiar gradualmente en la década siguiente. A partir de mediados de los años 1970, varios estados comenzaron a restablecer los contactos con Cuba, tanto diplomáticos como comerciales, a tal punto que en 1989 ya el bloqueo de la isla era prácticamente cosa del pasado, aunque era mantenido por Estados Unidos. En los años 1980, otro esfuerzo por desarrollar una política exterior más independiente de Washington, fue el nacimiento del llamado "Grupo de Contadora" (llamado así por el nombre de una isla donde se reunieron los participantes) compuesto por México, Panamá, Colombia y Venezuela, que presentó propuestas originales para poner término a los conflictos en América central. En 1986 se formó el "Grupo de Río" constituído por aquellos países sudamericanos que habían superado la etapa de la dctadura militar, y que, tal como el grupo de Contadora, aunaron sus esfuerzos por promover la democracia y por relaciones comerciales más abiertas en la región.

Los conflictos entre los países latinoamericanos, como en la etapa anterior, fueron escasos y de corta duración. Uno de ellos fue la llamada "guerra del fútbol" de 1969, entre El Salvador y Honduras, a causa de la presencia de numerosos ciudadanos salvadoreños en el país vecino, lo que provocó un conflicto armado, que duró algunas semanas. Hubo fuerte tensión entre Chile y Argentina a fines de 1978, cuando ambos países estuvieron a punto de hacerse la guerra por la soberanía de tres pequeñas islas al sur de Tierra del fuego, en un área que ambos países se atribuían. La mediación papal, que finalmente favoreció a Chile, evitó el conflicto armado.

El más grave conflicto internacional de la época fue el que opuso a Argentina y a Gran Bretaña en abril y mayo de 1982 por la posesión de las islas Malvinas. El gobierno dictatorial argentino de la época intentó recuperar por la fuerza ese territorio, creyendo erróneamente que Inglaterra no reaccionaría. La aventura terminó mal, ya que costó la vida a cerca de 1.000 personas, la mayoría del lado argentino, y las islas siguieron en posesión de Inglaterra. Este episodio fue particularmente amargo para Argentina, ya que su acción tuvo escaso apoyo en el hemisferio. Estados Unidos no aplicó la doctrina Monroe, sino que al contrario, brindó apoyo logístico a los ingleses. Chile adoptó esta misma actitud. De los países latinoamericanos, sólo Cuba apoyó abiertamente la reivindación argentina.

5.2. La economía: La búsqueda de nuevas estrategias de desarrollo

En la etapa anterior a 1959, la mayoría de los países latinoamericanos había adoptado una política de desarrollo "hacia adentro", en la cual la industria jugaba un papel

importante, y donde el Estado tenía un papel protagónico, aunque sin anular la presencia de la empresa privada. Esto no significaba sin embargo dejar de lado la exportación de productos primarios, que seguían constituyendo la actividad básica para obtener divisas. A partir de 1960, se buscaron variables a esa fórmula de desarrollo, que no bastaba para cubrir las necesidades de una población que crecía a un ritmo cada vez más rápido y cuyas demandas aumentaban.

Las actividades productivas

La tendencia a la industrialización, comenzada con fuerza en la etapa anterior, continuó, aunque a un ritmo mucho más lento. Los países que ya habían progresado en ese sector se mantuvieron o avanzaron poco. Una excepción se dio en los países poco industrializados, como los de América central. En esta área, el porcentaje de la industria en el PNB aumentó, pasando de 11,5% en 1950 a 16,2% en 1990.

La industria recibió un nuevo impulso de parte de los capitales exteriores, que empezaron a dirigirse, de preferencia hacia ese sector, al menos en ciertos países. Esto coincidió con un movimiento de las grandes empresas de países industrializados, que buscaban crear filiales en otros países para aumentar su producción. Sectores como la metalurgia, la petroquímica, la producción y ensamblaje de automóviles comenzaron a desarrollarse con rapidez, particularmente en México y Brasil. Los capitales de Estados Unidos, invertidos en la industria de estos dos países, representaban en 1950 menos del 50% del total de las inversiones en cada uno de esos países; en 1970, esa cifra era de más de los dos tercios. En algunos casos, se desarrollaron sectores que fueron emblemáticos, como la industria automotriz en Brasil, gracias a las inversiones alemanas de la Volkswagen. Instalada en Brasil desde los años 1960, esta empresa se transformó en la principal exportadora de autos dentro de ese país y los Estados vecinos. En México, favorecido por la vecindad con Estados Unidos, empezaron a implantarse las llamadas *maquiladoras*, que crecieron rápidamente en la región fronteriza entre ambos Estados. Este proceso se inició en 1965, en parte como una alternativa al programa de braceros, que había terminado, y como parte de la estrategia de las grandes empresas estadounidenses, deseosas de trasladar a otros países una parte de sus operaciones. Esto convenía también al gobierno mexicano, que buscaba diversificar el modelo de crecimiento seguido hasta entonces. La industria mostró entonces progresos reales, y de hecho los productos manufacturados comenzaron a tener una parte cada vez más importante en las exportaciones latinoamericanas. Sin embargo, se avanzó poco en la creación de empleos, por el uso de maquinaria sofisticada, y la crisis de los años 1980 acarreó un freno a la producción industrial, que significó en países como Argentina un franco retroceso.

La agricultura experimentó transformaciones importantes, que le inyectaron un nuevo dinamismo. Como se vio en el capítulo anterior, este sector había mostrado tendencia

al estancamiento. A partir de 1960, se comenzó a registrar un aumento general de la productividad, a causa del empleo de nuevas técnicas (uso de fertilizantes, semillas genéticas, nuevas razas en la ganadería...), una mayor mecanización (la cantidad de tractores empleados en la agricultura se multiplicó por seis), de obras públicas, que mejoraron la irrigación, y del empleo de nuevas tierras, que hicieron pasar el total de la superficie cultivada de 50 millones de hectáreas en 1950 a 120 millones en 1980. En este último aspecto, se incorporaron a la producción vastas áreas del interior de Brasil.

Estas transformaciones se explican tanto por razones económicas como políticas. Entre las primeras figuraba la necesidad de incrementar la producción a fin de responder a una demanda interna creciente, debido al incremento demográfico, y a la necesidad de exportar lo más posible, en un contexto de fuerte competencia internacional. Las presiones derivadas de la política de reforma agraria (que será analizada más adelante), que comenzaron a ser implementadas en la mayoría de los países, tuvieron un efecto desigual, ya que su aplicación varió mucho de un país a otro.

En general, los cambios descritos trajeron un aumento productivo importante: entre 1960 y fines de los 1980, la producción de alimentos básicos como trigo, maíz y papas aumentó al doble, mientras que la de carne se cuadruplicó. El azúcar, importante por su peso en la exportación, triplicó. Apareció además un cultivo nuevo, el de soya, que en pocos años dobló su producción. Solamente el arroz, el café y el algodón mostraron un estancamiento. Pese a esos progresos, la mayoría de los países importaban más alimentos de los que producían, sobre todo trigo y maíz; el crecimiento de la producción no había bastado para mantener el ritmo del aumento demográfico.

Este proceso se dio en un marco de creciente transformación de la estructura social de la agricultura, con la formación de estructuras capitalistas de tipo industrial, que utilizaban una mano de obra asalariada. Pero esto no excluía el empleo de trabajadores estacionales, muchos de los cuales no vivían todo el año en el campo. La pequeña propiedad, al no contar con los mismos adelantos técnicos ni los recursos financieros de las empresas agrícolas grandes, se encontró en condiciones precarias, lo que reforzó la migración del campo a la ciudad.

La minería continuó jugando un papel importante, sobre todo en lo que se refiere a la producción petrolera. La fuerte alza del precio mundial de ese producto, en 1973, favoreció a los países productores, como Venezuela, Ecuador, Colombia y México. Este último empezó a explotar nuevos yacimientos en su costa del Caribe. En cambio, ese proceso afectó a países importadores, como los de Centroamérica, Chile y Brasil. En este último país hubo en cambio un auge de la minería aurífera, con el descubrimiento de importantes yacimientos en la región amazónica, en los años 1980. En Chile, con el aporte de nuevas minas y el mayor rendimiento en las más antiguas, la producción de cobre, principal exportación del país, aumentó en tal medida que en los años 1980 el país austral pasó a ser el primer productor mundial en ese rubro.

La creación de mercados regionales

La insuficiencia de los mercados era una de las limitaciones principales para el desarrollo. Una solución pareció consistir en la creación de mercados regionales, proceso que fue, en parte, inspirado por el ejemplo del Mercado Común Europeo. Sucesivamente, fueron creados el Mercado Común Centroamericano (MCC), en 1960, la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), que reunía a los países sudamericanos (y que pasó a llamarse ALADI en 1980) y a México en 1961, y la Zona de libre comercio del Caribe (CARIFTA), ese mismo año. Al final de la década, en 1969, los países andinos de Sudamérica, sin retirarse de ALALC, formaron el Pacto Andino, para acelerar la integración.

Estas iniciativas tuvieron un éxito desigual. En los países de la ALALC, el principal problema fue la imposibilidad de llegar a un acuerdo para disminuir las tarifas aduaneras a un mismo ritmo, lo que hizo imposible llegar al objetivo final, la formación de un área de libre comercio. Pese a ello, el intercambio creció al doble entre los países miembros entre 1960 y 1980, especialmente en lo que se refiere al comercio de productos manufacturados. Algo semejante ocurrió con el Pacto Andino, donde tampoco se cumplieron las metas de integración, aunque hubo progresos en el comercio entre los países miembros. El MCC fue el que logró mayor éxito, ya que el intercambio de manufacturas entre sus países creció enormemente. Pero los beneficios fueron desiguales, y al final de los años 1970, Honduras volvió a imponer tarifas elevadas al comercio, alegando que no estaba siendo favorecido con el sistema. En general, todos los acuerdos regionales fueron además afectados por la crisis petrolera de 1973, y por los sucesos políticos, que a veces implicaban un cambio en la orientación económica. Así por ejemplo, la dictadura militar que se instaló en el poder en Chile decidió retirar a ese país del Pacto Andino, en 1976, alegando que prefería llevar una política propia de apertura hacia el comercio mundial, sin esperar el acuerdo de sus socios.

Pese a estos procesos, que abrieron nuevos mercados, el peso de las exportaciones latinoamericanas en el mercado mundial disminuyó. En 1946, América Latina participaba en el 13,5% del total de las exportaciones mundiales, cifra que había bajado a 10,7% en 1950, a 7,0% en 1960 y a 5,1% en 1970. Eso se debió al escaso progreso de las exportaciones de productos primarios, que hasta los años 1980 seguían representando, en promedio, más del 70% de las exportaciones latinoamericanas. El incremento de la exportación de productos manufacturados, que fue importante, no alcanzó a compensar en forma suficiente. Hubo quejas de parte de los gobiernos latinoamericanos hacia los países ricos, cuyos mercados no se abrían suficientemente a las exportaciones, como era el caso de Estados Unidos, o el de Europa occidental, que daba tarifas preferenciales a las antiguas colonias africanas de Francia, las que competían con ventajas en la exportación de plátanos, por ejemplo. En 1969, los cancilleres latinoamericanos reclamaron una mayor apertura comercial a Estados Unidos, a través del documento llamado "Consenso

de Viña del Mar". Es cierto que Latinoamérica practicaba el proteccionismo en favor de sus industrias, que se desarrollaban dentro de mercados protegidos, pero el capital exterior podía invertirse directamente en ese sector, con lo cual el problema no era comparable.

Los nuevos mecanismos de acción del capital exterior y el problema del endeudamiento

La relación de América Latina con el capital exterior asumió nuevas formas. Como se vio anteriormente, el capital foráneo ya no se dirigía de preferencia a los sectores primarios, sino que buscó insertarse en la industria. Los montos aumentaron periódicamente, aunque entre 1980 y 1990 hubo una baja porcentual, que se explica por la crisis que azotó al conjunto de la región. El cuadro 18 ilustra esta situación.

El flujo de capitales extranjeros, que hoy en día es considerado un factor no solo positivo sino indispensable para el desarrollo, fue enjuiciado en forma muy distinta en las décadas anteriores. En efecto, muchos estudios demostraban que el monto de los capitales invertidos era inferior al de las ganancias obtenidas a través de las ganancias netas, los intereses y el pago de "royalties" por el empleo de marcas. Esta situación reforzó los análisis basados en la perspectiva de la dependencia, que dominaron la producción de muchos sociólogos y economistas sobre América Latina entre 1960 y parte de los 1980. Ese enfoque (y la influencia de la revolución cubana) inspiró las tendencias nacionalistas de ciertos gobiernos con respecto a sus riquezas naturales, como el de Chile repecto al cobre, y en menor grado los de Venezuela, Ecuador y Perú (respecto al petróleo), Jamaica y Guyana (bauxita). Pero esa tendencia no tendría larga vida.

Desde mediados de los años 1970, América Latina se vio solicitada como nunca antes por otro tipo de capitales, los préstamos ofrecidos por bancos privados. Esto era una novedad, ya que desde fines de la II Guerra Mundial, ese tipo de operaciones provenían sobre todo de instituciones como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. Esta nueva situación fue posible por los efectos de las dos grandes alzas del petróleo, en 1973 y 1979, cuyo resultado fue el de crear grandes capitales disponibles para la inversión, que fueron ofrecidos a bajas tasas de interés y sin estipular en qué debían ser gastados. Sin excepción, los países en desarrollo, en todos los continentes, contrataron grandes préstamos[81], pero fue Latinoamérica quien lo hizo en mayor escala.

---

81 Es necesario distinguir entre la deuda pública y la privada. En países como Brasil y México, gran parte de la deuda fue asumida por el sector público, que en esos años operaba como el principal empleador del país, y que además –caso de Brasil– se lanzaba a grandes obras de infraestructura. En otros países, como Chile después de 1973, la mayor parte de la deuda había sido contraída por los particulares.

Cuadro 18
Inversión extranjera directa* en América Latina, países seleccionados, 1980 a 1999
(cifras en miles de millones de dólares)

País	1980	1990	1999
Argentina	5 344	9 085	62 289
Bolivia	420	1 026	4 843
Brasil	17 480	37 143	164 015
Chile	886	10 067	39 258
Colombia	1 464	4 904	19 521
Guatemala	701	1 734	3 190
Jamaica	501	727	2 781
México	2 090	22 424	72 016
Perú	898	1 302	8 573
Rep. Dominicana	239	572	4 276
Venezuela	1 604	2 260	21 736
Total AL**	44 095	118 300	485 604
% mundial	8,8%	6,7%	10,1%

*inversiones en activos, no incluye préstamos.
** incluyendo países que no figuran en el cuadro.

FUENTE: *World Investment Report*, 2000.

Esto acarreó consecuencias graves para el conjunto de la región. En efecto, a comienzos de los años 1980, se hizo evidente que la deuda externa había crecido a un ritmo que sobrepasaba las posibilidades de pago. La situación llegó a un momento dramático en agosto de 1982, cuando el gobierno de México, uno de los países considerados más estables de la región, reconoció la crisis de sus establecimientos bancarios y decretó la estatización de los mismos, anunciando al mismo tiempo la suspensión de los pagos de su deuda externa. El cuadro 19 muestra la evolución del endeudamiento y su significado para las economías de cada país.

El endeudamiento fue general, afectando tanto a los países dominados por dictaduras como aquellos donde había gobiernos elegidos. Se observa por ejemplo que Costa Rica, uno de los países más estables de la región, fue uno de los que se endeudó más entre 1970 y 1988, mientras que Guatemala, dominada por regímenes militares, observó una conducta más prudente. El endeudamiento asumió caracteres dramáticos en los años 1980, cuando pasó a representar más de la mitad del PNB (en promedio para el conjunto de la región) y

en consecuencia, a devorar una parte creciente de las exportaciones. Pese a todo, no hubo un movimiento tendiente a desconocer el pago de la deuda, sino más bien largas y difíciles negociaciones, país por país, para obtener mejores condiciones de pagos. Casi todos los países debieron reestructurar sus economías, siguiendo las recomendaciones (difíciles de no cumplir) del Fondo Monetario Internacional, disminuyendo el gasto público, devaluando sus monedas y disminuyendo los subsidios a los servicios públicos.

Cuadro 19

Endeudamiento externo de América Latina, países seleccionados (cifras en millones de dólares)

País	1950	% PNB	1970	% PNB	1988	% PNB
Argentina	400	s/i	5 170	23,8	49 500	58,6%
Bolivia	50	s/i	491	49,3	4 650	114,9
Brasil	1 380*	s/i	5 130	12,2	101 300	29,6
Chile	355	s/i	2 570	32,1	16 120	79,3
Colombia	157	s/i	1 580	22,5	15 400	42,1
Costa Rica	12	s/i	246	25,3	3 850	89,2
Ecuador	2	s/i	242	14,8	9,380	94,2
Guatemala	0,4	s/i	120	6,5	2 240	28,3
México	509	s/i	5 970	16,2	88 660	52,4
Perú	107	s/i	2 655	37,3	13 900	56,1
Rep. Dominc.	10	s/i	353	23,9	3 330	77,3
Venezuela	250	s/i	954	7,5	30 300	49,0

*cifra de 1956.

FUENTE: *Statistical Abstract on Latin America,* vol.33 (1995), part 2, p.915 para 1970 y 1988 y Peru: *The Authoritarian Tradition,* de David S.Palmer (New York, Praeger, 1980), p.81 para 1950.

Además, algunas de esas medidas podían tener efecto inflacionario, como era la de cambiar los precios de mercaderías esenciales para que estuvieran en acuerdo con los precios internacionales. La inflación alcanzó en algunos países niveles increíbles, como Bolivia en 1985, con una tasa de 8.170%, Argentina, Brasil y Perú en 1989, con 4.923%, 1.861% y 2.775% respectivamente, y Nicaragua en 1988 (cuya economía sufría además los efectos de la guerra) con 33.547%. En cambio, países como Chile, Colombia, Paraguay, República Dominicana y el resto de Centroamérica mantuvieron tasas relativamente bajas, inferiores a 40% anualmente.

La performance general de la economía. ¿El fin del "modelo latinoamericano"?

El endeudamiento fue uno de los factores que influyó en la caída de la tasa de crecimiento en la década de 1980, que fue bastante más baja que las de décadas anteriores. En efecto, América Latina había vivido una época de crecimiento importante entre 1960 y parte de los años 1970, durante la cual su PNB progresó a un ritmo no alcanzado antes. Este incremento tuvo lugar a pesar de las frecuentes crisis políticas que golpeaban a la mayoría de los países. El crecimiento había sido especialmente importante en países como Brasil y México. En el primer caso, se llegó a hablar del "milagro brasileño", lo cual permitía a los dirigentes de ese país hacer olvidar el hecho que Brasil se encontraba dominado por una dictadura. Pero aunque las cifras del aumento del PNB parecían en general satisfactorias, en la práctica no lo eran tanto, ya que en esos mismos años, la población crecía también a un ritmo muy rápido, en algunos países a más de 3% anual, de modo que los progresos reales eran escasos. Además, la situación empezó a deteriorarse a partir de 1973, para alcanzar un nadir en la década de los años 1980, como se ve en el cuadro 20 siguiente:

Cuadro 20
Crecimiento del PNB en América Latina, de 1950 a 1990
(cifras en promedios anuales en cada década)

País	1950-1960	1960-1973	1973-1981	1981-1990	1950-1990
Argentina	2,8%	4,0%	1,2%	0,6%	2,1%
Brasil	6,8	7,5	5,5	2,3	5,8
Chile	4,0	3,4	3,6	2,5	3,4
Colombia	4,6	5,6	4,5	3,9	4,8
México	6,1	7,0	6,6	0,8	5,3
Perú	5,5	4,8	3,8	-1,7	3,3
Venezuela	7,6	4,7	-0,1	0,6	3,5
Otros	3,6	5,4	4,3	1,2	3,8
Total A. Latina	5,1	5,9	4,5	1,3	4,4

FUENTE: Bethell, Leslie: *The Cambridge History of Latin America*, op.cit., vol. 6, part 1, p. 189.

Así, a fines de los años 1980, se cerraba un período en el que la región, luego de experimentar ciertos progresos[82], había entrado en una fase de estancamiento, con su cortejo de consecuencias sociales. Las tasas de cesantía aumentaron dramáticamente, aproximándose o superando el 20%. Tan grave fue la situación vivida en la primera mitad de la década, que muchos hablaron de la peor crisis desde la de 1929, llegando algunos a decir que sobrepasaba en magnitud a la anterior.

Ante esta situación, la llamada "economía informal" ocupó un lugar cada vez más importante, como puerta de salida para los cesantes y para los que tenían empleos precarios. Los migrantes rurales, empujados a las ciudades por la crisis de la pequeña agricultura, agravaron el problema. Muchas de estas personas comenzaron a ganarse la vida como vendedores callejeros, instalando talleres de reparación o dedicándose al reciclaje de la basura. Uno de los casos que ilustra la primera de estas actividades era el de Lima, donde a mediados de los 1980 había alrededor de 300.000 vendedores ambulantes. Si bien este tipo de actividad no era nuevo, históricamente, esta situación asumía caracteres masivos e ilustraba el fracaso de la economía oficial para dar empleo a todos los que entraban al mercado del trabajo.

Otra de las actividades que floreció en esta economía informal fue la relacionada con la producción y el comercio de la coca y de la cocaína. Estimulada por el aumento de la demanda en los grandes mercados consumidores de Norteamérica, entre 1970 y 1980 comenzó un verdadero boom del comercio de la droga. La producción se desarrolló sobre todo en Bolivia, donde fue estimulada por la dictadura militar que dominaba el país en los años 1970, que se benefició directamente con esta actividad. La producción de cocaína y el comercio fue monopolizado por traficantes colombianos, que se ocuparon de hacer llegar la droga a Estados Unidos. Pablo Escobar, jefe del cartel de Medellín, se transformó en un personaje célebre, así como lo fue Roberto Suárez, el "padrino" de la droga en Bolivia. Las sumas colosales que se derivaban del comercio de la droga, de las cuales una parte quedaba en los países donde se originaba el tráfico, comenzaron a representar un porcentaje importante del PNB. En Perú y Colombia, el valor del comercio internacional de la droga equivalía al 30 ó 40% del valor de las exportaciones legales, mientras que en Bolivia su importancia era aún mayor, alcanzando al 200% en 1985 y 1987. En total, la droga daba empleo a más de 200.000 personas en este último país.

---

82 Pero estos progresos habían sido insuficientes para mantener el ritmo de los países europeos. En 1950, Irlanda tenía un PIB per cápita de 2.600 dólares (de 1985), España de 2.405, Portugal de 1608 y Grecia, de 1.456. Argentina y Chile estaban por sobre los dos primeros países, con cifras de algo más de 3.000 dólares p.c., mientras que Colombia y México tenían cifras comparables a las de Portugal y Grecia. En 1989, España tenía un PIB de 10.081 dólares, más del doble que Argentina (4.080) y casi el doble que Chile (5.406). Irlanda, Grecia y Portugal habían sobrepasado también a los países sudamericanos, doblando el PIB de México y Colombia.

Todos estos elementos llevaban, a fines de los 1980, a preguntarse si el modelo latinoamericano de desarrollo, creado entre 1930 y 1950, basado en la prioridad a una industrialización que se desarrollaba tras murallas proteccionistas, a la cual la agricultura se había subordinado, y que contaba con una presencia importante del estado, había llegado a un callejón sin salida. Esa había sido sin duda la percepción de los militares y de los empresarios que diseñaron la política económica de las dictaduras, especialmente en el Cono Sur desde los años 1970, que condujo, en países como Argentina y Chile, a una reorientación de la economía, donde se daba prioridad a las actividades de exportación de productos primarios, en detrimento de la industria, que ponía el énfasis en la privatización de las empresas del Estado y que se basaba en una represión implacable contra los sindicatos y cualquier otra organización de trabajadores.

5.3. La sociedad: Reforzamiento de la urbanización, nuevas corrientes migratorias, reemergencia de la cuestión indígena

La sociedad en este período presenta elementos fuertemente disímiles. Si el peso de la urbanización fue el elemento más evidente, emergieron otras tendencias, que no son una consecuencia lógica de ella, como el auge y la caída de la reforma agraria, la reaparición de los movimientos indígenas, y la inversión de las corrientes migratorias, que hicieron que el flujo humano se dirigiera desde Latinoamérica hacia afuera, en lugar de atraer gente hacia adentro.

Tendencias generales del comportamiento demográfico

En este período, la tendencia al predominio de la población urbana se acentuó y llegó a ser el rasgo común de la mayoría de los países de la región. Aunque el crecimiento demográfico continuó siendo alto en relación al de países como los de Europa y Norteamérica, el ritmo decreció en relación a la etapa anterior. El cuadro 21 siguiente muestra estos elementos:

La caída del crecimiento demográfico, especialmente notoria en países como Brasil, Cuba y Costa Rica, se explica por el control cada vez mayor de la natalidad, que en el caso de la isla caribeña se acentuó debido a las políticas en relación a la mujer, que permitían el aborto libre y gratuito. Algunos países mostraron en cambio un incremento demográfico, lo que se debe a una mortalidad inferior. En general, América Latina sobrepasó, en número, a la población combinada de Canadá y de Estados Unidos (por primera vez desde la época de la independencia), pero la tendencia en cuanto al crecimiento demográfico, en la gran mayoría de los casos, comenzaba a asemejarse a la de los dos países de Norteamérica.

Cuadro 21
Población urbana y crecimiento demográfico, 1960 y 1989

	Tasa anual de crecim. dem.		Pobl. urbana, en %	
País	1960	1989	1960	1989
Argentina	1,6	1,3	67,6	85,9
Barbados	n.d.	0,6	n.d.	44,2
Bolivia	1,4	2,8	29,9	50,7
Brasil	3,1	2,1	39,4	76,0
Chile	2,3	1,7	62,9	85,2
Colombia	3,2	2,1	46,1	69,7
Costa Rica	4,3	2,6	37,8	52,8
Cuba	2,1	0,8	54,6	74,3
Ecuador	3,1	2,8	34,7	55,9
El Salvador	3,6	1,9	32,6	44,1
Guatemala	3,3	2,9	31,0	41,6
Guyana	n.d.	1,7	n.d.	34,1
Haití	2,3	1,9	12,6	29,7
Honduras	3,3	3,2	22,5	42,8
Jamaica	n.d.	1,5	n.d.	51,7
México	3,2	2,2	53,6	72,0
Nicaragua	3,1	3,4	33,9	59,2
Paraguay	2,6	2,9	33,8	46,9
Perú	3,0	2,5	35,8	69,6
Puerto Rico	n.d.	1,4	n.d.	73,3
Surinam	n.d.	1,5	n.d.	47,1
Uruguay	1,4	0,8	70,9	85,3
Venezuela	3,4	2,6	61,7	89,9

FUENTE: para 1960, datos en Lambert, Jacques: *América Latina. Estructuras sociales e instituciones políticas*, Barcelona, Ariel,1964, p.80-81. Para 1989, *L'état du monde.*

Los movimientos migratorios internacionales tomaron nuevas formas. Los flujos tradicionales hacia países vecinos, como los de Puerto Rico y México hacia Estados Unidos y en menor escala, de Chile, Bolivia y Paraguay hacia Argentina, continuaron, pero a ellos se añadieron nuevos circuitos. Venezuela pasó a ser un país que atrajo a gente de todas partes, por ser uno de los pocos países de la región que, entre 1970 y 1980, podía ofrecer estabilidad política y posibilidades de empleo. A causa de los trastornos políticos de 1960 y 1970, derivados de la revolución en Cuba y de los golpes de estado en varios países de Sudamérica, la corriente migratoria compuesta principalmente por refugiados políticos

hacia Norteamérica se acentuó. Tal fue el caso de los cubanos y dominicanos hacia Estados Unidos, como asimismo los habitantes de los países del Cono Sur hacia este mismo país y también hacia Canadá, que se transformó en un nuevo polo de atracción. En esos mismo años un importante contingente de haitianos dejó su país de origen, huyendo tanto de la dictadura de Duvalier como de la pobreza. En la década siguiente, fue esta vez el turno de muchos centroamericanos, especialmente de Nicaragua, Guatemala y El Salvador, de seguir ese mismo itinerario.

En total, este proceso tuvo como resultados el que a fines de este período, el número de latinoamericanos, especialmente los de lengua española, formaban un núcleo importante, que alcanzaba los 30 millones en Estados Unidos en los años 1980. Además, había varias decenas de miles de latinoamericanos en Canadá y en otros países más alejados, como Australia y Europa occidental, especialmente Suecia. Este fenómeno, sin paralelo en la historia de la región, marcaba un viraje fundamental en relación a la experiencia histórica anterior, en la cual América Latina había recibído inmigrantes, mientras que ahora ocurría el proceso inverso.

La urbanización, ya bastante visible en la etapa anterior, asumió mayores proporciones, a causa de la acentuación de las migraciones campo-ciudad. Este proceso siguió efectuándose de manera anárquica, con concentraciones humanas excesivas en las capitales, lo que acentuó el problema de la macrocefalia, esto es, del peso excesivo de la ciudad principal en relación a las otras. Esto se dio en todos los países, con la excepción de Colombia, Brasil y hasta cierto punto de México, donde se desarrollaron metrópolis en diversas regiones, lo que dio un cierto equilibrio al crecimiento urbano. En Brasil, la aparición de una nueva capital, Brasilia (inaugurada en 1960) creó además un polo de crecimiento hacia el interior del país.

Clases y actores

a) La sociedad urbana: cambios en la estructura de clases. La marginalidad

Los cambios económicos descritos anteriormente provocaron ciertas transformaciones en la estructura de clases. Uno de los rasgos sobresalientes fue el de la declinación del proletariado industrial, que disminuyó debido a la mecanización cada vez más acentuada del trabajo, y a la baja general de la actividad manufacturera en los años 1980. Cobraron en cambio más importancia los empleos en servicios y el comercio, lo que se aprecia a través del cuadro 20 siguiente:

Cuadro 22
Ocupaciones en medio urbano en A. Latina, de 1950 a 1980
(Cifras en porcentaje)

Sector	1950	1960	1970	1980
Empresarios y profesionales indep.	5,2	1,9	2,6	2,4
Jefes administrativos, profesionales y técnicos	4,2	8,2	10,1	13,5
Empleados no calificados y vendedores	16,0	16,9	18,5	19,0
Pequeños empresarios	2,5	2,6	2,5	2,5
Trabaj.autónomos	19,8	20,5	17,4	18,6
Obreros asalariados	41,3	40,4	39,4	36,4
Domésticos	11,0	9,5	9,5	7,6

FUENTE: *The Cambridge History of Latin America*, op. cit., vol. VI, part II, p. 269.

Los obreros no solo disminuyeron cuantitativamente, sino que durante la segunda parte del período vieron disminuidas sus posibilidades de expresión colectiva ante la represión de que fueron objeto los sindicatos en aquellos países dominados por dictaduras. En el caso de Chile, tras el golpe militar de 1973, la Central Única de Trabajadores fue disuelta y se prohibieron las elecciones sindicales, estableciéndose que los cargos vacantes serían llenados por los trabajadores más antiguos. La tasa de sindicalización, que había llegado a una cumbre histórica de cerca del 40% de la fuerza de trabajo en 1973, bajó a menos del 15% en los años 1980. En países como Argentina y Brasil la situación no fue tan severa, pero hubo fuertes restricciones a la acción sindical. En este último país, a fines de los años 1970, el movimiento de los obreros de la metalurgia y de la industria automovilística realizó grandes huelgas; en ese contexto comenzó la carrera de Luiz Inacio da Silva, más conocido como Lula, que se transformaría en un dirigente social y político de envergadura nacional[83]. En Bolivia, la crisis de las minas de estaño a comienzos de 1980 golpeó duramente a la COB, la Central Obrera Boliviana, cuyo núcleo principal estaba compuesto por los obreros mineros.

---

83 Lula (nacido en 1945), era originario del nordeste, del estado de Pernambuco. Inició su carrera como dirigente sindical de los trabajadores metalúrgicos, en San Bernardo, cerca de Sao Paulo, durante la dictadura militar. En 1975 fue elegido presidente del sindicato de ese sector, y debió dirigir las grandes huelgas de 1978 y 1979. Fue uno de los principales creadores del Partido de los Trabajadores. En 1986 fue elegido diputado federal, con la más alta votación de todo el país. Posteriormente sería candidato a la presidencia de la República, en 1989, 1994, 1998 y en 2002 fue finalmente elegido.

En cambio, las actividades no relacionadas con el trabajo manual, de empleados, tanto calificados (técnicos y profesionales) como no calificados, fueron las que crecieron más, lo que reforzó el sector de la clase media. El incremento del sector de empleados con alguna calificación se debió, desde luego, a los progresos de la escolaridad general de la población, y en particular el del número de diplomados de los institutos técnicos y de universidades. El analfabetismo decreció fuertemente, como en México, donde los que no sabían leer ni escribir, que constituían el 34,5% de la población de mayores de 15 años en 1960, pasaron a 9,7% en 1985, mientras que en Perú, se bajó de 38,9 al 15,2%. En estos dos países, el número de técnicos y profesionales se quintuplicó entre las mismas fechas. El progreso fue importante aunque menos espectacular en Chile y Colombia, mientras que Brasil mostraba una evolución más lenta.

Este proceso se debió, hasta mediados de los 1980, a la acción de los gobiernos, que se transformaron en el principal empleador, en muchos países. Un caso extremo fue México, donde los empleos en agencias y servicios gubernamentales crecieron a un ritmo de 12,5% anualmente entre 1970 y 1980, y algo semejante ocurrió con Brasil, donde los empleados públicos pasaron de 3,4 millones en 1973 a más de 5 millones en 1980. El ingreso a la función pública era además garantía de tener mejores servicios sociales que los de muchos empleados y obreros del sector privado. Sin embargo, a fines de la década de 1980, el sector público comenzó a decrecer, con el inicio de las políticas de privatización emprendidas por la mayoría de los gobiernos, tendencia que había comenzado anteriormente en Chile, todo lo cual llevó a un empobrecimiento relativo de la clase media.

El sector empresarial acentuó su presencia en la sociedad en este período, favorecido por la nueva situación política que imperó en muchos países. En efecto, las dictaduras militares contaron con el apoyo abierto de la empresa privada, cuyos representantes fueron a menudo llamados a desempeñar cargos importantes en la orientación de las políticas de gobierno. Entre los casos emblemáticos figuró Alfredo Martínez de Hoz, miembro de una de las más antiguas familias de la oligarquía argentina, quien fue ministro de finanzas bajo la dictadura del general Videla. En Chile, la interacción entre el poder militar y los grandes empresarios durante la dictadura de 1973 a 1989 fue muy clara. La privatización de numerosas empresas públicas, así como el desmantelamiento de la reforma agraria reforzaron a la elite económica, que encontró nuevas oportunidades de negocios. Esta política benefició tanto a los empresarios nacionales como a los extranjeros, que pudieron licitar en igualdad de condiciones para pasar a controlar las instituciones que pasaban al área privada, tanto en los servicios como en la producción. En general, casi todas las empresas expropiadas durante el breve gobierno de Allende, y muchas otras que estaban en el sector público anteriormente, vivieron un proceso semejante. Una importante excepción fue la de las grandes minas de cobre, que habían pasado de manos de empresas estadounidenses a las del Estado chileno. Bajo la dictadura, esa situación persistió, aunque ahora el nuevo poder pagó a las empresas expropiadas la indemnización que Allende había rehusado.

En cambio, en Brasil, la relación no siempre fue amistosa entre el Estado y la empresa privada, ya que esta última consideró que el sector público acaparaba demasiado espacio en la economía. De hecho, a fines del período, eran las grandes empresas del sector público, Petrobras (petróleo) y el Banco do Brasil, que figuraban a la cabeza de las mayores empresas no solo de Brasil, sino de toda América Latina. En América Central, el empresariado se renovó y se reforzó gracias a los progresos de la industrialización y del Mercado común centroamericano. En el caso particular de Nicaragua, pese al triunfo de la revolución sandinista, el empresariado, aunque debilitado, resistió al nuevo régimen. El sector privado sufrió embates también en Perú, al menos durante el período dominado por el general Velasco (1968-1975), que intentó, aunque con poco éxito, favorecer la creación de cooperativas en detrimento de la empresa privada. Un caso simbólico fue el de la transformación de uno de los grandes diarios, *El Comercio* de Lima, en cooperativa, proceso que sin embargo no duró muchos años.

El creciente éxodo rural y la explosión demográfica contribuyeron a hacer crecer el sector de los llamados marginales urbanos. En efecto, antes de 1959, en los años de la industrialización, los recién llegados del campo podían aspirar a un empleo en las usinas que se desarrollaban en las ciudades. Como se ha visto, la tasa de empleos en ese sector mostró tendencia al estancamiento. De esta manera, el sector marginal tomó proporciones más grandes.

Los marginales no se definen solamente por el hecho de vivir en zonas periféricas de las ciudades, sino además por la precariedad de los trabajos que desempeñan, lo que los deja generalmente fuera de todos los circuitos de beneficios sociales. Ante esto, han surgido redes sociales creadas por los mismos habitantes de esas periferias. Muchas veces, eso se origina alrededor del origen geográfico y étnico de los marginales, que provienen de una misma aldea o de la misma comunidad indígena, lo que los hace además mantener su cultura tradicional dentro de su nuevo medio.

Este sector ha tenido, ocasionalmente, un papel político importante. En Chile, sobre todo entre 1960-1973, fueron célebres las ocupaciones de terrenos urbanos por parte de aquellos que querían tener un sitio para construir su propia casa. Generalmente, esto daba lugar a choques con la policía, en medio de la intervención de representantes de los partidos políticos, que generalmente intentaban tomar la defensa de los pobladores. No era raro que esos episodios se terminaran en represiones sangrientas,como fue el caso ocurrido en marzo de 1969 en la ciudad de Puerto Montt, en el extremo sur de Chile, donde nueve personas murieron bajo las balas disparadas por los carabineros El hecho tuvo vastas repercusiones políticas, ya que contribuyó decisivamente a dividir al partido demócrata cristiano, que en ese momento era el partido de gobierno; un sector minoritario pero importante formó un nuevo partido, que más tarde pasó a ser parte de la Unidad Popular.

En Perú, especialmente en Lima, las poblaciones marginales conocidas bajo diferentes apelaciones (*pueblos jóvenes, barriadas*) tomaron proporciones enormes. Uno de los casos más

conocidos fue el de Villa El Salvador, nacida en 1971, al sur de la capital peruana. Este caso se originó en una ocupación de terrenos que pertenecían al gobierno y a la Iglesia, en otro sector. En un comienzo, la policía actuó represivamente y se temió lo peor: hubo un muerto y varios heridos. Pero bajo la presión internacional (en ese momento se celebraba en Lima una asamblea del Banco Interamericano de desarrollo) y porque el gobierno de ese entonces estaba dirigido por el general Velasco, que no quería perjudicar su imagen de gobernante popular, las autoridades cedieron y entregaron otros terrenos a los sin casa. El resultado fue la creación de una de las poblaciones más grandes y tal vez mejor organizadas del Perú.

b) El mundo rural: los años de la reforma agraria

La reforma agraria se vio propulsada súbitamente a la actualidad como consecuencia de la revolución cubana. En efecto, dentro del marco de la Alianza para el progreso, el presidente Kennedy exigió de los gobiernos latinoamericanos la realización de reformas a fin de enfrentar las principales desigualdades sociales y así frenar el ascenso del peligro revolucionario. Repentinamente, lo que solo se había realizado en México y en Bolivia, como obra de movimientos subversivos, se transformaba en un proceso no solo respetable, sino deseable para los gobiernos. Los análisis de los expertos internacionales, que desde hacía años denunciaban las desigualdades en la repartición de la propiedad agraria, fueron ahora escuchados y proporcionaron el fundamento de la reforma: redistribuir la tierra en beneficio de los desposeídos. El cuadro 23 siguiente muestra la repartición de la propiedad agraria en 1960:

Cuadro 23

Repartición de la propiedad agraria, 1960, países seleccionados

País	Prop. subfamiliar		Prop. familiar		Mediana prop.		Gran propiedad	
	A	B	A	B	A	B	A	B
Argentina	43,2%	3,4%	48,7	44,7	7,3	15,0	0,8	36,9
Brasil	22,5	0,5	39,1	6,0	33,7	34,0	4,7	59,5
Chile	36,9	0,2	40,0	7,1	16,2	11,4	6,9	81,3
Ecuador	89,9	16,6	8,0	19,0	1,7	19,3	0,4	45,1
Guatemala	88,4	14,3	9,5	13,4	2,0	31,5	0,1	40,8
Perú	88,0	7,4	8,5	4,5	2,4	5,7	1,1	82,4

A: porcentaje del tipo de propiedad respecto a la totalidad.
B: porcentaje de la superficie total de tierra agrícola.

FUENTE: Barraclough, Solon: *Agricultural Structure in Latin America* Lexington Books, 1973.

En la práctica, la aplicación de la reforma varió mucho de un país a otro, ya que mucho dependía de la voluntad política. Había muchos intereses en juego, por lo que en bastantes ocasiones la reforma se limitaría a transformaciones superficiales, como fue el caso de Centroamérica, Colombia, Venezuela y Brasil. En este último país, a partir de 1966, hubo un proceso de apertura de nuevas tierras, en la Amazonia, que fueron cedidas tanto a pequeños como a grandes productores, para la ganadería, pero no se trató de reforma agraria en el sentido de redistribuir tierra expropiada. México, el país pionero de la reforma, no aceleró el proceso de distribución de tierras; el presidente José López Portillo (1976-1982) distribuyó unos 15 millones de hectáreas, pero de escaso valor agrícola.

En otros, como Chile y Perú, se trató de experiencias más serias, obra de gobiernos con una decidida vocación transformadora. En el primero de esos países, la reforma comenzó con el gobierno democratacristiano de Eduardo Frei Montalva (1964-1970), quien hizo aprobar un artículo que modificaba la Constitución del Estado, acerca del derecho de propiedad, para poder expropiar un cierto tipo de propiedades agrícolas juzgadas mal explotadas o demasiado extensas. Bajo Salvador Allende (1970-1973), las expropiaciones se multiplicaron, lo cual, en conjunto, cambió gran parte del paisaje agrícola chileno, al ser distribuidas miles de hectáreas a decenas de miles de familias de campesinos. En Perú, el impulso vino del gobierno del general Juan Velasco Alvarado, quien hizo aprobar una ley, en 1969, que dio lugar a una reforma menos radical que la chilena, pero que afectó sin embargo a las grandes plantaciones de algodón y de azúcar de la costa del norte del país, y a un cierto número de latifundios de la sierra. En esta última región, varias comunidades indígenas, conjuntamente con medieros y antiguos obreros, fueron favorecidos. Sin embargo, en estos dos países, el proceso reformista se interrumpió a mediados de los años 1970, debido al golpe militar en Chile y al reemplazo de Velasco por un gobierno militar más conservador, el del general Francisco Morales Bermúdez (1975) en el Perú.

Las reformas más radicales fueron las de Cuba y Nicaragua, como fruto de las revoluciones que ocurrieron en ambos países. En el país caribeño, hubo una primera reforma, moderada, en 1959, que expropiaba solamente las plantaciones de más de 400 hectáreas. En 1963 hubo una segunda, que afectó a todos los predios superiores a 65 hectáreas. De esa manera, Cuba efectuó la reforma más radical del continente, respetando solamente a los pequeños propietarios, especialmente a los cultivadores de café y de hortalizas. En Nicaragua, a partir de 1979, la reforma afectó sobre todo a las propiedades de Somoza, sus familiares y colaboradores, respetándose buena parte del sector privado de la agricultura, que hasta 1984 constituía los dos tercios de la propiedad rural.

El impacto de estas reformas fue muy desigual, ya que los tipos de propiedad que emergieron fueron muy disímiles. En México se continuó con el ejido, descrito en el capítulo anterior. En Perú, la forma privilegiada fue la de cooperativas. En Nicaragua se optó por una fórmula que daba igual importancia a las fincas estatales, donde los obreros

eran asalariados, que a las cooperativas. En Chile nunca se definió con precisión el tipo definitivo de propiedad, ya que durante el gobierno de la democracia cristiana se creó la fórmula llamada de asentamiento, donde la tierra era trabajada en común, pero sin que se decidiera cuál sería el tipo de propiedad definitivo. La Unidad Popular intentó crear tipos de propiedad basados en grandes unidades, pero sin establecer tampoco cuál sería el destino final de las tierras. Cuba fue el único país donde las fincas estatales constituyeron la forma de propiedad predominante, consecuencia lógica de la orientación socialista del país. De esta manera, la reforma dio lugar a una gran variedad de situaciones, pero en su conjunto no puede decirse que haya transformado de manera radical las relaciones de clase en el campo. Una parte minoritaria de los trabajadores rurales, sobre todo aquellos que trabajaban en forma permanente en los predios expropiados, obtuvo ciertos beneficios, pero para los trabajadores temporales y los pequeños propietarios, la situación cambió muy poco. En los años 1980, la reforma perdió su impulso inicial, a medida que las dictaduras militares se multiplicaban.

De esta manera, la sociedad rural continuó, en gran medida, dominada por los grandes propietarios. Hubo sin embargo un proceso de renovación, al menos parcial, del empresariado rural. En el caso de Chile, luego del golpe de 1973, que puso término a la reforma agraria, no toda la tierra fue devuelta a sus antiguos propietarios, sino que parte de ella fue vendida en subasta pública a nuevos inversionstas, venidos de otros sectores de los negocios, que invirtieron en tierras destinadas a actividades de exportación, como las frutas o el vino.

c) Los movimientos indígenas

Hacia 1980, la presencia indígena en la población variaba considerablemente de un país al otro. De un total de alrededor de 24 millones en el conjunto de la región, en cuatro Estados representaban porcentajes importantes: Guatemala (54%), Bolivia (54%), Perú (46%) y Ecuador (40%). En otros dos, México y El Salvador, constituían el 10%, mientras que en Chile, Honduras y Panamá , el porcentaje era de sólo 5%. En todos los demás, los indios equivalían al 3% o menos del total. Uruguay era un caso extremo, ya que en ese país prácticamente no se les encontraba. Esas cifras debían ser consideradas con prudencia, ya que los criterios no eran los mismos para diferenciar, por ejemplo, la población indígena de la mestiza.

Tras haber vivido una etapa durante la cual poco se habló de su causa, los indígenas lograron hacerse escuchar con fuerza, en especial a partir de los años 1970. En parte, ello se debió a la evolución de la ONU, que hasta entonces había favorecido, en sus textos de principio, la idea de integrar a los indígenas a los estados nacionales. Esa posición empezó a cambiar en esa década, en favor de una mayor autonomía para los pueblos indígenas. Desde los comienzos de esa década, los nativos de diversos países lograron darse un grado de organización superior al de años anteriores, empleando además los foros internacionales para hacer valer sus reivindicaciones ancestrales, con la acción de organizaciones no gubernamentales (ONG) de indígenas.

Esencialmente, los nuevos movimientos indígenas apuntaron a darse una organización propia, no dependiente de los partidos políticos dirigidos por blancos o mestizos de la ciudad. Tal fue el caso de los indígenas de Ecuador, que formaron diversas organizaciones, entre ellas la CONAIE (Confederación de pueblos indígenas del Ecuador), y los de Bolivia, país donde desde fines de los años 1960 se desarrolló una corriente llamada *katarismo*. Este movimento, de expresión tanto social como política, aglutinó las revindicaciones en nombre del derecho a la tierra, a la educación, al desarrollo basado en la acción comunitaria y a la autonomía administrativa. Además, en varias ocasiones, sus miembros participaron en las elecciones con candidatos propios. Sin embargo, las divisiones que surgieron desde el comienzo restaron fuerza al movimiento, que jamás pudo convertirse en una verdadera alternativa de poder.

En Perú, la reforma agraria, lanzada en 1969, fue acompañada de gestos simbólicos de parte del gobierno de Velasco en favor de los indígenas al proclamar la lengua quechua como idioma oficial del Perú. El escaso éxito de la reforma y el posterior retiro de Velasco dejarían con poco efecto esas medidas. En México, en 1975 fue creado el Consejo nacional de los pueblos indígenas (CNPI) por el gobierno del PRI, donde participaban 56 consejos supremos indígenas. Pese a su afiliación con el gobierno, la CNPI no fue un organismo incondicional del poder, y otras etnias mantuvieron sus propias organizaciones, como los tzotils del estado de Chiapas. Las reivindicaciones indígenas en México no buscaban la independencia nacional ni lanzarse a la lucha armada. En cambio, los maya de Guatemala empezaron, en los años 1980, a participar en grupos de guerrilla contra la dictadura, lo que les costaría muy caro. Este caso ilustra además las dificultades en unir a los grupos políticos de izquierda, generalmente de origen urbano, con las reivindicaciones de los nativos. El fracaso de la guerrilla de Che Guevara, en Bolivia, en 1967, es otra demostración de esa situación.

Un caso especial fue el de los indios miskito, de la costa atlántica de Nicaragua. Esta etnia, poco numerosa y totalmente ignorada hasta entonces por los medios de comunicación, saltó súbitamente a la actualidad al comenzar los años 1980, cuando sus miembros se resistieron a aceptar las reformas que el régimen sandinista quería implantar en esa región. Su causa fue inmediatamente apoyada por los medios relacionados con Estados Unidos y por los opositores al sandinismo.

Así, en la casi totalidad de los países de la región, la tendencia era la de un resurgimiento de la cuestión indígena, lo que se reforzó en la medida en que se aproximaba 1992 y la conmemoración del V Centenario de la llegada de Colón, fecha polémica para los pueblos autóctonos. La lucha por superar la "sociedad de conquista" continuaba.

d) La mujer

En varios sentidos, la situación de la mujer mostró progresos, aunque con ciertas limitaciones en cuanto al uso y al respeto de los derechos que alcanzaba. En la esfera

política, en todos los países de la región la mujer tenía derecho a votar y a ser elegida; Paraguay, que era el único país que no había concedido este derecho, lo hizo en 1961. Sin embargo, el número de mujeres elegidas era, en general, escaso. En 1969, el país donde había más mujeres elegidas en el parlamento era Chile, con 12 (y en 1973 esa cifra pasaría a quince), seguido por Brasil y Bolivia, con 7; en México, eran apenas dos[84]. Después de las dictaduras, no siempre hubo progreso: cuando a fines de 1989 hubo nuevamente elecciones en Chile, solo 7 mujeres fueron elegidas como diputadas y 2 como senadoras. En cambio, hubo ciertos progresos en México, donde en 1988 las mujeres representaban el 12% del total de los parlamentarios.

En toda la región, hubo sólo dos mujeres que desempeñaron el cargo de jefe de gobierno de su país, y en ambas se trató de situaciones de emergencia: María Isabel Martínez, la viuda de Perón, que ejerció la presidencia de Argentina entre 1974 y 1976, por haber sido elegida vicepresidenta en 1973, y Lidia Gueiler, que fue presidenta provisoria por algunos meses en Bolivia, en 1979, al ser nombrada para ese cargo por la Corte suprema. Otra mujer que no llegó a ser presidenta pero que llegó a tener cierta influencia en su país, fue la colombiana María Eugenia Rojas, quien ejerció los cargos de diputada y de senadora, además de dirigir por varios años la ANAPO (Alianza Nacional Popular), el movimiento político fundado por su padre, el antiguo dictador Gustavo Rojas Pinilla. En 1974 fue candidata a la presidencia, aunque sólo logró una baja votación. La mexicana Rosario Ibarra fue dos veces candidata a la presidencia, en 1982 y 1988, aunque sin ninguna posibilidad de triunfo, ante el monopolio del poder por el PRI.

Hubo sin embargo una participación activa de la mujer en otros niveles de la vida política. En varios países, las mujeres constituyeron porcentajes elevados de la guerrilla, como en El Salvador y Nicaragua, donde se calcula que la mujer representó más de la tercera parte de los combatientes. La nicaragüense Dora Téllez llegó a ocupar uno de los cargos de comandante de las fuerzas sandinistas, lo que le permitió más tarde participar directamente en el núcleo que detentaba el poder. La guerrilla de Sendero Luminoso en Perú atrajo una fuerte participación femenina. En el campo opuesto, Violeta Barros, viuda del empresario Pedro Chamorro, participó durante el primer año en la Junta Nacional de gobierno, para luego renunciar a su cargo; en 1990 sería la primera mujer elegida presidenta de su país (y la segunda en América Latina, después de Eugenia Charles, primer ministro de Dominica). Otras mujeres jugaron un papel destacado en los países dominados por dictaduras, denunciando los abusos de esos regímenes y llegando a ser personalidades destacadas en el ámbito internacional. Las más conocidas fueron la boliviana Domitila Barrios y la guatemalteca Rigoberta Menchú. Esta última, de origen indígena, ganaría más tarde el Premio Nobel de la paz. Las organizaciones creadas por mujeres, como la Asociación de Madres de Plaza de Mayo, en Argentina, y la

---

84 En ese mismo año, la situación no era mejor en Estados Unidos, donde las elegidas a las dos cámaras del Congreso eran solamente diez.

Asociación de Familiares de detenidos-desaparecidos en Chile se transformaron en referentes obligados en lo que se refiere a la lucha por el respeto a los derechos humanos. A nivel social, la peruana María Elena Moyano se distinguió como organizadora de los habitantes de Villa El Salvador, en los suburbios de Lima (cuya historia fue descrita anteriormente), llegando además a ser elegida al cargo de subalcalde de la Municipalidad. Su carrera y su vida terminarían trágicamente, ya que en 1991 sería asesinada por Sendero Luminoso, al negarse a colaborar con ese movimiento.

En los países que vivieron experiencias revolucionarias, los progresos de la mujer fueron desiguales. En el caso de la Unidad Popular chilena, el tema de la mujer quedó siempre postergado en relación a las tareas juzgadas prioritarias, como la creación del área de economía dominada por el estado. Promesas como la ley de divorcio y la creación de un Ministerio de la familia no se alcanzaron a cumplir, y tampoco la mujer alcanzó la igualdad legal con el hombre. En Cuba hubo realizaciones mucho más visibles, como el Código de la familia de 1975, que decretaba la igualdad de responsabilidades en las tareas de la casa para el hombre y la mujer, lo que se hizo también en Nicaragua durante el régimen sandinista. En 1974 se aprobaron además leyes que protegían la maternidad, en especial de la mujer que trabajaba. Es de hacer notar que en el caso cubano, la protección de la maternidad se aplicó en un universo cada vez más reducido, ya que otra de las leyes de la revolución en favor de la mujer, el derecho al aborto libre y gratuito, contribuyó a la notable baja de la natalidad que caracteriza al país desde hace varios años, y que ostenta la tasa de crecimiento de la población más baja del hemisferio y una de las más bajas del mundo. En fin, aunque la revolución en México ya había entrado en una fase conservadora, en 1971 hubo una ley favorable a la mujer, que por primera vez tuvo derecho a figurar entre los beneficiarios de la reforma agraria; hasta ese año, todos los que recibían tierras a través del ejido eran hombres. En 1970, otra ley había abolido la disposición que prohibía a la mujer ejercer trabajos juzgados peligrosos, manteniendo esa restricción solamente para la mujer embarazada.

En el mercado del trabajo, la presencia de la mujer se hizo cada vez más visible. Uno de los factores que contribuyó a ello fue el número creciente de hogares monoparentales dirigidos por mujeres, hecho derivado de las migraciones (tanto internas como externas) y de los efectos de la represión durante las dictaduras, que afectó más a los hombres. Además, las mujeres tuvieron un acceso cada vez mayor a los estudios superiores, lo que no sólo le permitió postular a más y a mejores empleos, sino que la hizo superar, al menos en parte, el confinamiento de la mujer a ciertas profesiones juzgadas femeninas. Así, hubo cada vez más mujeres en profesiones como ingenieros, médicos, arquitectos e investigadores científicos. También aumentó la participación de la mujer en los sectores de servicios financieros y de ventas. Posiblemente para darse una mejor imagen, los regímenes militares contribuyeron a una mayor igualdad para la mujer al abrirle el ingreso a las fuerzas armadas y a la policía. En Chile, las mujeres pudieron ingresar al Ejército en 1974; antes del golpe, sólo podían

formar parte de Carabineros, desde 1962. En Brasil, desde 1985 hubo cuarteles de policía exclusivamente para mujeres.

e) Religión

A partir de 1970, una de las principales novedades en esta esfera fue la llamada "teología de la liberación", que provocaría, sino una división, al menos la aparición de una corriente polémica dentro de la Iglesia católica. Precedida por movimientos sociales en los años 1960, se expresó en la década siguiente en los escritos del peruano Gustavo Gutiérrez, del brasileño Leonardo Boff y de varios otros. La nueva teología adquiriría una fuerte tonalidad ideológica, al declarar que el pecado más grave era el de la explotación del hombre por el hombre y al utilizar el marxismo como instrumento de análisis para comprender las causas de la pobreza. Esto aproximaba a los católicos a una posición política de izquierda, cuando los grupos de esa tendencia, tanto de acción institucional como armada, estaban en una fase ascendiente. En ese contexto, varios creyentes adhirieron a la lucha armada[85], especialmente en Centroamérica, con casos emblemáticos como el del sacerdote jesuita Ernesto Cardenal, que llegó a ser ministro del gobierno sandinista; antes de él, otro sacerdote, el colombiano Camilo Torres, había pasado a ser un mártir de la izquierda católica, al morir combatiendo por una de las fuerzas de guerrilla en su país, en 1966.

Antes de esto, la alta jerarquía de la Iglesia había hecho un esfuerzo serio por ponerse al día con los problemas sociales del continente, sobre todo por el impacto del Concilio Vaticano II. La Comisión Episcopal de los Obispos, CELAM, se había reunido por primera vez en 1955. En 1968, en Medellín, y en 1979, en Puebla, tuvieron lugar las reuniones siguientes, en el curso de las cuales los obispos católicos destacaron la opción de la Iglesia católica en favor de los pobres. Varios de los obispos tradujeron esta posición de principio en acciones concretas. El cardenal chileno Raúl Silva Henríquez fue uno de los que más impulsó la aplicación de la reforma agraria en su país, distribuyendo tierras de la iglesia a los trabajadores rurales; más tarde, durante la dictadura militar, jugó un papel muy importante en la defensa de los derechos humanos, pese a las críticas y ataques de que fue objeto. Otro prelado que tuvo una actitud semejante fue el obispo de Recife, Helder Cámara, que también criticó la acción represiva de la dictadura brasileña. No debe creerse sin embargo que esta actitud fue la misma en todas partes: la mayoría de los obispos argentinos colaboró abiertamente con la dictadura de ese país, y en Nicaragua, el cardenal Obando fue uno de los principales críticos del gobierno sandinista. Además, el Vaticano, en particular luego de la elección del polaco Juan Pablo II como Papa, desató una implacable campaña contra esta teología, juzgada demasiado subversiva.

---

85 No puede afirmarse sin embargo que la teología de la liberación haya nacido con ese objetivo. Ella buscaba más bien dar una respuesta a las inquietudes sociales de los católicos, pero no necesariamente para empujarlos a una actitud revolucionaria.

Otro elemento novedoso fue el del reforzamiento de las Iglesias protestantes y la aparición de otras, como la de los mormones, que hasta entonces tenía poca presencia. En parte por la acción de misioneros venidos de Estados Unidos y de otros países, los protestantes ganaron terreno. A fines del período, en Perú se estimaba que más de un millón de personas (de un total de 25 millones) participaba en alguna de las Iglesias protestantes. Guatemala fue otro país donde hubo un aumento significativo de esas Iglesias, entre cuyos fieles se contó el general Efraín Ríos Montt, uno de los militares que dirigió la dictadura en sus momentos claves, a comienzos de los años 1980. Los pentecostistas ganaron un auge considerable desde los años 1970; en Haití, uno de los países donde más avanzaron, este proceso se debió en parte a la influencia de Estados Unidos desde comienzos de siglo.

El auge protestante contrastaba con la debilidad creciente del catolicismo, ya que el número de sacerdotes en relación a la población continuaba con una tendencia a disminuir. Un intento por responder a esa situación fue la llegada de misioneros canadienses, especialmente de habla francesa, por ser la provincia de Quebec la que concentraba la mayor parte de los católicos de ese país. Respondiendo al llamado del Concilio Vaticano II y a la demanda de los jefes de la Iglesia de varios países, religiosos canadienses, tanto hombres como mujeres, comenzaron a venir a países como Perú, Chile, Bolivia y Haití. También llegaron sacerdotes europeos, varios de ellos de España. No fueron pocos los que participaron en la vida política durante los años de la revolución; uno de ellos, el español Manuel Pérez, llegaría a ser el jefe de la guerrilla colombiana, el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Muchos religiosos jugaron también un papel importante en la protección de las personas perseguidas por las dictaduras, ayudando a la salida de refugiados políticos hacia otros países.

En fin, un tercer aspecto sobresaliente en este período fue el auge de los cultos religiosos de origen africano, entre ellos el de la santería. Aunque practicados desde hace mucho tiempo, en esta etapa se empezó a contar con un número creciente de adeptos de diversos orígenes étnicos, no solamente negros. El fenómeno ha sido visible en Brasil y en Cuba; en este último país se trata de algo especialmente notorio, debido a la marcada hostilidad del régimen comunista hacia la vida religiosa.

f) Difusión del deporte profesional

Iniciado en la época anterior, el deporte profesional cobró nuevos impulsos, sobre todo con la participación victoriosa de los equipos de clubes y de selecciones nacionales de fútbol de ciertos países en eventos internacionales. Argentina ganó dos veces el campeonato mundial (1978 y 1986), y otro tanto lo hizo Brasil (1962 y 1970). La creación de campeonatos continentales para los mejores equipos de club (Copa Libertadores en América del Sur) puso en contacto anual a los latinoamericanos con los mejores equipos europeos, al disputarse un título intercontinental. Muchos jugadores latinoamericanos fueron contratados en Europa, llegando a ser mundialmente famosos, como el argentino Diego Maradona. El béisbol continuó desarrollándose en el área del Caribe y en parte de América Central, de donde

salían jugadores a Estados Unidos. El mexicano Fernando Valenzuela y el nicaragüense Dennis Martínez figuraron entre los jugadores más destacados en este deporte, actuando en distintos equipos de Estados Unidos y de Canadá.

El fútbol y el béisbol no fueron las únicas disciplinas deportivas de impacto masivo. También brillaron jugadores de tenis, como los argentinos Guillermo Vilas y Gabriela Sabatini, conductores de autos de carrera, como los brasileños Emerson Fittipaldi y Ayrton Sena; en el boxeo, destacaron el panameño Roberto Durán, conocido como "Mano de piedra" y el argentino Carlos Monzón, mientras que en el ciclismo, los representantes de Colombia lograron varios triunfos internacionales. La selección nacional de vóleibol femenino del Perú figuró entre las mejores del mundo en varios Juegos Olímpicos. El deporte tuvo también una proyección política[86], con las victorias de los atletas cubanos en los Juegos Panamericanos, donde Cuba pasó a ser el segundo país más fuerte del continente, detrás de Estados Unidos, lo que contribuyó a reforzar la imagen del régimen socialista a nivel internacional. Los cubanos también destacaron en los Juegos Olímpicos. Entre los más conocidos campeones figuraron el boxeador Teófilo Stevenson y el corredor de 400 metros, Alberto Juantorena.

g) Vida cotidiana

La vida de todos los días fue afectada en esta época no sólo por los cambios sociales y técnicos derivados de una mayor urbanización, sino por las nuevas experiencias políticas. El país más afectado fue sin duda Cuba, donde el régimen instalado en 1959 ha continuado durante todo el período, lo que ha influido en la vida de dos generaciones. Uno de los aspectos más sobresalientes en la cotidianeidad fue la instauración, desde 1962, de la famosa libreta de racionamiento, que entregaba a los cubanos ciertas raciones de todos los alimentos y de muchos otros productos. Para el extranjero que quería residir en la isla, no era fácil entender el sistema, ya que había diversos tipos de venta: existía la venta libre, es decir sin cupones, la venta para todos, la de régimen (para los enfermos y los viejos), o las ventas de grupo. Además, los productos no se podían comprar en cualquier tienda, sino en la que era designada para cada persona. Una francesa, que vivió en Cuba entre 1976 y 1977, trabajando como profesora, no pudo nunca invitar a sus amigos a probar un plato de la cocina de su país, ya que jamás encontró todos los ingredientes necesarios al mismo tiempo. A veces le faltaban los tomates, otro día eran las berenjenas, o bien las cebollas, que nunca pudo comprar durante todo el año en que vivió en el país; al parecer ese año no se habían plantado[87].

Aunque fue de corta duración, la experiencia de la Unidad Popular chilena (1970-1973) significó para muchos una nueva actitud cívica. Esto se vio en los simples simpatizantes de ese movimiento, que no eran militantes de partido pero que se vieron animados por un

---

86 En 1978, la dictadura militar argentina se sirvió de los éxitos de la selección nacional de fútbol, vencedora del Mundial, que se desarrolló en ese país, para mejorar la imagen de su gobierno.

87 Mottin, Marie-France: *Cuba quand même.* Paris, Seuil, 1983, p. 64.

deseo de participar y de ponerse en contacto con sus vecinos, como lo describe el testimonio de una mujer residente en un barrio de clase media baja, en Santiago:

> Durante la Unidad Popular empecé a participar en muchas cosas: trabajé por ejemplo en la Junta de Vecinos, cuyo presidente era un militante socialista, que me ayudó mucho; con él y otras personas formamos un equipo. Queríamos hacer tareas más politizadas con los Centros de Madres, explicándoles por ejemplo las razones del desabastecimiento y hacer educación popular. Participé en un proyecto de salud para el barrio. De repente me vi envuelta en muchas cosas a la vez... Y quería conocer a cada uno de los habitantes de mi vecindad, saber qué hacía cada uno de ellos, hablarles, ir a visitarlos...[88]

En cambio, los que estaban contra la experiencia socialista, criticaban los problemas de la economía: las dueñas de casa se quejaban de las colas para comprar los bienes esenciales, de la inflación que comenzó a adquirir proporciones muy grandes a partir de 1972, o de las dificultades para encontrar una empleada doméstica, cuyas pretensiones salariales habían aumentado. Las personas opuestas a la Unidad Popular denunciaban en general la agresividad del ambiente, los continuos paros y manifestaciones (aunque muchos de ellos eran organizados por la oposición) diciendo que "en el Chile de antes, esto no sucedía".

A partir de septiembre de 1973, luego del golpe de Estado, apareció un elemento que cambió la vida cotidiana: el toque de queda impuesto por la dictadura, que limitaba la circulación nocturna, la que era prohibida en ciertas horas, a menos de contar con un salvoconducto. Esta situación existió en Chile durante la mayor parte de la dictadura, y se dio también en Argentina y en Uruguay. Una revista femenina chilena organizó, poco después de que esa restricción estuviera en vigencia, una encuesta para saber si los lectores encontraban aspectos positivos a esta disposición: un cierto porcentaje de mujeres respondió que sí, ya que gracias a ella tenían mayor confianza en la fidelidad de los maridos. Pero en cambio, para los comerciantes y artistas, el toque de queda tuvo un efecto negativo para los negocios.

La violencia en Colombia se concentró en ciudades como Medellín, en la década de 1980. Varios factores hicieron florecer las bandas de sicarios, los jóvenes que ganan su vida –a veces por grandes sumas de dinero– arrendando sus servicios para robar o para matar. Hijos de una generación de familias divididas, a veces diezmadas por la violencia política, obligadas a huir del campo a la ciudad, a la cual llegaban sin saber de qué vivir, no les costó mucho decidirse a tomar ese estilo de vida. El dinero ofrecido por los narcotraficantes, que los contrataban a menudo, reforzó su existencia. Los hechos violentos, los asesinatos en pleno día, comenzaron a alcanzar un límite inaguantable hacia 1985. Ante la inacción de los poderes públicos, los vecinos de ciertos barrios se organizaron para hacer justicia por sí mismos, en grupos de hombres armados que actuaban encapuchados. En la organización participaban comerciantes, a veces policías que actuaban fuera de su servicio, ex guerrilleros. Los sicarios eran juzgados según la

---

88 Del Pozo, José: *Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular.* Santiago, Eds. Documentas, 1992, p. 212.

gravedad de sus crímenes. Los revendedores de droga recibían primero una advertencia; si no la seguían, los milicianos lanzaban una granada cerca de su domicilio, y si persistía en su actitud, el castigo siguiente era la muerte. Entre 1986 y 1987 varios barrios de Medellín fueron así "limpiados", trayendo la calma a la vida cotidiana. Esto no solucionó sin embargo el problema de la droga y de los secuestros, que continuaron existiendo en el país.

5.4. La vida política: Una era de grandes tensiones

Tendencias generales

Si en las etapas anteriores los progresos en materia de democracia política habían sido escasos, el período de 1960 a 1989 constituyó un abierto retroceso. En efecto, no solo en la mayoría de los países hubo largos períodos dominados por dictaduras, sino que además, estas tuvieron un carácter bastante distinto al de las experiencias autoritarias que se han visto en los capítulos precedentes, con métodos mucho más brutales, y con efectos de más larga duración. Esta situación se dio incluso en aquellos países donde la democratización del antiguo régimen oligárquico había logrado dar pasos importantes, como en Chile y Uruguay.

Esta radicalización se dio por dos motivos principales. El más evidente fue el impacto de la revolución cubana, que operó como un acelerador para aquellos partidos y grupos que deseaban una transformación de fondo de la sociedad, pero que al mismo tiempo llevó a las fuerzas opuestas a los cambios a un endurecimiento en sus métodos de resistencia al cambio. La actitud de Estados Unidos jugó un papel fundamental, al apoyar decididamente a las fuerzas que amenazaban con una revolución.

Sin embargo, la lucha antisubversiva no es la única explicación, y en ciertas ocasiones, este argumento fue utilizado más que nada como pretexto para la intervención militar. Ella respondía a las dificultades de la elite para mantener en orden sociedades cada vez más complejas, donde los actores sociales y políticos eran más diversificados y cuyas demandas eran mayores, y de enfrentar los problemas económicos derivados del estancamiento en que se encontraba el "desarrollo hacia adentro". En ese contexto, los golpes militares no fueron simplemente una acción ordenada por la elite, sino también una decisión de un cuerpo social que disponía de una cierta autonomía, y que se consideraba el único capaz de imponer orden y guiar al país hacia el crecimiento. La ausencia, en varios países, de un liderazgo ideológico claro de parte de los partidos de la derecha[89], constituye otro factor

[89] Por ejemplo, en Argentina, desde la victoria de Perón en 1946, la derecha nunca ha sido capaz de tener una presencia importante en las elecciones, debiendo apoyar al radicalismo (y a veces al mismo peronismo) como alternativa. En Brasil nunca ha habido partidos políticos bien organizados a nivel nacional. En Bolivia, desde la revolución de 1952 tampoco ha habido una derecha política estructurada. Solo en Chile la derecha tenía y sigue teniendo una presencia ideológica y partidaria consistente. Colombia podría constituir un

(Continúa en la página siguiente)

importante: incapaces de dirigir o al menos de mantener un control suficiente, las elites debían recurrir (o apoyar) cada vez con más frecuencia a la intervención militar.

La tendencia revolucionaria fracasó en la mayoría de los casos, salvo en Nicaragua y hasta cierto punto en El Salvador. En todos los demás países, triunfaron los militares, quienes decidieron instalar regímenes autoritarios que alcanzaron un grado de represión nunca visto hasta entonces. Solo en dos casos se puede hablar de dictablandas, regímenes militares de baja intensidad, como fue el caso de Perú y de Ecuador. La violencia, ya sea por obra de la represión contra la oposición civil, o como resultado de de las guerras revolucionarias en América Central, de la guerra de Sendero Luminoso y otros grupos armados en Perú y finalmente, de la guerra civil no declarada en Colombia, causó un elevado número de víctimas, que sumaron miles de personas. El cuadro 24 entrega cifras sobre la macabra herencia de estos años, que incluyen procesos iniciados un poco antes del período aquí estudiado.

Así, en poco más de cuarenta años, más de medio millón[90] de personas perdieron la vida en América Latina por razones políticas. Pero la cifra no solo es importante en sí, sino porque una gran cantidad de las víctimas lo fueron por obra del terrorismo de Estado contra civiles, no como resultado del enfrentamiento de grupos armados contra el poder ni por obra de guerras civiles[91]. Nació en esta época la dramática expresión *detenidos-desaparecidos* para designar a aquellas personas de quienes no se tenía más noticias, pero que se sabía que habían sido víctimas de agentes del poder. La información sobre el destino de la gran mayoría de esas personas ha permanecido sin ser esclarecida aun después del final de las dictaduras. Varias de esas personas desaparecieron como víctimas de una represión

caso semejante al chileno, pero la escasa participación y el desprestigio de las elecciones quita valor a las victorias de liberales y de conservadores.

90 Este balance está lejos de ser completo, ya que a esa cifra deben sumarse las víctimas de las represiones contra manifestaciones de protesta social, como las masacres de mineros en Bolivia, en 1967 o las matanzas de campesinos y sindicalistas en Brasil de los últimos 40 años, que han dejado varios centenares de muertos. También se debe considerar el saldo de las agresiones armadas, apoyadas o efectuadas por Estados Unidos, como la invasión de Bahía Cochinos (1961) que dejó 1.700 muertos o el ataque a Panamá (1989), con 700 víctimas. Si se consideran los conflictos entre Estados, habría que añadir las cifras de la guerra entre Salvador y Honduras (1969), que dejó 2.000 muertos, o el conflicto de las Malvinas (1982), con 1.200 víctimas.

91 Entre las víctimas más conocidas de las diversas dictaduras figuran personas de diversos medios, como líderes sindicales (el chileno Tucapel Jiménez), dirigentes políticos (el brasileño Carlos Marighella, el chileno Bautista Von Schowen, el boliviano Marcelo Quiroga), periodistas (el brasileño Vladimir Herzog), religiosos (los obispo Angelelli, de Argentina, y Romero, de El Salvador). No faltaron los crímenes cometidos en el exterior, como el ex ministro del gobierno de Allende, Orlando Letelier, asesinado en Washington, el senador uruguayo Zelmar Michelini o el ex presidente de Bolivia, el general Juan José Torres, ambos asesinados en Argentina. Además hubo un sinnúmero de matanzas colectivas, sobre todo en Centroamérica. Los grupos de guerrilla también mataron a algunos personajes, luego de haberlos secuestrado, como el general argentino Pedro Aramburu, o Dan Mitrione, experto norteamericano en represión, enviado a Uruguay por la CIA, además de cometer asesinatos para decidir ciertas luchas internas, como los de Roque Dalton y Cayetano Carpio en El Salvador.

organizada en conjunto por varias dictaduras, en la llamada "Operación Cóndor", de la segunda mitad de la década de 1970.

Cuadro 24

Víctimas* de violencia política (dictaduras y guerras internas), 1953-2000

País	Período	Nº de víctimas
Argentina	1976-1983	30 000
Bolivia	1971-1982	1 300
Brasil	1964-1985	300
Chile	1973-1989	3 100
Colombia	1964-2001	150 000
Cuba	1953-1959	3 000
El Salvador	1979-1992	50 000
Guatemala	1961-1996	150 000
Haití	1957-1986	50 000
México	1970-1980	1 000
Nicaragua	1975-1979	50 000
Nicaragua	1981-1990	50 000
Paraguay	1954-1989	3 000
Perú	1980-1995	20 000
Rep.Dominicana	1965	5 000
Uruguay	1973-1984	300
*: muertos y detenidos-desaparecidos		
TOTAL:		567 000

FUENTES: diversas organizaciones de derechos humanos e informes oficiales.

No todos los países fueron dominados por dictaduras, y en otros casos, los regímenes de fuerza alternaron con períodos en los que se desarrolló una vida política que permitió el ejercicio del sufragio universal no solo para hombres y mujeres, sino también para los analfabetos. Así, en aquellos países o en aquellos momentos en que había elecciones, el grado de participación fue bastante elevado. El problema es que repentinamente, la consulta a los electores quedaba suspendida o se ejercía en condiciones inaceptables. Además, en países como Guatemala y Paraguay, una sola elección fue digna de ese nombre, la de 1985 en el primero de esos países y la de 1989 en el segundo, ambas tras una larga época de dictadura. El cuadro 25 ilustra el conjunto de la situación.

Si se compara el cuadro 25 con otros semejantes de los capítulos anteriores, destaca el hecho que los golpes de Estado fueron mucho menos numerosos, pero en cambio sus efectos fueron más duraderos, ya que dieron lugar a dictaduras de larga duración, como en Brasil y Chile, que duraron 21 y 16 años, respectivamente. En lo que se refiere a la existencia de gobiernos elegidos, comparando con la época anterior, se observó un claro retroceso en países del Cono Sur, como Argentina, Chile y Uruguay. Venezuela y República Dominicana mostraron progresos, mientras que Costa Rica mantenía una remarcable continuidad en su democracia. Brasil, Haití y la mayoría de los países centroamericanos, así como Bolivia, volvieron a ser dominados por dictaduras.

Cuadro 25

Participación electoral y tipos de gobierno, 1960-1989

País	Partic. electoral			Tipos de gobierno		
	Mín.	Máx.	N. de gobs.	Elegidos	De fuerza o provisorios	Derribados o renunciados
Argentina	43,0	54,0	12	5	7	5
Bolivia	24,0	35,1	10	4	6	3
Brasil#	18,1	47,6	8	3	5	2
Chile	29,6	55,8	4	3	1	1
Colombia	14,2	25,2	8	8	0	0
Costa Rica	29,2	46,6	8	8	0	0
Ecuador	15,1	32,0	8	6	2	3
El Salvador#	15,2	54,2	10	6	4	4
Guatemala#	12,0	24,1	10	6	4	3
Honduras#	36,3	36,5	10	5	5	4
México#	22,8	32,2	7	7	0	0
Nicaragua#	29,3	37,0	9	5	4	1
Panamá#	22,8	30,6	10	6	4	2
Perú	17,8	39,4	7	4	3	4
Rep. Dominicana	22,3	35,1	13	7	6	4
Uruguay	38,9	64,5	7	6	1	1
Venezuela	38,2	41,1	7	7	0	0

#: en la mayoría de los casos, las elecciones se hicieron en condiciones muy limitadas. Haití y Paraguay no fueron considerados en este cuadro por constituir casos extremos en ese aspecto, ni tampoco Cuba, cuyo sistema político no puede asimilarse a los demás.

FUENTE: *Statistical Abstract of Latin America*, vol.25 ,1987, op.cit., y diversos sitios web.

Desde comienzos de la década de 1980, comenzó un proceso de declinación de las dictaduras, que llegó a un punto culminante en 1989, cuando los regímenes de Stroessner en Paraguay y el de Pinochet en Chile cedieron el poder. Los factores que incidieron en ese proceso variaron mucho de un país al otro. Todos tuvieron algo en común: si se exceptúa en cierto modo la Argentina, ninguna de las dictaduras cayó en forma brusca, ya que en todos los casos los miltares, aun entregando el poder, se las arreglaron para hacerlo en forma de no salir perjudicados ante las autoridades civiles. De hecho, en varios países los militares mantendrían una cierta forma de poder, y muy pocos debieron responder ante la justicia por los crímenes cometidos. Al finalizar 1989, quedaban situaciones ambiguas, como las de Haití y México, mientras que Cuba mantenía el régimen de partido único, que lo distanciaba de todo el proceso político del resto del subcontinente.

Análisis de casos nacionales

a) Los países que lograron mantener el estado de derecho: Costa Rica y Venezuela

De estos dos países, Costa Rica fue el que ofreció las condiciones más democráticas a su población. Todos los jefes de Estado fueron elegidos y cumplieron íntegramente sus respectivos mandatos, y la participación electoral aumentó progresivamente, pasando de 29,2% en 1962 a 46,6 en 1986, en alza constante. Aunque la vida política fue dominada por el Partido Liberación Nacional (PLN), creado por Figueres luego de la guerra civil de 1948, que ganó cinco de las ocho elecciones celebradas en el período, hubo pluralidad de expresiones, lo que se completó en 1970 cuando el Partido Comunista, hasta entonces ilegal, pudo participar en las elecciones bajo la denominación de Partido Acción Socialista. En esa oportunidad, Figueres fue elegido por segunda vez presidente de la república. Bajo su mandato se creó una nueva agencia gubernamental, IMAS (Instituto Mixto de Ayuda Social), que aumentó en forma substancial el porcentaje de la población protegida por la seguridad social, el que pasó de 46% de la población en 1970 a 85% en 1978. Además, se crearon cuatro nuevas universidades, lo que expandió las oportunidades de educación superior. El país logró mantenerse al margen de los conflictos centroamericanos, pese a la ayuda proporcionada a los rebeldes sandinistas durante la revolución nicaraguense. En 1987, el presidente Oscar Arias elaboró un plan para terminar con las guerras en la región, por lo cual ganó el Premio Nobel de la Paz.

No todo fue positivo para el pequeño país, sin embargo. Costa Rica fue afectada por la crisis de los años 1980 y hubo algunos escándalos graves que afectaron a sus gobernantes, en especial por la ayuda brindada al financista estadounidense Robert Vesco, acusado de lavado de dinero, quien fue protegido por Figueres. En 1965, Costa Rica apoyó activamente la ocupación militar de República Dominicana por Estados Unidos, enviando un contingente de su Guardia Nacional a Santo Domingo, lo cual puso en evidencia la extrema dependencia del país respecto a Washington.

Venezuela mantuvo una vida política bastante estable desde 1958, cuando Rómulo Betancourt, el líder de Acción democrática (AD) fue elegido presidente, tras la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Los comienzos de la era democrática fueron difíciles. El nuevo presidente debió afrontar la hostilidad del dictador de la República Dominicana, Trujillo, quien intentó hacerlo asesinar como represalia a la campaña que Venezuela dirigía en su contra en los medios diplomáticos. Hubo además una importante actividad guerrillera, en parte apoyada por Cuba, que tuvo su principal líder en Douglas Bravo, y dos tentativas de rebelión militar, inspiradas por la izquierda. Pero Betancourt logró esquivar los obstáculos y se afianzó en el poder. Un programa de reforma agraria, aunque modesto, acrecentó su apoyo electoral. Consiguió además la colaboración del otro partido importante, el COPEI, versión venezolana de la Democracia Cristiana, sobre la base de asegurar la estabilidad institucional del país. Uno de los mecanismos para asegurar ese objetivo fue el de consolidar el control civil sobre el ejército. Desde entonces ambas formaciones se han alternado en el poder. En la elección de 1973, ganada por Carlos Andrés Pérez, de la AD, este partido y COPEI obtuvieron 85% del total de los votos, y el 90% en la de 1978, dejando apenas un 10% para los candidatos de una izquierda que no conseguía afirmarse.

En 1975, Pérez procedió a nacionalizar la principal riqueza del país, el petróleo. El momento era crucial, ya que con el alza de los precios internacionales luego del shock petrolero de 1973, el país podía aumentar enormemente sus ganancias. Este hecho histórico se efectuó sin entrar en conflicto con las compañías extranjeras que explotaban esta riqueza, ya que Venezuela pagó una indemnización adecuada y firmó contratos con esas mismas empresas para que prestaran asistencia técnica a la corporación de Estado encargada de administrar el petróleo. Además, el gobierno de Pérez nacionalizó también el hierro. El país pareció entrar en una era dorada. El gasto público en educación, cultura y obras sociales se multiplicó y miles de estudiantes recibieron becas. Venezuela lograba finalmente "sembrar el petróleo", como lo había pedido el célebre escritor Arturo Uslar Pietri. Caracas desarrolló además una política exterior original, reanudando relaciones con Cuba en 1974, apoyando más tarde a Argentina en su conflicto con Gran Bretaña por las Malvinas, y participando en el movimiento tercermundista. Venezuela acogió también varios miles de exiliados chilenos, argentinos, uruguayos, y un flujo cada vez más importante de colombianos, que huían de la pobreza y la violencia.

Este panorama auspicioso se desdibujó desde fines del gobierno de Pérez. Comenzaron a aflorar múltiples acusaciones de corrupción en las numerosas agencias públicas, pero muy pocos casos fueron llevados ante la justicia. Persistían además importantes desigualdades sociales. Venezuela fue afectada además por la crisis de toda la región, y el gobierno tomó medidas de austeridad, que afectaron duramente a los sectores de más bajos ingresos. En febrero de 1989, cuando Pérez acababa de ser elegido por segunda vez a la presidencia, hubo una demostración de descontento por la situación social que fue reprimida brutalmente por la policía, con un saldo de 300 muertos. El país terminaba muy mal este período, pese a los importantes logros acumulados.

b) Las democracias aparentes: Colombia, Perú (desde 1980), México y República Dominicana

En estos cuatro países, los gobiernos se sucedieron a través de procesos electorales, en una situación que en parte, puede compararse a los tres países analizados anteriormente. Sin embargo, en cada uno de ellos hay situaciones que descalifican en gran parte la naturaleza del régimen, en principio, democrático.

En Colombia, dos son los factores principales. Por una parte, desde el Pacto de 1957, los partidos Liberal y Conservador acapararon el poder, alternándose en el gobierno, lo que se prolongó hasta 1974. Esto impedía la victoria de terceras fuerzas. En la elección de 1970, la ANAPO (Alianza Nacional Popular), partido fundado por el ex dictador Rojas Pinilla, obtuvo una alta votación y quizás ganó, pero el conteo de los votos favoreció una vez más al candidato de los partidos oficiales. El resultado de esta situación fue el de provocar una abstención muy elevada en las elecciones posteriores, que a menudo ha sobrepasado el 50%. En ese sentido, Colombia seguía siendo un país oligárquico.

El segundo factor, sin duda el principal, fue el de la reemergencia de la violencia política, a partir de 1964, cuando diversos grupos de guerrilla entraron en acción. Dos de ellos eran de inspiración izquierdista, ya fuese por influencia prosoviética (FARC), o cubana (ELN); un tercero, aparecido más tardíamente, era el M-19, surgido por la frustración de la derrota electoral de ANAPO en 1970, y que se diferenciaba claramente de las anteriores, ya que no era marxista ni buscaba tomar el poder, sino protestar contra el bloqueo político en Colombia. Las FARC y ELN eran, en parte, la continuación de la experiencia de la época de 1948-1957, y se nutrían de la frustración de una parte de la sociedad ante una situación política bloqueada, y también, evidentemente, de la influencia castrista. La guerrilla cobró una fuerza creciente desde los años 1980, convirtiéndose en dueña de una parte del territorio del país, situación que contrastaba con las derrotas experimentadas por otros grupos armados semejantes en los países vecinos, entre 1960 y 1970. Por otra parte, los grupos asociados al comercio de la droga adquirieron tal poderío que se transformaron también en una fuerza autónoma en el país. Los nombres de los jefes del narcotráfico, como Pablo Escobar y Jorge Luis Ochoa se hicieron familiares en todo el país. Así, el Estado fue perdiendo más y más la capacidad de controlar su propio territorio, y la violencia se transformó en un elemento más de la vida cotidiana. Entre los episodios más espectaculares de esa situación figura el asalto al Palacio de Justicia en Bogotá, en noviembre de 1985, cuando el ejército atacó el edificio para liberar a 11 jueces que habían sido tomados como rehenes por la guerrilla del M-19, acción que terminó con la muerte de todos los rehenes y de docenas de personas del comando guerrillero. A fines de la década, se calculaba que la violencia iniciada a mediados de los años 60 había hecho más de 100.000 víctimas. En esas condiciones, la democracia colombiana no podía tener una existencia real.

Perú, en los años 1980 se encontró en una situación semejante. Luego que los militares entregaron el poder a los civiles, el país fue gobernado sucesivamente por Fernando Belaúnde

Terry y por Alan García. Con este último, el APRA llegaba por primera vez al poder, en 1985. En esa elección, la IU (Izquierda Unida) se transformó en la segunda fuerza política del país. Pero este proceso auspicioso, que parecía abrir las puertas a una democracia con varios partidos, como el Chile anterior a 1973, entró en crisis ante la aparición de dos grupos guerrilleros, el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA) y Sendero Luminoso. Fue este último el que tuvo mayor impacto. Dirigido por un profesor de filosofía, Abimael Guzmán, comenzó sus acciones armadas en 1980. Rápidamente, se impuso en las áreas rurales del sur del país, y posteriormente comenzó a amenazar las ciudades. La eficacia de sus métodos, basados en el empleo de una violencia sin paralelo, que buscaba "destruir el Estado", provocó una respuesta brutal de parte del gobierno, que confió amplios poderes al ejército. A fines de la década, la confrontación entre la guerrilla y el ejército había hecho al menos 13.000 muertos, muchos de ellos civiles, que sufrían la represión tanto de los senderistas como de los militares. A esta situación se añadió la crisis económica en que cayó el país, agravada por las medidas excesivamente audaces del gobierno de García, como la amenaza de nacionalización de los bancos (lo que no se concretó) en 1987. Perú terminaba la década sumido en un profundo caos.

En México, se mantuvo el sistema político basado en el empleo masivo del fraude, a fin de asegurar el monopolio del poder por parte del PRI. Esta situación generó movimientos de protesta que a veces eran reprimidos sin miramientos, como la matanza en Plaza Tlaltelolco, en octubre de 1968, en vísperas de los Juegos Olímpicos que debían desarrollarse en Ciudad de México. Este sangriento episodio, que dejó al menos 300 muertos, fue el saldo del ataque del ejército contra un movimiento organizado por los estudiantes, quienes criticaban los métodos violentos de la policía. Esta acción no tuvo sin embargo mayores resultados políticos, ya que la protesta quedó confinada meramente al sector estudiantil. Hubo sin embargo algunos grupos armados, como la guerrilla en el estado de Guerrero, que fue bastante activa entre 1967 y 1974, y la "Liga 23 de septiembre", creada en 1973 en Guadalajara, pero que perdió intensidad a fines de la década. Fortalecido por la riqueza petrolera, que dio nuevo impulso a la economía después de la devaluación del peso en 1976, el PRI parecía invencible. Pero en los años 1980 comenzó sin embargo un proceso de disgregación del partido de gobierno, cuando un sector liderado por Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del legendario presidente de los años 1930, abandonó el partido, para fundar el Partido Revolucionario Democrático. La crisis de la economía, provocada por el excesivo endeudamiento, debilitó más el sistema. El nuevo partido tomó gran amplitud, y en la elección presidencial de 1988, Cárdenas, a la cabeza de una coalición de partidos, pareció haber triunfado. Pero una vez más la maquinaria del PRI manipuló los resultados para favorecer al candidato oficial, Carlos Salinas. El resultado oficial dio la victoria al PRI por el margen más estrecho desde los años 1930: 50,31% para Salinas contra 31,12% para Cárdenas. La democracia mexicana seguía siendo de fachada, y el país seguía dominado por la oligarquía construida alrededor del partido de gobierno.

La República Dominicana no pudo superar cabalmente la herencia de la dictadura de Trujillo. En mayo de 1961, a través de la acción de un grupo de opositores, el "Benefactor" fue asesinado, lo que puso un término a una dictadura de treinta años, ante la aprobación de la OEA y de Estados Unidos. Pero el país no se convirtió a la democracia de la noche a la mañana. Hubo un período de seis meses durante los cuales el hijo mayor del dictador, "Ranfis", dirigió una represión brutal, torturando y matando a la mayoría de los participantes en el tiranicidio antes de irse a vivir fuera del país con toda su familia. En 1962 hubo elecciones, que fueron ganadas por Juan Bosch, escritor y político, jefe del partido opositor a la dictadura, el PRD (Partido Revolucionario Dominicano), pero su gobierno fue breve. Acusado de simpatías con Cuba, el presidente fue derrocado por el ejército en septiembre de 1963. Tras eso, hubo un período confuso, donde los militares se disputaron el poder, lucha que culminó con una guerra civil en abril de 1965, que provocó alrededor de 5.000 muertos. Estados Unidos decidió entonces una intervención militar, bajo el pretexto de "salvar vidas y evitar que el país caiga en el comunismo". La ocupación se prolongó hasta 1966, cuando hubo de nuevo elecciones, que dieron el triunfo a un conocido colaborador de Trujillo, Joaquín Balaguer, quien pasó a dominar la escena política, siendo elegido cuatro veces presidente, tres de ellas en forma consecutiva (1966, 1970, 1974 y 1986). Uno de los factores que explican sus victorias era el apoyo que le brindaba el ejército, donde los ex partidarios de Trujillo aún eran numerosos. Además, varias de esas elecciones fueron acompañadas de asesinatos políticos. En 1978 y 1982 el poder pasó sin embargo al PRD, con las victorias de Antonio Guzmán y la de Salvador Jorge Blanco, con lo cual el país pareció entrar en una era más democrática. Blanco consiguió reformar el ejército, haciéndolo más profesional, lo que dio mayor transparencia a las elecciones. Pero el país sufrió los efectos de la crisis económica; en 1984 una manifestación de protesta contra el encarecimiento de la vida fue reprimida con un costo de 80 muertos y decenas de heridos. Esto favoreció el retorno al poder de Balaguer, triunfador de la elección de 1986.

c) Las dictaduras del Cono Sur, 1: de la amenaza revolucionaria a la dictadura. El caso chileno

Las dictaduras de esta región pueden ser analizadas en un mismo grupo, ya que ellas tuvieron lugar en sociedades comparables, relativamente industrializadas. Sin embargo, el caso chileno posee características específicas, que exigen un tratamiento separado. Desde comienzos de la década de 1960, el país estaba en una fase progresiva de radicalización de las opciones políticas dirigidas por la Democracia Cristiana y la alianza de la izquierda (socialistas y comunistas), que postulaban un cambio de la sociedad. Esta situación no se explica tanto por la situación económica, que sin ser floreciente no era mala, sino más bien por la acumulación de frustraciones ante un desarrollo que no iba a la par con las aspiraciones de muchos sectores. En 1964 triunfó el candidato de la DC, Eduardo Frei, recibiendo los votos de la derecha, que preferían su victoria como mal menor, ante la

posibilidad de un triunfo de la izquierda. Durante su gobierno se realizó la reforma agraria y el cobre fue parcialmente nacionalizado, al comprar el Estado chileno el 51% de las acciones de las compañías estadounidenses. La efervescencia se hizo sentir también en las aulas universitarias, donde en 1967 se impuso un movimiento reformista, que dio a los estudiantes el derecho a votar para la elección de rector. Al mismo tiempo, Frei trató de atraer a inversionistas extranjeros, y buscó apoyo en la Alianza para el progreso. Todo esto no bastó para congraciarlo con los que, a la derecha, no le perdonaban haber atentado contra el derecho de propiedad, al hacer la reforma agraria, y pareció poco a aquellos que deseaban ir más lejos. El resultado fue la victoria de Salvador Allende, el cual, a la cabeza de una alianza de diversos partidos de izquierda (socialista, comunista, radical, disidentes de la DC) ganó la elección presidencial de 1970.

Los tres años de la Unidad Popular (1970-1973) constituyeron tal vez la experiencia política más compleja de la historia latinoamericana. Sin disponer de mayoría en el congreso y habiendo ganado por mayoría relativa, de solo 36,5% de los votos[92], Allende se lanzó a un ambicioso plan de transformaciones económicas que buscaban iniciar el "camino hacia el socialismo". El plan incluía, además de acelerar la reforma agraria ya iniciada anteriormente, la nacionalización de las industrias estimadas estratégicas, del cobre y de los bancos. Este proceso se hizo, salvo en el caso del cobre, sin la aprobación del poder legislativo, empleando en cambio los llamados "resquicios legales" que la Constitución permitía. Pese a la furiosa crítica de que fue objeto por parte de la oposición, la libertad de prensa, de expresión y la existencia de un gran número de diarios y radios adversos al gobierno fueron rigurosamente respetadas. De este modo, Allende cumplía su promesa de mantener las instituciones chilenas y de abrir el camino a la nueva sociedad, no a través del modelo cubano o soviético, sino siguiendo un camino propio "con empanadas y vino tinto", como le gustaba decir. Pero conciliar la amplitud de esas medidas, que atentaban contra gran parte del poder de la clase empresarial y del capital extranjero, con un ambiente pacífico y apegado a las normas institucionales, era buscar la cuadratura del círculo. La oposición, al comienzo sorprendida, reaccionó y organizó una campaña de desestabilización económica, en la cual cooperaban el bloqueo financiero de Estados Unidos y algunas de las medidas del gobierno, como el aumento desmedido del dinero en circulación; desde 1972, la inflación se desató y escasearon los bienes esenciales, lo que preparó el camino al golpe militar, que en septiembre de 1973 puso un término a la experiencia socialista chilena. La dictadura que se instalaba respondía entonces a una clara amenaza revolucionaria, ya que por más

---

92 El parlamento se renovaba en una fecha distinta a la de la presidencia, por lo cual cada nuevo mandatario heredaba un congreso elegido en otro contexto. Si ningún candidato alcanzaba el 50% o más de los votos, la Constitución no contemplaba una segunda vuelta electoral, dejando al congreso la tarea de elegir entre las dos primeras mayorías relativas. Después de un período de suspenso, el partido democratacristiano, que decidía la votación del congreso optó por confirmar la victoria de Allende, luego que este hubo prometido que bajo su gobierno, las libertades fundamentales serían respetadas.

que esta se efectuara sin recurrir a las armas, su acción amenazaba los fundamentos del sistema económico y social chileno.

d) Las dictaduras del Cono Sur, 2. La dictadura como salida a una crisis de hegemonía: Brasil, Uruguay y Argentina

En estos tres países se implantaron regímenes dictatoriales que, aparentemente, se justificaban por la necesidad de defender el país contra la subversión, como en Chile. Sin embargo, esta afirmación tiene, como veremos, una validez relativa.

Brasil fue el país donde se dio el primer caso, con el golpe militar de 1964. Tras la renuncia de Janio Quadros a la presidencia en 1960, el gobierno pasó a las manos del vicepresidente, Joao Goulart, conocido como "Jango". Educado en la escuela populista de Vargas, el nuevo mandatario esbozó una tendencia hacia la izquierda, prometiendo una reforma agraria. Su cuñado, el senador Leonel Brizola, tenía lazos con varios partidos y movimientos de izquierda, los que a comienzos de esa década, bajo el impulso de la revolución cubana, parecían estar en efervescencia. Las ligas campesinas, surgidas en los años 1950, redoblaron sus actividades. Además, dentro de las Fuerzas Armadas se formó un movimiento de los suboficiales y clases, los sargentos del ejército, que aspiraba a obtener mayores derechos, entre ellos el de asociación. El apoyo que Goulart dio a este último movimiento fue un factor decisivo para que los militares derribaran su gobierno, el 1 de abril de 1964.

Sin embargo, el golpe no puede ser visto simplemente como una acción contrarrevolucionaria. Goulart no era un líder de izquierda, y en ningún momento mostró tendencias a crear un movimiento de masas en su favor. No existían en el país grupos armados susceptibles de constituir una amenaza seria, como las guerrillas en Centroamérica. El golpe de 1964 puede ser visto más bien como una acción preventiva, destinada a impedir un posible movimiento revolucionario, pero fue también –y sobre todo– la obra de un ejército habituado a intervenir en la vida política, que asumía un liderazgo[93] que, según los militares, hacía falta en el país para enfrentar los problemas económicos, la inflación (que sería de 91% en 1964) y el bajo crecimiento.

En Uruguay, el factor principal que llevó a la crisis de un país hasta entonces muy estable, fue el deterioro de la economía, que desde mediados de los años 1950, ante la baja de los precios de los principales productos de exportación, fue cada vez menos capaz de responder

---

93 Desde 1949 existía en Brasil la Escuela superior de guerra (ESG), donde se daban cursos (tanto para militares como para civiles) sobre los problemas del desarrollo nacional. En ella estudiaron todos los militares que dirigirían más tarde le país durante la dictadura. Ese grupo tenía una fuerte mentalidad anticomunista, como lo expresó el general Golbery de Couto e Silva, conocido por sus escritos acerca de las amenazas contra la "seguridad nacional", lo que creó una corriente de pensamiento en toda Sudamérica. Pero además había ideas sobre el desarrollo económico y social, que diferían tanto de la izquierda como de la empresa privada.

a las demandas de la población para controlar la inflación. Pero contrariamente a Chile, no había una fuerza política suficientemente fuerte para proponer un cambio en la orientación del país. Colorados y blancos seguían siendo los partidos que enmarcaban al 80% o más de los uruguayos. Cierto es que a comienzos de 1971, en parte por influencia de lo que ocurría en Chile, por primera vez en la historia del país se asistió a la emergencia de una coalición de izquierda, el "Frente Amplio", que pareció convertirse en una nueva alternativa, al obtener 18% de los votos en la elección de noviembre de ese año. Pero en sí, esa fuerza no era el factor que podía destabilizar el país. Mucho más importante fue la aparición de un grupo armado, los Tupamaros, que desde 1968 realizó acciones espectaculares, en medio urbano, como el asalto de bancos y secuestros de personajes adinerados y representantes de países como Estados Unidos. En un comienzo evitaron la confrontación armada directa con los militares, pero en 1972 se lanzaron a una ofensiva que fracasó; a comienzos de 1973, la guerrilla estaba vencida y la amenaza revolucionaria, frenada. Pero en lugar de que se afirmara la estabilidad del país, ocurrió lo contrario. Con el acuerdo del presidente José María Bordaberry, del Partido Colorado, las Fuerzas Armadas (que no tenían tradiciones golpistas) pasaron a dirigir el país, instaurando sino de hecho, de derecho, la dictadura. Esto no se explica sin la colaboración de una parte de los partidos políticos tradicionales, que cooperaron con los militares, haciedo caso omiso de las tradiciones institucionales del país. Como en Brasil, la dictadura debe ser vista entonces como una salida para la crisis del sistema político, y no como solución ante una amenaza revolucionaria.

Argentina es un caso más complejo. El país vivía una crisis casi permanente desde la caída de Perón, ya que los militares habían fracasado en su objetivo central, que era el de borrar del mapa político del país la influencia del líder derribado en 1955. Después de esa fecha, los militares habían aceptado las elecciones, pero sin permitir que en ella participaran los peronistas. Ninguno de los presidentes elegidos (Frondizi, en 1958 e Illía, en 1963) pudo completar su mandato, ya que los militares volvieron a intervenir. Pese a ello, hubo grandes estallidos sociales, como protesta por una situación económica que se degradaba, y donde la inflación era un fenómeno recurrente. En 1969, en Córdoba, estalló una gran huelga, que derivó pronto en una manifestación masiva contra el régimen militar, conocida como el "cordobazo". En 1971, el general Alejandro Lanusse decidió hacer las paces con el peronismo, aceptando el retorno del líder, exiliado en España. Ello ocurrió en junio de 1973, cuando Perón efectuó su histórico regreso, tras 18 años de ausencia. Ganador por tercera vez de la elección presidencial, solo pudo gobernar hasta julio del año siguiente, cuando falleció, siendo reemplazado por su viuda, María Estela Martínez, "Isabelita". La tarea no era fácil para una mujer desprovista de experiencia política y que se encontraba a la cabeza de un país donde los elementos centrífugos eran numerosos. A una situación económica poco prometedora, donde la inflación había llegado al 183% en 1975, y en medio de grandes huelgas, se añadía la radicalización de muchos militantes, algunos de ellos peronistas, que habían formado grupos armados. Uno de ellos,

el llamado "Montoneros" había secuestrado, en 1970, al general Pedro Aramburu, uno de los jefes del levantamiento militar de 1955, asesinándolo por considerarlo responsable de la muerte de muchos peronistas. A nadie extrañó que en marzo de 1976 un nuevo golpe, dirigido por el general Jorge Videla, derrocara a "Isabelita" e instaurara de nuevo la dictadura, que esta vez se prolongaría hasta 1983. En ese sentido, el golpe puede ser considerado como preventivo a fin de enfrentar una situación peligrosa, potencialmente revolucionaria; pero además, como en Brasil, puede ser visto como la prolongación de una actitud intervencionista de los militares, que venía desde mucho antes, motivada tanto por razones de imponer orden político como la de enfrentar una situación económica que, para las elites, no podía resolverse en democracia.

e) Las dictaduras del Cono Sur, 3: la obra de las dictaduras y la lucha por la democracia

Una vez en el poder, las cuatro dictaduras tuvieron comportamientos donde aparecen rasgos comunes pero también algunas diferencias importantes. Si bien todas ejercieron la represión, que incluía el asesinato, el uso de la tortura, los arrestos masivos, la supresión de la libertad de expresión y otras medidas semejantes, el balance fue desigual en cuanto a las víctimas, como se habrá observado en el cuadro 24. La elevada cifra de muertes en Argentina se explica en buena medida porque hubo una importante resistencia armada, lo que daba argumentos a la dictadura para hablar de una "guerra interna". Tal afirmación no tenía mayor sustento en los otros países, donde la lucha armada contra la dictadura fue episódica. En los cuatro casos, en cambio, la represión provocó la salida de miles de personas, que constituyeron un éxodo sin precedentes. Proporcionalmente, fue Uruguay el país más afectado, ya que se calcula que casi el 10% de la población salió al exterior durante la dictadura.

Institucionalmente, las cuatro dictaduras buscaron eliminar o disminuir a los partidos políticos, pero sin llegar a crear un partido nuevo para enmarcar a la población, ni a desarrollar un discurso ideológico para justificar el régimen, que se presentaba más bien como dirigido por "técnicos"[94]. En ese sentido, no es posible hablar de un "fascismo" sudamericano. Además, en el caso uruguayo, ya se ha visto que los militares colaboraron con ciertos sectores de blancos y colorados, y en Brasil, el régimen aceptó la realización de elecciones parlamentarias, incluyendo la existencia de un partido de oposición, el Movimiento Democrático Brasileño (MDB), que tenía derecho a ganar un cupo determinado de cargos en el poder legislativo. Otra característica del caso brasileño, fue que el sistema de poder funcionó en base a una

[94] Son dos de los elementos del Estado "burocrático-autoritario", idenficadas por el sociólogo argentino Guillermo O'Donnell, quien ideó este concepto para caracterizar a las dictaduras del Cono Sur, y que según él, se podía emplear también para los casos de México, España y Grecia. Otros elementos claves del Estado "burocrático-autoritario" eran la exclusión de las demandas populares y la creación de una economía que busca profundizar la industrialización, pero con el aporte de las multinacionales, dejando atrás el proteccionismo de la etapa anterior.

rotación de militares, que gobernaban por períodos de cuatro años. En cambio en Chile, el poder se centró desde temprano en la persona del general Augusto Pinochet, quien se hizo nombrar presidente de la República por las Fuerzas Armadas.

En política económica, (cuyos rasgos generales se vieron anteriormente,en la sección sobre economía y sobre los empresarios) las dictaduras en Uruguay y en Chile tendieron a privatizar las empresas que habían pertenecido al Estado y a buscar el equilibrio fiscal por medio de ajustes salariales. Este proceso adquirió relieves destacados en Chile, donde es lícito hablar no de una simple contrarrevolución, en el sentido de volver a la situación anterior al golpe, sino de una transformación profunda del sistema capitalista. En cambio, los militares brasileños mantuvieron e incluso reforzaron a las empresas del Estado, llegando a hacerse acusar de "estatistas" por los empresarios privados, mientras que Argentina hizo una política a medio camino entre el liberalismo a ultranza de Chile y el modelo brasileño. Como se ha visto anteriormente, los cuatro países cayeron en la política de endeudamiento exterior.

La transición hacia la democracia, favorecida por presiones externas, incluso las de Estados Unidos, que desde fines de los años 1970 cambió su política hacia las dictaduras, se operó también en forma diferente. Argentina fue el único caso donde los militares debieron abandonar el poder en malas condiciones, debido a la derrota ante Inglaterra por la guerra de las Malvinas de 1982. Esta pérdida de prestigio explica que luego del retorno de los civiles, los principales jefes del régimen (entre ellos el general Videla y el almirante Massera) hayan sido juzgados y condenados a la cárcel por sus acciones, caso único en Latinoamérica. Los argentinos pudieron ir a las urnas en 1983, eligiendo al radical Raúl Alfonsín como presidente, ante la decepción de los peronistas. El nuevo presidente debió en dos ocasiones enfrentar conatos de rebelión de los militares, que temían enfrentar a la justicia, lo que solo calmó con la ley de "obediencia debida" de 1987, que limitaba enormemente el número de oficiales que podían ser acusados. En 1990, el sucesor de Alfonsín, el peronista Carlos Menem, procedería además a amnistiar a los condenados.

En los otros tres casos, los militares se retiraron fijando sus condiciones, y habiendo tomado la precaución de hacer leyes que impedían los procesos en su contra. En Uruguay, la transición comenzó en forma inesperada, cuando a fines de 1980 los militares perdieron un plebiscito que habían organizado para dar una nueva organización política al país. Esto dio lugar a negociaciones con los políticos, hasta llegar a las elecciones de noviembre de 1984. En Brasil, el proceso fue más largo y gradual, aunque pacífico. Desde 1974 hubo la formación de diversos partidos políticos, desde 1978 la elección directa de los gobernadores de Estado, hasta culminar, en 1985, con la elección de un presidente apoyado por la oposición a la dictadura, aunque dentro de un marco restringido, por un colegio de electores. Fue la victoria de Tancredo Neves como presidente y José Sarney como vicepresidente; la muerte repentina del primero haría de Sarney el primer jefe de Estado post-dictadura, aunque no había sido elegido por sufragio universal.

La transición chilena fue la más compleja y costosa en vidas humanas. En 1980 la dictadura impuso una nueva Constitución, a través de un plebiscito que según las autoridades, fue aprobado por el 67% de la población. Favorecido por un breve período de prosperidad económica, el régimen pareció legitimado, pese a las críticas internas y del exterior. Pero una grave crisis de la economía, comenzada en 1982, desató una ola de protestas masivas, que duraron cinco años, durante los cuales los opositores debieron enfrentar una represión que provocó un centenar de muertos y muchos heridos. En 1986 hubo opositores que pensaron que la dictadura podía caer, y el PC organizó un grupo armado que intentó matar a Pinochet. Tras el fracaso del atentado, el grueso de la oposición, dirigida por democratacristianos, socialistas y radicales, se concentró en una salida a través de medios institucionales, lo que se obtuvo a través del plebiscito de octubre de 1988. Esta consulta fue una derrota para Pinochet, quien perdió el derecho de continuar en el poder y abrió el camino a las elecciones de diciembre de 1989, donde el democratacristiano Patricio Aylwin fue elegido presidente. Pero los militares se retiraban habiendo impuesto una serie de leyes que jugarían en su favor e impedirían un cabal regreso a la democracia.

f) una revolución que se desintegra y que cae en la dictadura: Bolivia

La revolución de 1952 había traido la nacionalización de las grandes minas de estaño y la reforma agraria, pero la economía se degradaba y la inflación era galopante. En esas circunstancias, el MNR empezó a perder el control del país. Paz Estenssoro, reelegido presidente en 1960, había comenzado a apoyarse cada vez más en el ejército, especialmente en un joven general, René Barrientos. En agosto de 1964, Paz fue elegido por tercera vez, pero tres meses después Barrientos lo derribó con un golpe militar incruento. El nuevo hombre fuerte permaneció en el poder hasta 1969, empleando a la vez métodos autoritarios y políticas para ganar apoyo popular: rebajó los salarios en las minas, despidió y exilió a dirigentes sindicales, y fue responsable de la matanza de San Juan (el 24 de junio) en la mina Siglo XX, en 1967, donde murieron quizás centenares de obreros mineros. Por otro lado, creó el "pacto militar-campesino" con las milicias rurales de Cochabamba, prometiendo defender las tierras otorgadas por la reforma agraria. En esta negociación, su conocimiento del quechua le fue muy útil. Habiendo eliminado la amenaza guerrillera organizada por Che Guevara, en octubre de 1967, su poder parecía sólido, y legitimado por una elección, en julio de 1966. Pero Barrientos murió en abril de 1969, en un accidente de helicóptero.

El poder pasó entonces a manos del general Alfredo Ovando, y luego a las del general Juan José Torres, en 1970. Este último pareció buscar un apoyo de la izquierda; entre otras medidas, invalidó un contrato firmado por Ovando y una compañía minera estadounidense, para la prospección de zinc, dando el contrato a la COMIBOL, y anuló los cortes salariales de Barrientos. Pero en agosto de 1971 un golpe dirigido por el coronel Hugo Banzer, apoyado por Brasil y por la fracción del MNR dirigida por Paz, lo derribó.

Banzer permaneció en el poder hasta 1978. Al comienzo hizo una *dictablanda*, y en noviembre de 1974 anunció que habría elecciones. Pero no respetó este anuncio, e instauró una dictadura abierta, declarando en receso a todos los partidos políticos y a los sindicatos. Al mismo tiempo, la coyuntura económica le era favorable, pues el PNB del país creció gracias, en gran parte, a las exportaciones petroleras. En 1978 aceptó la realización de una elección, en la cual no participó, pero la anuló, declarando que los resultados no eran claros. Al año siguiente, el mismo escenario se repitió, y de nuevo en 1980. En esta última ocasión, la elección fue anulada por el golpe de otro militar, el general Luis García Meza, que una vez en el poder actuó con mayor violencia que Banzer, haciendo asesinar a varios dirigentes sindicales. El enriquecimiento con el incipiente tráfico de cocaína es la clave para comprender ese proceso, que duró hasta mediados de 1981. En ese momento, García Meza se vio obligado a abandonar el poder, a causa de la mala situación económica del país y de la creciente oposición, tanto al interior como a nivel internacional. Bolivia pudo entonces volver a ser gobernada por un presidente elegido, con la elección de Hernán Siles (por segunda vez), en 1982, y más tarde con la de Víctor Paz Estenssoro (por cuarta vez), en 1985. Desde entonces Bolivia evitó, al menos, caer de nuevo en la dictadura, pero la situación económica empeoró con la baja del precio del estaño y la baja de las exportaciones petroleras, todo lo cual generó una fuerte inflación.

g) El militarismo nacionalista: Panamá, Ecuador (hasta 1976) y Perú (hasta 1980)

En estos países, las dictaduras tuvieron rasgos diferentes a los analizados en el grupo anterior. Un elemento clave fue el de un cierto nacionalismo, con ribetes antioligárquicos, practicado por regímenes militares que tomaron el poder no con el objetivo de prevenir una subversión izquierdista, sino como resultado de crisis políticas de orígenes diversos. Los regímenes que se instalaron constituyeron dictaduras, aunque fueron más breves y bastante menos represivas que las de los países del Cono Sur o de Centroamérica.

En Panamá, la situación política evolucionó en función de la cuestión del canal. A comienzos de 1964 hubo una violenta manifestación nacionalista contra Estados Unidos, lo que dejó un saldo de 22 muertos. Desde antes de esos sucesos, Panamá trataba de firmar un nuevo tratado con Estados Unidos, para obtener un mayor control sobre el canal, pero sin éxito. A fines de 1968, la Guardia Nacional, que había empezado a ser integrada a las maniobras políticas de los diversos candidatos a la presidencia, derribó al gobierno de Arnulfo Arias, lo que abrió camino al poder para el coronel Omar Torrijos, quien dominaría la escena política hasta su muerte, en 1981. Mostrando tendencias izquierdistas –era amigo de Fidel Castro– y habiendo obtenido considerable apoyo en la población campesina, gracias a un programa de escuelas y clínicas rurales, gobernó sin los políticos de la elite, ordenando además la disolución de los partidos políticos. En 1977 logró lo que los panameños anhelaban, un nuevo tratado con Estados Unidos. Gracias a esto, Panamá recuperaría plenamente el control sobre la zona del canal a fines del siglo.

Torrijos murió en un accidente de aviación, en agosto de 1981. Tras su desaparición, el poder de hecho quedó en manos de uno de sus colaboradores, el general Antonio Noriega. Con menos carisma que Torrijos, Noriega entró gradualmente en problemas con Estados Unidos, al ser acusado por Washington de participar en el tráfico de drogas y en la venta ilegal de armas en Centroamérica. Esto llevó a la más grande intervención armada de Estados Unidos de las últimas décadas, cuando en diciembre de 1989, 14.000 soldados invadieron el país para arrestar a Noriega y llevarlo por la fuerza a Estados Unidos, donde posteriormente fue juzgado y condenado a prisión perpetua. Esta acción brutal, que dejó centenares de muertos, tanto en la población civil como en la Guardia Nacional, no puede comprenderse solamente por las acusaciones contra Noriega, sino por el afán de Estados Unidos de contar con un gobierno de su confianza en el momento en que se aproximara la fecha de entrega total del canal y de la zona a los panameños. Así, el pequeño país pagó un alto precio por la recuperación de esa parte de su territorio.

En Perú y Ecuador se dieron experiencias semejantes. En el primero de los países, 1968 fue también el año del inicio de la experiencia nacionalista. Ese año, los militares tomaron el poder con un golpe incruento, acusando al gobierno de Belaúnde Terry de haber preparado un tratado demasiado ventajoso para la International Petroleum Company (IPC), una empresa estadounidense que explotaba yacimientos petrolíferos. Se formó una junta dirigida por el general Juan Velasco Alvarado, conocido como “el chino”, que comenzó a aplicar una política de corte nacionalista y reformista. La IPC fue nacionalizada y se lanzó un plan de reforma agraria, ya detallado anteriormente. Además, el régimen velasquista buscó crear un movimiento de masas, el SINAMOS, aunque sin concebirlo como un partido político semejante al PRI en México. Otro objetivo fue el de promover la industrialización, a través de créditos a aquellos latifundistas expropiados dispuestos a invertir en la industria. El nuevo gobierno se proclamó “ni capitalista ni comunista”, e intentó desarrollar una línea “tercermundista”, que incluía la reanudación de las relaciones con Cuba, la intensificación del comercio con China y con la Unión Soviética, a la cual se empezó a comprar armas. Pese a esto, el Perú logró mantener relaciones normales con Estados Unidos, tras convencer a Washington que la nacionalización de la IPC había sido una acción puntual.

Pero el régimen instaurado en 1968 no logró afirmarse. La movilización popular fue escasa, pese a los gestos simbólicos, como el vocabulario de corte nacionalista e indigenista para designar el conjunto de las reformas (Plan Inca), el sector privado no apoyó al régimen y los militares comenzaron a dividirse. En agosto de 1975 Velasco fue desplazado del poder por el general Francisco Morales Bermúdez, quien abrió la “segunda fase de la revolución”, en la cual se permitió a los partidos políticos criticar libremente al régimen, y buscó el apoyo de APRA. Morales debió además ceder ante las presiones del IMF, el que exigía una reducción del gasto público si Perú quería obtener nuevos créditos. Finalmente, el régimen aceptó la organización de elecciones para 1980, entregando el poder a los civiles

en el más absoluto descrédito: el mismo presidente derrocado en 1968, Belaúnde Terry, ganó de nuevo el poder.

En Ecuador, la era de experiencias nacionalistas fue mucho más modesta. Ella se inició tras el golpe de 1972, cuando el poder quedó en manos de una junta presidida por el general Guillermo Rodríguez Lara, quien se mantuvo cuatro años en él. Durante ese lapso, tal vez como reflejo de los sucesos en Perú, se adoptaron medidas de corte nacionalista, sobre todo en relación al petróleo, la nueva riqueza del país, que había sobrepasado a los plátanos como principal exportación. Rodríguez Lara creó una refinería del Estado, adquirió una parte de las acciones de los yacimientos explotados por Texaco-Gulf y compró la concesión de la Anglo Ecuadorian Oil Fields. Al mismo tiempo, se aceleró la aplicación de la reforma agraria, iniciada tímidamente en la década anterior, y adoptó una política fiscal favorable a la industrialización. El gobierno se proclamó "Revolucionario nacionalista". Pero esta tendencia tuvo corta duración. En enero de 1976, Rodríguez Lara fue depuesto y reemplazado por el almirante Alfredo Poveda, quien frenó la política nacionalista, detuvo la reforma agraria, y prometió elecciones libres. El país volvió a ser gobernado por los civiles tras la elección de Jaime Roldós, candidato de la Coalición de Fuerzas Populares (CFP) en 1978, cuyo gobierno empezó en el año siguiente. Tras la muerte accidental de Roldós, en 1981, Osvaldo Hurtado completó su mandato; en la elección de 1984, el derechista León Febres Cordero ganó el poder, y en 1988 la victoria fue para Rodrigo Borja, de centro-izquierda.

h) De la dictadura a la tentativa revolucionaria: Nicaragua, Guatemala y El Salvador

En estos tres países centroamericanos, la inestabilidad y el recurso a las armas predominaron durante todo el período. A diferencia de los casos del Cono Sur, donde la violencia era obra de la represión ejercida por el Estado contra una población civil generalmente inerme, aquí el conflicto se dio por la acción de grupos armados revolucionarios que buscaban derrocar gobiernos dictatoriales, como único medio para cambiar una situación que parecía bloqueada.

Nicaragua fue el caso más conocido. La dictadura de la familia Somoza ejerció un sólido control sobre el país. Después del fundador de la dinastía, Anastasio Somoza García, asesinado en 1957, el poder fue ejercido por algunos hombres de paja y luego por los hijos del dictador, Luis y Anastasio Somoza Debayle. A comienzos de los años 1960, ayudados por Cuba, jóvenes izquierdistas formaron el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) e intentaron iniciar una lucha armada. Durante varios años, sus esfuerzos fueron vanos y muchos de sus militantes fueron muertos o apresados. A comienzos de 1974, el FSLN logró una acción espectacular, cuando un comando tomó como rehenes a docenas de destacados colaboradores de la dictadura, que asistían a una fiesta, logrando con ello la liberación de muchos presos. Pero tras ese éxito, el FSLN volvió a sufrir derrotas militares. Solo en 1977, cuando la guerrilla unificó sus diversas fracciones y cuando a ella se sumaron las acciones de protesta de la oposición civil, compuesta por muchos personajes de derecha, el régimen

somocista empezó a perder control de la situación. El asesinato de Pedro Joaquín Chamorro, dueño del diario *La Prensa*, opositor a la dictadura, exacerbó los ánimos. Finalmente, el 20 de julio de 1979, la guerrilla entró triunfante a Managua, mientras Anastasio Somoza y los suyos huían del país. Al año siguiente, el ex dictador sería asesinado en Paraguay, donde había obtenido refugio político.

La revolución triunfante, aunque se inspiraba en el castrismo, no siguió exactamente la vía cubana. Durante el primer año hubo un régimen donde colaboraron elementos de derecha con los sandinistas, lo que desapareció cuando los primeros comenzaron a renunciar, alegando que era imposible entenderse con los ex guerrilleros. Pero aunque los sandinistas controlaron el poder, nunca hubo un régimen de partido único. Aunque con limitaciones, los otros partidos y la prensa hostil al gobierno fueron tolerados, y en 1984 hubo elecciones que el FSLN ganó con más de 60% de los votos. Daniel Ortega fue elegido presidente. Otro aspecto particular fue la relación con la Iglesia católica: pese a que muchos católicos eran sandinistas, a tal punto que dos sacerdotes fueron ministros del gobierno, la jerarquía de la Iglesia, en particular el arzobispo Obando, fue abiertamente hostil a la revolución.

La política económica de los sandinistas fue compleja. Se expropiaron todas las empresas pertenecientes a Somoza y sus principales colaboradores, y una reforma agraria benefició a miles de campesinos. Pero la empresa privada siguió existiendo y la mayoría de los empresarios permanecieron en el país, tomando además parte activa en la oposición política al sandinismo.

La diferencia principal entre Nicaragua y Cuba fue que el país centroamericano era mucho más vulnerable ante sus enemigos. Además de ser bastante más pobre en recursos y estar más desgastado por los daños de la lucha contra Somoza, Nicaragua debió además sufrir la guerra no declarada por Estados Unidos, que financió y armó una guerrilla, la contra, que causó grandes daños materiales y humanos. Otra diferencia fue que los nicaragüenses no contaron, como Cuba, con un apoyo externo que los defendiera. La ayuda material soviética, que existió, no fue comparable con la que recibió el régimen de Castro. Así, la situación económica se deterioró, la inflación llegó a límites insostenibles (ver sección sobre economía), todo lo cual abrió la vía a la derrota electoral que Ortega y los suyos sufrirían a comienzos de 1990, que marcó el fin de la revolución.

En El Salvador, el país era dominado por los militares, que organizaban elecciones que constituían una parodia. Desde 1971, habían emergido varios grupos guerrilleros, que se agruparon en el Frente Farabundo Martí de Liberación nacional (FMLN). En 1979, por influencia de los sucesos en Nicaragua, el poder militar pareció reformarse, con la formación de una Junta donde participaban algunos militares partidarios de medidas democráticas. Pero en pocos meses esos elementos fueron alejados y desde 1980 estalló la guerra abierta entre el poder y el FMLN. Los guerrilleros parecieron estar muy próximos a la victoria, durante la "ofensiva final" de 1981. Pero con el apoyo masivo de Estados Unidos, el régimen logró mantenerse e incluso organizar elecciones, con las cuales los militares

esperaban legitimar su poder. La elección de 1984 llevó al gobierno al democratacristiano Napoleón Duarte, que había sido opositor de los militares anteriormente. La lucha armada continuó durante toda la década, dejando un saldo de más de 60.000 muertos; el conflicto se arrastraría hasta comienzos de los años 1990, cuando por fin habría una solución a través de la negociación política.

Guatemala se encontraba en dictadura casi permanente desde el golpe que había derribado a Jacobo Arbenz en 1954. Desde entonces, todos los jefes de Estado, menos uno (el abogado Julio César Méndez Montenegro, presidente entre 1966 y 1970) habían sido militares. Hasta los años 1970, la dictadura había encontrado poca resistencia, pese a la existencia de grupos armados, uno de ellos formado por militares de izquierda. En la década siguiente aparecieron otros grupos guerrilleros que terminaron por aliarse. Pero a diferencia de Nicaragua y El Salvador, la lucha se daba en una sociedad donde la población indígena constituía la mitad de la población. Obtener su apoyo era fundamental para los guerrilleros, pero la tarea era difícil. Los indígenas desconfiaban de todos los que no eran de los suyos, estuviesen a favor o en contra del gobierno. A comienzos de los años 1980, comenzaron a prestar un cierto apoyo a los guerrilleros, pero la represión gubernamental fue terrible. En una operación que constituyó un verdadero genocidio, los militares arrasaron sistemáticamente con muchas aldeas acusadas de prestar ayuda a la guerrilla, asesinando masivamente a los sospechosos. Una de las víctimas de estas masacres fue la familia de Rigoberta Menchú, la joven campesina cuyas denuncias la transformarían posteriormente en un personaje célebre.

La guerrilla guatemalteca no logró amenazar seriamente el poder militar, pero la dureza de la represión concitó presiones internacionales para que el gobierno aceptara hacer concesiones. En 1985 fueron las primeras elecciones que llevaron al poder a un civil, Vinicio Cerezo. Aunque las hostilidades continuarían hasta 1996, Guatemala avanzó lentamente hacia una salida negociada de la crisis.

i) Las dictaduras no amenazadas por la revolución: Paraguay, Haití y Honduras

Estos tres países se mantuvieron dominados por dictaduras, ya fuesen de tipo personal o institucional, que no dieron espacio para movimientos revolucionarios como los examinados en la sección anterior. La más antigua y persistente fue la de Paraguay, donde el general Alfredo Stroessner, que había tomado el poder en 1954, se mantuvo en él durante todo el período, ya que recién en febrero de 1989 debió abandonar el gobierno. Su largo reinado se basó en el control que ejerció sobre el ejército y el Partido Colorado; este último lo presentaba como su candidato a las elecciones que se hacían periódicamente cada cuatro años, en las cuales Stroessner era el candidato único. El Partido Colorado fue organizado como un sistema totalitario, con comités en cada aldea y cada barrio en las ciudades; era necesario ser miembro del partido para postular a la mayor parte de los empleos de gobierno. El régimen solo enfrentó oposición armada al comienzo, cuando entre 1958 y 1960 hubo una

guerrilla discretamente apoyada por Argentina y Venezuela, que fracasó totalmente ante la falta de apoyo del campesinado. Posteriormente, Stroessner toleró la existencia de algunos partidos de oposición. Entre 1960 y los 1970 hubo una cierta prosperidad económica, basada en grandes obras públicas que permitieron mejorar las rutas comerciales hacia Brasil, y en la construcción de la gran central hidroeléctrica de Itaipú, en cooperación con aquel país. Hubo también muchos negocios ilícitos que florecieron, como el contrabando. Pero la dictadura cayó por divergencias internas, cuando el general Andrés Rodríguez dio un golpe el 3 de febrero de 1989, para impedir que Gustavo, el hijo del dictador, coronel de la fuerza aérea, fuera elegido como el sucesor de su padre en el poder, so pretexto de que era homosexual. Aunque Rodríguez prometió elecciones y amplió considerablemente la libertad de prensa, la caída de Stroessner, que partió exiliado a Brasil, no cambiaba fundamentalmente lo que la dictadura había moldeado durante 35 años.

Haití también vivió la mayor parte del período bajo una dictadura asociada a una persona, la de Francois Duvalier, que se prolongó con su hijo Jean Claude. Aunque el primero fue elegido a la presidencia democráticamente, en 1956, pronto se hizo evidente que no aceptaría dejar el poder, y desde 1961 el país se encontró de hecho bajo la dictadura. Duvalier gobernó hasta su muerte, en 1971, siendo sucedido por su hijo, Jean Claude, "Baby Doc". Su estilo político se caracterizó por la pompa y los gestos simbólicos, con los que intentaba dar una apariencia de gobernante popular, como el cambio de colores en la bandera nacional, donde el azul fue reemplazado por el negro, a fin de dar la impresión de que ahora eran los negros quienes estaban en el poder. Este tema tenía su importancia en Haití, donde históricamente los mulatos y los negros se habían disputado el gobierno. Aunque en un comienzo Duvalier no contó con el apoyo de Estados Unidos, finalmente logró obtener la aceptación de su régimen, haciendo valer su anticomunismo.

Jean Claude continuó gobernando en forma dictatorial, sin enfrentar mayor oposición. Los *tonton macoutes*, oficialmente llamados "Voluntarios de la Seguridad nacional" hacían reinar el terror. Decenas de miles de personas comenzaron a emigrar, tanto a Estados Unidos como a Canadá, a la vecina República Dominicana y a otras islas del Caribe. En los años 1980 había al menos un millón de haitianos que vivían fuera del país. El dinero que enviaban a sus familias representaba un elemento importante para mejorar en algo el bajo nivel de vida de la población.

La dictadura fue derribada en febrero de 1986, episodio conocido como *déchoukage* (cortar de raíz, en criollo). Esto fue el resultado de un proceso de protestas populares que venía desde 1984, que contó con el apoyo de la Iglesia Católica y en su parte final, con la neutralidad de los militares, quienes decidieron que "Baby Doc" no era suficientemente competente para dirigir el país. Pero, como en Paraguay, el país siguió dirigido por personas adeptas a la dictadura, que no cambiaron en absoluto el estilo político dominante: cuando en noviembre de 1987 se iba a realizar una elección para entregar el poder a los civiles, grupos de antiguos tonton macoutes aterrorizaron a la población, disparando e intimidando a los

electores en todo el país, por lo que la elección debió anularse. En 1988 hubo una nueva elección, en la cual muy poca gente votó. Leslie Manigat, un profesor de historia que había vivido exiliado, fue elegido presidente, pero permanecería poco tiempo en el poder. Haití seguiría dominado por los militares.

Honduras, tras un breve intermedio en el cual el poder estuvo en manos de los civiles, con Ramón Villeda Morales (1958-1963) retomó la senda de los gobiernos militares, con el golpe del coronel Osvaldo López Arellano, en 1963. Este golpe fue motivado por el temor de que los civiles revisaran la Constitución e impusieran control civil sobre los militares, y no como respuesta ante un movimiento revolucionario. Aunque al comienzo mal visto por Estados Unidos, el régimen pronto logró ser aceptado, colaborando con la invasión de República Dominicana. López Arellano obtuvo además el apoyo del Partido Nacional, que representaba al sector más conservador del país, lo que legitimó su poder. En 1965, una Asamblea constitucional, aunque elegida con fraude, volvió a confirmar la autonomía de los militares y eligió a López como presidente por seis años. La breve guerra con El Salvador, en 1969, aunque fue una derrota militar para Honduras, fue utilizada por el régimen para alentar la unidad nacional. En 1971 fue elegido Ramón Cruz, un conservador hecho a la medida de los miltares. Solo en 1981 los militares toleraron una elección más abierta, que dio la victoria al liberal Roberto Suárez. El nuevo presidente no tuvo sin embargo mucho margen de maniobra, ya que los militares y Washington lo presionaron para que aceptara cooperar con las fuerzas antisandinistas en territorio hondureño. Al final del período, con un nuevo presidente liberal, José Azcona, Honduras se pronunció abiertamente por el plan de paz Arias para Centroamérica y pidió la desintegración de la contra.

j) Cuba: ¿dictadura política y democracia social?

La revolución triunfante en 1959 buscaba, en principio, restaurar la Constitución de 1940. Aunque además Fidel Castro había anunciado medidas para una mayor justicia social, nadie o muy pocos, pensaban que el nuevo gobierno, en el que participaban personas de distintas ideologías políticas, desembocaría en un régimen comunista, que además abriría una nueva era en la historia latinoamericana. El destino de Cuba se jugó entre 1959 y 1961, cuando se definió la futura orientación de la revolución. Aún hoy es difícil decir si el rumbo tomado estaba planificado de antemano o si resultó de un conjunto de circunstancias, muchas de ellas derivadas de la situación internacional.

Un hecho fundamental fue la incomprensión de Estados Unidos frente a las reformas que comenzaron a implantarse en Cuba. Una de ellas fue la reforma agraria, que aunque moderada (ver sección sobre el mundo rural), hirió los intereses de un cierto número de propietarios estadounidenses. Otro hecho fue la compra de petróleo bruto a la Unión Soviética, y la decisión de Washington de no permitir que fuera refinado por las compañías norteamericanas que seguían operando en Cuba. Estados Unidos desconfiaba además de Cuba, al ver que no se fijaba fecha para las elecciones prometidas. Las declaraciones hostiles

del gobierno de Eisenhower encendieron los ánimos de los cubanos, que no olvidaban las humillaciones del pasado. Esta escalada llevó a la ruptura de relaciones, decidida por Washington, y lo que era aún más importante, a la decisión de no seguir comprando azúcar a Cuba. Para la isla, era una declaración de guerra. Finalmente, en abril de 1961 se produjo el hecho clave: la invasión de Bahía Cochinos, protagonizada por varios centenares de cubanos exiliados, abiertamente apoyados por el nuevo presidente de Estados Unidos, John Kennedy. El fracaso de la invasión selló el destino de Cuba. El régimen de Castro ganó un enorme prestigio internacional, aseguró el control del poder y afianzó su acercamiento a la Unión Soviética, como única manera de contar con un aliado que lo protegería contra nuevos ataques. A fines de 1961, Castro proclamó abiertamente su ideología marxista-leninista. A esas alturas, los elementos no izquierdistas, como el economista Felipe Pazos, habían sido alejados del gobierno. Un proceso semejante ocurrió en el ejército rebelde, donde los comandantes que no aceptaban el comunismo fueron apartados e incluso condenados a la cárcel, como Huber Matos, acusado de querer dividir las Fuerzas Armadas. En 1962, Cuba fue expulsada de la OEA, a petición de Estados Unidos, con lo cual el país quedó sin relaciones diplomáticas ni comerciales en toda América, a la excepción de México (y de Canadá, que no era parte de la OEA). En octubre del mismo año, durante la crisis de los cohetes, Cuba confirmó el apoyo soviético, aunque el régimen de Castro sufrió la humillación de no ser consultado por Moscú para las decisiones que pusieron término a la crisis. En mayo de 1963, Fidel Castro hizo su primer viaje oficial a la URSS. Comenzaba la etapa del comunismo cubano, que se prolonga hasta hoy.

El régimen tardó en organizarse. Entre 1961 y 1965, el partido de gobierno era la ORI (Organizaciones Revolucionarias Integradas), donde se habían fusionado los miembros del M-26, los del PC y los del Directorio revolucionario. En 1965 se proclamó la formación del nuevo Partido Comunista cubano, único partido político en la isla. Solo en los años 1970 se crearon mecanismos para institucionalizar la participación, al crearse el llamado Poder Popular, para la administración local y regional. En 1976 se realizaron las primeras elecciones a la Asamblea Nacional, claro está que basadas en el partido único; además, los diputados elegidos no percibían sueldo, solo se reunían algunas semanas en el año y mantenían sus trabajos habituales. De hecho, durante casi todo el tiempo, el poder estaba en manos del Consejo de Estado, formado en su mayoría por miembros del Comité central del PC, dirigido por Fidel Castro como su secretario general, y que acumulaba además el cargo de Primer Ministro y de Comandante en jefe de las Fuerzas Armadas.

Estas características, propias de un gobierno abiertamente autoritario, eran justificadas por el discurso oficial alegando la necesidad de defender la revolución ante la hostilidad de Estados Unidos. Además, hubo una resistencia interna, de parte de grupos armados que lucharon durante algunos años en el centro del país, en los montes del Escambray, y diversos ataques desde el exterior. Todo esto hizo que a mediados de los años 1960 hubiese en Cuba, según cifras oficiales, alrededor de 20.000 presos políticos, cifra que bajaría a 4.000

a mediados de los años 1970. Otra forma de resistencia fue el exilio masivo de centenares de miles de personas, muchos de ellos profesionales, técnicos y empresarios que no podían ser reemplazados inmediatamente, que partieron a Estados Unidos. En fin, a partir de los años 1970, el gobierno entró en conflicto con algunos destacados intelectuales, como el novelista Heberto Padilla, cuyos escritos fueron juzgados antirrevolucionarios, y que fue obligado a hacer una autocrítica de su obra.

Los dirigentes cubanos han destacado siempre sus logros sociales, los que han sido reconocidos por organismos internacionales. Entre las principales realizaciones citadas están la campaña de alfabetización y la creación de servicios sociales gratuitos en medicina y educación. En este último rubro, por ejemplo, el porcentaje de la población que había completado la educación primaria pasó de 20% en 1953 a 61% en 1981, y los cupos en educación universitaria aumentaron diez veces. La mujer obtuvo, como se vio anteriormente, progresos importantes, y se puso término a la discriminación hacia las personas de color. Durante un tiempo se implantó una política de nivelación en el ingreso no a través de mejores salarios, sino a través de recompensas basadas en los "estímulos morales", idea de Guevara. Pero en los años 1970 se debió abandonar ese sistema, que fue reemplazado por estímulos materiales, a fin de incrementar la productividad.

En la esfera económica, pese a algunos éxitos en su tentativa de diversificar sus actividades, Cuba siguió dependiendo de sus exportaciones de azúcar y de la ayuda brindada por la URSS. Las insuficiencias de la economía llevaron a la implementación de la libreta de racionamiento, en 1963, a fin de asegurar los alimentos de base al conjunto de la población. En 1972, el país ingresó como socio del COMECON, el mercado común de los países de Europa del este, institucionalizando así su integración económica con la URSS y sus vecinos.

Pese a su dependencia económica hacia Moscú, Cuba se destacó por la originalidad de su política exterior. La Habana apoyó abiertamente a grupos de guerrilla en varios países, como Venezuela y Nicaragua, y por algún tiempo se transformó en líder del movimiento revolucionario del Tercer Mundo, al crear en 1966 la OSPAAL (Organización de solidaridad con los pueblos de Africa, Asia y América Latina), con sede en La Habana, que tuvo corta vida. La muerte de Guevara y el fracaso de la tentativa revolucionaria en Bolivia, en 1967, no detuvo esa política. Tales gestos marcaban la diferencia de Cuba con la URSS, más interesada en esos años en fomentar las relaciones comerciales con los países latinoamericanos que en apoyar la revolución. Aunque después de la invasión de Checoslovaquia, en 1968, que fue aprobada por Castro, Cuba adoptó una actitud menos desafiante hacia Moscú, en la década siguiente los cubanos prestaron ayuda militar a varios movimientos en Africa, sobre todo en Angola y en Etiopía, para mostrar su independencia ideológica y para mantener viva la llama revolucionaria, un tanto apagada luego de los fracasos de la guerrilla en Sudamérica.

En la década de los 1980, Cuba debió enfrentar dos crisis: la primera, en 1980, cuando varios miles de personas invadieron la embajada peruana, intentando partir del país, lo que llevó a la salida masiva de cubanos desde el puerto de Mariel, con la autorización del

régimen. La segunda ocurrió en 1988, cuando el general Arnaldo Ochoa, héroe de las guerras en Africa, fue juzgado y declarado culpable de traición y de corrupción, siendo condenado a muerte. Pese a estos hechos traumáticos, la estabilidad del gobierno dirigido por Castro nunca ha sido realmente amenazada, y tampoco lo fue cuando, a partir de 1986, se agravaron los problemas de la economía, a causa de la política comercial menos generosa de la URSS y de la crisis que llevaría al hundimiento del principal aliado de Cuba

Al terminar el período, era evidente que la influencia internacional de Cuba había disminuido, a medida que la opción revolucionaria perdía terreno en Latinoamérica. Pero el régimen había logrado sobrevivir pese a la hostilidad de su poderoso vecino, factor importante para el orgullo de los cubanos.

k) Los nuevos estados y sus vecinos no emancipados

Como se indicó a comienzos del capítulo, una docena de nuevos Estados nacionales emergieron en el área del Caribe a partir de los años 1960. Aparte de Surinam, antigua posesión holandesa, todos los demás eran ex colonias británicas. Aunque los nuevos Estados estuvieron lejos de presentar las graves tensiones que hemos visto para el resto de Latinoamérica, la inestabilidad y un cierto grado de violencia no estuvieron totalmente ausentes.

En Guyana, en vísperas de la independencia, el poder estaba desde 1957 en manos de Cheddi Jagan, cuyas ideas políticas de izquierda asustaban a los ingleses y a Estados Unidos, quienes temían la emergencia de una segunda Cuba. Con el apoyo de Londres y de Washington, que ayudaron a organizar huelgas y motines basados en las diferencias raciales de la población, Forbes Burnham, un político que con el apoyo de Gran Bretaña y de Estados Unidos, logró ganar la elección en 1964 y así sacar del poder a Jagan. De todos modos, el nuevo gobernante mostró tendencias izquierdistas en su política económica, nacionalizando las empresas extranjeras que explotaban la bauxita, principal producto de exportación, entre 1971 y 1974, además de impulsar la formación de cooperativas en la pesca y la ganadería, pero esta política no dio buenos resultados y fue posteriormente abandonada. Burnham ejerció el poder, personalmente o a través de otros, hasta 1985. En 1980, Walter Rodney, un intelectual marxista que se perfilaba como un candidato al poder, fue asesinado en circunstancias que nunca han sido esclarecidas.

En Jamaica hubo una severa crisis política en 1980, que incluyó enfrentamientos armados entre partidarios del primer ministro socialista, Michel Manley, y su sucesor en el poder, el conservador Edward Seaga, lo que causó la muerte de varios centenares de personas. En la pequeña isla de Grenada, en 1979 el gobierno cayó en las manos de un movimiento llamado New Jewel Movement, dirigido por Maurice Bishop, que se inspiraba de la revolución cubana. La experiencia fue breve, ya que en octubre de 1983 el país fue invadido por tropas de Estados Unidos, so pretexto de preservar la paz y la estabilidad en la región, que estarían amenazadas por los lazos entre Cuba y Grenada.

La violencia estuvo sobre todo presente en Surinam, donde el 25 de febrero de 1980 un grupo de suboficiales dio un golpe para tomar el poder. Luego de un año de situación confusa, el gobierno cayó en manos del sargento Desi Bouterse, admirador de Cuba y de Nicaragua. Enfrentado a la hostilidad de Holanda y de Estados Unidos, Bouterse cortó sus relaciones con Cuba en 1983, pero esto no aseguró una mayor estabilidad, ya que desde 1986 el país cayó en una semi guerra civil, con la aparición de un movimiento armado dirigido por Ronnie Brunsjwik. Las divisiones étnicas del país han sido otro factor de inestabilidad; Brunssjwik se apoyaba en la minoría negra, los *bushnegroes*, que representan el 8% de la población, que se sentían reprimidos por los grupos mayoritarios, los de origen hindú (37%) y criollos (31%). En Guadalupe y Martinica aparecieron grupos favorables a la independencia, que hicieron estallar bombas a comienzos de los años 1980, pero su influencia fue muy reducida.

En los demás países y territorios, la situación fue más estable. En Dominica, en 1982 fue elegida como primer ministro Eugenia Charles, quien se convirtió así en la primera mujer en dirigir un gobierno en las Américas tras haber llegado al poder a través del voto. Fue reelegida en 1985 y más tarde en 1990. En Trinidad-Tobago, pese a que en 1970 hubo agitación política por obra de los partidarios del "Black Power", el movimiento originado en Estados Unidos. Pese a ello, la vida institucional continuó, bajo la dirección del primer ministro e historiador Eric Williams, quien fue reelegido varias veces y gobernó el país hasta su muerte, en 1986.

La mayoría de estos países ha participado en numerosas organizaciones regionales. Aparte de las más conocidas, como la Caribbean Free Trade Association (CARIFTA, fundada en 1968), al menos seis otras, en el área económica, han sido creadas, entre los años 1970 y 1980. En 1982, el presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, lanzó la CBI (Caribbean Basin Initiative), programa de ayuda financiera a los países de la región, apoyo brindado en función de diversos criterios políticos. La existencia de estos programas refleja los problemas sociales y económicos de los pequeños estados, que presentaron durante casi todo el período altas tasas de cesantía, a veces cercanas al 50%. En muchos casos, la emigración hacia las metrópolis ha alcanzado cifras muy altas: en 1980, en Francia vivían 600.000 personas originarias de Guadalupe, Martinica y Guayana, es decir el equivalente de la totalidad de la población de esos territorios. Enfrentada a una situación semejante, Gran Bretaña impuso una cuota a la inmigración desde el Caribe en 1961.

5.5. La Cultura

En este período, las actividades culturales adquirieron un impacto social cada vez mayor. A ello contribuyó la masificación del público consumidor, con la presencia de un

estudiantado universitario que se contaba por decenas o centenas de miles de personas en cada país, la multiplicación de los medios de comunicación, el desarrollo creciente del cine, la aparición de la televisión y la creación de nuevas editoriales de amplitud internacional, como Siglo XXI (creada en México en 1965, con filiales en varios otros países de la región) y en menor escala, Eudeba (Editorial Universitaria de Buenos Aires). Durante el breve período de la Unidad Popular en Chile, la editorial del Estado, Quimantú, popularizó la lectura, ofreciendo libros de gran calidad a bajo precio. Cuba dio gran impulso a la cultura, con la creación de la editorial Casa de las Américas, que distribuye premios anualmente, y con la organización de un instituto cinematográfico que a menudo apoyó coproducciones con otros países hispanoamericanos.

El pensamiento

Enmarcado por la influencia de la revolución cubana y en medio de la tensa situación provocada por los continuos golpes de Estado, el pensamiento latinoamericano de esta época desarrolló la "teoría de la dependencia". Obra de distintos sociólogos y economistas, como los brasileños Fernando Henrique Cardoso, Teotonio dos Santos y Ruy Mauro Marini, los chilenos Aníbal Pinto y Osvaldo Sunkel, el peruano Aníbal Quijano y el germano-estadounidense André Gunder Frank, este concepto influyó en toda una generación de analistas, tanto en la historia como en la sociología y la economía, que lo emplearon como paradigma para explicar los problemas de América Latina. Para los dependentistas, el subdesarrollo no era una situación de "atraso" en relación a los países ricos, ni era un problema que se daba en sociedades "tradicionales" (que contrastarían con las "modernas"), sino el resultado de un proceso histórico-estructural, donde América Latina había estado influida por las decisiones de las economías hegemónicas del mundo. Sin embargo, no todos los analistas la aplicaron de la misma manera: mientras que para algunos esa relación constituía un callejón sin salida, puesto que América Latina habría estado continuamente bajo la dominación por parte de Europa y Estados Unidos, lo que no dejaba otra posibilidad que la revolución y la búsqueda del socialismo (Frank, Marini), otros pensaban que la dependencia no excluía totalmente el desarrollo al interior del capitalismo (Cardoso). En ese sentido, algunos "dependentistas" no estaban tan lejos de los análisis de la Cepal, la cual, recordémoslo, también había criticado la relación entre países ricos y pobres, aunque sin propiciar la ruptura entre ambos.

Frente a esta tendencia, que, aunque en forma desigual, planteaba un "camino propio" de desarrollo para América latina[95], hubo también pensadores que ofrecían un análisis inspirado de la experiencia histórica universal. Fue el caso del sociólogo argentino Gino

[95] En el campo de la educación, emergió otro pensador original, el sociólogo Paulo Freire. Su obra cambió la metodología de la educación popular, al centrarla en la identificación de los elementos que permitirían no solo la educación formal, sino la liberación social. Juzgado demasiado subversivo, como otros cientistas sociales de su generación, Freire debió exilarse tras el golpe militar de 1964 en Brasil.

Germani, que en su obra *Política y sociedad en una época de transición* (1968) postulaba la necesidad de dejar atrás la sociedad "tradicional" para alcanzar el progreso, en un esquema de avance hacia la "modernización" que según el autor, podía aplicarse a las diversas sociedades del mundo. En los años 1980, en el nuevo contexto creado por las dictaduras y la merma en la influencia de la revolución cubana, aparecieron economistas que criticaron fuertemente tanto el enfoque "dependentista" como los conceptos "estatistas" aplicados tanto por regímenes populistas como socialistas en décadas anteriores, haciendo un llamado a creer en la economía de mercado, en la iniciativa privada y en la apertura de las economías nacionales a la competencia en el mercado mundial. Los economistas que habían diseñado la política económica de la dictadura de Pinochet en Chile, conocidos como los "Chicago boys", y el peruano Hernando de Soto (con su obra que llevaba un título sugestivo, *El otro sendero*, publicada en 1987) fueron los principales representantes de esta manifestación triunfal de la tendencia "modernizante" en la economía. A fines de la década de los 1980, una parte de estos postulados fueron aceptados por teóricos que años antes habían apoyado una visión opuesta, como los chilenos Carlos Ominami y Sergio Bitar. Este último, ex ministro de Allende durante la Unidad Popular, escribía, en 1988, que la sustitución de las importaciones y el fomento de las exportaciones no tenían por qué configurar una alternativa excluyente: "el verdadero desafío consiste en seleccionar la combinación de políticas que optimice la capacidad productiva propia y eleve la competitividad internacional", agregando además que para alcanzar un desarrollo sustentable, "es preciso concebir una nueva alianza industrialista, que se constituya sobre la base de un sólido consenso social y político... (incluyendo) al Estado, el sector empresarial, el movimiento sindical y la comunidad científico-tecnológica"[96].

A nivel de la vulgarización de estas ideas, el venezolano Carlos Rangel, con su ensayo *Del buen salvaje al buen revolucionario*, que fue traducido a otras lenguas, criticó la propensión de los latinoamericanos a culpar de todos sus males al imperialismo norteamericano. Con ello, la derecha latinoamericana respondía al ensayo del escritor uruguayo Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina* (1971, con múltiples ediciones posteriores, que se constituyó en uno de los libros más leídos en el continente, y traducido a muchos idiomas), denuncia formal de la explotación de la región por el sistema capitalista mundial desde la conquista europea del siglo XVI, continuada por empresarios y por la banca internacional.

Literatura, cine y teatro

Latinoamérica brilló en este período con lo que se llamó la literatura del boom, término con el cual se designó a un grupo de novelistas que se dieron a conocer en forma simultánea: el mexicano Carlos Fuentes (*La región más trasparente*, 1958 y *La muerte de Artemio Cruz*,

[96] Citado por Fernando Mires, *El discurso de la miseria o la crisis de la sociología en América Latina*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1993, p. 64 y 65.

1962), el argentino Julio Cortázar (*Los premios*, 1960 y *Rayuela*, 1963), el peruano Mario Vargas Llosa (*La ciudad y los perros*, 1963 y *Conversación en la catedral*, 1969), y el colombiano Gabriel García Márquez (*El coronel no tiene quien le escriba*, 1961 y *Cien años de soledad*, 1967). Un tanto menos conocido ha sido el chileno José Donoso (*Coronación*, 1960, y *El obsceno pájaro de la noche*, 1970). Aunque en mayor o menor grado, todos estos escritores abordaban en forma crítica los problemas sociales y políticos de sus países, lo hacían bajo una perspectiva y un estilo que difería enormemente del antiguo realismo o indigenismo. No es fácil sin embargo caracterizarlos en conjunto, ya que sus estilos son bastante diferentes. García Márquez ha sido reconocido por el empleo del "realismo mágico", creando personajes fantásticos y lugares imaginarios, como Macondo (estilo iniciado, como se vio, en la época anterior), que pasó a ser un sello de la literatura latinoamericana. En cambio, Vargas Llosa tiene una escritura más realista, Fuentes tiende a ser laberíntico y Cortázar es onírico, mientras que Donoso evolucionó hacia un cierto surrealismo. Lo que comparten todos es la calidad de sus obras, en las que los temas específicos latinoamericanos adquieren un valor universal, lo que unido al hecho que América Latina estuviera de moda a causa de la revolución cubana, les dio fama mundial.

Junto a ellos, varios otros escritores fueron también conocidos internacionalmente, empleando estilos bastante diferentes: el argentino Ernesto Sábato (*Sobre héroes y tumbas*, 1961) con un estilo laberíntico, el paraguayo Augusto Roa Bastos (*Hijo de hombre*, 1960, novela épica), la chilena Isabel Allende (*La casa de los espíritus*, 1984), que adopta un tanto el estilo de García Márquez, el peruano Manuel Scorza, que algunos han llamado "el último novelista indigenista", con su ciclo de novelas sobre las luchas de los indígenas por sus tierras en la sierra, *La guerra silenciosa* y la brasileña Clarice Lispector, centrada en la subjetividad femenina. En Cuba surgieron escritores como José Lezama Lima (*Paradiso*, 1966) y Guillermo Cabrera Infante (*Tres tristes tigres*, 1967), que emplearon un estilo basado en la sátira y el erotismo, lo que no fue del agrado de las autoridades cubanas, con quienes pronto entraron en conflicto. El éxito comercial de todos estos autores, traducidos a muchos idiomas, se acentuó con la atribución del Premio Nobel de literatura a tres escritores latinoamericanos en este período: el guatemalteco Miguel Angel Asturias en 1967, Pablo Neruda, en 1971 y Gabriel García Márquez, en 1982. La creación del Premio Cervantes, atribuido cada año desde 1976 al mejor escritor de lengua castellana, contribuyó a dar mayor presencia a la literatura latinoamericana en ese idioma.

El cine latinoamericano, especialmente el de Brasil, México, Cuba y Argentina, adquirió una cierta notoriedad internacional. El cine cubano destacó no solo por su calidad, sino por su capacidad de abordar temas sobre la revolución sin caer en visiones simplistas. Tomás Gutiérrez Alea, con *Memorias del subdesarrollo* (1968) fue uno de sus mejores representantes. En el resto de la región, entre los cineastas más conocidos figuraron el brasileño Glauber Rocha y el argentino Fernando Solanas. El primero de ellos fue el líder del "Cinema novo", tendencia que buscaba concientizar al público acerca de los

factores del subdesarrollo, aunque en sus realizaciones, el análisis de problemas sociales (del nordeste, por ejemplo) se hacía en un estilo extravagante, lleno de metáforas, como en *Deus e o diabo na terra do sol* (1963). Nelson Pereira dos Santos y Rui Guerra fueron otros dos destacados participantes de esa corriente, que se agotó a comienzos de los años 1970. Solanas hizo también un cine decididamente comprometido, con el gigantesco documental *La hora de los hornos* (1968)[97]. El boliviano Jorge Sanjinés, con su obra *El coraje del pueblo* (sobre la matanza obrera de 1967), y el chileno Patricio Guzmán (conocido sobre todo por su documental *La Batalla de Chile*, acerca del período de la Unidad Popular) pertenecen a la misma tendencia. No todos los cineastas siguieron esa misma línea: la producción del mexicano Arturo Ripstein está mucho más centrada en los temas psicológicos, a través de personajes marginales, como en *El lugar sin límites* (1977). Otros cineastas destacados fueron los chilenos Miguel Littin, con *El chacal de Nahueltoro*, historia de un analfabeto, condenado a muerte, el film más visto en Chile en esa época, y Raúl Ruiz, creador de *Tres tristes tigres* (1968) quien salió de su país luego del golpe de 1973 para convertirse en uno de los principales directores de cine en Francia. En este período surgieron por primera vez mujeres cineastas, entre ellas la argentina María Luisa Bemberg, que abordó temas sobre la mujer (*Camila*, 1984, sobre un drama histórico del siglo XIX, mencionado en el capítulo 1, y *Miss Mary*, 1986, historia de una institutriz inglesa en Argentina) y la brasileña de origen japonés, Tizuka Yamasaki, autora de un film sobre la inmigración de japoneses a Brasil a comienzos del siglo XX, *Gaijin*.

En el teatro, dos autores tuvieron un impacto en toda la región, e incluso más lejos. Fue sobre todo el caso del brasileño Augusto Boal, creador del "Teatro del oprimido", a comienzos de los años 1960. Siguiendo el enfoque de Paulo Freire (ver anteriormente), esta escuela montó obras que exponían los principales problemas sociales contemporáneos, haciendo además participar al público en el desarrollo de las piezas. Encarcelado y torturado por la dictadura, Boal debió irse al exilio, donde prosiguió su labor, que le dio fama mundial. Algo menos conocido pero influyente fue el argentino Osvaldo Dragún, autor de *Historias para ser contadas*, que impulsó un teatro basado en las creaciones colectivas. Otro autor importante fue el chileno Egon Wolff, quien escribió piezas en que sus personajes expresaban las tensiones sociales y políticas de los años 1960, como *Los invasores* (1963). Después del golpe de 1973, surgió un autor hasta entonces desconocido, Juan Radrigán, cuyas obras denunciaban la opresión y los cambios culturales impuestos por la dictadura.

---

97 Solanas, nacido en 1936, estudió derecho, piano y artes plásticas antes de dedicarse al cine. Militó en el peronismo de izquierda. Mientras filmaba su primer largometraje de ficción, *Los hijos de Fierro*, en 1975, fue amenazado de muerte por los organismos represivos durante el gobierno de Isabel Martínez y debió irse a Francia. Allí filmó *Tangos, el exilio de Gardel*. En 1984 regresó a Argentina, y filmó *Sur*, la historia de un obrero encarcelado durante la dictadura (1988). Más adelante, pese a haber votado por Menem en 1990, se transformó en uno de sus principales críticos, lo que le valió ser víctima de un atentado, cuando desconocidos le dispararon hiriéndolo en las piernas. Pese a ello, en 1992 filmó *El viaje*, feroz sátira contra la política económica de Menem. En 1993 fue elegido diputado por un partido de izquierda.

Cultura popular

Ella se expresó, como en épocas anteriores, principalmente a través de la música y el baile. A los ritmos ya conocidos anteriormente, se añadió la cumbia, originaria de Colombia, que adquirió gran popularidad en toda América Latina. Otro elemento novedoso fue la fama alcanzada por cantantes de origen latinoamericano en Estados Unidos, como la cubana Gloria Estefan, hija de un anticastrista exiliado en Florida. El reggae, un tipo de música nacida en Jamaica, se hizo popular no solo en los países de habla anglófona, sino en el resto de América Latina. Esta música, que mezclaba las influencias africanas con el rock and roll norteamericano, fue acompañada del movimiento rastafari, que preconizaba el regreso a Africa y el consumo ritual de la marihuana. Bob Marley fue uno de sus más populares intérpretes.

El contexto político, marcado por las revoluciones y los golpes de Estado, fue el que marcó la carrera de los solistas y los grupos que hacían música “comprometida”. Entre los más conocidos internacionalmente figuran la argentina Mercedes Sosa, el chileno Víctor Jara (asesinado durante el golpe de 1973) y los grupos chilenos Inti-Illimani y Quilapayún. Estos dos últimos, exiliados luego de la caída de Allende, continuaron su carrera artística en Europa. No fueron los únicos artistas que vivieron esa experiencia: los brasileños Gilberto Gil y Caetano Veloso fueron encarcelados durante dos meses, en 1968, por hacer música considerada subversiva, debiendo exiliarse en Londres. En cambio, los cantantes cubanos Pablo Milanés y Silvio Rodríguez pudieron no solo alcanzar fama internacional, sino que sus carreras no fueron afectadas por la situación política de su país.

La televisión, que se expandió masivamente en este período, ofreció el marco para un producto de masas: la telenovela. Este género se desarrolló sobre todo en Brasil, que pasó a ser un país exportador, tanto en Latinoamérica como en países europeos, donde eran traducidas. Los animadores de programas de televisión de gran público pasaron a ser personajes célebres. Entre ellos destacaron la brasileña Xuxa, la argentina Susana Giménez y el chileno Mario Kreutzberger, conocido como “Don Francisco”.

La televisión contribuyó a difundir otro elemento de la cultura de consumo de masas: los concursos de belleza. Venezuela fue el país que sacó más partido a esta actividad, tranformándose en una industria productora de ganadoras. No menos de seis de sus representantes ganaron en los torneos Miss Universo o Miss Mundo en los años 1970 y 1980. Una de las vencedoras, Irene Sáenz, fue más tarde conocida en política, siendo elegida alcaldesa de Caracas y posteriormente candidata a la presidencia de la República.

Síntesis

De 1960 a 1989 América Latina vivió una época turbulenta, en la que la historia se aceleró. Los problemas políticos fueron los que marcaron al subcontinente, por el enfrentamiento entre los partidarios de la revolución y sus adversarios. Este proceso fue especialmente notorio en América Central, un área hasta entonces olvidada, y que cobró una súbita actualidad. Los actores sociopolíticos se multiplicaron, con la reaparición de los movimientos indígenas, la relativa autonomía tomada por las fuerzas militares en algunos países, la formación de los grupos de cristianos de izquierda y la mayor participación de las mujeres en la política y la sociedad. A nivel internacional, el impacto de la revolución cubana, unido a la difusión de las teorías sobre la dependencia e incluso a la literatura del boom, puso a América Latina de actualidad mundial. La aparición de nuevos estados nacionales como resultado de la descolonización de los años 1960, hizo más complejo el panorama del área de Caribe.

Pero no solo la política se aceleró. Aunque sin arrojar grandes resultados, la formación de los primeros mercados regionales y la aparición cada vez mayor de las multinacionales, cambió los parámetros de la vida económica, en un esfuerzo por dar un nuevo giro a la estrategia de desarrollo. El gigantesco endeudamiento, que estalló en los años 1980, hundió a la región en una grave crisis.

Las dictaduras que dominaron a la mayor parte de los países ejercieron una represión sin precedentes, que significó la muerte y el exilio de decenas de miles de personas. La democracia, en la mayoría de los países, parecía una ilusión o un lujo que la fragilidad de los sistemas políticos y las economías latinoamericanas no podían permitirse, según algunos. Cuando las dictaduras comenzaron a entregar el poder a regímenes civiles elegidos, esto coincidió, a escala mundial, con la degradación progresiva de los países de Europa del este, particularmente de la URSS, y con la nueva hegemonía mundial de los Estados Unidos. Esto creó un nuevo contexto, en el que ya no había más espacio para las ideas basadas en el cambio rápido de las sociedades. La reconstrucción de la democracia se haría en un nuevo marco regional e internacional, que abría una nueva época.

Capítulo VI
¿El triunfo del neoliberalismo?
De 1990 a nuestros días

1990 marcó el inicio de una nueva época en la historia latinoamericana. Enmarcados por la nueva realidad mundial, cuyo principal elemento era la caída de los gobiernos comunistas en Europa del Este y la desaparición de la Unión Soviética, los países latinoamericanos comenzaron a orientarse según los principios básicos del liberalismo, donde la empresa privada, ya sea nacional o extranjera, es el motor de la economía, y donde las elecciones debían reemplazar a las dictaduras y las tentativas revolucionarias. La antigua polarización entre los que buscaban el cambio global de las sociedades, ya fuese por la vía armada o la vía institucional, y los que se aferraban al statu quo empleando toda clase de métodos, incluso aquellos que no respetaban los derechos humanos más elementales, parece cosa del pasado.

Esta perspectiva, que recuerda un tanto la del *fin de siècle* del siglo XIX, cuando el liberalismo parecía imponerse en la totalidad de la región, ha dado lugar a un proceso cuyas características –y sobre todo sus resultados– no están aún plenamente definidas y evolucionan a través del tiempo. En los últimos años se ha asistido a la emergencia de experiencias nacionales que se apartan del "consenso de Washington", expresión que simbolizaba las orientaciones antes mencionadas, aunque aún está por verse si ello constituirá una tendencia mayoritaria dentro del subcontinente.

6.1. El contexto internacional: un mundo sin Guerra Fría

El fin de la oposición entre el "campo socialista" y el occidente capitalista es sin duda el elemento fundamental del nuevo escenario internacional donde evolucionan los Estados latinoamericanos. La desaparición de la Unión Soviética, la paulatina cercanía de China hacia los países occidentales y el debilitamiento material e ideológico de Cuba crearon un contexto en el cual las tensiones internacionales disminuyeron notablemente. Las relaciones entre Estados Unidos y sus vecinos del sur podían desarrollarse en un clima de colaboración más que de confrontación o de reproches, lo que llevó incluso al presidente Bill Clinton, en 1999, a pedir excusas a los guatemaltecos por la responsabilidad de Washington en las masacres perpetradas en ese país desde el golpe de Estado de 1954. Otro

MAPA 7
GRUPOS ECONÓMICOS REGIONALES, 1960-2001



signo de la nueva época fue la política asumida por el gobierno del presidente argentino Carlos Menem, el cual cambió la actitud tradicionalmente desconfiada de su país hacia Washington por un apoyo abierto hacia la potencia del norte, lo que se materializó en la participación de un contingente militar argentino en la Guerra del Golfo contra Irak en 1991. La entrega definitiva del Canal de Panamá al gobierno de ese país, en 1999, ilustró también la voluntad de Washington de mejorar sus relaciones con sus vecinos del sur[98]. Otros elementos importantes en este proceso son el proyecto de integración económica de las Américas, lanzado en 1990 por iniciativa de Estados Unidos, y que aunque sufrió un revés importante en 2005, produjo efectos significativos para varios países cuyas economías están fuertemente enlazadas con las del país del norte, sobre todo las de México y Centroamérica. También debe mencionarse la colaboración para luchar contra el narcotráfico, lo que se ha traducido en varias reuniones internacionales entre Estados Unidos y los países productores de droga.

Esta nueva atmósfera en las relaciones interamericanas no bastó, sin embargo, para cambiar la política de Estados Unidos hacia Cuba. No solo el bloqueo comercial y diplomático contra La Habana persiste, sino que se agravó con la aprobación de dos leyes, la Torricelli de 1992, que extendía el embargo comercial a las filiales de empresas estadounidenses, aunque éstas operasen en otros países, y sobre todo la Helms-Burton de 1996, que castigaba con fuertes multas a las empresas de terceros países que hacían negocios con los cubanos en áreas donde hubo empresas estadounidenses expropiadas. Estados Unidos no ha abandonado tampoco su política de intervención en ciertos países, como se demostró en su actuación ante la crisis de Haití, en ocasión de los dos gobiernos de Aristide, ninguno de los cuales terminó normalmente (ver detalles más adelante). La intervención exterior se hizo evidente tras la segunda caída de Aristide, en 2004, cuando el país, que estaba en caos, fue ocupado militarmente, en una acción organizada por Estados Unidos, Canadá y Francia, con la participación de tropas de Brasil y de Chile, situación que aún persiste. El "Plan Colombia", aprobado en 2000 por el Congreso estadounidense para ayudar al gobierno de Bogotá a combatir el narcotráfico y a restablecer el orden en ese país, implica una cierta intervención directa de Estados Unidos, ya que aparte de la ayuda económica, se da también la participación de consejeros militares en ese país. Esta situación podría

---

98 Esto no significa que Estados Unidos haya dejado de lado sus planes de control militar y estratégico de la región. Además de reforzar su presencia militar en Puerto Rico, en especial en la isla Vieques, y de guardar la base de Guantánamo en Cuba, en los últimos años Estados Unidos ha obtenido nuevas bases militares en Manta (Ecuador), Aruba, Curazao y Comalapa (El Salvador). En total, en esas bases hay más de 7.000 militares, la mayoría en Puerto Rico. Además, Washington dispone de 17 bases donde operan radares en Perú y Colombia. En fin, en agosto de 2001 se desarrollaron en el norte de Argentina ejercicios militares conjuntos entre los ejércitos de siete países latinoamericanos, en los que participaron también militares estadounidenses. ¿Preludio de la formación de un futuro ejército panamericano?

acentuar la tensión en las relaciones de Estados Unidos con Venezuela, marcadas por la oposición ideológica entre el régimen dirigido por Hugo Chávez y Washington.

La nueva era en las relaciones entre América Latina y Estados Unidos no ha significado el abandono de una política propia de parte de los Estados latinoamericanos. Las instancias creadas en los años 1980, como el Grupo de Río, se han mantenido, y en 1991 nació una nueva, la Cumbre Iberoamericana, que reúne, además de todos los países latinoamericanos, a España y Portugal. Hecho importante, Cuba participa en esta reunión, que se realiza anualmente, y que permite a los latinoamericanos tener un lazo con dos países miembros de la Unión Europea. La oposición de Chile y México a los planes de intervención de Estados Unidos en Irak a comienzos de 2003, cuando ambos países eran miembros no permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, demostró que ciertos países latinoamericanos eran capaces de hacer oír una voz propia en el concierto internacional y enfrentar las presiones venidas del país más poderoso del mundo, aunque otros mantienen su actitud obsequiosa hacia el poderoso vecino del norte, como El Salvador, uno de los primeros en enviar tropas a Irak, formando parte de la "coalición" organizada por el gobierno de George Bush.

Las tendencias autonomistas de América Latina se expresan sobre todo en las acciones de los países sudamericanos, que no solo mantienen un ritmo sostenido de encuentros multilaterales, sino que lanzan proyectos ambiciosos, como la idea de crear una "comunidad de naciones", con un pasaporte común, proyecto lanzado en Cuzco, en 2004, el de la integración energética y la creación del "Banco del Sur", estos últimos impulsados principalmente por Venezuela.

Las relaciones con otras potencias mundiales, ya sea las de Europa o Asia, no han dado lugar a resultados espectaculares. Ha habido contactos frecuentes entre la Unión Europea y Latinoamérica, lo que se expresó en su forma más aparente en la reunión de Río de Janeiro, en 1999, pero que concluyó con una declaración de intenciones vaga, en la cual las partes expresaban su deseo de un mayor acercamiento. El resultado más tangible de la influencia europea ha sido el lograr dejar sin efecto la aplicación de la ley Helms-Burton en lo que se refiere a las inversiones de países del Viejo continente en Cuba. Argentina mejoró sus relaciones con Gran Bretaña, enfriadas luego de la Guerra de las Malvinas de 1982. Dentro del hemisferio, Canadá, que ingresó a la OEA a fines de 1989, acrecentó su presencia en las diversas instancias regionales, y su primer ministro, Jean Chrétien, ha hecho dos giras por diversos países latinoamericanos, además de una visita a Cuba en 1998, muy criticada por Estados Unidos. El gobierno de Castro obtuvo también un cierto apoyo internacional con la visita del Papa Juan Pablo II ese mismo año, lo que permitió además una leve mejoría en el trato del gobierno cubano hacia los católicos. Sin embargo, la represión contra los opositores dentro de Cuba, en mayo de 2003, suscitó la reprobación de muchos países europeos.

Los conflictos internacionales armados han sido escasos. El único en todo el período fue la guerra no declarada entre Perú y Ecuador a comienzos de 1995, en un enfrentamiento

que equivalía a hacer resurgir el viejo diferendo entre ambos países por el trazado de la frontera, luego de la guerra de 1942. Tras un mes de combates, los beligerantes aceptaron suspender las hostilidades y acogerse a un arbitraje internacional. Al año siguiente, el presidente peruano, Alberto Fujimori, visitó oficialmente Ecuador. Los tiempos no están para las rivalidades, sino para la cooperación internacional. Por esta razón, la crisis que pareció estallar entre Colombia y Ecuador, a comienzos de marzo de 2008, cuando fuerzas armadas colombianas penetraron el espacio territorial de su vecino del sur a fin de atacar a un grupo de las FARC, se resolvió rápidamente.

6.2. La economía: éxitos y fracasos del neoliberalismo

A partir de 1990 se confirmó la tendencia ya esbozada en la década anterior, durante la cual se comenzaba a diseñar una economía donde el sector privado, ya fuese nacional o extranjero, jugaba un papel cada vez más dominante. Tal proceso se dio a través de políticas de privatización de empresas públicas, tanto en el sector productivo como en el de servicios. Esta tendencia continuó y se reforzó desde 1989, cuando países donde las empresas del sector público constituían un sector importante de la economía, como en Brasil, también entraron en la senda de la privatización. Un ejemplo de ello fue la venta de la Compania Vale do Rio Dolce, que desde hacía décadas explotaba distintos yacimientos mineros, vendida en 3 mil millones de dólares en 1997. Al año siguiente, fue el turno de Telebras, conglomerado de telecomunicaciones, vendido en 18 mil millones. Lo propio hizo Argentina, que privatizó la mayor parte de sus servicios públicos, vendidos a intereses españoles y franceses. Tal vez el signo más espectacular de esta tendencia fue la decisión del gobierno mexicano de poner término a la ley que prohibía a los miembros del *ejido* (ver capítulo 3 sobre la reforma agraria mexicana) vender sus tierras, abriendo así la puerta a la privatización de ese sector agrícola. Sin embargo, esta orientación sufrió un revés de consideraciones con la nueva política boliviana respecto al gas, cuando el gobierno de Evo Morales obligó a las compañías extranjeras (europeas y brasileñas) a renegociar los términos de explotación de esa riqueza natural, lo que permitió a Bolivia recibir un incremento importante en las ganancias que quedaban en el país. Venezuela ha procedido a nacionalizar ciertas empresas extranjeras, y anuncia cada vez con mayor fuerza que el país avanza hacia un régimen socialista, pero no puede decirse que esos dos casos constituyan una tendencia generalizada. De todos modos, no se trata de una política de expropiación total, como hubiera sido concebida en otras épocas, sino de forzar al inversionista extranjero a mayores beneficios a favor del país.

Otro rasgo sobresaliente ha sido la importancia cada vez mayor de los tratados comerciales, ya sea entre regiones o bilaterales, cuyo objeto es incrementar el comercio internacional a través de su liberalización, reduciendo las tarifas aduaneras. A los ya existentes en la época anterior (ALADI, MCC, CARICOM, Pacto Andino) vino a sumarse el Mercosur, creado a

comienzos de 1995 entre Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay, a los cuales se sumaron más adelante Chile y Bolivia, aunque solamente como miembros asociados, esto es, sin estar obligados a seguir plenamente las mismas orientaciones. Venezuela también se ha integrado al grupo (precisar). Desde enero de 1994, México se sumó a la zona de libre cambio creada entre Canadá y Estados Unidos en 1989, lo que dio lugar al nacimiento de la Asociación de Libre Cambio para Norteamérica, más conocida por su sigla en inglés, NAFTA. Varios países firmaron tratados bilaterales de libre comercio, como el de México con Chile, y el de este último país con Canadá en 1996, y más recientemente con Estados Unidos, que entró en vigencia en 2004. Algunos países, como México, Perú y Chile, comenzaron a participar en las reuniones del Foro de Libre Comercio del Asia-Pacífico (APEC).

Los resultados de estas iniciativas (y de las que venían de la época anterior) han sido desiguales. Aunque en general ha habido un incremento del comercio entre los países miembros de cada pacto regional, este proceso ha sido irregular, y en el caso del MCC, se ha estancado o ha retrocedido entre 1995 y 1999; más importante aún, en el caso del Mercosur, que reúne a dos actores de gran peso, como Brasil y Argentina, que no han logrado ponerse de acuerdo en una política monetaria común, lo que pone en serio peligro el futuro de este mercado.

La tendencia a la liberalización del comercio exterior pareció encontrar su mayor expresión en las primeras tres reuniones-cumbres para negociar la creación de ALCA, una zona de libre cambio para todas las Américas: la de 1994 en Miami, 1998 en Santiago y 2001 en Québec. Esta última iniciativa, en la cual participan todo los países del hemisferio, salvo Cuba (excluida por ser considerada un país no democrático), era al mismo tiempo la más polémica, ya que si bien muchos países latinoamericanos deseaban tener un mayor acceso al mercado de Estados Unidos y al de Canadá para la venta de sus productos, muchos temían también las consecuencias de ese pacto, que daría libertad de acción a las empresas norteamericanas para colocar sus productos y servicios en Latinoamérica, lo cual podría ser ruinoso para las empresas nacionales. También se temía la competencia desleal de la agricultura estadounidense, que recibe fuertes subvenciones del gobierno, y algunos, especialmente Brasil, denuncian el proteccionismo que Estados Unidos aplica a determinados productos, como los jugos de frutas, lo que limita las exportaciones latinoamericanas. No era casualidad que Brasil intentara desarrollar más el Mercosur, para contrabalancear los efectos del ALCA, en una política que busca transformar a ese país en líder regional. Entre los actores no gubernamentales, muchos denuncian el hecho de que las negociaciones se hacen solamente entre grupos de expertos nombrados por los gobiernos, sin que los parlamentarios de cada país tengan posibilidad de intervenir antes de votar por la aprobación del texto final. Todo esto dio como resultados el abandono del proyecto ALCA a fines de 2005, en la Cuarta Cumbre de las Américas, en Mar del Plata, cuando se hizo patente que Brasil y Argentina no compartían los objetivos propiciados por Washington, actitud apoyada por Venezuela. El gobierno de Estados Unidos ha buscado

compensar ese fracaso con acuerdos bilaterales, estrategia que ha dado frutos importantes, ya que además de los acuerdos ya antiguos con México y Chile, varios países más, como República Dominicana, Colombia, Perú y los de América Central han firmado tratados de libre cambio. La integración continental ideada por Estados Unidos ha dado entonces frutos parciales de importancia, aunque no logró materializarse con toda la amplitud deseada. Venezuela lanzó a fines del 2004 el proyecto de la alternativa bolivariana de las Américas (ALBA) pero hasta ahora solo ha logrado incorporar a Cuba y a Bolivia. Estas maniobras comerciales internacionales se dan en un contexto donde los países latinoamericanos presentan una gran variedad en sus mercados, ya que si bien Estados Unidos sigue siendo un socio importante, en especial para las exportaciones de México, Centroamérica y el Caribe (excepto Cuba, evidentemente), los países sudamericanos muestran una orientación muy distinta, como se observa en el cuadro 26 siguiente:

Cuadro 26
Principales clientes comerciales de A. Latina, 2005

País	Principal origen de importaciones %	Principal mercado de exportación %
Argentina	A. Latina, 44%	A. Latina, 39,7%
Bolivia	A. Latina, 71,2	A. Latina, 69,5
Brasil	Asia, 25,7	A. Latina, 24,7
Chile	A. Latina, 35,2	Asia, 33,7
Colombia	A. Latina, 30,9	Estados Unidos, 36,4
Costa Rica	Estados Unidos, 41,4	Estados Unidos, 29,5
Cuba	Unión Europea, 36,3	Unión Europea, 32,7
Ecuador	A. Latina, 42,8	Estados Unidos, 52,0
El Salvador	A. Latina, 41,1	Estados Unidos, 50,7
Guatemala	A. Latina, 35,7	Estados Unidos, 46,3
Haití	Estados Unidos, 46,8	Estados Unidos, 80,7
Honduras	Estados Unidos, 52,7	Estados Unidos, 70,9
Jamaica	Estados Unidos, 40,1	Est. Unidos y Canadá, 40,6
México	Estados Unidos, 60,2	Estados Unidos, 79,2
Nicaragua	A. Latina, 47,6	Estados Unidos, 67,0
Panamá	Asia, 63,7	Unión Europea, 54,2
Paraguay	A. Latina, 51,1	A. Latina, 64,2

(Continúa en la página siguiente)

País	Principal origen de importaciones %	Principal mercado de exportación %
Perú	A. Latina, 42,9	Estados Unidos, 26,1
Rep. Dominicana	Estados Unidos, 49,4	Estados Unidos, 73,1
Trinidad-Tobago	A. Latina, 38,6	Estados Unidos, 61,1
Uruguay	A. Latina, 44,7	A. Latina, 32,1
Venezuela	A. Latina, 36,1	Estados Unidos, 45,8

Fuente: *L'État du monde*, edición de 2008.

El triunfo del nuevo pensamiento económico se expresó a comienzos de los años 1990 en el empleo de recetas liberales ortodoxas para detener la inflación, lo que se ha logrado a costa de disminuir el gasto público. Un caso célebre por lo inesperado, fue la aplicación del "fujishock" en Perú, en agosto de 1990, cuando Alberto Fujimori, el recién elegido presidente, un ingeniero agrónomo descendiente de japoneses, hasta entonces un desconocido, suprimió de un día para otro las subvenciones del Estado a varios productos y servicios de primera necesidad, cuyo costo aumentó brutalmente. Otro mecanismo para ordenar las finanzas ha sido el empleo del dólar como moneda nacional (o su equivalente), lo que fue puesto en práctica por El Salvador en 2000 y en Ecuador en 2001. Argentina, aunque sigue utilizando el peso, dolarizó su economía en 1991, adoptando una ley que ponía a su moneda a la par con el dólar, mientras que otra ley prohibía al gobierno la emisión de dinero inorgánico. En 1998, Cuba debió, tragando su orgullo, aceptar el uso del dólar libremente en la vida diaria, creando así dos mercados paralelos, uno para los que poseen la moneda norteamericana y otro para los que funcionan con el peso. Esta situación fue modificada en parte en 2004, cuando Cuba creó el "peso convertible", de valor paritario con el dólar, que juega su mismo papel, en el sentido de dar acceso privilegiado a ciertos bienes de consumo.

Pese a la mayor estabilidad macroeconómica alcanzada, la región no ha estado exenta de fuertes sacudidas, que han golpeado a los principales países de la región. En diciembre de 1994 estalló la crisis mexicana, reflejada en una brusca devaluación del peso, que provocó un pánico financiero en el resto de América Latina, proceso conocido como el "efecto tequila". En 1998 comenzó la crisis brasileña, de menor amplitud, y en 1999, Argentina entró en un proceso de crecimiento negativo de su PIB, cayendo en un abismo que se agravó a fines de 2001, a tal punto que acarreó la caída del gobierno de De la Rúa, la devaluación del peso y el abandono de la política de dolarización. Ecuador entró en ese mismo momento en una crisis profunda, lo que acarreó, entre otras cosas, el fin del sucre como moneda nacional. Uruguay debió apoyarse en una ayuda de urgencia del FMI en 2002 para reforzar su economía y Venezuela pasó por una fase de crecimiento negativo en ese mismo año. Aunque estas crisis tienen orígenes diversos, que van desde la corrupción de los dirigentes políticos, la

evasión tributaria, la crisis política en Venezuela, el impacto de catástrofes naturales (las inundaciones producidas por el fenómeno climático conocido como *El Niño* en Ecuador y en Perú), la devaluación de la moneda brasileña, el real (que afectó las exportaciones argentinas) y las consecuencias de las crisis originadas en otras latitudes (crisis asiática), un elemento que ha estado presente en todos ellos ha sido el peso de la deuda externa, que continúa ejerciendo una presión considerable sobre ciertos países, especialmente en Argentina. En otros, en cambio, su impacto es mucho menor, ya que representa un porcentaje relativamente bajo de las exportaciones. En los últimos años la situación ha mejorado un tanto, como se observa en el cuadro 27 siguiente:

Cuadro 27
Índices de situación económica, 1995-2005

País	PIB/hab*. PPA	Crecimiento anual promedio, 1995-2005	Deuda externa**	Deuda/ exportac.	Tasa de inflación
Argentina	15 937	2,3	114,335	29,4	10,9
Bahamas	20 507	3,1	336	n.d	1,9
Belice	7 760	5,7	1,000	40,2	4,3
Bolivia	2 904	3,2	6,390	17,8	4,3
Brasil	9 108	2,4	187 994	52,6	4,2
Chile	12 983	4,3	45,154	22,6	3,4
Colombia	8 091	2,2	37 656	37,7	4,3
Costa Rica	11 606	4,5	6,223	7,9	11,5
Cuba	3 900	4,0	15, 200	n.d	5,5
Ecuador	4 776	3,0	17,129	30,6	3,3
El Salvador	5 515	2,6	7,088	10,0	4,6
Guatemala	4 317	3,2	5 439	6,8	6,6
Guyana	4 851	1,6	1 196	5,5	6,6
Haití	1 835	1,2	1 323	4,9	14,2
Honduras	3 131	3,3	5,242	8,7	5,6
Jamaica	4 482	0,6	6,511	16,0	8,6
México	11 249	3,6	167 228	30,2	3,6

(Continúa en la página siguiente)

País	PIB/hab*. PPA	Crecimiento anual promedio, 1995-2005	Deuda externa**	Deuda/ exportac.	Tasa de inflación
Nicaragua	3 844	4,0	5,144	7,8	9,4
Panamá	8 389	4,9	9,765	14,4	29,6
Paraguay	5 277	1,2	3 120	11,8	9,6
Perú	6 715	3,3	28 653	21,4	18,8
Puerto Rico	19 100	3,7	nsa	nsa	nsa
República Dominicana	8 851	5,6	7 398	7,1	7,6
Surinam	6 276	3,6	504	n.d	11,3
Trinidad-Tob.	17 451	8,1	2,652	4,8	8,3
Uruguay	11 646	1,5	14,551	32,5	6,4
Venezuela	7 166	1,6	44,201	18,8	13,6

* Cifras en dólares.
** Cifras en millones de dólares.
PPA: poder de compra en paridad de cambio, sistema que consiste en calcular el ingreso de un país no en cifras brutas sino en el poder adquisitivo de cada moneda.
nsa: no se aplica; nd: no disponible.

FUENTE: *L'État du monde*, edición 2008.

Las cifras de este cuadro muestran una mejoría en relación a la década de 1980, ya que quince de los veintitrés países considerados exhiben un crecimiento del PIB igual o superior al 3% anual entre 1990 y 2000. En 2006 la tasa de crecimiento de varios países fue muy alta, con índices de 10,3% en Venezuela, 8% en Perú, 7,5% en Uruguay y 8,5% en Argentina. Pero no se puede saber si esas tasas se mantendrán por un período suficientemente largo para compensar los bajos promedios de los 10 años anteriores en esos mismos países. Aunque la deuda externa sigue constituyendo un obstáculo importante al desarrollo, en más de la mitad de los países su servicio anual es inferior al 25% de las exportaciones, lo que constituye algo soportable, y los países en peor situación, como Brasil y México, han conseguido reducir la relación entre el pago de la deuda y el valor de las exportaciones a proporciones más tolerables. Este último país ha superado los problemas de su crisis financiera de 1994-1995, y los índices de crecimiento de los últimos años son satisfactorios, aunque en 2001 la tasa fue negativa, con un -0,3%, lo cual indicaba una recesión. Aunque ya no mantiene la alta tasa de crecimiento que conservó en gran parte de los años 1990, Chile sigue mostrando una economía relativamente próspera y parece al abrigo de crisis financieras. Argentina

ha mostrado una recuperación marcada luego de los años críticos, de 2000 a 2002. Eso se logró en parte con la renegociación de la porción privada de la deuda externa, luego de 36 meses de *default*. El resultado fue una reducción significativa del peso de la deuda, que bajó de 190 a 125 mil millones de dólares. Otro logro importante ha sido frenar o hacer disminuir la inflación en la mayoría de los países. Esto no es algo despreciable, sobre todo en países donde en las décadas anteriores la inflación había alcanzado cifras surrealistas, golpeando especialmente a los sectores de menos ingresos. Esto explica en buena medida el triunfo de Fernando Henrique Cardoso en la elección presidencial brasileña en 1994, derrotando por amplio margen al candidato del Partido de los Trabajadores, Luiz Inacio da Silva (Lula), ya que Cardoso podía jactarse de haber diseñado el "plan real" que había detenido la inflación en los años anteriores, cuando era ministro de Finanzas y creó la nueva moneda que lleva ese nombre.

Estos logros no hacen olvidar la existencia de aspectos negativos. Uno de ellos ha sido la persistencia de las desigualdades en la repartición del ingreso, como se verá enseguida. Pero al comenzar el siglo XXI, la economía latinoamericana exhibe una cierta mejoría respecto a las décadas anteriores.

El caso de Cuba es distinto a todos los demás, por las particularidades de su sistema económico y por el peso de su dependencia hacia la ex URSS. Al desaparecer ésta, en 1991, el país caribeño perdió a su principal cliente en materia de comercio internacional y su principal suministrador de petróleo y de muchas maquinarias. Entre 1991 y 1995 la economía cubana pasó por una crisis muy grave, con tasas de crecimiento muy negativo y enormes restricciones al ya limitado consumo interno. Las autoridades se vieron obligadas a hacer concesiones en materia de política económica. Aparte de la apertura hacia el uso libre del dólar, la principal modificación fue el impulso a la creación de empresas mixtas con capitales extranjeros, lo que se ha hecho sobre todo en el sector minero y en el hotelero. Esto último tiene como finalidad la de impulsar el turismo, principal fuente de entradas de Cuba junto a las tradicionales exportaciones de azúcar. Ha habido una mayor tolerancia hacia la pequeña empresa, como los restaurantes, pero con enormes limitaciones para su funcionamiento (no más de diez mesas en cada establecimiento), pero todo ello sin dejar de lado la tradicional hostilidad a la empresa privada. En fin, se ha vuelto a aceptar la venta libre de productos agrícolas, lo que había estado prohibido durante un tiempo. La persistencia y el agravamiento ya comentado del bloqueo comercial de parte de Estados Unidos, acentuaron los problemas, que sin embargo comenzaron a ser superados desde 1996, año en que el PIB comenzó a mostrar índices positivos. El interés mostrado por empresas estadounidenses en invertir en Cuba puede llevar a un ablandamiento del bloqueo en los próximos años, pero puede también desvirtuar aún más el sistema socialista que los dirigentes de la isla dicen querer preservar, y que se vio modificado en buena parte en los años en que un sector de la población puede consumir con dólares y otro sector debe seguir pagando con pesos. El rostro de la economía cubana ha cambiado de modo significativo en

los últimos años, ya que el azúcar dejó de ser el producto principal: las últimas cosechas anuales son de apenas poco más de 1 millón de toneladas, mientras que en años anteriores se cosechaban entre 5 y 6 millones. El turismo y las ventas de zinc han pasado a ser las actividades más dinámicas, lo que ha permitido un repunte en el crecimiento del PBI al comenzar el nuevo siglo.

6.3. La sociedad: agravamiento de las desigualdades

La estructura de clases y la repartición del empleo no cambió fundamentalmente en los años posteriores a 1989. La mayoría de la población continúa viviendo en medio urbano y concentrada en el sector de los servicios, a excepción de los países centroamericanos, donde la población rural continúa siendo importante.

El hecho más destacado en este rubro lo constituye el escaso progreso –e incluso puede hablarse de fracaso– de las políticas de desarrollo social a lo largo del subcontinente en la última década: pese a la mejoría relativa de la situación económica y a los avances en materia de democracia política, la situación de sectores importantes de la sociedad sigue siendo muy desmedrada. El efecto de ciertas catástrofes naturales, como las lluvias diluvianas que asolaron la región de Caracas y la costa norte de Venezuela a fines de 1999, el huracán "Mitch" en El Salvador y los países vecinos en Centroamérica en 1998, y anteriormente la epidemia de cólera que afectó a Perú en 1991 pusieron en evidencia la amplitud de la pobreza en esos países. Otro tanto ocurrió con fenómenos cuya causa no era la naturaleza, sino los efectos de las políticas liberales, como las protestas de la población rural en muchas regiones de Bolivia, en 1999, contra el proyecto de privatización del agua y los diversos estallidos de protesta en Argentina por la grave crisis económica en que este país se hundió en 2001, lo que condujo a la aparición del movimiento de *piqueteros*, que ha pasado a simbolizar las acciones de protesta popular contra la cesantía y el hambre.

Estos sucesos se traducen, en las cifras, en porcentajes importantes de la población sumida en situación de pobreza y en desempleo. En cambio, un índice positivo es la disminución en todos los países, a veces en grado importante, de la mortalidad infantil. El hecho de que la mayoría de los países exhiba un aumento en el gasto público dedicado a la educación es otro índice positivo. El cuadro 28 siguiente resume esta situación:

Cuadro 28
Índices de desarrollo social, 1980-1998

País	Tasa de desempleo*		Tasa de mort. inf.**		Gasto públ. educ.#		Hogares pobres##	
	1980	1999	1980-85	1995-2000	1980	1997	1980	1998
Argentina	2,6	14,5	32,2	21,8	1,9	3,8	7+	12+
Bolivia	7,1	6,1	109,2	65,6	3,8	5,9	s.i.	47+
Brasil	6,3	7,6	64,4	42,2	0,7	5,1	39	29
Chile	11,7	10,8	23,7	12,8	4,1	3,3	39~	18
Colombia	10,0	19,4	48,4	30,0	2,5	4,5	39	45
Costa Rica	6,0	6,2	19,2	12,1	6,2	10,0	22	20
Cuba	s.i.	6,0	17,0	9,0	s.i.	10,0	s.i.	s.i.
Ecuador	5,7	14,4	68,4	45,6	5,3	3,5	s.i.	50+
El Salvador	s.i.	6,9	77,0	32,0	3,4	2,5	s.i.	48
Guatemala	2,2	5,9	78,8	46,0	1,8	1,8	65	s.i.
Haití	s.i.	s.i.	122,0	66,1	1,0	s.i.	s.i.	s.i.
Jamaica	s.i.	15,7	31,0	22,0	7,5	7,4	s.i	s.i.
México	4,5	2,5	47,0	31,0	3,1	5,1	32	38
Nicaragua	s.i.	10,7	79,8	43,4	3,5	5,1	s.i.	66+
Perú	7,1	9,1	81,6	45,0	2,5	2,0	46	37
Rep.Dom.	s.i.	13,8	71,5	33,6	2,1	2,5	s.i.	32
Uruguay	7,4	11,3	33,5	17,5	1,9	3,0	11	s.i.
Venezuela	6,0	14,9	33,6	20,9	4,1	4,4	22	42
Total A. Latina	–	–	58,3	36,1	–	–	35	36

*: Calculada en medio urbano.
**: Calculada en promedios quinquenales, por millares.
#: En porcentaje del PIB.
##: Porcentaje de hogares cuyo ingreso es inferior al doble del costo de una canasta básica de alimentos. Incluye los sectores en indigencia (hogares cuyo ingreso es inferior al costo de la canasta).
+ Cifras de hogares urbanos solamente.
~: Cifra del año 1987.

FUENTE: *Anuario estadístico de la CEPAL*, 2000.

La imposibilidad de superar la pobreza constituye sin duda la principal derrota de la nueva era histórica enmarcada por el liberalismo. Los progresos de unos pocos países, como Chile, no alcanzan a compensar los importantes retrocesos de países como Colombia, México, Venezuela y Argentina, país este último donde a fines del 2001 cerca del 40% de la población estaba considerada en la pobreza. Ello explica sin duda la mantención del flujo emigratorio hacia América del Norte y Europa, en el que participan no solo los centroamericanos y mexicanos, como ocurre desde hace décadas, sino también los países cuyos habitantes no participaban masivamente en ese proceso, como Perú y Ecuador, que en la última década han comenzado a aportar contingentes importantes de la inmigración en España, y en menor medida, hacia Chile. Argentinos y uruguayos, sobre todo los que son descendientes de europeos, lo que les abre la posibilidad de un pasaporte, buscan pasar al Viejo Mundo. Los envíos de dinero de los inmigrantes a sus familias, las *remesas*, han llegado a constituir porcentajes significativos del PBI de ciertos países, en especial de Jamaica, El Salvador, México, Ecuador y Perú. En Colombia, en los últimos años cientos de miles de personas, los *desplazados*, han debido irse a vivir a otras regiones, y la emigración ha tomado grandes proporciones, ya que considerando solamente los años de 1996 a 2000, 1,1 millón de personas abandonaron el país. Todo ello no solo por razones económicas, sino por los distintos tipos de violencia (guerrillas, criminalidad, narcotráfico) que afectan la vida cotidiana. Los problemas económicos de Cuba provocaron en 1994 una importante salida de personas que intentaban pasar ilegalmente a Estados Unidos, episodio conocido como la crisis de los *balseros*. Este hecho, que tuvo ribetes políticos, ya que suscitó, por primera vez, la aparición de críticas al gobierno (expresadas en rayados de murallas, ante la ausencia de medios de prensa), se solucionó cuando Estados Unidos aceptó entregar 20.000 visas anualmente a los cubanos que fuesen candidatos a la emigración. En general, el proceso migratorio de este período contrasta con el de las décadas anteriores, en las cuales la principal motivación de las salidas había sido huir de la represión y de las guerras; ahora, las razones son netamente económicas.

Otro problema fundamental es que la sociedad no es más igualitaria que durante el período de dictaduras, como lo señalan las estadísticas sobre la repartición del ingreso, que indican más bien un retroceso al respecto, sobre todo en el caso de Brasil, México y Venezuela. El cuadro 29 siguiente ilustra esta situación, comparando diversas fechas:

Cuadro 29
Distribución del ingreso, países seleccionados

País		Distribución del ingreso por quintiles*		Relación entre Q1 y Q2**
		Q. 1 (más pobre)	Q. 2 (más rico)	
Argentina	1980	6,8	45,3	17,6
	2003	3,2	56,8	
Brasil	1979	3,9	56,0	23,7
	2003	2,6	62,1	
Chile	1987	4,4	56,1	18,7
	2000	3,3	62,2	
Colombia	1980	3,4	58,8	25,3
	2003	2,5	62,7	
Costa Rica	1981	6,8	40,1	13,0
	1997	6,1	42,2	
Honduras	1990	4,0	54,9	17,1
	1997	4,5	51,7	
México	1984	7,9	41,2	16,2
	1998	6,8	49,9	
Panamá	1979	4,7	45,9	14,7
	1997	4,3	52,7	
Paraguay	1986	5,8	48,9	23,0
	1996	6,5	47,8	
Uruguay	1986	n.d.	n.d.	8,9
	1996	n.d.	n.d.	
Venezuela	2000	4,7	49,3	10,6

*: En medio urbano, en porcentaje.
**: Datos del promedio de los años 1987-1998.

FUENTE: *Anuario estadístico de la CEPAL*, 2000, y *Rapport sur le développement humain*, 2000.

La tendencia a la concentración del ingreso en pocas manos se mide en la existencia de una elite de multimillonarios, que comienza a figurar en todas las estadísticas mundiales sobre las grandes fortunas. En México, ellas se concentran sobre todo el sector financiero; ha habido un proceso de concentración de bancos con características muy acentuadas: de 248 bancos en los años 1960, se ha pasado a apenas 13 en 1996. Esto ha favorecido a personajes como Carlos Slim Helú, dueño de Banamex, el banco más grande de México y cuya fortuna estaba avaluada en 1995 en 6,1 mil millones de dólares. Su primo Alfredo Harp Helú y uno de sus socios, Roberto Hernández, son dueños de una fortuna de mil millones de dólares cada uno. En total, hay 25 mexicanos entre los multimillonarios del mundo, entre ellos representantes de familias tradicionales, como Eugenio Garza (de la antigua dinastía Garza-Sada, nacida a comienzos del siglo XX), dueño de Bancomar, el segundo banco más grande de México. En total, la concentración del ingreso es tal en México, que en 1994 se calculaba que 183 000 personas, que constituían el 0,2% del total de la población, eran dueños de fortunas equivalentes al 51% del total del PIB del país, situación no muy diferente en países como Chile y Brasil. Este último país figura entre los que exhiben las mayores desigualdades en el ingreso no solo en América Latina, sino también en el mundo[99].

En Chile, desde hace varios años, tres nombres aparecen en la lista de los poderosos, cuya fortuna es igual o superior a mil millones de dólares: Andrónico Luksic, un inmigrante de origen croata, con inversiones en la distribución de petróleo, la celulosa, la pesca y la industria forestal; Angelo Angelini (nacido en Italia) y la familia Matte, dueña entre otras de la principal industria manufacturera de papel. El triunfo de los empresarios chilenos, que ha menudo ha sido mostrado como ejemplo no solo para la región, sino a nivel mundial, se expresa además en la inversión de capitales chilenos en otros países de Latinoamérica (especialmente en Argentina) y del mundo; en 2000, la cifra total de esas inversiones era cercana a los 14 000 millones de dólares.

Entre los multimillonarios de otros países, es interesante destacar que varios de ellos han construido su fortuna principalmente a través de los medios de comunicación, lo que les da además un enorme poder político. Roberto Marinho, dueño de la cadena de televisión *O Globo* en Brasil; la familia Cisneros, propietaria de cadenas de televisión en Venezuela y en otros países (incluyendo inversiones en Miami), y el colombiano Julio Mario Santodomingo, dueño de la pricipal estación de televisión del país, así como de la mayor

---

99 En Jamaica y Guatemala, que no aparecen en el cuadro, el ingreso del 20% más rico de la población era 44,1 y 30 veces superior, respectivamente, al ingreso del 20% más pobre. Con ello, se trataba no solo de los dos países con peor distribución del ingreso en América Latina, sino que, a escala mundial, se clasificaban en segundo y cuarto lugar en ese aspecto, seguidos de cerca por Paraguay y Brasil, en sexto y séptimo lugar mundial. A escala mundial, las mayores desigualdades se encontraban en Sierra Leona, con una relación de 57,6, mientras que entre los países más igualitarios figuraban Austria, con 3,2, Japón, con 3,4, y Suecia, con 3,6. Más atrás venían Canadá, con 5,2, y Estados Unidos, con una cifra de 8,9. Datos de *Rapport mondial sur le développement humain*, años 1999 y 2000.

empresa de teléfonos celulares y de Avianca, primera compañía aérea de Colombia, figuran entre los más conocidos.

Pese a esta enorme concentración del ingreso, los sectores medios y los obreros calificados siguen representando segmentos importantes de la población, aunque sus condiciones de vida tiendan a deteriorarse. La privatización de muchos servicios sociales ha encarecido los costos de la educación y de la atención médica, aunque esto varía de un país a otro. Los servicios médicos gratuitos o de bajo costo, ofrecidos por el Estado, no han desaparecido, y en Argentina, los estudios universitarios continúan siendo gratuitos, lo que contrasta con la situación en Chile, donde tanto las universidades públicas como privadas cobran cantidades no muy diferentes a las de universidades norteamericanas. La lucha por mantener la accesibilidad a los estudios superiores explica situaciones como la larga huelga de los estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), que en 2000 ocuparon durante meses los campus para oponerse a una anunciada alza de las matrículas de estudio. En Chile, en 2006, los estudiantes secundarios hicieron un movimiento masivo, conocido como el de los *pingüinos*, para exigir del gobierno medidas para mejorar la calidad de la educación pública, que se ha deteriorado enormemente en relación a la ofrecida por colegios privados, lo que perpetúa la diferencia de clases sociales. La modificación de las leyes del trabajo, como por ejemplo en Brasil, a fin de legalizar los contratos a tiempo parcial y el trabajo en horas extraordinarias, ha contribuido a atomizar la clase obrera sin mejorar sus condiciones de vida.

La mujer ha seguido teniendo una activa participación en movimientos sociales y en organismos de derechos humanos; ha logrado tener presencia en ámbitos tradicionalmente masculinos, como en el fútbol[100], y en las fuerzas armadas y la policía; ha progresado en forma notoria en varios países en cuanto a su figuración en cargos de elección popular, y ha mejorado ligeramente su participación en el ingreso, como lo muestran las cifras del cuadro 30 siguiente:

---

100 En la década de los 1990 se empezaron a efectuar los primeros campeonatos sudamericanos de fútbol femenino, y algunos países, sobre todo México y Brasil, participan en los torneos mundiales. En los demás, es una actividad aún muy incipiente y no hay campeonatos profesionales en este deporte para las mujeres.

CUADRO 30
LA MUJER ENTRE 1988 Y 1999: INGRESO Y PARTICIPACIÓN EN EL PARLAMENTO

País	Porcentaje del ingreso de la mujer en relación al del hombre		Elegidas en el parlamento en porcentaje del total	
Argentina	1990	82,6	1988	5,0
	1997	89,6	1999	21,3
Brasil	1990	67,2	1988	6,0
	1996	70,2	1999	5,9
Chile	1990	70,0	1989	5,7
	1998	77,5	1999	8,9
Costa Rica	1990	81,0	1988	14,0
	1997	93,7	1999	19,3
Cuba	1990	n.d.	1988	51,0
	1997	n.d.	1999	27,6
México	1992	77,2	1988	12,0
	1996	75,6	1999	18,0
Panamá	1991	90,0	1988	6,0
	1997	83,4	1999	9,9
Trinidad-Tobago	n.d.		1988	20,0
	n.d.		1999	19,4
Venezuela	1990	80,4	1988	4,0
	1997	85,8	1999	28,6

FUENTES: Para el ingreso, *Anuario estadístico de la Cepal*, edición 2000. Para la participación en los Parlamentos, *Rapport mondial sur le développement humain*, ediciones de los años 1991 y 2000.

Las regiones rurales siguen siendo las más afectadas por las malas condiciones de vida, en particular donde se concentran las poblaciones indígenas. No debe sorprender por ello que dos de los principales movimientos sociales de la última década hayan surgido en el estado de Chiapas, en México, con la aparición del zapatismo en enero de 1994, como expresión de protesta de las etnias del sur de ese país, y con las acciones de los indígenas del Ecuador, sobre todo en mayo y junio de 1990, en defensa de sus tierras, y más tarde, en enero de 2000. Es importante notar que en este último país, aunque el movimiento ha comenzado con la iniciativa indígena en el campo, la acción se ha trasladado también a las

ciudades. En 2000, los indios no solo hablaban en defensa de sus tierras, sino también en relación a problemas del conjunto del país, oponiéndose a la dolarización de la economía. Aunque con menor impacto internacional, los movimientos reivindicativos de los indígenas mapuche y pehuenche en Chile deben ser también considerados aquí. La conmemoración del V Centenario del "Descubrimiento" de América, en 1992 (que ahora se denomina "encuentro de culturas", más equitativo), dio lugar a muchos foros de discusión sobre la condición de los indígenas, lo que continuó en abril de 2000, cuando fue el turno de este mismo tipo de conmemoración en Brasil. Otro hecho que ha contribuido a dar más actualidad a la cuestión indígena ha sido la discusión en torno a la defensa del medio ambiente, que ha llevado a muchos ecologistas a defender a los nativos, en quienes ven a unos aliados de su causa. La cumbre mundial sobre el porvenir de la Tierra de Río de Janeiro, en 1992, fue un evento importante al respecto. La atribución del Premio Nobel de la Paz a la indígena guatemalteca Rigoberta Menchú en 1992, cuya familia fue una de las víctimas de la represión militar en los años anteriores, revistió también un alto significado simbólico y abrió otra tribuna a los autóctonos.

Algunos gobiernos han reconocido los derechos indígenas en su legislación, incorporando incluso esos derechos a la Constitución. Tal fue el caso de Colombia, que al aprobar la nueva Carta Fundamental del país, en 1991, definió por primera vez al país como compuesto por diversas nacionalidades, y adjudicó un cierto número de cargos de diputados y de senadores para representantes de los pueblos indígenas, además de otorgar reconocimiento a sus derechos territoriales. En Chile, la nueva ley indígena de 1992 reconoció la existencia de diferentes etnias en el país, dio personería jurídica a sus organizaciones, creó un fondo para comprar tierras para las comunidades y personas indígenas y creó la educación bilingüe. En Guatemala, como parte de los Acuerdos de Paz, está en discusión una ley sobre reconocimiento de los pueblos indígenas. Y en Bolivia, la Reforma Constitucional de 1994 definió al país como "multiétnico y pluricultural", abriendo la puerta a otros proyectos de ley que están aún en discusión, acerca del significado de la nación boliviana. Aunque todos estos hechos no han cambiado fundamentalmente la situación desmedrada de los nativos, ellos implican un reconocimiento de sus derechos, alimentando los debates acerca del grado de autonomía que estos pueblos buscan alcanzar. Hecho importante, a la excepción del zapatismo (y en sus comienzos solamente) ninguno de los movimientos reivindicativos indígenas ha llevado a cabo acciones armadas, salvo en situaciones esporádicas y en forma limitada.

De todos los movimientos mencionados aquí, el que ha tenido mayor impacto internacional ha sido el zapatismo. Aunque su liderazgo está en manos de un blanco, ya que el famoso líder conocido como "subcomandante" Marcos es de la ciudad (su verdadero nombre es Rafael Sebastián Guillén), sus orígenes son netamente rurales e indígenas. Uno de los elementos claves para su aparición ulterior fue la formación del Congreso indígena de Chiapas en 1974, con la ayuda de Samuel Ruiz, obispo de San Cristóbal, que

permitió el establecimiento de diversas organizaciones de las etnias mayas de esa región. Posteriormente, muchos indígenas comenzaron a ser desplazados de sus ejidos por decisiones legales del estado federal, en un proceso de desalojo que constituyó el caldo de cultivo para el zapatismo. El movimiento, que se preparó durante varios años, y que realizó en 1992 una importante marcha hacia Ciudad de México, se dio a conocer el 1 de enero de 1994, fecha escogida porque al mismo tiempo entraba en vigencia la Zona de Libre Cambio de América del Norte, lo que simbolizaba el acceso de México al mundo desarrollado. Al actuar así, los indígenas quisieron destacar la incongruencia entre el triunfalismo de los dirigentes nacionales del país y la existencia de un problema que se arrastraba desde hacía muchos años, y que era ignorado por el poder.

El zapatismo tuvo varios caracteres específicos. Primeramente, dio amplio uso a los idiomas indígenas, ya que los primeros manifiestos fueron redactados en tzotil. En segundo lugar, aunque en las primeras semanas hubo combates armados, pronto se adoptó la estrategia de actuar a través de la negociación. En fin, se hizo amplio uso de las comunicaciones, obligando al poder a reconocer la existencia del movimiento, buscando (y obteniendo) apoyos en el resto del país y en el exterior. En 1996 se firmaron los acuerdos de San Andrés con el gobierno mexicano, en los cuales se planteaba el reconocimiento de los pueblos indígenas y su derecho a la autonomía, que debía ser refrendado por la Constitución. Pero pese a los éxitos mediáticos del zapatismo y de la fama personal de Marcos, transformado en un personaje de estatura internacional, desde la firma de esos acuerdos no se logró avanzar, ya que las autoridades mexicanas se dedicaron a tergiversar durante años. Cuando finalmente, tras la elección de Fox a la presidencia, se llegó a una votación en el Congreso, en 2001, la ley aprobada entregó a los indígenas mucho menos de lo que éstos esperaban, al darles una autonomía muy limitada, en la que se les negaba, por ejemplo, el control sobre las riquezas del subsuelo, punto importante en Chiapas, donde existen importantes yacimientos de petróleo. Así, muchas de las reivindicaciones indígenas han quedado en suspenso en México, tal como en el resto de Latinoamérica.

También en el campo están las raíces de otro importante movimiento social, el de los campesinos sin tierra de Brasil (MST). Aunque esta organización existía desde antes, ya que fue fundada en 1984, fue en la última década que recibió mayor publicidad, al agravarse el problema. Las protestas de los sin tierra, que constituyen alrededor de 4 millones de personas, han recibido hasta ahora una respuesta solo parcial de parte de la autoridades, que han distribuido tierras con mucha parsimonia. En cambio, entre 1985 y 2000 se calcula que más de 200 campesinos han perdido la vida en los enfrentamientos con la policía o los guardias privados de los grandes propietarios. Dirigidos por Joao Stedile, el MST ha pasado a constituir una fuerza social importante en Brasil, a causa del apoyo que han recibido del Partido de los Trabajadores y de la Iglesia Católica, cuyos obispos han respaldado unánimemente sus reivindicaciones.

No solo los indígenas han recibido un cierto reconocimiento, sino también los negros. De nuevo fue Colombia el país que consagró los derechos de ese sector en la Constitución de 1991, al admitir la propiedad histórica de la tierra a las comunidades negras de la región del Atlántico. Antes, en 1988, en la Constitución brasileña se había inscrito una cláusula provisoria que permite al Estado atribuir títulos de propiedad a los herederos de los antiguos *quilombos*, aunque su aplicación ha sido extremadamente lenta. También en Brasil diversas personalidades negras se han hecho notar, como Benedita da Silva, primera mujer de color elegida diputada (en 1987) y Celso Pitta, primer alcalde negro en Sao Paulo (en 1996). En fin, los homosexuales, grupo social hasta ahora excluido, comienza a tener un cierto grado de reconocimiento, como se advirtió en Argentina, país donde, a mediados de 2003 ,se realizó la primera unión legal de una pareja de homosexuales, aunque sin efecto matrimonial.

Pese a estos avances, la sociedad latinoamericana sigue mostrando un alto grado de violencia, fruto de las tensiones y de las desigualdades. Aunque el fenómeno no es enteramente nuevo, en la mayoría de las ciudades, grandes y medianas, el temor a la delincuencia se ha amplificado y constituye hoy en día uno de los temas de discusión de los políticos. Esto se agrava a veces con el incremento de la criminalidad, generalmente como resultado de la delincuencia, que tiene a veces raíces políticas, como en Guatemala, Honduras y El Salvador, donde la acción de las *maras* constituye un problema social grave, herencia de la guerra de los años 1980 y 1990 y de las desigualdades sociales. Todo ello ha hecho que ciertos países latinoamericanos aparezcan entre los más violentos del mundo[101].

6.4. La vida política: una democratización con altibajos

El rasgo más sobresaliente de la vida política desde 1990 ha sido el mantenimiento del ciclo de democratización iniciado en los años 1980, con episodios claves como los acuerdos de paz en El Salvador en 1992 y en Guatemala en 1996, que significaron el fin de la guerra civil en ambos países, y con la histórica derrota del PRI en la elección presidencial de julio de 2000 en México, que ponía un término al sistema que algunos han llamado "la dictadura perfecta". Con la sola excepción de Cuba, todos los países de la región han desarrollado su vida política dentro de los parámetros de la institucionalidad basada en el multipartidismo y en el respeto al resultado de las elecciones como base para la gestión del poder. La lucha armada por el poder, expresada a través de guerrillas, sigue existiendo –y en gran escala– en

---

101 En Latinoamérica, Colombia encabezaba, en 2000, la lista de países más violentos, con 78 muertos por cada 100 000 habitantes, seguida de Honduras y Jamaica (ambos con 64), y Brasil. En este último país, en la ciudad de Río de Janeiro, en 1997 hubo 69 asesinatos por 100 000 habitantes, cifra nueve veces superior a la de Nueva York. Colombia encabezaba además la lista mundial de secuestros para cobrar rescate, con 972 en 1999, seguida de México con 402 y Rusia con 105. Datos de la prensa brasileña, citados en *La Presse* (Montreal, 6-06-2000), artículo "Record de violence au Brésil: un meurtre toutes les 13 minutes".

Colombia, pero en el resto de la región ese fenómeno ha disminuído notablemente o ha desaparecido por completo. Otro tanto ha ocurrido con los golpes de Estado perpetrados por militares, que ocurren con mucho menos frecuencia. Salvo excepción, los presidentes completan sus mandatos y entregan el mando a sus sucesores, elegidos en elección abierta (en la gran mayoría de los casos). Todo esto constituye un hecho histórico, ya que por primera vez desde la independencia la casi totalidad de los países convergen hacia un mismo estilo de vida política, basado en el pluralismo ideológico y exhibiendo ciertos progresos en el respeto al resultado de las elecciones, los derechos humanos y las libertades básicas.

Si todos estos elementos constituyen un progreso evidente con respecto a las épocas anteriores, no es menos cierto que ha habido un buen número de situaciones que ilustran las debilidades y los límites de la democratización. Así, la vida política desde 1990 presenta un mosaico de luz y de sombra.

Entre los aspectos positivos del período está el hecho de que en la casi totalidad de los países, son las elecciones las que han decidido el paso de un gobierno a otro, aún cuando en ciertas ocasiones el resultado de las urnas implicaba cambios fundamentales en el ejercicio del poder. Aunque representan situaciones opuestas, Nicaragua, Chile y México ilustran esta situación. En el primero de estos países, en febrero de 1990 se registró la sorpresiva derrota de los sandinistas en la elección presidencial, que llevó al poder a Violeta Barros viuda de Chamorro, candidata de la coalición opuesta a los revolucionarios. Para los vencidos, se trató de una experiencia amarga, que ningún sondaje había previsto. Sin embargo, tal como en Chile, los gobernantes, vencidos en las urnas, entregaron el mando a los nuevos dirigentes, respetando el resultado de la elección. Sin duda que en este proceso influyó la enorme presión de Estados Unidos en contra del sandinismo, y el estado caótico de la economía del pequeño país, luego de los años de guerra y de actos de sabotaje perpetrados por la *Contra*, financiada por Washington. Los sandinistas intentaron recuperar el poder, en las elecciones sucesivas, en 1996 y en 2001, y si bien nuevamente su candidato, Daniel Ortega, fue vencido, esto no alteró el orden institucional del país.

En el segundo caso, en marzo de 1990 el general Pinochet, de acuerdo a los resultados de la elección realizada tres meses antes, entregó el mando supremo del país a Patricio Aylwin, el candidato vencedor, que representaba a la Concertación, la coalición de partidos[102] que se había opuesto a la dictadura militar en sus últimos años. Muchos de los ministros y parlamentarios de los partidos de gobierno eran personas que había sufrido la cárcel o el exilio; era la revancha de los vencidos de ayer, pero que no volvían con ánimo confrontacional.

---

102 Básicamente, los partidos Demócrata Cristiano y Socialista, junto a una nueva formación, el Partido por la Democracia (PPD), y el viejo Partido Radical, ahora unido al Social Demócrata. El Partido Comunista nunca participó en esta coalición, y se mantiene en forma independiente, como alternativa crítica a la Concertación. Ocasionalmente, sus militantes han votado en favor de esta última cuando se ha tratado de asegurar la derrota de la derecha, que constituye la principal fuerza de oposición.

Durante el resto del período, las elecciones han sido de nuevo ganadas por la Concertación, tanto la de 1993 como la de 1999 y la de 2005.

La derrota del PRI en la elección presidencial de 2000 constituye un caso dramático, ya que por primera vez el partido que había monopolizado el poder desde 1929, perdía el control del poder supremo. Este hecho venía anunciándose desde hacía algún tiempo, pero a causa de la experiencia y de la falta de escrúpulos del PRI, nadie podía estar seguro de lo que podía suceder. En los últimos años, el PRI estaba sufriendo derrotas parciales en elecciones de gobernador de estado; en 1997, además, había perdido la alcaldía de ciudades importantes, como la de Ciudad de México, ganada por Cuauhtémoc Cárdenas, del PRD. La crisis económica de 1995, los escándalos derivados del asesinato de Donaldo Colossio en 1994 y la aparición del zapatismo, minaron aún más la credibilidad del PRI, todo lo cual abrió la puerta al triunfo de Vicente Fox, candidato del Partido Acción Nacional (PAN) en 2000, que representa a la derecha y a los católicos.

Tendencias: del predominio derechista en los años 1990 al surgimiento de una cierta izquierda

Durante la década de los años 1990, el poder estuvo generalmente en manos de fuerzas políticas de tendencia derechista, identificados con los principios de la economía neoliberal, mencionados anteriormente. Tal fue el caso de la Argentina de Carlos Menem, cuya práctica del peronismo hubiera sin duda hecho removerse en su tumba al general Perón; de Carlos Andrés Pérez en Venezuela y de Eduardo Frei (hijo) en Chile. En Perú, Alberto Fujimori no vaciló en combinar su liberalismo económico con prácticas represivas contra sus opositores, lo cual era justificado por la lucha contra la guerrilla terrorista de Sendero Luminoso, pero que se tradujo en muchas ocasiones por una violencia injustificada contra la población civil. En Bolivia, el poder estuvo dos veces en las manos del millonario Gonzalo Sánchez de Losada, que había vivido largos años en Estados Unidos y hablaba español con un cierto acento "gringo", y en las del antiguo dictador Hugo Banzer, convertido a las virtudes de la democracia. En Nicaragua, tras la derrota de los sandinistas en 1990, la derecha conservó el poder en las elecciones siguientes de la década, y políticos de esa tendencia han gobernado en los países vecinos, Guatemala, El Salvador y Honduras. En fin, en Brasil, pese a su credo socialdemócrata, el presidente Fernando Henrique Cardoso gobernó también siguiendo los principios neoliberales; mientras que en México, el PRI mantenía el poder y se asociaba cada vez más con Estados Unidos, a través de la Asociación de Libre Cambio de América del Norte.

Esta situación ha cambiado un tanto al comenzar el nuevo siglo, en parte con la emergencia o el reforzamiento de nuevas fuerzas políticas que han dado una voz a los sectores más postergados durante el período de las dictaduras. El progreso de estas formaciones ha dado lugar, al comenzar el nuevo siglo, a una situación que muchos analistas han calificado

de “viraje hacia la izquierda” en América Latina, ante la llegada al poder de varios partidos o de alianzas de partidos que se presentaban como una alternativa al neoliberalismo. Aunque este análisis es cierto en parte, es difícil hablar de una tendencia generalizada hacia la izquierda, en gran parte porque esa expresión ya no tiene el mismo significado que se le daba dos o tres décadas antes. Si bien la “nueva izquierda” es crítica del capitalismo, en varios países no busca reemplazarlo ni destruirlo, y se expresa más bien en su preocupación por otros temas, como la lucha contra la corrupción, la defensa de los derechos humanos y la defensa de las minorías sexuales, de la mujer y de los indígenas.

El caso más sobresaliente ha sido el del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil, fundado, como se vio en el capítulo anterior, en 1980. En los años siguientes, el PT ganó la alcaldía de varias ciudades importantes, entre ellas la de Sao Paulo en 1988, y el gobierno de tres estados, en especial el de Rio Grande do Sul, en 1998. Porto Alegre, la capital del estado de Rio Grande do Sul, se transformó más tarde en el centro de los movimientos opuestos al ALCA y a la globalización de la economía. Después que su líder, Lula, perdiera tres veces la elección presidencial, obtuvo el triunfo en la cuarta tentativa, en octubre de 2002, acontecimiento que marcó un hito en la historia del país, ya que por primera vez un candidato de origen obrero llegaba al poder, y en octubre de 2006 fue reelegido con una vasta mayoría. Pero pese a estos éxitos electorales, Lula ha estado lejos de constituir una fuerza de izquierda, en el sentido clásico de la palabra. La mantención de su popularidad se debe a ciertos programas sociales que efectivamente han ayudado a disminuir la pobreza, pero en materia de política económica Lula no se ha apartado de las recetas clásicas. Su discurso ha sido moderado y esto le ha permitido ser apoyado por los votos de algunos de los partidos de la derecha. Pero esto último fue también causado por la existencia del *mensalao* en 2005, el sueldo extra que el gobierno pagaba a los diputados de oposición para que éstos aceptaran apoyar ciertos proyectos de ley, impactó fuerte en la opinión pública. El descubrimiento de este hecho causó una gran decepción en la opinión pública, ya que era el ejemplo más evidente de su escaso éxito en terminar con la corrupción que caracteriza la vida política brasileña, y que ha contaminado también al PT, que se decía un partido diferente.

Un ejemplo más convincente ha sido la llegada al poder en Uruguay de la coalición “Encuentro progresista-Frente amplio”, que había estado a punto de ganar la elección presidencial de 1999, y que triunfó en la de 2004, con el médico Tabaré Vázquez como presidente. Terminaba así con el bipartidismo de blancos y colorados, que monopolizaban el poder desde hace más de un siglo. Hecho simbólico, varios ex guerrilleros del movimiento Tupamaro de los años 1970 figuran como ministros en el nuevo gobierno.

El hecho más espectacular de la tendencia izquierdista ha sido el surgimiento del movimiento encabezado por el coronel Hugo Chávez en Venezuela. Este militar saltó a la noticia con su tentativa fallida de golpe en febrero de 1992, contra el gobierno del presidente Carlos Andrés Pérez, al cual acusaba de corrupción. Aunque derrotado y en prisión, recibió

un amplio apoyo de la opinión pública, a tal punto que fue liberado poco tiempo después. Desde entonces, se lanzó a la política, creando su propio partido, el "Movimiento de la V República", que con el apoyo de algunas formaciones de izquierda lo llevó a ganar la elección presidencial en diciembre de 1998. Un año después, hizo aprobar una nueva Constitución, que recibió el apoyo del 70% de los participantes, y que cambió el nombre del país, creando la "República Bolivariana de Venezuela". La nueva Carta Fundamental daba extensos poderes al jefe de gobierno (como el de disolver el Parlamento), incluyendo además varias disposiciones que implicaban un real progreso democrático, como el reconocimiento de los derechos de los indígenas (a la autonomía territorial, al respeto a sus lenguas), medidas para poner un freno a la corrupción, como la prohibición de acumular varias jubilaciones, y otras que intentan dar al electorado un mayor control sobre los elegidos, como la cláusula que permite destituir a un parlamentario si sus electores reúnen un cierto número de votos. En julio de 2001, Chávez fue de nuevo elegido Presidente. Su victoria renovaba la vida política venezolana, al derrotar a los dos partidos que estaban monopolizado el poder en el país desde 1958, la Acción democrática y el COPEI, que además eran acusados de corrupción. Chávez prometía demás una acción rápida en favor de los pobres (planes de vivienda, de salud…) y no ocultaba su amistad con Fidel Castro. Su política económica no era clara, ya que pese a su discurso contra los empresarios, no postulaba una política de nacionalizaciones ni se decía contra el capital extranjero. Desde fines de 2001 su gobierno enfrentó serios obstáculos, al tener que enfrentarse a una fuerte resistencia de sectores empresariales y de una parte de la población, que organizaron continuas protestas en su contra, especialmente luego de una serie de leyes que activaban la reforma agraria y permitían al gobierno intervenir en la dirección de varias empresas, acusándolo de dictador, en una situación que recordaba al ambiente previo al derrocamiento de Allende en Chile. Todo ello pareció culminar con la tentativa de golpe militar de abril del 2002, que si bien fracasó, ya que después de ausentarse por un día del poder el presidente volvió a tomar el mando, la estabilidad no volvió al país, ya que la oposición siguió exigiendo su renuncia, en un ambiente de huelgas continuas que ha llevado la economía a una muy difícil situación. En agosto de 2004 Chávez ganó un plebiscito con el cual la oposición quería derribarlo legalmente, y a fines del 2006 fue elegido presidente por tercera vez. Además, a causa de la decisión de la oposición de no presentar candidatos a la elección parlamentaria, alegando falta de garantías, su partido obtuvo la totalidad de los cargos. Chávez ha ido radicalizando sus posiciones, hablando abiertamente de formar una sociedad socialista. Aunque el concepto no incluye la destrucción del sistema capitalista, ya que la empresa privada sigue funcionando, y que la Constitución garantiza su existencia, es evidente que la tendencia a la propiedad estatal o en otras formas, como la cooperativa, van ganando terreno a expensas del sector privado. El proyecto chavista, pese a la retórica fuertemente crítica del gobierno de Estados Unidos, no descarta mantener los lazos comerciales con este país, al cual Venezuela sigue vendiendo buena parte del petróleo. Quizás el aspecto más innovador del chavismo es su proyección internacional, con el apoyo

que el gobierno de Caracas brinda a Cuba, los proyectos ALBA y de integración económica, evocados anteriormente, y que le han dado un respaldo importante de la mayor parte de sus vecinos, en especial de Brasil. Dentro de su país, Chávez dispone de una mayoría sólida, pero que no es incondicional, ya que en 2007 perdió por primera vez un plebiscito, que preveía reformas a la Constitución que le hubieran permitido seguir presentándose a nuevas elecciones presidenciales sin límite en el tiempo. Pero en febrero de 2009 el presidente logró su objetivo, ganando un nuevo plebiscito sobre este tema.

Los más claros apoyos al gobierno de Chávez en Latinoamérica han venido de la elección de dos dirigentes que comparten en buena medida sus posiciones nacionalistas e izquierdistas. El primer caso es el del dirigente indígena boliviano Evo Morales, quien alcanzó la segunda mayoría en la elección presidencial de su país en 2002, y que luego se impuso en la elección de diciembre de 2005, a la cabeza del MAS (Movimiento Al Socialismo). Era un hecho histórico, ya que por primera vez un indígena llegaba al cargo de presidente. Morales se ha distinguido por su política de obligar a las empresas transnacionales que explotan los inmensos yacimientos de gas natural a aumentar la tributación (como se explicó antes) y por su proyecto de cambiar la Constitución, en un intento de "refundar Bolivia". Este tema, que está aún en discusión en el momento de escribir estas líneas, incluye un reconocimiento a los derechos de los pueblos indígenas, lo que ha generado una fuerte resistencia de parte de las regiones del país donde la población blanca o mestiza es mayoritaria. El segundo caso es el de Rafael Correa, un político muy poco conocido hasta antes de la elección, que ganó la presidencia en Ecuador en 2006, presentándose como una alternativa a la derecha, que presentaba como candidato a Álvaro Noboa, uno de los hombres más ricos del país, y criticando fuertemente a todos los partidos, que calificaba de "tradicionales". Tal como Morales, Correa buscar reformular la Constitución de su país, y esboza una política económica de corte más nacionalista respecto al petróleo, riqueza importante de Ecuador. El último país que eligió un gobierno identificado con la izquierda ha sido Nicaragua, donde Daniel Ortega, el líder sandinista, superó sus derrotas electorales de 1990, 1996 y 2002, logrando la victoria en 2006, aunque ha moderado su discurso de los años 1980.

Sin embargo, en otros países la tendencia izquierdista ha sido derrotada o bien ha llegado al poder a través de formaciones que solo emplean ese concepto de manera más bien simbólica. En el primer caso se encuentra México, donde tras un comienzo promisorio a fines de los años 1980, el Partido Revolucionario Democrático (PRD), que agrupaba a los sectores más renovadores del PRI, en torno a Cuauhtémoc Cárdenas, no ha logrado llegar al poder, terminando tercero en la elección presidencial de 2000, a buena distancia del derechista PAN y del PRI, que remató segundo. Y en julio de 2006 su candidato, Andrés López Obrador, pese a su popularidad personal, ganada cuando fue alcalde de Ciudad de México, perdió la elección de manera muy estrecha ante el candidato del PAN, Felipe Calderón. Esta última experiencia fue amarga para la izquierda mexicana, que parecía destinada a

ganar la elección, a causa de la popularidad personal de López Obrador, conocido como ex alcalde de Ciudad de México. El zapatismo, que ha perdido relevancia, no jugó un papel de importancia en la elección y parece haber perdido la influencia que tuvo a mediados de los años 1990. En Guatemala, en la elección presidencial de 2007, Rigoberta Menchú, la Premio Nobel de la Paz, fracasó en su intento de convertirse en una alternativa política en nombre de los pueblos indígenas, ocupando el séptimo lugar, con apenas 3% de la votación. En Colombia, el candidato de la coalición de derecha, Álvaro Uribe, ganó fácilmente las elecciones de 2002 y de 2006; en esta última ocasión, el candidato de la coalición de izquierda, Carlos Gaviria, ocupó el segundo lugar, pero a gran distancia del vencedor. Un aspecto positivo de esta elección fue el quiebre del binomio conservadores-liberales, que dominaba la política colombiana desde hacía décadas: el candidato liberal llegó en tercer lugar, y Uribe triunfó no directamente como conservador, sino como candidato de una coalición de partidos. La derecha ha seguido gobernando en Honduras, donde el partido nacional y el liberal se alternan en el poder, y lo propio ocurre en El Salvador, pese a la emergencia del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), que de una formación guerrillera pasó a ser un partido político, que ganó la alcaldía de San Salvador en 1997 y de 53 otras ciudades, ha estado lejos de alcanzar la presidencia de la república, que sigue en manos de fuerzas derechistas[103].

En el segundo caso se encuentra Chile, donde la coalición gobernante conocida como la "Concertación", si bien hizo elegir a dos candidatos socialistas, primeramente Ricardo Lagos en 1999 y Michelle Bachelet en 2005, no ha intentado realmente apartarse de la política económica neoliberal y no han logrado disminuir las desigualdades sociales que caracterizan el país austral. Es cierto que el triunfo de Michelle Bachelet tuvo el inmenso mérito de llevar por primera vez a una mujer a la presidencia en un país sudamericano[104], y que su gobierno ha llevado a cabo programas sociales en beneficio de las mayorías, como el incremento de las pensiones para jubilados y la ampliación de la atención médica, pero es evidente que se trata de un gobierno que está lejos de compartir las tendencias de un Morales o de un Chávez en cuanto a su política económica respecto a la inversión extranjera en las riquezas nacionales y ha dejado de lado toda alusión a los conflictos de clase. Esta situación se caracteriza por el nuevo lenguaje de los políticos, que han dejado de hablar

---

103 En marzo de 2009 el FMLN logró finalmente ganar la presidencia con el triunfo de Mauricio Funes en la elección presidencial.

104 No considero aquí los casos de mujeres que ocuparon la presidencia en forma interina tras un golpe de Estado o de una renuncia del presidente, como Lidia Gueiler en Bolivia (1979), Ertha Pascal-Trouillot en Haití (1990), Rosalía Artega en Ecuador (1997) o que completaron el mandato de un presidente fallecido, como María Estela Martínez, la viuda de Perón, en 1974; Janet Jagan en Guyana, en 1997 (tras la muerte de su marido, Cheddi Jagan), o Portia Simpson-Miller en Jamaica, quien completó el mandato del primer ministro Percival Patterson, muerto en 2006.

del "pueblo", empleando en cambio el término "la gente", desprovisto de connotación de clase social.

En fin, en otros países el poder ha permanecido en manos de formaciones que no son fácilmente asimilables a una tendencia definida, como el peronismo en Argentina. Luego de la década dominada por Carlos Saúl Menem en los 1990 y del intermedio desastroso del radical Fernando de la Rúa entre 1999 y 2001, el partido fundado por el legendario líder populista volvió al poder con Néstor Kirchner en 2003 y con la esposa de éste, Cristina Fernández, elegida en octubre de 2007. Algo semejante puede decirse del Perú, donde tras los años del fujimorismo, que parecía destinado a un tercer gobierno, pero que debió abandonar el gobierno en 2001, en el poder se han sucedido Alejandro Toledo y recientemente Alan García, del antiguo partido APRA, ninguno de los cuales se ha identificado con la izquierda.

Interrogantes en la participación electoral y en el grado de apego a la democracia

Si bien es evidente que el respeto a los mecanismos electorales y la aparición de nuevas fuerzas representan un progreso para la democracia, hay aún muchos elementos negativos. Uno de ellos es que la participación en los procesos electorales presenta altibajos. Aunque en la mayoría de los casos la tasa de participación de los electores es satisfactoria, ya que alcanza o supera el 80% del electorado, aunque hay que reconocer que en esos países (Perú, Bolivia, Chile, Uruguay, Brasil, Argentina) el voto es una obligación, lo que implica multas a los electores que no se presentan a las urnas. En otros, donde la participación es voluntaria, la abstención ha sido muy alta, como los casos de Colombia, Venezuela, Haití, y gran parte de América Central. Esta situación puede explicarse por el desánimo del electorado ante la violencia constante que aflige a la mayor parte de esos países y al monopolio tradicional del poder entre conservadores y liberales en Colombia, aunque esto último cambió en la elección reciente. El caso de Costa Rica es más sorprendente, ya que la alta abstención contradice la tradición democrática de este país, pero ello es sin duda fruto de las acusaciones de corrupción contra tres de sus últimos ex presidentes. Aún más sorprendente es la abstención elevada que se registra en Venezuela, donde el chavismo, pese a su fuerte apoyo masivo, no ha logrado aún crear una conciencia ciudadana de mayor envergadura. En cambio debe notarse el progreso en la participación en la última elección en El Salvador. En México, desde 1994 la participación aumentó notoriamente (en 1988 la abstención había sido casi del 50%) gracias a las reformas electorales que aseguraron un proceso más limpio que en las décadas anteriores. Debe notarse que en muchos países existe el derecho a votar en el exterior, práctica que aún no adoptan países como Chile, Bolivia y El Salvador. El cuadro 31 siguiente entrega datos sobre los resultados de las elecciones y de la participación electoral:

Cuadro 31
Elecciones* y participación, la última década

País	Año	Ganador %		Segundo %		Participación %
Argentina	1995	Menem	44,94	Bordón	28,37	82,0
	1999	#De la Rúa	48,37	Duhalde	38,29	81,5
	2003	Menem**	24,34	Kirchner	21,99	
	2007	Fernández	44,92	Carrió	21,95	74%
Bolivia	1993	Sánchez de L.	36,28	Banzer	21,45	72,0
	1997	Banzer	22,16	Durán	17,86	71,2
	2002	#Sánchez de Losada	22,46	Reyes	20,91	
	2005	Morales	53,7	Quiroga	28,6	84,5
Brasil	1994	Cardoso	54,22	Lula	27,04	83,2
	1998	Cardoso	53,6	Lula	31,7	78,6
	2002	Lula	52,6	Serra	26,1	82,2
	2006	Lula	48,6	Alckmin	41,6	81,0
Chile	1993	Frei	58,01	Alessandri	24,39	91,0
	1999	Lagos	47,96	Lavín	47,52	86,8
	2005	Bachelet	46,0	Piñera	28,6	84,5
Colombia	1998	Serpa**	31,6	Pastrana	34,4	
	2002	Uribe	53,5	Serpa	31,8	46,5
	2006	Uribe	62,3	C.Gaviria	22,0	45,1
Costa Rica	1998	Rodríguez	46,9	Corrales	44,4	68,9
	2002	Pacheco	38,6	Araya	31,0	69,0
	2006	Arias	40,9	Solís	39,8	65,7
Ecuador	1998	#Mahual	35,3	Noboa	26,9	63,5
	2002	#Gutiérrez	20,4	Noboa	17,7	
	2006	**Noboa	26,8	Correa	22,8	72,2

(Continúa en la página siguiente)

País	Año	Ganador %		Segundo %		Participación %
El Salvador	1994	Calderón	49,03	Zamora	24,90	45,0
	1999	Flores	51,96	Guardado	29,75	38,6
	2004	Saca	57,70	Handal	35,7	67,3
Guatemala	1999	Portillo	43,6	Berger	27,7	53,4
	2003	Berger	34,3	Colom	26,3	46,6
	2007	Colom	28,2	Pérez	23,5	49,1
Haití	1995	Préval	87,9			
	2000	#Aristide	91,0			
	2006	Préval	51,2	Manigat	12,4	40,7
Honduras	1997	Flores	49,6	Gúmera	40,4	69,27
	2001	Maduro	52,2	Piñeda	46,2	62,3
	2005	Zelaya	49,9	Lobo	46,1	n.d.
Jamaica	2002	Patterson	52,4	Golding	47,0	
	2007	Golding	50,1	Simpson-Miller	49,7	63,40
México	1994	Zedillo	50,13	Fernández	26,69	87,2
	2000	Fox	42,52	Labastida	36,11	64,0
	2006	Calderón	36,4	López O.	35,3	58,9
Nicaragua	1996	Alemán	41,0	Ortega	37,2	s.i.
	2001	Bolaños	56,3	Ortega	42,3	
	2006	Ortega	38,1	Montealegre	29,0	61,2
Panamá	1994	Pérez B.	33,5	Moscoso	29,4	71,19
	1998	Moscoso	45,0	Torrijos	38,0	
	2004	Torrijos	47,5	Endara	30,9	77,0
Paraguay	1998	#Cubas	55,4	Laino	43,9	
	2003	Duarte	37,1	Franco	23,9	
	2008	Lugo	41,0	Ovelar	31,0	s.i.

(Continúa en la página siguiente)

País	Año	Ganador %		Segundo %		Participación %
Perú	1995	Fujimori	64,0	Pérez de C.	22,0	74,0
	2000	#Fujimori	49,8	Toledo	40,3	
	2001	Toledo	36,53	García	25,78	81,3
	2005	García	30,6	Umala	23,8	88,7
República Dominicana	1996	**Peña G.	41,1	Fernández	38,9	78,1
	2000	Mejía	49,9	Medina	24,9	76,1
	2004	Fernández	57,11	Mejía	33,6	72,8
	2008	Fernández	53,8	Vargas	40,5	s.i.
Uruguay	1994	Sanguinetti	32,3		30,8	92,6
	1999	Vázquez**	38,2	Batlle	31,0	93,4
	2004	Vázquez	50,4	Larrañaga	34,3	92,1
Venezuela	1998	Chávez	56,20	Salas	39,97	63,8
	2000	Chávez	59,0	Arias	38,0	54,7
	2006	Chávez	62,9	Rosales	36,9	74,9

*: Con datos de elección presidencial en cada país. Datos de primera vuelta, aún en los casos donde hay segunda vuelta entre las dos primeras mayorías relativas.
**: Candidato ganador perdió o no se presentó (Menem) a la segunda vuelta, ganada por el candidato que había ocupado el segundo lugar en la primera vuelta.
Renunció a su cargo después de haber sido elegido, por acusaciones de corrupción (Fujimori, Cubas) o por gran descontento en su contra (Mahual, Gutiérrez, Sánchez de Losada).

FUENTE: Diversos sitios web, en particular los de Political Data Base, de la Georgetown University, y del Observatorio electoral latinoamericano.

Otras situaciones que indican escaso interés en participar han sido los plebiscitos para ratificar la nueva Constitución en Colombia[105], en 1990, donde el 70% de los electores no participó. En Guatemala se dio una situación inquietante, cuando en el referendo de 1999, que debía consagrar las reformas constitucionales para implementar los acuerdos de paz que habían puesto término a la guerra civil, apenas el 18,5% del electorado se presentó a votar, y la propuesta fue rechazada por el 55% de los participantes.

Cuba representa una situación especial, ya que la participación de los electores es elevadísima, superando siempre el 90%, desde que se implantó en el país la Constitución

105 En este país las altas tasas de abstención, de alrededor de 50%, vienen desde hace muchos años, en parte por el monopolio del poder entre conservadores y liberales y más tarde por la situación de caos que prevalece desde los años 1990.

de 1976, con la elección de diputados a la Asamblea Nacional del poder popular (nombre oficial del Congreso). El sistema electoral cubano no tiene ninguna relación con los demás países. Por una parte, ofrece grandes espacios para la discusión, ya que hay un largo proceso previo de debates para llegar a elegir a las personas que serán candidatos. En las instancias organizativas (tribunal electoral, etc.) participan representantes de organizaciones sociales, como las mujeres y los estudiantes. Pero por otra parte, la existencia del partido único limita enormemente el sistema, ya que aunque en teoría los diputados no están obligados a ser militantes del partido, en la práctica casi todos lo son. Además, los diputados solo se reúnen durante algunas semanas en cada año, y conservan sus trabajos habituales. De este modo, el poder queda, en la realidad, en las manos del Consejo de Estado, cuyos miembros, elegidos por la Asamblea Nacional, funcionan en forma permanente. No hay tampoco ninguna disposición que limite los mandatos, lo que hace que Fidel Castro y otros personajes conocidos pueden ser reelegidos durante décadas. La existencia de una prensa o de cualquier grupo de opinión independiente de las instancias creadas por el sistema es siempre muy precaria, lo que el gobierno sigue justificando en nombre de la unión sagrada de la nación cubana frente al imperialismo. De esta manera, lo más probable es que Cuba siga manteniendo un sistema político-electoral sui generis, basado en el partido único, y que admite escasos gestos de apertura, como la disminución de la discriminación hacia los creyentes, por ejemplo[106]. El retiro de Fidel Castro del primer plano del poder, a causa de sus problemas de salud, proceso iniciado en 2006 y oficializado a comienzos de 2008, ha dado lugar a muchas especulaciones, pero está por verse lo que Raúl, su hermano y heredero, decidirá sobre la futura orientación del régimen.

El cuadro nos informa sobre una tendencia que se da en forma cada vez más frecuente en los últimos años, esto es, que la lucha por el poder se concentre entre dos candidatos principales, que terminan a una gran distancia de los otros, lo que representa un cambio importante con respecto a las costumbres de otras épocas. En Chile, esta situación ha sido el resultado del sistema electoral binominal, impuesto por la dictadura antes de entregar el poder, hace casi imposible la emergencia de terceras fuerzas, además de crear una situación donde el número de elegidos no es representativo de la votación obtenida por cada partido

106 Según cifras de 1998, había en Cuba "al menos" 100.000 personas en la cárcel, lo que haría de ese país uno de los que tienen una mayor tasa de encarcelación del mundo, con 910 por cada 100 000 habitantes (contra 546 en Estados Unidos y 84 en Francia), según datos del *Le Monde Diplomatique* de julio de 1998. Pero habría que saber cuántas de ellas están detenidas por razones políticas. Según los últimos informes de Amnistía Internacional, en 1998 había en Cuba un total de 350 presos políticos. La cifra puede ser superior, ya que es muy difícil tener información fidedigna sobre estos temas en Cuba, pero ese último dato contrasta fuertemente con el primero, que deja la imagen de un inmenso Goulag tropical. Aunque no hay datos para todos los países, según las cifras citadas por el Rapport Mondial sur le Développement Humain de 2000, citando datos de 1994, el país con mayor población carceral del mundo era Rusia, con 1.530 personas detenidas por cada 100 000 habitantes, y en segundo lugar estaba Chile, con 931.

o alianza de fuerzas, pero no es el caso de los otros países. Hay en cambio situaciones en el otro extremo, como en Perú y Haití, países donde en la última elección presidencial hubo 20 y 34 candidatos, respectivamente.

Un aspecto positivo de los últimos años es la presencia de la mujer en las candidaturas presidenciales, cuatro de las cuales han llegado al poder (Violeta Barrios en Nicaragua, Mireya Moscoso en Panamá, Michelle Bachelet en Chile y Cristina Fernández en Argentina) y otras han alcanzado una votación significativa, como Elisa Carrió, segunda en la elección de 2007 en Argentina, y Lourdes Flores, que ha llegado dos veces en tercer lugar en Perú, con porcentajes muy cercanos a los dos primeros candidatos.

Un elemento negativo, que en sí no es una novedad, ya que la misma situación se dio frecuentemente en épocas anteriores, ha sido la tendencia a la personalización del poder, cuyos casos más ilustrativos son Balaguer en República Dominicana, Fujimori en Perú, Menem en Argentina, y últimamente, Chávez en Venezuela y Uribe en Colombia. Esto se da también en los nuevos países originados en la colonización inglesa, como en Antigua y Barbuda, donde la familia Bird ha acaparado el poder desde antes de la independencia; en Bahamas, donde Lynden Pindling gobernó sin interrupción desde 1967 a 1992; o Guyana, donde Cheddi Jagan gobernó durante varios períodos. En los casos de Perú, Argentina, Colombia y Venezuela, los políticos mencionados han logrado permanecer por largos tiempo en el poder, no a través de golpes de Estado como en el pasado, sino reformando la Constitución para permitir una reelección que en principio no debía efectuarse, lo cual abre la puerta a situaciones de corrupción, caudillismo y semidictadura[107]. Esta situación ha hecho que los debates pierdan un contenido programático e ideológico preciso, al concentrarse en torno a la personalidad del candidato principal. A esto se añade el hecho de que en algunos países, especialmente en Perú y en Venezuela, los partidos tradicionales han perdido gran parte de la influencia que ejercían en otras épocas, siendo reemplazados por formaciones hechas sobre medida para un líder, como los casos de Fujimori[108] y Chávez.

Más grave aún es el hecho de que según las encuestas periódicas que se hacen en la región, el apego de las poblaciones latinoamericanas a la democracia no es muy grande. Esta constatación es dramática si se considera que la actitud a veces indiferente de la opinión pública se da incluso en casos de países que sufrieron durante varios años la presión de

---

107 Panamá ofreció la experiencia contraria, ya que en este país el electorado rechazó, en 1998, la reforma constitucional propuesta por el presidente Ernesto Balladares, quien buscaba la posibilidad de hacerse reelegir para obtener un segundo mandato consecutivo.

108 En Perú, los dos principales opositores a Fujimori, Javier Pérez de Cuéllar en 1995 y Alejandro Toledo en 2000, fueron apoyados por partidos ad hoc, "Unión por el Perú" y "Perú posible", respectivamente. Partidos tradicionales como APRA han perdido mucho de su arrastre, aunque este último experimentó un repunte inesperado cuando su candidato, el ex presidente, Alan García, dio la lucha a Toledo en 2001 (cuando Fujimori ya había abandonado el país), alcanzando un segundo lugar, bastante cercano al vencedor.

las dictaduras militares, lo que al parecer no ha bastado para convencerlos de la virtud intrínseca de la democracia. En la encuesta de 2002 llevada a cabo por Latinobarómetro a la pregunta sobre si la democracia era el mejor sistema de gobierno, solo en Uruguay y Venezuela la respuesta reveló un apoyo firme, con porcentajes superiores a 70%. En Chile, apenas el 50% apoyó esa idea, lo que era una caída de 20 puntos desde 1990, situación alarmante. La peor situación se daba en Paraguay, Colombia y Brasil, con resultados de apenas 41, 39 y 37%, respectivamente, sin que se sepa cuál hubiera sido la respuesta de países centroamericanos, donde la escasa tasa de participación no augura un gran apoyo a la democracia[109]. Es posible que esa actitud se deba a que una parte de la población tiene la impresión que la democracia no ha traído una mejoría para las condiciones de vida de las mayorías, y a la desilusión suscitada por las frecuentes situaciones de corrupción entre los dirigentes políticos.

Una violencia que disminuye, pero una inestabilidad que aún persiste

El uso de la violencia, aunque ha disminuido notoriamente, no ha desaparecido. El caso extremo es el de Colombia, país donde entre fines de los años 1980 y comienzos de los 1990 hubo una matanza sistemática de miles de militantes de la antigua fuerza guerrillera M-19 (ver capítulo anterior), que se había transformado en partido político y contaba con apoyo electoral importante, según los sondajes. Su candidato presidencial, Carlos Pizarro, fue asesinado en 1990, poco antes de la elección de ese año, y lo mismo había ocurrido con Bernardo Jaramillo, el candidato de una coalición organizada por los comunistas. De este modo, la izquierda colombiana fue exterminada físicamente por grupos paramilitares, probablemente con el acuerdo tácito de las autoridades. Casi al mismo tiempo, comenzó la batalla contra los narcotraficantes y el Estado, mientras se mantenía la presión de las guerrillas (FARC y ELN), y más tarde aparecía la denominada Fuerza de Autodefensas unidas de Colombia (AUC), formada por grupos de propietarios agrícolas, constituidas en grupos armados de derecha, que a menudo colaboran estrechamente en las tareas represivas efectuadas por el gobierno. Desde hace varios años, el gobierno ha perdido el control sobre su territorio. El grado de violencia es extremadamente alto, ya que no solo deben considerarse los combates entre hombres en armas, sino las masacres de civiles, especialmente de campesinos, los frecuentes asesinatos de dirigentes sindicales, y los secuestros de personas adineradas, medio favorito para financiar la guerrilla. La situación se complica por la existencia siempre omnipresente del narcotráfico, que incita a la violencia para controlar territorios donde se produce la cocaína, lo cual es otra fuente de ingresos, de cuyos beneficios participa también la guerrilla. En ese contexto, las conversaciones de paz entre el presidente Andrés Pastrana y la guerrilla de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) no dieron resultados, y eso abrió la vía al triunfo del

109 La encuesta tomaba en cuenta solamente los países de Sudamérica y México.

conservador Álvaro Uribe en 2002, reelegido en 2006, quien prometía aplastar a los grupos armados y no doblegarse ante los subversivos[110].

En Perú, las dos principales fuerzas de guerrilla, Sendero luminoso (SL) y el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA), han prácticamente abandonado sus actividades, sobre todo cuando se las compara con la década anterior. El arresto del líder y fundador de SL, Abimael Guzmán, el "camarada Gonzalo", en 1992, y el fracaso de la espectacular operación de toma de rehenes en la Embajada de Japón por un comando del MRTA, a fines de 1996, simbolizan esta situación, que contribuyó en alto grado a la popularidad de Alberto Fujimori, percibido como el hombre que había devuelto la tranquilidad al Perú, pese al empleo de métodos dudosos.

Los golpes de Estado aún ocurren, como sucedió con el presidente Shankar, de Surinam, derrocado por los militares en 1990; las tentativas golpistas ya mencionadas en Venezuela en 1992 y 2002; el autogolpe de Fujimori en Perú, en 1992, cuando el presidente, obrando de acuerdo con los militares, cerró el Congreso durante varios meses; y con la tentativa de golpe del general Lino Oviedo en Paraguay, en 1996. En Chile, aunque no se llegó a un golpe, en dos ocasiones el ejército, aún dirigido por el general Pinochet, hizo maniobras amenazantes, en 1990 y en 1993, cuando comenzaron a surgir revelaciones sobre pagos fraudulentos hechas por el ex dictador en favor de su hijo mayor con dineros del Estado, logrando con ello impedir que la investigación progresara. La violencia se ejerció también bajo la forma de asesinatos políticos, como se demostró en ocasión del asesinato de Donaldo Colossio en México, candidato a la presidencia del PRI en México, muerto a balazos en abril de 1994, presumiblemente por obra de los narcotraficantes; la de Francisco Ruiz Massieu, otro destacado político mexicano, ese mismo año, o cuando fue asesinado el vicepresidente de Paraguay, Luis Argaña, en 1999, por partidarios del general Oviedo, entonces en prisión. Este hecho acarreó la renuncia del presidente Raúl Cubas, por su complicidad en el sangriento episodio, quien debió irse en exilio. En otros países, numerosas personalidades han sido también asesinadas, por su labor en pro de los derechos humanos o simplemente por sus denuncias en contra de responsables de crímenes, como fue el caso del obispo de Guatemala, Juan Gherardi, quien, en 1998, pagó con su vida el haber publicado un informe sobre la violencia política en su país, donde concluía que la enorme mayoría de los crímenes perpetrados durante la etapa de guerra civil habían sido cometidos por militares. Otro caso semejante fue el del periodista argentino José Luis Cabezas, también asesinado por hacer reportajes sobre la corrupción. En Colombia, la lista de asesinados, tanto entre los dirigentes políticos como sociales, es impresionante, como ya se mencionó anteriormente, y no cesa de aumentar.

---

110 Entre fines de 2007 y comienzos de 2008 varios rehenes fueron liberados por las FARC, algunos voluntariamente y otros por intervención del ejército colombiano, en circunstancias poco claras. Esto último involucró la liberación de Ingrid Betancourt, la más conocida de todos los rehenes de la guerrilla.

Haití representa un caso particular. La elección de Jean Bertrand Aristide a la presidencia del país a fines de 1990, apoyado por una fuerte mayoría, parecía aportar una esperanza de democracia y de estabilidad al país, que venía saliendo de la dictadura de los Duvalier en Haití. Este sacerdote salesiano, influido por la teología de la liberación, había sido cura en parroquias pobres de Port-au-Prince y había actuado como opositor a la dictadura de Duvalier, escapando a un atentado en su contra. En 1988 la Iglesia lo expulsó del sacerdocio. Formó el movimiento Lavalas (avalancha, en criollo) cuando postuló a la presidencia en 1990, que ganó con más del 60% de los votos. Pero el nuevo mandatario no supo manejar la situación y fue rápidamente depuesto y obligado al exilio por el general Raoul Cendras en septiembre de 1991. Tras tres años de exilio en Estados Unidos, regresó al país, con el apoyo de Washington, pero solo a completar su mandato, ya que el gobierno norteamericano no confiaba mucho en él. A comienzos de 2001 comenzó un nuevo gobierno, tras el intermedio del presidente Préval, un político que seguía sus aguas. Pero en febrero de 2004 debió abandonar el poder y partir al exilio por segunda vez. En esta ocasión no hubo un golpe militar en su contra, sino protestas de muchos sectores civiles, y presiones internacionales en su contra, ya que era claro que Aristide contribuyó a su propia caída, al mantener y tolerar un alto grado de corrupción en la administración del país, convertido en vía de paso del comercio de la droga y donde el aparato del Estado parece haberse hundido. Hoy en día Haití, sumido a la ocupación militar internacional, intenta salir del caos donde lo han sumido bandas armadas que controlan sectores importantes del país.

Otras situaciones anómalas han sido las destituciones de jefes de Estado luego de acusaciones de corrupción, como fue el caso de Fernando Color de Mello en Brasil, en 1992: la de Carlos Andrés Pérez en Venezuela, en 1993; de Jorge Serrano en Guatemala, ese mismo año; y la de Abdalá Bucaram en Ecuador, en 1997. En este último país, en enero de 2000, el sucesor de Bucaram, Jalil Mahmud, fue destituido, aunque no por corrupción, sino por el descontento provocado por la situación económica, lo que llevó también a la renuncia del presidente argentino De la Rúa, en diciembre del 2001. En Costa Rica, tres ex presidentes han sido acusados de corrupción por haber aceptado coimas de multinacionales de las comunicaciones y el ex presidente nicaragüense Miguel Alemán fue declarado culpable de un delito semejante. Las acusaciones de corrupción influyeron en la caída de Lucio Gutiérrez en Ecuador, en octubre de 2005, quien se convirtió en el tercer jefe de gobierno de ese país en abandonar el poder sin haber completado su mandato en los últimos diez años.

La inestabilidad ha sido causada también por el descontento social, que se ha expresado sobre todo en Bolivia. En este país, en octubre de 2003, el presidente de Bolivia, Gonzalo Sánchez de Losada, debió renunciar a su cargo en medio de una grave crisis social, que había provocado la muerte de alrededor de 70 personas, obra de la represión del ejército contra la huelga general de la central obrera de ese país y de la protesta de los movimientos indígenas. Su sucesor, el presidente interino Carlos Mesa, también renunció al año siguiente.

El caso más espectacular en esta serie ha sido la destitución de Alberto Fujimori de la presidencia del Perú, en noviembre de 2000, luego de que éste hubiese ganado una controvertida elección pocos meses antes, cuando se le acusó de haber organizado un fraude. La revelación acerca de las oscuras maniobras del jefe de los servicios de inteligencia, Vladimiro Montesinos, que incluían numerosos actos de corrupción de parlamentarios, precipitó la caída del que gobernaba el Perú desde 1990. Fujimori envió su renuncia desde Japón, el país de sus ancestros, adonde había viajado en su último acto como gobernante. Tras varios años de autoexilio, Fujimori regresó al Perú, donde enfrenta hoy un juicio en su contra, acusado de haber planeado masacres contra sus opositores, de enriquecimiento ilícito y de fraude electoral.

Hecho capital: con dos excepciones (Sánchez de Losada en Bolivia y Aristide en Haití), en ninguno de los otros países la destitución de los jefes de gobierno dio lugar a luchas armadas, tentativas de golpe o de revolución, cosa impensable en décadas pasadas o aun menos en el siglo XIX, cuando cada destitución de un jefe de Estado era acompañada por una acción violenta. En el nuevo contexto, cada crisis se ha solucionado por medios institucionales, sin derramamiento de sangre, en particular en Ecuador, donde la salida anormal de tres jefes de gobierno se hizo sin sangre. Este hecho puede revelar una mayor aceptación de la democracia o una autocrítica de los militares, que arrastran una muy mala imagen de las instituciones armadas desde los años negros de las décadas anteriores.

Derechos humanos: una asignatura pendiente

Los escasos resultados obtenidos hasta ahora en las causas intentadas contra los responsables de crímenes y otras violaciones a los derechos humanos durante las dictaduras, constituye uno de los aspectos más negativos de la democratización. Desde el comienzo de la "transición hacia la democracia" han sido muy contadas las personas que fueron juzgadas y condenadas por su responsabilidad en las acciones represivas[111]. Como se vio en el capítulo anterior, Argentina fue el único país donde los dirigentes de la dictadura fueron condenados a prisión y cumplieron algunos años de sus penas, aunque posteriormente fueran amnistiados. Últimamente, esos mismos personajes, entre ellos el ex general Videla, han sido de nuevo sometidos a investigación y a arresto domiciliario por su responsabilidad en el rapto de niños recién nacidos, crimen que no prescribe. En México, bajo el gobierno del presidente Zedillo, tuvo lugar un hecho histórico, cuando a comienzos de 1999 fue condenado a 50 años de prisión Raúl Salinas, hermano del ex presidente Carlos Salinas, por el asesinato

[111] Esto corresponde a la teoría de la "transición" elaborada por politólogos como Manuel Antonio Garretón y Guillermo O'Donnell, para los cuales el paso de la dictadura al poder de los civiles era un compromiso entre elites moderadas, que excluía todo proceso a los responsables de las violaciones a los derechos humanos. El caso Pinochet constituiría un caso excepcional, aunque finalmente no haya sido sometido a juicio.

de Francisco Ruiz Massieu. Era la primera vez que un presidente, llevado al poder por el PRI, se atrevía a arrestar y hacer juzgar a un miembro destacado del gobierno anterior, lo que anunciaba la intención sincera de la clase política mexicana de aceptar la idea de democratizar el país. En cambio, en todos los otros países, ya sea Brasil, Bolivia, Uruguay, Chile, Paraguay, Guatemala o El Salvador, los militares han logrado hacer valer diversas leyes de amnistía en su favor. Peor aún, varios de los ex dictadores o sus cercanos colaboradores han seguido actuando en política, ganando cargos importantes en elecciones democráticas. En Guatemala, el ex dictador y general Efraín Ríos Montt, no solo ha logrado eludir a la justicia, sino que ha seguido participando muy activamente en la vida política, y en 2003 logró obtener de la Corte Suprema la autorización para ser candidato a la elección presidencial de noviembre, lo que antes le había sido negado por haber sido dictador. Ocupó el tercer lugar en esa oportunidad, con un 19% de la votación, lo que indica que mantenía un cierto apoyo en la población. El ex dictador boliviano Hugo Banzer, luego de jurar su fe en la democracia, ganó la elección presidencial en su país en 1997[112]. En Paraguay, aunque recientemente comenzaron a hacerse públicos los "Archivos del terror", donde constan los numerosos crímenes cometidos por los órganos represivos de la dictadura de Stroessner, este último vivió sin ser molestado en Brasil hasta su muerte, en 2006, donde obtuvo el asilo político, y muchos de sus colaboradores continúan ejerciendo cargos importantes en la administración pública, a través del Partido Colorado, el instrumento legal de su dictadura.

En el caso chileno, que es uno de los que más publicidad ha logrado a través del mundo, solo dos oficiales superiores del ejército y algunos miembros de la policía habían sido condenados por sus crímenes hasta 1998[113]. Posteriormente, otros uniformados fueron condenados a diversas penas de cárcel, pero muchos de ellos han recibido reducciones de sus penas por obra de la Corte Suprema. El general Pinochet no había sido hasta 1998 jamás acusado, y gozaba de inmunidad parlamentaria gracias al cargo de senador vitalicio que él mismo se había atribuido, luego de retirarse de su puesto de comandante en jefe del ejército. Su espectacular arresto en Londres, en octubre de ese año, gracias a la iniciativa

---

112 Banzer fue elegido pese a obtener apenas el 22,3% de los sufragios, en una contienda donde el voto se dividió entre muchos candidatos. Como la Constitución boliviana no prevé segunda vuelta, el Congreso ratificó su triunfo para que accediera a la presidencia. A mediados de 2001 debió sin embargo renunciar a su cargo por razones de salud, para fallecer poco después.

113 Entre los más conocidos de los condenados figura el general Manuel Contreras, que había sido jefe de la DINA, principal órgano represivo durante la dictadura. Fue condenado a siete años de presidio (en 2001 terminó su pena), lo que fue posible porque se le declaró responsable del crimen del ex ministro del gobierno de Allende, Orlando Letelier, que al ser perpetrado fuera de Chile (en Washington) quedaba fuera de la ley de autoaministía. Los carabineros condenados lo fueron porque su crimen había sido cometido después de 1978, año hasta el cual la ley protegía a sus autores. La escasa cantidad de criminales juzgados traduce en los hechos la frase del presidente chileno Patricio Aylwin, quien a poco de comenzar su gobierno, en 1991, dijo que ante el problema de los atropellos a los derechos humanos, se haría justicia "en la medida de lo posible", juicio que bien puede aplicarse al conjunto de América latina.

del juez español Baltazar Garzón, abrió la puerta a una avalancha de acusaciones en su contra, que culminaron con un juicio al regresar a Chile, donde se le despojó de la inmunidad parlamentaria y se le comenzó a encausar por su responsabilidad en una de las grandes matanzas cometidas al comienzo de la dictadura, la llamada "Caravana de la muerte"[114]. Al mismo tiempo, gracias a ese nuevo contexto, se enjuiciaron y condenaron a algunos oficiales culpables de otros crímenes, y los militares se vieron obligados a reconocer que muchas personas habían sido muertas y desaparecidas, a veces lanzadas al mar, aunque sin identificar a los responsables de esos crímenes. Aunque el proceso de Pinochet quedó detenido en junio de 2001, a causa de los problemas de salud del ex dictador, su imagen política quedó netamente deteriorada y no volvió a ocupar su puesto en el Senado. En 2004, el gobierno de Ricardo Lagos hizo público un informe en que se comprobaba que la tortura había sido practicada en forma sistemática durante la dictadura, contrariamente a las afirmaciones de los partidarios del régimen militar, y al mismo tiempo se reveló que poseía una fortuna de alrededor de 30 millones de dólares en bancos del exterior, y desde entonces varios de sus antiguos partidarios se alejaron de él. Su fallecimiento, en diciembre de 2006 no ha cerrado el capítulo de quiebre de la sociedad chilena ni ha puesto término a las causas por los derechos humanos.

Estos hechos, pese a indicar ciertos progresos, se contradicen con el hecho de que numerosos colaboradores de Pinochet, tanto civiles como militares (estos últimos luego de acogerse a retiro), han sido elegidos para cargos públicos en la Cámara de Diputados, en el Senado o en alcaldías. Esta situación, que se repite en otros países, indica hasta qué punto la democratización ha sido limitada en América Latina y de qué manera los que ayer ejercieron la represión han logrado desarrollar un lenguaje político que los hace respetables ante el electorado, que no discierne entre los partidarios y los adversarios de las antiguas dictaduras. No hay duda de que el contexto económico, donde el liberalismo impera en todas partes, sin que aparezca un proyecto capaz de constituirse en una alternativa, favorece a los dictadores de ayer. El control casi monopólico que la empresa privada ejerce sobre los medios de comunicación, particularmente de los canales de televisión, es otro factor que explica esta situación. El resultado global ha sido el de impedir toda reconciliación verdadera entre los enemigos de ayer, que hoy se toleran y dialogan a nivel de las elites, pero se está lejos de un entendimiento a nivel colectivo[115].

---

114 Esta expresión se refiere a la comitiva encabezada por el general Sergio Arellano Stark, que recorrió varias ciudades de provincia, a lo largo del país, en octubre de 1973, procediendo a ordenar el fusilamiento de unas sesenta personas que se encontraban presas, muchas de ellas sin haber sido juzgadas. Se presume que Arellano obró por orden directa de Pinochet.

115 En Sudáfrica, después del fin del *apartheid,* la reconciliación progresó mucho más gracias a la intervención de la Iglesia, a través del arzobispo anglicano Desmond Tutu. De este modo, hubo una dimensión religiosa y ética que llevó a la creación de un lenguaje común entre los antagonistas de ayer, lo que está ausente en la experiencia –hasta ahora fracasada– de la reconciliación latinoamericana. Debo esta observación a André Corten, profesor de Ciencia Política de la UQAM.

6.5. La cultura

En este período, la producción cultural se ha visto influida por la nueva situación política y económica mundial, caracterizada por el retroceso del pensamiento nacionalista. En las actividades culturales de consumo de masas, la globalización ha contribuido a quitar un tanto el peso de los localismos, para moldearla más al público internacional.

Así, en el campo del ensayo, el peso adquirido por la economía neoliberal en la última década ha favorecido la circulación de estudios donde los defensores de esa ideología han tomado la palabra para denunciar los "mitos" de la izquierda y para explicar a los latinoamericanos cómo, en un pasado cercano, políticos e intelectuales de esta tendencia (o influidos por ésta) han dado una visión distorsionada y errónea de la realidad latinoamericana, culpando equivocadamente a Estados Unidos de todos los males que afligían a la región y persistiendo en recetas basadas en el estatismo, lo que, según ellos, no podían traer el desarrollo. En esta empresa ha sobresalido el libro escrito por Álvaro Vargas Llosa (hijo del escritor peruano), junto con el colombiano Plinio Apuleyo y el cubano Carlos Alberto Montaner, redactado en un estilo polémico, *Manual del perfecto idiota latinoamericano* (1998). Un enfoque crítico hacia la izquierda, aunque en un tono diferente, ha sido el del mexicano Jorge Castañeda, quien publicó en 1993 su ensayo *La utopía desarmada*. En él, el autor hacía un llamado a un mayor respeto a la democracia por parte de los grupos y partidos que hasta hace poco se oponían al orden "burgués", invitándolos a oponerse a los males derivados de la globalización de la economía, aunque aceptando la "lógica del mercado".

Esto no ha significado el silencio de los críticos del sistema neoliberal, quienes se han hecho escuchar principalmente a través de los escritos del sociólogo estadounidense James Petras, que circulan en toda Latinoamérica. En Chile, el ensayo de Tomás Moulián, *Chile actual. Anatomía de un mito*, que apareció en 1997, constituyó una acerba crítica no solo de la obra de la dictadura, sino también de la orientación que los gobiernos elegidos desde 1990 han dado al país, demasiado centrada en el consumismo. La obra se transformó en un *best seller*, ya que solo en el año 1997 había sido reeditada en quince ocasiones, hecho insólito en Chile o en cualquier otro país de la región.

En la última década, Latinoamérica ha dado mucho que hablar gracias a sus escritores y artistas, que han ganado un creciente reconocimiento internacional. Una de las razones de esto es la aceptación cada vez mayor que tienen el idioma español y los artistas de origen latinoamericano en los Estados Unidos, una de las aristas favorables de la globalización. Esto se ha visto en la popularidad adquirida por dos artistas de origen portorriqueño, transformados en ídolos a fines de los años 1990: el cantante Ricky Martin y la actriz Jennifer López (nacida en Nueva York, de padres portorriqueños). Antes de ellos, la cantante nacida en Texas, en una familia de origen mexicano, Selena, hizo una carrera meteórica que terminó bruscamente al ser asesinada, en 1995. La colombiana Shakira ha pasado a ser una

estrella internacional de la canción popular. Otros dos artistas de renombre continental, que desaparecieron durante 2003, fueron dos cubanos, Celia Cruz y Compay Segundo. Este último había adquirido fama mundial gracias al film *Buenavista social club.*

Los temas latinoamericanos fueron incorporados al cine internacional, como fue el caso del documental (obra de un cineasta estadounidense) sobre los músicos cubanos, *Buena Vista Social Club*. El cine (europeo o de Estados Unidos) hizo más conocidos a algunos escritores, como la mexicana Laura Esquivel, autora de *Como agua para chocolate,* que tuvo gran difusión. Otro tanto ocurrió con dos escritores chilenos. Uno de ellos es Ariel Dorfman, radicado en Estados Unidos, autor de una obra de teatro, *La muerte y la doncella*, que relata la historia de una mujer que se encuentra con su antiguo torturador y que fue conocida mundialmente al ser adaptada al inglés en Broadway y luego al ser llevada a la pantalla en Inglaterra. El otro fue Antonio Skármeta, cuya novela *El cartero de Neruda* fue llevada al cine en Italia, bajo el título *Il Postino*, con gran éxito.

Los grandes nombres de la literatura latinoamericana siguen teniendo amplia difusión, en la región y en el resto del mundo. A los nombres ya consagrados y a los mencionados anteriormente se han añadido otros que han alcanzado gran popularidad, entre los cuales hay varias mujeres, como la chilena Marcela Serrano y las mexicanas Ángeles Mastretta y Elena Poniatowska y la cubana residente en Estados Unidos, Cristina García, que escribe en inglés. Un autor ya conocido anteriormente llegó a la consagración mundial al ganar el Premio Nobel de Literatura en 2001, el trinideño V.S.Naipaul, de padres hindúes y educado en Inglaterra, cuyas novelas describen el contexto multicultural del Caribe, la América española y la influencia británica. Antes de él, en 1992, otro escritor caribeño anglófono, el poeta nacido en la isla de Santa Lucía, Derek Walcott, había ganado también ese premio. El novelista chileno Luis Sepúlveda, en cuyas obras se mezclan la ecología, el respeto a las culturas indígenas y el exilio, se reveló al mundo con su obra *El viejo que leía novelas de amor* (1992), que se transformó de inmediato en autor de éxito mundial.Varias de las mejores y más conocidas producciones del cine latinoamericano están relacionadas con los temas de la política reciente, como el peso de las dictaduras, el exilio y los problemas de la transición a la democracia. En ese sentido, hay cineastas que siguen haciendo un arte basado en temas específicos de América latina. En Chile, país cuyo cine es de menor estatura internacional que el de Argentina o Cuba, estos temas han sido abordados en algunas películas dignas de mención, como *Caluga o menta*, de Gonzalo Justiniano (1990), en el que el cineasta describía las insuficiencias de la "transición" en medio de personajes marginales que caen en la delincuencia. El tema del exilio, tanto externo como interno, fue analizado en el filme *La frontera*, de Ricardo Larraín (1994). En Argentina, además de los filmes de Fernando Solanas (analizado en el capítulo anterior), ha habido producciones sobre temas universales, aunque con alusiones al contexto histórico, como *El lado oscuro del corazón*, de Eliseo Subiela, historia de amor donde el principal personaje femenino era la viuda de un desaparecido durante la dictadura. El cine cubano ha mantenido un alto nivel, y ha producido

filmes que critican los aspectos burocráticos del sistema político cubano y la intolerancia hacia los homosexuales, esto último en el filme *Fresas y chocolate*, de Tomás Gutiérrez Alea (1994). El cine mexicano, en cambio, ha producido films sobre temas más universales, ya sea sobre la búsqueda de la independencia de una mujer, con María Novaro y su filme *Danzón* (1991) o Jaime Humberto Hermosillo, con *La tarea* (1990), comedia erótica. En los últimos años, el cine mexicano ha adquirido notoriedad internacional, con los filmes del director Alejandro González Iñárritu, en particular *Babel* (2006) y con el actor Gael García Bernal, que ha actuado en películas de gran difusión internacional. Entre ellas figura el filme sobre la juventud de Che Guevara, *Diarios en motocicleta* (2005).

La globalización se advierte en las telenovelas, donde los ambientes y personajes se hacen menos locales y llegan a ser objetos de consumo internacional, al ser comprados por países tan lejanos como Rusia y Bulgaria. Inversamente, en países latinoamericanos se han difundido telenovelas canadienses, como *Lance et compte* (literalmente: tiró y gol!), una historia ambientada en el contexto de los jugadores profesionales de hockey sobre hielo, algo impensable hace veinte o treinta años.

Síntesis

Desde 1990, las grandes tensiones que caracterizaron a América Latina en las décadas anteriores han disminuido, pero ello no ha significado la solución a los grandes problemas de la región. Si bien hay actualmente una mayor estabilidad política, tanto en el plano interno como en las relaciones internacionales, subsisten áreas de conflicto. En ningún país se ha alcanzado una verdadera reconciliación nacional tras los años de las dictaduras y nada hace prever que ello se logrará a corto plazo. La corrupción de muchos altos dirigentes se ha transformado en uno de los principales obstáculos a una vida democrática auténtica. En el plano económico, si bien los índices de crecimiento son relativamente satisfactorios, ello no ha traído una mejoría para las condiciones de vida de gran parte de la población, y las desigualdades sociales subsisten. El flujo creciente de miles y miles de personas que abandonan sus países de origen para buscar un mejor destino, ilustra la contradicción de una región que aparentemente ha escogido en forma casi unánime un modelo de desarrollo y que no logra hacerlo funcionar para la satisfacción de la mayoría de sus habitantes. El consenso que parecía existir respecto a la orientación neoliberal de la política económica ha sufrido embates de cierta importancia en los últimos años, aunque no se trata de una situación generalizada. La grave crisis de la economía argentina de 2001, aunque es un caso extremo en el conjunto de la región y hoy en día el país presenta síntomas de recuperación, indica los excesos a que se puede llegar si el modelo neoliberal se sigue aplicando sin adoptar un mínimo de precauciones ante los cambios sufridos por la economía en los últimos 20 años, cuando los modelos populista, nacionalista o socialista quedaron atrás.

En el plano internacional, la hegemonía de Estados Unidos en la región, favorecida por el hundimiento de los países autodenominados socialistas a comienzos de la etapa aquí analizada, que quitaban credibilidad a los proyectos alternativos del capitalismo, ha sufrido algunos reveses, como el fin del ALCA, con los brotes de nacionalismo económico de ciertos países y con la diversificación de mercados para las exportaciones latinoamericanas. Washington parece haber dejado atrás las prácticas de intervención armada en la región, ya que desde la invasión de Panamá, a fines de 1989, no ha habido situaciones comparables, índice de una era de menor tensión ideológica en las relaciones internacionales dentro del hemisferio. Solo la polémica con Venezuela podría constituirse en una fuente conflictiva, semejante a la de décadas anteriores, pero el respaldo que el régimen de Chávez tiene en muchos países de la región (contrariamente a la situación de Cuba en los años 1960) hace pensar que una intervención directa tendría costos políticos demasiado elevados.

Así, en vísperas del bicentenario de la independencia, Latinoamérica parece alcanzar un mayor grado de autonomía política y económica, pero sigue en busca de la senda que le permita afirmar el régimen democrático y dar respuestas satisfactorias a las demandas sociales que aún persisten, sin lo cual es de prever el surgimiento de nuevas tensiones o la reaparición de viejos conflictos nunca resueltos, como el del problema indígena.

Conclusión

Escribiendo en 1987, el conocido autor francés Alain Rouquié había caracterizado América Latina como el "extremo occidente". La expresión tenía el mérito de sintetizar en forma concisa el lugar de esa región en el mundo: por razones sociales y económicas, tal vez era parte de lo que otros habían llamado hace años el "Tercer mundo", pero considerando los factores culturales e institucionales, e incluso según las estadísticas socioeconómicas de sus principales países, se alejaba en gran medida de la mayor parte de las naciones de África y Asia, y bien se la podía situar en la periferia del Occidente capitalista y desarrollado, constituyendo la "clase media planetaria".

Esta dificultad en identificar el mundo latinoamericano es un tema fundamental que subyace en las páginas de este libro. Como hemos visto, desde sus comienzos se planteó el problema de cómo adaptar a la realidad de los nuevos Estados el conjunto de instituciones y conceptos de Occidente. Durante casi un siglo, las fuerzas favorables a esa influencia, que se identificaban con el liberalismo, se enfrentaron con los partidarios del orden heredado de la época colonial, hasta lograr imponerse en la mayoría de los países. Ello no significó, empero, la democratización de las sociedades, que seguían dirigidas por una oligarquía.

En las etapas siguientes, el gran problema de la elite liberal fue su dificultad, o más bien dicho su falta de interés, por legitimar su liderazgo social y político ante las masas. El único gran progreso social realizado durante el siglo XIX había sido el fin de la esclavitud, aunque ello no significó un mejoramiento significativo para el nivel de vida de los negros. Pero a comienzos del siglo XX, los indígenas, los obreros y artesanos difícilmente podían sentirse identificados con los que los dirigían, y otro tanto podía decirse de la naciente clase media.

Esta situación problemática entró en una crisis casi permanente cuando, hacia el primer tercio del siglo XX, entró a tallar un nuevo actor, los militares, que comenzaron a arbitrar los conflictos sociales y políticos, que se agravaban ante la actitud de la oligarquía, la que, salvo en contadas excepciones, no aceptó alternarse en el poder con las nuevas fuerzas políticas. Las acciones de generales y coroneles, seguidos por la aparición de los líderes populistas (que podían provenir también de las fuerzas armadas, como Perón), contribuyeron a desdibujar el mapa político latinoamericano, con lo cual las fuerzas de la derecha, en la

mayor parte de los casos, entraron en una crisis de representación. Las intervenciones cada vez más frecuentes de Estados Unidos, sobre todo en el área del Caribe, complicaron aún más el panorama, al entregar el poder a dictadores que lo monopolizaban en beneficio de sus familiares. La izquierda naciente también sufrió los efectos de ese proceso, aunque en menor medida. El liberalismo perdió el terreno ganado durante el siglo XIX, lo que es una de las claves de la inestabilidad crónica de la vida política latinoamericana.

Paralelamente, el desarrollo económico tampoco permitía un gran margen de maniobra a los que tenían el poder, aunque no se debe menospreciar los progresos que ciertos países mostraron hasta antes de la crisis mundial de 1929. El esfuerzo de industrialización que se dio entre 1930 y 1960, que también aportó algunos frutos, no pudo ir muy lejos ante las insuficiencias del mercado interno y por su incapacidad en constituirse en actividad de exportación. En cambio, salvo en México (y esto, con muchas limitaciones), jamás se intentó resolver el problema agrario, donde la concentración de la propiedad de la tierra constituía un obstáculo fundamental para el desarrollo social. En fin, un rasgo importante de esas décadas, la creciente intervención del Estado en la economía, reflejaba las limitaciones de la empresa privada, que no lograba constituirse en el agente clave del crecimiento.

Todo esto justificó y creó las condiciones para que diversos sectores latinoamericanos buscaran un camino propio de desarrollo económico y de organización política, que se alejaba, en parte o totalmente, de la senda occidental. El peronismo argentino, el régimen originado en la Revolución Mexicana, el MNR en Bolivia y más tarde la Revolución Cubana, la corta experiencia de la Unidad Popular chilena y el sandinismo en Nicaragua son algunos de los ejemplos que ilustran ese proceso. Esta tendencia se aceleró a partir de 1960, cuando América Latina vivió el período más agitado de su historia desde la independencia. La clave estuvo en el impacto causado por la Revolución Cubana, que tuvo un efecto doble. Ella sirvió para poner de actualidad todos los problemas sociales pendientes, entre ellos la necesidad de la reforma agraria, y dio mayor fuerza a las reivindicaciones nacionalistas contra la presencia demasiado dominante de Estados Unidos. El *aggiornamento* de la Iglesia Católica constituía otro factor favorable a medidas que facilitaran el progreso y la justicia social. Todo esto pudo haber contribuido a una democratización de la región si se hubiera contado con actores dispuestos al diálogo. No fue eso lo que ocurrió, sino lo contrario, ya que los defensores civiles y militares del orden así cuestionado se opusieron tenazmente a todos los proyectos que implicaran transformaciones fundamentales, aunque fuesen presentados a través de vías institucionales. La aparición de grupos de guerrilla, que en varios países de Centroamérica era la única manera de cuestionar el *statu quo* ante la ausencia de todo diálogo posible, radicalizó aún más el ambiente. Sobrevino una extrema polarización de la vida política, que llevó a una implacable represión militar, lo que significó la muerte, la tortura y el exilio de centenares de miles de personas, aunque también permitió el fin de ciertas dictaduras. Los gobiernos dictatoriales emergieron no solamente en aquellos casos donde no se daba una amenaza revolucionaria, que no siempre era lo que parecía ser, sino

como un medio de reemplazar a los civiles que se mostraban incapaces de definir las políticas para resolver los problemas crónicos del país, ya fuese la inflación o las insuficiencias del desarrollo. El apoyo de Estados Unidos a esa represión, que se justificaba a nombre de la defensa de Occidente en medio de la Guerra Fría, constituyó un factor importante, aunque no siempre crucial, en el reforzamiento de ese proceso.

Si todo ello asestó un golpe casi mortal a las experiencias de los regímenes populistas o socialistas, ello no dio lugar a la aparición de un modelo digno de ser seguido. A mediados de los años 1970, hablar de liberalismo en América Latina parecía una broma de dudoso gusto, y no era la aparición de una docena de nuevos Estados en el Caribe, donde había ciertas tradiciones institucionales, lo que haría cambiar esa situación, dado su escaso peso geopolítico. En la esfera económica, pese a la implementación de los primeros mercados regionales, y aunque el PIB creció en forma honorable entre 1960 y 1973, la crisis económica que estalló en 1982 constituyó una bofetada para los partidarios de la libre empresa, que además tenían que justificar su abierta colaboración con las dictaduras militares.

Y sin embargo, desde la segunda mitad de los años 1980, se asistió a un nuevo escenario. El hundimiento de los países autodenominados socialistas en Europa del Este, la transición gradual pero constante de las dictaduras a regímenes elegidos, el fin (salvo excepción) de las guerrillas y una relativa mejoría en la economía, fueron los factores que dieron una segunda oportunidad al liberalismo. Repentinamente, los ideólogos y políticos de la derecha ocuparon los espacios públicos, declarándose en favor de la defensa de los derechos humanos y de la democracia, y asegurando que el marco de la nueva economía internacional, basada en la apertura de los mercados y en la integración, aseguraría un porvenir mejor a toda la población. En esta tarea, además del papel clave de Estados Unidos, ahora favorable a la "transición", cooperaron varios de los antiguos políticos de izquierda, convertidos en parte o totalmente a las virtudes del neoliberalismo. El resultado fue que por una rara vez en la historia del siglo XX, la gran mayoría de los políticos coincidían en el lenguaje para designar y analizar los principales temas, ya se tratara de populistas, ex marxistas, socialdemócratas o derechistas. América Latina pareció entrar a una etapa de concordia social y de unanimidad en cuanto a sus objetivos de desarrollo económico e institucional.

La ilusión ha durado pocos años. Al cambiar el siglo, es patente que el liberalismo, nuevo o viejo, salvo en contadas excepciones y solo en cierta medida, no ha logrado dar una respuesta medianamente satisfactoria a las necesidades básicas de las poblaciones de la región: el agravamiento de las desigualdades sociales, la amplitud de la población en situación de pobreza, la falta de soluciones a las reivindicaciones de los pueblos autóctonos, la incapacidad o la falta de voluntad para hacer justicia en los casos de violaciones de los derechos humanos, lo que hace imposible una verdadera reconciliación nacional. El surgimiento reciente de regímenes nacionalistas y sensibles a los problemas sociales en países como Venezuela, Bolivia y Ecuador, si bien aún no constituye una tendencia

mayoritaria dentro de la región, es un índice del descontento de las poblaciones con las insuficiencias de la democracia y con las supuestas virtudes del liberalismo.

Es cierto que por otra parte ha habido progresos. Si se miran las cosas en el largo plazo, ya sea en el campo de la esperanza de vida (casi igual a la de los Estados desarrollados en muchos países), de los derechos de la mujer y del acceso a la educación, la situación actual es mejor que hace cincuenta o más años. En esa misma perspectiva, en un cierto número de países, la economía es más diversificada y el peso de la deuda externa se hace sentir menos. Últimamente, uno de los problemas económicos tradicionales, la inflación, ha sido dominado y la integración regional o entre países vecinos, antes un tema muchas veces mencionado pero nunca llevado a la práctica, está en marcha, especialmente en Sudamérica, donde la mayor parte de los países ha vuelto la espalda al proyecto de integración continental propuesto por Washington, buscando su propia vía de coordinación regional. Los conflictos armados entre los países latinoamericanos son desde hace tiempo cosa del pasado, y dentro de cada país las crisis políticas se resuelven por medios institucionales. El Brasil de Lula ha pasado a constituirse en país líder no solo de Sudamérica sino de diversos países del mundo, en su intento por hacer más justo el comercio mundial y por dar más voz a los países menos fuertes en la Organización de Naciones Unidas. La calidad de la producción cultural latinoamericana es cada vez más reconocida en el resto del mundo.

Sin embargo, todo ello no parece suficiente. Si hubiera que medir y ejemplificar en qué medida América Latina ha experimentado más fracasos que realizaciones, la orientación de las corrientes migratorias internacionales constituye un índice decidor: a fines del siglo XIX y comienzo del siglo XX, países como Cuba, Brasil, Uruguay, Argentina y en menor medida Chile, atraían a los emigrantes de diversos rincones del mundo, compitiendo con Australia, Canadá y Estados Unidos, pero hoy en día es claro que eso ya no es así. Al contrario, los latinoamericanos parten de sus países de origen a redescubrir Europa o a vivir en los países del norte del continente, mientras que los que llegan a Latinoamérica son casos aislados.

En 1969, Halperin Donghi concluía su conocida *Historia contemporánea de América Latina* con una visión más bien negativa, al constatar la crisis de la democracia representativa en el conjunto de la región, y el hecho de que en el plano mundial, América Latina no fuese dueña de su destino. En 1987, Rouquié terminaba su libro *América Latina, introducción al extremo occidente* con una conclusión en la que, si bien con reservas, traslucía un cierto optimismo respecto al porvenir de la región, tomando en cuenta la recuperación de la democracia a fines de los 1980 y la actitud un poco mas autónoma que América Latina tomaba en política internacional. Hoy en día, al comenzar 2009, cuando se observan las limitaciones de esa democratización, cuando se constata la persistencia de la pobreza en países como Haití y la mayor parte de Centroamérica, la incapacidad del gobierno cubano para ofrecer un contexto de vida conveniente a su población tras 50 años de aplicación de un modelo que pretendía ser una alternativa al pasado, al considerar el estado de violencia

permanente que predomina en Colombia, las graves insuficiencias del gobierno mexicano para enfrentar los problemas derivados del narcotráfico y al presenciar las confrontaciones sociales y regionales que amenazan la unidad nacional de Bolivia, resulta inevitable concluir que la frustración (y quizás el fracaso) es el sentimiento dominante para referirse al conjunto de la experiencia histórica latinoamericana. Es de esperar que la elección de gobiernos más comprometidos con la defensa de los intereses nacionales en materia de economía y con la justicia social, tendencia iniciada últimamente en Sudamérica y que parece prolongarse en América Central, así como la mayor autonomía que América Latina ha adquirido recientemente en el contexto internacional puedan constituir las bases para una senda hacia mejores horizontes.

Glosario

Alcabala: impuesto a la compraventa en Hispanoamérica colonial, pagado por los blancos solamente.

Alfaiate: sastre, en portugués.

Americanos: denominación que se daban los habitantes de las colonias españolas al final de la época colonial y durante la independencia, como símbolo de identidad nacional, distinta a la condición de españoles.

Audiencia: institución colegial en América española en la época colonial, que cumplía la función de alto tribunal de justicia y que asesoraba al gobierno. Cada virreinato estaba dividido en dos o más territorios en los que funcionaba una audiencia.

Asentamiento: Durante la reforma agraria aplicada por el gobierno de Frei en Chile (1964-1970), vocablo para designar la tierra que se entregaba a los beneficiarios, que era trabajada en común durante algunos años, al cabo de los cuales se decidiría la forma definitiva de propiedad.

Balseros: Se llama de esa manera a los que dejan la isla de Cuba, en embarcaciones precarias, para intentar irse a Estados Unidos.

Barriadas: Sectores periféricos, habitados por gente pobre, en Perú.

Batey: En Cuba, vivienda empleada por los esclavos negros.

Boom, literatura del: designa al grupo de escritores que hicieron hablar mundialmente de la literatura latinoamericana, en la década de 1960.

Bushnegroes: En Surinam, se llama de esta manera a los descendientes de esclavos negros fugados, que viven hoy en el interior del país. Se calcula que este grupo cuenta con 50.000 personas, lo que representa el 10% del total de la población.

Cabildo: nombre dado al municipio en América española.

Cachiporros: Apelativo de los liberales en Colombia durante la “violencia”.

Cacique: Palabra de origen caribe, de los tiempos precolombinos, que después de la independencia ha servido para designa a un personaje dominante a nivel regional, frecuentemente con un sentido peyorativo.

Callampas, poblaciones: En Chile, viviendas precarias, construidas en terrenos ocupados a veces ilegalmente por las personas sin casa, en la periferia de las ciudades.

Candomblé: Religión de origen africano que se practica en Brasil y que tiene bastante similitud con la santería.

Cangaceiros: Bandidos que operaban en la región rural de Brasil.

Capitanía: En Brasil colonial, territorio de gran superficie, atribuido a un particular, que se comprometía a colonizarlo y a administrarlo a nombre de la Corona portuguesa. Esta experiencia se intentó en el siglo XVI, con pocos resultados.

Capitanía general: División administrativa de la época colonial, que se aplicaba a los territorios de segunda categoría en importancia, que eran dependientes de un virreinato.

Carabineros: Nombre dado a la policía en Chile, que tiene su origen en el uso de una carabina en la época de su fundación, en 1927.

Castas: En la época colonial, vocablo genérico para referirse a los diversos cruces étnicos.

Caudillo: jefe político y militar, a nivel regional o nacional, que llega al poder por la fuerza y que mantiene una adhesión con sus partidarios sobre la base de lazos personales.

Cha-cha-chá: Baile originado en Cuba, que se dio a conocer en la década de 1950, derivado del mambo.

Chicha: Bebida alcohólica que se obtiene fermentando el maíz u otros frutos.

Chingana: En Chile, Argentina y países andinos, lugar de diversión donde se comía, se bebía y se bailaba (siglo XIX). En Chile fue mal visto por las autoridades, que lo consideraban inmoral.

Cholo: En Perú y Bolivia, designa al indio que intenta dejar atrás esa condición y pasar a ser mestizo. A veces se le emplea como sinónimo de esto último.

Científicos: Apelación dada a los ministros del gobierno de Porfirio Díaz en México, cuyo origen se explica por la influencia del positivismo.

Cimarrón: esclavo fugado, en América española.

Colas: Filas que se forman para la compra de bienes o servicios.

Comuneros: se aplica a los habitantes de una ciudad, que se consideran los representantes del “pueblo”, en España y en las colonias americanas, pero que englobaba esencialmente a los propietarios.

Conchabo: Sistema ideado por las autoridades coloniales en Buenos Aires, en el siglo XVIII, para tratar de obligar a los que vagabundeaban en el campo a trabajar en una estancia.

Contra: En Nicaragua durante la década de 1980, fuerza armada opuesta al régimen sandinista, que recibió importante apoyo financiero y militar de Estados Unidos.

Conventillo: Habitaciones donde vivían los pobres en el centro de las ciudades, a comienzos del siglo XX, en condiciones de hacinamiento. Vocablo empleado en el Cono Sur.

Coronel, coroneis: Designa a los notables regionales en Brasil, generalmente propietarios de tierras, que dominan la vida política. Se originó en los grados concedidos a los oficiales de la Guardia nacional.

Corregidor: funcionario colonial en América española, encargado de aplicar las leyes en un cierto territorio. Una de sus funciones era la de proteger a los indios, pero en la práctica hacían lo contrario.

Cortes: nombre dado a la reunión de representantes de las ciudades y de los estamentos sociales del Antiguo régimen en España, que cumplía el papel de congreso. Se reunía solamente cuando el rey así lo decidía.

Créole: Lengua hablada en Haiti, formada en base al francés y a lenguas africanas, que se desarrolló entre los esclavos negros en la época colonial.

Criollos: en América española, nombre dado a los descendientes de españoles, nacidos en América.

Cristeros: Grupos armados que en el oeste de México, combatieron al gobierno entre 1927 y 1931, en el nombre de Cristo rey.

Cumbia: Baile originario de la costa colombiana, probablemente de origen español.

Déchoukage: Palabra de origen créole en Haiti, que significa literalmente "sacar de raíz" y que se empleó para referirse a la caída de la dictadura de Duvalier, en 1987.

Default: situación en la que un país deja de pagar su deuda externa.

Desabastecimiento: Palabra empleada durante el gobierno de la Unidad Popular en Chile, para hablar de la escasez de bienes esenciales.

Desplazados: En Colombia actual, sectores de la población que han debido abandonar sus lugares de residencia por efectos de las acciones de los grupos armados.

Detenidos-desaparecidos: En los países sometidos a dictaduras militares en las décadas de 1970 y 1980, personas de cuyo paradero no se tienen más noticias tras haber sido arrestadas por agentes de los servicios represivos del Estado.

Dictablanda: Gobierno militar autoritario, que se jacta de ejercer un grado mínimo de represión.

Ejido: Palabra de origen nahua, que designaba la propiedad colectiva de la tierra en época precolombina. En el siglo XX, se empleó para nombrar la tierra que era atribuida en la Reforma agraria en México.

Encomienda: Institución colonial, consistente en la atribución de un cierto número de indígenas a una persona, para su empleo como mano de obra por un período de tiempo determinado.

Empanadas: En Chile, Argentina, y países andinos, alimento tradicional consistente en una masa rellena con diversos ingredientes (carne, cebolla, papas, huevo, aceitunas) según la región.

Estancia: Gran propiedad agrícola, generalmente destinada a la ganadería. Término empleado sobre todo en Argentina y Uruguay.

Farrapos: En Brasil, palabra peyorativa para referirse a las personas que viven en la calle, los que van con los pies desnudos.

Favela: En Brasil, sector de viviendas pobres.

Fazenda: En Brasil, gran propiedad agrícola.

Fueros: privilegio jurídico en beneficio de ciertas personas, grupos o ciudades.

Fundo: En Chile, vocablo que designa una propiedad agrícola, generalmente de gran superficie. Se emplea como sinónimo de hacienda.

Gachupín, es: apelación dada a los españoles en México, de carácter peyorativo.

Gaucho: En el sur de Brasil, en Uruguay y en Argentina, vocablo que designa al habitante de la pampa, que la recorre a caballo, y que vivía en forma independiente.

Godos: En Colombia, durante la "violencia" apelativo para los conservadores.

Gringo: Vocablo de sentido a veces peyorativo, para designar a los extranjeros provenientes de América del Norte o de Europa.

Guano: Palabra indígena, que designaba los excrementos de las aves de la costa del Perú, los que después de secarse, servían como fertilizante para la agricultura.

Habanera: Baile de origen cubano, que llegó a Argentina a mediados del siglo XIX, influyendo en el origen del tango.

Hacienda: Palabra genérica para la gran propiedad agrícola, empleada en toda América española.

Huasipungo: En Bolivia, Ecuador y Perú, designa al campesino, mestizo o indígena, que cultiva una tierra en aparcería, en situación precaria.

Ingenio: Molino para la producción de azúcar en las plantaciones tropicales.

Inquilinos: En Chile, trabajadores agrícolas que vivían al interior de una hacienda, siendo pagados en parte en dinero y en parte en bienes.

Intendencia: División territorial creada en el siglo XVIII, para hacer más eficiente la administración colonial.

Intendentes: cargo creado a fines de la época colonial en América española, a fin de mejorar la administración de un territorio.

Katarismo: Movimiento campesino boliviano, nacido en la década de 1970, que se inspira en Tupac Katari, uno de los jefes de la rebelión indígena de 1780.

Leche de tigre: En Bolivia y Perú, bebida compuesta de leche y alcohol.

Libreta: En Cuba desde los años 1960, medio de control del racionamiento de alimentos.

Llaneros: habitantes del interior de Venezuela, dedicados a la ganadería.

M-19: organización armada de los seguidores del ex dictador Gustavo Rojas Pinilla en Colombia, llamada así en homenaje al 19 de abril de 1970, día de la elección que Rojas había ganado, según sus partidarios.

M-26: nombre adoptado por los participantes del movimiento revolucionario creado por Fidel Castro en Cuba al comienzo de su lucha contra la dictadura de Batista. Ese nombre se refería al 26 de julio de 1953, fecha de ataque al cuartel Moncada, en el este de Cuba.

Mambí, mambises: Vocablo originado probablemente en República Dominicana, con el que los españoles designaban

peyorativamente (significaba "hijo de mono") a los cubanos rebeldes, en la época anterior a la independencia. Posteriormente, los cubanos retomaron esa palabra, asumiéndola para llamarse entre ellos.

Mambo: Baile de origen cubano, surgido a fines de los años 1930.

Mandamiento: En Guatemala, ley que obligaba a los indios a efectuar trabajos forzosos.

Mapuches: etnia del centro sur de Chile, la más numerosa de ese país, que mantuvo su independencia durante la época colonial y durante varias décadas tras la independencia.

Maroons: en las colonias inglesas, término para designar a los esclavos fugados.

Maquiladora: Industrias establecidas desde 1965 en el norte de México, que funcionan en base al montaje de piezas traidas desde Estados Unidos.

Mate: Hierba originaria del Paraguay, que se emplea para hacer una infusión con agua caliente, de consumo masivo en la región de la Plata, desde la época colonial.

Matutos: En Brasil, vocablo que designa a los habitantes pobres del campo, en un sentido peyorativo.

Mayorazgo: Disposición legal de origen colonial, que dejaban en manos del hijo mayor de una familia la totalidad de la herencia, a fin de impedir la subdivisión de la propiedad agrícola. Tenía el carácter de privilegio, ya que no cualquier familia podía emplearlo.

Mensalao: pagos mensuales efectuados por el gobierno brasileño a los parlamentarios de oposición a fin de ganar su apoyo.

Merengue: Baile popular en República Dominicana, originario del siglo XIX.

Montoneras: Grupos armados de hombres a caballo, que surgieron en la época de la independencia y que combatieron a los españoles. Por extensión, se aplica a grupos de rebeldes rurales.

Mozambos: en Brasil, palabra que designaba a los hijos de portugueses nacidos en América.

Murga: Corriente de música popular, que se desarrolló en Argentina y Uruguay en el siglo XIX.

Négritude: Ideología que destaca la importancia de la cultura africana, en una perspectiva mundial.

Niño, El: Nombre dado a la corriente marina de agua cálida, que circula frente a los países del Pacífico en América del Sur, y que provoca lluvias en la época de Navidad.

Nacis: Militantes del partido nacional-socialista chileno de la década de 1930.

Obraje: Establecimiento donde se hacían manufacturas, generalmente textiles en la época colonial, que empleaba mano de obra servil.

Onza: Medida de peso, equivalente a 30 gramos en España; en Cuba, durante la época colonial, moneda de oro de un valor de 92 pesetas.

Pájaros: En Colombia durante la "violencia", nombre dado a los que ejecutaban asesinatos masivos.

Pampa: Planicie cubierta por hierba, situada en la región del Río de la Plata, propicia para la ganadería.

Patronato: Privilegio concedido por el Papa al rey de Castilla, que permitía a este ejercer un control sobre la Iglesia católica.

Pelego: En Brasil, durante la dictadura de Vargas, vocablo para referirse a los delegados del Ministerio del trabajo, que actuaban en los sindicatos.

Peón: Palabra genérica para hablar del obrero agrícola en Hispanoamérica.

Peones acasillados: En México, trabajadores agrícolas que vivían al interior de las haciendas.

Pingüinos: vocablo para designar a los estudiantes de nivel secundario en Chile, en base a los colores de su uniforme.

Plantación: Propiedad agrícola en zona tropical.

Pongueaje: Trabajos forzosos para la población indígena en Bolivia y Perú.

Porteños: habitantes de Buenos Aires.

Pueblos jóvenes: En Perú, sectores urbanos pobres.

Pulque: En México, bebida alcohólica de origen precolombino, hecha en base al maguey.

Quilombo: En Brasil colonial, lugar donde se refugiaban los negros esclavos en fuga.

Rabonas: En el Perú, nombre dado a las mujeres que acompañaban a los soldados en las campañas militares del siglo XIX.

Rastafari: En el Caribe británico, adeptos de una religión carismática, surgida en la década de 1930, caracterizada por las confesiones públicas, los bailes y los estados de trance.

Real: Moneda de plata, empleada desde tiempos medievales en Castilla, que sirvió posterormente como unidad divisionaria del peso.

Reggae: Estilo de canciones originaria de Jamaica, que denuncia las injusticias sociales y propaga las ideas rastafari.

Rumba: Baile popular de origen cubano, surgido en la década de 1930.

Salitre: Mineral de origen salino, que se encuentra en el desierto del norte de Chile actual, usado en la agricultura, como fertilizante, y también para la producción de explosivos .

Samba: Baile de origen africano, popular en Brasil.

Santería: Culto religioso practicado en Cuba, donde se confunden creencias cristianas con otras de origen africano.

Sertao: Región del interior del nordeste de Brasil, caracterizada por su clima con frecuentes sequías.

Seringueiro: En Brasil, trabajadores del caucho.

Sicarios: En Colombia actual, jóvenes empleados para cometer asesinatos.

Tonton macoutes: Vocablo peyorativo para designar a la policía haitiana durante la dictadura de Duvalier.

Toque de queda: Prohibición de circular en la vía pública a ciertas horas.

Turcos: Palabra empleada para referirse a los inmigrantes de origen árabe, que

llegaban con pasaporte del Imperio turco, a comienzos del siglo XX.

VAUDOU: Religión practicada en Haití, producto del sincretismo de creencias africanas, cristianas y posiblemente musulmanas.

VILLAS MISERIAS: En Argentina, sectores urbanos pobres,

VIRREINATO: Grandes unidades territoriales en que se dividía el imperio colonial español.

Cronología

1700-1713: Guerra de sucesión española. La dinastía Borbón reemplaza la de los Habsburgo.

1755: Terremoto que destruye Lisboa.

1759: Expulsión de los jesuítas de los dominios de Portugal, seguida por la misma medida en España, en 1767.

1776: Comienzo de la independencia de Estados Unidos.

1778: Reformas comerciales en el imperio español.

1780-81: Rebelión de Tupac Amaru.

1781: Rebelión de los comuneros de Colombia.

1789: la conspiración dirigida por Tiradentes en Brasil es descubierta id. Comienzo de la revolución francesa.

1791: Inicios de la rebelión de los esclavos en Santo Domingo (Haití).

Años 1790: Conspiraciones en favor de la independencia en Venezuela, Brasil y México.

1804: (1 de enero) Proclamación de la independencia de Haití.

1806: Tentativa de desembarco de Francisco de Miranda en Venezuela con una expedición armada.

1807-08: Napoleón invade Portugal y España.

1808: la familia real portuguesa se instala en Brasil.

1809: Primeras juntas en América española, que no dan resultado.

1810: Juntas que toman el gobierno en varias colonias hispanoamericanas.

1811: Inicios de la guerra de independencia.

1812: Constitución liberal de Cádiz.

1814: Fernando VII recupera el poder absoluto en España. Inicios de la reconquista.

1816: Las provincias unidas del Sur (Argentina) proclaman su independencia.

1818: Chile proclama y asegura su independencia.

1819: Liberación de Colombia y congreso de Angostura, que crea la Gran Colombia, con Bolívar como presidente.

1820: Nueva revolución liberal en España, que desencadena la independencia de México y América central. En Portugal también triunfa la revolución liberal, que reclama el regreso del rey Juan y de su hijo Pedro.

1821: San Martín proclama la independencia del Perú.

1822: el príncipe Pedro se niega a volver a Portugal y proclama la independencia de Brasil.

1823: (diciembre) El presidente de Estados Unidos, James Monroe, pronuncia su discurso sobre la política exterior de su país respecto a Europa, que será conocida más tarde como la "Doctrina Monroe".

1824: (diciembre) Batalla de Ayacucho que sella la independencia real del Perú.

1825: Sucre libera el Alto Perú, que se transforma en Bolivia.

1825-1828: Guerra entre Brasil y Buenos Aires por la Banda Oriental (futuro Uruguay).

1826: Congreso de Panamá, intento de unión de los países hispanoamericanos.

1826: Las últimas fortalezas realistas se rinden, en Chiloé y Callao.

1827: Inglaterra decreta que el comercio de esclavos es un acto de piratería, castigado con pena de muerte.

1828: Brasil y Buenos Aires ponen fin a la guerra que mantenían sobre la Banda oriental, que se transforma en Uruguay.

1829: Inicio del primer gobierno de Rosas en Buenos Aires, que se prolonga hasta 1832. Al año siguiente vuelve al poder e inicia su dictadura, hasta 1852.

1830: Creación de la República oriental del Uruguay; desintegración de la "Gran Colombia"; Ecuador y Venezuela forman estados independientes. En Chile: victoria de los conservadores en la guera civil contra los liberales. Muerte de Bolívar en Santa Marta (Colombia) tras haber perdido el poder.

1833: Los ingleses ocupan las islas Malvinas.

1835-1843: Rebelión Farroupilha en Río Grande do Sul, en Brasil.

1836: México pierde el control sobre Texas, luego de una corta guerra.

1837-1839: Guerra entre Chile y la Confederación peruano-boliviana, ganada por el primero.

1838-1839: Desintegración de la federación centroamericana. Honduras, Nicaragua, El Salvador, Guatemala y Costa Rica forman estados independientes.

1839: Se inaugura una línea de tren en Cuba, la primera en Latinoamérica.

1840: Muerte de José Gaspar Rodríguez de Francia en Paraguay, que pone término a la dictadura comenzada en 1814.

1842: Fundación de la Universidad de Chile en Santiago.

1844: La República dominicana se separa de Haití y proclama su independencia.

1845: Sarmiento publica *Facundo* en Chile.

1847-1848: Guerra entre México y Estados Unidos.

1847-1853: Rebelión indígena en Yucatán, la guerra de castas.

1848: Abolición de la esclavitud en las colonias francesas. En años 1850, lo mismo ocurre en Perú, Ecuador y Colombia.

1849: Inicio de las exportaciones de guano en el Perú.

1855-1857: Intervención de William Walker en Nicaragua.

1857-1860: Período de la Reforma en México. Victoria de los liberales contra los conservadores en la guerra civil. Proclamación de la Constitución liberal de 1857.

1861-1864: La República Dominicana vuelve a ser dominada por España.

1862-1867: Ocupación francesa en México, que impone a Maximiliano de Austria como emperador.

1864-1866: Agresión de la marina de guerra española en varios países de la costa del Pacífico sur.

1865: Rebelión de Morant Bay, en Jamaica, protesta de negros pobres por arrestos injustificados.

1865-1870: Guerra de la Triple Alianza (Argentina, Brasil, Uruguay) contra Paraguay.

1868-1878: Guerra por la independencia de Cuba, iniciada por Manuel de Céspedes, que fracasa.

1876: Comienzo de la dictadura de Porfirio Díaz en México (hasta 1911).

1879-1883: Guerra del Pacífico, ganada por Chile contra Perú y Bolivia.

1880: En Argentina y Chile, el ejército procede a la conquista de territorios hasta entonces controlados por los indígenas.

1888: Abolición de la esclavitud en Brasil.

1889: Fin del imperio y comienzo de la república en Brasil, luego de una intervención militar. En Washington, reunión que da inicio al movimiento panamericano, auspiciado por Estados Unidos.

1891: Guerra civil en Chile.

1895-1898: Guerra por la independencia de Cuba, que concluye con la intervención militar de Estados Unidos. José Martí muere en combate en 1895.

1899-1902: "Guerra de los Mil días" , conflicto civil en Colombia.

1900: Publicación de *Ariel*, de José Enrique Rodó. En ese mismo período: creación del servicio militar obligatorio en Chile y Argentina.

1901: La United Fruit Company se instala en América Central y en Colombia.

1903: Independencia de Panamá, luego de una intervención militar de Estados Unidos.

1903-1907 y 1911-1915: Gobiernos del presidente Batlle en Uruguay: legislación social, participación del Estado en la economía.

1904: El presidente de Estados Unidos, Theodore Roosevelt, proclama el derecho de intervención en los países que no respetan sus compromisos financieros.

1907: Masacre de obreros por los militares en Iquique (Chile): alrededor de dos mil muertos.

1910-1917: Revolución mexicana.

1912: Inicios de la ocupación militar de Estados Unidos en Nicaragua (hasta 1933).

1914: Inauguración del canal de Panamá. Auge de la inmigración en varios países de Sudamérica.

1916: Triunfo de la Unión cívica radical en Argentina. Los Estados Unidos ocupan Haití (hasta 1930) y República Dominicana (hasta 1924).

1917: Varios países latinoamericanos rompen sus relaciones con Alemania, apoyando a Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. En México: Constitución de Querétaro.

1919: Asesinato de Zapata en México. En Argentina: represión antiobrera, "Semana trágica".

1922: Comienza la producción de petróleo en gran escala en Venezuela.

1924: El peruano Haya de la Torre funda el partido APRA en México.

1924-1925: Intervenciones militares en Ecuador ("revolución juliana") y en Chile.

1927-1933: Guerra civil en Nicaragua y combate de la guerrilla de Sandino contra la ocupación militar de Estados Unidos.

1929-1933: Caída de varios gobiernos en el contexto de la crisis mundial de la economía: Leguía en Perú, Yrigoyen en Argentina, Ibáñez en Chile, Machado en Cuba. En Brasil, inicio del gobierno de Vargas (1930).

1932: El ejército lleva a cabo una masacre en El Salvador, la "Matanza": 20 a 30.000 muertos.

1932-1935: Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay, ganada por este último.

1935: Asesinato de Sandino en Nicaragua. Comienzo de la larga dictadura de Somoza. Muerte del cantante de tangos Carlos Gardel, en un accidente de aviación, en Medellín.

1938: El gobierno mexicano nacionaliza el petróleo. Triunfo del Frente Popular en Chile.

1942: Conferencia interamericana en Río de Janeiro, que acuerda recomendar la ruptura de relaciones con los países del Eje. Guerra entre Ecuador y Perú, favorable a este último.

1943: Golpe militar en Argentina, que instala en el poder a un grupo de oficiales favorables al Eje.

1944: Primera elección con sufragio universal en Jamaica, lo que será seguido por las otras colonias inglesas.

1946: Perón es elegido presidente de Argentina en febrero. Las colonias francesas se convierten en departamentos.

1946-1949: La mujer recibe el derecho a votar en un gran número de países.

1947: Firma del Tratado de asistencia militar recíproca entre los estados americanos.

1948: Creación de la OEA, nueva expresión del panamericanismo. Al mismo tiempo: motín de Bogotá con motivo del asesinato del político liberal Jorge Eliecer Gaitán; comienzo de la "violencia". En varios países, el Partido Comunista es declarado ilegal. Creación de la CEPAL por las Naciones Unidas. Corta guerra civil en Costa Rica; supresión del ejército.

1950: Pablo Neruda publica *Canto General*. Uruguay gana el campeonato mundial de fútbol en Brasil.

1952: Batista toma el poder en Cuba mediante un golpe. Triunfo de la revolución en Bolivia, que lleva al poder al MNR. Muerte de Eva Perón. Puerto Rico se transforma en un Estado libre asociado de Estados Unidos.

1953: Inicio de la revolución cubana, con el asalto al cuartel Moncada.

1954: Golpe de Estado apoyado por Estados Unidos en Guatemala, que derroca al presidente Arbenz. En Paraguay, inicio de la dictadura de Stroessner (hasta 1989). Las colonias holandesas reciben el derecho a la autonomía y son declaradas en igualdad jurídica con la metrópoli.

1955: Caída de Perón en Argentina, derribado por un golpe militar.

1957: Comienzo de la dictadura de Duvalier en Haití, que se prolongará, con su hijo, hasta 1986.

1958: Elección de Rómulo Betancourt a la presidencia de Venezuela, que da inicio a un largo período de estabilidad tras muchos años de diversas dictaduras.

1959: Triunfo de la revolución en Cuba.

1960: Se inaugura Brasilia, la nueva capital de Brasil. Inicio del movimiento de descolonización en el área del Caribe, que da nacimiento a una docena de nuevos estados. Creación de los primeros mercados regionales.

1961: Fracaso del intento de desembarco de los anticastristas en Cuba, en Playa Girón. La revolución cubana se declara marxista. Estados Unidos lanza el plan de la Alianza para el progreso. Fin de la dictadura de Trujillo en República Dominicana, al ser asesinado por un grupo de opositores.

1962: Crisis de los cohetes en Cuba. Comienzo del bloqueo comercial de la isla por Estados Unidos.

1964: Elección de Eduardo Frei como presidente de Chile, primer mandatario democratacristiano en Latinoamérica. Inicio de la dictadura militar en Brasil, que durará hasta 1985. Colombia: Comienzan las operaciones guerrilleras de las FARC y del ELN.

1965: Intervención militar de Estados Unidos en República Dominicana, durante algunos meses.

1967: Gabriel García Márquez publica *Cien años de soledad*. Muerte de Che Guevara en Bolivia. Comienzo de la reforma agraria en Chile.

1968: Masacre de Plaza Tlatelolco en México: alrededor de 600 muertos. Golpe de Estado en Perú, que lleva al poder a militares nacionalistas. Primera visita de un Papa a América Latina.

1970: Elección de Salvador Allende como presidente en Chile; nacionalización del cobre, aceleración de la reforma agraria.

1971: Comienzo de la dictadura militar de Banzer en Bolivia, que se prolongará hasta 1978.

1973: Regreso de Perón a Argentina tras 18 años de exilio. Golpe militar que derriba a Allende en Chile. Implantación de la dictadura militar en Uruguay.

1976: Comienzo de la dictadura militar en Argentina (hasta 1983).

1977: Estados Unidos firma un tratado con Panamá para devolver el canal.

1979: Caída de la dictadura de Somoza en Nicaragua; triunfo de la revolución sandinista. En El Salvador: inicios de la lucha armada contra los militares.

1980: Comienzos de las acciones de Sendero Luminoso en Perú. Asesinato del obispo Romero en El Salvador. En Guatemala: matanza de 40 campesinos en la embajada de España, quemados vivos. En Brasil, fundación del Partido de los Trabajadores, dirigido por Lula.

1982: Estalla una grave crisis financiera en toda la región: México suspende el pago de su deuda externa. Guerra de las Malvinas entre Argentina y Gran Bretaña.

1982-1985: Los militares devuelven el poder a los civiles en Bolivia, Argentina, Uruguay, Brasil y Guatemala.

1983: Invasión de la isla de Grenada por los Estados Unidos.

1989: Fin de las dictaduras en Paraguay y en Chile. Comienzo del gobierno de Menem en Argentina. Invasión de Panamá por fuerzas militares de Estados Unidos, para capturar a Noriega.

1990: Los sandinistas pierden el poder en Nicaragua. En Perú: victoria sorpresiva de Fujimori en la elección presidencial. En Ecuador: protesta masiva de los indígenas, en favor de sus tierras.

1990-1992: Se agrava la lucha entre los narcotraficantes y el Estado colombiano.

1992: Tentativa de golpe por el coronel Chávez en Venezuela. En Brasil: renuncia del presidente Collor de Melo, acusado de corrupción. En Perú, Fujimori disuelve el Congreso durante algunos meses, con el apoyo del ejército. Conmemoración del V Centenario de la llegada de Colón a América. Fin de la guerra civil en El Salvador.

1994: Reunión cumbre de Miami: proyecto de crear un área de libre comercio para todas las Américas (ALCA). México adhiere a la zona de libre cambio de América del Norte. Creación del Mercosur. Inicio de la guerrilla zapatista en Chiapas. Crisis financiera en México, "efecto tequila". En Buenos Aires, atentado contra la Mutual israelita, que causa la muerte de varias docenas de personas.

1995: Resurgimiento del conflicto armado entre Ecuador y Perú. Reelección de Fujimori y de Menem en Perú y Argentina.

1996: Fin de la guerra civil en Guatemala.

1998: Arresto de Pinochet en Londres, donde permanecerá hasta marzo de 2000. Chávez es elegido presidente en Venezuela. En Guatemala: asesinato del obispo Juan Gerardi. En Colombia, inicio de diálogo por la paz entre el gobierno y la guerrilla, que no dará resultados.

2000: Nueva protesta masiva de los indígenas en Ecuador, que acarrea la renuncia del presidente. En Perú, Fujimori abandona el poder y se exilia al Japón. Estados Unidos anuncia el "Plan Colombia" para combatir la droga.

2001: Reunión cumbre de Quebec, para hacer avanzar el proyecto ALCA. Grandes huelgas en Venezuela contra el gobieno de Chávez. Renuncia del presidente De la Rúa en Argentina en medio de una grave crisis económica. El país devalúa el peso y suspende el pago de su deuda externa.

2004: Aristide abandona por segunda vez el poder en Haití. Recuperación de la crisis económica en Argentina.

2005: Cuarta reunión sobre ALCA en Mar del Plata: abandono del proyecto de unión comercial continental id. Elección de Michelle Bachelet como presidente de Chile y de Evo Morales en Bolivia.

2006: Reelección de Lula como presidente de Brasil, de Chávez en Venezuela y de Uribe en Colombia. La derecha se mantiene en el poder en México. Muertes de Stroessner y Pinochet.

2008 (marzo) Crisis diplomática entre Colombia y Ecuador. Fidel Castro abandona oficialmente el poder en Cuba; fin de algunas restricciones en el consumo.

2009: Chávez gana un segundo plebiscito sobre la facultad de ser reelegido presidente de manera indefinida (febrero). El Salvador: el FMLN gana el poder con la elección de Mauricio Funes (marzo).

Bibliografía básica

Esta sección contiene principales obras consultadas sobre los distintos temas estudiados en este volumen. Se ha tratado de dar la versión en español de los estudios publicados originalmente en otro idioma. Ciertos títulos no empleados por el autor han sido agregados a fin de ampliar las referencias en español.

1. Enciclopedias, obras de referencia

Bethell, Leslie (director): *Historia de América latina. Tomo 5: La independencia*. Barcelona, Crítica, 1990.

Chevalier, François: *América Latina. De la independencia a nuestros días*. Barcelona. Editorial Labor, 1983.

Collier, Simon (ed.): *The Cambridge Enyclopedia of Latin America and the Caribbean*. Cambridge University Press, 1985.

Lombardi, Cathryn and John: *Latin American History. A Teaching Atlas*. Madison: The University of Wisconsin, 1983.

Statistical Abstract of Latin America. University of California at Los Angeles (Desde1955).

Tenenbaum, Barbara (dir.): *Encyclopedia of Latin American History and Culture*. New York, Simon and Schuster, 1996, 5 vols.

Véliz, Claudio: *Latin America and the Caribbean*. New York, Praeger, 1968.

2. Historias generales y de ciertos períodos

Bethell, Leslie (ed.): *Historia de América Latina*. 10 vols. Barcelona, Editorial Crítica, desde 1990.

Burns, E. Bradford: *The Poverty of Progress. Latin America in the Nineteenth Century. Berkeley:* University of California Press, 1980.

Bushnell, David and Macaulay, Neill: *The Emergence of Latin America in the Nineteenth Century.* New York, Oxford, 1988.

De Ramón, Armando, Couyoumdjian, Ricardo y Vial, Samuel: *Historia de América. Vol.2: Ruptura del viejo orden hispanoamericano, vol.3: América Latina. En búsqueda de un nuevo orden,* 1870-1990. Editorial Andrés Bello, 1993 y 2001.

Halperin Donghi, Tulio: *Historia contemporánea de América Latina.* Varias ediciones

Manigat, Leslie: *Évolutions et révolutions. L'Amérique latine au XXe siècle*, 1889-1929. Paris, Éditions Richelieu, 1973.

Lynch, John: *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*. Barcelona, Ariel, 1989 (5ª edición).

Rodríguez, Jaime: *La independencia de la América española*. México, El Colegio de México, 1996.

Valcárcel, Carlos Daniel: *Rebeliones coloniales sudamericanas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Vayssière, Pierre: *L'Amérique latine de 1890 à nos jours.* Paris, Hachette, 1996.

3. Estudios nacionales y regionales

Barbiche, Jean-Paul: *Les Antilles britanniques de l'époque coloniale aux indépendances.* Paris, L'Harmattan, 1989.

Benassar, Bartolomé - Marin, Richard: *Histoire du Brésil, 1500-2000.* Paris, Fayard, 2000

Chávez, María Alicia: *Breve historia contemporánea de México*. México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Correa, Sofía et al.: *Historia del siglo XX chileno*. Santiago, Editorial Sudamericana, 2001.

Fausto, Boris y Devoto, Fernando: *Brasil e Argentina. Um essaio de história comparada: 1850-2002*. Sao Paulo editora, 2004.

Gumucio, Mariano Baptista: *Breve historia contemporánea de Bolivia.* México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

Iglesias, Francisco: *Breve historia contemporánea del Brasil*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

Knight, Franklin W.: *The Caribbean. The Genesis of a Fragmented Nationalism*. New York, Oxford, 1990.

Krauze, Enrique: *Mexico. Biography of Power. A History of Modern Mexico, 1810-1996.* New York: Harper Perennial, 1998.

Lara, Jorge Salvador: *Breve historia contemporánea de Ecuador*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

LOVEMAN, BRIAN: *Chile, The Legacy of Spanish Capitalism*. New York, Oxford, 2000 (3a edición).

LUJÁN MUÑOZ, JORGE: *Breve historia contemporánea de Guatemala*. México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

MEYER, MICHAEL M., SHERMAN, WILLIAM L.: *The Course of Mexican History*. New York, Oxford University Press, 1991.

MINAUDIER, JEAN-PIERRE: *Histoire de la Colombie. De la conquête à nos jours*. Paris, L'Harmattan, 1992.

MORÓN, GUILLERMO: *Breve historia contemporánea de Venezuela*. México, Fondo de Cultura Económica.

MOYA PONS, FRANK: *Breve historia contemporánea de la República Dominicana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

NAHUM, BENJAMÍN: *Manual de Historia del Uruguay. Vol.1: 1810-1903*; *vol.2: 1903-1990*. Montevideo, Eds.de la Banda Oriental, 2000.

PEASE, FRANKLIN: *Breve historia contemporánea del Perú*. México, Fondo de Cultura Económica.

PÉREZ, LOUIS A.: *Cuba Between Reform and Revolution*. New York, Oxford, 1988.

PÉREZ BRIGNOLI, HÉCTOR: *Breve historia de Centroamérica*. Madrid, Alianza Editorial, 1985

PÉREZ BRIGNOLI, HÉCTOR: *Breve historia contemporánea de Costa Rica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

PIERRE-CHARLES, GÉRARD: *El Caribe contemporáneo*, México, Siglo XXI, 1981.

PIKE, FREDRICK B.: *The Modern History of Peru*. New York, Praeger, 1969.

ROCK, DAVID: *Argentina, 1516-1987. Desde la colonización española hasta Alfonsín*. Madrid, Alianza América, 1988.

ROMERO, LUIS ALBERTO: *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

SALAZAR, GABRIEL Y PINTO, JULIO: *Historia contemporánea de Chile, 2 vols*. Santiago, Lom, 1999.

SILVA, OSVALDO: *Breve historia contemporánea de Chile*. México, Fondo de Cultura Económica

THOMAS, HUGH: *Cuba, la lucha por la libertad*. Barcelona, Grijalbo, 1973.

WILLIAMS, ERIC: *De Christophe Colomb à Fidel Castro: l'histoire des Caraïbes, 1492-1969*. Paris, Présence africaine, 1975.

4. Estudios temáticos

BAUER, ARNOLD J.: *Somos lo que compramos. Historia de la cultura material en América latina*. México, Taurus, 2001.

BENGOA, JOSÉ: *La emergencia indígena en América Latina*. Santiago-México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

BOERSNER, DEMETRIO: *Relaciones internacionales de América Latina. Breve historia*. Caracas, Ediciones Nueva Sociedad, 1986.

CUEVA, AGUSTÍN: *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. México, Siglo XXI, 1977

DEVÉS VALDÉS, EDUARDO: *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*. Buenos Aires, Ed. Biblos, 2000.

DI TELLA, TORCUATO: *Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX*. Santiago, Fondo de Cultura Económica, Breviarios, 1997.

DUSSEL, ENRIQUE: *Historia de la Iglesia en América Latina*. Barcelona, Ed. Nova Terra, 1972

FURTADO, CELSO: *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*. Santiago, Editorial Universitaria, 1969.

GRANDIN, GREG: *Empire's Workshop. Latin America, the United States and the Rise of the New Imperialism*. New York, Henry Holt and Company, 2006.

LAFEBER, WALTER: *Inevitable Revolutions. The United States in Central America*. New York, W.W.Norton and Co., 1993.

MARICHAL, CARLOS: *Historia de la deuda externa de América Latina*. Madrid, Alianza Editorial, 1988.

MIRES, FERNANDO: *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. México, Siglo XXI, 1988.

MOERNER, MAGNUS: *Le métissage dans l'histoire de l'Amérique latine*. Paris, Fayard, 1971

ROUQUIÉ, ALAIN: *El estado militar en América Latina*. Buenos Aires, Emecé, 1984.

ROUQUIÉ, ALAIN: América Latina: *introducción al extremo occidente*. México, Siglo XXI, 1994.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, NICOLÁS: *La población de América Latina desde los tiempos precolombinos hasta el año 2000*. Madrid, 1977.

TOURAINE, ALAIN: *La parole et le sang. Politique et société en Amérique latine*. Paris, Éds. Odile Jacob, 1988.

YEAGER, GERTRUDE M. (Ed.): *Confronting Challenge, Challenging Tradition. Women in Latin American History*. Wilmington, Jaguar Books, 1994.

Índice de cuadros y mapas

ÍNDICE DE NOMBRES

A

B

C

CH

D

E

F

G

H

I

J

K

L

M

N

O

P

Q

R

S

T

U

V

W

Y

Z

Índice

Este libro ha sido posible por el trabajo de

Comité Editorial Silvia Aguilera, Mauricio Ahumada, Carlos Cociña, Mario Garcés, Luis Alberto Mansilla, Tomás Moulian, Naín Nómez, Jorge Guzmán, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, Hernán Soto, José Leandro Urbina, Verónica Zondek **Secretaria editorial** Silvia Morales **Proyectos** Ignacio Aguilera **Diseño y Diagramación Editorial** Paula Orrego, Alejandro Millapan **Corrección de Pruebas** Raúl Cáceres **Asistente de edición** Andrés Aylwin **Exportación** Ximena Galleguillos **Dirección de distribución** Nikos Matsiordas **Página web** Leonardo Flores **Comunidad de Lectores** Olga Herrera, Francisco Miranda **Distribución** Ruth Lazo **Ventas** Elba Blamey, Luis Fre, Marcelo Melo **Almacenamiento** Francisco Cerda, Julio César Zapata **Librerías** Nora Carreño, Ernesto Córdova **Secretaría Gráfica LOM** Tatiana Ugarte **Comercial Gráfica LOM** Juan Aguilera, Danilo Ramírez, Óscar Gainza, Marcos Sepúlveda **Servicio al Cliente** Elizardo Aguilera, José Lizana, Guillermo Bustamante **Diseño y Diagramación Computacional** Claudio Mateos, Nacor Quiñones, Luis Ugalde, Luis Gálvez, David Bustos **Coordinador de diagramación** Ingrid Rivas **Producción imprenta** Pedro Pablo Díaz, Gabriel Muñoz **Secretaria Imprenta** Jazmín Alfaro **Impresión Digital** Carlos Aguilera, Efraín Maturana, William Tobar, Marcelo Briones **Preprensa Digital** Daniel Véjar, Felipe González **Impresión Offset** Eduardo Cartagena, Freddy Pérez, Rodrigo Véliz, Francisco Villaseca, Ronny Salas **Corte** Eugenio Espíndola, Sandro Robles, Alejandro Silva **Encuadernación** Alexis Ibaceta, Rodrigo Carrasco, Sergio Fuentes, Pedro González, Carlos Muñoz, Luis Muñoz, Carlos Gutiérrez, Jonathan Rifo, Edith Zapata, Juan Ovalle, Braulio Corales **Despachos** Miguel Altamirano, Pedro Morales, Felipe Gamboa, Pablo Acevedo **Aseo** Jaime Arel, Elizabeth Rojas **Administración** Mirtha Ávila, Alejandra Bustos, Diego Chonchol, César Delgado, Jaime Donoso.

LOM EDICIONES